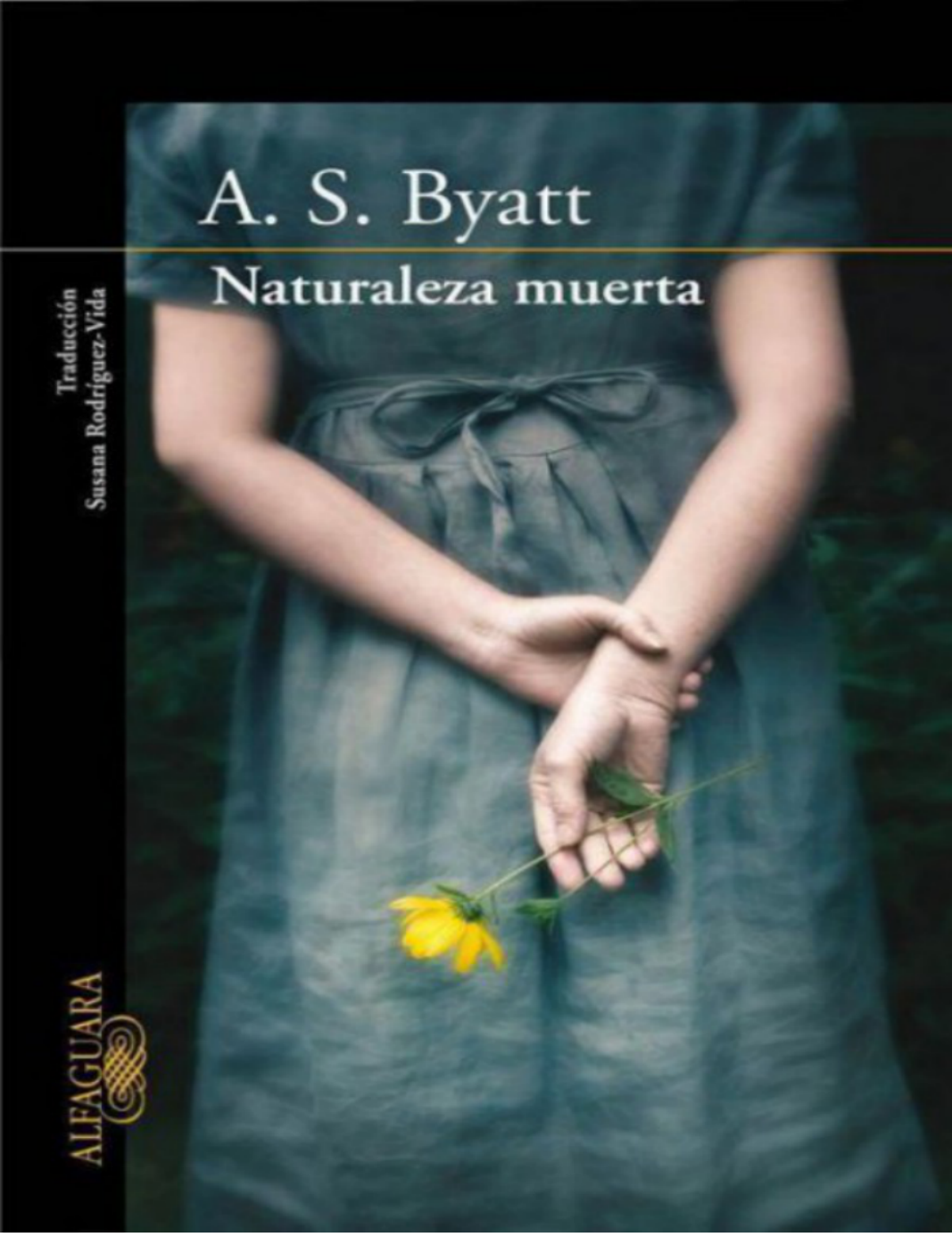
A. S. Byatt
Naturaleza muerta
Traducción
Susana Rodríguez-Vida
ALFAGUARA

ALFAGUARA

A. S. Byatt

Naturaleza muerta

Traducción de Susana Rodríguez-Vida

Para Jenny Flowerdew
4 de mayo de 1936 - 11 de octubre de 1978

Talis, inquiens, mihi videtur, rex, vita hominum praesens in terris, ad comparationem eius, quod nobis incertum est, temporis, quale cum te residente ad caenam cum ducibus ac ministris tuis tempore brumali [...] adveniens unus passerum domum citissime pervolaverit; qui cum per unum ostium ingrediens, mox per aliud exierit. Mox de hieme in hiemem regrediens, tuis oculis elabitur.

Bede, *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*

«Tal —dijo— me parece, oh rey, la presente vida de los hombres en la tierra, en comparación con esa época que nos es incierta, como si, estando en un banquete una noche de invierno con tus magistrados y tus lores [...] un gorrión solitario se precipitara volando en la sala y, tras entrar por una puerta, saliera rápidamente por otra. Al punto, salido del invierno y vuelto otra vez al invierno, desaparecería de tu vista».

Les mots nous présentent des choses une petite image claire et usuelle comme celles qu'on suspend aux murs des écoles pour donner aux enfants l'exemple de ce qu'est un établi, un oiseau, une fourmilière, choses conçues comme pareilles à toutes celles de même sorte.

MARCEL PROUST, *Du côté de chez Swann*

J'essayais de trouver la beauté là où je ne m'étais jamais figuré qu'elle fût, dans les choses les plus usuelles, dans la vie profonde des «natures mortes».

MARCEL PROUST, *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*

Les substances mortes sont portées vers les corps vivants, disait Cuvier, pour y tenir une place, et y exercer une action déterminée par la nature des combinaisons où elles sont entrées, et pour s'en échapper un jour afin de rentrer sous les lois de la nature morte.

G. CUVIER, citado por Michel Foucault en *Les mots et les choses*

Posimpresionismo: Academia Real de las Artes, Londres - 1980

Firmó el libro de visitas con su elegante caligrafía: Alexander Wedderburn, 22 de enero de 1980.

Ella le había dicho, tan autoritaria como siempre, que fuera directamente a la sala III, donde se encontraban «las obras milagrosas». Temprano. Así que allí estaba, un distinguido personaje público, un artista en cierto modo, atravesando con ánimo obediente la sala I (escuela francesa, década de 1880) y la sala II (escuela británica, décadas de 1880 y 1890), en una plomiza mañana, hasta el lugar gris claro, clásico y tranquilo donde la brillante luz resplandecía y hacía cantar los pigmentos, de tal modo que la frase «obras milagrosas» parecía simplemente apropiada.

En una larga pared había una sucesión de pinturas de Van Gogh, incluido un *El jardín del poeta,* de Arles, que Alexander nunca había visto, pero que reconoció de fotografías, de entusiastas descripciones en cartas del pintor. Tomó asiento y vio un camino que se bifurcaba, vibrante de calor dorado en torno a las agujas verdes, negras y azules de un gran pino, apuntadas al suelo y desplegadas como alas, que seguían extendiéndose allí donde el marco interrumpía su expansión. Dos decorosas figuras avanzaban, cogidas de la mano, bajo su espesura colgante. Y, más allá, hierba verdísima y geranios como manchas de sangre.

Alexander no estaba preocupado por cuándo aparecería Frederica. Ésta había perdido la costumbre de llegar tarde: la vida le había enseñado a ser puntual, quizá incluso considerada. En cuanto a él, a los sesenta y dos años, juzgaba —no con entera razón — que era ya demasiado viejo y dueño de una posición demasiado estable para dejarse desconcertar por ella o por quien fuera. Pensó con afecto en su segura llegada. Frederica siempre se había negado tajantemente a acomodarse a la pauta de su vida, a una clara repetición de hechos y relaciones. Había constituido una molestia, una amenaza, un tormento, y ahora era una amiga. Le había propuesto que estudiaran juntos los Van Gogh, con lo cual había establecido otra forma de repetición, deliberada, planeada y estética. La pieza de Alexander *La silla amarilla* se había estrenado

en 1957; no le gustaba pensar con detenimiento en ella, como no le gustaba pensar con detenimiento en ninguna de sus obras pasadas. Contempló el jardín, de una exaltación serena y conformado por un remolino de pinceladas amarillas, una gruesa capa de pintura verdosa, una densa masa de líneas verde-azuladas violentamente estriadas, negras asas curvas aisladas, salpicaduras rojizas de dolorosa claridad. Le había costado lo suyo encontrar un lenguaje apropiado para la obsesión del pintor con el mundo material iluminado. Habría mentido si sólo hubiera dejado constancia del drama —mucho más accesible— de las tensas querellas del pintor con Gauguin en la casa amarilla de Arles, del hermano lejano e indispensable que le proporcionaba amor y pinturas, de la oreja cortada y entregada a la puta de un burdel, de los terrores del manicomio. En un principio había pensado que podría escribir versos simples, exactos, sin lenguaje figurado, en los que una silla amarilla era el objeto en sí, una silla amarilla, como una manzana redonda y dorada era una manzana, o un girasol, un girasol. A veces veía aún las pinceladas, por así decir, de esta escritura desnuda, de manera que tenía que corregir sus primeros pensamientos sobre este jardín, despojar al follaje pintado de la idea de alas negras, borrar de la representación de los geranios la vulgar idea de manchas de sangre. Pero era imposible. Para empezar, el lenguaje estaba en contra de él. La metáfora yacía acurrucada en el propio nombre del girasol, que no sólo se volvía hacia el sol sino que se asemejaba a este astro, fuente de luz.

La idea que Van Gogh se forjaba de las cosas también estaba contra él. La silla amarilla, además de ser pinceladas y pigmentos, además de ser una silla amarilla, formaba parte de una docena de sillas compradas para un grupo de artistas que habitarían en la casa amarilla, cuyas blancas paredes debían resplandecer con girasoles tal como las ventanas de las catedrales góticas resplandecían de luz coloreada. No era sólo una metáfora, sino un motivo cultural, una religión inmanente, una fe y una iglesia. Toda cosa estaba ligada a otra. Al igual que *El jardín del poeta,* una decoración para la habitación del «poeta Gauguin» era más de lo que parecía.

> Arles, 1888.
>
> Hace algún tiempo leí un artículo sobre Dante, Petrarca, Boccaccio y Botticelli. ¡Dios mío, qué impresión me causó leer las cartas de estos hombres!
>
> Y Petrarca vivió muy cerca de aquí, en Aviñón, y yo estoy viendo los mismos cipreses y adelfas [...].

> Aún hay mucho de Grecia en el costado Tartarín y Daumier[1] de esta región tan extraña, donde la buena gente tiene ese acento que tú sabes; hay una Venus de Arles tal como hay una Venus de Lesbos, y uno siente todavía la juventud de esto pese a todo [...].
>
> Pero ¿no es verdad que este jardín tiene un carácter fantástico gracias al cual uno se imagina a los poetas del Renacimiento paseando entre estos arbustos, por esta hierba sembrada de flores?

La juventud de esto, se dijo Alexander. En ese entonces yo creía estar harto del mundo. En julio de 1890, dos años después de escribir estas líneas, Van Gogh se había disparado con ineficacia en la ingle y había muerto lentamente. En 1954, Alexander, obsesionado con el tiempo, había leído la edición de sus *Cartas* publicadas un año antes con motivo del centenario de su nacimiento. Tenía entonces casi treinta y siete años y, cuando se estrenó *La silla amarilla,* los había sobrepasado y era, por tanto, mayor que Van Gogh en el momento de su muerte, así como, en la década de 1940, se había dado cuenta de que era mayor que Keats en la suya. Tal vez había sentido, fugazmente, el poder del superviviente. Qué estupidez. La eterna juventud de Provenza. Pensó en las carreteras tupidas, gruesas, tórridas que dividían esa tierra. Volvió su atención a los inmemoriales campos de trigo y olivos.

Ella subía por la majestuosa escalera de mármol en una suerte de progreso por etapas. Un pintor se detuvo a besarla; un periodista la saludó con un gesto. John House, el director de la exposición, bajaba casi a saltos los escalones, acompañado por una mujer más bien bajita que llevaba una capa estilo tienda de color verde pino. También él besó a Frederica y, farfullando el nombre de la mujer, la presentó como «una colega» y a Frederica como Frederica. («Perdóname, pero nunca sé qué apellido usas en el trabajo. ¡Las mujeres de hoy en día son tan versátiles!») Frederica no hizo ningún intento por aclarar el nombre farfullado, pues había perdido todo interés en la gente que conocía por azar, hasta que se hacía patente que tenían verdadera importancia. Supuso equivocadamente que la colega de John House era una historiadora de arte. La colega la observó con minucioso cuidado tras un aire distraído. John House habló del trabajo de reunir las pinturas, un vacío aquí *(Lucha de Jacob con el ángel),* una iluminación inesperada allí. Frederica lo escuchó con atención, y luego se alejó para ir a firmar el libro de

visitas: Frederica Potter, Radio 3, *Fórum de críticas.* Después de conseguir un catálogo gratis, se dirigió sin prisas al sitio donde le había dicho a Alexander que la esperara.

Una mujer vieja, armada con una audioguía, tiró de pronto del brazo de otra, llena de excitación.

—¡Eh, escucha! Winston Churchill, nada menos, pintó esto: el... —leyó con cuidado— Cap d'Antibes.

Frederica se agachó para atisbar detrás de ella: Claude Monet, *Au Cap d'Antibes par vent de mistral.* Un remolino de azul y rosa, informes descargas de lluvia y viento. «Pintar que no se ve lo que se ve», recordó de la descripción de Proust del ficticio Elstir. Pintar la luz y el aire entre nosotros y los objetos.

—He dicho Winston Churchill, querida...

La segunda mujer se liberó de la mano que la apresaba.

—No puede compararse con esto... —repuso, paseando una nerviosa mirada de Frederica a la firma del cuadro.

El agua detenida brillaba y danzaba. En el catálogo, John House citaba la descripción que hace Monet de la luz pintada alrededor de los almiares nevados como un velo envolvente. Citaba asimismo a Mallarmé: «Creo [...] que sólo debe haber una alusión [...]. Nombrar un objeto es eliminar tres cuartas partes del gozo que suscita el poema, el cual deriva del creciente placer de descubrirlo. Sugerirlo: he ahí el sueño». No era un punto de vista que Frederica compartiera por entero: a ella le gustaban los nombres apelativos. Pero bajó un momento la mirada, deslumbrada por la capa fluida de color tenue y trabajado; los torbellinos azules y rosados del mistral sobre el mar, el nimbo de escarcha de fragmentos prismáticos en torno a los achaparrados pajares. Garabateó unas palabras, unas notas, en el margen de su catálogo.

Daniel compró una entrada y pagó el alquiler de un catálogo, sin saber muy bien por qué lo hacía. Había ido al museo, según creía, porque necesitaba hablar con Frederica sobre ciertos problemas administrativos. Era consciente de que ella juzgaba que le faltaba contacto con el arte. Bajo el brazo llevaba un periódico doblado con el titular del día: «Muere la Madre de la Paz». Las malas noticias lo afectaban cada vez más a medida que envejecía, lo cual tal vez no era precisamente lo que había esperado. Vio los cuadros sin verlos. Había un campo de amapolas y trigo que sólo le recordaba a las reproducciones de *La cosecha* de Van Gogh, pequeñas y grandes, desvaídas y fantasmales, que había visto repetidas en innumerables pasillos de hospital, salas de espera, despachos de escuelas. Había visto esos vastos campos, así como los geométricos matorrales

verdes y pardos de Cézanne, en más de una sala de hospital psiquiátrico. Curioso, pensó, si se consideraba que el propio Van Gogh había muerto, loco y desesperado, en tal entorno. No eran serenos esos campos: estaban preñados de excitación. La paciencia de Daniel para con los enfermos mentales ya no era lo que había sido. Aunque catorce años más joven que Alexander, también Daniel se había habituado a considerarse un superviviente, un superviviente golpeado y canoso.

Alexander la vio aproximarse. Diez o doce escolares completaban obedientemente unos cuestionarios de respuesta única, escritos a mano y fotocopiados. Alexander, siempre muy entendido en vestimentas, advirtió que Frederica había cambiado de estilo, que la ropa que llevaban las jovencitas podía describirse como una parodia de la que Frederica había usado a su edad, y que el nuevo estilo de Frederica no dejaba de tener relación con este cambio. Allí estaba, enfundada en un traje sastre convencional de fina lana oscura, con motivos geométricos en tonos apagados de verde y de un inesperado marrón pajizo, fruncido en la cintura —aún muy delgada— para hacer el efecto de un polisón, la falda recta y larga hasta la rodilla. Lucía una chorrera en el cuello (aunque no al estilo de los aventureros de capa y espada) y un sombrerito de terciopelo que bien podría haber llevado velo, aunque no era así. Con el pelo rojo claro recogido en la nuca en un moño en forma de ocho, recordaba a una de esas delgadas parroquianas de los cafés de Toulouse-Lautrec. Los cincuenta y el posimpresionismo, pensó Alexander, haciendo conexiones. Frederica llegó a su lado y lo besó. Él hizo un comentario sobre la parodia de las jovencitas. Ella asintió con entusiasmo.

—Lo sé, cariño. Falda tubo, jersey con mangas kimono y tacones de aguja, un equilibrio inestable mientras mantienen erguido el culito firme, y todo ese lápiz de labios rojo. Recuerdo cuando creía que el lápiz de labios había desaparecido para siempre, un sueño de maquillaje excesivo, como creí que había desaparecido para siempre el tafetán, en Cambridge, cuando todas adoptamos el satén de algodón. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto.

—¿Y te acuerdas de las ecléctricas parodias de los sesenta, cuando fuimos a la National Portrait Gallery, en que había de todo, desde yoguis a generales y mayordomos? Estas chicas son una parodia seria y uniformada. Más y más de lo mismo. Más de mí.

—Un crimen de lesa majestad. Y tú ¿qué? ¿Has vuelto a tu ser primigenio?

—Bueno, estoy en mi elemento. Entiendo bien los cincuenta. No pude participar en la vuelta a los cuarenta, las hombreras, el crepé por todos lados, ¡puaj!, y el pelo a lo paje... Creo que era puramente edípico. Ésa había sido la moda de mis padres, maldita sea, justo aquello de lo que yo huía. Pero esto es lo mío.

—Así es.

—Además, ahora tengo dinero.

—En esta nueva época de austeridad, tú tienes dinero.

—En esta nueva época de austeridad, soy lo bastante mayor para tener dinero.

Vieron a Daniel que se acercaba.

—Daniel sí que no cambia —comentó Alexander.

—A veces desearía que lo hiciera —dijo Frederica.

Daniel no cambiaba. Llevaba la misma ropa negra —pantalones de pana abolsados en las rodillas, jersey grueso, chaquetón de obrero— que había usado en los sesenta y los setenta. Como a muchos hombres velludos, le raleaba un poco el cabello en la coronilla, donde antes había tenido una exagerada mata de pelo, pero conservaba la barba negra abundante e hirsuta, y su cuerpo seguía siendo fornido y robusto. En ese ambiente, tenía cierto aspecto de pintor. Saludó a Frederica y Alexander agitando el periódico enrollado y dijo que fuera hacía frío. Frederica también lo besó, diciéndose para sus adentros que iba vestido como un hombre que olía mal, aunque de hecho no era así. Alexander aún olía a Old Spice, con un agradable aroma a pan tostado. Su suave cabello castaño era tan espeso como siempre, si bien ahora tenía pinceladas de plata reluciente.

—Tenemos que hablar —dijo Daniel.

—Primero mira los cuadros. Tómate un descanso.

—Lo intento. Fui al oficio del King's College a oír los villancicos.

—Me alegro —Frederica le lanzó una mirada penetrante—. Ahora mira los cuadros.

Hombre con un hacha, de Gauguin.

—Uno para ti —le dijo Frederica a Alexander, mientras echaba una ojeada a la indispensable leyenda—. Andrógino. Según John House. No, según Gauguin. ¿Qué opinas?

Alexander estudió el decorativo cuerpo decorado, que era en sí una réplica de un cuerpo del friso del Partenón. Vio un taparrabos azul, un pecho liso, un mar púrpura con sinuosas líneas color coral en la superficie. No lo conmovía, aunque los colores eran intensos y extraños. Le dijo a Frederica que prefería que sus andróginos fueran más imprecisos, más velados, más «sugeridos», y dirigió la atención

de Frederica hacia *Naturaleza muerta - Fiesta Gloanec, 1888,* en la que varios objetos inanimados, dos peras maduras y un denso ramo de flores descansaban en un mantel rojo brillante ribeteado con una elipse negra. La pintura estaba firmada «Madeleine Bernard», y Alexander le explicó a Frederica que Gauguin había estado seriamente encaprichado con esa joven y, como era costumbre en la época, la había caracterizado como poseedora de la atrayente e inalcanzable perfección andrógina, la sensualidad total combinada con una inalcanzable independencia. Frederica le informó que, según el catálogo, la vegetación era un retrato jocoso de Madeleine por parte de Gauguin: las peras, los pechos; el tupido ramo de flores, los cabellos.

—Se puede interpretar de otro modo —dijo Alexander, interesado ahora—. Las peras se pueden interpretar como andróginas en sí, como parcialmente masculinas.

—Y el cabello como otra clase de pelo —añadió Frederica en voz muy alta, para escándalo de algunos visitantes cercanos y diversión de otros—. Cómo te gusta trabajar tus imágenes, ¿no?

—Es la edad —repuso Alexander con calma, faltando a la verdad.

Empezaban a atraer a un círculo de personas, como si ofrecieran una visita guiada.

Se desplazaron hasta *Recolección de la aceituna.* Daniel tenía la mente en otra parte. Recordaba una mata lacia de pelo dorado rojizo, en la helada capilla del King's College, más dorado que el castaño rojizo de Frederica, que caía lentamente sobre el cuello a medida que las horquillas soltaban su presa. Vio un montón de pecas —que a veces se fundían para formar manchas cálidas, pardas, del tamaño de una moneda— desplazándose por el marco óseo de los pómulos y la frente. Las voces asexuadas se alzaron en el aire frío. «Un niño ha nacido entre nosotros.» «Herodes llenose entonces de ira.» Las voces cantaban la matanza de los inocentes, y una melodía perseguía a la otra en contrapunto, mientras ella bajaba la cabeza, incapaz de entonar apropiadamente.

Van Gogh había pintado los olivos en el manicomio de Saint-Rémy, en 1889.

> En cuanto a mí, te lo digo como amigo, me siento impotente ante tal naturaleza, porque mi cerebro nórdico se ha visto aprisionado por pesadillas en estos plácidos lugares, mientras sentía que había que hacer algo mejor con el follaje. Sin embargo, no quise dejar las cosas *tal cual* eran sin hacer un

esfuerzo, pero éste se reduce a la expresión de dos cosas: los cipreses, los olivos. Que otros mejores y más capaces que yo revelen su lenguaje simbólico [...].

Mira, hay otra cuestión que me viene a la mente. ¿Quiénes son los seres humanos que realmente viven entre los huertos de olivos, naranjos y limoneros?

Frederica y Alexander debatían sobre el supernaturalismo natural. Daniel miró el cielo rosa, los troncos retorcidos, las hojas plateadas, la tierra rítmica rayada de ocre amarillento, rosa, azul claro, marrón rojizo. Frederica coincidió con Alexander en que los olivos no podían *no* evocar el Monte de los Olivos, el huerto de Getsemaní, en la época de Van Gogh, hijo de un pastor, predicador laico. Así como los cipreses siempre se referían, de otro modo, a la muerte. Por pura educación, Daniel preguntó por qué se había vuelto loco Van Gogh; ¿se había debido sólo a la fiebre del trabajo? Alexander repuso que podía haber sido una forma de epilepsia, exacerbada por las perturbaciones eléctricas y atmosféricas provocadas por el mistral y el calor. O bien era posible encontrar una explicación freudiana. Se sentía culpable por el niño que no había sobrevivido y de quien había recibido el nombre. Él había nacido el 30 de marzo de 1853. Su hermano muerto, Vincent van Gogh, había nacido el 30 de marzo de 1852. Él huía de su familia, de su *alter ego* muerto, de su incierto sentido de identidad. Le escribió a Theo: «Espero que no seas un "van Gogh". Básicamente, yo no soy un "Van Gogh". Siempre te he considerado como "Theo"». Daniel dijo que no veía el dolor que según Frederica había en los olivos, y Alexander, prosiguiendo su exposición, dijo que Vincent desaprobaba las pinturas de Bernard y sus compinches sobre Cristos simbólicos en Getsemaní, que había hecho pedazos la suya y se había contentado con los propios olivos. Le habló a Daniel del árbol fulminado, el terrible cuadro de Saint-Rémy, y del negro rojo, y Daniel dijo que era extraño que todos esos huertos estuvieran ahora por todas partes, colgados en las paredes de otros manicomios, para reconfortar a la gente. Los árboles se erguían bajo sus halos de pinceladas verdes y rosa, pequeños objetos voladores, movimientos de luz solidificados o sacudidas del ojo, trazos, pigmento.

A Émile Barnard, Saint-Rémy, diciembre de 1889.

He aquí una descripción de una tela que tengo frente a mí en este momento. Una vista del parque del manicomio donde

estoy. A la derecha, una terraza gris y una pared lateral del edificio. Algunos arbustos de rosas sin flores, a la izquierda una zona del parque —rojo ocre—, el suelo reseco por el sol, cubierto con agujas de pino caídas. En este extremo del parque crecen grandes pinos con troncos y ramas rojo ocre, y el follaje verde se oscurece por arriba con toques de negro. Estos altos árboles se elevan hacia un cielo del atardecer con franjas violetas sobre un fondo amarillo, que en las alturas se vuelve rosa, luego verde. Un muro —también rojo ocre— tapa la vista, y sólo una colina violeta y amarillo ocre se alza por encima. Ahora bien, el árbol más cercano es un enorme tronco, alcanzado por un rayo y aserrado. Pero una rama lateral sube muy alto y deja caer una lluvia de agujas de pino de un verde oscuro. Considerado como una criatura viviente, este sombrío gigante —como un orgulloso hombre derrotado— contrasta con la tenue sonrisa de la última rosa que queda en el arbusto que se marchita frente a él [...].

Verás que esta combinación de rojo ocre, de verde oscurecido por arriba con gris, con las rayas negras que rodean los contornos, produce una cierta sensación de angustia, llamada «negro rojo», que algunos de mis compañeros de infortunio sufren con frecuencia [...].

Te digo todo esto [...] para recordarte que se puede intentar dar una impresión de angustia sin centrarse directamente en el histórico huerto de Getsemaní [...].

Daniel pensó en la fallecida Ann Maguire, quien, como Anna van Gogh, la mujer del pastor holandés, había dado el nombre de una hija muerta a una hija menor y llena de promesas. (Aunque, en el caso de Van Gogh, los nombres de Theodorus, Vincent, Vincent, Theodorus aparecían y reaparecían generación tras generación, como paralelo cultural de ciertos rasgos persistentes en la familia: una frente prominente, ojos de un azul intenso, los pómulos, las ventanas nasales.) En el cementerio de su última parroquia, una familia de la Inglaterra de 1870 había intentado llamar a su hijo Walter Cornelius Brittain y había enterrado a tres, de cinco años, dos años y un mes, alternados con diversas hijas muertas, una Jennet, una Marian, una Eva.

En agosto de 1976, un coche conducido por un guerrillero del IRA, probablemente ya muerto, se había precipitado sobre la acera y matado a tres hijos de la señora Maguire, Joanne, de ocho años, John, de dos, y Andrew, de seis semanas, dejando sólo con vida a

un niño de siete años, Mark. El hecho había causado gran conmoción, tanto por la cantidad de víctimas como por lo inútil de su muerte, como suele ocurrir, y la hermana de la señora Maguire había fundado junto con una amiga el Movimiento por la Paz, de cuyo valeroso inicio y triste final no daremos cuenta aquí. Ann Maguire había dado a luz a una segunda Joanne, en Nueva Zelanda, de donde había vuelto al fin, incapaz de superar el trasplante cultural. Aunque los periódicos se referían a ella como Madre de la Paz, nunca había participado de forma activa en el Movimiento por la Paz. Había acudido a la justicia para reclamar una indemnización por la muerte de sus hijos y por su propio daño moral, y una de sus raras declaraciones públicas había sido para tildar de «irrisoria» la primera oferta de indemnización. El día de la audiencia de su segundo proceso la habían encontrado muerta. Daniel había reconstruido la historia a partir de la radio —«Con heridas en el cuello. La policía no cree que se trate de un crimen»— y de las contradictorias versiones de los periódicos: «con unas tijeras de podar», «con un cuchillo de trinchar», «con un cuchillo eléctrico», «junto a ella». El juez de instrucción diría que no era «tarea fácil descubrir sus motivos». Daniel, que se había convertido en un especialista en violentos golpes de suerte, creía tener alguna idea sobre ello.

No había rezado por Ann Maguire. No era esa clase de sacerdote. Había alzado metafóricamente un gran puño, impotente, en dirección a un campo de fuerzas amenazador, y había vuelto a su trabajo, su trabajo.

Siguió a los otros dos hasta la oscura penumbra de la sala dedicada a los Países Bajos. Unas monjas subían y bajaban por una fría escalera gris, con cofias de alas blancas. El Lauriergracht de Amsterdam era oscuro y reluciente. El *Atardecer* de Mondrian, sombrío y nublado. Le gustaron estos cuadros. Al igual que Vincent —y aunque ignorara que Vincent lo había comentado— tenía un «cerebro nórdico» y reaccionaba biológica y espiritualmente al negro y el marrón grisáceo, a los diversos grises y los toques de blanco en la oscuridad. «Uno de los logros más hermosos de los pintores de este país —había escrito Van Gogh desde Holanda— ha sido pintar un negro que no obstante posee luz». Según el catálogo, Xavier Mellery, el pintor de las monjas, «crea una luz que es la negación de lo que rodea nuestra experiencia visual inmediata de las cosas; se trata más bien de la luz interior del espíritu». Daniel estaba habituado a tal lenguaje: era su pábulo cotidiano, o al menos

semanal. Sabía de la luz que brilla en la oscuridad y, por razones totalmente diferentes del deseo de Alexander de exactitud y especificidad, había acabado por desconfiar del lenguaje figurado. Ya no elaboraba un sermón a partir de una metáfora, ni establecía analogías: predicaba con ejemplos, casos, lecciones. Pero le gustaban las oscuras pinturas holandesas: estaban, por así decir, en su misma longitud de onda.

Arrinconó a Frederica.

—Me dijiste que tenías noticias de Will.

—Una postal, sí.

—¿De dónde, esta vez?

—De Kenia. De camino a Uganda y la hambruna, supongo.

—Un hippie —dijo Daniel.

—Va a ayudar —repuso Frederica.

—¿De qué sirve un tipo así, sin formación, sin conocimientos médicos, sin...? Otra boca para alimentar. Me pone frenético.

—Creo que a menudo es útil, a su manera. Lo juzgas demasiado.

—Él me juzga a mí. Juzgamos mucho en nuestra familia.

—Es verdad —dijo Frederica.

—Una vez estaba en el hospital de Charing Cross, una chica había tomado una sobredosis y había muerto, el procedimiento habitual es el lavado de estómago, pero el hígado de esta chica no pudo soportar más. Como sea, ahí estaba yo, avanzando por el interminable pasillo y pensando en qué hacer con la madre, que se echaba la culpa... y con razón, fíjate, era una de esas mujeres malvadas y falsas, pero eso empeoraba más las cosas, en lugar de mejorarlas... y al lado mío iba la camilla con la muchacha muerta, la sábana tapándole la cara, los camilleros con esas botas acolchadas y cofias de plástico, y cuando se adelantaron e iban a cruzar la puerta, el primero me miró por debajo de su gorra de plástico, y vi que era mi cara. Me quedé paralizado por un minuto. Tenía todo el pelo metido bajo esa cosa, ¿entiendes?, por eso se me parecía tanto, de otro modo la semejanza no llama la atención. «Hola», me dijo, «ya veo que estás ocupado con los asuntos de tu padre». Así que le pregunté qué andaba haciendo, y me contestó que iba de un lado a otro y de aquí para allá por el mundo, y después empujó la camilla por la puerta y yo lo seguí, y la madre empezó a gritar y a llorar, y Will dijo: «Bueno, yo me marcho y te dejo que sigas con esto». Y yo le pregunté adónde iba, y me dijo: «Ya te lo he dicho. De un lado a otro». Ésa fue la última vez que lo vi.

Las monjas subían la escalera en un silencio helado perpetuo.

—Citaba las Escrituras en su propio provecho —añadió Daniel.

—Bastante gracioso, a mi juicio —dijo Frederica.

—¿Dice algo en la postal acerca de volver? ¿Algún proyecto?

—No.

A veces Frederica hubiera preferido que Will no le escribiera en absoluto, puesto que él no quería mandarle mensajes a Daniel. A veces se decía que las postales, los garabatos en hojas de cuaderno, eran en realidad mensajes para Daniel, pero consideraba que nunca hay que desestimar el significado explícito en favor del implícito y que las malditas cartas iban dirigidas a ella, Frederica.

—Oh, mierda —dijo ella.

—No te preocupes —dijo Daniel—. Me voy. Ya nos veremos.

—Pero ¡no has visto los cuadros!

—No estoy de humor.

—Íbamos a ir a tomar un café a Fortnum y Mason.

—No, pero gracias de todos modos.

1. Prenatal: diciembre de 1953

(I)

Escrito sobre la entrada, en letras doradas sobre el brillo púrpura de los rojos ladrillos, rezaba: Ginecología y Obstetricia. Bajo el arco, sumido en la oscuridad, una mano arquetípica —la primera de una serie— apuntaba a un cartel: Clínica de Prenatal, primera puerta a la derecha.

Llegó en bicicleta y la sujetó con una cadena a la alta verja. Estaba embarazada de seis meses. El portaequipajes se combaba sobre el guardabarros delantero. Sacó de él una bolsa de malla que contenía a su vez otra de papel, con una labor de punto, una botella de limonada envuelta en papel encerado y dos gruesos libros. Entró.

El área central de recepción tenía baldosas rojas, y las paredes estaban revestidas casi hasta el techo de azulejos rojo sangre, con altas ventanas que se abrían por encima de la altura de los ojos. Detrás de la mesa había una enfermera vestida de azul marino, con una suerte de torrecita blanca encasquetada en la cabeza. Delante de ella se extendía una fila de doce mujeres. Stephanie las contó y se unió a ellas. Miró su reloj: las diez y media. Doce no era un buen número. Sujetó la bolsa de malla entre los pies, sacó un libro y alzó la página hacia la tenue luz.

Una decimocuarta mujer entró empujando la puerta de batiente, pasó ante las otras trece y se dirigió a la enfermera.

—Soy Owen. Frances Owen. Tengo una cita.

—Igual que todas estas señoras.

—A las diez y media, con el doctor Cummings.

—Igual que todas estas señoras.

—Diez y cuarto —murmuraron una o dos.

—Pero...

—Si hace el favor de ocupar su lugar en la fila, la llamaremos cuando sea su turno.

La señora Frances Owen se puso detrás de Stephanie, quien bajó su libro y murmuró:

—Citas en grupo. Algunas de las enfermeras son menos eficientes y se limitan a apilar las fichas, de manera que la última pasa primero. Es difícil calcular si conviene llegar temprano o tarde.

Lo mejor es reservar el primer turno, a las nueve y media. Salvo que los doctores suelen llegar tarde.

—Es mi primera visita.

—En ese caso la retendrán bastante tiempo, para completar la historia clínica. Y la cola seguirá avanzando.

—¿Cuánto tiempo?

—Mejor no pensar en eso.

—Pero...

Stephanie leía a William Wordsworth. Había decidido leer sus poemas de cabo a rabo, despacio y a conciencia, en esas colas. Eso planteaba tres problemas: el peso del libro, la desnudez creciente a medida que progresaba la visita, y una falta de concentración debida al dolor en las piernas y a una incapacidad general —manifestada desde el comienzo del embarazo— para acabar las frases, las suyas, las de Wordsworth o las de la señora Frances Owen. Que ahora guardaba silencio.

Leyó.

Un sopor selló mi espíritu.

El libro se abría con frecuencia allí.

No tenía miedo humano alguno.

Palabras corrientes, en un orden extraordinario. ¿En qué se reconocía que era extraordinario? Se desplazó hacia adelante, arrastrando la bolsa de malla entre los cómodos zapatos. A su debido turno llegó ante la enfermera, que cogió de la pila de la izquierda una carpeta rotulada «Orton, Stephanie Jane - Fecha estimada de parto: 13.4.54», la colocó en la pila de la derecha y permitió que Stephanie se sentara en una silla de tubos metálicos y lona marrón durante otra media hora.

Parecía una cosa insensible
al roce de los años terrestres.

Parecía. Miró a las mujeres. Sombreros, pañuelos, abrigos abultados, venas varicosas, bolsos, cestas, botellas.

No tenía miedo humano alguno.

En otra época el corazón le habría dado un vuelco, sólo por el ritmo. Ahora el propio ritmo de su corazón se había vuelto débil e indolente. Dentro de ella, imperceptible, otro ritmo rápido palpitaba, tal vez sincronizado. Dormitó, con los ojos abiertos, mirando las rendijas de luz. Estoy sumida en lo biológico. La frase le agradó. Sumida en lo biológico. No lo decía como queja. Lo biológico era muy interesante. Jamás había imaginado que pudiera tener una avidez tan absoluta de tiempo y atención. Leyó lentamente.

No hay movimiento en ella ahora, ni fuerza.

Por el contrario, demasiado movimiento y no suyo. Dijeron su nombre. Avanzó por el pasillo, apresurándose como si no supiera que simplemente la transferían a otra silla, que la urgencia de la llamada no guardaba relación alguna con la rapidez de acción del personal sanitario, o al menos con la propia. La señora Owen habló detrás de ella.

—Me duele terriblemente la espalda.

—Es por estar de pie y por esas sillas. Tenga paciencia, porque aún empeorará.

Había un desagradable deje de mujer de pastor en esto. Una respuesta alegre con una compasión circunscrita. No debía emplear ese tono. La iglesia estaba plagada de coros de voces falsas. Pero no tenía ganas de hablar. Dejando aparte al bebé, que se agitaba y se retorcía, las colas en la clínica de prenatal eran entonces su momento de máxima intimidad.

—¿Quiere que vaya a buscar a alguien?

—No, no —repuso la señora Owen, consciente ya de que los médicos y las enfermeras no estaban ahí para que los importunaran —. No es para tanto.

Stephanie levantó otra vez el pesado libro.

Más allá de la boca y la garganta rojas de la recepción, la clínica de prenatal propiamente dicha era, como toda el ala de maternidad, un sector de un hospital militar añadido a toda prisa a comienzos de la última guerra, en previsión de una multitud de soldados heridos que nunca habían llegado hasta allí. Tenía una sola planta, dividida por tabiques provisionales en una sucesión de pasillos y planos inclinados dispuestos en forma de hache y pintados de un lúgubre azul brillante. Stephanie y la señora Owen, notas grapadas, botellas, labores de punto, Wordsworth, giraron a la izquierda, luego a la derecha, y fueron recibidas por una gruesa enfermera que puso sus

botellas en una bandeja, entre tarros de mermelada recubiertos con celofán fruncido, varios frascos de medicinas, una botella de ginebra y un bote de ketchup. Las hicieron entrar en unos cubículos con cortinas insuficientes y les indicaron que se desnudaran por completo y se colocaran la bata limpia de felpa allí dispuesta. La bata de Stephanie tenía un agradable aire playero, con las franjas naranjas y azules de un pijama o una tumbona. Le llegaba a mitad del muslo, era imposible cerrarla sobre su voluminosa barriga y no tenía cinturón. Estaba habituada a tal humillación, pero no resignada. Recogió el Wordsworth y la bolsa de malla. Oyó que reñían a la señora Owen por no haber girado a la derecha y luego a la izquierda, en lugar de hacerlo a la izquierda y luego a la derecha, hasta Hematología, siendo como era su primera visita. Le hablaban como se habla a los niños traviesos o a los viejos incapaces, que no miran ni escuchan.

—Me duele la espalda —dijo la señora Owen— y...

La despacharon a paso lento a Hematología.

En un extremo de la sala de cubículos había una balanza, delante de la cual se iba formando otra fila. No había más que dos sillas en todo el lugar para una docena de mujeres, como mínimo, muchas de ellas incómodas sin la sujeción de una faja o un sostén.

La plataforma de la balanza estaba ocupada por una mujer tan enorme, con tantos montículos, protuberancias y salientes de grasa colgante, que era imposible determinar dónde se encontraba el bebé ni qué tamaño tenía. Se reía, como lo hacen las obesas, mientras las enfermeras se apiñaban ante el fiel de la balanza y lanzaban exclamaciones de desaprobación. Era diabética y una fuente de preocupación. A las enfermeras les gustaba la valentía y los verdaderos problemas. Wordsworth no era el mismo, leído entre tanta carne y tan variada.

No hay movimiento en ella ahora, ni fuerza.

Wordsworth era un hombre que hablaba a hombres. Él mismo lo había dicho. Habría que tener conocimientos —conocimientos técnicos— sobre la lengua, sobre el porqué y el cómo de los ritmos, sobre la elección de sustantivos y el orden de los vocablos, para explicar cómo Wordsworth podía expresar simples verdades de forma definitiva, es decir, de tal modo que las palabras con que lo decía fueran *sus* palabras. La educación de Stephanie apenas si había comenzado.

Volvió la señora Owen. Tenía la cara muy blanca por encima de

su bata, muy corta y cerrada con cuidado. Un hilo de sangre le bajaba por la cara interior de la pierna.

—¡Señora Owen! —exclamó Stephanie, señalándolo.

La señora Owen llevaba un complejo peinado alto que resultaba incongruente con la desnudez de su menudo cuerpo. Se agachó para mirar. Tartamudeó.

—Oh, qué vergüenza, por Dios. Intenté preguntarles si era normal una pequeña pérdida de sangre, y los dolores, pero no tuve oportunidad, y nunca había sido tanto como ahora...

Hizo un gesto de disculpa, lanzó un gemido y se desplomó. Una enorme mancha de sangre se extendió por el limpio piso de baldosas. Stephanie gritó «¡Enfermera!», y casi al instante hubo eficientes corridas sobre suelas de goma, una camilla, montones de toallas y compresas, conversaciones en susurros entre las mujeres. El doctor salió del consultorio de cristal esmerilado que había detrás de la balanza. La señora Owen, ahora de una palidez cadavérica e inmóvil en la camilla, desapareció tras las cortinas. Hubo más corridas. Fueron a buscar a Stephanie, la despojaron de la bata y la hicieron tumbarse en una cama dura y alta, cubierta con una manta fina. Incluso allí, la espera podía ser larga. Stephanie apoyó el Wordsworth contra el duro borde de su vientre.

Ella no oye ni ve,
transportada en el curso diurno de la tierra
junto con rocas y piedras y árboles.

Nombrar a la tierra entera con tres sustantivos: ¡qué confianza en sí mismo! Rocas y piedras y árboles. El ritmo de la «y» reiterada. Todo, aun nombrado, formaba parte de lo mismo. Y la única palabra compleja en medio de los verbos simples: «diurno».

Apareció un médico joven. Le palpó los flancos duros y resistentes con dedos bastante cuidadosos. Hundió un estetoscopio en su carne suave y escuchó. No la miraba a los ojos: era lo habitual.

—Bueno, señora Orton, ¿cómo se siente?

Stephanie no pudo contestar. Tenía la cara bañada en lágrimas.

—Hay rastros de azúcar. ¿Está segura de haber tomado la muestra al levantarse?...

»Señora Orton, ¿qué ocurre?

—Los ingleses. Siempre espantosamente educados. Estamos horas y horas de pie, sin faja, en un lugar lleno de corrientes heladas. Esa mujer. La señora Owen. Ha perdido a su bebé, lo sé.

Porque... Porque nadie la dejó hablar. Porque yo tampoco quise dejarla. Porque nadie aquí...

—No se ponga nerviosa, que es malo para el bebé. Para su bebé.

Stephanie se sorbió los mocos, anegada en llanto.

—Seguramente lo habría perdido de todos modos —añadió el médico.

Daba la impresión de que le reconocía parte de razón.

—¡Pero no de una manera tan estúpida!

Al parecer, el tipo de conversación poco frecuente le permitió dirigirse a ella de forma directa. Se acercó a la cabecera de la cama y le escrutó el rostro.

—¿Por qué la ha afectado tanto?

—No la escuché. Nadie lo hizo. Le dijimos que permaneciera en la cola.

—Es de suponer que cualquiera en ese estado habría sido lo bastante inteligente, lo bastante sensato, para salir de la fila.

—Lo dudo mucho. Este lugar te obliga a respetar las colas. Uno se queda ahí de pie. Horas de pie, sin faja, por culpa de las citas en grupo y la falta de sillas. Dos sillas para todas esas mujeres. Estar de pie hace daño. Este lugar hace que uno cambie. Yo misma le dije que no pensara en ello. Los doctores están ocupados.

El médico miró mecánicamente su reloj, por asociación de ideas. Era verdad, estaba ocupado. Había visto a Stephanie antes, pero quizá sólo una vez, pues la recordaba de forma vaga: rubia, de curvas suaves, plácida, dócil, que siempre usaba su vientre de embarazada como un pupitre. Esto último no le parecía muy bien, pero nunca había reflexionado por qué.

—Su bebé está bien —dijo—. Perfectamente bien. Los latidos son fuertes, el tamaño es correcto, la posición es buena, todo va bien. Su peso es adecuado, sin problemas. Deje de llorar, por favor. No sirve de nada. El embarazo es un período que perturba a algunas mujeres. Tiene que esforzarse por mantener la calma por el bien de su hijo. Mire, si está muy alterada, ¿por qué no va a hablar con nuestra asistente social? Una buena charla...

—No quiero una buena charla. Y tengo la sensación de que yo misma soy una asistente social la mayor parte del tiempo. Sin sueldo. Estaba intentando darme un respiro. No... Creí que podría leer a Wordsworth y olvidarme de la maldita cola.

—Ya. Bueno, si me hace el favor ahora de bajar las piernas.

Stephanie se preguntó si debía disculparse, y no lo hizo. No sentía rabia contra el doctor. Imaginaba cómo eran las cosas para él: una mujer tras otra y otra, todas iguales, todas diferentes,

llorando a veces por miedo, tedio, dolor, frustración, humillación. ¿Cómo iba a hacerse cargo de tantas cosas, muchas veces irremediables, con sólo diez minutos de intervalo? Era un hombre muy joven. Sabría mirar de forma muy profesional en su vagina con el espéculo, pero se ruborizaba cuando sus miradas se cruzaban. Fuera como fuere, no tenía que disculparse por haber llorado. Al menos él podría haber prometido que investigaría el problema de las sillas insuficientes, por grande que fuese su renuencia a implicarse en el asunto.

En este punto, fue injusta con él. El médico reconoció que las sillas eran competencia suya. En la siguiente visita de Stephanie, había media docena más.

(II)

Una vez al aire libre recuperó en parte su identidad. Eficaz ahora y sin languidez, dinámica y no llorosa, montó en bicicleta. Mantenía la espalda rigurosamente recta, y al feto o bebé parecía gustarle la bicicleta: por lo general —y, a su juicio, con placer— cesaba en sus movimientos apenas ella empezaba a pedalear. Las carreteras de las afueras de Blesford eran aún más bien caminos rurales, bordeados de setos de endrinos sin hojas y profundas cunetas, con las primeras y escasas casitas aisladas en sus pequeñas parcelas, junto a senderos secundarios. Stephanie recordó los caminos en verano, con perejil de monte y hojas cálidas, pero no con ese cuerpo, sino con su propia ligereza de movimientos. «Eclipsada la gracia virginal», decía el doctor Spock con una curiosa inversión. Bueno, era verdad.

Frenó para evitar a otro ciclista: su marido, Daniel, robusto y negro, acompañado de un golpeteo metálico por el roce de un cubrecadena. Avanzaron lado a lado, amigablemente, pesados ambos, haciendo trabajar las piernas con eficacia.

—¿Ha ido todo bien?

—Sin problemas. Más largo que de costumbre. ¿Y a ti?

Daniel había oficiado un funeral.

—No muy agradable, la verdad. Ancianas del geriátrico. Una hija con tres o cuatro críos detrás. El crematorio. El habitual final decepcionante: las abuelitas alrededor de un trozo de césped alquilado por unas horas, con una placa que decía «Señora Edna Morrison» y unos pocos ramos de crisantemos puestos en fila. Las

abuelitas parecían listas para pasar al otro lado. Pero satisfechas consigo mismas por seguir de pie y no haber sido despachadas todavía a la eternidad. No sirvieron té, gracias a Dios. El hogar de ancianos no puede permitírselo, y lo único que quería la hija era llevarse a los críos de vuelta a Sunderland.

—Una mujer de la cola perdió a su bebé. Allí mismo. En el suelo. En un instante.

No tenía la intención de contárselo. Daniel era mucho más propenso que ella a sufrir terrores de orden ginecológico y biológico respecto al cercano parto. Su bicicleta viró bruscamente y enderezó el rumbo.

—¿Pasa con frecuencia, entonces?

—No, no. Pero me sentí fatal, porque ella había intentado decirme que se sentía muy mal, y yo sólo quería leer.

Él frunció el ceñudo entrecejo.

Cuando llegaron a su casa, la encontraron vacía, cosa que no era habitual. Ella puso el hervidor a calentar y dispuso los leños en la chimenea. Él cortó pan y fue a buscar mantequilla, miel, tazas. Pasó los robustos brazos alrededor del grueso cuerpo de su mujer.

—Te quiero.

—Lo sé.

Se sentaron lado a lado en la alfombrilla, delante del hogar. El fuego prendió; Daniel sostuvo la tostadera hacia la chimenea. Un olor a pan tostado empezó a mezclarse con el olor a pintura que era la permanente consecuencia de sus intentos de hacer habitable el lugar.

—¿Dónde está Marcus, entonces? —preguntó Daniel.

—En el hospital. En su propia cola. Fue con el bus.

—Un psiquiatra media hora por semana jamás ha ayudado a nadie. En mi opinión. Aunque no presumo de saber qué es lo que necesita.

—Cállate, Daniel —dijo Stephanie, poniéndole una mano en la rodilla—. Tomemos el té en paz.

—No me estoy quejando.

—No, ya lo sé.

Marcus Potter, el hermano menor de Stephanie, estaba viviendo con ellos, al parecer de forma indefinida. En el verano de 1953 había sufrido una suerte de depresión o crisis nerviosa, causada (una opinión) o exacerbada (una opinión mejor fundamentada) por su extraña relación con el ex profesor de biología de Blesford Ride,

la escuela privada donde enseñaba el padre de Marcus y de Stephanie. Había habido alguna clase de fantasía religiosa y, tal vez, manoseos homosexuales. Los expertos habían decidido que Marcus debía interrumpir un año sus estudios a fin de recuperarse, y que no debía vivir con su padre, un hombre de temperamento imprevisible que producía en su hijo un manifiesto terror extremo e irracional. Nadie había dicho qué era lo que Marcus tenía que hacer; como resultado de ello, parecía hacer muy poco o nada, hablaba lo imprescindible y se mostraba cada vez más reacio a salir de su habitación o de la casa. Nadie había dicho tampoco cuánto tiempo debía permanecer Marcus en la casa de su hermana. Daniel, que por naturaleza tendía a buscar enérgicamente soluciones, se esforzaba por refrenar su impulso de sacudir a Marcus y confrontarlo con el insatisfactorio carácter de su inercia. De vez en cuando lo dominaban violentos sentimientos hacia Marcus, que reprimía. Bill Potter, el padre, era un hombre violento.

Stephanie vio a Marcus que volvía a la casa, como si lo hubieran invocado al nombrarlo. Al parecer, el proceso le causaba innecesarias dificultades. Avanzaba unos pasos hacia el portillo del jardín y retrocedía como si se viera rechazado por un campo de fuerza o azotado por un vendaval invisible que no causaba efecto alguno en las ramas de los arbustos y árboles de hoja perenne de los jardines delanteros de las casas. Tenía los delgados brazos cruzados sobre el pecho, como en un gesto de protección, e inclinada la cabeza, con su pelo pajizo sin brillo y sus gafas redondas. Stephanie lo observó bailar o arrastrar los pies, dos pasos adelante, uno atrás, casi de costado por el sendero. Se sintió protectora y amenazada. Daniel vio la tensión de su semblante.

Oyeron el ruido de la cerradura, que se prolongaba: Marcus se debatía con la llave. Daniel reprimió casi sin esfuerzo el impulso de levantarse y abrir él la puerta. Giró la tostada. Marcus franqueó la entrada a tientas como una criatura ciega, aferrándose a los bordes y las superficies. Aunque la puerta daba directamente al salón, se mostró desconcertado al encontrarlos allí.

—Té y tostadas, Marcus —dijo Stephanie, con la misma voz que se había oído usar con la señora Owen.

Le desagradaba sobremanera esa voz, pero la utilizaba cada vez más. La conversación con Marcus había pasado a ser casi monosilábica, lo que no facilitaba las cosas.

—No —dijo Marcus débilmente, y añadió de forma inaudible—: Gracias.

Empezó lo que Daniel denominaba para sus adentros su «arrastrarse» hasta la escalera. La estancia —oscura, con ventanas pequeñas— estaba amueblada y pintada a medias. Sillones, una pequeña mesa de comedor y el viejo escritorio de buena caoba de Stephanie descansaban sobre el suelo de madera, desnudo y salpicado de pintura. Había una gran alfombra de retazos frente a la chimenea y una o dos esteras de fibra de coco. Las paredes estaban revestidas con un empapelado de grandes rosas azules rodeadas por un follaje grisáceo y plateado, la mitad de ellas semicubierta por una capa blanca. Daniel nunca tenía tiempo —ni, a decir verdad, ganas— para hacer un buen trabajo de pintura. Había aprendido por propia voluntad a no prestar atención a lo que lo rodeaba. Stephanie lo había intentado por su cuenta, pero los vahos de la pintura la hacían vomitar, e imaginaba que eso podía causar daño al bebé. Daniel, tan sagaz para reparar en las cosas esenciales, no tenía ni idea de cuánto le desagradaba a Stephanie vivir en medio de ese desorden, con todo a medio hacer. Ella se habría puesto básicamente de acuerdo con Daniel respecto a qué era esencial y qué no, pero el desorden la deprimía.

Marcus llegó a la escalera, que también desembocaba en el salón, y echó una vaga mirada hacia atrás. Subió los escalones de forma menos furtiva, y oyeron que abría y cerraba la puerta de su habitación. No hubo ningún otro sonido más. Daniel sacó la tostada de la horquilla.

El silencio en lo alto impuso un silencio abajo. Stephanie observó a Daniel, queriendo protegerlo de Marcus.

—Hablemos. Cuéntame cómo ha sido tu día.

Gente de palabras, los Potter, incluso la pacífica Stephanie. Al parecer, las palabras los ayudaban. Más valía que su «día» no se convirtiera en un relato, entretenido, quejumbroso o emocionante. Un funeral, ya descrito, dos vagabundos borrachos, otro sermón del párroco sobre la intromisión en las querellas domésticas de sus feligreses. Miró a su esposa, con su cabello rubio claro y los brazos cruzados sobre el vientre.

—Tu tostada —dijo, lacónico.

Le entregó una rebanada de pan perfectamente dorada, untada de mantequilla, brillante de miel, de aroma tentador. Sumida en lo biológico, pensó ella, atenta a los crujidos o gemidos del piso superior, atenta a los suaves movimientos dentro de su vientre, lamiéndose los dedos. No compartió con Daniel esta satisfactoria frase.

Atenta a Marcus, oyó la bicicleta de Frederica que hacía crujir la grava. Entró en tromba en la casa, se dejó caer teatralmente de rodillas ante la chimenea, al lado de su hermana, y gritó:

—¡Mira!

Stephanie vio unas hojas de papel crema con tiras blancas pegadas.

beca parcial ofrecida newnham. va carta. rector.
beca ofrecida somerville. felicitaciones. rector.

—Lo lograste —dijo Stephanie.

En 1948 ella había abierto unos telegramas casi idénticos. ¿Qué había sentido? Un gran alivio, aunque sólo fuera temporario, de la carga de las inexorables expectativas de su padre. No se había dado cuenta de cuánto le pesaba dicha carga hasta que ésta desapareció. No sintió alegría hasta mucho más tarde, y orgullo y satisfacción de sí misma más tarde aún, la víspera de la partida. Le tendió los telegramas a Daniel.

—Qué bien, ¿no? —dijo él, desconociendo el significado de las becas—. Una oferta segura.

—He ganado, he ganado —se jactó Frederica—. Hice un examen oral en Oxford, yo sola con todos los catedráticos, absolutamente todos, con su vestimenta talar y su toga forrada, y yo en la pizarra explicando los términos ingleses y latinos de Milton. Nunca he hablado tanto en mi vida y estaban interesados, interesados de verdad, e incluí toda clase de cosas, *Britannicus* y *Enrique VIII* y *El corazón roto* y *Cuento de invierno* y rimas femeninas, y no me detuvieron, me dijeron que siguiera... ¡ah!, y el discurso de Satanás a Eva en el paraíso, estaba en mi propio mundo, ¡ah, sublime!

Stephanie asentía y Daniel observaba a Stephanie. Sabía bien lo que no sabía de ella, pero sólo como un vacío. En otra época ella había tenido todo esto. Si había gritado «¡ah, sublime!» sin afectación no lo sabía, y lo dudaba. Imaginaba su deseo de seguir enseñando, porque ambos, él y ella, compartían una pasión pastoral. Stephanie llenaba la casa de seres perdidos y desgraciados. Cuando no los ahuyentaba la persistente mirada vacía de Marcus. Esperó un indicio, un recuerdo de su propio examen oral, pero su mujer guardaba silencio. Frederica respondió a sus pensamientos.

—Todos se acordaban de ti, Steph. Los profesores de Newnham me preguntaron qué estabas haciendo. Los de Somerville también se acordaban. Una de Newnham dijo que siempre había tenido la esperanza de que volvieras. Yo dije que por supuesto estabas

inmersa en las tareas domésticas y la espera del bebé, y ella dijo que eso era lo que muchas buenas estudiantes parecían elegir en esta época...

—Vas a ir a Newnham.

—A pesar del maravilloso examen oral. Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, él siempre ha querido que fuéramos a Cambridge.

—Podría haberme rebelado.

—Podrías. Pero tienes el espíritu de Cambridge. Principios sólidos. Arraigados. Pese a toda tu disertación en Oxford sobre el lenguaje.

—Dijeron que dentro de tres años me verían en Oxford haciendo mi doctorado. Imagínate. Me preguntaron sobre qué sería. Dije John Ford. Fue el peor momento. Se rieron tanto que no pudieron proseguir con la entrevista. Aún no sé por qué. Pero no me importa. Lo logré. Gané.

—Lo sabemos —dijo Daniel.

—No os molestaré más. Lo siento, no hago más que hablar. Hablé demasiado con las otras chicas mientras tomábamos un café, seguía y seguía con el jarrón chino de Eliot y su movimiento perpetuo en la inmovilidad, qué ironía, y era evidente que estaban deseando que me callara y por algún motivo era incapaz de hacerlo. Perdóname, Daniel. Necesito descargarme. Es que acabo de caer en la cuenta de que ahora puedo irme. Puedo librarme de la casa, de ellos, y de la carga que representa. Soy libre.

—¿Cómo están? —preguntó Stephanie.

—No muy bien. No parecen capaces de superar lo de Marcus. De algún modo esto ha echado por tierra la idea que se hacían de sí mismos como padres, ya sabes, buenos padres sea como sea, y la casa como hogar. Papá pasa horas sentado sin hacer nada y mascullando para sus adentros, y mamá simplemente se ha retraído, nunca empieza una conversación, ni hace preguntas, ni... Cualquiera habría dicho que estarían muy preocupados por mí, la única hija que les queda, y quizá lo estén, pero su forma de demostrarlo es penosa. Papá se esforzó ostentosamente por interesarse en mis exámenes y apiló en mi escritorio un montón de libros de segundo orden que yo no tenía tiempo de mirar. No quiero leer crítica literaria todavía, si es que alguna vez querré, y estoy segura de que a sus alumnos brillantes no los agobia con eso. Mi trabajo es mi trabajo y mis ideas son mis ideas, ¡que las deje en paz!

»Cuando llegaron los telegramas, bajé corriendo a abrirle la puerta al muchacho y se los mostré a mamá y ella empezó, con valor, “qué bien, cariño”, y entonces se puso a llorar y se encerró en

su habitación. No muy divertido. Así que vine para aquí. Pero ahora ya puedo irme, ahora sí que puedo, ¿no?

Se hizo el silencio.

—¿Cómo está Marcus? —preguntó Frederica.

Daniel y Stephanie señalaron el techo sin decir nada.

—Ha recibido montones de cartas —prosiguió Frederica—. Bueno, creo que fueron tres. De ese hombre. Papá las hizo pedazos... lo vi hacerlo con la hoja de afeitar, Steph... y las quemó. Llamó al hospital y les dijo que le impidieran a ese hombre seguir mandando cartas. Se oían sus gritos al teléfono desde el otro extremo de la calle. Después no fue a trabajar durante dos días. Creo que el psiquiatra invisible tendría que tomarla con él, no con Marcus.

—¿Y mamá?

—Como te he dicho. Lo que sí dijo fue que te preguntara qué harás en Navidad.

—Podría venir a preguntarlo ella misma —opinó Daniel.

—Por lo visto, ha dejado de venir —dijo Stephanie.

En los primeros días del retiro o la enfermedad de Marcus había acudido con regularidad; Bill no lo había hecho, en parte porque habían dicho que era mejor que dejara a Marcus solo, en parte porque miraba con malos ojos a Daniel, la Iglesia anglicana, el cristianismo y el entierro del talento de Stephanie en medio de todo eso. Su reprobación como ateo liberal le generaba unas emociones más afines al fanatismo religioso del siglo diecisiete que a la tolerancia agnóstica. Así pues, en cierto sentido, Stephanie estaba tan perdida para él como Marcus.

En esos primeros días, Winifred había pasado horas sentada en el sofá, junto a Marcus, quien se apartaba y, como una parodia de una descabellada disciplina religiosa, abreviaba sus respuestas y prolongaba sus silencios, hasta que le había impuesto a su madre un modo similar de comportamiento.

—No le hago ningún bien —le dijo Winifred a Stephanie.

—¿Quién puede saberlo?

—Yo lo sé.

Winifred no era muy distinta de Marcus. O Marcus no era muy distinto de Winifred. El fracaso se contagia, se transmite. A diferencia de la euforia, se dijo Stephanie, pensando en Frederica. Era curioso que el triunfo no pudiera compartirse. Frederica, que en ese momento alisaba y doblaba sus telegramas, tal vez acabara por aprenderlo.

—También tendremos a mi madre para Navidad —dijo Daniel,

efusivamente y con cierta mordacidad—. Será una verdadera fiesta.

2. En el hogar

Comienzos, finales, fases, términos. Stephanie pensaba que se hallaba en una fase de falta de intimidad, sin considerar la posibilidad de que ésta hubiera desaparecido para siempre. Era una mujer con un cuerpo joven cuyos conocimientos, biológicos e intelectuales, se definían según períodos claramente delimitados, menstruales, domésticos, académicos, ciclos corporales, sangre, ritos, títulos. El embarazo era uno de ellos, con un término fijo.

En diciembre llegó el fin de sus clases en el Instituto Blesford para mujeres. En la última celebración del año, en la que Frederica obtuvo el premio del consejo de administración por sus calificaciones, como antaño lo había obtenido Stephanie, ésta recibió regalos de los profesores y las alumnas. Frederica subió con aire grave al estrado y se marchó con dos obras de la Universidad de Oxford, la *Guía de literatura inglesa* y la *Guía de literatura clásica.* Los obsequios de Stephanie fueron variados y de índole práctica: una tetera eléctrica con alarma, un conjunto de fuentes Pyrex con calientaplatos, y una canastilla tejida y cosida por las alumnas de los dos últimos cursos, pequeños camisones de viyela bordados, abriguitos de lana de cordero hechos a ganchillo, gorros y botitas tejidos, bonitas mantas mullidas, un corderito de lana con ojos negros bordados y el cuello algo torcido, que pendía de una cinta morada. La directora pronunció un largo discurso, manifiestamente sincero, sobre cuánto echarían de menos a Stephanie, y un breve discurso sobre la excepcional fortuna de Frederica. Cantaron *Señor, bendice nuestra partida.* Stephanie sintió ganas de llorar, no porque amara la escuela, sino porque algo había concluido.

Mientras empujaba su bicicleta, al marcharse del instituto por última vez (oficialmente), vio a Frederica que se alejaba a buen paso delante de ella, más allá del cráter de la bomba, aún sin rellenar. Su hermana llevaba una mochila, un gran paquete, dos bolsas de zapatos y una bolsa de papel.

—¿Quieres poner algo en el portaequipajes? —le ofreció.

Frederica dio un respingo. Desobedeciendo las prohibiciones, el pelo le caía sobre los hombros, aún con las marcas dejadas por las cintas con que se lo recogía.

—No deberías seguir montando en bicicleta. Te harás daño, a ti

y a tu progenie.

—Tonterías. Conservamos el equilibrio y la dignidad. Dame esa bolsa.

Avanzaron en silencio.

—¿Adónde vas, Frederica?

—A un lugar llamado Nîmes.

—¿Cómo?

—Lo encontró la directora. «Familia francesa busca respetable muchacha inglesa para hablar inglés con sus hijas.» Me voy después de Navidad. Será genial hablar francés. Será genial huir de aquí. Sobre las hijas no estoy tan segura.

—Lo que te preguntaba era adónde ibas ahora.

—¡Ah! A cumplir con un rito. Tal vez lo desapruebes. Si no, puedes participar. Si es que no te caes de ese cacharro.

—¿Qué clase de rito?

—Una especie de ofrenda. Del Instituto Blesford para mujeres.

Abrió bruscamente su impermeable, y Stephanie vio que llevaba un jersey negro ajustado, un ancho cinturón elástico y una larga falda tubo gris.

—Será en el canal. ¿Quieres venir?

—¿Una ofrenda de qué?

—Del Instituto Blesford para mujeres. Camisa, corbata, boina, falda, calcetines y equipo de gimnasia. No puedo poner el impermeable, porque no tengo otro. He puesto lastre en el paquete.

—¿Qué clase de lastre? —inquirió Stephanie, temiendo que fueran las guías de Oxford.

—Piedras, tonta. No lanzo libros al agua. Deberías saberlo.

—Echar al agua ropa abrigada y en perfecto estado es un horrible despilfarro. Hay chicas pobres...

—Te he dicho que no tenías por qué venir. No deberías hacerlo, si ya te has convertido en una esposa de pastor a tiempo completo. Lo que me gustaría entender es cómo haces para soportarlo. Steph, ¿realmente querías una tetera eléctrica? ¿Realmente quieres rescatar esa ropa horrible, esos símbolos de estrechez de mente y meticulosidad, para que Daniel se la dé a alguna vagabunda? No me contestes. Ven a ayudarme. No habrá otra ocasión como ésta.

El canal de Blesford no tenía nada de particular. Podrido y en putrefacción, estaba oscuramente lleno de extraños hierbajos negros, como zarcillos de hollín, cubiertos de musgo marchito. Los terraplenes de la orilla se iban desmoronando dentro, a medida que caían las piedras sueltas y rotas. De vez en cuando se ahogaba algún

niño. Las hermanas se detuvieron en un estrecho puente que lo cruzaba, cerca de nada, salvo de un gasómetro y una sucia valla publicitaria con un anuncio de tabaco Capstan. Stephanie apoyó la bicicleta contra el parapeto. Frederica alzó el paquete hasta el borde del pretil.

—Es un rito sencillo. Nada de palabras ni de brincos alrededor. Soy una mujer adulta. Sólo quiero que alguien sepa que todos estos trastos han sido una carga y nada más que una carga de principio a fin, y que no siento la más mínima pena por irme de este lugar, y que nunca volveré, jamás, palabra de Frederica Potter. Se acabó la vida colectiva. No pienso pertenecer a nada, nunca más. Sólo defenderé una causa: la mía. ¿Quieres ayudarme a arrojarlo?

Stephanie pensó en la bonita y tierna canastilla hecha con tanto esmero. Pensó en Felicity Wells, la vieja profesora, apasionada de George Herbert y el catolicismo inglés, que había dedicado toda la vida a tentar con esas cosas hermosas a las chicas de ese sucio pueblo. Pensó en John Keats, que había vivido en Hampstead y muerto en Roma, a quien había leído en Cambridge y leído allí, en clase. Pensó en los ladrillos ennegrecidos, el polvo de tiza, las cajas de zapatos, los botines de hockey lodosos, el olor de los grupos de chicas en el aula.

—Sí. Creo que sí.

—Muy bien. Uno, dos, tres, ya. Allá va.

El paquete chocó con violencia contra el agua y, con una especie de susurro, se hundió en una estela de burbujas espesas, lentas y viscosas.

—Y ahora ¿cómo sigue la ceremonia? —dijo Stephanie con ánimo blasfemo.

—Ya está. Te lo dije. Es un gesto que sólo tiene significado por sí mismo, nada más. ¿Me ofrecerás un té, si voy a tu casa? No tengo ganas de volver a casa todavía, en absoluto, todavía no.

Llegó la madre de Daniel. No fue una visita imprevista: hacía meses que la esperaban. Se habían marchado del piso de protección oficial elegido como hogar por Daniel, para mudarse a esa modesta casita parcialmente restaurada a fin de tener espacio para albergarla, cuando se hubiera recuperado lo bastante de su caída y su fractura de cadera. Decoraron para ella la tercera habitación antes de acabar la propia, revistiendo las paredes con un papel con espigas, instalando un gran sillón, una lámpara de pie adornada con volantes, un edredón satinado y un tocador con espejo, todo lo cual Daniel había ido a buscar a la casa de Sheffield que ella dejaba. Las

visitas de Daniel al hospital lo ponían malhumorado y melancólico, cosa en que Stephanie había reparado pero que se había abstenido de comentar. Él dijo que estaba casi seguro de haber elegido los objetos equivocados, salvo el tocador, que era único en su género. Y había muchas probabilidades de que se lo considerara demasiado grande para la habitación, lo cual de hecho era cierto, pues ocupaba demasiado espacio. Pero ya ocurría lo mismo antes.

El día de su llegada, Stephanie subió a poner unas flores en el tocador, un ciclamen en tiesto, casi granate de tan oscuro que era el rojo púrpura, y un jarrón de cristal, un regalo de casamiento, con asteres color violeta, rosa cereza, rosa coral. Flores resistentes y graciosas. Cuando Daniel partió para la estación, ella recordó que la lámpara había parpadeado de forma alarmante. La probó, y la luz parpadeó. Fue escaleras abajo a buscar un fusible y un destornillador, subió otra vez y cambió el fusible. Las escaleras empezaban a cansarla. Mientras trabajaba, una mano o un pie, duro y protuberante, se abrió paso bajo su piel y sobresalió de su caja torácica. Cuando oyó la puerta de entrada, por un momento fue incapaz de ponerse de pie a causa de su turbulencia interna. Había tenido la intención de abrir ella misma la puerta, en señal de bienvenida.

La voz de la madre de Daniel resonó en la casa, débil, quejumbrosa, incesante.

—... la última vez que tomo el tren para ir a donde sea. El próximo viaje tendrán que sacarme con los pies por delante, te aseguro.

Stephanie bajó. La señora Orton se desplegó en el sillón de Daniel como una serie de voluminosos cojines apilados. Su ropa, su cara, sus manos, sus piernas gruesas y brillantes ofrecían diversos matices de lo que más tarde Frederica aprendería por su intermedio a llamar malva, a semejanza —aunque de un modo diferente— de los inocentes y brillantes asteres y el ciclamen, que en la mente de Stephanie se parecían ahora a la carne amoratada. La madre de Daniel llevaba un sombrero de fieltro oval, con una abolladura intencional en la parte superior. Por debajo del sombrero se escapaban varios rizos de cabello suave color gris acero, con un leve tinte púrpura que tal vez no fuera más que el reflejo de la brillante seda artificial floreada que se extendía debajo. Stephanie, apretando al bebé contra el brazo del sillón, se inclinó para besar el círculo carmesí de la mejilla, definido con excesiva precisión. Le ofreció un té.

—No gracias, cielo. Justamente le estaba diciendo a nuestro

Daniel que, por culpa de lo que hacen pasar por té en el tren hoy día, se me han quitado las ganas. No soporto ni un trago más. Nada de té. Y espero que no te hayas tomado mucho trabajo cocinando por mi causa, porque hoy día, después del hospital, apenas si puedo retener nada, se me ha estropeado el apetito por las porquerías que sirven, trozos grasosos de falda y repugnantes ensaladas con medio huevo de quince días de antigüedad, unas pocas hojas de lechuga y un trozo de remolacha blanda, no, era un esfuerzo tragarlo y no digamos retenerlo... Te aseguro que había muchos que no podían, esos huevos de gusto infernal que nos daban en el desayuno la mayor parte de las veces, verdaderas bombas fétidas, pero ¿crees que podíamos conseguir que alguna enfermera viniera a olerlos o nos diera otro a cambio? No sé qué habría hecho si la pobre mujer de la cama de al lado no hubiera tenido una hija que trabajaba en una fábrica de chocolate de York y la mantenía provista con grandes bolsas de desechos que ella era incapaz de comer... es gracioso esto, como trabajan con el chocolate no lo soportan... se moría por las cosas saladas, se la pasaba comiendo cacahuetes tostados y patatas fritas. La pobre mujer no estaba en condiciones de hacerle honor al chocolate, con los problemas de azúcar que tenía en la orina, así que los aprovechaba yo. Hasta que se fue al otro barrio, de eso hace dos semanas. Imagínate, cuando nuestro Daniel venía a visitarme, con su alzacuellos y demás, creían que yo también estaba a punto de estirar la pata, los alzacuellos en esos lugares significan la muerte...

Media hora después, liberada de su abrigo y su sombrero, con todas sus posesiones apiladas junto a la cama de Stephanie porque no entraban en su habitación, dijo:

—¿No tendrías una buena taza de té para mí?

Stephanie tardó cierto tiempo en darse cuenta de que su suegra siempre rechazaba lo que le ofrecían en el momento en que se lo ofrecían, aunque no habría sabido decir si se debía a una curiosa noción de los buenos modales o a pura terquedad.

Cuando Marcus volvió para la cena, dos horas más tarde, la madre de Daniel seguía hablando: a Stephanie, que iba y venía de la cocina sirviendo verduras y preparando la salsa de carne, y a su hijo, que de vez en cuando desplazaba con cuidado su peso en una silla del comedor y fruncía y fruncía el entrecejo. En todo ese tiempo no había hecho alusión alguna al marido, la mujer o el niño: su conversación fue puramente descriptiva y referida a sí misma, y así continuaría en general siéndolo. Del vagón de tren, la parada en Darlington, la rutina en la sala del hospital general de Sheffield, dos

o tres buenas mujeres estudiadas de forma obsesiva y otras muchas nombradas más a la ligera; de todo esto Stephanie supo un montón de cosas. De la madre de Daniel sabía muy poco. Pensó que nunca había estado tan cansada.

Marcus retrocedió ante la puerta una o dos veces —no era un día demasiado malo— y entró precipitadamente como de costumbre. Se quedó inmóvil en el umbral, enfrentado a la realidad monumental de la madre de Daniel.

—¿Quién es éste?

—Mi hermano Marcus. Está viviendo aquí.

Marcus miró, mudo.

—Ésta es la madre de Daniel, Marcus. Ha venido a vivir con nosotros.

Ni Marcus ni la madre de Daniel dijeron nada. Daniel tuvo la impresión de que, hasta ese momento, ninguno de los dos se había tomado la molestia de asimilar el hecho —cuidadosamente explicado a ambos por anticipado— de la presencia del otro. Stephanie sirvió la cena: carne asada, budín de Yorkshire, patatas al horno, coliflor. La carne había costado cara. Ella y Daniel estaban aprendiendo sobre arenques y jarretes de vaca, ñoquis y tartas de cebolla. La madre de Daniel, hundida en el sillón de su hijo, observaba con aire crítico todos los movimientos. Marcus se retorció las manos. La señora Orton se dirigió a él.

—Estate quieto, muchacho.

Él metió las manos en los bolsillos a toda prisa, agachó la cabeza y avanzó de lado hasta su sitio en la mesa.

Daniel trinchó la carne. Con tono demasiado sonoro, expresó el placer que le causaba el asado jugoso. La señora Orton no dijo nada. Cortó todos los bordes tostados de sus tajadas y comió éstas, mientras en un costado del plato iba creciendo la pila de carne roja despedazada. Masticaba larga y ruidosamente. Marcus se atragantó y empujó su plato sin apenas haberlo tocado. La señora Orton le dijo a Stephanie que en su época hacían grandes budines de Yorkshire, altos y dorados, y los servían solos, bañados en jugo, antes de la carne, para que ésta alcanzara más; en esa época había que ahorrar cada penique. Aceptó otras dos tajadas de asado, y le pidió a Daniel que las cortara de la punta, a la vez que señalaba que la carne sanguinolenta siempre le había revuelto el estómago, sobre gustos no hay nada escrito, ¿no? Reprendió a Marcus.

—No has comido casi nada, chico. Estás muy paliducho, te vendría bien llenarte un poco. Cómete eso.

Y rió. Marcus clavó la mirada en el plato, blanco como un papel.

—No habla mucho, ¿no? A nosotros nos enseñaban a comernos todo lo que nos ponían en el plato. ¿Qué es lo que haces entonces todo el día?

Sin decir palabra, Marcus clavó el tenedor en el mantel. Stephanie dijo que había estado gravemente enfermo y que estaba convaleciente, cosa que Daniel ya le había explicado en Sheffield. La señora Orton mostró por Marcus un interés que no había manifestado por Daniel ni por Stephanie. Formuló varias preguntas incisivas sobre la naturaleza de su enfermedad y el tratamiento que recibía. Marcus no contestó. La señora Orton se interrogó sobre este hecho, hablando cada vez más con Daniel y Stephanie de la enfermedad de Marcus como si éste no se encontrara allí. Daniel pensó que, en cierto modo, eso era lo que Marcus parecía querer, estar presente y, no obstante, ausente e ignorado. En los días que siguieron, la madre de Daniel iba a llevar a proporciones embarazosas esos comentarios confidenciales que borraban la presencia de Marcus.

Esa noche, al ir a acostarse, Stephanie tropezó con el ciclamen en el pasillo. Cayó pesadamente al suelo, y el camisón le quedó sembrado de tierra, fragmentos del tiesto, oscuros hilos del agua volcada de los asteres. Daniel la encontró en cuatro patas, con el rostro bañado en lágrimas. Detrás de las puertas cerradas había un silencio alerta. Daniel se agachó, le pasó un brazo por el grueso vientre para ponerla en pie y la llevó hacia el dormitorio. Ella se resistía, señalando sin hablar la tierra, el agua, los pétalos en las baldosas. Se quedó inmóvil, temblando y sollozando.

—Vamos —él rebuscó en los cajones para encontrar un camisón limpio—. Vamos, mi amor.

—No desordenes mis cosas.

—Pero ¡bueno! ¿Cuándo he desordenado tus cosas?

Le quitó el camisón sucio por encima de la cabeza, sin que Stephanie opusiera resistencia, y por un momento quedó desnuda, senos hinchados, ombligo extrañamente protuberante, brazos y piernas frágiles e insignificantes en comparación con el peso central. Daniel la acarició y la vistió mientras ella seguía llorando. Susurró con voz ronca:

—Acuéstate, mi amor. Ve a la cama.

—Tengo que limpiar todo eso. Sólo pretendía darle la bienvenida con un detalle bonito. Incluso pensé que el color era un acierto.

—Escucha —dijo él—. No se trata de eso. Le han gustado. Pero cree que las flores despiden dióxido de carbono... bueno, en

realidad es cierto... y que hay que sacarlas de la habitación por la noche. Siempre lo ha hecho, desde que mi padre estuvo en el hospital cuando murió y las enfermeras se llevaban las flores en un carrito todas las noches. De verdad tienen esa costumbre, ¿sabes? Sólo ha hecho lo mismo que ellas.

—Pues bien lejos que las puso —replicó Stephanie, puerilmente.

—Sí. Es que no puede inclinarse bien. Ninguno de nosotros puede hacerlo en estos momentos, por diversas razones. Ahora ve a la cama, y yo limpiaré todo.

Stephanie fue a la cama y escuchó. Escobillón y recogedor; golpecitos; puerta trasera. Debía de estar cavando y volviendo a plantar el bulbo del ciclamen. Era el hombre más concienzudo que conocía. Lo oyó subir la escalera sin hacer ruido; oyó el repiqueteo del florero y el platillo. Cuando se metió en la cama, se abrazaron, fríos, limpios y silenciosos, con la impresión de que incluso esos leves movimientos se oían demasiado. Cuando los músculos de Stephanie se relajaron pese a todo, el bebé empezó a arquearse y girar como un delfín. En la medida en que éste distinguiera entre la noche y el día, estaba activo durante la noche. Aunque la intensa pasión de Daniel por el cuerpo de su esposa incluía su voluminoso estado, no era hombre a quien se convenciera para que se interesase de cerca en esa vida invisible. Cuanto más se agitaba el bebé, más se alejaba el padre. Ni siquiera en la cama había intimidad. En cuanto a Wordsworth, pensó ella mientras se sumía en el sueño, en cuanto a Wordsworth... Otra frase de embarazada inconclusa. Soñó, y no por última vez, que el niño había nacido prematuramente, como un embrión de canguro, y recorría a ciegas su camino hacia arriba, minúsculo y blanco, por los ondulantes pliegues de la pechera morada de la señora Orton, la cual no paraba de hablar y se agitaba tanto que, a cada movimiento, el pequeño trepador estaba a punto de morir asfixiado por accidente.

Marcus miraba al psiquiatra y el psiquiatra miraba a Marcus. El psiquiatra se apellidaba Rose y, por lo que Marcus lograba recordar de tiempo en tiempo, era de mediana estatura, de un castaño mediano y con una mediana voz de tenor cuando hablaba, cosa que no hacía a menudo. A veces Marcus pensaba que usaba gafas, y otras le parecía recordarlo con la cara desnuda. También su consultorio, uno más de una serie de habitáculos idénticos del hospital general de Calverley, era de un marrón mediano y un gris mediano. Tenía un diván de cuero marrón, dos sillas de cuero y metal, un escritorio de roble y paredes verde pálido. Había un

fichero y un armario metálico, ambos de un gris oscuro. En la pared detrás del escritorio, una reproducción de *El grito* de Munch. En otra pared, un sobado calendario con ilustraciones en color de cuadros famosos. Ese mes eran unas manzanas de Cézanne sobre un mantel de cuadros. Había una persiana veneciana, por lo general bajada y con las láminas abiertas. La vista que tapaba se componía de cañerías, escaleras de incendios, un patio cercado por muros cubiertos de hollín. Marcus no se recostaba en el diván. Se sentaba en una silla frente al escritorio y no miraba al doctor Rose, aunque de vez en cuando inclinaba la cabeza para medir el ángulo de las tajadas de edificio y de luz reflejada que la persiana generaba.

No tenía fe alguna en la capacidad del doctor Rose para «ayudarlo». Esto se debía tal vez al hecho de que consideraba que «ayudarlo» era reparar algo que había ido mal, una restauración de un estado anterior «normal», y no tenía la seguridad de que tal estado hubiera existido o pudiera existir. «Normal» era el modo en que la gente consideraba a veces algunos de sus actos y relaciones, y, según la experiencia de Marcus, lo que afirmaban de éstos guardaba apenas una vaga relación con su forma y configuración reales. Bill decía con contundencia lo que hacían o lo que eran padres e hijos, hermanas y hermanos, chicos y chicas, y enunciaba a gritos muchas otras definiciones y rótulos. El concepto de «chico en la escuela», «amigo», «buena persona», «tío listo» tenía el mismo tipo de relación extrañamente racionalizada respecto a las criaturas reales. Para Marcus, la normalidad era un complejo esquema hecho en papel de calco, con picos, círculos, piezas de un rompecabezas entrelazadas, que, cuando se colocaba sobre la confusión del gráfico o representación real de lo que era, generaba un esbozo denso y cambiante, un boceto borroso e inestable peor que el original. El atractivo de Lucas Simmonds había residido en su aspecto de franca normalidad infrecuente y tranquila, de buen amigo, buena persona, guía digno de confianza, tío listo, *blazer,* pantalón de franela y rostro sonriente. Había sido capaz de parecer «normal» porque era anormal, fuera de lo común, demente, porque veía y deseaba la normalidad con una penetrante visión de lo que ésta podía considerarse idealmente.

Marcus no tenía ninguna intención de decirle nada de esto al doctor Rose. En parte, porque era muy reservado; en parte porque, dotado a su modo de la arrogancia de los Potter, suponía que el doctor Rose sería probablemente incapaz de captar el significado de sus reflexiones, y en parte porque suponía que el interés principal del psiquiatra residía en el sexo. Imaginaba que al doctor le

interesaba descubrir si él, Marcus, era o no homosexual, y, si bien a él también le habría gustado saberlo, y si bien recordaba con un estremecimiento de repugnancia y ansiedad el único episodio explícitamente sexual de su relación con Lucas, no quería en absoluto tratar la cuestión con el doctor Rose. Tenía un deseo profundo y consciente de no poseer sexualidad alguna, pero no esperaba que le creyeran si lo expresaba. Rechazaba con educación las sugerencias del psiquiatra, y dejaba que en la pequeña habitación se extendieran grandes silencios, tal como se extienden las ondas de una pétrea piedra que se hunde en el agua. El doctor Rose se dirigía a él como si fuera más joven, más simple y menos capaz de reflexión de lo que de hecho era. Esto hacía que le resultara más sencillo parecer más joven, más simple y menos capaz de reflexión de lo que era. Marcus pensaba que él y el doctor Rose se aburrían mutuamente. Eran cómplices de un somnoliento estado de inercia.

Esa semana, movido en realidad por una carta de Bill llena de legítima preocupación y adecuados razonamientos, el doctor Rose trataba de averiguar si Marcus tenía o no la intención de volver a su hogar y, en caso de que así fuera, qué pensaba. Marcus dijo que no le gustaría, y añadió que suponía que a la larga tendría que hacerlo. ¿Por qué no le gustaría?, preguntó el doctor Rose, y Marcus dijo que la idea lo asustaba, estaría atrapado, había demasiado ruido, simplemente le disgustaba. ¿Qué era lo que le disgustaba?, preguntó el doctor Rose, y Marcus, con poco ánimo de ayudar, dijo que todo, todo, en especial el ruido, pero todo.

De hecho, mientras intercambiaban estas tediosas frases, la palabra «hogar» suscitó en su mente una imagen que ni siquiera pensó en describirle al psiquiatra.

Vio una casa, la casa típica, casi la casa que un niño dibuja en la escuela primaria, cuatro ventanas, chimenea, puerta, sendero del jardín, margaritas en un parterre rectangular, sólo que esta casa era también una endeble caja burdamente hecha en tres dimensiones, que apenas contenía una criatura muy grande y muy viva, cubierta de un pelaje color herrumbre, de tal modo que en cada resquicio abultaba la piel reluciente, empujada desde dentro, y se abrían grietas, una garra aparecía aquí en un reborde, allá la ondulación de un músculo. Y el ser gruñía y aullaba para sí mismo en el centro de su ciega lucha.

Como un balancín con los pesos desequilibrados, la conversación

se detuvo en la furia de Bill, el miedo de Marcus. Siempre está furioso, dijo Marcus. ¿Siempre tenías miedo?, preguntó el doctor Rose. Sí, repuso Marcus. Háblame de cuando eras pequeño y tenías miedo, dijo el psiquiatra.

—Hubo una vez en que vi al oso —dijo Marcus, desprevenido, recordando al oso.

—¿Qué oso?

—No un oso real. Yo estaba sentado detrás del sofá jugando con una especie de camión de la leche que tenía. Y me llamaron y yo salí a gatas, y allí estaba ese oso inmenso entre mi madre y yo, altísimo, erguido al modo de esos animales, tan alto que... llegaba hasta la lámpara del techo. Parecía completamente real. Quiero decir que yo no sabía que no lo era. Yo no podía atravesar la habitación. Así que vinieron, me levantaron y me regañaron.

—¿Con qué asocias los osos?

—Con los Tres Osos. Siempre me estaban contando la historia de los Tres Osos.

El doctor Rose se enderezó un tanto en la silla.

—¿Qué pensabas de los Tres Osos?

—Bueno, la verdad es que no me acuerdo.

—¿Te asustaban?

—¿Se refiere a los osos que salían corriendo de la casa, aullaban por la ventana y perseguían a la niña? Supongo que sí.

Era un cuento difícil. Se requería demasiada compasión. Había una niña extraviada en el bosque, que espiaba por las ventanas, llamaba a las puertas, entraba con sigilo y trataba de encontrar cosas a su medida, comida aceptable, una silla, gachas, una cama. Y los osos requerían compasión, con todo su desayuno caliente y bien ordenado puesto patas arriba, sus sillas y camas usurpadas y revueltas, rotas, usadas por la niña intrusa. Y luego la niña, a quien siempre había imaginado pálida y enfermiza, con cabellos erizados color rubio claro, una mocosa astuta y quisquillosa que requería compasión a su modo, tras haber roto una silla, ensuciado las cucharas, deshecho las camas. Y luego la explosión de ira, la precipitada huida por la ventana, lejos del calor y la furia del interior.

—Y la silla del osito hecha trizas por la niña. Me daba pena.

—¿Pena por la niña o por el osito?

—No sé. Por los dos quizá. Por el oso porque era su silla, por la niña por los gritos...

Su tono dejaba traslucir cierto desdén por el tipo de

interrogatorio.

El doctor Rose le preguntó a Marcus en qué pensaba cuando pensaba en su hogar. El material mental de Marcus era exiguo. Tanto él como Stephanie ganaban siempre al juego de memorización, los objetos en una bandeja; pero, mientras que ella los recordaba por su esencia, nombrándolos y caracterizándolos con palabras en su mente, él lo hacía con un mapa geométrico y una memoria espacial absoluta. El hogar para él era un diagrama de relaciones, líneas entre las sillas, rectángulos de ventanas, números de peldaños con segmentos en ángulo, mientras que ella era capaz de recordar cada puntada faltante de un mantel, cada arañazo en los jarros esmaltados, cada cuchillo mellado. Marcus no creía en la persistencia de los lugares o las cosas, quizá tampoco de la gente. Por ejemplo, el lavabo del hospital de Calverley nunca le parecía el mismo lavabo en que había entrado la semana anterior, o un mes o un año antes, sino siempre genéricamente «el» lavabo o «un» lavabo. Del mismo modo, nunca advertía que estaba comiendo con una cuchara conocida en un plato conocido. Nunca suponía que un autobús podía reaparecer en su vida, que pudiera viajar en él por segunda vez y reconocer los parches del tapizado. Los recorridos de los autobuses eran cartografiables, nuevos autobuses se sucedían unos a otros hasta el infinito. Todo era provisional. Así pues, para Marcus el hogar consistía en unos cuantos objetos peligrosos que eran prolongaciones de las personas, la pipa y el cenicero de Bill, los cubiertos de trinchar de Bill, los guantes de goma de su madre, su propia cama y la estantería de su dormitorio con sus modelos de Spitfire. Tampoco decía nada de esto. Le contestó al doctor Rose que suponía que echaba de menos su habitación. El psiquiatra sintió ganas de sacudirlo, pero sabía que no habría sido una conducta profesional. Así que bostezó, le preguntó a Marcus si empleaba el tiempo en algo particular, echó una ojeada a su reloj.

Esa noche, en casa de Stephanie, Marcus soñó que había vuelto al hogar y que Bill estaba trinchando un asado a modo de bienvenida. La carne era cilíndrica y sanguinolenta y aún conservaba la peluda piel. Vio también, en un extremo, almohadillas y garras. Una de las penosas consecuencias de hablar con el doctor Rose, o de empeñarse en no hablar, eran los extraños sueños que tenía después. Aquí se hallaban sentados a la mesa, su madre con un sombrero semejante a un casco, su padre cortando la

pata sanguinolenta, que era todo lo que había para comer. Mientras la trinchaba, la carne se contraía con dolor, aún viva, al parecer.

Si el doctor Rose hubiera tenido acceso a la elaboración de esta satisfactoria metáfora, cuyas raíces se hundían en el folclore y la cultura infantil, las alucinaciones y los sueños, habría podido o no entender algo sobre Marcus que todavía no entendía, y habría podido o no sentirse capacitado para ofrecerle ayuda o consejo como resultado de esta comprensión. Marcus se dijo que había mezclado los osos, examinó su propio sueño y, tras concluir que no le decía nada que no supiera ya, decidió no contárselo al doctor Rose. Los osos imaginarios no eran la esencia del problema.

3. Navidad

La familia nuclear de los Potter practicaba una versión desleída y vana del rito familiar británico de Navidad. Eran reacios a la idea de concentrarse en lo que podría llamarse elementos esenciales dickensianos: una profusión de alimentos y bebidas determinados, regalos deseados y no deseados, la reunión de amigos y parientes. No disponían de un círculo familiar extendido; había algunos Potter diseminados por North Yorkshire, a quienes no habían visto desde que los padres de Bill, congregacionalistas, lo habían repudiado por su falta de fe. Winifred era hija única de padres fallecidos. Los dioses domésticos de los Potter, no recibidos en herencia sino creados por ellos, eran magros y descarnados. En un contexto dickensiano, esto se debía en parte a que, a causa de su ascenso social, no sabían con certeza qué conducta adoptar. Como intelectuales, despreciaban la concepción que tenían de la respetabilidad y el decoro, pero la aprobaban como comensales de Navidad. Cuando el padre de Daniel, el maquinista, vivía, se emborrachaba primero en el bar y luego en su casa: había entusiasmo, regocijo, somnolencia y remordimientos. Bill Potter bebía una copa de jerez y compartía una botella de vino espumoso. Ningún vecino iba a verlos, ni ellos visitaban a nadie. No se les podía imputar ninguno de los accidentes habituales en esas fiestas: se quedaban encerrados en la casa más que de costumbre, ya que no había tiendas abiertas ni nada en que ocuparse, salvo «pasarlo bien» y lavar más platos que de costumbre, como Frederica solía señalar.

Comían frugalmente; durante la guerra habían aprendido a contentarse con cosas sencillas, evitar los despilfarros, hacer alcanzar la comida. Winifred tenía dudas estéticas. Así como carecía de gusto para vestir —sólo sentía el vago temor de que cualquier sombrero o vestido que eligiera pudiera ser vulgar—, tampoco sabía con qué estilo decorar la casa en Navidad, y ni siquiera la mesa. Resolvía el problema de la ropa con una rigurosa sencillez que no llamara la atención, y tendía a resolver el problema de Navidad del mismo modo, aunque con mucho menos éxito. Cuando los niños eran pequeños, confeccionaban cadenetas de papel y guirnaldas de tapas de botellas de leche sobre cartulinas pintadas, que colgaban de los espejos. (Nunca alcanzaban el largo suficiente para cruzar la

habitación.) Cuando eran pequeños tenían un arbolito artificial en el que sujetaban los calcetines en Nochebuena. Ni Bill ni Winifred eran capaces de mentir sobre la procedencia de los regalos que encontraban en los calcetines. En realidad, esto no se debía a un respeto absoluto por la verdad, sino que más bien estaba relacionado con su negativo y reprimido sentido de la elegancia. Les resultaba intolerable relatar cuentos: les parecía tonto. Frederica, frustrada en cuanto a magia, se vengó a tierna edad con sus compañeras de clase destrozando despiadadamente sus ilusiones, cosa que no le granjeó simpatías ni la hizo feliz.

No había canciones, porque no sabían cantar. No había juegos, en parte porque no conocían ninguno, en parte porque —al menos en esto, ya que no en otra cosa— los cinco estaban unidos en la creencia de que los dados, los naipes, las charadas constituían una frívola pérdida de tiempo. Así pues, aparte de abrir los regalos, se miraban unos a otros y esperaban a que finalizara la Navidad para poder reanudar su ajetreada vida personal.

Aquel año, para Stephanie, sería forzosamente diferente. Estaba la iglesia, que ayudaba a decorar con ramas de acebo, muérdago y encina. Estaban las fiestas parroquiales. Estaba el hecho de sus dos familias. Después de meditar en ello, le pidió a su madre que llevara al resto de los Potter —Bill y Frederica— a la comida de Navidad que serviría en su casa. Eso proporcionaría una buena oportunidad de acercamiento, dijo, para que Marcus restableciera el contacto con sus padres. Winifred no acababa de convencerse. Al parecer, había perdido la noción de que los hechos se podían controlar o guiar con espíritu optimista. Stephanie habló también con Marcus —a su juicio, casi con aspereza— y le dijo que las visitas tendrían lugar y que confiaba en que él colaboraría y se comportaría de forma adecuada. Él pareció reaccionar y, para gran sorpresa y ánimo de Stephanie, incluso tomó parte activa en un acontecimiento por primera vez en seis meses, ayudando en los preparativos de la fiesta.

Ella quería dar un aire festivo a la casa, sobre todo por Daniel. Gastó en ramas verdes un dinero que no tenían y compró un gran árbol de verdad en el mercado de Blesford. Se lo entregaron envuelto en rafia, un cono que rebosaba de agujas oscuras. Stephanie lo devanó como a un capullo, lo alisó y desplegó sus ramas erizadas, y dedicó mucho tiempo y esfuerzo a estabilizarlo en un cubo de tierra con las pesas de la balanza de la cocina. El árbol se erguía con su vida frondosa y diferente, verde azulado y sombrío,

con olor a resina y a bosques. La señora Orton, que pasaba todo el día instalada en el sillón de Daniel, observó, le dijo a Stephanie que acabaría por hacerse daño, y no ofreció ayuda. Marcus, que deambulaba como una pálida sombra, aceptó sostener el tronco derecho con una delgada mano, cuando se lo pidieron, mientras ella se deslomaba apisonando la tierra, atando la cuerda de tender la ropa alrededor del tronco y las ramas. Marcus dijo con voz tenue que el olor de las agujas del abeto era agradable en la casa. La señora Orton dijo que las agujas eran sucias y se metían por todas partes.

Stephanie imaginaba su árbol decorado con frutos dorados y plateados y resplandeciente de velas. Como era una Potter sencilla, quería que los frutos fueran sencillos, no escarchados con diseños llamativos ni estarcidos con flores de pascua. En Blesford sólo pudo encontrar gnomos, Santa Claus enanos, horribles faroles de cantantes de villancicos. Una tarde se dispuso a enrollar hilo dorado y plateado en tapas de botellas de leche para fabricar estrellas. Marcus la sorprendió sobremanera cuando le sugirió que usara alambre, y la sorprendió todavía más cuando, con alambre fino dorado y plateado, construyó una serie completa de estrellas, hexágonos, globos vacíos sembrados de estrellas y complejos poliedros, un conjunto de frutos abstractos que relucía intensamente y tejía hilos de luz entre los oscuros hilos de las agujas.

Stephanie prefería la Navidad a las otras fiestas cristianas, por ser una historia mágica que celebraba un nacimiento, un milagro corriente. Bill había tenido siempre inclinación por los antisermones. Sus hijos habían sido testigos de vehementes prédicas sobre el disparate de la madre virgen, sobre la escasez de pruebas respecto a los pastores, la estrella o el establo, pronunciadas con el apasionamiento de un Strauss o un Renan,[2] como si él deseara ardientemente para sus hijos la libertad de una verdad histórica verificable. Y era deseable, o lo habría sido, si su estilo no hubiera sido tan intimidatorio, si la libertad propuesta hubiera ofrecido un color, una luz o una calidez que compensara las voces angélicas y espirituales perdidas.

Y ahora Daniel creaba problemas, al decirle a Stephanie que no fuera al hospital, donde él iba a hacer de Santa Claus en la sala infantil.

—Quiero verte.

—No es cierto, ahí no.

—¿Es que te da vergüenza?

—Si hago este trabajo es porque no me avergüenzo fácilmente.

No. Es sólo que creo... que creo...

No fue capaz de decir qué creía, que era que ahora ese lugar la asustaría. Como lo asustaba a él.

Stephanie fue al hospital.

Cuanto más alejada la cama, peor era el estado del enfermo. En el fondo había cubículos, aislados de la vista y los ruidos. En la sala exterior habían colocado un árbol artificial, higiénico, blanco sedoso. Los niños que se hallaban en condiciones de volver a su casa se habían marchado. A los muy enfermos los habían transportado a los espacios dejados libres por las simples fracturas y amigdalotomías. Stephanie visitaba con regularidad esa sala y conocía a los residentes permanentes.

Neil y Simon, dos adolescentes con distrofia muscular, inmovilizados ya para siempre, reposaban en camas contiguas, con los descarnados brazos levemente apoyados en las sábanas limpias, la cara esquelética e inteligente ladeada en un ángulo antinatural sobre la almohada, la boca abierta. Primrose, una anoréxica de trece años y treinta kilos, con los delicados ojos cerrados para excluir un mundo que se negaba a reconocer, y las blancas manos cruzadas como las de una monja, o peor, bajo el mentón afilado. Gary, con el cráneo rasurado y tumefacto, aspecto brutal, los párpados pesados y la muerte extendiéndose con violencia bajo sus huesos. El reducido grupo de enfermos infantiles con movilidad propia se tambaleaba en bata como si estuvieran drogados, trotaba con ropa de calle. Charlie, de ocho años, con una cadera cancerosa nauseabunda, se propulsaba, tendido de espaldas en un carrito hecho con el chasis de un cochecito de niño, remando con las manos como aletas, la tez olivácea, la cara ovalada —demasiado grande, como todas las otras caras— sonriendo con un atisbo de desprecio, mientras viraba con destreza alrededor de los tobillos de Stephanie, precedido por su fétido olor y dejando a su paso un tufo a putrefacción y desinfectante. Mike, sin piernas, se arrastraba sobre los muñones vendados de sus muslos, con su único brazo semejante a un cono arrugado. Mary, con un bonito vestido rosa del que salían unas garras amarillas y una cara reconstruida por los cirujanos plásticos con injertos que iban desde un color pergamino a un morado violáceo. Mary, sin pestañas, sin cejas, sin labios, sin pelo, salvo un mechón rubio recién lavado, encima de la oreja izquierda. Mary había caído en el fuego —o la habían empujado— muchas veces. Nunca tenía visitas. A veces iba a su casa, y volvía con una nueva cicatriz o una herida purulenta. Stephanie alzó a Mary —a

Mary le gustaba que la alzaran— y la sentó a horcajadas en su cadera mientras se desplazaba de una cama a la otra. Entre Mary y el niño por nacer había una red de músculos dilatados y un tambor hermético con fluido amniótico en el que éste descansaba, estiraba un miembro inacabado, giraba y descansaba.

Detrás de las puertas de batiente estaban los bebés: labios leporinos reparados y pequeñas criaturas a quienes la destreza humana había provisto de un esófago, un orificio anal o unos dedos separados de los que la multiplicación celular y el ADN no los habían dotado durante la gestación. En una incubadora yacía un varoncito marrón dorado, desnudo y perfecto excepto por las dos piernas, rotas durante el nacimiento y ahora suspendidas de un complejo sistema de poleas y pesas instalado dentro de su caja de plexiglás.

Con un sonoro estrépito, el gramófono empezó a desgranar *Allá en el pesebre.* Las enfermeras y las pocas madres que se las habían ingeniado para estar disponibles en Nochebuena se pusieron a cantar en voz alta y sin mucho concierto. Stephanie cantó. Mary refunfuñó y Charlie pasó a su lado a toda velocidad sobre su carrito, murmurando. El gramófono siguió con su estrépito un poco más y luego pasó a Chaikowski. Unas niñitas de la escuela de danza de Miss Marilynne, de Blesford, ejecutaron el baile de los copos de nieve, y unos niños —menores en número—, la danza acrobática del muñeco de nieve, para luego fundirse de manera muy convincente. El aparato escupió *Rudolph, el reno de hocico rojo.* Tintinearon campanillas. ¿Quién creéis que puede ser, niños?, preguntó la jefa de enfermeras. Y entró Daniel en una camilla decorada como un trineo con mantas rojas y patines de papel plateado, tirada por camilleros del hospital disfrazados de osos polares. Los niños de la escuela de danza corrieron a buscar los regalos. Los cogían de manos de Santa Claus y se los entregaban a las enfermeras, quienes los repartían entre los niños.

Algo no va bien con Daniel, pensó su mujer. El hombre de ginecología que solía hacer de Santa Claus era más delgado que Daniel, por lo que las vestimentas negras de éste aparecían en mayor o menor medida por debajo del rojo, como carbones en una hoguera. Se había quitado el alzacuellos y estaba perdiendo algunas de las tiras blancas de las cejas, bigote y barba (el sustrato, su incipiente barba que crecía sin cesar, era de un subversivo tono negro azulado). Cojeaba sin gracia por la sala, preguntando a los enfermitos si se sentían mejor, y a veces recibía una respuesta. Su aspecto no era nada alegre. Uno o dos de los niños más sanos se

echaron a llorar al verlo acercarse, y él se apartó con resignación, como si considerara muy natural su reacción. A su mujer la evitaba.

La mayoría de los juguetes distribuidos por los chicos del ballet eran muñecos de peluche, rosados, azules y blancos, conejitos, patos, osos. A ningún niño le gustaba un muñeco recibido al azar, desprovisto de historia o personalidad, según había observado Stephanie. Lo que se habría necesitado —y que no daban— eran juegos creativos, mecanos, plastilina, cosas inapropiadas para las sábanas y fáciles de perder. Un hinchado copo de nieve se acercó a Stephanie y, torciendo el rostro, le tendió un oso de peluche para que se lo ofreciera a Mary. Mary hundió la cara en el vientre de Stephanie y gruñó. Daniel se aproximó a grandes zancadas, con botas y capa, ridículo e iracundo.

—Baja a esa niña. Te vas a hacer daño.

—No, estoy bien. A ella le gusta.

—A mí no —le dedicó una sonrisa horrible a Mary a través de su torcida barba de lana. La niña se encogió y se puso a sollozar—. Muy bien. Vamos, Steph. Ya hemos cumplido con nuestro deber.

—¿Qué es lo que te pasa?

No podía decírselo, aunque lo sabía. Sin Stephanie, habría podido arreglárselas. Pero, viendo a la informe Mary montada a horcajadas como un gnomo en su gruesa cadera, quería alejar a su mujer y su hijo de allí, como si fueran vulnerables a esas manifestaciones terriblemente extravagantes del azar y la destrucción. Pero Stephanie permaneció quieta, calma y robusta, y le dijo que tenía que hablar con la señora Marriott.

La señora Marriott era la inquietud personificada. Pasaba todo el día sentada junto a la cuna de su hijo, en un cubículo. Éste era un bebé precioso y muy pálido, con graves problemas de hígado y, tal vez, de riñones. Lo habían sometido a cirugía, y ahora intentaban tratarlo mediante una dieta. El niño dormía casi de continuo, con un sueño muy profundo. La mujer, que no era de naturaleza tranquila, iba de un lado a otro del cubículo, acomodando una y otra vez el talco, la jarra de agua, los pañales. Había perdido veinticinco kilos en cuatro semanas. Cuando vio a Daniel, que iba soltando pelusa roja y blanca, dijo con voz débil que ahora tenía miedo de perder al pequeño Stephen, era la esperanza lo que lo destruía a uno, ¿no?, era mejor no forjarse esperanzas, pero ¿qué otra cosa se podía hacer, allí sentada? Se sentía completamente inútil. Daniel no lo sabía ni podía decirlo; se arrancó la estúpida barba y empezó una frase sobre la resignación que no fue capaz de acabar. Sabía que lo que transmitía era impaciencia, irritabilidad,

frustración y furia, todas inapropiadas allí, y, en efecto, la señora Marriott empezó a llorar con desesperación, la cara hundida en una pila de pañales de muselina limpios. Cuando Daniel vio que su mujer se acercaba al cubículo para ofrecer el consuelo que él era incapaz de dar, agitó los brazos para ahuyentarla, dejando a la señora Marriott con sus llantos, sin siquiera decirse que le hacía bien llorar, pues ¿cómo podía saberlo, cómo podía imaginarlo?

El oficio familiar en la iglesia de San Bartolomé tuvo lugar algo más tarde. Incluía un auto de Navidad que Stephanie esperaba con ansia. Había colaborado con entusiasmo en la elaboración de las vestimentas; para María había confeccionado una larga túnica de tafetán azul con la tela de su propio vestido del baile de mayo de Cambridge, además de prestar o donar brillantes cinturones y collares para ataviar a los tres reyes, uno de los cuales lucía un turbante con plumas de pavo real hecho con la seda tornasolada de la estola que había llevado con dicho vestido de baile.

Empezó a sonar el órgano. Los niños entraron en la iglesia con paso algo vacilante, a medias brincando, a medias marchando. De pie frente al facistol, un chico y una chica mayores, de casi doce años, fueron leyendo alternadamente —ella, encogida de vergüenza — los breves pasajes del cuento de hadas extraído de Mateo y Lucas: los tres reyes y la estrella guía, de Mateo; el establo, el buey, el asno, los pastores y los cánticos de los ángeles, de Lucas. Los niños interpretaban la historia, serios, inhibidos. María, rubia y de rostro danés, estaba sentada con aire solemne en las gradas del coro, junto a un José más bajo que ella vestido con un albornoz a rayas, la cabeza ceñida por una toalla sujeta con una trenza de lana. Por desgracia, el niño era demasiado consciente de que en realidad no tenía nada que hacer, y de vez en cuando alzaba nerviosamente las manos por encima del pecoso rostro para ajustarse el tocado. Un posadero diminuto tendió sus manos de infante con las palmas hacia arriba, para indicar que no había más lugar en la posada. En el grupo de feligreses, los críos más pequeños y las abuelas sordas susurraban excitados, como susurraban excitados todos los años al modo de los estorninos en los cables de teléfono, con impaciencia y sin propósito: mira, ahí está nuestra Janet, mira a nuestro Ron, ahí, sí que está gracioso, guapo, serio, torpe...

«Y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio en la posada.»

Este momento central era siempre difícil. Ahora, como todos los años, María se inclinó, de espaldas a los bancos y con el trasero en alto, para hurgar en la vieja cuna de madera de la señora Ellenby y alzar su muñeco más grande y más hermoso, de celuloide, el cual tenía una sonrisa o un mohín en la cara, y unos ojos duros provistos de varillas de metal, que se abrían y se cerraban con un chasquido, se abrían y se cerraban, mientras la vacilante niña se enderezaba y lo levantaba fugazmente en el aire con aire contrito ante los feligreses, para luego depositarlo otra vez bajo las mantas. Debido a la rígida curvatura permanente de los miembros de celuloide, era imposible envolverlo en pañales, así que estaba arrebujado en un bonito chal de bautizo. Ovejas, vacas y burros se acercaron en desorden y se arrodillaron, acomodándose las máscaras de papel. Tres minúsculos reyecitos, que llevaban una lámpara Kelly, un azucarero de plata y una cigarrera china lacada de la señora Ellenby, hicieron una reverencia, tambaleantes, y también se arrodillaron. Un grupo de pastorcillos se reunió en la nave central. Por la nave lateral avanzó un niño rubio del coro, cubierto con una sábana y tocado con un halo, cuya voz pura comenzaba justo a mudarle, acompañado de un reducido número de moradores celestes. Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Los padres se conmovieron de un modo confuso. Los conmovía ver al fruto de su carne y su sangre representar los hechos del nacimiento y la sagrada familia con la misma mezcla de torpeza, ignorancia, seriedad e imitación que se observa en los necesarios juegos a mamás y papás. Es el carácter infantil de María y José lo que conmueve, no el bebé de celuloide, que siempre resulta superfluo para esta clase de emociones. Los padres se conmueven porque la infancia es breve y fugaz. Quizá también se conmueven por la oscura amenaza de la propia ley de la carne y la sangre. Esas pequeñas criaturas son el futuro, sólo representan lo que serán. No sólo la infancia es fugaz: los hombres y mujeres, una vez que traspasan sus genes, son superfluos. Observar esta representación es verse atrapado entre dos épocas, entre dos papeles. María mira con aire protector al muñeco; la madre de María mira, conmovida y con aire protector, el cuerpo infantil de María y su dulce rostro. Y el tiempo sigue su curso.

Herodes apareció en el púlpito —era, como siempre, el mejor actor—, golpeó el suelo con su piececito, sacudió imperiosamente sus bucles y, tras enderezar su corona de papel, envió a un ejército simbólico hacia el coro. La matanza de los inocentes ocurría entre bastidores. El niño del facistol leyó la historia de Raquel, que

lloraba por sus hijos porque ya no existían. En años anteriores Stephanie había gozado de este cuento de hadas en el que los fieles creían. Este año se lo impidió el peso de su cuerpo, y quizá el miedo al nacimiento real.

Compartieron una agradable merienda en la casa del párroco, con un tronco de Navidad helado hecho por la señora Ellenby, y, como buenos niños, no recibieron regalos sino que los llevaron, bien envueltos, coches en miniatura y animales de peluche a los que habían renunciado, para que se repartieran en los orfanatos del doctor Barnardo. Daniel les explicó que en aquel tiempo Dios había amado tanto al mundo que había enviado a su único hijo para darle vida, para que fuera como ellos, a fin de que Dios viviera la vida de un hombre y que, a través de él, el hombre se acercara más a Dios. La vida de Dios y la vida del hombre, una misma vida, dijo Daniel. Stephanie pensó que ella lo habría expresado mejor, aun sin creer una palabra, simplemente porque era una buena profesora.

¿Qué confería vida al mundo? Daniel, con su inquietud, su impaciencia. El tono de crispación en la voz del ángel rubio, a punto de mudarle. Su propia panza, que se agitaba. Los árboles sombríos. Charlie, Gary, Mary. ¿Fue el creador del cordero quien te hizo?, pensó con espíritu sombrío, y por un momento no sintió amor por nada ni nadie. Con una sonrisa, repartió vasos de leche y coloreados paquetitos de Smarties, como frijoles mágicos.

Su humor de fría hostilidad persistió durante la misa de gallo, pese a la presencia de viejos amigos, la señorita Wells, los Thone. La señora Thone cantó con voz clara y sonora esos himnos monótonos y sonoros que tanto le agradan a la gente de Yorkshire, que canta el *Mesías,* no con la estentórea desinhibición de los galeses, sino con aire grave y voz potente, marcando el ritmo. Era en parte por los cánticos, por lo que iban. Cantaron esa lúgubre invocación, *¡Oh, ven, ven, Emanuel!* Cantaron los himnos de Yorkshire *Despertad, cristianos* y *Venid, oh fieles* con una mezcla de respetabilidad, energía contenida y desenfreno que siempre desconcertaba a Stephanie, quien asociaba el ruido con costumbres represivas y con fuerzas vírgenes que encontraban un desahogo. Permanecían allí inmóviles, en hileras, oscuros y con sombrero a la cabeza. Los ingleses son horribles, pensó Stephanie y no por primera vez. Predominaban las caras de mediana edad, color ciruela, cenicientas, pálidas, fruncidas en un gesto combinado de excesiva paciencia, precaución y desconfianza. No eran caras del aire libre, no eran caras tranquilas. Tampoco eran caras sufrientes. Eran las caras de

gente preocupada en especial, o bien por lo que los demás pensaban de su conducta, sus bienes y su posición social, o bien por su propia opinión sobre la conducta, los bienes y la posición social de los demás. Estaban menos seguros sobre todo esto de lo que habían estado sus padres. Pertenecían a una generación que había tenido que ser valiente, y ahora no sabían cómo ser pacíficos. Mira las huestes de los madianitas, que nos rondan incesantemente. Sus ropas eran horribles caparazones, diseñados para mostrar la calidad de la tela y conservar la decencia: rojo burdeos, verde botella, azul marino extrañamente chillón. Pensó en los pantalones blancos ajustados requeridos por D. H. Lawrence, y pensó que la mayor parte de esas informes personas estarían peor si cumplieran tal exigencia. De nada servía sentarse bajo hermosos árboles italianos en medio de hermosos paisanos italianos y lanzar furiosas invectivas contra los mineros y las mujeres respetables. Pensó en cambio en *El molino del Floss,*[3] esa cruel historia social de la religión inglesa que se centra en los lares y los penates, una densa estructura de cosas que define quién es uno y qué relación tiene con los demás, damasco moteado, porcelana con espigas, la compra y exhibición escalonadas de papalinas destinadas a provocar adoración más que a ser usadas. Todo esto, como George Eliot sabía bien, tenía poco que ver —o incluso nada— con los preceptos dados por Jesús a sus discípulos, y sin duda nada en absoluto que ver con la Encarnación celebrada en ese momento, mientras los fieles cantaban *Un niño ha nacido entre nosotros* y Daniel, de pie junto al altar adornado con su precioso manto blanco bordado, velaba con el señor Ellenby por el pan y el vino. George Eliot sabía odiar, pensó Stephanie. Observaba largamente y con inteligencia lo que odiaba, curiosa[4] por ver con exactitud lo que era, y con el desapego necesario para imaginarlo por dentro y por fuera, y estos dos puntos de vista generaban una clase de conocimiento que es amor. George Eliot amaba las papalinas y la porcelana con espigas, ¿porque las conocía o porque, al describirlas, adquiría poder sobre ellas, era capaz de entenderlas con espíritu bueno y generoso? Stephanie trató de relacionar esta súbita visión de las cosas veneradas por las hermanas Dodson[5] con las instrucciones de la madre de Daniel sobre cómo preparar el postre de Navidad, y fracasó por completo.

Albergaba la esperanza de que la comida de Navidad en familia pudiera restaurar en cierto sentido parte de la frágil trama de respeto mutuo y cortesía que la violencia anterior de su padre y su hermano había desgarrado. Cosa bastante curiosa, la señora Orton representaba la necesaria presencia de un observador extraño,

capaz de frenar la cólera e impulsar un trato amable.

No habría albergado tales esperanzas en otra época, cuando Bill se complacía en despreciar las expectativas normales y parecía impelido a estallar de furia, a «montar un número», tal como habría dicho la señora Orton. El comportamiento de Bill en su boda había afectado a Stephanie para siempre. Pero aquellos que, con sus «números», suscitan terror en la gente son vulnerables ante quienes, despiadadamente o con desesperación, son capaces de suscitar un terror mayor. Marcus había afectado a Bill, herido incluso, de un modo que superaba con creces cualquier daño o conmoción que Bill hubiera causado nunca. Por lo que ella había visto de Bill últimamente, por lo que Frederica contaba, su espíritu estaba abatido, al menos de forma temporal. Stephanie no tomó en cuenta —aunque podría y debería haberlo hecho— que el afecto sincero que Bill sentía por ella le haría moderar sus ataques. Bill no apreciaba a Daniel ni aprobaba su matrimonio, y lo había dejado bien claro.

Stephanie se esforzó por respetar todas las costumbres. Preparó una salsa Cumberland para acompañar el pavo, rojo burdeos claro y translúcido en cazuelitas, con finas cáscaras doradas flotando. Pasó mucho tiempo pelando castañas hervidas para servirlas con las tradicionales coles de Bruselas. Frotó el pavo con pan y hierbas aromáticas e hizo el relleno. Construyó pequeñas pirámides de nueces, uvas y mandarinas. Colocó servilletas de un rojo brillante. Encendió un buen fuego en la chimenea. Puso en la mesa copas de vino de cristal tallado. No le agradaba el cristal tallado: ella pertenecía a la generación que descubrió lo simple y funcional, la cristalería finlandesa, la de Dartington. Pero los rayos de luz destellaban en las flores talladas en el vidrio y formaban un diseño envolvente y brillante junto con los triángulos de las redondas mandarinas, las cáscaras de naranja entrecruzadas, los delicados poliedros de Marcus colgados en el árbol y la cambiante luz de la lumbre.

Cuando llegó su familia, vio que Bill no estaba en condiciones de «montar un número». Les abrió la puerta, acalorada y sin aliento por las friegas del pavo, con un delantal de carnicero cubriéndole a medias el hinchado vestido gris mate. De pie en el umbral entre Winifred y Frederica, Bill parecía tan pequeño en comparación con las dos mujeres que Stephanie tuvo la horrible impresión de que se había encogido. Llevaba varios paquetes y una caja de botellas. «Mi contribución», dijo, quizá con cierta ansiedad, a su hija, a quien le resultó casi imposible besarlo por encima de la barrera de esos

objetos y su propio contorno. Cuando ella hizo intención de coger los paquetes, su padre llamó a Frederica con un deje de su antigua aspereza y le dijo que fuera útil. Los Potter entraron con paso cauteloso, armándose de coraje para el reencuentro con Marcus, y vieron a la madre de Daniel, profusamente envuelta en carne y ropa en el sillón, rollo sobre rollo de grasa y pliegues de la barbilla sobre pliegues del cuello. Marcus no estaba. Tomaron asiento (un poco demasiado estrecho, el círculo, para la armonía del pequeño espacio). Stephanie les ofreció jerez. Se alzó una voz.

—Por favor, perdónenme si no me pongo de pie. La verdad es que no puedo, sin ayuda. Apenas si consigo dejarme caer aquí por la mañana, y luego me quedo atascada hasta que alguien me echa una mano para levantarme, cosa que no tienen ganas de hacer muy a menudo, ¿no es así, cielo?

—Aún tengo suficiente fuerza para dar un tirón —replicó Stephanie, con voz demasiado animada.

—¿Y cómo le va, señora Potter? ¿Tirando, a pesar de todo? Como siempre digo, que al menos la salud no falte...

Winifred dijo que le iba bien y miró a Stephanie, sentada cerca de la cocina. Pensó que su hija no tenía buen aspecto. Los rubios cabellos habían perdido su brillo y el rostro era más anguloso, pese a las mejillas arrebatadas y el cuerpo hinchado. Vio arrugas en torno a la nariz, más aguzada, y cercos azules bajo los ojos. Y muy poco color en los labios.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó con prudencia.

—En plena forma —respondió por ella la señora Orton—. La cantidad de cosas que los jóvenes pueden hacer hoy día... Mire, cuando yo esperaba a Dan, pasaba días y días sin poder levantarme, de tanto que se me hinchaban los tobillos, y tenía rachas de mareos, algo terrible, pero ella sigue yendo arriba y abajo en bicicleta, contenta como unas pascuas. Te harás daño, le digo, pero se ve que ella sabe más, porque no hay día en que no haga largos viajes montada en ese aparato. La semana pasada tuvimos que prepararnos un día el almuerzo, yo y el muchacho del piso de arriba, que todo lo ve y todo lo oye pero no dice nada, y tuve que desgañitarme para hacerlo bajar a ayudarme, o habría seguido atascada en este sillón sin llevarme nada a la boca de la mañana a la noche y todavía más. Me costó un poco convencerlo, pero al fin hizo pan tostado con queso. Así que, por lo visto, no es tan incompetente como parece.

En resumen, que ningún Potter pudo decir palabra. Por fortuna, en este punto llegó Daniel del oficio matinal, canturreando, ocupó

demasiado espacio, les deseó a todos «Feliz Navidad» con estentórea voz clerical. Advirtiendo la ausencia de Marcus, fue escaleras arriba y volvió con el pálido muchacho siguiéndole los pasos. Marcus se detuvo en el peldaño inferior, Bill se puso de pie y se volvió hacia su hijo. La señora Orton lanzó sin efecto alguno la orden de «¡Vamos, siéntese!». Bill dio dos pasos adelante y, con gran formalidad, le tendió la mano. Marcus estrechó sin fuerzas la mano que le ofrecían, aunque lo hizo durante un tiempo perfectamente apropiado, y luego avanzó para apoyar su fría mejilla contra la de su madre. Por la mente de Stephanie cruzó la imagen de una enorme rasgadura, en una lona o tela semejante, que alguien cosía con torpes puntadas, grandes y visibles, pero cosía al fin. Lo siguiente fue la mutua entrega de regalos, propuesta por ella.

Los obsequios tenían una curiosa uniformidad. Marcus recibió varias camisas y calcetines anónimos. También a Daniel le regalaron prendas de ropa, algunas de las cuales podría usar y otras se negaría a ponerse, calcetines, bufanda, corbata, ninguna de ellas negra, como si todos se hubieran puesto de acuerdo previamente para intentar alegrarlo. Stephanie tuvo diversos utensilios de cocina y ropa de cama. Ningún libro. Mientras que Frederica tuvo únicamente libros, si se incluía el vale para libros de la señora Orton. Bill recibió libros y tabaco, y un vale para libros de Marcus con un paisaje nevado de Brueghel en el frente, que giró varias veces como si contuviera otro mensaje aparte del «Feliz Navidad, con amor, Marcus» escrito con letra clara en la línea de puntos. Stephanie volvió a la cocina para servir la comida. Con gran habilidad y de forma demasiado manifiesta, Daniel aprovechó un recuerdo de su madre sobre un asado de cerdo que había preparado una vez, para convertirlo en una conversación general sobre las Navidades de antaño. Recordaron cómo se las apañaban durante la guerra. Hablaron de las nuevas granjas de cría de pavos. Bill buscó un sacacorchos y abrió unas botellas de Beaujolais que había llevado. Frase vacía tras frase vacía, llevaron adelante la celebración.

En la cocina, Stephanie luchaba con el pavo, hinchado y resbaloso en su grasienta fuente. La cara le brillaba por el esfuerzo y el calor. Todos la agobiaban. En cada uno de ellos bullía una violencia interna que pugnaba contra la conducta prescrita. Sobre todo en Bill. Dado que los médicos se habían pronunciado claramente respecto a los nocivos efectos de un padre sobre la psiquis de su hijo, era forzoso que su encuentro fuera acompañado de ansiedad y malestar. Por otro lado, estaba la infinita capacidad

de los ingleses para restar importancia a los dramas, hacer caso omiso de las situaciones, fingir que todo era normal. Bill compartía a su modo este hábito de negarse a reconocer las verdades molestas, muy útil a veces, y en especial en lo que concernía a Marcus.

Y estaba Winifred, que había tratado de enseñarle a su hijo su propia forma de resistencia pasiva ante la furia de Bill, y quizá —pensaba ahora— sólo había conseguido exponerlo a un maníaco religioso homosexual. En una ocasión le había dicho a Stephanie, en quien confiaba, aunque no le resultaba fácil hacer confidencias a sus hijas, que había sentido una profunda repugnancia física por Lucas Simmonds y por el contacto —no fue más precisa— que pudiera haber tenido con su hijo.

—Sentía ganas de vomitar —le había confesado bruscamente a Stephanie—. De hecho, vomité.

Stephanie ignoraba hasta qué punto esta repulsión incluía tal vez al propio Marcus. Para Marcus había vastas zonas del mundo que no podía tocar; Winifred se obligaba con esfuerzo a entrar en contacto con ellas.

Stephanie percibía la tolerante y arrogante conciencia de Frederica de no pertenecer ya a todo aquello más que de forma tangencial. Percibía el deseo de la señora Orton de hacerse notar, su ansia de caer bien, su modo de impedirlo.

Y estaba Daniel, que se sentía desgraciado o furioso sin que ella supiera por qué. Lo oía mostrar una jovialidad profesional, burlarse de sí mismo y del clero, como solía hacer cuando se hallaba en tensión.

Experimentó el enojo de toda ama de casa cuando los invitados no se sientan a la mesa y la comida está lista. Se sentía irritable, propensa a las lágrimas, menospreciada. Sirvió coles y patatas mientras sonreía y sonreía.

Se ingirió la comida, y la masticación reemplazó a la conversación. Daniel cortó en tajadas la carnosa pechuga del ave, retiró los tendones de las patas cercenadas, sacó el relleno con una larga cuchara. Marcus causó la primera conmoción al rechazar la carne. No dijo que la vista de ésta le producía náuseas, pero lo expresó en la cara. Por un momento, la afable Stephanie se vio dominada por una ira profunda ante la repulsa manifestada por su hermano de su sabrosa salsa, su esforzada friega, sus afanes. Viéndolo picotear una pequeña porción de coles de Bruselas y castañas, la señora Orton se atrevió a comentar que probablemente había enfermado por tener tantas manías. Fue Frederica quien

replicó «Las castañas están llenas de proteínas» y se sirvió otra ración.

Todos se pusieron más acalorados, más rojos, más brillantes, más gruesos. Cuando la señora Orton propuso que escucharan el discurso de la reina por la radio, la única protesta de Bill consistió en sacar una botella de coñac de la caja, abrir uno de los libros que le habían regalado, liar un cigarrillo con el tabaco que había recibido, reclinarse en la silla y observar de reojo a su hijo. El cual tenía los ojos cerrados y el rostro inexpresivo, pero seguía allí presente, en su asiento. No, pensó más tarde Stephanie, no había sido ni mejor ni peor de lo que cabía esperar: una razonable reunión de personas estrechamente relacionadas, no por elección, sino a desgano en muchos casos. De todas maneras, desde la primera copa de jerez hasta el efímero velo de llama azul sobre el budín, todo había transcurrido de una forma que podía llamarse civilizada. Se habían comportado bien.

Daniel era desgraciado. Stephanie no comprendía la infelicidad de Daniel. Por sagaz que fuera para entender su actitud respecto a los capilleros, los botones de las camisas, la furia de Bill, el perezoso esnobismo natural de los Ellenby, era incapaz de captar los cambios en sus sentimientos hacia ella o, ahora, hacia ambos. Stephanie tenía su propia arrogancia: no creía que él se hubiera hecho una idea cabal de su lucha con el pavo, su rabia por el gesto vegetariano de Marcus, y su vergüenza por la rabia sentida. En realidad, Daniel se había hecho una idea de todo esto, y había comprendido adecuadamente el alivio de ella al comprobar que la conversación y la comida seguían su curso. Sabía mucho de las maneras inglesas de «no hablar». Había más de una pareja en su parroquia que durante años sólo se habían comunicado por notas o a través de vecinos. Y, además de las parejas casadas, había hermanos, padres, hijos que dejaban de hablarse para siempre, por venganza, terror, desesperación, tozudez persistente. Sabía lo que significaba que Marcus permaneciera en la habitación, mientras Bill se las ingeniaba durante tres horas consecutivas para hacer una serie de comentarios aceptablemente triviales y objetivos.

Pero no era feliz. Pensó que la había deseado a ella, Stephanie. No había ansiado un hogar. Sólo a ella. Lamentaba haberle regalado lo que le había parecido un precioso camisón, color crema y con volantes: había visto cómo miraba los libros de Frederica y había entendido lo que había intuido a medias el día de la llegada de los telegramas, su sensación de pérdida. Él tenía su propia sensación de

pérdida: la de su lúgubre soltería y su solitario trabajo en una anónima habitación amueblada.

Los observó a todos. Pertenecían a tres clases. Los Potter pálidos, los evanescentes —Winifred, Stephanie, Marcus—, que conseguían pasar inadvertidos muy rápidamente. Los Potter fogosos, Bill y Frederica, hoy superados en locuacidad por su madre, pero capaces de discurrir hasta el infinito centrándose en sí mismos. Y él y su madre, voluminosos, carne y sangre. Su madre era horriblemente fastidiosa, sin lugar a dudas. Y comía y comía y comía; todo el mundo la había mirado engullir, los Potter pálidos e inexpresivos, con su aire de pájaros, los Potter fogosos, juzgándola, el escrupuloso Marcus, con su porción de verduras analizada y rechazada. Su hijo llevaba encima todo este peso. Si no nacía como la pequeña Mary del hospital, podía estar condenado genéticamente a parecerse a su madre, o a Marcus, o a la espantosa Frederica. Carne de toda esa carne y sangre de toda esa sangre.

Consideró a las madres sentadas a la mesa casi con un recelo supersticioso. La suya, ahora empalagosa con sus anécdotas de la buena época de la infancia de su Dan, cuando lo cierto era que él había comido sardinas directamente de la lata, en silencio, día tras día, mientras ella dormía. Winifred, deteriorada y consumida por una vida de abnegación y subordinación a esas feroces criaturas, pálidas o coléricas. Stephanie, ambigua, autosuficiente, tan intacta y pura que Charlie no la atemorizaba ni Mary perturbaba su calmado aplomo. ¿Qué sería de ella, de él, de su hijo? Percibió a las madres y la familia como una amenaza, tal como percibía a los niños del hospital, aunque de un modo distinto. Le dijo a Stephanie que reposara y, en busca de soledad, fue a la cocina, donde acometió con resolución el lavado de los platos. Para su gran fastidio, se le unió Frederica. Quien, entre otras carencias, no tenía ninguna destreza con el paño de cocina.

En un primer momento lo usó para abanicarse.

—Bueno, todo ha ido bien —dijo ella.

—Sí.

—Pero es agradable salir al aire fresco. No soporto a los grupos de personas soñolientas.

Él tampoco. Comentó sin embargo que había poca diferencia entre la cocina y el comedor respecto al aire, puesto que el horno había estado encendido desde el amanecer. Le pasó un plato mojado.

—Me viene bien como práctica. Me voy dentro de una o dos

semanas. Para ser niñera. No es que sea mi fuerte, pero al menos seré niñera en francés.

—Qué bien.

—No sé si hago bien en dejar a mamá. Está en un estado penoso. Pero no creo que me considere de gran ayuda. Siempre habla con Steph, no conmigo. Yo no le sirvo. Es mejor para mí. Así puedo irme.

—Sí.

—No te caigo muy simpática. Ya lo he notado. Durante mucho tiempo no me percaté, sólo me interesaba saber si tú me caías simpático a mí. Y, cuando decidí que sí, me di cuenta de que no te agrado.

Él le tendió otro plato.

—No pierdo mucho tiempo pensando en quién me resulta simpático y quién no —dijo.

—No. Pero lo sientes, aunque no pienses en ello. Espero que un día llegues a encontrarme simpática. Quiero decir que vamos a tratarnos toda la vida. Aunque espero que no sigamos pasando la Navidad en familia. Quiero estar con personas que yo elija. ¿Tienes miedo de la derrota?

—¿Qué?

—Bueno, tú arremetes... como una apisonadora, como yo. ¿No tienes miedo de ser de la otra clase de gente, la clase que se detiene y sufre?

—Todo el mundo tiene que ser así.

—No, hay personas a las que no derrotan. A otras sí. Mira a los de esta casa. A ti no te derrotan.

—¿Ah, no? —dijo él, pasándole otro plato, y se arrepintió de haberlo dicho.

—¿No te sientes agobiado, tú también?

—No, no. No más de lo que es inevitable, y controlable. Tú dramatizas todo porque eres muy joven.

—¿Y qué edad tienes tú, que eres tan sabio?

Tenía veinticuatro años. Daniel rió.

—Tendrías que hacer salir a Marcus de tu casa —dijo ella, haciendo tintinear un manojo de cubiertos.

—No nos causa molestias.

—¿Ah, no? Yo habría dicho lo contrario. Marcus absorbe la energía, igual que los amortiguadores de los coches o la antimateria astronómica.

Dado que Daniel era de la misma opinión, se vio reducido al silencio. Frederica lo examinó mientras él fregaba las fuentes del

horno. Su talle era enorme por encima del fregadero, los brazos morenos y velludos bajo las mangas recogidas, la mata de pelo negro despeinada por el esfuerzo. La visión de un hombre corpulento en un pequeño espacio desde una altura inadecuada. Deseaba de verdad que él la encontrara simpática. Pero no le preocupaba demasiado. Tenía la mente concentrada en el futuro, que se le aparecía como un prometedor espacio vacío cruzado por las huellas de su propia trayectoria clara y brillante, su veloz y radiante curso. En adelante iba a haber muy poco lugar en la vida de Frederica Potter para ese mundo impuesto de gente y sillas que había que soportar porque estaban allí. Tal vez para Daniel estuviera bien: entre sus propósitos debía de contarse la transfiguración de ese mundo, su consagración, o la palabra que fuera del lenguaje que él eligiera para describirlo. Pero ella rehusaba hacerlo. Dejó caer una de las copas de vino de Stephanie, un regalo de boda, que se hizo trizas. Daniel barrió los fragmentos.

4. El Mediodía

Cuando Frederica partió para Nîmes, no tenía en realidad ninguna noción del Mediodía. Sabía que Nîmes era una ciudad de provincia y habría preferido que no lo fuera, pues entendía «provincia» con el sentido que se le daba en las novelas inglesas del siglo diecinueve, no como Provenza, la provincia romana. Como miembro de una generación atraída por las ciudades, había esperado con ansia ver París y sus brillantes luces. Había reservado una litera a partir de París, pensando en la duración del viaje —«No puedo estar sentada toda la noche»— y no en la distancia —«Voy lejos al sur»—. Cuando subió al tren se vio envuelta en un altercado con el controlador del coche-cama, disputa que le resultó muy grata porque se desarrolló en francés y ella fue capaz de usar sus subjuntivos y condicionales, y de decir *si* en lugar de *oui* en los momentos apropiados. Perdió la discusión, que trataba de su reserva, la cual era para el camarote 7 escrito a la inglesa, mientras que el controlador se obstinaba en leerlo como un 1 francés. Frederica le explicó que en Francia se cruza el siete, pero que en la compañía Thomas Cook de Calverley, en North Yorkshire, no hacen tal cosa. El empleado dijo que ya había un señor desvistiéndose en el número 1. Frederica no recibió respuesta a su pregunta sobre *le numéro sept,* pero obtuvo permiso para permanecer en el pasillo del tren, el cual ya estaba dejando atrás el andén. Contempló cómo desfilaba París en medio del incesante traqueteo, edificios extraños con las ventanas iluminadas, nudos de cables, y recibió el ofrecimiento de un Gaulois por parte de un hombre bajito y fornido que, con ánimo sociable, apoyaba un codo junto al de ella en el marco de la ventanilla. Aceptó el cigarrillo así como aceptaba la mayoría de los ofrecimientos, y, aún eufórica al ver que los franceses entendían su francés y le respondían, le informó espontáneamente que se dirigía a Nîmes, a alojarse en casa de una familia. Le habría dicho mucho más, toda clase de cosas impropias, sólo para oír las viejas noticias formuladas con palabras nuevas. Era muy afortunada de ver el Mediodía en primavera, le dijo el hombre. El *maquis*[6] olía de maravilla. Por primera vez, la imaginación de Frederica abordó el Sur. Él iba a Saint Raphael. Era viajante de comercio y vendía licores, en especial a la industria hotelera. Podía

hacerle probar a *mademoiselle* el Cointreau, el Grand Marnier, el Chartreuse, si de verdad no tenía camarote.

Frederica contestó con animación que le agradaría mucho, a pesar de tener la fuerte impresión de que el hombre estaba excesivamente ansioso por el resultado de su propuesta. La ansiedad corta de raíz las respuestas favorables, y Frederica no tenía deseo alguno de encontrarse encerrada en un camarote con un hombre «perturbado». Por otra parte, no quería seguir de pie hasta el amanecer, y sí que quería que las palabras francesas continuaran entrelazándose. El controlador del coche-cama regresó para anunciarle que, por un azar extraordinario, tenía un camarote vacío cuyo ocupante, inexplicablemente, no se había presentado. Hizo entrar a Frederica en el número 7 y se quedó plantado junto a la puerta, tal vez esperando una propina que ella no pudo ofrecerle, porque sólo tenía billetes grandes. Esto hizo que Frederica se encerrara con brusquedad, sin el viajante en licores. Y enseguida se sintió encantada con la soledad del camarote, y se olvidó de él.

Se desvistió a medias y se paseó en silencio por el suelo en perpetuo movimiento, en calcetines, portaligas, bragas y sostén. Examinó los ganchos en forma de anilla, la garrafa de agua, el lavamanos con tapa. Trató de atisbar fuera a través de la persiana. Una estación pasó con estruendo, tan rápido que no alcanzó a leer el nombre ni a distinguir el diseño de los herrajes. Oscuros bultos de arbustos, ganado, pajares se alargaban rugiendo. Aquello le agradó. Le gustaba encontrarse sola en un cubículo cálido e iluminado, mientras el mundo se deslizaba oscuramente a su lado. Se acurrucó en la litera, admiró sus largas piernas, reflexionó en el deseo (no centrado en el viajante en licores), leyó un trozo de *Madame Bovary,* otro de *Les fleurs du mal* y una novela entera de Margery Sharp, comprada en un arranque en la estación de Lyon. Vio el amanecer cuando llegó, y subió la persiana. En la palidez gris-amarillenta se extendían hileras de extraños tocones en espaldares, achaparrados y fuertes como viñas vírgenes. Estos vastos espacios no pasaban velozmente, sino que parecían extenderse sin fin porque se repetían sin fin. En su mente, las vides trepaban por enrejados, colgaban de pérgolas, se aferraban. Alrededor de estas raíces leñosas, nudosas y ordenadas, el frío suelo se calentaba de forma visible a medida que avanzaba el amanecer, increíblemente luminoso.

Se vistió con cuidado, traje sastre verde en tela de espiguillas, entallado, escarpines sencillos y rostro complejo, con los delicados triangulitos hechos con delineador en el rabillo del ojo casi borroneados por el balanceo del tren. Llevaba una especie de gorra

de terciopelo, a la que le había recortado el velo. Creía que la ropa barata se podía tornar elegante si se la reducía al mínimo. A veces su método funcionaba, otras tenía aspecto de fulana, y otras parecía sosa. Esa mañana, al bajar los escalones de acero en la arenosa vía muerta de Nîmes, con tacones de cinco centímetros y falda acampanada, parecía todo esto a la vez.

La familia Grimaud le había escrito para avisarle que irían a buscarla con un Corvette azul. Fue sólo en esta última etapa cuando Frederica empezó a pensar en ellos, pues hasta el momento habían sido un simple medio para conseguir un fin: la partida de Frederica Potter de Blesford y Yorkshire. Un hombre corpulento y un niño aparecieron en el otro extremo del andén; cojeando sobre sus altos tacones y arrastrando la pesada maleta, Frederica fue a su encuentro. La saludaron y se presentaron, el señor Grimaud y Paul-Marie. Paul-Marie tenía un pantalón corto inconcebible en Inglaterra, calcetines largos blancos, piernas aceitunadas. Frederica no le prestó ninguna atención. El señor Grimaud alzó su maleta, sonriente. Era grueso, con cabellos grises cortados al rape, rostro bronceado con arrugas en las comisuras de la boca, y un sello, una serpiente de oro enroscada en torno a una sanguinaria. Parecía sentirse a gusto consigo mismo. Le preguntó cómo había ido el viaje, y Frederica, sentándose a su lado en el coche, le contó la confusión con los números de camarote, siempre con el mismo placer de oírse hablar en francés. El señor Grimaud rió. Giró para entrar en Nîmes, y salió de Nîmes para internarse en el campo, carreteras rectas bordeadas de plátanos, tierras silvestres cultivadas a derecha e izquierda. El señor Grimaud le explicaba todo con sencillez, con un fervor pedagógico francés y una pasión regional que Frederica, falta de experiencia cultural y demasiado confusa, no lograba entender. Mientras viajaban, la hermosa luz se volvía más y más intensa.

El señor Grimaud dijo que aquéllos eran campos de lavanda, una importante industria provenzal. Se encontraban en la región de la *langue d'oc,* que había que distinguir de la *langue d'oïl*. Habló de los trovadores y los antiguos señores y, sin vergüenza ni afectación, cantó fragmentos de canciones sobre la lavanda, los almendros, el amor, en un incomprensible provenzal. Frederica observó las largas hileras de polvorientas hojas de lavanda verde-grisáceas e imaginó las espigas violeta. Vio la tierra sin sombra bajo la luz amarilla, más vides, retoños de lo que no reconoció como brotes de maíz. Más tarde, siendo ya una viajera experta de treinta o cuarenta años llena de experiencia acumulada sobre los rincones bonitos, la comida y el

vino de la región, los restaurantes del camino y las dunas de arena desaparecidas largo tiempo atrás, trató de recordar las sorpresas —sentidas a medias aquel día— que la vista de esa tierra le había deparado cuando no esperaba nada en particular. Le había parecido silvestre y nueva, polvo y luz, porque ella también lo era. Y los olores, el comienzo de los olores del sur, más perceptibles al instante, más perdurables en el recuerdo, al menos cuando se evocaban. Hierbas en terrenos accidentados, enebro, romero y tomillo, que habría podido nombrar pero no reconocer, orégano, que ni siquiera habría podido nombrar. Entraron en la casa de campo por un camino bordeado de tilos —*tilleuls*—, una palabra, un nombre, que ya figuraba en su vocabulario, pero que sólo ahora asociaba con una forma sólida y con ráfagas de fragancia. El señor Grimaud habló de la preparación de *tisanes* e hizo oscuras referencias a Marcel Proust. *Tisane,* como *tilleul,* se hallaba en el vocabulario de Frederica, la palabra, no el objeto, pero tuvo que pasar cierto tiempo antes de que entendiera su conexión con Proust, que había entrado en su conciencia principalmente por una sobrecogedora pesadilla padecida la noche anterior a su examen de ingreso en Oxford, que recordó mientras el señor Grimaud hablaba y los perfumados árboles pasaban rozando el coche.

En el sueño estaba encerrada con llave en la biblioteca de la escuela, con una hoja de examen en la que había un único ejercicio: «Compare y contraste el método narrativo de Proust y el de *Tom Jones*». Ella no sabía nada ni del uno ni del otro, y lloraba amargamente de vergüenza e impotencia. Al despertar se enfadó aún más por la confusión de categorías del sueño, la comparación de un hombre con una obra, sin percatarse de que dicho error de categorías era en parte la respuesta a la cuestión, ya que Proust equivale a un libro, pero el Tom Jones epónimo no. Nunca iba a poder pensar en este sueño sin sentir algo de las emociones asociadas, vergüenza e irritación, incluso después de que, en 1969, un hombre le dijera en una fiesta que tales sueños eran típicos de gente que difícilmente fracasaba en exámenes reales y verosímiles. En ese momento, en 1954, mientras el coche pasaba bajo lo que parecía ser la entrada a un patio medieval o del Renacimiento, Frederica seguía dándole vueltas con ánimo sombrío al recuerdo de un fracaso personal en un examen irreal y soñado. En años posteriores —digamos, en 1964, 1974, 1984—, la primera visión de Nozières asumió toda su perfección y su primacía, así como es necesario que la mente se libere de las vicisitudes cotidianas de las preocupaciones, planes y expectativas para poder reconocer el

momento de la muerte como lo que es y, desde ese umbral, trazar el mapa de la vida retrospectiva y prospectivamente. El patio estaba cercado de muros de piedra dorada cubiertos por una capa uniforme de polvo y manchas de líquenes. Una bandada de gallinas se dispersó, aleteando y cacareando.

La señora Grimaud, menuda y esbelta, de talle bien conservado, caderas anchas y lacios cabellos negros severamente recogidos en lo alto, aguardaba en el umbral junto a dos hijas adolescentes de aire torpe y malhumorado, con quienes Frederica tendría que conversar. En torno a ellas se movían unas mujeres meridionales con vestimentas negras (era la primera vez que Frederica veía estas ropas). Hubo un buen número de solemnes apretones de mano, y Frederica, inspirada en parte por la naturaleza del lenguaje, pronunció en francés varias frases solemnes de gentil gratitud. Dentro, en la enorme mesa de roble de un comedor de oscuras paredes de piedra y suelo embaldosado, le sirvieron un chocolate caliente, un enorme trozo de pan francés, mantequilla sin sal (otra vez la primera experiencia) y *confiture aux cerises*. La condujeron arriba por varios tramos de escalera de piedra con balaustrada de hierro forjado, hasta su enorme habitación, con las paredes pintadas de azul oscuro brillante, un color que le recordó una postal de *Noche estrellada* de Van Gogh, y sobre todo el color de fondo de los estandartes con flores de lis del film de Laurence Olivier *Enrique V*. Este tono oscuro polvoriento la dejó estupefacta, porque en Inglaterra jamás se pintaba de azul oscuro una habitación; ¿se parecía tal vez más al azul de los productos de limpieza Reckitt? El suelo estaba recubierto de baldosas ámbar oscuro y azul desvaído. La cama era alta, alta y con cortinas, con una colcha de encaje y algodón en borlas tejido a ganchillo. Había un lavamanos que constaba de un aguamanil, un recipiente para agua sucia y una jofaina de porcelana. La habitación era dos veces más grande que el salón de su hogar, en el barrio de los maestros de Blesford. No había escritorio ni mesa de despacho, pese al juego completo de pesados muebles de dormitorio pintados de amarillo, armario, ropero, cómoda. Era extraño. Era interesante. Frederica estaba entusiasmada con tal profusión de cosas curiosas. También estaba exhausta. Y, para su horror, echó de menos fugazmente las alfombras, las estanterías, las pequeñas ventanas de bisagras, los aparatos de calefacción, lo familiar, lo conocido.

Más tarde, al menos durante muchos años, no pensaría en esta época como parte de su vida, y por ello tal vez no hace falta

relatarla en detalle. La memoria visual de Frederica para los objetos era mucho menos precisa y automática que la de Stephanie o de Marcus. A diferencia de ellos, tenía un espíritu egocéntrico y excluyente, que sólo se volvía impersonal cuando lidiaba con un problema que ponía a prueba su intelecto. En la década de 1970, la estratificada visión de Ezra Pound de las culturas vitales y moribundas, centrada en parte en Provenza, hizo que, en los sencillos y educativos comentarios del señor Grimaud sobre la tierra, las tradiciones y la lengua en que se hallaba inmersa, viera el signo de una energía comunitaria real, remedada —o ansiada— en Yorkshire, tras el festival de Gran Bretaña. Bill Potter poseía también un orgullo regional: sus alumnos de los cursos nocturnos recolectaban palabras del habla de la zona, describían modelos de comportamiento social y de relaciones familiares con una suerte de celo fabiano,[7] pero sin la fogosidad colmada de sol que el señor Grimaud manifestaba en su sentimiento por lo que había de compartido y de perpetuo en su mundo.

Esta familia, a la que no pertenecía y que ponía de relieve la suya, ausente y dispersa, era sin duda amable. El señor Grimaud, capitán de barco, navegaba regularmente entre Marsella y Túnez. Pasaba semanas fuera de su casa y volvía cargado de *gigots*[8] de cordero argelino, tinajas de aceite, sacos de legumbres. La señora dirigía la vasta finca, que no funcionaba a base de una superabundancia de mano de obra (una expresión que entró en el vocabulario de Frederica alrededor de 1960). Había hectáreas de viñedos —nunca llegó a saber cuántas— y huertos con melocotoneros, cerezos y melones. La cuantiosa cantidad de inmigrantes italianos, suficientes al menos para trabajar en la casa y las plantaciones, volvía innecesaria cualquier ayuda convencional a la dueña.

Frederica, que ni siquiera se hacía la cama, adquirió una o dos habilidades curiosas. Aprendió a recoger espárragos diariamente en los anchos arriates con caballones que se extendían junto a los muros dorados, detectando las cabezas púrpura que despuntaban y cortando justo bajo tierra con un crujido de su afilado cuchillo. Aprendió asimismo a ayudar en la preparación de comidas que, en 1954, creía que le desagradaban: alioli, *estouffade de boeuf,* guiso de cabrito al vino, tomates con ajo, *potage de légumes* pasado por el prensapuré, ensaladas aliñadas compuestas de hojas desconocidas, carmesí, blanco cremoso, verde oscuro, verde claro rizado. Giraba la manivela del espetón cuando asaban las piernas de cordero argelino, mechado con ajo y anchoas y encerrado en una especie de

jaula ovalada de láminas de hierro, frente a un buen fuego de cepas de vid que ardía en la chimenea; sentada en un banco junto al hogar, hacía girar el asador cuando éste se detenía, y rociaba el cordero con aceite y su propio jugo mediante una cuchara horrendamente larga.

Su única cualidad apreciable, su buen francés, reveló ser una desventaja. Marie-Claire y Monique aprendían poco inglés porque Frederica las intimidaba y ellas la intimidaban a su vez. Frederica les reescribía sus deberes en un inglés correcto, pero en esa época no daba muestras de haber heredado la compulsión familiar por la enseñanza, y era incapaz de explicar las razones por las que modificaba su gramática y su sintaxis. Así pues, aunque sus notas mejoraron, las dos chicas no aprendían nada. No fue hasta mucho más tarde cuando Frederica cayó en la cuenta de que el fallo había sido suyo: habiéndose bastado siempre en sus estudios, y egocéntrica como era, había considerado que la ignorancia y la hosquedad de las muchachas eran asunto y culpa de ellas. La señora Grimaud trataba todo esto con suma cortesía, y en una ocasión comentó que lo menos que podía decirse de Frederica era que constituía una buena influencia moral. En ese momento, Frederica vio en su comentario el signo de una notable falta de perspicacia. Más tarde, en Inglaterra, se le ocurrió que podía haber sido una ironía, pero para entonces había olvidado el contexto y la entonación de la frase; sólo recordaba que se había dicho bajo un sol ardiente frente a la Maison Carrée de Nîmes, donde el aire era fluido y las piedras brillaban.

La familia insistió con amabilidad en encontrar modos de entretenerla. El segundo día le dieron una pelota de goma sujeta a una paleta de madera por una larga tira elástica. Y allí estaba en el patio, con diecisiete años, hambrienta de sexo, con los músculos rígidos, un as del intelecto, jugando solemnemente al *jokari*. Carecía por completo de destreza para esto. Las *domestiques* y la señora Grimaud la observaban desde las puertas y ventanas de la casa mientras iban y venían en medio de sus quehaceres. *Mutatis mutandis,* y empezando por el propósito, la situación le recordó a Miss Havisham cuando le ordenaba al pequeño Pip que saliera a jugar, y el patio de la cervecería donde éste conoció a Herbert Pocket,[9] patio que la irritaba porque no conseguía imaginarlo apropiadamente.

La llevaron a todas partes. Al mercado de pescado, al amanecer, a comprar ingredientes para una *bouillabaisse,* que no encontró pintoresco porque aún no había leído la descripción que hacía John

Ford de la gran *bouillabaisse* en las calas, ni la que hacía Elizabeth David de los colores y formas de los peces en los puestos. Fue a la modista con la señora Grimaud, donde había una reproducción maciza, y regulable, de las femeninas formas francesas de la señora Grimaud, sin cabeza y sobre un pie de metal. Todo el mundo se conocía y se detenía para hablar con todo el mundo. Frederica pensó que recordaría los agapornis de la modista, pero lo que recordó fue el café cargado y las *langues de chat*. En su mente, los agapornis se fundieron en un loro vigilante, tal vez debido al pie de metal. Visitó fincas vecinas y bebió aperitivos servidos de botellas sin etiqueta, u oporto blanco, en terrazas, bajo pérgolas cubiertas de glicinas, a la sombra de acacias. En dos de estas familias había muchachos jóvenes, hijos y herederos que serían los futuros propietarios de las tierras, el grave y silencioso Michel, el bullanguero Dany, que poseía una única palabra inglesa —*bluejeans* — y una atronadora Lambretta que levantaba una nube de polvo claro. Frederica se hizo ilusiones sobre ellos, en especial sobre Michel, pero advirtió que a sus ojos era invisible, no lo bastante real, como suele ser —casi siempre— el caso de las chicas *au pair*. Hablaba mucho, y los jóvenes se volvían y se felicitaban por su francés, como si ella fuera una especie de organillo, se decía Frederica, quien no sólo estaba hambrienta de sexo sino también de admiración.

Cuando el señor se hallaba en casa, emprendían excursiones de índole más cultural y propósito más claro. Asistieron a una representación nocturna de *Mireille*[10] en el anfiteatro romano de Nîmes. Allí mismo, otro día, Frederica presenció una corrida de toros. Había confiado en entender el entusiasmo estético de este espectáculo, ver y reconocer el «momento de la verdad» aun cuando al mismo tiempo se sintiera horrorizada. Pero todo lo que vio fue una lenta sucesión de tropiezos, toses y matanzas que le produjeron arcadas, al tradicional estilo de los amantes de los animales ingleses, cosa que irritó al señor Grimaud, quien era un «aficionado»[11] y le había explicado a Frederica el origen y significado de este término. De pronto el lugar poseía su historia de derramamiento de sangre, pero ni siquiera eso resultaba atrayente, quizá porque los habitantes de Nîmes no bramaban pidiendo sangre a la manera de los romanos, sino que tomaban el sol y departían sobre sutilezas del manejo de la capa. Hubo, sí, un estallido de abucheos y rechiflas, pero esto fue, según explicó el señor Grimaud, una espontánea expresión de desaprobación hacia Picasso, a quien se alcanzaba a distinguir al otro lado de las gradas, una cara

morena bajo una gorra negra. El señor Grimaud afirmó que el público consideraba fraudulento su arte, y Frederica, tratando en vano de imaginar a los espectadores ingleses de un partido de fútbol compartiendo una misma opinión sobre algún artista moderno, recordó de improviso las reproducciones de Picasso que Alexander Wedderburn tenía colgadas en su habitación de la escuela de Blesford Ride. Frederica había estado enamorada de Alexander Wedderburn. Allí, lejos de su hogar y sus problemas, estaba segura de que aún seguía enamorada de él. Ella misma había convertido ese amor en una confusión, o tal vez había sido obra de las circunstancias. Suponía que Alexander no querría volver a saber nada de ella, ni pensar siquiera en ella. Sus Picassos pertenecían a la época azul, los *Saltimbanquis* y un curioso *Muchacho con pipa* coronado de flores. Era extraño estar allí sentada, tan lejos, bajo el sol y rodeada de gritos, y ver los pequeños círculos oscuros y claros en la cara del hombre que había pintado esas imágenes. Sus trazos son económicos, le dijo al señor Grimaud, que pareció muy sorprendido por esta opinión y habló con desdén de mujeres con tres pechos o con un solo ojo, pinturas más infantiles que las del hombre de Cromagnon. Más aún, dijo, Picasso había descubierto y arruinado las cerámicas tradicionales de Vallauris, que ahora no producían más que horribles ceniceros con toros deformes y palomas rudimentarias. Había destruido la tradición que él amaba, añadió con desprecio. Frederica pensó que el hombre carecía de sensibilidad artística, pero con el tiempo iba a saber que simplemente decía la verdad. No obstante, los dibujos de las corridas de toros tenían verdadero mérito, aseguró el señor Grimaud, cosa que la redujo al silencio, dado que no conocía tales dibujos y estaba harta de las corridas de toros.

Tras lo cual, en los escaparates de las carnicerías colgaban de un gancho sangrantes filetes de toro, o los apilaban en platos blancos. La familia Grimaud compraba y cocinaba una buena cantidad de éstos: era la costumbre, le explicaron a Frederica. Ella se atragantaba al comerlos, asqueada por el recuerdo del cuerpo negro que se desplomaba cuando se le escapaba la vida, de la mancha de sangre pegajosa que se extendía por el lomo erizado de banderillas, del rastro dejado por las pezuñas y los cuernos cuando arrastraban al animal fuera de la arena. Más tarde iba a descubrir que cierto J. Olivier creía que la automutilación de Van Gogh en Arles había sido parte de un ritual taurino. El victorioso matador, explicaba, recibe en premio la oreja del toro, que ofrece «a su dama o a una espectadora que le haya llamado la atención». (El día en que

Frederica asistió a la corrida, no se otorgó ninguna oreja.) Así pues, argüía J. Olivier, Van Gogh, vencedor y vencido a su vez en la disputa con Gauguin, se cortó una oreja y, en su propio honor, se la ofreció a su dama, la prostituta de Arles.

La viña producía un aceptable *vin rosé* que Frederica bebía como agua en cada almuerzo. A diferencia de Marie-Claire, Monique y Paul-Marie, no le añadía agua, creyendo que diluir el buen vino era una costumbre infantil o de dudoso gusto. El resultado eran violentos dolores de cabeza, mareos y prolongados períodos de lasitud que los Grimaud, amables como siempre, atribuían al mistral, el calor o la dieta desacostumbrada. Dado que Frederica resultaba cada vez más difícil de entretener, debió de ser para ellos una alegría que durmiera profundamente en las primeras horas de la tarde.

No había libros. El señor Grimaud le contó que Nîmes había sido colonizada por los veteranos del ejército de Octavio que había derrotado a Antonio y Cleopatra, cuyos nombres —Antonin, Numa, Flavien, Adrien— persistían aún hoy, así como el emblema de la derrota de la serpiente del viejo Nilo, el cocodrilo encadenado de Nîmes. La llevó a Uzès, donde Racine había acudido para retirarse a la campiña, meditar en su ingreso en el sacerdocio, empezar a escribir. Uzès era y es un pueblo de otra época, un pueblo amarillo sobre una colina suavemente cónica, techo geométrico sobre techo, un pueblo que debía de ser tal como es ahora cuando Shakespeare escribió *Antonio y Cleopatra*. Frederica intentó hablar sobre Racine con el señor Grimaud; pero, aunque éste era capaz de recitar diversos pasajes, estaba más interesado en lo que Racine había sido y significado que en lo que había escrito. Tenía una obra de Racine, una de Molière, una de Chateaubriand. Frederica tomó prestada también una de Hemingway traducida, y leyó sobre las corridas de toros y los temblores de tierra, lo que incrementó su malestar, su hambre de sexo, su desesperado deseo de vida, amor y acción. Se vio presa asimismo de un ansia por la lengua inglesa. La señora la llevó a la biblioteca municipal de Nîmes, un edificio sobrio y oscuro de altos postigos y rejas en las ventanas, con hileras de polvorientos libros encuadernados en cuero que llegaban hasta el techo. No había mucho en inglés, así que se llevó prestadas las obras completas de Tobias Smollett[12]. No era lo que ansiaba, pero era inglés y narrativa. No hay nada como la narrativa para embriagar o tranquilizar. Al menos se trataba de libros gruesos.

La señora pensó entonces en *le vélo,* la bicicleta.

Con ella Frederica exploró la región, uniformemente llana y calurosa. Avanzaba dando sacudidas entre los surcos de los viñedos, salpicados de azul cobalto por las fumigaciones. Oía las cigarras y aspiraba el penetrante olor a regaliz, que abundaba en la zona y era procesado en una fábrica, en las afueras de Nîmes. Cada vez que se caía de la bicicleta se quedaba sentada en el sitio, cabeceando, irritada a causa del vino y adormilada por el calor, en medio de un típico surco, bajo un cielo claro y brillante. Decidió ser escritora. Dado el excesivo respeto de la familia Potter por la palabra escrita, y dada la propia maestría de Frederica en las redacciones escolares, y el intenso placer que éstas le procuraban, era inevitable que decidiera ser escritora. Además, los lugares exóticos hacen surgir al escritor interior incluso en personas menos obsesionadas con las palabras que Frederica. No creo que la compulsión de escribir sobre lugares exóticos tenga parangón con el deleite sensual de un pintor ante una nueva luz, nuevas formas, nuevos colores: Monet viendo el Cap d'Antibes en azul y rosa, Turner viendo la brillante y desvaída luz veneciana de Venecia, Gauguin en Tahití. Un pigmento es un pigmento y la luz es la luz en cualquier cultura. Pero las palabras, adquiridas lentamente a lo largo de la vida, forman parte de un conjunto diferente de percepciones del mundo, han crecido con nosotros, delimitan lo que vemos y cómo lo vemos. Intento aquí exponer la paradoja de la similitud de tantas descripciones —lingüísticas— de lo extraño, lo exótico, lo nuevo. Frederica servirá de ejemplo para ilustrar las dificultades de escribir sobre la extrañeza.

Frederica quería registrar por escrito el paisaje meridional. Su modo habitual de contemplar los paisajes estaba profundamente influido por Wordsworth, por muchas insinuaciones que hubiera hecho de que el lenguaje de Wordsworth sólo era adecuado para su época y su lugar. En la región de los lagos, Frederica podría haber visto un pequeño lago de montaña «de Wordsworth»[13] y haberlo descrito con palabras de Wordsworth, y, como eran palabras conocidas, probadas, meditadas, podría haber introducido minúsculos cambios, percibido algún pequeño detalle en que él no hubiera reparado, modificado el punto de vista. Hay pastores en los Andes que poseen más de sesenta términos para referirse al color pardo de la lana de oveja. Pero son pastores andinos. Frederica tenía términos para referirse a la conducta de las matronas de New Yorkshire en los tés o al criterio con que hacían compras. Tenía una variedad de términos para hablar de la estructura de una trama o una metáfora de Shakespeare, y seguía añadiendo otros nuevos. De

forma paradójica, veía estas cosas nuevas mediante viejos tópicos. El propio Wordsworth, muy ridiculizado, creyendo haber recuperado una visión inocente, decía que la hierba era verde y el agua húmeda, porque había sobrepasado la familiaridad y alcanzado un estadio primitivo en que se maravillaba de que estas cosas fueran así y no de otro modo, en que experimentaba una suerte de sensación mítica de que estaba dando o encontrando las palabras para las cosas, no meramente repitiéndolas. Así también Daniel, caminando con Stephanie por la playa de Filey y llevado por una experiencia metafórica tan corporal como la respiración, había sabido de pronto por qué se decía que el amor era «dulce» y, mientras la sangre le bullía, por qué los enamorados «se acaramelaban». Así ahora Frederica, de forma más moderada, vio por primera vez que la luz era dorada, las aceitunas oscuras y cálidas, los olivos de un gris polvoriento, la lavanda una bruma púrpura. Pero cuando vio todo esto escrito, parecía —y era— rancio, trillado, poco original.

Frederica era también lo bastante hija de su época para suponer que tenía que escribir novelas. «La novela es el único libro lúcido de la vida», había afirmado didácticamente Lawrence y había repetido didácticamente Bill Potter. «La novela es la forma más elevada de expresión humana jamás alcanzada.» Si alguien hubiera retado a Frederica a declarar sin rodeos si creía en esto, ella habría puesto objeciones. Pero, aunque sus raíces estuvieran en Wordsworth, en los años cincuenta la compulsión de registrar todo por escrito asumió formas propias de Lawrence. Y no tenía un argumento. O no era consciente de los argumentos que tenía. Y, en esos días, no le preocupaba especialmente la inventiva.

Trató de utilizar a Dany y su Lambretta o al silencioso Michel, y acabó asqueada consigo misma. Eso la llevó de vuelta a Alexander, e intentó sin éxito convertir a este poeta tan inglés en una divinidad de los olivares. Lo único que ocurrió fue que sus necesidades sexuales dejaron de ser irritantes para hacerse dolorosas, y que Alexander se volvió peligrosamente irreal en su mente. Trató de escribir un diario, pero éste sólo reiteraba de forma tortuosa y aburrida que Frederica Potter se aburría y que, para su gran vergüenza, añoraba su hogar. No lograba saber cómo considerar a Marie-Claire y Monique, a Paul-Marie y la señora Grimaud, y no digamos el funcionamiento de la cooperativa vitivinícola, la *réglisserie* o la Nîmes protestante. Pese a su egocentrismo, era una buena crítica, y resolvió con decisión y tristeza que escribir no era lo suyo.

De modo que renunció, y se quedaba sentada en medio de los viñedos bajo el sol ardiente, a ratos durmiendo y a ratos prosiguiendo la lectura de los polvorientos volúmenes de *Peregrine Pickle,* encuadernados en cuero rojo y oro, con auténticos «piojos del papel» que abandonaban sus oscuras grietas para hacer inquietas excursiones a la luz y el calor, a través de las extraordinarias escenas en que las damas maduras de Smollett retenían indefinidamente la orina para apagar fuegos supuestos, o se endulzaban el fétido aliento con pastillas de violeta para engañar a los jóvenes galanes a quienes deseaban. No se preguntó entonces qué compulsión había llevado al autor a elaborar sus tramas o crear sus mundos; los aceptó tal como se aceptan los cuentos de hadas en la infancia.

¿Y Vincent van Gogh? Provenza es como él la pintó, utilizamos sus imágenes a modo de iconos que permitan reconocer ciertas cosas, los cipreses sobre todo, los olivos, ciertas configuraciones de rocas y vegetación, el perfil de los Alpilles, la llanura de Crau, la propia luz.

A diferencia de Frederica, Van Gogh llegó a Provenza con esperanzas estéticas precisas. Esperaba ver motivos «japoneses», los colores de Monticelli, las formas de Cézanne y Renoir, la luz meridional alabada por Gauguin como una necesidad mística. Vio todas estas cosas, tal como esperaba. Vio también cosas holandesas en el calor francés, puentes que no diferían en su estructura de los de Delft y Leyden, colores en el resplandor deslumbrante que le recordaban básicamente a los suaves azules y amarillos de Vermeer. También, y al mismo tiempo, vio lo que todavía no había visto nadie, lo que le correspondía a él ver. Girasoles, cipreses, olivos.

> Mi querido Theo:
>
> Te he escrito ya temprano por la mañana; luego salí para continuar un cuadro de un jardín a la luz del sol. Luego lo llevé dentro y volví a salir con un lienzo en blanco, y éste también está terminado. Y ahora te escribo otra vez.
>
> Porque jamás había tenido una oportunidad así, y es que aquí la naturaleza es extraordinariamente hermosa. En todas partes la bóveda del cielo es de un azul maravilloso, el sol irradia un resplandor azufre pálido que es tan suave y encantador como la combinación de azul celeste y amarillo en un Van der Meer de Delft *[sic].*[14] No puedo pintarlo con la misma belleza, pero la tarea me absorbe tanto que ni siquiera pienso en las reglas [...].

Aquí, bajo un sol más intenso, he visto confirmado lo que decía Pissarro, y también lo que Gauguin me escribió, la simplicidad, el desvanecimiento de los colores, la gravedad de los grandes efectos de la luz del sol.

Nadie sería capaz de sospechar una cosa así en el Norte.

5. Mas Rose y Mas Cabestainh

Mas Rose

A principios del verano la familia partió para su residencia estival, un pequeño *mas[15]* pintado de rosa aguado que se alzaba en una colina de los Bajos Alpes, no lejos del monte Ventoux. Llevaron consigo a la quisquillosa e inútil inglesa, y le ofrecieron cultura, la Côte d'Azur, la Camargue. La llevaron al Palacio de los Papas, en Aviñón, donde, una calurosa tarde, vieron una representación nocturna de *Macbeth* en francés, ofrecida por el Théâtre National Populaire, con Jean Vilar, demacrado y romántico, más parecido a un trovador maldito que a un asesino escocés, y María Casares, pálida y elegante en su delirio, lavándose la sangre de las manos mientras en lo alto de las almenas sonaban estridentes trompetas angélicas. Todo se precipitaba en una extraña prosa rápida y descarnada. «Mañana y mañana y mañana.»

En el entreacto, Frederica fue de utilidad por una vez y recitó a las aburridas jóvenes Grimaud todo lo que fue capaz de recordar —que no era poco— de los densos e incomprensibles versos ingleses. Esto le desencadenó un ataque de añoranza, no de los páramos de Yorkshire sino de la lengua inglesa, y también de las largas jornadas dedicadas a la obra teatral del último verano, de la rosa abierta y el vigor de los versos de Alexander Wedderburn recitados en la terraza isabelina de Long Royston, y de las noches de verano en Inglaterra. Cuando les decía a las lánguidas Grimaud que la luz se hace más intensa y que el cuervo alza el vuelo hacia el bosque de grajos, se oyó una voz por encima de la suya, proveniente de lo alto de la tribuna.

—Yo conozco esa voz. La joven Potter. No actuaré ni sufriré por el filo de la espada... No, no es así. No sangraré. ¿Te acuerdas, querida amiga?

El sonido de esa voz la alegró y, al mismo tiempo, le asestó un golpe más abajo de la cintura, exactamente debajo. Era Edmund Wilkie, el erudito, a quien, en el dudoso lujo eduardiano del Gran Hotel de Scarborough, le había entregado su virginidad de la forma más sangrienta posible.

—¡Wilkie! No veo nada en la oscuridad. ¿Dónde estás? ¿Qué

haces aquí? *Excusez-moi, Madame, c'est un ami, un ami de mon pays...* [16]

Wilkie se deslizó en el asiento contiguo. Allí, en el Palacio de los Papas, y al igual que en Long Royston, el público se acomodaba en las gradas de una tribuna. Ambos se habían sentado juntos en otra tribuna para contemplar la danza de las Gracias. Wilkie era el mismo de siempre. Blando, moreno, rollizo como un animal, gafas exageradas, un aire de universitario disoluto.

—*Monsieur Grimaud. Madame. Edmund Wilkie. Un ami, un étudiant de psychologie, un acteur.*[17] ¿Se puede saber qué haces aquí, Wilkie?

—Más bien la cuestión es qué haces tú. Me hospedo con Crowe en el Mas Cabestainh, la residencia francesa de Crowe. Muy bonita. Un montón de gente simpática. Estás toda bronceada y pelándote por zonas, como un plátano. ¿Lo estás pasando bien?

—Trabajo de *au pair*. Todo el mundo es muy amable conmigo. Nos alojamos cerca de Vaison-la-Romaine.

—No es muy lejos. Podríamos vernos. Hay un montón de viejos amigos en Mas Cabestainh. La chica bonita, Anthea no sé cuántos.

—Warburton.

—Sí, ella. Y Wedderburn. Elevado al rango de productor de charlas radiofónicas. Supongo que lo sabías.

—Lo había oído.

Frederica se sentía molesta. La hilera de los Grimaud, que no querían oír su charla sino a Shakespeare —por fin un gasto que valía la pena—, la inhibía.

—¿Cómo está? —consiguió preguntar.

—¡Ay, Frederica, qué tonta eres! Vino a ver esta obra la semana pasada. Nos pidió a Caroline y a mí que lo acompañáramos hoy. Pero la buena de Caroline tiene una resaca de todos los diablos, así que lo traje en la moto para que la vea otra vez. Está allá arriba.

Hizo un gesto vago hacia las gradas superiores. En las altas torres del palacio sonaron las trompetas, agudas y claras, anunciando el último acto.

—*Les anges rayonnent toujours* —dijo Wilkie—, *bien que le plus radieux soit déchu.*[18] ¿Lo he dicho bien? Suena raro. ¿Lo alcanzas a ver? Sí, allí. Bueno, hasta luego.

Y se escabulló como un mono entre las hileras de gradas. Frederica estiró el cuello. Le pareció que una luz proveniente de las almenas enfocaba una camisa blanca entreabierta, la forma imprecisa de un hombre delgado, un rostro grave. ¿Era Alexander?

—Adivina con quién me he encontrado.

No hubo respuesta.

—Con Frederica Potter haciendo de niñera de una hilera de niños franceses.

—¡Dios santo!

—Parecía tener muchas ganas de verte. Entusiasmada con la idea de que estuvieras aquí.

—¡Dios santo!

—Te quiere, Alexander.

—Tonterías. Es una boa constrictora. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Cállate y déjame ver la obra.

Frederica estaba agitada. Recordó su último encuentro con Alexander y, de nuevo, fue incapaz de entender su propia conducta. Lo había perseguido con enorme cuidado, lo había atacado de frente, se le había arrojado encima y había coqueteado con él, y al fin había llegado al punto de la consumación en que él la deseaba e iban a cenar juntos, en una casa vacía. Y lo que ella había hecho había sido huir a Scarborough con Wilkie, montada en su moto. Amaba a Alexander. Wilkie no era más que un amigo con quien conversaba. Siempre había amado a Alexander. Tenía la sospecha de que había sido importante para ella que su iniciación fuera impersonal, que pudiera controlarla, que no la abrumara. Pero ¿cómo explicarle esto alguna vez a Alexander, que, en cualquier caso, ya no quería entender nada?

«Elle aurait dû mourir ci-après. Un temps serait venu pour ce mot.»[19]

¿No había algo erróneo en esto? Habría habido un momento para tal palabra.

Las emociones de Alexander eran más simples. Apenas se acordaba de por qué o cuánto había deseado a Frederica. Pensaba en ello como una locura dramatúrgica pasajera. Recordaba con toda claridad que ella lo había dejado en ridículo. Recordaba cómo había descargado puntapiés a los acianos y las margaritas por todo el pequeño jardín. No deseaba en absoluto repetir ninguna parte de esta experiencia.

Tous nos hiers n'ont qu'allumé, pour les sots, une voie vers la Mort poussiéreuse.[20]

Como fuera, ambos grupos se encontraron en las oscuras antecámaras del palacio. Wilkie se precipitó hacia Frederica, brillantes sus ojos de lemúrido. Alexander se mantuvo atrás. Como la moto estaba astutamente aparcada justo al pie de la muralla de la fortaleza, mucho más cerca que el Corvette azul, Wilkie fue capaz tanto de detener el firme avance de los Grimaud como de hacer que a Alexander le resultara imposible no alcanzarlos. A Wilkie le encantaban tales situaciones.

—Hola, Alexander.

—Hola.

—*Monsieur Grimaud. Madame. Monsieur Alexander Wedderburn, un écrivain anglais... qui a écrit de belles pièces... très renommées... un ami... de mon père.*[21]

Todos lo saludaron con un gesto. Alexander, que no hablaba francés con la misma soltura que Frederica, preguntó a los Grimaud, con su inveterada buena educación, si les había gustado la obra. Ellos contestaron. Frederica interrumpió con un comentario sobre el extraño efecto que producía la traducción a unos oídos ingleses. Alexander guardó silencio. Wilkie apuntó la dirección de Frederica. Interesado en estos extraños y con la esperanza de que entretuvieran a su inglesa, el señor Grimaud dibujó en un sobre una especie de carta náutica para mostrar cómo llegar al Mas Rose viniendo de Vaison y del Mas Cabestainh. Suponía que éste debía su nombre al trovador, muy famoso y trágico, muy provenzal. Amor cortés, celos, sangre, una historia terrible. El Mas Rose no tenía gas, ni electricidad, ni agua corriente, pero estaba en la montaña, disponía de una fuente, el aire era puro y podía verse el Ventoux, famoso, por supuesto, por el amor de Petrarca por Laura. Confiaba en que el señor Wilkie fuera a verlos. Y también el señor Wedderburn. Alexander miraba las estrellas y balanceaba el peso de un pie a otro. Le resultaba imposible montar en la moto antes que Wilkie. Frederica miró también la moto y recordó su sangrienta desfloración. Tiró de la manga de Alexander. Intentó, con poco éxito, resucitar algo de su antigua relación de profesor y alumna.

—Alexander, me han admitido en Cambridge.

—Qué bien.

—En realidad, conseguí beca en las dos universidades.

—Qué bien. Tu padre estará muy complacido.

—Está demasiado preocupado por Marcus.

—Ya.

Alexander miró a Wilkie, quien fingió no verlo. Wilkie preguntó a Frederica si había visto el Mediterráneo, la Camargue, Orange... Con un ojo en Alexander, ella contestó con nerviosismo que se había alojado en Orange en casa de una de las innumerables primas de la señora Grimaud, que había visto *Britannicus* de Racine y un ballet de Cocteau sobre el mismo tema en el Théâtre Antique. Imagínate, le dijo, Aricia[22] con leotardos rosa claro y Británico con una extraña peluca de rizos color oro y una faldilla metálica tintineante. Muy Cocteau, dijo Wilkie, y Alexander se abrochó con firmeza su casco órfico, con lo que se volvió sordo a los brillantes comentarios de Frederica y ridículo de ver, con ese anónimo globo blanco sobre su hermoso cuerpo longilíneo, intocable, impoluto, vestido de blanco. Bajó la visera y se cruzó de brazos.

—Bueno —dijo Wilkie, sonriendo de oreja a oreja—. Ha sido muy agradable verte. Te prometo que nos dejaremos caer por allí uno de estos días. Iremos todos a darnos un chapuzón nocturno. Si es que tienes permiso para salir.

Arrancó la moto y montó, seguido por Alexander, que hizo una levísima inclinación de su voluminosa cabeza. Se alejaron zigzagueando por entre la multitud que abandonaba el teatro, inclinándose y curvándose juntos. Frederica se preguntó si Wilkie habría hablado con Alexander sobre toda aquella sangre. Había tantas probabilidades de que lo hubiera hecho como de que no. No creía que volviera a verlos. En el Mas Rose, esperaba todos los días verlos descender la ladera por el rocoso sendero blanco.

Mas Cabestainh

Frederica había querido preguntarle a Alexander cómo iba su trabajo literario, pero no se había atrevido. Lo cierto es que no iba bien. Era evidente que la vida en Mas Cabestainh se había concebido para el goce y la producción artística. Crowe había comprado la casa, gris, con orificios de balas, casi en ruinas, por una cifra irrisoria apenas acabada la guerra e, incorporándole los edificios de la granja, la había hecho lujosamente simple y muy cómoda. Tenía un gran salón con chimenea, un comedor estilo refectorio, con mesas y bancos de madera, una pequeña biblioteca donde se respetaba el silencio. Los graneros, establos y habitaciones de sirvientes se habían convertido en una suerte de celdas monásticas, donde los artistas o escritores de visita podían trabajar o descansar de los excesos nocturnos, solos o acompañados.

Alexander disponía de una habitación en el establo, de paredes encaladas, con dos puertas, una cama de madera amarilla, una ventana de postigos verdes, una alfombrilla tejida, un escritorio, dos sillas rectas de paja pintadas de amarillo y una estantería. Pasaba menos tiempo allí de lo que había sido su intención: era una celda, fría y aislada, mientras que desde la terraza del frente de la soleada casa se podía contemplar, degustando una copa de vino, el valle del Ródano más abajo, los campos de lavanda, los olivos, los viñedos. En esta terraza se desarrollaban civilizadas conversaciones, proyectos de expediciones, un tipo de vida intelectual cotidiana que Alexander —poco diferente de Frederica en esto— había anhelado a lo largo de una juventud desprovista de entretenimientos serios. Uno de los proyectos de Matthew Crowe era que Alexander escribiera una obra para que la representaran los huéspedes, una pieza teatral sobre la historia de Cabestainh, en cuyo honor se había bautizado la casa, lo que resultaba una feliz conjunción con la doble predilección de Crowe por la violencia y la urbanidad.

Guillem o Guillaume de Cabestanh, o Cabestaing, o Cabestan, había amado a la señora de Rosellón, Soremonde, Sermonde o Marguerite, esposa del señor Raymond de Rosellón, quien, en un ataque de ira provocado por los celos, había hecho asesinar al trovador y servido su corazón a la dama en una fuente. Tras lo cual, declarando que ningún otro alimento menos precioso pasaría jamás por sus labios, la dama se había dejado morir de hambre o, según otras versiones, se había arrojado por la ventana, en cuyo caso su sangre había teñido para siempre las rojizas piedras del Rosellón. Pound cuenta una y otra vez esta historia, en sucesivos fragmentos, en los primeros *Cantos*.

Es el corazón de Cabestan lo que en la fuente yace.
¿Es el corazón de Cabestan lo que en la fuente yace?
No habrá ya ningún otro que a este sabor reemplace.

Alexander estaba entusiasmado con los versos de Pound, tan fluidos, tan dramáticos, tan exactos. Estaba entusiasmado con los trovadores, quienes escribieron una infinita variedad de ingeniosas metáforas del amor, el dolor, el deber. Pensó que podía escribir para Crowe una parodia a la vez refinada y espeluznante. La tarea resultó sorprendentemente difícil.

Esto se debía en parte a la ansiedad que le despertaba su siguiente obra importante. Era uno de esos escritores nerviosos y

pausados que planean largamente sus obras y las llevan a cabo con minuciosidad: sólo alcanzada la etapa final, una vez dispuestos los andamios, los cimientos, las paredes, el techo e incluso el yeso, preponderaban la espontaneidad y el placer gracias al juego concreto de las propias palabras, o con ellas.

Su perfeccionismo no se limitaba sólo a la forma de la pieza: tenía opiniones precisas, también rígidas y restrictivas, sobre el tema tratado. Creía que el teatro inglés progresaría si se abordaban temas relevantes, de peso político y filosófico. De ningún modo era un precursor del teatro «comprometido»; en su caso, era una cuestión del alcance y el propósito de la comprensión. Había demasiado arte moderno de segunda categoría, introspectivo y narcisista, que no trataba más que del arte. La fama instantánea, el hecho de que lo consideraran un gran dramaturgo, lo desconcertaba, perturbaba sus hábitos. La gente con que se relacionaba —agentes, espectadores, compañías de teatro, periodistas, estudiantes, profesores— lo tenía por un gran escritor y estaba a la espera de lo que haría a continuación. Dada la seriedad moral que ya le era propia, estas expectativas intensificaban su ansiedad respecto al tema. Acariciaba la idea de escribir sobre el período de Múnich, sobre las decisiones y la falta de decisiones que habían conformado el mundo en que vivía. Pero, aunque ello pareciera absurdo en una época en que el conflicto de las Malvinas se había llevado a la pantalla repetidas veces aun antes de que hubiera acabado, en que se recreaba a la viuda de un presidente asesinado en vida de ésta en una ostentosa epopeya cinematográfica, creía que estos hechos eran demasiado próximos para verlos con claridad, demasiado vastos, repugnantes y complejos para tratarlos con equidad. Ahora se había propuesto escribir sobre el período anterior a la Primera Guerra Mundial, falsamente radiante. Podría parodiar la poesía de las vacas pastando y el césped de las casas parroquiales, la caza del zorro y el amor romántico. Podría citar a los poetas de las trincheras. Pero también este proyecto había quedado en suspenso, dificultado quizá por su excluyente obligación para con Cabestainh, quizá por el sol y el vino, quizá por la distancia (el césped inglés parecía muy lejano).

Al mismo tiempo, su mente estaba en parte dominada por un tema que ni había intentado ni deseaba tratar y que le preocupaba de forma obsesiva: la dramatización de la disputa entre Paul Gauguin y Vincent van Gogh en la casa amarilla de Arles.

A semejanza de los poco convincentes relatos de Frederica, este proyecto había empezado como una especie de viaje turístico.

Había visitado Arles y se había paseado por los Alyscamps. La casa amarilla había desaparecido, devorada por el ferrocarril, pero seguía allí la vaga zona indefinida entre las vías férreas del siglo diecinueve y los antiguos sarcófagos romanos en sus campos elíseos. Van Gogh había dividido su cuadro de la casa amarilla con una suave línea color lodo, y aún existía el lodoso terraplén que bordeaba una zanja sin importancia. Crowe poseía la nueva edición de las *Cartas,* y Alexander la tomó prestada para leerla en la cama. Tenía también un ejemplar del *Avant et après* de Gauguin, que relataba el episodio de la casa amarilla desde el punto de vista de este pintor, arrogante, pagado de sí mismo dentro de su nerviosismo, el cual se aseguraba de que el mundo supiera quién era el gran artista, la gran influencia, el hombre eminente.

El deseo de dramatizar estos hechos surgió de las descripciones que hace Van Gogh de las «eléctricas» disputas entre ambos. Reñían sobre arte. Fueron a Montpellier y riñeron sobre Rembrandt. «Nuestras discusiones son terriblemente eléctricas; al acabar tenemos la mente tan exhausta como una batería eléctrica descargada.» La electricidad chisporroteaba y fulguraba en todas sus relaciones, así como en el cuerpo de Van Gogh, y en su cerebro. Gauguin pintó a Van Gogh pintando girasoles. «Después se me alegró la cara, pero ése [el del cuadro] era realmente yo, tan cansado y cargado de electricidad como estaba en ese momento.»

Gauguin se sentía inquieto. A veces se despertaba y veía a Vincent, de pie junto a su cama. «Entre dos seres, él y yo, él como un volcán y yo bullendo por dentro, se preparaba alguna clase de pelea...» Luego sobrevino el episodio de Navidad de la amenaza con la navaja, la oreja cortada, la precipitada partida de Gauguin, la internación. En el manicomio, Van Gogh se vio poseído otra vez por un tenebroso cristianismo. A primera vista, las cartas a Theo que hablan de la deserción de Gauguin, el desproporcionado interés por conocer el paradero de los guantes de esgrima de Gauguin, denotan una preocupación por éste, una inquietud cristiana. En el fondo había furia y humillación. El propio Vincent temía el modo en que la locura reavivaba una intensidad religiosa ya conocida y transmutada.

> Bueno, con esta enfermedad mental que tengo, pienso en tantos otros artistas que sufren mentalmente y me digo que esto no debe impedirnos ejercer la profesión de pintor como si no pasara nada.
>
> Cuando me doy cuenta de que aquí los ataques tienden a

asumir un absurdo cariz religioso, casi me atrevo a pensar que esto requiere incluso una vuelta al Norte.

Temía, en especial en Navidad, una reaparición de su desesperación y sus terribles visiones.

Había allí muchas cosas intrínsecamente dramáticas. Entre ellas, la posición de Vincent como chivo expiatorio o demonio.

> Te escribo en plena posesión de mis facultades, no como un loco, sino como el hermano que tú conoces.
>
> Ésta es la verdad; un cierto número de personas de aquí dirigió al alcalde (creo que se llama Tardieu) una nota (había más de ochenta firmas) en que me señalaban como un hombre indigno de vivir en libertad o algo por el estilo. El comisario de policía o el comisario central, entonces, dio orden de que me volvieran a internar.

Y la involuntaria maldad en medio de los desesperados intentos de no cruzar la frontera de la locura. Ante las preocupaciones de Theo por el contrato matrimonial en caso de muerte, le sugiere: «¿Por qué no apuñalas simplemente a tu mujer y acabas con esto?». Y luego: «En verdad, estoy muy contento de que aquí haya a veces cucarachas en la comida, mientras que en tu casa hay mujer y niño». Tan transparente, tan furioso...

Alexander llegó a obsesionarse con la silla amarilla, de la cual las sillas amarillas de su habitación eran parientes cercanos, descendientes genéricos: la misma paja, el mismo respaldo, el barniz algo menos limón y más rojizo.

Descubrió primero que, como los guantes de esgrima, Van Gogh la había pintado tras el abandono de Gauguin y como compañera de la butaca vacía de Gauguin (*Efecto de noche*). La gran butaca de Gauguin, pintada en la oscuridad ante un muro verde iluminado, era «de madera color marrón rojizo apagado, el asiento de paja verdosa y, en el lugar del ausente, una vela encendida y dos novelas modernas». Las novelas, dispuestas al azar, tenían para Van Gogh —al igual que para Henry James— connotaciones del espíritu picaresco francés. Para Van Gogh representaban también la vida. Después de morir su padre, el pastor, pintó su voluminosa Biblia, en una luz tenebrosa y junto a dos velas apagadas, erguida amenazadoramente ante una novelita amarilla, *La joie de vivre* de Zola. En París, mientras aprendía la técnica del color, con Theo,

pintó la hermosa *Naturaleza muerta con libros*, una profusión de novelas amarillas sobre un fondo rosa claro y brillante. (Y, detrás de éstas, en la imaginación, los gruesos volúmenes roídos y polvorientos de los maestros holandeses de la naturaleza muerta, su advertencia sobre la vanidad de los deseos humanos, sobre la muerte.) Alexander comprendió al fin que, con su sombría combinación de marrones rojizos y verdes sucios, la butaca de Gauguin, *Efecto de noche,* se asemejaba al *Café nocturno* de mala fama (e, implícitamente, a los burdeles que los dos pintores habían frecuentado en busca de temas —¿y de qué más?—, y que habían sido teatro de los triunfos de Gauguin y las humillaciones de Van Gogh). «En el *Café nocturno* he intentado expresar las terribles pasiones de la humanidad por medio del rojo y el verde.»

¿Y la silla amarilla? Azul y amarillo, colores contrastados, limpia y recta, ninguna vela erguida en la silla sino una pipa apagada, acostada, luz y limpieza, ¿simple cordura? El viejo apesadumbrado de la época de Saint Rémy, vestido de azul y con la cabeza apoyada en la mano, está sentado en una silla igualmente luminosa junto a un fuego de débiles llamas. Estas imágenes poseían lo que Alexander quería para su propia obra y no tenía: autoridad. El hombre era capaz a la vez de pintar y nombrar una silla, y de poner en juego sus terrores y esperanzas y, tras éstos, la cultura de Europa, del norte y del sur, la misma Iglesia. La silla amarilla era lo opuesto de las insanas visiones y voces mesiánicas.

Un escritor es un hombre acosado por voces. Cuando Alexander paseaba por el huerto de Crowe frente al depósito de agua, donde unos renacuajos de cuerpo esférico y el tamaño de una moneda de media corona se zambullían chapoteando, incapaces de emerger y metamorfosearse en ranas, se entretenía a veces con el contrapunto que se fortificaba en su mente: el corazón de Cabestan, la oreja de Vincent, la garganta de los soldados gaseados, las amapolas de Rupert Brooke,[23] la dama del trovador semejante a una rosa y un clavel, los lirios de Vincent, el furor y el miedo de los celos, los celos y el furor del miedo, el miedo y la indignación y la piedad. En ocasiones, antes de beber la cuarta o quinta copa de Côtes-du-Rhône que lo incapacitaría para trabajar, pensaba con remordimiento en los campos de Flandes; con impotencia, en los bosques habitados por lobos; con un sentimiento de tentación, gozo secreto y energía brotada de fuentes desconocidas, en las fanfarronadas del impasible Gauguin, en las dos voces de Vincent. Por lo general, llegado a este punto se iba a dormir. A veces escribía

unos versos sobre los colores. No pensaba para nada en Frederica Potter. Era un hombre cuya vida íntima, por exigente que fuera de tiempo en tiempo, nunca devenía un canto de sirena.

Lo más encantador que tenía el Mas Rose era el suministro de agua. Provenía de una fuente, un manantial situado colina arriba. El señor Grimaud le mostró a Frederica cómo, construyendo una presa de pizarra aquí, abriendo una pequeña compuerta de piedra allí, desviaba la límpida agua hacia el canal de verano, una hondonada revestida de piedras que descendía por la ladera hasta una esquina de la casa, bordeaba la fachada y pasaba por debajo de la losa de piedra del umbral. Era ahí donde lavaban los platos y los boles de café de Vallauris dorados como la miel, ahí, en el agua viva, donde sumergían y enjuagaban las hojas de ensalada y los melocotones. La casa, de color rosado, estaba empotrada en la colina. Frederica dormía en un desván sin ventanas que contenía su maleta, una cama plegable y nada más. Por las noches leía a la luz de una linterna, con la puerta abierta a la arenosa ladera. No había mucho aire: el calor del techo persistía tras la caída de la noche. Un ejército de hormigas desfilaba sin cesar bajo la cabecera de la cama y, con innumerables mandíbulas, devoraba los bordes de su sucia ropa interior. Lechuzas y cigarras chillaban y chirriaban. Los mosquitos zumbaban y la picaban en la cara, hasta dejársela convertida en una parodia de sí misma, roja, hinchada y llena de bultos, como un injusto remedo del acné del que la había protegido la sequedad de su piel y, tal vez, de su carácter.

Lamentaba haber visto a Alexander. No poseía la capacidad de él para distanciarse y ni siquiera lo habría considerado moralmente deseable, si había que creer en el trillado dicho de Byron: «El amor en la vida de un hombre es algo aparte; para la mujer es toda su existencia». Se retiraba en una visión nebulosa, y sólo veía a medias el Ventoux, la vajilla de Vallauris, las partidas nocturnas de bochas bajo los plátanos de la plaza sin edad del pueblo. Se sentaba junto a Marie-Claire y Monique, pesadas, ceñudas, ensimismadas, carentes de gracia, mientras Paul-Marie corría tras las rugosas bolas chillando como una ardilla y sus padres bebían su oporto y gozaban contemplándolo.

Una tarde, cuando ya había perdido toda esperanza y removía el alioli sentada en el umbral, Frederica oyó el crujido de unas ruedas en las piedras y vio la moto que descendía por la ladera, con sus dos cabezas de insecto balanceándose armónicamente en lo alto. La máquina desapareció detrás de los olivos y reapareció algo más

abajo en la falda. Frederica apretó el mortero aceitoso contra el pecho. Marie-Claire lanzó una risita tonta. La moto se detuvo en el patio, bajo el árbol.

—Cariño, ¿qué le ha pasado a tu cara? Espero que hayamos venido en buen momento. Qué lugar encantador. Por Dios, deja ese mortero, te estás manchando todo el vestido. He traído a Caroline, que ya no tiene resaca.

No a Alexander. Por supuesto, no a Alexander.

La novia de Wilkie, como siempre la llamaba Frederica para sus adentros —¿acaso él no había dicho, en Scarborough, «Tengo novia, ya sabes»?—, se alisó la desordenada falda sobre las piernas, delgadas y morenas, se quitó el casco, y agitó su cabeza de golfillo. Apareció el señor Grimaud, que venía de su huerto colina arriba, donde, gracias a un sistema suplementario de irrigación, cultivaba excelentes tomates, calabacines, pimientos, alubias y lechuga. Tendió su manaza e invitó a Wilkie a almorzar.

Frederica se preguntó si Caroline estaría al corriente de la historia de Scarborough y, de ser así, si constituía para ellos una broma o un incidente que había habido que perdonar. Se alegraba de no ser la «novia» de nadie, pensó, aunque Caroline, segura en su posición y con dos años en Cambridge, resultaba intimidante. Frederica se sentía horrible: tenía el pecho con manchas secas de aceite, el pelo rizado por efecto del sol y la cara deformada por las picaduras de mosquito.

Comieron al aire libre: salchichas, alioli, legumbres y ensalada, queso fresco y vino de Gigondas, áspero e indigesto, púrpura como la tinta. Wilkie habló de la Camargue con el señor Grimaud, cuyo primo tenía allí una propiedad, preguntó educadamente a Monique y Marie-Claire qué estudiaban y en media hora recogió más información que Frederica en varios meses. Comió enormes cantidades de alioli; su firme y gruesa barbilla relucía de brillo, como la de un niño que se acerca a la cara un ranúnculo para ver si le agrada la mantequilla.[24]

Frederica habló con Caroline con cierta crispación en la voz. Cambridge: once hombres por cada mujer. Wilkie: un genio, sobresalientes como si tal cosa, aunque quizá renunciara a todo para hacer carrera en el teatro.

—Quiere repicar y estar en la procesión —dijo Caroline, mientras lo observaba devorar aceitunas, rábanos y pan francés.

—Como casi todo el mundo —repuso Frederica con sequedad—. ¿Qué pensáis hacer? ¿Casaros?

Viniendo de Frederica, era una grosería intencionada, pero

Caroline contestó con aire satisfecho:

—Una cosa por vez. Lo primero es si Wilkie volverá o no a Cambridge.

—Espero que sí. Espero conocer a alguien especial allí.

—¿De qué habláis? —preguntó Wilkie.

—De si te quedarás en Cambridge —dijo Frederica.

—¿Tú qué crees?

—Yo espero que sí.

Wilkie sonrió.

—Creo que lo haré.

Caroline se enfurruñó un tanto. Esto no estropeó la fiesta de Wilkie, que probó cerezas al coñac y admiró el sistema de irrigación, paseó por los olivares y coqueteó con Frederica, Caroline, Monique y Marie-Claire, mientras hablaba con gran seriedad sobre tradiciones populares con el señor Grimaud. Antes de marcharse, le propuso a Frederica que fuera a pasar un día a la playa de Les Saintes-Maries-de-la-Mer la semana siguiente. El señor Grimaud dijo que sería muy agradable para ella: él la llevaría y la recogería, y haría una visita a su primo en su propiedad.

6. Paisaje marino

Frederica llegó a la playa de Les Saintes-Maries cuando los huéspedes del Mas Cabestainh ya estaban instalados. Se hallaban a cierta distancia de los otros grupos, que por aquellos días no eran numerosos en esa playa. Se habían desplegado en torno a bolsos de lona de colores vivos y cestos de mimbre, a la sombra de una barca de pesca. Por aquellos días, también, las barcas no habían cambiado desde que Vincent van Gogh había pasado allí una semana en junio de 1888 y las había pintado, rojas y azules, verdes y amarillas, con finos mástiles coloreados y erectos, y las inclinadas vergas rematadas en punta cruzadas entre sí contra un cielo claro con nubes aborregadas. Sus líneas eran curvas y hermosas, más fáciles de reconocer al instante que en los cipreses o incluso en la silla. Probablemente no habían cambiado gran cosa desde mucho antes de Vincent van Gogh: tanto entonces como en 1888, en las altas proas se pintaban los auspiciosos ojos fenicios, puntos circundados de blanco. Frederica leyó los nombres en esas proas: *Désirée, Bonheur, Amitié.* Dichas palabras le harían recordar formas y colores. Las palabras eran primordiales. Se quedó al pie de las dunas, aferrando una bolsa de red donde tenía sus cosas de baño y un volumen de Smollett. Wilkie se acercó por la arena y arregló su vuelta con el señor Grimaud.

Los grupos constituidos suelen ser alarmantes, y Frederica no había acudido con la idea de divertirse. Avanzó hacia ellos con más valentía que esperanza. Cualquiera habría visto que eran ingleses, aunque no resultaba fácil decir en qué se advertía esto, puesto que en su mayoría estaban bronceados y vestidos con elegancia y escasez de ropa. Un tono de piel más rosa bajo el bronceado, y ese aspecto prístino, silvestre e intacto que este tipo de ingleses tenía, por falsa que fuera tal impresión. Estaban sentados con los codos en la arena, o tumbados en forma de estrella, boca abajo, las lisas cabezas juntas, una mano morena alzando un blanco cigarrillo hasta una boca pintada de rosa, y una columna de humo verde malaquita elevándose en el aire, que no era aquí del azul intenso de la llanura de Orange, sino de un dorado crema o nacarado, un aire espeso, dulce y ondulante como la pálida arena, y, detrás, el mar cálido y brumoso de un verde oliva. Los contornos de las figuras no eran

nítidos como los de las altas barcas, sino suaves manchas de color brillante invadidas por la suave arena.

Dos desconocidos iban de azul, uno con una piel leonada, apenas más oscura que la arena, bañador cerúleo y cabello endrino con un mechón caído laciamente sobre una ceja. El otro, más grueso, la piel de una blancura absoluta en las sombras, sentado muy derecho contra la barca, con un pantalón corto azul marino y una camisa de popelina celeste. Entre ambos, dorado oscuro, moreno dorado y rosa intenso, estaba tendida lady Rose Martindale, maciza, pero no gorda ni amorfa, de hecho con formas bien femeninas, con un bañador de seda de rayas rosa y marrón, el dorado cabello desplegado sobre la carne tostada de los hombros y unos granos blanquecinos de arena salpicados en los relucientes muslos, allí donde ella se había vuelto de un lado y otro. Crowe y Anthea Warburton yacían uno junto al otro, Anthea pálida sólo por contraste con el moreno brillante de lady Rose, y con el color de terracota cocida al sol de Crowe, quien parecía un hombre bronceado contra natura a fuerza de voluntad y de una firme planificación, un hombre cuya rojez conducía a una descamación carmesí, pero que había obligado a su piel a mantenerse en su sitio —incluso en su pequeña tonsura bruñida— y volverse de color terracota. Su traje de baño, en gran parte oculto por los rollos del vientre y de los muslos, era de un morado rojizo ni más intenso ni más claro que su color carne, el cual hacía daño a la vista. Anthea estaba echada en la arena, caliente y ondulada, como si bailara, el pelo claro y vivaz curvado como si lo hinchara el viento sobre la toalla azul-verdosa en que descansaba su encantador rostro, la piel más oscura que el oro batido, los maravillosos huesos resaltados por el claroscuro de las sombras y el brillo del sudor. Su bañador era turquesa, de un azul y verde ondeante como las olas de un mar bañado por el sol.

En el borde del círculo estaba Wilkie con su novia, como negativos fotográficos, Caroline moreno oliváceo con un bikini blanco, cabello y piel negros para los deslumbrados ojos de Frederica, y Wilkie aún más oscuro, negro como el carbón excepto por el exiguo triángulo blanco que le cubría los genitales, los dientes que dejaba ver su sonrisa, y los reflejos que la luz arrancaba de su lustroso pelo oscuro y de sus enormes gafas azul eléctrico, las cuales reflejaban en su superficie la arena y el cielo nacarados y el mar nacarado. Las barcas clavaban la mirada de sus ojos pintados, y nadie alzó la vista salvo Wilkie. Sobre la arena color crema cayó ceniza gris.

Frederica se había propuesto ser agradable y discreta. Su máxima ambición consistía en que, al final del día, la consideraran simplemente aceptable, en no haber protagonizado ningún ataque ni escándalo, no haber dado rienda suelta a su vehemencia.

Wilkie le dijo a Crowe «Aquí está Frederica», y los dos hombres desconocidos alzaron la mano a modo de silencioso saludo, una fláccida y otra firme. Caroline hizo un gesto con la cabeza y articuló con esfuerzo una especie de sonido. Anthea Warburton se apartó unas hebras de pelo de la boca y dijo «hola» con una voz débil que se perdió en el aire espeso.

Frederica vio en su imaginación lo que veía Crowe: una chica delgada como un palillo contra el fondo de las dunas, los pies calzados en cómodas sandalias planas, los hombros estrechos dentro de su pueblerino vestido de playa floreado, con sus triángulos blancos de piqué bajo los tirantes y un nudo en forma de mariposa sobre los senos pequeños, sencillo, sí, pero no de una sencillez chocante ni rotunda, elegante en Calverley, irreprochable en Nîmes y Bargemon, pasado de moda en aquella compañía. Su piel y su pelo habían adquirido un tinte extraño. La larga cabellera roja, que en *Astrea* le caía sobre los hombros, revuelta, mientras las tijeras de Seymour le hacían trizas la falda de papel, se había ido encrespando poco a poco bajo el intenso sol de Provenza, hasta llenarse de rizos y perder su brillo. Ahora formaba un espeso abanico, con una bruma rojiza de puntas hendidas. La piel se le había puesto sedosa y casi marrón chocolate en una primera fase, poco frecuente en una tez como la suya, pero era una pelirroja nórdica, así que había sobrepasado el rojizo y el moreno para volver a un extraño mosaico descamado, castaño tostado, carmesí como un rábano, crema sembrado de pecas y el gris translúcido de la piel que se desprende. Al acabar la representación de *Astrea* le había confiado a Crowe su ambición de ser actriz. Crowe le había dicho que se consiguiera una nueva cara. Ese pequeño cráneo lustroso, manchado y abultado con picaduras, difícilmente podía considerarse una mejora. Él sonrió con aire benévolo.

—Vaya, Frederica, he oído que estás trabajando de niñera. Quién lo hubiera dicho. Pero siéntate, por favor.

Frederica se sentó. Todos respiraban lentamente, algunos con los ojos cerrados, otros con los ojos abiertos. Todo allí era lento, muy lento: pasó un largo minuto, y nadie habló.

—No es exactamente de niñera —dijo Frederica.

Ninguno mostró el más mínimo interés por lo que realmente era. Crowe le presentó a lady Rose, que había sido amiga de los Woolf

[25] en sus últimos años y estaba escribiendo un bonito libro sobre los gatos, y a los dos hombres, el grueso y el delgado, que eran Vincent Hodgkiss, filósofo, y Jeremy Norton, poeta. Vincent Hodgkiss comentó con una voz firme y agradable que era difícil determinar el color de los objetos con aquella luz, que parecía opaca, aunque caliente y seca. Por supuesto, Frederica dijo que el cielo, el mar y las barcas tenían un parecido extraordinario con los de Van Gogh, y Hodgkiss dijo que, desde luego, nunca los habrían visto de ese modo antes de que él los viera. Wilkie dijo que era con Alexander con quien tenía que hablar sobre Van Gogh, y Hodgkiss dijo que Alexander constituía un magnífico ejemplo de lo que él señalaba, el efecto de esa luz, la dificultad de precisar los colores. ¿De qué color dirían que era Alexander en ese momento, bajo aquella luz? Frederica no veía a Alexander por ninguna parte; de hecho, había advertido que no estaba allí. Miró ahora con atención a su alrededor, al aire y la arena incoloros, como si él pudiera alzarse del suelo por milagro. No, en el mar, dijo Wilkie, y ella volvió los ojos al *Stella Maris,* anclado lejos de la costa, y allí estaba de pie en la proa curvada, pálido contra el pálido cielo, con una mancha triangular amarilla entre los muslos, como un sol pintado —el amarillo de cromo de Van Gogh, no el dorado del Renacimiento—, y los miembros de un marrón cremoso como la espuma de ese nuevo café denominado *cappuccino*. Y el cabello largo y espeso era crema también, bajo el sol tamizado, aunque un tanto más oscuro que el cielo. Permaneció inmóvil un momento y luego se zambulló en las aguas opacas y movedizas, que se apartaron de él formando rayos como los de una joya centelleante, ópalos —digamos—, esmeraldas, lapislázulis, rubíes, zafiros, como Van Gogh había denominado a las estrellas reflejadas en ese mismo mar en junio de 1888.

Wilkie le preguntó si había llevado bañador. Ella sacudió la bolsa de red apoyada en sus rígidas rodillas. Póntelo entonces, dijo Wilkie. Así que Frederica se puso de pie, se bajó las bragas y se colocó el traje de baño marrón oscuro por debajo del vestido, como había hecho siempre en sus vacaciones junto al mar, y luego se quitó también éste. Era consciente de que este proceso exponía primero sus nalgas y luego sus pechos, fugazmente, a Crowe, que ya los había visto y más que visto, aunque en unas circunstancias que, según suponía ella, a ninguno de los dos le interesaba recordar. Fue hasta la orilla con Wilkie, avanzando como un ave zancuda por la arena ardiente. Alexander se divertía alrededor de la barca. Frederica entró en el agua a grandes trancos, seguida con calma por

Wilkie.

Era una nadadora bastante buena, y se dirigió resueltamente hacia Alexander, cosa que parecía natural, dado que la barca anclada era lo único hacia lo cual, desde lo cual o alrededor de lo cual se podía nadar en ese llano Mediterráneo. Alexander flotaba ahora cerca de aquélla, de espaldas, con los brazos abiertos y el cabello ondeando bajo el agua verde claro. Ella se sumergió y salió luego casi entre los brazos de él, con la cara pálida, roja y morena vuelta en su dirección como una cabeza decapitada que flotara. Él dobló las rodillas hasta el mentón, se giró con gracia y la miró, la barbilla de ambos a ras del agua. Ella clavaba los ojos en él, sin parpadear. Tenía la horrible costumbre de aparecer de pronto y mirarlo fijo. En una ocasión, él se encontraba con Jenny, a quien por entonces deseaba, en la parte trasera de un coche en los páramos de Goathland. En una ocasión, ella lo había mirado fijo desde las rodillas de Crowe, junto a la chimenea de la biblioteca de éste, mientras él estaba fuera, en la terraza de Long Royston. Y ahora, en el perezoso mar de la Camargue y las bocas del Ródano.

—Así que estás aquí —dijo él, sin nada en su voz que trasluciera aceptación o fastidio.

Ella lo miraba de hito en hito.

—¿Te quedarás mucho rato?

—Me han invitado a almorzar.

—Ya.

—¿Quieres que me vaya?

—No particularmente.

—Muy bien —seguía mirándolo fijo.

—Pero me gustaría que no me miraras fijo. No es agradable. Nunca me ha gustado.

—No lo hago adrede —Frederica ejecutó una voltereta, sacudió la cabeza y dijo en dirección al *Stella Maris*—: Es sólo que me gusta mirarte, simplemente. Como bien sabes.

A Alexander se le puso carne de gallina, tal vez de placer. Para disimular esta excitación comentó:

—Te has quemado de mala manera. Tendrían que haberte prevenido. Con tu color de piel.

El cráneo naranja y negro hizo una mueca.

—Lo hicieron. Ha sido un proceso de muchos meses. Estuve morena y con la piel suave. Después me pelé. Pensé que ya había pasado esa fase, pero es obvio que no. Lamento tener un aspecto tan horrible.

—A mí no me importa —dijo Alexander.

Como siempre que permitía que Frederica lo atrapara en una conversación, oscilaba entre un absurdo trato de tío, ridículamente pueril, y algo más. Nadó hasta la barca y se aupó hasta la cubierta. Pensó en zambullirse otra vez y alejarse antes de que ella, que lo seguía con tenacidad, subiera también. Pero le tendió la mano, y se quedaron sentados lado a lado en la madera caliente, chorreando agua de mar y desprendiendo vapor.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó ella.

—En términos generales, sí. Por supuesto.

—¿Estás escribiendo algo?

—No tanto como... En realidad, sí. Pero no lo que debería. O eso creo.

—¿Qué es?

—¡Ay, Frederica! —desplazó el trasero empapado, y los tablones crujieron—. Vamos. No sometas a un interrogatorio a la gente en un día de playa.

—Quiero saber. No te veo mucho. De verdad quiero saber. ¿Por qué dijeron que me hablarías sobre Van Gogh?

—¿Eso hicieron? Bueno, podría hacerlo. Quizá lo haga —añadió fatalmente, poniéndose de pie—. Pero ahora voy a nadar.

—¿Puedo ir contigo?

—No puedo impedírtelo.

Se zambulló, dio unas brazadas y se volvió para verla entrar en el agua, fina como una aguja pero sin elegancia. Su curioso rostro le hizo recordar a algo, pero no logró saber a qué. Parecía desollada, o rayada. «Tigre, tigre, que te enciendes en luz.»[26] No, no era eso, pese a la mirada fija. Más simiesco. Ahí estaba, pensando en Frederica Potter, en Les Saintes-Maries-de-la-Mer. Seguía creyendo que aquello era una irritante anomalía. Ella apareció a su lado, como un perrito faldero, agitando las piernas para mantenerse a flote en posición vertical.

—¿Estás escribiendo sobre Provenza, entonces?

—No exactamente. No es ésa mi intención. No exactamente sobre Provenza. Vamos, Frederica, ¿por qué no tratas de divertirte?

—Es lo que hago —lo hacía.

Nadaron lentamente alrededor de la barca, juntos. No hicieron juegos en el agua: Alexander no se atrevió. Pero ella se acercó en un momento en que él viró en una esquina y tuvo que encorvarse para evitar una maroma, y bajo el agua incolora y multicolor sus piernas desnudas e ingrávidas se rozaron. Aún seguía allí, pensaron ambos, ella con avidez y aprensión, él con alarma, una sensación de peligro y un cambio animal de sus intenciones. Frederica dijo algo que él

no llegó a entender.

—¿Qué?

—Que pareces un delfín.

—Me gustan los delfines.

—A mí también. Cantan. Chillidos y ecos melodiosos. Los oí en la radio.

—¿Es que no puedes limitarte a estar sin más en un lugar, Frederica?

—No. No dejo de pensar. Tengo que pensar. Igual que tú.

—Te equivocas. Para mi gran vergüenza, en muchos sentidos, yo no lo hago.

Pero lo hacía. Estuvo muy tentado de hablarle de *La silla amarilla*. Sabía que le interesaría el problema, el modo en que las dos piezas se habían imbricado una a la otra; entendería que había un problema. Se puso de espaldas y se alejó nadando con movimientos bruscos, salpicando. Ella lo siguió, manteniéndose fuera del alcance del arco iris de sus golpes. Wilkie, que flotaba perezosamente cerca de la orilla, agitando las manos para sostenerse, observaba las idas y venidas de sus bailes y círculos, y sonreía para sus adentros. Desde el borde del agua, la novia de Wilkie gritó que la comida estaba lista, que era hora de almorzar.

La comida fue buena: pequeñas *omelettes* frías a las finas hierbas, jamón crudo ahumado, enormes tomates escarlata aserrados como calabazas, aceitunas negras con ajo y pimienta, relucientes, arrugadas y picantes. Había grandes cantidades de vino tinto, Côtes du Ventoux, y de pan crujiente. Había queso fresco de cabra de sabor fuerte y melones Cavaillon, rosa y naranja por dentro, dorado verdoso como serpientes legendarias por fuera, en cuyos acanalados huecos rosados Crowe vertió ceremoniosamente Beaumes-de-Venise, un vino dulce rosado. La arena se metía en todas partes, por supuesto, y había tres o cuatro avispas zumbantes que se posaban en la carne y la fruta y la mordisqueaban (se las veía mordisqueando). Frederica bebió un montón de vino y no dijo nada, pero observó por turnos a todos, llena de curiosidad insatisfecha, mientras ellos, tumbados perezosamente en la arena, intercambiaban ideas. Pero no prestaba completa atención a su charla: buena parte de ésta, si no toda, la tenía puesta en Alexander, quien tomaba el sol tendido junto a lady Rose y Matthew Crowe, no junto a Frederica, y parecía absorto en la conversación, que corría sobre todo por cuenta de Hodgkiss, Wilkie y Crowe y versaba sobre la percepción y representación del color, tema sobre el que

Hodgkiss escribía un ensayo de estética y sobre el que Wilkie había hecho un experimento con gafas de sol de todos los colores. Este último contemplaba ahora las barcas de Van Gogh, así como el cielo y el mar lechosos, a través de unas lentes rojo amapola, cosa que Frederica encontraba irracional, aunque le habría gustado reunir el valor necesario para pedírselas prestadas un momento y ver todo aquello.

Hodgkiss y Wilkie departían sobre la naturaleza del color. Los modales de aquél molestaban a Frederica; hablaba con el amaneramiento propio de Oxford, elidiendo vocales, y recurría con frecuencia al pronombre «uno». Tenía la voz de un hombre lánguido y delgado, y el cuerpo de uno fornido y alerta. Había leído las notas de Wittgenstein, dijo, quien antes de morir había estado trabajando en la relación entre la experiencia sensorial individual del color y el lenguaje universal sobre el color con el que, al parecer, éramos capaces de expresarlo. Wittgenstein hablaba de una matemática del color, una *Farbmathematik:* uno «conocía» el rojo o el amarillo intenso una vez experimentado, tal como conocía la naturaleza de un círculo o el cuadrado de la hipotenusa. Crowe comentó que los simbolistas de la época de Van Gogh suponían que había un lenguaje universal del color, un lenguaje primordial, un alfabeto divino de colores y formas. Algo así, dijo Hodgkiss: Wittgenstein se preguntaba si podía haber una historia natural del color, semejante a la historia natural de las plantas, y respondía que, a diferencia de éstas, tal historia natural estaba fuera del tiempo. Alexander dijo que, en sus cartas en francés, Van Gogh rara vez hacía concordar los adjetivos de color con el género del sustantivo que calificaban. El resultado era que casi se podían leer como «cosas» más reales que las cosas que calificaban, un modelo de formas eternas procedentes de otro mundo, que no pertenecían al sólido mundo de los repollos y las peras: amarillo y violeta, azul y naranja, rojo y verde. Wilkie dijo que los psicólogos sabían a ciencia cierta que ciertos colores tenían ciertos efectos psicológicos: el rojo, el amarillo y el naranja aumentaban la tensión muscular y el flujo de adrenalina; el azul y el verde reducían el ritmo de las pulsaciones, disminuían la temperatura. La conversación derivó hacia el hábito humano de representar todo con colores.

Crowe dijo que, en un extraño pasaje, Proust asociaba letras del alfabeto con colores. Aseguraba que la letra *i* era roja, por ejemplo, en *Sylvie, la vraie fille du feu,* de Gérard de Nerval.

Lady Rose dijo al instante que no, que la *i* era azul claro, y Anthea dijo que no, que era verde plateado, y Crowe dijo que el

interés de las mujeres por los colores dependía del color que mejor les sentaba al cuerpo, una mujer siempre decoraba una habitación según el tono de su piel y sus ojos. Preguntó a los demás cómo veían la *i*. Hodgkiss dijo que le recordaba el símil que utilizaba Henry James para el vestido de Sarah Pocock, «escarlata como el grito de alguien que cae por un tragaluz». Jeremy Norton dijo «plata», Alexander dijo «salvia», Wilkie dijo «negro carbón» y Caroline murmuró «verde». Frederica dijo que no hacía asociaciones entre colores y otros sistemas, como alfabetos o días de la semana. Tal vez, le dijo a Wilkie, era insensible al color como era negada para la música, como él debía de recordar, y él dijo: No, tienes poca sinestesia y reacciones sensoriales rudimentarias que no estimulas, eso es todo.

Jeremy Norton no decía nada. Años más tarde Frederica leyó un poema suyo sobre esa playa, un poema elaborado con cuidado, en el que disponía adjetivos de color, sin complemento alguno, junto a objetos indefinidos, y preguntaba con sutileza cómo se adecuaba el lenguaje al mundo. Aquel día llegó a la conclusión de que tenía demasiado aspecto de poeta para ser un buen vate, opinión que estaba en desacuerdo con la que se formó sobre Hodgkiss, cuyo aspecto difería demasiado de lo que era —un pensador profundo, profesor de Oxford— como para resultar satisfactorio.

Lady Rose se quedó dormida. Crowe arregló con ternura el ala de su sombrero de paja para que le protegiera la cara. Anthea removía la arena con los dedos de los pies, ágiles y perfectos, y la novia de Wilkie se tumbó a la sombra de la barca y lo atrajo hacia ella pasándole un brazo por la sudorosa cintura, haciendo valer sus derechos. Crowe se recostó y dejó escapar un ronquido. Anthea empezó a untarse la piel con aceite. Alexander, inusitadamente animado tras la comida, propuso un paseo, y no supo si lo alegraba o lo contrariaba el hecho de que Frederica fuera la única en aceptar.

—¿Has visto la iglesia, Frederica?

—No. No sé quiénes eran las santas Marías, ni por qué hay más de una.

Subieron la blanca duna y se encaminaron hacia la plaza del pueblo y la iglesia, tras dejar atrás unas pocas casitas blancas. En aquella época la Camargue no estaba aún invadida por turistas, que fomentaron la aparición de tristes manadas de caballos flacos atados con ronzal en corrales al estilo norteamericano, y tiendas de recuerdos que ofrecían sombreros tejanos, de vaquero y de gaucho, así como gorras de algodón con viseras decoradas con el Ratón Mickey o flamencos rosados. Tampoco había tenido lugar todavía la

posterior llegada conjunta de los *hippies* de los sesenta, que habían seguido a las caravanas de gitanos, de los que Alexander le habló ahora a Frederica, y que se instalaron en las blancas playas, donde cantaban, fumaban, hacían el amor y cagaban de tal modo que la pálida arena acabó por parecerse a la basura de cualquier carretera.

En los sesenta, cualquier lugar vagamente sagrado y lejano quedó atestado y congestionado por gente que iba en busca de lo sagrado y lo lejano. En esa época Frederica escribió un ensayo sobre la superpoblación, los vestigios de individualismo, el alma colectiva y Glastonbury. Eso fue antes de que, en 1980, encerraran Stonehenge en una alambrada de campo de concentración destinada a mantener a las personas fuera, no dentro, y esta cerca se construyó antes de que un francés propusiera preservar la Esfinge, que se desmoronaba a trozos, revistiéndola con una película plástica transparente. Se acercaba el día en que, casi con total certeza, ya no sería posible nunca más pasear tranquilamente, como paseaban Alexander y Frederica, por el pueblo por el que Van Gogh había deambulado y plantado su caballete en el claro polvo.

Santa María Jacobé y santa María Salomé —en algunas versiones, acompañadas por santa María Magdalena y, en todas, por su sirvienta negra, Sara— habían llegado a esa costa, procedentes de Palestina, tras la muerte de Jesús, le explicó Alexander a Frederica. Tras días sin comida ni agua en una chalupa, habían sido transportadas milagrosamente hasta allí. Sara se había reunido con ellas gracias a otro milagro, una capa arrojada por María Jacobé que le había permitido andar sobre el agua. Año tras año sacaban a las santas, a las tres, y las llevaban al mar para sumergirlas, cumpliendo un rito; año tras año, los gitanos de toda Francia se congregaban para celebrar este baño y este renacimiento. La santa patrona de los gitanos era Sara; según se creía, debía de tener para ellos alguna relación con una de sus deidades orientales, Sara lê Kali.

—Kali la destructora —dijo Frederica con aire entendido, aunque de hecho sabía muy poco de esta aterradora diosa aparte de su nombre y su breve apodo—. Diosas nacidas del mar. Como Venus. Ahora veo a qué se refieren cuando dicen que los países mediterráneos nunca han dejado pasar la ocasión de adoptar una divinidad femenina. Eso está muy bien.

Pero, una vez en la iglesia, las imágenes de las Marías la desconcertaron; no la desilusionaron, pero la hicieron sentirse incómoda. Era una iglesia austera como una fortaleza, vieja, alta,

desnuda, cuadrada y sin el añadido de una nave lateral o un crucero, lo cual se conformaba con la idea nórdica que Frederica se hacía de lo que era adecuado, y no obstante, en la penumbra, después del sol radiante, la vio llena de cosas que su sangre rechazaba: hileras de débiles llamas de cirios votivos, placas y cuadros de porcelana o metal ofrecidos en agradecimiento por favores recibidos, el persistente olor a cera e incienso que tapaba el de la piedra. Las imágenes sagradas de las dos Marías descansaban sin gracia alguna en su plinto, sobre una balaustrada. Ambas tenían un rostro dulce, redondo, de mejillas sonrosadas como una muñeca de porcelana; ambas estaban coronadas con guirnaldas de blancas flores esféricas de seda adornadas con perlas. Ambas iban vestidas de seda basta, oropel y gasa, rosa y azul claro. Ambas sonreían con despreocupación. Frederica no pudo sino recordar las dos muñecas sin vida que descansaban en el aparador de la casa de muñecas, con la mirada fija, en el *Cuento de dos ratones traviesos,* de Beatrix Potter. Eran las primeras imágenes de este tipo que veía (los Grimaud, como muchos habitantes de Nîmes, eran protestantes convencidos). Miró a Alexander en busca de guía. Él dijo que la imagen de la negra Sara estaba en la cripta. Descendieron.

Sara era diferente. Su rostro oscuro esculpido en madera, de fina nariz, mostraba a la vez austeridad y arrogancia o desdén, un aire verdaderamente oriental, aunque sus velos y volantes tenían los mismos tonos pastel frívolos de las santas de escaleras arriba. A su alrededor, en unas ruedas de hierro erizadas de puntas, ardían velas aguzadas, amarillo intenso en la oscuridad. A sus pies se amontonaban manojos de flores —era la santa amada, la más mimada—, gladiolos marchitos, rosas de seda abiertas para siempre, inmortales. Detrás de ella, en el altar, había un relicario en el que Frederica alcanzó a ver, a través del cristal, uno o dos huesos: ¿una tibia, un radio? Era como ver ese cuerpo femenino preservado íntegro en arena que se exhibe en el British Museum, aunque uno siente que no debería ser así, con la correosa piel rojiza descamándose en las sienes y dos tiesos mechones de pelo rojizo sobre las orejas. Para muchos niños ingleses, esta mujer es su primer encuentro con la muerte, allí yaciente, las rodillas bajo el mentón, acurrucada, con la piel desprendida, los tendones rígidos. La cosa en sí. Imagen y huesos, altar y mujer, a medias muñeca, a medias ídolo, púas de hierro, luz de las llamas en el techo manchado de humo. Salgamos al sol, dijo Frederica, vámonos.

Después de dejar la iglesia se sintieron un tanto embarazados. Alexander, que encontraba en la transmisión de conocimientos un

alivio a la incomodidad, le habló a Frederica de otras diosas mediterráneas.

Le contó la deliciosa historia de Ford Madox Ford[27] sobre la estatua de Nuestra Señora del Castillo, de Saint-Étienne-des-Grès. La Virgen —relata Ford— se apareció a un joven pastor de los Alpilles que estaba tallando una roca y permaneció a su lado mientras él esculpía su retrato. «Cuando estuvo acabado, la Virgen expresó su completa aprobación de la estatua, no sólo como retrato sino también como obra de arte (yo mismo interrogué al obispo respecto a este último punto). Allí en el acto se presentó al mundo el canon definitivo de la estética.» Ford partió para ver esta maravilla, pero la encontró tan envuelta y arropada en velos y encajes que no pudo ver rasgo alguno del semblante o la figura. Y entonces, un día, llegó a la iglesia y vio una gran corona dorada en una silla, nubes de encaje en otra, «dos mujeres viejas con aire de escarabajos lavando algo en una vasija de peltre».

—«Y la imagen —citó Alexander— era una pieza tosca, tallada en piedra rojiza».

Una imagen primitiva, tal como las que emulaba Gaudier-Brzeska,[28] tal como las que la Virgen campesina habría aceptado. Cibeles y Venus, dijo Alexander, eran veneradas bajo la forma de piedras cónicas. Qué hermoso, qué sorprendente, exclamó Frederica, asociando la roca roja del Rosellón con la *Danaide* de Rodin que Alexander le había explicado haciendo gala de una sensualidad perfecta, respetuosa y abstracta. Alexander le habló de la Venus de Arles, que había salido a la luz en el circo romano de la ciudad, con toda la gracia clásica de sus dos brazos sosteniendo la manzana de oro o de mármol. Citó luego a Van Gogh:

—«Hay una Venus de Arles, como hay una Venus de Lesbos, y aún se puede sentir su juventud, a pesar de todo.»

—¡Ah, sí, Van Gogh! —dijo Frederica. ¿Estaba escribiendo sobre Van Gogh?

Se sentaron en un café, pidieron zumo de limón exprimido, y Alexander le habló a Frederica de la importuna obra, del evanescente verano de 1914, de Cabestainh. Frederica dijo que no entendía por qué vacilaba, era imperioso que escribiera *La silla amarilla,* ¿acaso no se trataba de un proyecto lleno de vida? Hablaron sobre cómo escribir *La silla amarilla,* si hacer una obra austera y clásica, que mantuviera la unidad de tiempo y lugar y restringiera la acción a los terribles días de la pelea con Gauguin, o una de índole épica compuesta de diversos episodios, para introducir a Theo, al menos, y quizá a otros personajes, incluso el

amenazador pastor de Nuenen.[29] Frederica le dijo a Alexander, antes de que éste pudiera decírselo a ella, que había un problema intrínseco en el hecho de escribir sobre pintores, pues ¿cómo convertir en drama la batalla con los colores y las formas, a diferencia de la prostituta y el rival, el padre, el hermano, el sobrino Vincent van Gogh? El entusiasmo se apoderó de ellos. Alexander dejó a un lado el conflicto interno sobre sus intenciones, para adquirir la certeza de que lo que estaba escribiendo era *La silla amarilla*. (Cosa paradójica, el alivio de su tensión hizo posible que, la semana siguiente, elaborara, redactara y produjera un melodrama poético sobre Cabestainh que procuró un civilizado entretenimiento a los huéspedes.)

¿Fue en este momento cuando cierta necesidad recíproca les hizo entender que ambos eran amigos y que se tratarían durante gran parte de su vida? Es poco probable, aunque sí que cruzó por la mente de Frederica la convicción de que la sexualidad ponía freno al diálogo, y que ser aceptada por Alexander como interlocutora constituía un placer al que no estaba dispuesta a renunciar. Él no la tocó hasta el final del día, cuando le acarició el cabello encrespado con un rápido gesto y le dijo «Gracias», sentidamente. Ella volvió a su desván sin ventanas, donde dio vueltas, agobiada de calor, mientras recordaba con intenso placer el relato de Ford sobre la Virgen de piedra roja, urdía la trama de *La silla amarilla,* evocaba el triángulo amarillo del bañador de Alexander en la proa del *Stella Maris*. No volvieron a verse, ese verano.

Arles, junio de 1888. A Émile Bernard.

> He pasado una semana en Saintes-Maries, y para llegar allí atravesé en diligencia la Camargue, con sus viñas, páramos y campos llanos como Holanda. Allí, en Saintes-Maries, había muchachas que me recordaron a Cimabue y Giotto: delgadas, derechas, un poco tristes y místicas. En la playa arenosa, completamente plana, barcas verdes, rojas, azules, tan bonitas de forma y color que hacían pensar en flores [...].
>
> Lo que yo quería saber a toda costa es el efecto de un azul más intenso en el cielo. Fromentin y Gérôme ven el suelo del Mediodía incoloro, y mucha gente lo ve así. Dios mío, sí, si se toma un poco de arena en la mano, si se mira de cerca, y también el agua, y el aire, son todos incoloros, mirados de este modo. No existe un azul sin amarillo y sin naranja, así que, si uno pone azul, tiene que poner amarillo, naranja también, ¿no?

En fin, vas a decirme que no te escribo más que trivialidades.

7. Un nacimiento

(I)

Volviendo un poco atrás en el tiempo, digamos que en Blesford había llegado abril. El sol era apenas tibio, y en el altar había flores primaverales. Marcus estaba inquieto; pero, a causa del bebé de Stephanie, nadie lo advertía. Stephanie parecía cada vez más calma, porque ésa era su naturaleza y porque ahora se veía reducida casi a la inmovilidad. Lo que había nadado, flotado y girado en su interior se hallaba ahora estrechamente encerrado, con crujidos de huesos, y de vez en cuando se sacudía con fuerza propia y empujaba las paredes de su cuerpo —que ya habían perdido casi toda su elasticidad— con una insistencia que la dejaba mareada y sin aliento. Ahora ella ya no andaba con paso majestuoso; iba cargada de peso y avanzaba con dificultad, con los pies separados. La vida se concentró en esperar, y no esperaba con paciencia. Había perdido su autonomía. Algo vivía su vida; ella no vivía.

Tenía miedo. No del parto en sí, en el que había meditado mucho, sino de las humillaciones anexas que infligían en los hospitales —enemas y rasurados— y que la hacían llorar en silencio de vez en cuando. Era absurdo temer el parto, se decía, algo que la mayoría de las mujeres soportaban, a lo que la mayoría de las mujeres sobrevivían y que tenía una duración determinada, digamos de cuarenta y ocho horas como máximo. Uno podía proponerse aguantar lo que fuera durante cuarenta y ocho horas, se decía. En el servicio prenatal, las mujeres habían compartido historias terribles de partos de nalga y de fórceps que desgarraban, y ella les había prestado atención a medias. Estas cosas era mejor afrontarlas cuando llegaran, si es que llegaban. Había leído un libro sobre el parto natural —como buena mujer de su generación, acudía más a los libros que a su madre—, y había quedado horrorizada con lo que el autor explicaba sobre alternativas antinaturales. No hizo ningún esfuerzo por practicar los ejercicios de relajación aconsejados en el libro. Siempre había confiado en el dominio que poseía de su cuerpo. Imaginaba que las mujeres no eran tan civilizadas como para no tener un sentido instintivo de cómo reaccionar ante cosas que le ocurren a todas de forma tan

imperativa como comer o defecar. Si era natural relajarse, se relajaría, cuando llegara el momento. Pero, a causa del enema y el afeitado, le dijo en una ocasión a Daniel que preferiría que el bebé naciera en la casa. Daniel pareció espantado, dijo que jamás se perdonarían si algo iba mal, y añadió que cómo podía pensar en que el bebé naciera en la casa, con Marcus y su madre rondando por allí. Stephanie comprendió que estos dos serían tan perturbadores como los enemas y las enfermeras, aunque de otro modo. Por una suerte de pudor, era incapaz de nombrarle los enemas a Daniel. Abandonó la discusión.

Marcus la oyó cantar. Se detuvo en el rellano de la escalera y la escuchó cantar en la cocina mientras sacudía con deliberado estrépito las cacerolas. Cantaba *Mora en mí*. Los Potter sólo tenían himnos a su disposición en las raras ocasiones en que cantaban, siempre con voz poco melodiosa. Marcus fue incapaz de recordar cuándo la había oído cantar por última vez. Bajó la escalera sin hacer ruido, y pasó detrás de la señora Orton, sentada en el enorme sillón.

Stephanie tenía dolor de espalda, y el dolor le ceñía el voluminoso vientre como uno de esos aros de hierro que rodeaban el corazón del sirviente fiel en el cuento de los Grimm. Siguió cantando, con las ideas súbitamente claras: había decidido hacer pan para Daniel, cosa que no hacía desde largo tiempo atrás. Había leído todo lo que se decía sobre la descarga de adrenalina al emprender una tarea, y ahora lo había olvidado porque tenía las ideas claras. Se agachó para sacar los moldes de pan y subió a un taburete para alcanzar el bote de harina. El cerco de hierro se tensó y se relajó cuando bajó. Llegó al final de *Mora en mí* y acometió con brío *Guíame, dulce luz*. Marcus asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—«Nunca antes me sentí así —cantó ella— ni te imploré...». Marcus, ¿qué haces?

—Te he oído cantar.

—Tengo derecho a cantar en mi propia cocina. ¿Quieres ayudarme a hacer pan?

—Como quieras —dijo Marcus, entrando de lado.

—Puedes ir preparando la levadura, en este cuenco de vidrio. Me duele la espalda. Tendrá que ser levadura en polvo. Uno de esos sobres, dos cucharaditas de sal marina y alrededor de un cuarto de litro de agua tibia. «Me gustaba ver y elegir mi camino, pero ahora guí... a... me.»

Vertió harina en el platillo de la balanza, canturreando, se detuvo para tomar aliento y se agachó para sacar un gran cuenco de loza. Marcus vigilaba el hervidor, demasiado concentrado en «tibia».

—«Me gustaba el resplandor del día y, pese a mis miedos, el orgullo gobernaba mi voluntad. Olvida los días pasados...»

Se pasó por la frente una mano manchada de harina, y el dolor la golpeó, puro y nítido como una nota musical, creciendo y expandiéndose desde la zona sensible de la columna, se propagó como una onda y se extinguió. Cosa rara en ella, fue lenta en comprender y, tras recuperar el aliento, volvió a la harina e hizo un hueco en el centro del montón. Marcus miró con intranquilidad su rostro arrebatado y sus ojos brillantes; percibía que algo la perturbaba, sin ser capaz de definir de qué se trataba. En este mundo, ninguna perturbación podía ser buena. Removió la levadura, aspirando su olor acre e intenso, observando cómo burbujeaba, como una criatura viva hundida en el lodo. Por supuesto que era una criatura viva. Removió la levadura, y ésta susurró.

—Échala aquí —le indicó Stephanie.

Las dos cabezas se inclinaron juntas sobre el cuenco, y ella revolvió la masa con un cuchillo hasta que el súbito regreso del dolor, aún más nítido que antes, la hizo aferrarse al borde de la mesa, y esta vez sintió el poderoso empuje de los músculos, que se contrajeron en su interior sin ninguna señal de voluntad de su parte, ni de aquiescencia siquiera.

—¡Ay, Dios! —dijo con voz débil, lanzando una mirada obnubilada a Marcus, quien retrocedió—. Creo... —empezó a decir.

Marcus estaba ahora detrás del horno.

—Creo... —repitió, mientras el dolor aflojaba su presa y ella recobraba por un momento el control de sí misma.

Era inútil tratar de conseguir ayuda de Marcus. Salió de la cocina y vio a la señora Orton dormitando en el sillón. La señora Orton era mujer. En los últimos meses había contado en repetidas ocasiones el nacimiento de Daniel, un drama unipersonal sin más heroína que ella, valiente y acosada por hombres, autoridades y enfermeras. No estaba segura de que su suegra pudiera servirle de ayuda alguna. Le dijo también a ella «Creo...», y la señora Orton la miró sin comprender, preguntándose de qué podría quejarse.

—Creo que tengo que ir al hospital.

Stephanie acabó una frase razonable, inofensiva. La señora Orton seguía mirándola sin comprender e incluso, después de

reflexionar, le informó a Stephanie que no era el día de asistencia al servicio prenatal. Stephanie dijo que no, pero que tenía dolor. En un acceso de obstinación, la señora Orton señaló que le faltaban dos semanas y media para salir de cuentas y que el primer hijo siempre se retrasaba. Stephanie, que estaba al tanto de esto, pensó que tal vez se equivocaba y se dirigió dócilmente hacia la cocina. Muchas mujeres sentían dolores extraños, añadió la señora Orton con autoridad. En la cocina, Marcus parecía horrorizado; abrió la boca sin emitir ningún sonido y volvió a cerrarla con aire desesperado. Cogida entre los dos, Stephanie se vio atenazada otra vez por el dolor y casi lanzada al suelo. Doblada hacia adelante, se agarró al marco de la puerta mientras recuperaba el aliento, y con la otra mano sintió que su costado endurecido se alzaba. Y no has arrojado el tapón, no has roto aguas, declaró la señora Orton, sin interrogarla sobre el particular, decidida a negar los hechos. Stephanie se sintió obscenamente desnuda entre aquellos dos. No conseguiría ayuda ni de uno ni de otro. Se quedó inmóvil, jadeando, hasta que el dolor aflojó, y entonces fue hasta el teléfono y marcó el 999. En cuanto acabó de hablar —en realidad, un poco antes—, su suegra empezó de nuevo, informándole a Stephanie que, aun cuando tuviera razón, era una tonta, tenía horas y horas por delante, lo pasaría fatal todo el día en una habitación de hospital, mejor esperar a que las cosas estuvieran realmente en marcha...

Stephanie consiguió pasar por delante de su suegra y subir la escalera. No había preparado la reglamentaria maleta, y se puso a hacerla ahora: camisón, cepillo para el pelo, pasta de dientes, jabón, Wordsworth, *Guerra y paz, Arabella, Friday's child.*[30] Si Wordsworth no era apropiado, ¿entonces quién? Desesperada, añadió los *Cuatro cuartetos*. Sonó el timbre de la puerta. No oyó que nadie fuera a abrir. Cerró la maleta, con la frente perlada de sudor, y no pudo enderezarse a causa del dolor, que esta vez hacía daño y taladraba, más que expandirse como una onda, porque estaba en una mala postura, porque estaba tensa. Levantó con determinación la maleta y descendió. Vio a Marcus rodeando despacio y de costado el sillón de la señora Orton. Abrió la puerta, y entraron los enfermeros de la ambulancia. Stephanie les llevó la maleta y dijo que iba en busca de su abrigo.

—Este joven va a ir a buscar su abrigo.

—No hay problema...

—Quédese tranquila, señora. Este joven lo hará encantado.

Marcus fue a coger el abrigo. Los enfermeros le preguntaron a Stephanie si podía andar; ella dijo que sí, y tuvieron que sostenerla

y casi llevarla a rastras. Tal como ocurre con otros viajes más corrientes, todo fue mejor una vez que salieron.

En el hospital general de Calverley la ayudaron a bajar de la ambulancia, un tanto a la fuerza, y la sentaron en una silla de ruedas. Con los ojos brillantes por la adrenalina, ella puso objeciones. Quería andar, podía andar, dijo, era preferible. El enfermero replicó con firmeza que tenían prohibido dejarla andar, y empujó la traqueteante silla rampas arriba, a través de largos pasillos desinfectados. Bajo la barbilla de Stephanie, en aquella silla, la punta de su voluminoso vientre se alzó, se contrajo, bajó. Ella hipó. Llegaron a la sala de obstetricia.

La fase siguiente, tal como había temido, fue humillante. Cuando le indicaron que subiera a una cama alta y dura que semejaba una estantería, sintió dentro algo que rechinaba, se tensaba, se desgarraba. Le bajó un líquido por las piernas. Una enfermera menuda con bata verde —del color de una mesa de billar — y mangas abullonadas ceñidas con un puño blanco por encima del codo lo limpió y, protegida tras unas gafas ahumadas, escudriñó entre sus piernas. Stephanie observó con objetiva exactitud que las gafas le afeaban más de lo necesario el rostro, redondo como un pan: la montura tenía unas frívolas alas doradas que se curvaban hacia sus pequeñas cejas semicirculares. La mujer se dirigía a Stephanie diciéndole «mamá» sin mirarla jamás a la cara, y le pidió que se desvistiera y se volviera hacia un lado y otro, mientras ella aplicaba el oído en su vientre pálido y duro. Una enfermera de mayor jerarquía, con rayas blancas y violeta claro, se acercó y escrutó con afabilidad el rostro de Stephanie, en tanto le metían los brazos desnudos en una bata muy abierta de algodón blanco, que no cerraba bien a la espalda y a la que le faltaban cintas. Le explicó que iban a afeitarla y aplicarle un enema, y Stephanie, que creía en los buenos modales, esperó hasta recuperar el aliento y dijo que estaba bien, que ya lo sabía. Añadió que la asustaba el enema y se disculpó por ello. Confiaba en que, como solía ocurrir, al confesar su miedo, tanto éste como el objeto temido serían más fáciles de manejar. Le habría gustado que las enfermeras fueran mayores: daba la impresión de que ambas eran más jóvenes que ella, y le parecía percibir cierta tensión bajo su alegre jovialidad. Llevaron una bandeja de metal, agua jabonosa y una maquinilla de afeitar muy fría, le alzaron la exigua bata blanca y le rasuraron el vello púbico, con lo que le dejaron zonas irritadas en los pliegues interiores de las piernas, y pusieron frías y húmedas aquellas partes suyas que no eran calientes y húmedas, a la vez que interferían —

como iban a hacer repetidas veces— en el ritmo de las contracciones, que ahora eran sacudidas y temblores más que ondas agudas como antes. Le apoyaron manos frías en las crestas y llanuras de aquel tenso montículo, y trompetillas plateadas más frías aún, y Stephanie tuvo ganas de gritar y apartarlas, pero era demasiado educada para hacer otra cosa que no fuera fruncir el entrecejo. Controlaron el intervalo entre las contracciones, dijeron que lo estaba haciendo «muy bien» y le administraron el enema. Stephanie sintió entonces una inflamación local y una irritación general, y también un miedo pánico. Obediente y mojada, bajó de la alta cama y fue penosamente al cuarto de baño, donde corría el agua en la bañera y la esperaba el inodoro. Se preguntó cómo y por qué, si no le permitían ir a pie por los pasillos, la dejaban sola y sin ayuda en el baño. Toda clase de dolores diferentes se arremolinaban unos contra otros, como las ondas encrespadas de la pleamar, como las agitadas aguas de las contracorrientes de los estuarios, y la desgarraban. Se sentó, a la espera de que pasara la furia del enema, y lloró un poco, en silencio, por si alguien podía oírla. Hubo un cierto alivio cuando se calmó la tortura de sus intestinos. Se quitó con cuidado la bata, que de todas maneras le colgaba por delante, dejándola básicamente desnuda. Se metió en la bañera y se frotó con agua caliente la zona afeitada, suspirando. Oyó o creyó oír huesos que crujían y se quebraban en su pelvis. El suelo de la bañera estaba frío y granuloso, posiblemente por acción de algún producto de limpieza. Salió rápido, demasiado rápido, la acometió otra ola de dolor cuando pasaba una pierna por encima del borde de la bañera y se quedó allí montada, voluminosa, absurda, atrapada, los húmedos rizos rubios pegados a la mejilla y la nuca. Las enfermeras entraron y la sujetaron, anudaron las escasas cintas, le dieron un albornoz de toalla y la sentaron otra vez en la silla de ruedas.

La instalaron en una habitación casi desnuda, con una cama blanca, una mesilla de noche, una silla, una jarra y una pequeña lona blanca sostenida por soportes tubulares metálicos que tardó en reconocer y que, hasta que trepó dócilmente a esta nueva cama, no supo lo que era: una cuna. Y sólo cuando vio esa cunita comprendió por primera vez lo que ocurría: que aquél no era un suplicio a que la sometían para probarla, que allí había dos personas. Que aquello le estaba pasando a dos personas. Que alguien tenía que salir. Que era inconcebible que el cuerpo de una mujer pudiera dilatarse tanto o ser lo bastante elástico como para permitir que saliera algo del tamaño de un bebé. Que, no obstante, debía haber un fin, era

imperioso que lo hubiera... Las enfermeras se disponían a dejarla sola en la habitación. En su primera muestra de inquietud, Stephanie dijo que necesitaba sus libros, que tenían que llevarle sus libros. ¿Libros?, dijeron.

—Están en la maleta.

—No se traen maletas a las salas de partos.

—¡Necesito mis libros!

—Bueno, ya veremos... Cuando alguien tenga tiempo... Estamos muy ocupadas... Cuatro mamás al mismo tiempo, no damos abasto. ¿Cuál es el libro que quiere?

—Todos mis libros. ¿Cómo voy a saberlo? El de Wordsworth. Todos. En especial el de Wordsworth.

—¿Wordsworth?

—Las poesías. Si tiene tiempo.

—Las poesías de Wordsworth —la enfermera de verde parecía estupefacta—. Haré lo posible —dijo, para tranquilizarla.

—¿Cuánto me falta?

—No sabría decirle. Lo está haciendo muy bien. El primer bebé siempre lleva mucho tiempo. Trate de relajarse.

La dejaron sola. Que tratara de relajarse. Con el bulboso pulsador de un timbre con un largo cordón peludo colgando del techo, y sin instrucciones sobre cuándo tendría que llamar y cuándo tendría que permanecer en silencio y sin quejarse, como es de rigor en Inglaterra. Al principio se quedó obedientemente tumbada con los ojos clavados en el blanco cielo raso, sin girar la cabeza más que para verificar que, cosa inusitada, era un día muy soleado, que unas nubecitas blancas y brillantes, orladas de luz, se desplazaban a través de un cielo azul, que se encontraba en la planta baja, con una ventana entreabierta que daba a un jardín cercado. Ya no tenía su reloj de pulsera, pues se lo habían quitado junto con la ropa; pensó que debía de ser media mañana, incluso mediodía, pero no estaba segura. Por primera vez pensó en Daniel. No le había dicho a Daniel que venía al hospital. La culpa era de la señora Orton y de Marcus, que se habían aunado para impedir toda conversación normal. Lo lógico habría sido poder contar con que ellos se lo comunicarían a Daniel, pero no era así. Empezó a preocuparse, y luego el dolor tomó el control. Resultaba un tanto ridículo estar allí tumbada de espaldas, mientras el dolor arreciaba, y un tanto innecesario que éste fuera tan intenso. Se puso de costado con esfuerzo, lo que le desencadenó una sucesión de calambres. Le habría gustado tener el Wordsworth consigo. En el siguiente intervalo de lucidez, sacó las

piernas de la cama, se levantó y caminó hasta la ventana. El aire estaba frío y puro, así como sorprendentemente perfumado. Se asomó a mirar. A lo largo del muro, bajo la ventana, crecían alhelíes: florecillas insignificantes color herrumbre, marrón aterciopelado, dorado pajizo llenaban el aire con su cálido y generoso aroma. Aspiró el perfume, sujetándose al marco de la ventana, y entonces, obedeciendo a un instinto poderoso, echó a andar rítmicamente por la habitación, de una pared a otra, con la cabeza alta y las ventanas de la nariz muy abiertas. La siguiente contracción, cuando llegó, pudo acoplarse al ritmo de sus pasos, ajustar la duración de una pared a otra, y otra vez al volver. Comenzó a observar el proceso casi desde fuera, atenta al crecimiento y el descenso, dejando que siguiera su curso. La adrenalina, perdida con el enema, volvió a fluir. Trató de recordar la *Oda a la inmortalidad,*[31] que tenía incluso otro ritmo. «El arco iris llega y se esfuma / y la rosa luce su hermosura.» Siguió andando a zancadas. Cuando abrieron la puerta no se detuvo de inmediato, pero luego paró, consciente de los ojos clavados en su bata mal cerrada y sus nalgas desnudas.

—Vuelva a la cama, querida, por favor. No debería estar levantada.

—Me siento mejor si ando.

—Va a hacer que todo le cueste más, malgastando sus fuerzas. Se le contraerán los músculos. Trate de relajarse. Vamos.

—Mire, cuando uso estos músculos, relajo éstos... Duele menos.

—No sea testaruda, querida. Vuelva a la cama como una buena chica.

Stephanie se quedó inmóvil, atontada, y el dolor la abrumó de nuevo como una red sofocante, como cada vez que interferían con su curso, así que se tambaleó y tuvieron que ayudarla a llegar a la cama, donde volvieron a auscultarla con su trompetilla plateada, la palparon por dentro y tomaron notas, mientras ella sonreía con educación y el dolor la recorría, punzante, desagradable, y se extinguía. Controlaron con aire experto el tiempo de esta débil contracción, le dijeron que aún tenía para un buen rato y se dispusieron a marcharse. Cuando sintiera la necesidad de empujar, le dijeron, debía tocar el timbre.

Stephanie no tenía ni idea de cómo sería esa necesidad ni de cuánto le costaría reconocerla. Por algún motivo, no era algo que pudiera preguntar. Preguntó en cambio si podía tener su libro de Wordsworth y su reloj, y le contestaron lo mismo que antes: que les faltaba personal, que lo intentarían, que debía quedarse tranquila.

Una vez que se marcharon, vio que había perdido la sensación de su propio ritmo y ansió levantarse y volver a andar, pero temía que la reprendieran por ser una mala chica. Y había olvidado mencionar a Daniel, o no le habían dado tiempo para hacerlo. Después de reflexionar, se puso en cuatro patas y empezó a balancearse a un lado y otro, gimiendo suavemente. El dolor reanudó su curso, preciso e implacable, y ella se movió a su ritmo, acalorada y extenuada. Ningún médico había ido a verla. Suponía que era normal. El dolor la atenazaba como una garra. El día fue transcurriendo, y ella se mecía, y luego, viendo que no acudía nadie, anduvo un poco más, jadeante. Por la ventana, junto con el dulce aroma a flores, llegaba la voz de alguien que gritaba de forma continua y cada vez más fuerte. Stephanie se oyó pensar que, aunque aquello ayudara, no era inglés ni bien educado hacer semejante estruendo.

El deseo de «empujar», cuando llegó, resultó diferente de todo lo experimentado hasta el momento, y reconocible al instante. Tenía la abrumadora naturaleza incontrolable de los cólicos de una diarrea violenta, pero aun así se distinguía de ésta en que nada se tensaba: algo pesado, duro y enorme en su interior la abría como a golpes de ariete, y el dolor ya no era una sensación circunscrita e independiente, sino algo total que oprimía, calentaba y hacía estallar todo su ser, cabeza, torso, vientre golpeado y machacado, de tal forma que de ella brotaban sonidos animales, gruñidos, gritos rechinantes e incoherentes, suspiros jadeantes. Consiguió volver a la cama, en medio de todo esto, y tirar del pulsador del timbre. La visión se le llenó con un rojo anaranjado pálido, y luego con una cortina de sangre. Reapareció la enfermera vestida de violeta. Gimiendo sin control, Stephanie dijo que había llegado. El dolor, como el mar con la subida de la marea, se apaciguó un tanto, se retiró, se acumuló y se precipitó, arrollador.

Stephanie era una mujer que había reflexionado en la ambivalencia de las representaciones de las cavidades internas por parte de la imaginación femenina. La Luna, cualquiera que sea nuestra creencia sobre su tamaño real, nos parece un disco plateado de unos treinta centímetros situado a tres kilómetros de distancia. El útero, imaginado, puede parecer una minúscula bolsa arrugada capaz de contener una moneda de media corona, o silenciosas cavernas subterráneas que se extienden hasta el infinito, onduladas, aterciopeladas, oscuras como la sangre, oscuras como la genciana. Antes de quedar expuesta al aire, la sangre es azul. Y la vagina, que mantiene un tapón firmemente en su lugar, que deja entrar a un

hombre, un hombre corpulento como Daniel, para que explore a ciegas el oculto fondo de su cavidad, un túnel cerrado de paredes elásticas: ¿cómo puede esta estrecha funda contener un trépano contundente y frenético que, según la percepción de los espacios internos, da la impresión de ser más grande que el propio cuerpo, parece a punto de estallar a medida que se expande y no tener ya cabida? La columna vertebral —manifestó la replegada mente de Stephanie— es una superficie plana, tendida horizontalmente en la cama, así como en la carnicería se raja el vientre en dos y caen los flancos. Debajo del indefenso tronco, un muro entero, una pared de carne y huesos crujientes parecía alzarse y desplegarse entre la cosa que explotaba y el aire. Ahora había dos enfermeras que le sujetaban las piernas en alto y escudriñaban debajo. Mover rápidamente los pies en círculo le procuraba cierto alivio, pero una enfermera le dio una palmada y reiteró la advertencia de que no contrajera los músculos. Stephanie estaba azorada por la furia que sentía. Le habría gustado ver muertas a esas mujeres por mantenerle las piernas en una posición tan molesta y antinatural. Agitaba la cabeza de un lado a otro. La cosa se lanzó otra vez contra los muros de su prisión, y ella pensó en el tiempo: ¿cuánto iba a durar esto?, ¿tanto como sus idas y venidas por la habitación y las ondas de dolor? Se había equivocado: era imposible de soportar. Aquello se alzaba y presionaba, y su cerebro palpitaba, a punto de estallar, y de alguna parte, mientras las enfermeras gritaban «conténgase, no empuje», sacó unas fuerzas desesperadas para acabar con el dolor aumentándolo, para desgarrar la pared de carne, y lanzó un grito penetrante, gimiendo, deshecha, cuando el cuerpo se partió en dos y, sin poder creerlo, sintió en el muslo empapado una bola cálida y húmeda animada por su propio pulso tembloroso, distinto del suyo.

Conténgase, dijeron, esta vez de forma más imperiosa, y descubrió que ahora podía hacerlo. El silencio inundó todo tras la sangrienta tormenta. En la entrada dilatada, las enfermeras hicieron girar con cuidado los minúsculos hombros. Empuje ahora, dijeron, y los músculos dieron la orden con suavidad, empuja, y la cosa se deslizó, compacta, sólida, gomosa, reptante, fuera ya. No podía ver nada, sólo sentía las ajetreadas manos de las enfermeras, muy lejos. Y entonces oyó una voz que jadeaba, ahogada, aguda y chirriante, que enseguida se alzó en un vagido de una nota repetida y entrecortada, cada vez más penetrante.

—Un precioso niño —dijo la enfermera de violeta—. Un niño hermoso y fuerte.

La enfermera de verde le apretaba el vientre, súbitamente

reducido. Empuje, le dijo. Y, mientras el ritmo se apagaba, el cuerpo empujó por última vez, y Stephanie sintió la masa húmeda de la placenta que salía. El bebé volvió a gritar, y ella vio, más allá de sus pies y de las sábanas manchadas, cómo la enfermera de violeta se llevaba el compacto cuerpecito rojo sangre apoyado en una mano. Cerró los ojos y se recostó, sola, sorprendida de estar sola, de oír únicamente el latido de su propia vida, después de tanto tiempo.

Le llevaron el bebé. El cuellecito y la cabeza colgante, como si fueran los de una tortuga, salían de una bata de hospital igual a la suya en miniatura. No era una época ni un hospital en que se colocara al recién nacido sobre el pecho de la madre. Pero, durante un rato, descansó a su lado en la almohada, y ella se incorporó un poco y miró de soslayo hacia abajo, empapada y exhausta.

No había previsto el éxtasis. Advirtió que el bebé era mucho más robusto de lo que había imaginado y, a la vez, en la debilidad de los temblorosos movimientos de los músculos de los labios y las mejillas, en el peligroso balanceo de su cabeza inestable, mucho más frágil también. La piel morena estaba manchada, con algo de cera cremosa y filamentos de sangre adheridos aquí y allá. En lo alto de la cabeza puntiaguda, donde los huesos superpuestos de la bóveda craneal se separaban ya bajo el elástico cuero cabelludo, había una mata de espeso pelo negro. Tenía una frente cuadrada, la frente de Daniel, minúsculas ventanas nasales y una boca fruncida definitivamente grande. Un puño cerrado, más pequeño que una nuez, rozaba una oreja de curvas delicadas. Tenía poco que ver —pero no nada— con la cosa furiosa que la había partido en dos. Mientras lo observaba, el bebé frunció el entrecejo, lo que aumentó su parecido con Daniel, y entonces, como si fuera consciente de su mirada, abrió unos ojos azul negro y los fijó en ella, a través de ella, más allá de ella. Stephanie extendió un dedo y tocó el puñito, obedeciendo a un primitivo instinto, y curvó los minúsculos deditos alrededor del suyo, que se aferraron, se aflojaron, apretaron otra vez. «Allí», le dijo, y él miró, y la luz penetró por la ventana, más y más brillante, y los ojos del bebé vieron la luz y la vieron a ella, y Stephanie fue consciente del arrobamiento, una palabra que no le gustaba, pero la única apropiada. Allí estaba el cuerpo de ella, tranquilo, utilizado, en reposo; allí estaba su mente, libre, clara, lúcida; allí estaba el niño y sus ojos ¿que veían qué? Y el éxtasis. Las cosas serían dolorosas cuando disminuyese esa luz. El niño

cambiaría. Pero ahora, con ese sol, tuvo conciencia de él, y tuvo conciencia de que no lo conocía y que nunca lo había visto, y que, en ese aire puro y brillante, lo amaba con una sencillez que nunca había creído que experimentaría. «Tú», le dijo, piel contra piel por primera vez al aire libre, que era cálido y resplandeciente, «tú».

(II)

Daniel volvió a su casa. Estaba cansado y con ánimo irritable: la visita a la escuela, la clase de confirmación, el comité de las flores. Frente a la puerta, como dos paradójicos cancerberos gemelos, vio sentados a su madre y a Marcus, guardando un ominoso silencio.

—Se ha ido —dijo su madre, empleando una frase más propia de un funeral.

Marcus hizo un esfuerzo.

—Vino... vino una ambulancia. Por... la mañana.

—¿Está bien Stephanie?

—No lo sé —repuso Marcus alarmado, sin prestar ninguna ayuda.

—Claro que estaba bien —dijo su madre—. Eran dolores absolutamente normales. Le dije que no se apresurara tanto, pero por supuesto no me hizo ni caso.

—¿Por qué no me avisasteis?

—No sabíamos dónde estabas —dijo Marcus con aire desdichado.

—Está escrito en la agenda de la cocina. Con los números de teléfono. Stephanie lo sabía.

—Estaba un poco alterada. Lo siento.

—No había ninguna prisa —afirmó la señora Orton—. El primer hijo siempre tarda mucho tiempo. No me extrañaría nada que haya sido una falsa alarma. El primer hijo no se adelanta.

—Voy a telefonear al hospital —dijo Daniel, apartando los ojos de los pliegues de grasa de su madre para posarlos en la enfermiza palidez de Marcus.

En el hospital dijeron que era un niño. Ambos estaban bien. Había nacido hacía una hora. Habían tratado de localizarlo, pero debía de estar de camino a su casa.

Daniel repitió esta información a los inquilinos de su hogar.

—Te lo había dicho —dijo su madre—. Todo va perfectamente bien. No hay por qué preocuparse —su tono era crítico.

—Me voy al hospital.

—¿No quieres comer algo, primero? No tiene sentido apresurarse. Tienes que conservar las fuerzas, ahora.

—No —contestó Daniel. No añadió «gracias» porque, de hecho, el ofrecimiento de comida de su madre había sido una petición de que la alimentara—. Ya os arreglaréis.

—¿Puedo...? —dijo Marcus—. ¿Tengo que...? ¿Quieres... que te prepare algo?

—Me voy al hospital —repitió Daniel—. No sé cuánto tardaré.

—No mucho —intervino su madre—. No te dejarán quedarte mucho, ya verás. Ahora sé un buen chico, Marcus, y pon unas salchichas en la sartén... y un poco de pan a freír, y un tomate, y deja la cena de Daniel en el horno para que se mantenga caliente.

Daniel no tenía ningún deseo de salchichas recalentadas ni de pan frito, pero advirtió que de nada serviría decirlo. Salió dando un portazo.

—Vamos, chico, ponte manos a la obra —dijo su madre a su espalda.

La habían lavado y la habían instalado con su propio camisón en la sala de maternidad, en medio de una hilera de mujeres. Al bebé se lo habían llevado. Bajo las sábanas de algodón y la manta de tejido suelto, se sentía informe, otra vez ella sola. Era un momento en que habría sido mejor estar realmente sola. El cabello se le había apelmazado en rizos apretados, tal como le ocurría cuando éste necesitaba un lavado o cuando ella se encontraba enferma. La adrenalina, o el arrobamiento, había menguado, aunque Stephanie se aferraba con porfía a su recuerdo. Daniel entró en la sala con paso rápido y decidido, a diferencia de la mayoría de los maridos, que lo hacían despacio o de un modo furtivo. Su presencia la perturbó: se había habituado a un mundo femenino de entereza, vocabulario reducido e intercambio de confidencias típicas. Era un hombre íntegro, alerta, y parecía enfadado por algún motivo. Ella lo miró con ojos fatigados. Le habría gustado no tener tan horrible el pelo.

—¿Estás bien? —preguntó Daniel.

—Sí, claro.

—¿Fue duro?

—No demasiado —Stephanie echó una mirada de desaprobación a su público forzoso—. No demasiado, el proceso en sí. Lo peor fue la gente y lo que hicieron, cómo me trataron... Bueno, no importa.

Él quería saber de verdad cómo había sido. Stephanie quería

hablarle de la luz, del júbilo. Las mujeres observaban. La conversación avanzó a trompicones.

—Es un niño.

—Lo sé —se le ensombreció el semblante—. Nadie me lo dijo.

—Es que, una vez aquí, ya no pude...

—No me refiero a ti.

—Creí que... te telefonearían desde casa.

—¡Qué iban a llamar esos dos! Bueno, no importa.

—No, no importa. Me han perdido mi Wordsworth en alguna parte.

—Ya lo encontraré. ¿Quieres algo más?

—Chocolate. Necesito algo dulce. Supongo que es por el cansancio.

—Te lo traeré.

Miró con el ceño fruncido a las otras mujeres, como si fueran culpables de estar allí. Ellas bajaron la vista a su labor de punto, a su revista de *Woman's Own* o simplemente a las sábanas. Se acercó una enfermera y le preguntó si quería ver a su hijo. Sí, dijo, aún furioso con todo por algún motivo desconocido, y la siguió a través de la sala hasta salir al pasillo, desde donde, al otro lado del cristal, se veían hileras de cunas de tela y las cabecitas desnudas, blancas, rojas, vellosas, calvas, variaciones de un tema humano. Se oía el llanto monótono e insistente de uno o dos bebés. La enfermera señaló con el dedo.

—El segundo empezando por la izquierda de esta hilera, ése es el suyo. Es guapo, ¿no?

—No sabría decirle.

—Bueno...

—No se ve mucho desde aquí.

—Iré a buscarlo.

También la enfermera estaba cansada. Pero entró, salió con la cuna y la llevó a la sala de maternidad. Stephanie miró a su hijo, temerosa de que el sentido de reconocimiento, de deleite, no hubiera perdurado, de que el niño pareciera diferente. Estaba diferente —lo habían lavado, y tenía el pelo negro ahuecado—, pero la firme carita era tal como recordaba. Volvió su atención a Daniel, que lo miraba fijo.

—Qué curioso —dijo él—. No lo había pensado. No había pensado que sería una persona.

—Yo tampoco. Me sorprendí cuando lo vi en su cama aparte. Pero existe, ¿no?

—Cógelo.

—No sé si se puede...

—Vamos, cógelo.

Stephanie lo alzó, mojado y con el cálido camisón colgándole. El bebé parpadeó por la luz y agitó confusamente los brazos, los dos juntos. Daniel, ceñudo, escrutó la carita. Stephanie observó a Daniel.

—Todos son iguales —dijo la mujer de la cama contigua, riendo —. Vamos, todos son iguales.

—No siempre. ¿Está bien?

—Oh, sí.

—Uno pasa tanto tiempo pensando en que algo pueda ir mal, que no está preparado para que todo esté bien.

—Yo no pensé que algo pudiera ir mal.

—¿Cómo puedes saberlo? —dijo él, y siguió con el escrutinio de su hijo.

—Se parece a ti, Daniel.

—Ya —la idea no parecía alegrarlo—. Supongo que me parezco a mi madre.

—Ella dice que te pareces a tu padre.

—Soy demasiado grueso —dijo Daniel—. Siempre lo he sido. Él es más bien delgadito.

El bebé frunció el entrecejo, el hombre frunció el entrecejo.

—¿Y cómo lo llamaremos? —preguntó.

—He pensado en William.

—¿William?

Habían hablado de ponerle Christopher, o Stephen, o Michael.

—Lo pensé... por Wordsworth. Todas estas horas, cuando las enfermeras no querían darme mi libro, anduve arriba y abajo... Se enfadaron mucho, y yo pensé en «William» por Wordsworth. ¿Te parece mal que sea uno de los nombres?

—Me gusta William.

El bebé parecía más independiente, ahora que tenía un nombre independiente.

—Tu padre se pondrá muy contento.

Ella lo miró sin comprender.

—Bueno, supongo que se llama William —dijo Daniel—. No pueden haberlo bautizado Bill.

—¡Oh, no! ¡Dios mío, no lo había pensado!

Daniel rió.

—No, Daniel, de verdad, ¿cómo pude ser tan ciega? Yo quería... quería de hecho mantenerlo aparte. Pensé en «Wordsworth», algo aparte, algo de mi propia vida, que no tiene nada que ver con mi

padre. Ésa era en parte la razón.

—Imagino que tu padre tiene bastante que ver con Wordsworth.

—Para mí no. Tal vez sea mejor que no lo llamemos William.

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene.

—No le hará ningún daño. Podemos llamarlo William. Si eso hace que tu padre se ponga contento, todo será para bien, en realidad.

—Quería que él fuera algo aparte —insistió Stephanie.

El bebé descansaba sobre la colcha, aparte, y quizá les veía la cara, o percibía una bruma luminosa, o incluso esplendorosas nubes rezagadas.

—Podemos llamarlo William Edward. Así llevará también el nombre de mi padre.

—Tiene que tener un nombre que sea propio.

Daniel reflexionó.

—¿Qué te parece Bartholomew? Es poco común.

—Eso es por tu iglesia.

—Y William es por Wordsworth.

—Apenas tiene unas horas, y ya está ligado a una comunidad.

—Es una condición humana.

—Sí, es verdad.

Se sonrieron mutuamente.

Daniel hizo las llamadas telefónicas tradicionales. Bill y Winifred acudieron al día siguiente, con flores y uvas. Bill parecía demasiado escuálido para su abrigo, que formaba pliegues en torno al flaco cuello, por encima de las exageradas hombreras. Llegaron a la hora del té y tuvieron que esperar a que retiraran la cuna de las hileras de crisálidas más o menos animadas dispuestas tras el cristal. Stephanie se sentía en malas condiciones, con el pelo aún más ensortijado, el camisón que apenas le cerraba sobre los pechos, que se le habían puesto enormes, brillantes y duros, los pechos de una Diana de Éfeso o de una exuberante Caridad. A su alrededor mantenían conversaciones insignificantes con aire afectado y voces insignificantes. Stephanie habló del parto con Winifred utilizando términos convencionales, etapas, puntos de sutura. Bill hojeaba el libro de Wordsworth, que Daniel había buscado y recuperado, pasando las páginas con rapidez, deliberadamente desatento. Entonces llevaron al bebé en su cuna.

Bill se abalanzó sobre el hijo de Daniel, lo sacó de su nido y lo

sujetó en el aire, con los brazos estirados, para observarlo. El bebé trató de acurrucarse de nuevo, lanzó un gemido de protesta que semejó un maullido, como un gatito. Stephanie hizo un inútil gesto de rescate y volvió a recostarse en la almohada. Bill se sentó, aún sosteniendo al bebé en alto.

—Un niño hermoso —dijo Bill—. Hermoso. ¿Ya tiene nombre?

—William. William Edward Bartholomew.

Bill bajó los ojos al niño, los alzó hacia su hija, volvió a bajarlos. El hombre frunció el entrecejo, el rostro afilado como una navaja, y el niño frunció el entrecejo, con pliegues increíbles en su piel nueva.

—Tiene un aire de Potter. Algo en la frente. Un aspecto de tipo duro. Espero que no sea un Potter testarudo, Stephanie. Te mereces algo mejor.

Se parece a Daniel, quería decir Stephanie, pero no pudo, porque era una verdad visible: en brazos de Bill el bebé había adoptado un aire de Bill, anguloso, claro y preciso, irritable incluso.

—No tiene tu color de pelo —se animó a decir Winifred.

—Esta clase de pelo oscuro se cae siempre —dijo Bill—. Ya lo sabes. Todos los bebés nacen con lanugo oscuro, a no ser que nazcan pelados. Mírale las cejas y las pestañas, allí está el indicio. Pelirrojas, diría yo.

El bebé condensó de pronto toda su movediza cara en una mancha roja con un agujero en el centro, y soltó un grito de furia.

—Dámelo, por favor —dijo Stephanie extendiendo los brazos.

Bill zangoloteó a William, que se puso morado y gritó con más fuerza aún. Le entregó su nieto a Stephanie y dijo:

—¿No te parece que tiene las pestañas pelirrojas?

Pero las pestañas, como líneas delgadas, eran incoloras, excepto donde las lágrimas reflejaban la luz; y las cejas, poco más que un espesamiento del vello de la piel.

Los Potter se marcharon justo cuando llegaba Daniel. Bill se inclinó hacia Stephanie y le dijo en voz baja:

—Me ha agradado mucho, ¿sabes?, el nombre. Me siento honrado. Estoy conmovido. Los hijos propios, y los hijos de éstos, son toda la inmortalidad que uno tiene, de eso estoy seguro. Y el nombre significa más de lo que se supone.

Stephanie lo besó, su pecho voluminoso y ardiente contra la áspera lanilla de su abrigo.

Al día siguiente, sorprendentemente, Marcus fue al hospital.

Stephanie empezaba a sentirse sucia y desgreñada. A estas alturas el pelo se le había puesto pegajoso, y por debajo estaba dolorida y tenía costras de sangre. La panza, que en algún momento se había vuelto pequeña y vacía, parecía ahora enorme y amorfa sin propósito alguno. Le colgaba cuando caminaba hasta el baño, y sentía entonces el rechinar de los huesos de la pelvis, las punzadas de dolor en la base de la columna, la tensión de la fina piel de sus pechos de alabastro, ahora ardientes. Su ser individual se veía triturado entre dos comunidades, la sala de maternidad y la familia, ambas resueltas —al parecer— a modelarlos, a ella y a William, según sus propios ritos y clasificaciones.

El problema con la sala consistía en que, si bien dejaban acostadas a las madres —y, en esa época, las obligaban a guardar cama—, su propia organización impedía todo descanso o sueño. En parte esto se debía a los usos y costumbres casi militares de las enfermeras. El personal de la noche les llevaba el té matutino, con gran ruido, a las cinco de la mañana, lo quisieran o no las parturientas. El intervalo entre este té y el temprano desayuno de la mañana, bajo el control del recién llegado personal diurno, quedaba fragmentado en diversos períodos cortos en que el sueño era imposible, por acción de la bacinilla, el aseo, la mamada del bebé. Tras el desayuno llegaba el momento de hacer las camas, el lavado vaginal con agua caliente y un antiséptico, el baño de los bebés. La sombría noche no era más que una sucesión de llegadas de bultos berreantes desde la sala de neonatos para la mamada de medianoche, una sucesión de conversaciones en susurros penetrantes, sobre lo que había que hacer con los bebés que no querían comer, sino que se mostraban apáticos, dormían impasibles o, peor aún, apartaban furiosos sus afiladas encías y seguían berreando.

Las enfermeras se las ingeniaban para mitigar e incentivar a la vez el miedo natural al bebé —o quizá por el bebé— que suele seguir al parto. Lo mitigaban porque siempre sabían convertir en un bulto bien hecho a esa criatura que se revolvía, fláccida y resbaladiza, hacer de un pañal una prenda segura y ajustada sin hundir el curvo alfiler en la pancita convexa o el rubicundo ombligo. Sabían sujetar a los lados los bracitos que gesticulaban débilmente, mediante una franela de algodón que emulaba a la mantilla. Era verdad que los bebés parecían calmarse con esta inmovilización, como si la libertad los asustase. Las enfermeras sabían hacer salir los erutos e hipos de los estómagos hinchados. Sabían transformar una masa de carne que se debatía, viscosa y

maloliente, en una pequeña momia de olor dulce.

Pero azuzaban a las madres con reglas y terminología moral. Los bebés debían mamar regularmente durante los diez minutos prescritos; no más, porque los pezones de la madre quedarían doloridos, ni menos, porque no aumentarían de peso como correspondía. Las enfermeras alzaban a sus minúsculos cautivos, daban palmaditas en las mejillas, fruncían con la mano los labios temblorosos, depositaban al niño como una lapa sobre la estática madre, restregaban el hociquito por el pezón como si estuvieran entrenando cachorros o gatitos. A los bebés que no respondían a este tratamiento se los tildaba de perezosos. A los que pedían mamar con demasiada frecuencia o gozaban durmiendo en brazos de la madre se los calificaba de «consentidos», a la vez que se lanzaban aterradoras advertencias sobre la importancia de no permitir que estos minúsculos seres indefensos llevaran la batuta. Las enfermeras deshumanizaban a los bebés. No había misterio alguno en los ojos de William cuando estaba en manos de una irritada enfermera a las dos de la mañana: sólo la mirada vacía de un animal, la avidez y la aprensión de un animal.

Las madres tenían tanta laxitud como rigurosidad las enfermeras. Las enfermeras olían a talco de bebé, alcohol y antiséptico; las madres olían a sangre menstrual, humo de tabaco rancio, talco perfumado y leche agria, que se cuajaba en las almohadillas de gasa colocadas dentro de los sujetadores para lactancia.

Cuando Stephanie iba al lavabo, siempre se encontraba con dos o más mujeres acodadas en el incinerador de compresas, con el cigarrillo colgando de los labios mal pintados, la carne sobresaliendo por entre los botones acolchados de las ligeras batas de nailon de la luna de miel. Se habían soltado la melena, en sentido literal y figurativo; hablaban hasta el cansancio de accidentes quirúrgicos y obstétricos, con comentarios llenos de temor y regocijo, autorizados allí y convertidos en algo corriente, repletos de detalles que, en su mayoría si no por completo, se habrían considerado ofensivos en cualquier pub.

Casi todas ellas, por un azar geográfico, eran esposas de guardianes de la tenebrosa cárcel de Calverley. A la hora de visita, los maridos entraban con paso marcial, con el manojo de llaves tintineando en la cintura, formados casi en pelotón. Las mujeres de estos hombres hablaban entre sí sobre violencia desatada, injurias innombrables de un mundo cerrado y estereotipado que arrojaban una luz siniestra y desagradable en la otra conversación sobre

accidentes. Todas se referían a los hombres con una suerte de ira colectiva. Su situación presente, de incomodidad y vejaciones, era obra de los hombres. Evocaban las cosas que su marido las había «forzado» a hacer, y compartían la satisfacción de saber que pasaría algún tiempo —aunque fuera breve— antes de que pudieran «forzarlas» otra vez. Se habían dejado «llevar al huerto» por sus hijos e hijas: las pocas dispuestas a amamantar lo hacían porque habían oído que eso impedía una precipitada recaída.

Stephanie, como buena esposa de pastor, conversaba con las silenciosas y las tristes, desde una mujer cuyo bebé rechazaba con obstinación todo alimento, hasta una jovencita a quien habían instalado cruelmente allí después de dar a luz a una niña nacida muerta. También a ella las enfermeras la llamaban mamá.

Su propia madre se mostraba reacia. Cuando volvió sola, fue Stephanie quien le dijo «¿No quieres alzarlo?», habiendo reparado en que Winifred había observado cómo Bill acunaba a William y no había hecho ningún intento de tocarlo ella misma. Así invitada, Winifred levantó al niño, temerosa pero con destreza, lo acomodó contra su cuerpo y, con un dedo, le acarició con delicadeza la mejilla, la mano, el piececito frío. El bebé dormía plácidamente. Stephanie pensó que era incapaz de recordar a su madre riendo con ellos cuando eran niños. Tampoco jugaba jamás; en cambio, sí que los instruía, concienzudamente y con placer. Allí había algo. Viéndola con William entendió con claridad de qué se trataba: de una dulzura constante, una solicitud total. Iba a añadir «calma», pero no lo hizo. La constancia de Winifred no era calma. Existía, y había existido siempre, a pesar de un miedo considerable. Ahora sostenía al bebé con amor y miedo. ¿Miedo de qué? ¿De Bill? Eso había supuesto siempre Stephanie, pero en aquel momento le pareció que su madre, con bastante valentía, vivía en un estado de miedo perpetuo que, casi con certeza, debía de ser muy anterior a su casamiento con Bill. El miedo social formaba parte de él, esos temores míseros y persistentes que ella, Stephanie, había detectado en los feligreses el día de Navidad, y que le habían hecho pensar en las rígidas normas de conducta de la pequeña burguesía de *El molino del Floss*. Pero era más que eso, y más también que el miedo a Hitler, en quien se había concentrado su propia propensión al miedo a lo largo de su infancia. (En una ocasión había soñado que Bill y Winifred se hallaban en el fondo de un pozo o una cantera, injuriados desde lo alto por la frenética y menuda figura de bigote, que despotricaba iracundo en una lengua extranjera y blandía una

enorme cuchilla, y, en su sueño, había comprendido que ellos, sus protectores naturales, estaban totalmente indefensos, totalmente a merced del tirano.) Winifred no esperaba mucho, pensó Stephanie, no esperaba suficiente, sólo un mínimo vital. ¿Por qué?

—Parece sentirse muy bien contigo.

—Eso espero. He tenido práctica. Asustan a esta edad, ¿no crees? Son tan vulnerables...

—Sabe gritar muy bien.

—¿Grita mucho?

—No demasiado. No tanto como la mayoría. Parece saber bien lo que hace y sigue mamando.

—Marcus no gritaba. Era un bebé muy plácido. Si es que «plácido» es la palabra adecuada.

—Tal vez tendría que haber gritado más.

—Tal vez.

Winifred estaba dispuesta a creer que todo, absolutamente todo lo que había hecho por su hijo había estado mal de un modo u otro. Lo había querido demasiado, o de un modo equivocado; eso debía de ser. Apoyó una mano en la piel de la cabeza de William, cálida y fláccida, y dijo:

—No dejo de preguntarme si habría podido... hacer las cosas de forma diferente.

—No pienses eso —Stephanie reflexionó—. La gente es sólo lo que es. No creo que los padres «hagan» a sus hijos. ¿Quién hizo el don de Marcus para las matemáticas?

—Quizá habría sido mejor si hubiéramos... si Bill lo hubiera dejado tranquilo con las matemáticas.

—Es posible. Pero ese don para las matemáticas es extraño, lo mires como lo mires. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Que Marcus es extraño.

—Sí.

—Stephanie, ¿cómo va a vivir?

Stephanie no respondió a la pregunta porque Marcus había aparecido al otro lado de la cama, silenciosa e inesperadamente.

Llevaba su impermeable de la escuela —un tanto pequeño— y sostenía en la mano una arrugada bolsa de papel. Dio un paso hacia la cama, retrocedió un paso e inclinó con torpeza la cabeza, de modo que lo único que Stephanie alcanzó a ver de su rostro fue la luz reflejada en el cristal de sus gafas.

Winifred se puso tiesa.

—Coge una silla, Marcus —dijo Stephanie—. Hay un montón

apiladas junto a la puerta. Ven y siéntate.

—Estoy bien.

—Me pone mal verte ahí de pie.

Marcus se alejó hacia la puerta. Volvió, sujetando ante sí una silla de tubos metálicos que tembló cuando la depositó en el suelo. Stephanie y la cama quedaban entre él y su madre.

—Mira, aquí está —dijo Stephanie—. William Edward Bartholomew.

Winifred giró al bebé hacia él y le retiró de la cara la manta de la cuna.

—Es... muy pequeño.

—Es suficientemente grande —replicó Stephanie.

Marcus se puso otra vez de pie con torpeza, extendió un dedo, rozó la minúscula mejilla.

—Está frío.

—Siempre tienen la piel más fría que la nuestra.

—¿Está... bien?

—Perfecto —dijo Stephanie con tristeza, mirando sucesivamente a Winifred, Marcus y William. Sin duda ésos eran los Potter pálidos.

Los ojos de Marcus se encontraron con los de Winifred, y lo que pasó entre ellos fue miedo.

—¿Estás bien, entonces, Marcus? —preguntó Winifred.

—Estoy muy bien —dijo Marcus con voz débil—. De verdad, estoy muy bien.

Cosa tal vez sorprendente, Winifred le tendió el bebé.

—Toma, cógelo. Coge a tu sobrino.

Marcus hundió la cabeza y el cuello en su abrigo sin forma, y se abrazó en un gesto de protección.

—Oh, no. No sé cogerlo. Podría dejarlo caer. Podría...

No detalló qué podría hacer.

Todos, Daniel, Stephanie y también Winifred, habían temido en cierto modo el primer encuentro de Marcus con el niño. Tenían la atávica sensación de que, como un hada malvada, podía echarle un mal de ojo a William o, por un contagio mágico, infundirle su miedo.

—Dámelo —dijo Stephanie, casi con violencia.

Winifred renunció al instante a su nieto, como si éste estuviera tan poco seguro con ella como con Marcus.

También Marcus había tenido miedo. Como Daniel, pero con una imaginación menos precisa de los posibles defectos, había

temido que algo fuera «mal» con William. Antes de entrar había espiado por el cristal de la sala de neonatos y, con cierta conmoción, había visto a las criaturitas en sus idénticos receptáculos semejantes a cajas, mantas rosa, mantas azules, idénticos soportes de metal con patas en cruz. Bebés despiertos, furiosos o afligidos, rosa oscuro o azul grisáceo bajo la fina piel; los bebés dormidos, envueltos con esmero, tenían la cerosa palidez exangüe de la muerte. O eso le pareció. Las monótonas hileras lo alarmaron.

La visión de ese bebé en particular en brazos de su propia madre lo trastornó. En ese primer momento, ella parecía feliz y tranquila. Y tenía una mirada de solicitud y afabilidad que hasta entonces sólo le había visto en relación con él mismo, y sólo como una pantalla insuficiente contra las explosiones de cólera. Sintió miedo, ¿del bebé?, ¿por el bebé?

Stephanie acostó al niño en la cama y le quitó la manta que lo envolvía. Él abrió unos ojos color pizarra y miró.

—¿Puede verme? —preguntó Marcus.

—Dicen que no. Que pasan unas semanas hasta que puede enfocar, porque los músculos de los ojos no son lo bastante fuertes. No creo que sea verdad. Creo que me ve. En las condiciones clínicas, los psicólogos no son capaces de medir con precisión qué es lo que ven.

Tímidamente, Marcus acercó el rostro a esos ojos oscuros.

—Yo siempre pensé que tú podías verme —le dijo Winifred a Marcus con suavidad.

—Estoy seguro de que podía —afirmó él, con una certeza tan rotunda que detuvo en seco el gesto de Winifred.

—Pero no se acordará de lo que está viendo ahora —dijo Stephanie—. Lo primero que yo recuerdo es un corte que me hice en la pierna y que me lavaron en el baño: sangre a mares, sangre y agua, agua limpia y yodo amarillo. ¿Te acuerdas, mamá? Recuerdo los colores y los olores, sangre, agua y yodo, y recuerdo el espejo reluciente, y que oía a alguien llorando a gritos y me di cuenta de que era yo, y aquí se acaba el recuerdo.

—Hubo muchas rodillas lastimadas —dijo Winifred.

—¿Cuál es tu primer recuerdo, Marcus? —dijo Stephanie, con absoluta normalidad.

—Creo que debe de haber sido en un cochecito. Me acuerdo de un cuadrado de luz, y una especie de marco negro en tres lados, y algo... a lo mejor más de una cosa... que temblaba y vibraba en la

luz, a través de la luz, a través del marco. Yo estaba acostado observando esas cosas largas que temblaban como látigos, como la cresta de las olas, y pensé... bueno, no fue en realidad un pensamiento, se me ocurrió... ¿cómo podía saber que alguna vez iba a pasar algo más? Quiero decir, parecía que siempre había sido así... y que seguiría siendo así para siempre. No sé explicarme mejor.

—Yo solía ponerte a dormir bajo el fresno.

—Con chaqueta y gorro azules de punto —dijo Stephanie—, y grandes botones nacarados.

—Tal vez era el árbol —dijo Marcus—. Tal vez sólo estaba fuera de foco.

—Yo amaba ese árbol.

Los tres recordaron, y no lo dijeron, que Bill había dedicado varios fines de semana de furiosa energía a echar abajo el fresno, un árbol silvestre, un árbol de crecimiento rápido, demasiado grande para un jardín suburbano.

Marcus y Winifred se marcharon juntos. Una vez fuera del hospital, se quedaron inmóviles lado a lado, en silencio. Winifred tenía un hábito de silencio tan antiguo que no logró hallar ni una palabra para retener a su hijo o dejarlo partir.

—Bueno... —dijo.

—Bueno... —dijo él.

—Marcus...

Él la miró a los ojos, con dulzura, impotente. Algo había cambiado en Marcus, y Winifred comprendió qué era: preocupación por ella, inútil, impotente, nacida del miedo.

—¿Has pensado...? ¿Qué piensas hacer, Marcus?

—Tengo que pensarlo, ya lo sé. Sé que tengo que hacer algo.

Winifred tuvo ganas de gritar «¡Ven a casa!», «¡Vuelve!», «¡Empieza de cero!», pero la falta de confianza en sí misma, el miedo creciente, se lo impidió. Si hubiera gritado así, él habría vuelto casi de buen grado, ya que no era feliz donde estaba y lo atemorizaba lo que hacía. Pero ella temía causarle daño, asustarlo, actuar mal.

—¿Qué dice el señor Rose?

—Dice que necesito ocuparme en algo. Dice que podría conseguir trabajo en la biblioteca del hospital. Repartir libros con un carrito.

—¿Y eso te haría bien? —seguía su ejemplo con espíritu sumiso.

—No lo sé. No me gustan los hospitales. Todo esto es

terriblemente aburrido.

—Marcus, me...

—Hasta pronto. Nos veremos aquí.

Se alejó, y ella no lo llamó.

Daniel llevó a su madre a conocer al bebé. En sus rollizas manos sufrió otra transformación y se convirtió, no en el Daniel del presente, sino en el Daniel niño, desvalido, maleable, glotón. Stephanie, debilitada por la depresión posparto, estaba triste. Si los Potter le habían hecho sentir que William no era más que un eslabón de una compleja cadena con posibles fallos genéticos, la señora Orton, que lo aplastaba contra su mullido pecho violeta, le hizo sentir fugazmente que el bebé no era carne de su carne ni lo había sido nunca. La señora Orton hacía para él ruidos gorgoteantes y chasquidos de besos. La cabecita de William oscilaba, sin sostén. Estaba desapareciendo, acalorado e indefenso, entre los pliegues del cuerpo de la mujer.

—No parece muy cómodo, mamá —dijo Daniel—. Pásamelo.

—Tonterías. Está muy feliz. ¿No es así, cariño?

A Stephanie se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando lo alzaba al acabar esas jornadas, demasiado sensible, Stephanie olía, tocaba y probaba las peregrinaciones de William de unas manos a otras. A un bebé hay que reconocerlo por su olor. Basta pensar en los corderos perdidos en febrero, que recorren los páramos azotados por el viento llamando con desesperación, o en las tontas ovejas que trotan bajo su oscilante envoltura de lana enmarañada y van olisqueando con sus duros hocicos huesudos la piel negra de las crías, rechazando, apartando, trotando siempre hasta que al fin encuentran a la suya. El morro del cordero hundido en su madre. O pensar en el bebé humano, lavado pero no con exceso, el olor a galleta malteada de su suave cabecita.

Después de un día de visitas, William quedaba acalorado, sudoroso con el sudor de otras personas, húmedos los pañales que otras personas habían apretado. Se volvía blando y gomoso, no vivo y elástico. Su olor desaparecía bajo otros, el dulce olor a muguete de uno, el humo de cigarrillo de otro. Un día le quedó la pegajosa marca de carmín de un beso, color cereza en la lisa superficie de su frente. Stephanie lo depositó en la cama y dobló blancos triángulos de muselina para él, mientras lloraba en silencio, gruesas lágrimas cálidas que le resbalaban por las mejillas. Una reacción normal. Le quitó su pequeño camisón y lo alzó. Él emitió unos ruiditos de satisfacción vagamente parecidos al habla (en todo caso, no eran de reclamo ni de queja). Stephanie lo vio a través de las lágrimas,

aureolado con un arco iris a la luz de la lámpara de su cama, sereno. Daniel le había llevado unas flores primaverales: lirios cárdenos, azul violáceo claro, narcisos King Alfred, dorados con vetas amarillas. Las enfermeras se las llevarían, pero no todavía. Su suave perfume, a tierra y a aire, se filtraba por entre el olor a desinfectante y a muguete sintético. Los tallos eran rígidos tubos verde pálido; las hojas, burdas puntas en un jarrón.

El bebé abrió los ojos, movió la cabeza a un lado y otro, y vio la luz. Vio luz como si fuera a través del agua, o también podría decirse que vio el aire como un medio espeso y translúcido, de tal modo que la ancha franja de luz que envolvía y seguía el lento desplazamiento de su mirada estaba salpicada y sembrada de delicadas motas y gotas repetidas color violeta claro (de los lirios) y amarillo de cromo (de los narcisos). La luz era como la bóveda de una esfera en cuyo interior yaciera él. Un arco dorado amarillento claro la ceñía por arriba. Entre uno y otra brillaba una faja multicolor salpicada de gotas, dorado sobre violeta, violeta sobre dorado, aunque él las veía animadas por un movimiento continuo.

Cuando volvió la cabeza en medio de este esplendor, vio dos manchas que brillaban suavemente y cambiaban de forma, y una tercera por detrás. Se inclinaron hacia él, se hicieron más grandes, más tenues, más cremosas, con una calidez que él conocía, la calidez pálida y constante del rostro de su madre, rodeada por el resplandor amarillo intenso de sus cabellos, y, detrás de este arco que se arqueaba sobre el otro, como una débil luz sobre las redondeces vivas y movedizas, el halo de la luz circunscrita de la lámpara de la cama. Estos halos cambiaban y, no obstante, conservaban su forma dentro de la esfera de lo que veía. Estaban impregnados de frescura, pero él era demasiado joven para sorprenderse, se hallaba demasiado absorto en su aprendizaje como para apreciar su propio regocijo.

La luz, atemperada por sus lágrimas y por la nebulosa sustancia de su ojo, era una luz cálida, y la suave luminosidad de las flores se difundía y esparcía en ella, aunque me resulta imposible decir si, por sinestesia, él asociaba de algún modo las nociones de calidez y de luz, una necesaria para él, la otra nueva. Las partículas que veía en las ondas de luz estaban salpicadas con los colores de las flores —malva, lila, cobalto, limón, blanco oro, azufre, cromo—, aunque, por supuesto, él no podía nombrar ni distinguir estas divisiones de la luz, así como no podía ver los labios de la corola del lirio ni la fruncida trompeta del narciso.

Si hubiera sido capaz de hacer comparaciones, cosa que no era, podría haber dicho que las brillantes partículas que veía semejaban las transparentes escamas superpuestas de un pez. O podría haber dicho que semejaban delicadas plumas de ave, arqueadas hacia atrás como vellosas estelas de ondulante luz empenachada. O como pequeñas llamas de velas, curvadas y repetidas. O, si no miraba de un modo vago, sino con particular interés en la pálida y movediza forma central que era la cara de su madre, las partículas de luz dejaban de fluir sobre él y se disponían en diversos círculos concéntricos o en espirales, ya fuera como rayos o llamas que se acercaban o alejaban de ese cálido centro, ya fuera como cortos segmentos de luz concentrados como pétalos de flores o como agujas magnetizadas en las densas sombras violeta y oro del cabello, los ojos, la boca. Podría haber dicho que el óvalo de la cara era como el sol o la luna, pues iluminaba el aire coloreado, pero no sabía geometría y no tenía idea alguna de un óvalo, ni visión alguna del mundo, ni noción alguna del sol, la luna o las estrellas. Había contemplado el líquido amniótico oscuro y ahora veía la luz. ¿Quién podía decir si aquellas partes del cerebro que se transformaban en los conos y bastoncillos de la visión tenían, en esa oscuridad, alguna precognición de la luz, algún sueño premonitorio, antes de que ésta lo inundara todo?

El arte no es la recuperación del ojo inocente, el cual es inaccesible. Renovar la visión no significa liberarla de todos los marcos y nombres aprendidos, ya que, paradójicamente, lo único que puede dar la ilusión de novedad es un uso preciso de las comparaciones aprendidas y de los signos que hemos creado para distinguir las cosas vistas o reconocidas. Yo imaginaba que podría escribir esta novela de forma inocente, sin recurrir a los pensamientos de otras personas, sin recurrir —en lo posible— a comparaciones o metáforas. Pero la idea resultó impracticable: es absolutamente imposible pensar sin considerar y revalorar los modos de pensar y de ver que hemos aprendido a lo largo de la vida. Todos rehacemos el mundo según como lo vemos, según como lo miramos. Si William no lo hacía es porque era recién nacido, porque no estaba habituado a los marcos de referencia horizontal y vertical, porque no se había separado de su madre. Aprendería a nombrar los colores mucho después de denominar los objetos; los niños pequeños reconocen el rojo, pero suelen usar el término «azul» como una denominación general para todo lo que no es rojo.

Más tarde percibimos diferencias: sombras y matices, los

nombres de estas cosas. Cuando escribí apelativos de colores —malva, lila, cobalto, limón, blanco oro, azufre, cromo—, lo hice llevada por el doble placer de la distinción de colores y la variedad de palabras. La comunicación es una actividad parcial e incompleta. Sé que, a algunos lectores, estas palabras les traerán a la mente imágenes claras, que en cierto sentido «verán» el violeta y el oro, mientras que otros no lo harán. Tampoco hay dos hombres que vean el mismo lirio. No obstante, Daniel, William y Stephanie veían los tres el mismo lirio.

Ni siquiera el ojo inocente se limita a recibir luz: actúa y ordena. Y siempre ponemos algo nuestro en nuestra descripción del mundo, nuestra representación de lo que vemos, por pasivos que seamos como observadores. Vincent van Gogh no era un pintor ingenuo. Lo que tenía que entender sobre pigmentos y geometría, sobre las relaciones de los colores y el comportamiento de la luz, era arduo y terrible. Temía caer en una «metafísica del color» cuando contemplaba la «terrible lucha» entre los complementarios violeta y oro en sus pinturas del sembrador de Arles y el segador de Saint Rémy. Ponía orden en su mundo de visión burda y refinada mediante la distribución y el diseño de sus pinceladas, mediante el más primitivo sentido del tacto.

En septiembre de 1889 escribió:

> Qué cosa extraña que es el toque, la pincelada.
>
> Al aire libre, expuesto al viento, al sol, a la curiosidad de la gente, uno trabaja como puede, llena el lienzo como sea. Y, sin embargo, capta lo real y lo esencial, que es lo más difícil. Pero, cuando al cabo de un tiempo uno retoma este estudio y modifica las pinceladas según la dirección de los objetos, sin duda es más armonioso y más agradable a la vista, y uno le añade la serenidad y alegría que posee.

(Era muy propio de él insistir con desesperación en la serenidad y la alegría, que no siempre era lo que añadía, ni siquiera la mayoría de las veces.)

Las pinceladas de *El sembrador* son casi teselas, el cielo parece fluir con ellas, los surcos de tierra púrpura se extienden desde el enorme sol dorado central, el sembrador esparce semillas de luz dorada que son pinceladas en los oscuros terrones de tierra de la mañana. Son espesas y sólidas, son el movimiento de la luz sobre las cosas, o del ojo sobre las cosas. En *El segador,* las formas en

espiral de Vincent, más tardías, están por todas partes, son rizos en el horno candente del trigal, en la azul figura del hombre, en las montañas moradas y el aire verde, y unen todo esto en una misma sustancia: su visión. En un autorretrato, las pinceladas irradian de sus ojos como si fueran soles gemelos. Es algo nuevo y lo contrario de la inocencia; es algo visto, pensado y hecho.

8. *À l'éclat des jeunes gens en fleurs* [32] - *1*

En aquella época, el Newnham College estaba fuera de los muros de la Universidad de Cambridge en sí, aunque no demasiado lejos. Con sus gabletes flamencos de ladrillo rojo, sus corredores, rellanos, sólidas barandillas y altillos con mansardas, poseía las proporciones y la atmósfera de una confortable casa de campo. Tenía un cuidado jardín con rosas, arriates con plantas herbáceas, arbustos, un estanque empotrado. La habitación de Frederica, austera y elegante, daba a este jardín. Frederica era consciente de que la facultad era un establecimiento agnóstico, cosa que le complacía, pero lo ignoraba casi todo sobre las luchas a favor de las mujeres, los problemas relativos a la obligación de tomar las órdenes sagradas para ejercer la enseñanza, las dolorosas batallas de principios con Dios, la Iglesia y la Universidad, que habían inspirado a Sidgwick y los demás fundadores. Al volver a Newnham en la década del 70, Frederica vio su belleza, la gracia de sus proporciones, su carácter civilizado, su humanidad.

En 1954 había una actitud de protesta contra todo lo que fuera victoriano; la excepción era tal vez George Eliot, consagrada por el doctor Leavis,[33] quien no obstante declaró que Trollope y Dickens no eran dignos de consideración seria, y respaldó la opinión de T. S. Eliot de que Tennyson y Browning eran poetas de ideas burdas o inexistentes y sensibilidad completamente disociada. En 1954 se manifestó el firme propósito de demoler las estaciones victorianas, con sus pináculos y torrecillas rojas. El Albert Memorial[34] era objeto de virulentas burlas. La belleza residía en las sobrias y mesuradas líneas de las casas georgianas. El futuro era de Le Corbusier, con sus austeros y regulares entornos sustentados por pilares. Las torres de pisos de las afueras de Calverley habían suscitado en Frederica un sentimiento de exaltación, de expansión, de vida más libre. Newnham representaba una manera anticuada de concebir un ambiente acogedor, combinada con un falso medievalismo, detestable por su portal abovedado. Éste le recordaba inapropiadamente a Frederica el lugar de trabajo de su padre, la escuela de Blesford Ride, también una excéntrica institución fundada para inadaptados. La suavidad de Newnham, su femineidad incluso, hacía de él algo aparte en Cambridge. Tras su

fachada se ocultaban todas las horrorosas restricciones de la moral victoriana —hoy tan encantadoras, después de la cuidadosa adaptación para televisión de grandes novelas, después de Laura Ashley—: mesas con colgaduras que tapaban las patas, acompañantes de señoritas, el deber y la responsabilidad. Era un lugar para el chocolate, los bollos tostados, los tés. Frederica quería vino, discusiones, sexo.

Sentada en su bonita cama, pensaba, no en cómo decorar la habitación, sino en cómo contrarrestar su delicada belleza. ¿Unos retales de tela brillantes y coloridos? ¿Una pantalla moderna? ¿Una escultura? Dispuso unos jarros negros de Villauris en una bandeja amarilla de estaño y colocó una fotografía de un grupo de personas, unas con verdugado o jubón y calzas, otras en mangas de camisa y pantalón de franela, paseando entre los recortados tejos por los senderos de Long Royston, que desaparecían en la distancia.

Ese primer año vio a Cambridge como un jardín lleno de hombres jóvenes. Sabía que en la universidad había once hombres por cada mujer (no estaba enterada de la presencia y ventajas de las chicas que trabajaban como *au pair* y de las enfermeras de Addenbrooke). Atribuía gran parte de la monotonía de su vida anterior a la ausencia de hombres. Es cierto que siempre había vivido en las inmediaciones de una escuela de varones. También es cierto que los muchachos —tal vez apocados por el temible carácter de su padre, tal vez desconcertados por su propia vehemencia y fluidez de palabra— siempre le habían parecido sosos. Pero en Cambridge serían listos e interesantes, capaces de vencerla en una discusión y de escuchar sus argumentos. Serían sus amigos. Ella se encontraría en su elemento.

A pesar de haber estado enamorada de Alexander y de haberse acostado con Edmund Wilkie, tenía una sorprendente ignorancia respecto a la forma en que vivía la mayoría de la gente, una sorprendente carencia de medios para distinguir entre un joven y otro. Poseía muy pocos términos con que catalogarlos, y durante algún tiempo —para volver a la analogía de los sudamericanos que se especializan en adjetivos descriptivos del color de las ovejas— los distinguió principalmente por dos características, inteligencia y aspecto físico. En este punto, por supuesto, difería de aquellas de sus contemporáneas que provenían del mundo de las debutantes y los ecos de sociedad, que disponían de un vocabulario mucho más amplio para calificar de apropiada o inapropiada una conducta, una apariencia, un linaje. A Frederica le habría gustado conocer las

reglas de este arte, y sabía que las desconocía... de momento. Sus nociones sobre las buenas maneras provenían de Jane Austen, Trollope, Forster, Rosamond Lehmann, Angela Thirkell, Waugh, Lawrence y otras muchas fuentes inútiles y vanas. Su imagen de Cambridge se debía en parte a Stephanie (quien solía hablar más de literatura que de la vida) y en parte a los lúcidos comentarios de Wilkie y su novia. Aparte de esto, tenía dos imágenes más poderosas de un estilo de vida, contradictorias aunque relacionadas. Estaba el Cambridge de Ansell en *El más largo viaje,*[35] en el que el pensamiento y las vacas coexistían en armonía, eran de hecho indisociables (a diferencia de Tennyson y Browning). Y estaba el Cambridge de *Dusty answer,*[36] un lugar de violentas pasiones femeninas, reprimidas y sin esperanza, y de hombres jóvenes radiantes y despreocupados. Era una ciudad poblada de palabras, envuelta en brillantes pliegues de palabras, viva con la historia de las palabras, y Frederica no pasaba jamás ante las vacas que pacían en la otra orilla del Cam, detrás del King's College, sin oír: «Allí está la vaca. Allí está ella, la vaca. Ya me encuentre yo en Cambridge, en Islandia o muerto, la vaca estará allí. [...] Era filosofía. Debatían sobre la existencia de los objetos».[37] Y, del mismo modo, cuando atravesaba el patio principal del Trinity College oía: «El patio principal del Trinity College lloraba al sol la muerte de sus jóvenes». No obstante, los jóvenes muertos eran más ficticios que las vacas, y, según se decía, al menos uno de los que los habían inspirado se paseaba aún tranquilamente por Cambridge, debatiendo sobre vacas, jóvenes, literatura y Cambridge.

Durante la primera semana recibió una invitación a tomar el té por parte de los dos primeros jóvenes que conoció, los cuales se presentaron como Alan Melville y Tony Watson, le informaron que Edmund Wilkie les había dicho que sería interesante que la conocieran, y la recibieron en una funcional habitación marrón que olía a generaciones de café en polvo rancio, camisas deportivas y tabaco, en la residencia de estudiantes Peas Hill, detrás del Teatro de las Artes. Resultaron ser seguros de sí mismos y hacer gala de una implacable falta de afectación que Frederica no logró clasificar hasta pasado cierto tiempo y llevadas a cabo posteriores investigaciones entre otros ejemplares. Le ofrecieron un té cargado en un jarro blanco, servido de una tetera marrón con cubretetera de punto. Había gruesas rebanadas de pan con mermelada y tarta de frutas. Alan era rubio y delgado, con acento escocés y un chaleco azul marino sobre una camisa de viyela a cuadros. Tony era

fornido, de pelo moreno y rizado, con un jersey color herrumbre de cuello vuelto y punto de trenza, que sin duda era de confección casera o al menos tejido a mano. Ambos llevaban holgados pantalones de pana. Alan estudiaba lenguas modernas en Saint Michael, y Tony inglés en King's. En aquella primera ocasión, Frederica no advirtió cuán importante era a efectos clasificatorios averiguar dónde habían asistido a la escuela y, más sencillo aún, si habían hecho o no el servicio militar. Averiguó que era su segundo año en la facultad y que escribían para el periódico universitario. Los muros color crema, esmaltados y manchados de humo, estaban decorados con fotografías de chicas: chicas en bote, chicas en bicicleta con largas togas ondeando tras ellas, chicas tumbadas en la alta hierba, chicas mirando por encima de una copa de vino espectacularmente iluminada por un foco. Le explicaron que querían hacerle un reportaje para el periódico —Wilkie les había hablado de *Astrea* y de su magnífico expediente académico—: «Perfil de una interesante alumna de primer año». Alan sacaba buenas fotografías, como podía ver. ¿Estaba de acuerdo?

Por supuesto que sí. Era un comienzo prometedor, y al mismo tiempo no lo era.

Alan y Tony le caían bien. Bebían juntos litros de café en el nuevo bar, en tazas de vidrio poco profundas y de ancha boca. Bebían cerveza, y Frederica sidra, en diversos pubs. (Tony era experto en clases de cerveza, Frederica no conseguía habituarse a ella, por útil que le habría sido en semejante compañía. Era tibia y amarga, y se agitaba en el estómago, muy fría.) Ellos le preguntaban su parecer sobre diversos temas, y Frederica, entusiasmada por su interés, decía lo que pensaba y añadía algunas cosas sobre las que no había reflexionado demasiado, o no había reflexionado en absoluto, sólo para causar efecto. A veces tomaban nota de sus palabras, y otras no. Ella los clasificaba como «medianamente bien parecidos» (otras palabras en esta serie eran «apuesto», «apolíneo», «guapo», «elegante», «atractivo»...) y como «bastante talentosos» (que se distinguía de «inteligente», «brillante», «capaz», «listo», «erudito», «reflexivo», «complejo», «astuto», «informado», «perspicaz», «agudo», «sagaz»...). «Talentoso» era tanto un término de Cambridge como del antiguo mundo de Frederica de profesores del instituto y éxito en los exámenes. Tenía unas connotaciones de agudeza e ingenio de que carecía la denominación más neutral de «inteligente». Tony alababa a D. H. Lawrence por su honestidad, su inteligencia (por oposición a los talentosos miembros

del grupo Bloomsbury)[38] y su visión. Era un hábito mental y moral que ella asociaba con su padre. Tardó mucho tiempo en descubrir que el escocés Alan era un excelente medievalista cuya erudición no se limitaba a las baladas escocesas y la obra de Chaucer, sino que abarcaba asimismo la pintura y escultura europea. También tenía vastos conocimientos sobre Lewis Grassic Gibbon y James Hogg,[39] a los que Frederica jamás había oído nombrar. Según decían, ambos eran socialistas y podían citar a Ruskin y William Morris, sobre los que Frederica tampoco sabía nada. Dado que ella presuponía que toda la gente decente votaba a los laboristas, tal profesión de fe significaba para ella menos de lo que podría haber significado. También presuponía, equivocadamente, que ambos provenían de respetables familias de clase media, como ella.

El artículo de *Varsity,* el periódico universitario, apareció bajo el título «Una enérgica estudiante de primer año». Iba acompañado de dos fotos tomadas por Alan, una de Frederica en toga, ceñuda (le daba el sol en los ojos) y cargada de libros ante el portal de Newnham, y la otra arrellanada en el sillón de cuero del cuartucho de Tony, vestida con un jersey ajustado, pantalones ajustados y zapatillas negras, con una mano en la cadera y otra bajo la barbilla. En la primera parecía huesuda y desdeñosa; en la segunda, provocativa e inmadura.

Los subtítulos decían: «Frederica habla de las mujeres de Cambridge», «Frederica habla del teatro», «Frederica habla del sexo».

El artículo tenía más de los ecos de sociedad del *Daily Express* —que Frederica jamás había leído— que del periodismo serio al que Tony quería dedicarse, según proclamaba.

Sobre las mujeres de Cambridge, se afirmaba que Frederica había dicho que Cambridge era un «mercado matrimonial», que las mujeres eran menos ambiciosas y emprendedoras que los hombres, y que las chicas listas tenían dificultades para ser verdaderamente femeninas.

Sobre el teatro, parecía haber dicho vanidosamente que quería intentar papeles exigentes como los de lady Macbeth, Cleopatra o Juana de Arco. Interrogada sobre su experiencia como Isabel en *Astrea,* había declarado que, si bien había sido una oportunidad maravillosa, no creía que el futuro del teatro inglés estuviera en los dramas en verso; que la pieza era estática, que Alexander Wedderburn era una persona maravillosa, y que estaba muy

contenta de poder revelar que su próxima obra tendría poco de la nostalgia histórica de *Astrea*. Actuar en *Astrea* había sido increíblemente divertido, y todo el mundo se había soltado la melena.

Sobre el sexo, había dicho que los métodos anticonceptivos eficaces echarían por tierra la razón de ser de buena parte de las ideas sobre castidad, fidelidad y demás. En especial para las mujeres.

Sus esperanzas para el futuro: ser una actriz de éxito, conocer gente realmente interesante, trabajar en el ambiente artístico de Londres. No dedicarse a la enseñanza. Acababa de salir de la escuela y no tenía intenciones de volver nunca. Quería casarse con un profesor de la universidad, o alguien del ambiente serio del teatro, o quizá un periodista. Esperaba acabar bien su licenciatura, pero el trabajo no era la razón principal de su ingreso en Cambridge.

Cuando Frederica, una perspicaz crítica literaria, leyó esto, se sintió consternada, indignada luego y, por último, aterrada. La habían hecho parecer antipática y engreída, y, lo que era peor, antipática y engreída en una serie de tópicos estudiantiles previsibles. Enormes dificultades de índole social se cernían en su horizonte, cosa que no era la primera vez en su vida que ocurría ni la última, pero se producía en un momento en que ella era especialmente vulnerable: allí todo era una suerte de espectáculo, todo se juzgaba con mordacidad. Pensó en llorar, y de hecho se limpió unas manchas de rímel de los ojos ardientes y enrojecidos. Pensó en coger la bicicleta e ir a decirles a Tony y Alan la opinión que le merecían por haberse aprovechado y burlado de ella. La detuvo en parte el recuerdo de las palabras del Bello Brummel en una novela de Georgette Heyer, cuando le aconseja a una heroína avergonzada que nunca reconozca una falta. Buena parte de la vulgaridad del artículo había que achacarla a su propia culpa. No había nada en éste que ella pudiera afirmar con certeza no haber dicho, salvo tal vez su deseo de casarse con un periodista, lo cual era falso. Varias de las declaraciones más tontas (sobre las mujeres y el mercado matrimonial) habían sido citas de la novia de Edmund Wilkie, Caroline, repetidas por un ansia de ponerse a tono con Cambridge que ahora lamentaba profundamente.

Consideró el problema de Alan y Tony. ¿Hasta qué punto la vulgaridad de éstos había sido involuntaria, como la de ella, o intencionada? Ambos le caían bien, y había creído que era un

sentimiento recíproco. No había duda de que, de algún modo, ella los irritaba mucho, aunque le costaba creer que se hubieran propuesto destruirla, tal como había supuesto en un primer momento. Cuando recuperó la claridad mental, le pareció muy poco inteligente suponer que su estilo de periodismo revelaba la verdad definitiva sobre ellos e invalidaba el entusiasmo que le despertaba su conversación sobre Morris o Lawrence, o la emoción que había sentido cuando Alan le había mostrado una reproducción de una Virgen francesa de mármol del siglo quince. Ella misma era vulgar, talentosa, arrogante, bienintencionada e insegura sobre el tono que debía adoptar, y estaba asustada. Tenía que suponer que ambos eran al menos tan complicados como ella. No los juzgaría a la ligera, y quizá ellos procedieran con la misma justicia respecto a ella.

También pensó: Puedo hacerlo mejor que esto. Se podrían haber escrito cosas —incluso sobre mí, incluso sobre lo que dije— que no constituyeran tópicos.

No obstante, el retrato tuvo varios efectos duraderos en la vida de Frederica en Cambridge, en general perjudiciales, de algunos de los cuales hizo caso omiso o ignoró su existencia, mientras que otros no los atribuyó al artículo.

Una consecuencia inmediata fue que tuvo dificultades para hacerse amigas entre las estudiantes. Nunca le había resultado fácil: catalogaba demasiado rápido a las mujeres como colegialas o debutantes. Compartía sus sesiones de tutoría con una chica muy joven, muy tímida, muy formalista, que provenía de una escuela no demasiado renombrada, esperaba verse rechazada y estaba resignada a permanecer aislada. Los profesores de Newnham habían confiado en que Frederica la ayudaría a vencer su introspección. Tal vez se habían dejado engañar por el recuerdo de Stephanie. Frederica no le hacía el menor caso, cosa que irritaba a los profesores, quienes a su vez habían tomado buena nota del artículo del *Varsity* y, en particular, de las opiniones de Frederica sobre el sexo. Así pues, la trataban con cautela y reserva. Frederica, habituada a irritar y contradecir a los profesores, no encontró nada inusitado en esto.

Con los hombres era diferente. A los que se sintieron disgustados por el artículo no los conoció. Pero había muchos otros, tal como ella había previsto. Cambridge consistía en una diversidad de pequeños mundos, algunos interrelacionados o parcialmente superpuestos, otros cerrados de forma casi hermética. Una mujer, y quizá sobre todo una mujer de quien se hablaba mucho, conocida

en parte por sus prometedoras opiniones en materia de sexo, podía moverse entre mundo y mundo con más facilidad que un hombre. Esto exigía un precio, así como lo exigía la continuación de su amistad con Alan y Tony. Pero ella ansiaba la variedad. Rebosaba de energía. Estaba dispuesta a pagar.

Una cosa que, al fin y al cabo, no hizo fue vivir en el mundo teatral de Cambridge tal como había soñado que haría. Éste era uno de los mundos cerrados, siempre efervescente, lleno de ambiciosos planes para el futuro y de un chismorreo que alcanzaba al mundo real, o a parte de éste. Sabían bien lo que hacían y lo que pensaban, y sus modales sugerían franqueza y calidez; decían «cariño» y «cielo» en una frase de cada dos. Frederica se presentó a las audiciones del Club de Teatro Aficionado y recitó sus caballos de batalla: la proposición de la duquesa de *La duquesa de Malfi*[40] o su monólogo de la torre —o, más bien, de Alexander—, de *Astrea*. Edmund Wilkie, sentado en una de las destartaladas butacas del minúsculo y oscuro teatro, le dijo que no era la mejor ni una de las mejores que habían visto, pero que diera por seguro que la aceptarían. Interpretó a Casandra en *Tiger at the gates,*[41] en una representación de las primeras escenas de la obra, preparada para los principiantes. No era un mal papel para una actriz estática que sabía lo que estaba diciendo, aunque fuera incapaz de crear tensión alguna entre ella y los otros actores presentes en el escenario. Al acabar hubo una reunión en el bar del club, donde se vio a distinguidos miembros antiguos departiendo con la nueva generación. Estaba el elegante Julian Slade, cuyo musical *Salad days* [Juventud] llegó a representar en la mente de Frederica —junto con la coronación y *Astrea*— la inocencia de esa época, las niñas adultas que cantan con su revoloteante falda y sus bonitos jerséis, la esperanza de vivir felices para siempre, tanto más cuanto que el fracaso de sus padres de vivir felices para siempre podía atribuirse a las desgracias de Hitler y la guerra.

—¿Qué darán en las noticias cuando hayamos ganado la guerra? —le había preguntado Frederica a Winifred un día de 1944 en que escuchaba las cifras de víctimas y de aviones derribados.

Winifred había reflexionado y respondido:

—Bueno, no lo sé. Críquet y cosas así.

Antes de *Salad days,* en línea directa, había estado *La importancia de llamarse Ernesto,* los bocadillos de pepino, el mundo infantil de *Peter Pan,* el críquet y cosas así. En retrospectiva, los días de *Salad days* acabaron pareciendo los últimos días de escenarios

brillantemente iluminados y vestuarios decentes.

Había hombres del Club de Teatro, hombres a quienes conocía en las clases o fuera de ellas, que le pedían una hoja de papel, la invitaban a tomar un café en el bar, la presentaban a sus amigos. Entre ellos había un grupito de amigos íntimos con quienes se acostumbró a tomar té después de Shakespeare y café después de la clase de poesía moderna, con quienes llegó a jugar a un juego de citas extraídas de antologías y de datación de versos y estrofas, ella que jamás había jugado a nada. Lo que le agradaba de esto era que le daba por primera vez un sentimiento de pertenencia a un grupo, lo cual, siendo ella como era, le resultaba más natural que el cariño afectado de la gente del teatro o las intimidades de los lavabos de Newnham. Por esos hombres se atrevió a cocinar, y preparó en Newnham sus primeros espaguetis (fríos, pegajosos, gelatinosos y absolutamente incomibles). Hay que hacer constar que, por esos hombres, ella, Frederica Potter, zurció calcetines y planchó camisas, y agachó la cabeza, avergonzada, cuando una de éstas se voló de la cesta de su bicicleta y fue a parar al Cam, mientras cruzaba el puente de Garrett Hostel llevando una pila de ropa a su propietario, quien había estado en la marina y era perfectamente capaz de plancharse las camisas y zurcirse los calcetines. En retribución, ellos le pagaban la entrada al cine y hablaban con ella y delante de ella sobre Yeats y Auden, Leavis y Shakespeare, Herbert y Donne. En realidad, lo hacían por propio placer, pues disfrutaban intensamente de ello. También disfrutaban del jazz y los coches de carreras, cosas ambas que Frederica encontraba aburridas. Cuando se ponían a hablar de estos temas, ella los observaba y los juzgaba: bastante atractivo, agradable pero poco atractivo, demasiado atildado, brusco.

El sexo constituía un problema y una cierta amenaza. Frederica había reparado en que estos amigos eran más felices, más animados y mucho más interesantes cuando estaban en grupo. Le gustaba ir al Cine de las Artes con tres o cuatro de ellos y volver andando a través de Cambridge, cogidos del brazo, charlando. Pero advertía que era objeto de pactos hechos sin su conocimiento. Invitaciones que empezaban siendo generales acababan en una cita a solas con uno u otro. O había uno elegido —no por ella— para acompañarla, de modo que los otros volvían a su facultad y ella se encontraba de pronto en la penumbra, frente a su conserjería, junto a las formas de pájaro de doble lomo y alas negras. Era aquí que, bien mirado, el criterio del servicio militar resultaba útil. Algunos de los de más

edad sabían qué hacer con las manos, cómo lograr que abriera la boca, incluso cómo hacerla arder fugazmente de deseo. Estaban los poco atractivos que, arrimándose mucho, se concentraban, se irritaban, insistían. Y los atractivos que no imaginaban o no osaban nada que fuera más allá de un beso frío. Frederica se sentía excluida de algo por estas maniobras. Allí inmóvil, mientras la besaban, se representaba al grupito hablando amigablemente sobre ella y sobre los progresos o falta de progreso de uno u otro con ella.

En un té de Newnham conoció a un estudiante de medicina que la sorprendió al invitarla a un té danzante en el café Dorothy. Era un hombre corpulento que no malgastaba palabras. Bailando con él una tarde, vestida con una ondeante falda negra, cinturón ancho de ante, jersey con mangas de murciélago y pañuelo de seda dorado, se sintió feliz físicamente. Daba unos pasos, brincaba, giraba, reía, apretaba los pechos contra él y luego las caderas, reía de nuevo, bebía té. A la semana siguiente volvieron a bailar y una semana después, acabado el baile, fueron a la habitación de él, donde él la desnudó, fue al baño a buscar un tubo de gelatina anticonceptiva y un aplicador, y le hizo el amor. Era experto, en el sentido de que sabía bien cómo estaba hecha ella, tenía manos firmes y se afanó en el proceso durante lo que Frederica, en aquella etapa, juzgó mucho tiempo. No dijo palabra a lo largo de estas actividades. Después le ofreció con gentileza lo que ella tomó por una toalla para la cara. Frederica se sentía casi a gusto. Él había hecho el servicio militar en Alemania. Tenía el hábito de decir frases que empezaban con «Las chicas...», como si todas fueran iguales, y distintas de él. Frederica tenía la impresión de ser una más de una serie de chicas a las que él sometía a observación y con las que practicaba, cosa que no le importaba, dado que también ella lo sometía a observación y practicaba con él. Después de llevarla al baile de una facultad, él comentó:

—Las chicas saben por lo general muy bien cómo vestirse, y sin embargo lo estropean todo cuando se ponen un traje de noche. Supongo que les falta práctica y por eso no se dan cuenta del aspecto que tienen.

Frederica, cuyo único traje de noche era un vestido de tafetán verde, sin espalda y más bien recto, no le preguntó si la incluía en el conjunto: no le cabía duda de que lo hacía. Él se explayó.

—La mayoría de las chicas tienen clavículas huesudas o les sobra grasa encima de los pechos. La mayoría de las chicas quedan divididas en segmentos feos por esos chismes sin tirantes. Las hace parecer macizas y achaparradas, ¿entiendes?

Frederica entendió. Tal vez era el interés de él por el cuerpo femenino lo que lo convertía en el amante más imaginativo que nunca había conocido (lo que no era mucho decir). Siguió yendo al Dorothy y se compró un tubo de gelatina y un aplicador, por si acaso.

Hacia el final de su primer año, Frederica se topó también con la clase alta, cuando, en una fiesta dada por un miembro del grupo de teatro, atrajo la atención de un primo de éste, un joven vizconde nervioso y muy rico («bastante inteligente», «físicamente insustancial») que la llevó a dos o tres reuniones, compuestas en su mayor parte por familiares suyos y ex compañeros de escuela, a un fin de semana en el campo y al baile de mayo del Magdalene College. Todo esto despertaba en Frederica un entusiasmo casi pueril: los ingleses son lo que siempre han sido, y ella tenía la cabeza llena de novelas románticas, esperanzas insatisfechas al estilo de Brideshead[42] y el anhelo de aventurarse más allá de Blesford. Todos los hijos de Winifred habían heredado de una u otra forma su terror a las relaciones sociales: Frederica lo afrontaba fingiendo que era inmoral e indigno de ella. Pero, en compañía del dulce Freddie Ravenscar, aquél actuaba con toda su fuerza. Tenía la impresión de que los botones de su ropa, sus guantes cortos o largos, sus zapatos, los giros que empleaba al hablar, su carencia de relaciones y familiares apropiados eran sometidos a una implacable evaluación y juzgados deficientes, así como a veces se evaluaba y valoraba su gramática francesa, su escansión latina, su conocimiento textual de Shakespeare. Como venganza, o en compensación, fue gracias al dulce Freddie como aprendió a diagnosticar el terror sexual masculino. Él sabía llevarle la comida apropiada en las fiestas, sujetarle el abrigo, ordenar la cena y un buen vino en el comedor de la Asociación de Estudiantes. Si se quedaba solo con ella en una habitación —o, peor, si se enfrentaba al beso de despedida frente a la conserjería, con toda su vulgaridad pública—, temblaba llevado por lo que, sólo muy lentamente y sin poder creerlo, Frederica descubrió que era respeto por el sexo femenino, por la pureza, la delicadeza, el misterio de éste. Todas estas palabras las murmuró él en un susurro ahogado mientras cenaban en el Dorchester, donde la llevaba a bailar. «Tienes muchas agallas», le dijo, con lo que, aunque ninguno de los dos lo sabía, quiso significar: «Hablas demasiado, como si fuéramos de la misma especie». Tenía una abuelita, de la que siempre hablaba, y una madre, que fue simplemente dos palabras, «mi madre», hasta que Freddie llevó a Frederica a su casa para que la catalogaran

fríamente de arribista depredadora. Tenía también varias hermanas, que aparecían con regularidad en la revista *Tatler* y estaban muy atareadas dedicándose sólo a ser damas de la alta sociedad. Freddy creía sinceramente que las mujeres eran buenas o malas, y que tocar a una mujer buena la ensuciaba y la ofendía. No quería clasificar a Frederica en ninguna de las dos categorías, aunque su madre podía y lo hizo, según sus criterios, con toda exactitud. Un día le dijo en una barca: «Creo que estoy enamorado de ti». Y Frederica fingió no haberlo oído, confiando en que le faltaría valor para repetirlo. Había procedido así con relativo éxito con otros hombres en otras ocasiones. Es necesario decir que lo que mantenía el interés de Frederica en el dulce Freddie era el título de éste y su inaccesible mundo. Y, al cabo de cierto tiempo, una mezcla de compasión y terror: compasión por su abyecta necesidad, terror hacia su mundo exclusivo y rígido, imposible de controlar y de aprender. Y avidez. A Frederica le gustaba saber cómo funcionaban las cosas, aun al precio de sonrojarse por su ropa y de no saber sostener apropiadamente una conversación trivial. Fue Freddie también quien la presentó a Nigel Reiver. Pero eso ocurrió más tarde.

9. *À l'éclat des jeunes gens en fleurs - 2*

Cuando llegó el verano de 1955, Frederica había ganado en confianza e inventiva para catalogar a la gente. Era capaz, por ejemplo, de inventar etiquetas genéricas para quienes habían pasado a ser amigos constantes, Alan y Tony. Llegó a la conclusión de que éstos eran, respectivamente, un camaleón y un farsante. Las denominaciones se le ocurrieron durante una semana en que estuvo brevemente en la misma habitación que dos novelistas muy diferentes. Alan persuadió a un amigo del King's College para que incluyera a Frederica en un té al que asistiría E. M. Forster. Tony insistió para que ella lo acompañara a una reunión de la Sociedad Literaria en la que hablaría Kingsley Amis. Primero tuvo lugar el té.

En muchos aspectos, Frederica no deseaba conocer a Forster. Temía que eso le estropeara las frases sobre la vaca, o el inicio de *Pasaje a la India,* cosas ambas que en cierta forma consideraba de su propiedad, dado que había evaluado con exactitud el acierto verbal con que estaban compuestas. También había una cuestión más íntima, la visión de la nada en las cuevas de Marabar, algo que ella había experimentado y reconocido al encontrarlo en la novela, y para lo cual no disponía hasta entonces de una denominación. Tanto ella como Alan, Tony, Edmund Wilkie y Alexander Wedderburn llevaban una vida frenética en un mundo que, según el novelista, había cambiado a tal punto que era imposible distinguirlo en su ficción. ¿Qué podía tener ella para decirle? ¿O él a ella? Aun así sería interesante, ya que no conocerlo, sí estar en condiciones de decir que había conocido a Morgan Forster.

El té tuvo lugar en unas habitaciones que daban al patio principal, al otro lado de la capilla. El novelista, bajito, viejo, con bigote, reservado, de aire benévolo, estaba sentado en un sillón tapizado de cretona. Quienquiera que ocupara esas habitaciones había desplegado un mantel, sobre el que había panecillos de leche, mermelada casera, bocadillos de pepino, té de la China, tazas de porcelana. Frederica le estrechó la mano a Forster y regresó a su silla, a medias tapada por una estantería, para observar la reunión. Los jóvenes —que parecían muy jóvenes— combinaban los buenos modales de una escuela privada con una especie de avidez por incitar recuerdos, algo que más tarde Frederica iba a apreciar en los

entrevistadores de televisión. El novelista habló de los paseos en barca de pértiga, de cómo el tiempo parecía transcurrir más despacio en el Cambridge de su época. Llevaba un traje de *tweed* de pelo largo con la cintura muy alta. Alan —que, según Frederica había descubierto poco a poco, provenía de un violento mundo de luchas para sobrevivir en medio de las bandas de adolescentes de Glasgow y que, en momentos de confianza, podía relatar espeluznantes historias sobre cadenas de bicicleta, navajas automáticas, puños de hierro y brutales heridas— se había cepillado el rubio cabello hasta dejarlo lustroso y ofrecía bocadillos con gran diligencia, diciendo «señor» con un acento escocés que hacía imaginar a Frederica una severa educación por parte de un exigente maestro. No había más que dos mujeres presentes en el té. Alan tenía ciertas maneras, cierta afectación, que sólo se manifestaban en las reuniones masculinas o, como en este caso, casi exclusivamente masculinas, una risa encantadora, una suerte de humildad también. Frederica no pudo menos que recordar cómo había quedado interrumpida la conversación sobre las vacas por la irrupción del sexo femenino. Se recostó en la estantería.

Al cabo de diez minutos Forster se durmió, y siguió sumido en el sueño durante el resto de la reunión, que transcurrió en medio de respetuosos susurros mientras el escritor roncaba a sus anchas, suavemente. Parecía satisfecho. Frederica sintió una leve oleada de temor, temor al fracaso y al encierro.

El hombre sentado a su lado en el suelo tenía nombre polaco —Marius Moczygemba— y una suave voz inglesa, clara y sin marcas de una clase determinada, lo que en aquel entonces significaba que no era un acento de ultramar, ni de Liverpool, ni un *cockney* depurado, sino una nítida voz de la BBC, sin sílabas ni letras elididas. Era una voz preciosa, y se sirvió de ella para explicarle a Frederica cómo decir sus expresiones latinas de forma elegante en latín de la Iglesia, un latín italianizado mucho más suave y agradable que el de la escuela, con sus úes y sus duras tes. Le dijo asimismo que tenía entendido que era una personalidad célebre en Cambridge, que le gustaría hablar con ella y también pintar su retrato, dado que poseía un rostro poco común.

—Estudié pintura antes de venir aquí. Creo que seré pintor. Pero seré mejor pintor con una buena educación clásica, ¿no te parece? Tal vez debería estudiar filosofía. ¿O más bien me aconsejarías inglés?

Frederica le preguntó qué tipo de pintura hacía, y él contestó que era indescriptible, pero que no se trataba de romanticismo

inglés. Tenía que ir a verlo por sí misma. Frederica dijo que le encantaría. Era un hombre menudo, vivaz, independiente, muy atractivo, y no sólo por la voz.

El novelista se despertó, se disculpó sin el menor embarazo y, tras comer una porción de tarta de cerezas, dedicó una leve sonrisa a todos los presentes y se marchó en silencio con paso lento y cauteloso. Mientras Frederica regresaba a Newnham a través de los jardines traseros de Cambridge, bajo el sol, intentaba descifrar la relación entre las cuevas de Marabar, su sombría imagen mental de una llama parpadeante, gusanos enrollados, la nada y un lenguaje preciso, y la vida de un hombre en Cambridge, con sus restricciones, sus panecillos de leche y su irresistible siesta. Cambridge no era un buen lugar para los escritores, pensó. Sí para los lectores. ¿Cómo vivir? Se lo preguntaba a menudo. Pensó en D. H. Lawrence, desarraigado y envuelto en disputas con mujeres en Nuevo México. Pensó en Stephanie en Blesford. Alzó la cabeza y sacó la barbilla, en un gesto de determinación general.

Tony insistió en que Frederica acudiera a la charla que daría Amis en la Sociedad Literaria, porque *La suerte de Jim* era un «libro importante». Frederica acabaría leyendo *La suerte de Jim* cuatro veces: una, porque alguien se lo había prestado; otra, para descubrir qué veía en él Tony; otra, porque estaba enferma en cama, leía muy rápido y había acabado todo el resto; y una última, porque estaba escribiendo un artículo sobre la moda en la literatura contemporánea. En las tres primeras lecturas no lo encontró divertido en absoluto ni vio dónde residía su «importancia». En la cuarta, que tuvo lugar después de su breve paso por Cambridge y después del surgimiento de los «jóvenes iracundos»,[43] estalló de pronto en un ataque incontenible de risa en la escena de las sábanas recortadas. En la época del artículo tenía la formación suficiente para catalogar la horrible y gesticulante burla de la Feliz Inglaterra, las bromas y la ira infantil de Jim Dixon[44] dentro de lo que se conocía como «rebelión limitada» de los intelectuales contra el benigno y rutinario estado de bienestar. Era capaz de comparar esta «rebelión limitada» con las reacciones ante una estructura familiar conocida como «casa del poder»,[45] en que los principios y prácticas de los padres son tan liberales, tan racionales, tan correctos que cualquier rebelión necesaria contra su autoridad debe asumir la forma de gestos absurdos, llenos de irritación o violencia. Creía saber algo sobre la casa del poder. Probablemente lo único que le había ahorrado acciones triviales de rebeldía había sido la

furia de Bill, que constituía una legítima causa de repulsión. Comprender esto —con el tiempo— no la hizo ser más tolerante con Jim Dixon ni admirarlo más.

En las cuatro lecturas de *La suerte de Jim* sintió una repugnancia de índole puramente sexual. Había una chica bonita, cuya belleza consistía en tener pechos enormes y una sorprendente disposición a encontrar atractivo y valioso al lunático de Dixon, y una mujer desagradable, a quien se juzgaba por su horrible maquillaje y sus extravagantes faldas, así como por su histeria y sus chantajes emocionales. Este personaje era objeto de un odio violento: «Dixon sintió ganas de arrojarse sobre ella, lanzarla hacia atrás en la silla, hacerle un ruido grosero y ensordecedor en plena cara, meterle una cuenta en la nariz». Frederica había tenido una vez una cuenta en la nariz, siendo niña: aún recordaba el dolor. Había además una anciana con sombrero color cereza a quien Dixon consideraba que había que aplastar como a una cucaracha por hacer retrasar el autobús en que él viajaba. Podría haber aceptado esta descripción exacta de las crueldades de una imaginación frustrada, pero la dejaba perpleja el hecho de que tantos amigos suyos viesen en Dixon una especie de héroe moral y gozaran con la estudiada grosería, las burlas y las muecas. Tony le explicó que Jim era el hombre decente, el hombre común y escrupuloso que luchaba con todas sus fuerzas contra el pretencioso esnobismo y la exclusivista frivolidad de los estetas de Bloomsbury o de *Retorno a Brideshead*. En una primera lectura, Frederica había interpretado el *Retorno a Brideshead* como un satírico ataque contra la fe católica, pero también se había sentido conmovida por la obra. Si se pretendía proponer la irresponsabilidad infantil como modelo de inocencia, ella prefería a Charles Ryder y Sebastian Flyte[46] en el jardín de donde inevitablemente iban a expulsarlos, antes que las bufonadas de colegial de Jim Dixon. Ambos eran niños eternos, uno como Peter Pan, el otro como Guillermo el travieso. La esperanza de Frederica era conocer hombres, no muchachos.

En cuanto al novelista, cuando tomó la palabra, le pareció apuesto, juvenil y agradablemente desprovisto de afectación. Se menospreciaba en su justa medida (cosa que resultaba del agrado de Cambridge) y no se preocupaba demasiado por la importancia de la literatura (respecto a lo cual el Cambridge de Leavis era más ambivalente). Los estudiantes congregados, que lo escucharon con bastante ecuanimidad mientras él insistía con ligereza en que las novelas eran ante todo un entretenimiento, iban a tratar más tarde

a Colin Wilson con desprecio y saña, como resultado de una mala información. Así como consideraban aceptable el humor, encontraban extraña y sospechosa la pasión existencial. Amis alabó el sentido común de Fielding,[47] despreció la excesiva seriedad de *Mansfield Park*[48] y habló de la gracia redentora de la comedia como medio para acabar con la pretenciosidad. Frederica no estaba exenta de esa seriedad extrema con que se puede acusar de falta de humor a quien pone reparos a tal opinión. Se enfureció, en parte porque había acudido allí con la intención de enfurecerse. Tony, sentado a su lado, con chaqueta de lanilla y una bufanda a cuadros anudada a la manera del tapaboca de un obrero, rió cuando el novelista desdeñó una pregunta referida a la novela como medio para «expresarse», y formuló por su parte otra para conocer la opinión de Amis sobre el valor de los estudios de literatura en las universidades. El novelista dijo que estaba en contra de las interpretaciones serias y pomposas, y a favor de enseñar a la gente a apreciar, leer y escribir un inglés claro y flexible. Accesible a todo el mundo, dijo Tony el socialista. Más o menos, repuso Amis, quien aún estaba lejos de creer necesario abogar por la exclusividad en la enseñanza.

Una vez fuera de la facultad de letras, Frederica se trabó en una apasionada discusión con el resto del grupo, sobre la utilidad moral del humor basado en la desvalorización. Tony habló de la decencia y la escrupulosidad del pueblo. Frederica declaró que todo ese asunto la hacía inclinarse más por Matthew Arnold y su «profunda seriedad».[49] Dijo que «pomposo» y «pretencioso» eran palabras que había que emplear con cuidado, por si se daba el caso de que se podían reemplazar por otras mejores, como «serio» o «responsable».

—Juzgar un estilo no tiene por qué consistir en formular un juicio moral, ¿no? —dijo con solemnidad, agitando los brazos—. En *Brideshead* se burlan cruelmente de Hooper por su acento y su pelo y por no conocer el estilo moral de Brideshead. Eso no me agrada: es injusto. Pero es igualmente malo que Jim Dixon se burle de Bertrand Welch porque pronuncia mal, usa boina y le gusta el arte, los países extranjeros y la historia inglesa, ¿no? Jim está demasiado seguro de saber qué falda es bonita para una chica y cuál es fea, y, lo que es peor, afirma que las chicas bonitas llevan faldas bonitas y las feas llevan faldas feas. Pero dentro de veinte años las faldas bonitas serán feas y quién sabe cómo serán las faldas apropiadas, y ya no usaremos maquillaje o tal vez nos pintarrajeemos como salvajes, y toda su bonita discriminación entre la elección del lápiz

de labios hecha por Christine y la hecha por Margaret se volverá ininteligible o anticuada. Y no creo que esté bien ni que sea divertido odiar a una vieja porque lleva un sombrero chato color cereza.

Y continuaba hablando. Frederica nunca sabía cuándo detenerse. Un desconocido la palmeó en el hombro y, con tono insistente y una cantarina voz galesa, le dijo que le parecía muy interesante lo que decía, muy divertido, muy serio también si quería, y que le gustaría charlar con ella, pero no en ese momento. ¿Podía saber cómo se llamaba y en qué facultad estaba?

—Es Frederica Potter, de Newnham —dijo Tony—. Discute sobre todo.

—Y yo soy Owen Griffiths, del Jesus College —dijo el galés—. Secretario del Club Socialista. Y tú eres Tony Watson, el hijo de Trevelyan Watson. Escribes cosas ingeniosas en *Varsity* y en *Granta,* y compartes las esperanzas revolucionarias de tu padre, pero no para ahora mismo, como san Agustín y el arrepentimiento, ¿no?

Algo así, dijo Tony, poniéndose un poco en guardia, mientras Frederica intentaba en vano catalogar al extraño, incapaz de decidir si su voz firme y cantarina era apasionada y carente de humor, o bien burlona y rebosante de confianza. También su aspecto físico era una contradicción: moreno, ancho de espaldas y rasgos angulosos, y no obstante de movimientos gráciles, con ojos oscuros y expresivos y una boca que tanto podía considerarse locuaz como indiscreta.

—Vendré a verte, chica —dijo él, y se alejó.

Fue el nombre de Trevelyan Watson, sacado a colación por Owen Griffiths no precisamente a la ligera, lo que permitió a Frederica catalogar a Tony —con bastante cariño— como farsante. Trevelyan Watson era un hombre de letras del Club de Libros de Izquierda, que había heredado y rechazado un título de baronet y escrito, entre otras obras, *Literatura para todos, El Támesis sujeto a contrato, Decadencia y sublevación* y *Otra tradición*. Vivía en Chelsea. Tony había estudiado en Dartington, un hecho al que jamás se refería, como tampoco se refería a Chelsea, dejando que se creyera que tal vez provenía de una familia de artesanos de Battersea. Todo lo que había de clase trabajadora en él —tetera, tostadas grasosas, bicicleta de carreras, camisas, botas, calcetines, chaqueta, corte de pelo— era el producto de una cuidadosa investigación. Al considerar todo esto, Frederica reflexionó en las extrañas relaciones entre las sutilezas de las percepciones humanas y de la

determinación de un estilo, y las distinciones de la vida moral y política. ¿Era consciente entonces del resplandor de un tema que acabaría por ser una obsesión, su propio tema? De momento, fue gracias al falso origen social de Tony que pudo definir a Alan como camaleón. A Tony lo veía como una obra de arte, no como una mentira, dado que él se limitaba a dificultar toda pregunta directa sobre su familia o su vida anterior. Más adelante Frederica llegaría a considerar el hogar de Trevelyan Watson también como una «casa del poder»: Tony era incapaz de rebatir las creencias de su padre; sólo le quedaba reprocharle que adoptara el estilo y actitudes de los trabajadores que admiraba y estudiaba y a los que no se parecía. Frederica no le hizo preguntas, pero sí que interrogó a otros ex alumnos de Dartington, y reunió suficiente información para escribir un artículo más entretenido y curioso que el de «Frederica, una enérgica estudiante de primer año», si así lo hubiera deseado. Las evasivas de Tony la divertían, pero a la vez ofendían su sentido del estilo. En su condición de hija de Bill, creía en cierta clase de verdad también en este terreno: ella era lo que era, como la lana era lana, el norte el norte y el nailon el nailon.

Alan, el camaleón, sí que pertenecía a la clase trabajadora, y eso declaraba si se lo preguntaban, aunque se las ingeniaba para que no se diera tal situación. Merced a su apostura delicada pero robusta, su cabello rubio, su acento escocés que no denotaba clase alguna, podía adaptarse con gran habilidad a la conducta de quienes lo rodeaban. En el pub con Tony era un auténtico bebedor de cerveza de la clase obrera. Con los grupos de medievalistas musicales —por lo general cristianos— mostraba una combinación de erudición escocesa con un evidente placer estético. Con los interesados en la pintura devenía sin problemas un entendido dotado de un delicado preciosismo. En el ambiente homosexual del King's College, como iba a advertir Frederica, Alan era capaz de metamorfosearse una y otra vez, según pareciera conveniente, y pasar de la rudeza de un obrero a una suerte de atleta griego (escocés) bien educado y satisfecho consigo mismo. Tenía una mirada perspicaz; después de que Frederica advirtió lo interesante que era observar sus transformaciones, lo descubría a veces meditando en quién ser y cómo. Más adelante se volvió demasiado hábil para poder sorprenderlo en el acto. Siendo como era un gran amigo suyo, ella ignoraba por completo a quién amaba, con quién se acostaba o a quién deseaba.

Si el camaleón le inspiraba más simpatía que el farsante era porque juzgaba que las mujeres tendían por naturaleza a tal estado.

Ella poseía un sentido demasiado firme e inflexible de su propia identidad para ser tan buen camaleón como Alan Melville. No tenía ninguna intención de hacer de ello una profesión, como empezaba a sospechar que era el caso de Alan. Sólo lo intentó hasta cierto punto. Decía «cariño» y «cielo» a la gente de teatro. Trató de vestirse según las ideas preconcebidas del dulce Freddie, aunque para algunas cosas se precisaba bastante dinero. (Él se quedó espantado ante un par de guantes de nailon largos hasta el codo, que imaginó de encaje antiguo.) Hablaba sobre el «valor» con los amantes de la poesía, y se mostraba elocuente y escéptica con Alan y Tony. Pero sólo en la cama —o en sofás, o barcas, o cogidos de la mano en los jardines traseros de Cambridge— practicaba de verdad ser un camaleón. Devolvía tanto —o, con mayor frecuencia, tan poco— como le ofrecieran o esperaran. Su avidez no se manifestaba en la cama del mismo modo que en la conversación: allí copiaba y aceptaba, no exigía. No era consciente de que eso era todo lo que hacía. En una ocasión despertó de un sueño en que era un prado, sujeta a la tierra por miles de raíces de hierba que salían de sus cabellos, fibrillas que, sin causarle daño, incorporaban su piel a los tepes, como un Gulliver absorbido por Lilliput. Y, sobre el prado, dando saltos lentos y lánguidos, rítmicos y semejantes, desfilaba una sucesión de ranas color amarillo claro, de largas patas y fláccidas en su mayoría: un súbito esfuerzo, un descanso con la respiración jadeante, un débil esfuerzo, una tras otra, tras otra...

Tal vez éste parezca un relato frío y objetivo de una época que fue rica, confusa, plena de emociones, y que como tal se percibió. El lenguaje con el que podría intentar poner orden en la frenética y variada vida sexual de Frederica entre 1954 y 1955 no estaba a disposición de ésta por ese entonces. Si bien contaba con los necesarios adjetivos de índole física e intelectual, no creía estar llevando a cabo ante todo una investigación, sino buscando amor, confianza, «alguien que la quisiera por lo que era». Los conceptos de «avidez» y «curiosidad» formaban parte sin duda de su vocabulario, pero los usaba de manera confusa. Y había reflexionado muy poco sobre los sentimientos o esperanzas de los muchachos talentosos o los jóvenes talentosos. Por muchas camas en que se metiera, por muchas mejillas que acariciara con fingida timidez, había cosas que no era capaz de entender. Después de todo, no había llegado allí con una desnudez total sino arropada por su cultura, para encontrarse con una red de expectativas amatorias, sociales y tribales que no siempre resultaba coherente y unitaria.

Por ejemplo, una parte de su ser creía ciegamente que una mujer no se siente realizada si no se casa, que el matrimonio constituía el fin de toda buena historia. Buscaba un marido, en parte porque temía que nadie la querría, en parte porque no sabía qué hacer con su vida hasta resolver tal problema, en parte porque todas lo buscaban. (Es curioso, aunque cierto, que las propuestas que recibió no modificaran en nada su firme convicción de que ella era un tipo de mujer que los hombres no deseaban en general como esposa.)

Creía, con una mezcla de «realismo» y resignación, que las mujeres se preocupaban mucho más por el amor que los hombres, que eran más vulnerables y más propensas a sufrir. Tenía en la mente muchas citas rotundas. «El amor en la vida de un hombre es algo aparte; para la mujer es toda su existencia.» «Él sólo para Dios, y ella para Dios en él.»[50] «En aquel tiempo no podía ver a Dios a causa de su criatura.» «Sólo exijo un privilegio para mi sexo, que no es necesario que envidiéis [...]: el honor de amar todo lo posible cuando la vida, cuando la esperanza ha desaparecido.» Estaba condicionada para desear ser sumisa. Este deseo se veía reforzado por la conducta de las heroínas de Rosamond Lehmann y de Ursula Brangwen[51] (a quien otra parte de Frederica despreciaba por completo). Y luego estaba el conocimiento recogido en los consultorios sentimentales, donde sumisas mujeres pedían ayuda frente a los indiferentes, los infieles, los que sólo pensaban en una cosa, los maridos de otras.

Podría decirse que la Frederica que había huido a Scarborough con Wilkie en lugar de acostarse con Alexander se rebelaba instintivamente contra el amor «total» (e irresistible), aunque ella habría dicho que tenía miedo del fracaso, la vergüenza, la pérdida de sangre. La Frederica que llevaba a cabo experimentos sexuales en Cambridge buscaba un amante ideal. Por un lado. Por otro, libraba una batalla con el sexo masculino entero. Solía decir «Me gustan los hombres», como uno podría decir «Me gusta el queso picante», o «Me gusta el chocolate amargo», o «Me gusta el vino tinto». Llegó a declarar que cada relación era lo que era —baile, sexo, conversación, amistad— y que había tantas como hombres existían. Era verdad, y ella lo creía, pero no era toda la verdad. Su conducta obedecía a generalizaciones sobre los hombres, o sobre «el» hombre, aunque en un principio no fue consciente de ello.

Los hombres tenían su propio comportamiento en grupo. Hablaban sobre las chicas como podían hablar de motores o de cerveza, haciendo bromas sobre la medida de los pechos y sobre las

piernas, planeando campañas de seducción como si fueran maniobras militares o peleas de bandas adolescentes. Para estos hombres, las mujeres eran sexo más o menos grato, más o menos fácil. Frederica se limitaba a hacer lo mismo, primero no con total conciencia, luego con completa deliberación. Juzgaba y catalogaba a los hombres. Calidad de la piel, tamaño del trasero, textura del pelo, habilidades. Los hombres discutían si las mujeres querrían o no. Frederica se empeñaba en catalogar a esos hombres según que supieran o no. Si los hombres «sólo» querían una cosa, Frederica Potter podía y quería hacerla, y la hacía. Se enorgullecía de que nadie tuviera derecho a referirse a ella como su novia. Se adelantaba a las seducciones planeadas, puestas en escena, pagadas (con un plato de carne al curry, con películas, con vino), aceptando de inmediato la propuesta o, excepcionalmente, rechazándola de forma franca y directa. Estos hábitos requerían cierto aprendizaje, y había momentos en que perdía el valor e incluso llegaba a preguntarse si era una mujer fácil o una puta. («Fresca» habría sido una palabra más apropiada para ella, pero pertenecía a otra década.)

Había también galanteos singulares. (Por supuesto, el galanteo y las campañas de seducción se superponían en parte.) Había hombres que la querían a ella en particular, o eso parecía, que le enviaban cartas citando a «aquella que no es imposible»,[52] que le preguntaban con delicadeza si tal vez los veía como algo especial. Aquí la confusión de Frederica alcanzaba su punto máximo. Creía que deseaba resolver el problema de su matrimonio, encontrar una verdadera mente (a la que se añadiera todo el resto, desde luego). Pero, a su vez, no quería ser como la generación de su madre, sin más libertad y poder que los que gozara durante el breve período artificial anterior a la concesión y la posesión. Despreciaba a los pretendientes que impedían que ella los tomara en serio, o que le permitían mantenerse sumisa —en su interior— ante lo desconocido no imposible. Respondía con evasivas y engaños, los compartía con otras mujeres, y no sentía celos ni aparentaba sentirlos. (Esto se debía a su egocentrismo: simplemente era incapaz de imaginar a los hombres en compañía de otras mujeres.)

A estas alturas debería ser evidente que, más de una vez, Frederica era tan cruel como destructiva. Como atenuante podría argüirse que ni la tradición ni la mitología cultural la habían llevado a suponer que los hombres poseyeran sentimientos. Los hombres —los malos— eran siempre embusteros, y autoritarios los buenos. El mundo les pertenecía, y lo que ella quería era vivir en

ese mundo, no que la buscaran como un refugio para apartarse de él.

Podría haber encontrado enseñanzas en la literatura. Había leído un sinfín de descripciones de la timidez y la desesperación del primer amor masculino. Pero, mientras que, gracias a una antigua fuente de saber, reconocía la humillación de Lucy Snowe[53] o de las valientes y condenadas muchachas de Rosamond Lehmann, así como la muerte del corazón, no reconocía a las coquetas profesionales ni a las jovencitas puras de las novelas masculinas, ni a las misteriosas presencias animales, ni creía tampoco en ellas. Ninguna tenía nada que ver con Frederica Potter, que era enérgica, seria, interesada en el sexo pero no obsesionada con él, y que quería hacerse amiga de esos individuos, si ellos consentían. En las novelas masculinas las mujeres eran irreales, y la idea de que los jóvenes pudieran tomarla por cualquiera de esos personajes sobrepasaba su entendimiento. De manera que todos luchaban, los hombres para adorarla sin esperanzas, Frederica para ser sumisa o libre, o ambas cosas, y todos quedaban perplejos y lastimados. Para gran sorpresa y alarma de Frederica, uno de estos jóvenes irrumpió sin invitación en un té que ella daba para otro, y destrozó una taza de té con un atizador. Frederica catalogaba las largas cartas de amor, profundamente meditadas, como parte de una campaña, y hacía caso omiso de ellas. Cuando un hombre desesperado —que no la atraía en lo más mínimo, salvo por sus enciclopédicos conocimientos sobre Thomas Mann— estalló en sollozos y dijo que se estaba burlando de él, lo único que pudo hacer fue mirarlo fijo, guardar silencio y marcharse.

Frederica temía el encierro. La nueva reina y el duque de Edimburgo visitaron Newnham, y el duque, rodeado de profesoras con peinado de peluquería y chicas con toga y aire tímido, preguntó en tono jocoso a la estudiante más antigua: «¿Saldrá alguna vez de aquí?». Y Frederica se llenó de ira, ira de que formulara esa pregunta cuando ella misma jamás había estado recluida, cuando rebosaba de vida y era libre, más libre —pensó con inocencia— de lo que él nunca sería.

La palabra «encierro» le hizo recordar a Stephanie.[54] La había visto ese verano, a su regreso de Francia y antes de partir para Newnham, y había conocido a William. Sentado con las rollizas piernecitas extendidas para equilibrar el balanceante tronco, con su hermoso pelo negro y sus largas pestañas oscuras, el bebé le había dedicado una sonrisa tenue y misteriosa, mientras su mirada se

paseaba por ella y más allá.

—Hola, bebé —dijo Frederica, tendiéndole un dedo.

Stephanie no quitaba ojo al niño ni un instante, no apartaba ni un instante su atención a más de dos metros de él. Le contó a Frederica que ya estaba esperando otro (concebido, le dijo, en un momento de alivio en que habían creído que Marcus se marcharía). Según sus palabras textuales, se había sentido «liberada de su encierro». Curiosa manera de demostrarlo, pensó Frederica, que en parte se sentía sensualmente atraída por la similitud y diferencia de la carne y los ojos oscuros de William, y en parte aterrorizada por él, por la satisfacción y lasitud física de Stephanie, por el proceso de encierro.

10. Normas y monstruos - 1

(I)

El párroco de Daniel, el señor Ellenby, se retiró y fue reemplazado por un hombre mucho más joven, Gideon Farrar. Daniel podría haber esperado que en esta ocasión lo trasladaran de Blesford, pero no había sido así. Conocía a Gideon Farrar de una asamblea diocesana, y le había contado a Stephanie que pasaba por ser «un torbellino». Dado que también a Daniel lo habían calificado con esta ambigua denominación, Stephanie pensó que habría cabido suponer que su marido aprobara al nuevo párroco, pero intuía que no era el caso. Acudió a oír su primer sermón, consciente de la ansiedad y el enojo incluso de parte de los feligreses que la rodeaban. El hombre había retirado varios objetos: el sentimental crucifijo victoriano había desaparecido del altar; los candelabros de múltiples brazos se habían reemplazado por sencillos candeleros cuadrados de madera; el paño bordado del altar, por una austera tela blanca. Stephanie, a quien desagradaban el cuerpo afeminado y la dulce sonrisa del dios crucificado, se sorprendió al sentirse indignada por su brusca desaparición. Se preguntó si la nueva escoba se dispondría a barrer también del santuario el horrible tapiz bordado confeccionado por las damas de la parroquia en memoria de los caídos en la guerra, hecho con colores militares: caqui, azul marino, camuflaje. Se preguntó si, de ser así, también lo echaría de menos.

Gideon Farrar, unos diez años mayor que Daniel, era un hombre corpulento que se mostraba complacido con su aspecto físico. Lucía una barba cuadrada, abundante y en forma de pala, rubia como el trigo, prematuramente veteada y sombreada de plata; el borde fino y un tanto curvado de la barba le daba un aire al rey de corazones. Bajo el bigote de largas puntas aleteantes tenía una boca grande con gran variedad de sonrisas. Llevaba vestiduras sacerdotales más sencillas que las del señor Ellenby, con modernos pespuntes abstractos. Predicó sobre las relaciones personales, incluidas las suyas con sus parroquianos. Pronunció el sermón con una cordialidad rebosante de calidez y energía, mientras su mirada errante se cruzaba aquí y allá con la de un feligrés airado o

renuente.

—Hoy, en que me presento aquí ante vosotros para ser vuestro pastor, quiero hablaros sobre los tres sentidos de la palabra "persona" o "personalidad". Quiero que pensemos en la segunda persona de la Trinidad, Jesucristo, el hombre divino, que es la persona más verdadera en todos los sentidos, con quien tenemos nuestra principal relación personal. En segundo lugar, quiero que pensemos sobre las modernas interpretaciones del sentido antiguo que se le daba al término con que denominamos al pastor, *parson,* palabra que significa "persona" y que así se entendía en el pasado, como el hombre representativo, *persona exemplaris,* el representante de la naturaleza personal de la comunidad o feligresía. Y, en tercer lugar, quiero considerar cómo ha contribuido la nueva ciencia de la sociología a nuestra manera de entender las relaciones personales. Ya que esta ciencia, en especial en Estados Unidos, ve nuestras relaciones sociales en función de lo que denominan "roles", o papeles dramáticos prescritos, y de nuestra manera de desempeñar esos roles, por ejemplo, de padre, alumno, ejecutivo, obrero cualificado, asistente social, esposa, pastor o lo que sea. A estos roles se los llama también "persona", un término que deriva del nombre que recibían las máscaras de los actores, las *dramatis personae* de las tragedias de la antigua Grecia. Como dijo Shakespeare con tanto acierto, "Un hombre desempeña muchos papeles en su vida". Nuestros roles pueden entrar en conflicto entre sí. Las cualidades que exige la sociedad para ser un buen pastor, un buen padre o un buen ciudadano pueden ejercer sobre nosotros presiones contrarias, de las que no somos conscientes. Como cristianos, y con la seguridad que nos infunde nuestra relación con la personalidad perfecta y no parcial de Jesucristo, quien fue todo para todos, tal vez nos burlemos de los conceptos de esta nueva ciencia, la cual afirma que nuestra personalidad es obra de las instituciones, la historia, las expectativas de los demás, y que no somos más que nuestras máscaras. Pero sería un error por nuestra parte burlarnos...

»Me gustaría hablaros un momento de las revolucionarias ideas del pastor Dietrich Bonhoeffer, quien, como sin duda sabréis, fue enviado a Auschwitz por su participación en el complot para derrocar a Hitler, y ejecutado en abril de 1945. Bonhoeffer afrontaba sin miedo el hecho de que nuestra sociedad haya descubierto que puede prescindir de Dios, en la ciencia, la política e incluso la moral. Como cristiano, aprendió a alegrarse de esta evolución, porque, en nuestra calidad de cristianos, nos coloca en la

posición misma de Cristo en un mundo extraño y carente de comprensión. En nuestras relaciones personales podemos encontrar a Cristo...

»Como pastor vuestro, no soy vuestro representante. A lo sumo soy una persona, una máscara, que representa la historia e instituciones de la Iglesia, las cuales pueden ser tanto una fuerza como, a veces, un muro entre nosotros mismos y la verdad viviente. Esos roles tienen una función útil. Pero no han de ser celdas de confinamiento: más allá de ellos y a través de ellos debo ser un hombre entre los hombres, debo acercarme a vosotros como un hombre entre los hombres.

»Quiero insistir en que, a modo de humilde investigación, nos reunamos fuera de este edificio especial tal como lo hacemos dentro, para descubrir nuestras relaciones personales en el mundo al igual que en la iglesia. La sociología y la psicología tienen mucho para enseñarnos sobre las relaciones de los hombres dentro de un grupo, y debemos aprender de sus hallazgos. La familia es el grupo primordial: lo que somos en familia ejerce una profunda influencia sobre la manera en que nos comportamos en otros grupos, y en la familia de Cristo. He tomado por costumbre compartir con mis feligreses simples comidas familiares que son comidas reales, no sacramentos ni símbolos, en nuestras casas reales, para partir el pan y el vino, para debatir y descubrir. Confío en que os reuniréis conmigo.

Los Orton fueron invitados ese mismo domingo a uno de los «ágapes» o comidas «en familia» de Gideon. Su mujer, Clemency, telefoneó y explicó que todo el mundo debía asistir, incluidos la madre de Daniel, el hermano de Stephanie, el bebé. Marcus dijo que prefería no ir. Daniel dijo que Marcus iría: dado que vivía en su casa (de Daniel), haría lo mismo que los demás miembros de la familia. Por toda respuesta, Marcus se marchó escaleras arriba. Pero estaba listo, al pie de éstas, cuando volvieron de la iglesia para recogerlo.

Algo había pasado en la oscura rectoría victoriana. Olía a pintura fresca, que era principalmente color amarillo limón y blanco. Habían echado abajo paredes, con lo que habían desaparecido varias habitaciones privadas, pequeñas y mal ventiladas. La antigua sala y el antiguo comedor habían pasado a estar unidos por un gran arco, y la luz que entraba de la calle iluminaba el jardín trasero, que ahora parecía un patio de juegos

infantiles. Había sillas circulares de colores vivos —carmín, turquesa, limón— con negras patas metálicas. Habían retirado las gruesas alfombras turcas y colocado en su lugar esteras claras. Tampoco estaban las pulidas vitrinas de caoba, reemplazadas por una mesa de refectorio de pino natural, largos bancos y un aparador de pino con vasos finlandeses y vajilla de gres de Denby, verde azulado por dentro, blanco mate por fuera, decorada con espigas de trigo. Las cortinas eran de lino blanco, salpicadas de discos irregulares color oro y plata. En las paredes había reproducciones del *Niño con paloma,* de Picasso, un gallito de Chagall y unas alegres obras de Miró. Las ventanas seguían siendo lo que siempre habían sido: pesados y suspicaces postigos norteños para protegerse del mundo exterior. Eran tal vez ellas las que hacían que las proporciones resultaran paradójicas, un caserón sueco condensado en una casita suburbana. En la época del señor Ellenby, las habitaciones parecían amplias, altas, abarrotadas. Stephanie reflexionó en la propensión humana a exigir que las cosas sean como siempre han sido, a resistirse a los cambios. El anterior abarrotamiento la deprimía, y la desaparición de éste la inquietaba.

Clemency Farrar se mostraba tan complacida con su aspecto físico como Gideon. Tenía un pelo negro sedoso con un corte de cola de pato, un bucle sobre la blanca frente, un jersey escarlata brillante, una falda negra y escarlata y un collar de cuentas escarlata. Su apariencia era impecable y radiante. Había cuatro niños, que dieron un paso adelante como en un ballet para estrechar las manos: Jeremy, Tania, Daisy y Dominic. Jeremy tenía la delicada estructura ósea y el pelo azabache de Clemency, con la boca y los grandes ojos de Gideon. Tania tenía largas trenzas negras y piel oscura. Los ojos y la boca eran sin duda chinos. Daisy era negra, negra como el carbón y con una piel mate, la nariz chata de una africana del este y apretados rizos negros, sin brillo. Llevaban pantalones con peto y jersey de cuello vuelto más o menos a juego, como un equipo en uniforme, e iban muy limpios. Parecían tener casi la misma edad, alrededor de unos diez años, posiblemente con menos de uno de diferencia entre cada par.

Clemency tendió los brazos para coger a William y alabó su belleza. Gideon encontró un sillón para la señora Orton y admiró su sombrero. Aparecieron dos adolescentes con delantal, a las que presentaron como dos alumnas del instituto que ansiaban conocer a... ¿cómo era tu nombre?, ¿Marcus? Marcus. Marcus, por favor, ve a ayudar a Jacqueline y Ruth a traer los platos. Todos ayudamos en las comidas en familia.

—¡Que no se caiga nada! —dijo la señora Orton.

Gideon rió.

Se sentaron alrededor de la larga mesa y comieron. Gideon y Clemency hacían una suerte de comentario tanto de los alimentos como de los presentes. Era más bien como leer una novela en que todo estaba allí porque significaba algo, no simplemente porque estaba allí, reflexionó Stephanie. En el centro de la mesa había un ángel de madera sin rostro, una pulida esfera en lo alto de un cono, con un halo dorado y unas alas delgadas abiertas en forma de media luna, como una representación de arte conceptual de un niño danzante. Tomaron una sopa de zanahoria y lentejas, con panecillos morenos calientes.

—Comida sana —dijo Gideon—. Comida de la tierra. Yo hago el pan. Me enseñó Clemency, por supuesto, pero me jacto de hacerlo mejor. A la masa le gusta mi rudeza, le gusta que la golpeen antes de leudar. Podéis comprar levadura en la panadería.

—Ya sé —dijo Stephanie, que hacía un buen pan.

Había vino en una jarra marrón. En las comidas en familia, dijo Clemency, siempre se ofrecía pan y vino, como ingredientes normales. A los niños les añadían un poco de vino al agua.

Comieron jamón asado, patatas asadas, manzanas al horno, ensalada. Las estilizadas espigas de trigo se repetían de disco blanco en disco blanco. Marcus rechazó el jamón.

—¿Eres vegetariano? —preguntó Gideon, dejando por un momento de cortar el jamón.

—No, no me gusta la carne.

—Hay días... cuando tengo la impresión de penetrar en la vida de las cosas... en que me pregunto si debería comer carne. ¿Señora Orton?

—Yo no tengo manías.

—Y hay días —prosiguió Gideon, cortando con energía la carne — en que pienso que no debo apartarme de mi especie. Dios tuvo sus buenas razones para hacernos carnívoros, los hombres han comido carne juntos desde que el mundo es mundo...

—Cuando la conseguían —intervino la madre de Daniel, mientras recibía sus rosadas rodajas, untadas de miel y sazonadas con clavo de olor.

Gideon dejó el cuchillo y, con gesto significativo, alzó su vaso, partió su panecillo. Las adolescentes masticaban su pan con aire pensativo. Era un pan muy bueno. Marcus hacía girar su patata con el tenedor, y luego hizo otro tanto con la manzana. Una era una

forma ovoide imperfecta; la otra, una esfera blanda y perforada. Además, el motivo rojo sobre el plato blanco no armonizaba como debía con el verde, por lo que las espigas de trigo parecían dobles y superpuestas, en lugar de verse miméticamente en tres dimensiones. Desplazó la manzana hasta tapar el dibujo y cortó un extremo de la patata. La señora Orton engullía su jamón, con el entrecejo fruncido por la concentración. Gideon se dirigió a ella.

—Creo fervientemente en la alimentación de la familia extendida —le dijo—. Es un privilegio tenerlos a todos con nosotros, incluyéndola a usted y al pequeño William. Es una alegría verla instalada entre los suyos, ocupando su lugar, ofreciendo algo a la familia. Demasiados padres pasan a ser una presencia no deseada cuando se supone acabado su período de utilidad. Estamos debilitando el tejido de nuestra sociedad. Es un grave error.

—Así es —repuso la señora Orton.

Marcus pensó: «Ella no es de ninguna utilidad. Espera que él le ofrezca más jamón. No quiere ser útil. Se limita a comer». Esta inquina vulgar por parte de Marcus podría haberse tomado como indicio de que, de hecho, la señora Orton tenía su utilidad, y el propio Gideon, que era muy perspicaz, podría haberlo aducido, si Marcus hubiera dado algún signo de pensar algo. Pero no lo daba.

Clemency le habló a Stephanie de su familia.

—Yo era hija única, y por eso creo fervientemente en la vida de familia. Trabajo como asesora familiar. Me formé como asistente social antes de decidir casarme con Gideon. Somos muy afortunados por tener la familia que tenemos, una familia tan unida.

Stephanie no lograba encontrar un modo apropiado para preguntar sobre el origen étnico de los jóvenes Farrar, pero recibió la explicación correspondiente.

—Después del nacimiento de Jeremy, Gideon y yo hablamos sobre el problema de la superpoblación y llegamos a la conclusión de que sería un error traer más niños al mundo, cuando hay tantos que pasan necesidades. Así que decidimos adoptarlos. Tania viene de una misión en Malasia, donde por desgracia no tratan muy bien a los chinos (ella es china). Y la madre de Daisy se volvió a África después de tenerla, para casarse y formar una familia africana, y dejó a Daisy con unos parientes que pronto se dieron cuenta de que no podían mantenerla debidamente. Era el caso de una familia extendida que asumía una tarea que podría haber cumplido muy bien en su país de origen, pero que descubría que era imposible de realizar en una sociedad cerrada como la nuestra. Y los padres de Dominic lo entregaron una Navidad a una iglesia de Londres. Lo

habían vestido con un pelele precioso y una mantilla; lo querían muchísimo, pero no podían ocuparse de él de ninguna manera. Así que nos unimos todos para ayudarnos. Tania está excepcionalmente dotada para la gimnasia. Daisy es muy musical. Toca dos instrumentos. Y Dominic tiene el don de la comicidad: un actor nato, dicen sus profesores. Tenemos grandes esperanzas. Me gusta montar espectáculos familiares en la iglesia, donde todos los niños pueden dar lo mejor de sí mismos. ¿Hacéis cosas como éstas en la parroquia, Stephanie?

—El auto de Navidad —dijo Stephanie.

—Haremos algo verdaderamente maravilloso para la fiesta de la cosecha. William es demasiado pequeño para hacer otra cosa que no sea escuchar, pero aun así tienes que traerlo. Y supongo que Marcus es demasiado mayor. Pero la Asociación de Jóvenes Cristianos... Gideon es un apasionado de la juventud...

Comieron tarta de manzana con nata, y queso de Wensleydale. La chica sentada junto a Marcus le dijo:

—¿Qué asignaturas haces para el bachillerato?

—Hacía historia, geografía y economía.

Ella no hizo preguntas sobre el «hacía».

—Conocí a tu hermana en la escuela. Increíblemente inteligente.

—¿A Stephanie?

—A Frederica. Me refiero a Frederica.

—Ah, Frederica. Sí.

—Yo hago biología. Y botánica y zoología.

Marcus volvió a acomodar unas rodajas de manzana con mayor ahínco, de forma que pareciera que había comido más de lo que en realidad había hecho.

—¿Por qué? —preguntó.

—Bueno, soy buena en esas materias. Me gusta estudiar cómo viven las cosas. El ciclo de vida de un conejo o un hormiguero pueden ser apasionantes.

—¿De veras?

—No tienes por qué burlarte.

—Perdona. No pretendía... Quería... Sólo quería decir «¿de veras?».

—Es algo que cambia a la gente —dijo la chica.

Marcus no la había mirado, y siguió sin mirarla. No tenía ni idea de qué aspecto tenía, si era alta o no, ni siquiera si se trataba de Jacqueline o de Ruth. Pero de pronto se sintió bastante complacido de estar llevando una conversación normal.

—¿Qué vas a hacer después? —preguntó.

—Cultivar cosas. Horticultura. Silvicultura. Tal vez agricultura. Algún tipo de cultivo. Se puede ser muy feliz haciendo algo así.

Marcus comió unos bocados de manzana y unos trocitos de queso.

—Y tú ¿qué vas a hacer? —inquirió su vecina no mirada.

—No tengo ni idea. Cultivar cosas suena mejor.

—¿Mejor que qué?

—Que lo que... que lo que iba...

—No puedes decir que es mejor si no sabes respecto a qué es mejor.

—Oh, sí que puedo —repuso Marcus, siempre sin mirarla.

Gideon dijo que Stephanie y él lavarían los platos. Había una planificación de tareas familiares, y a él le tocaba lavar los platos.

En la cocina habían quitado la pintura de los armarios y colocado una nueva mesa reluciente, así como un papel claro con motivos de espigas, y baldosas de vinilo azul y blanco, pero la habitación seguía siendo obstinadamente oscura, un lugar donde las criadas habían llevado una vida de encierro. Gideon se puso un delantal y se inclinó sobre el fregadero como un nervioso motociclista. Tenía la camisa arremangada y el cuello abierto. Mientras Stephanie iba y venía con las fuentes y los platos, la hizo ser consciente de la proximidad de sus caderas en el exiguo espacio. Ella metió la nueva barriga, un poco voluminosa para el talle de su viejo vestido. Él le miró fugazmente los pechos: el vestido le ajustaba bajo las axilas. Sobre los platos, su barba era vivaz y abundante. Gideon estaba radiante.

—Háble me de usted —le dijo.

—No hay más que lo que se ve. Tengo un marido, un bebé, una suegra y un hermano. Eso me mantiene ocupada.

—Suena lógico. Pero ¿está segura de que es así?

—Tengo que aclarar que no soy cristiana. Daniel y yo nos entendemos. Lo ayudo en su trabajo parroquial en todo lo que está honradamente en mis manos.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Supuse que quería saber cómo me integraba en la parroquia.

—No, no es lo que quiero saber. Tengo interés en usted. Creo que oculta algo.

Y eso está muy trillado, pensó Stephanie, que ya lo había oído antes. Le dio la espalda y se acercó al azar a un armario para apilar platos, para mirar a otra parte.

—Tengo mi vida privada —dijo.

—Lo entiendo —su voz tenía un tono muy íntimo—. Pero tiene

que permitirme que sienta cierta curiosidad por usted, no por la mujer de Daniel, ni la madre de William, ni la hermana de Marcus, ni siquiera por la colaboradora esposa del vicario de esta parroquia. Todos esos son roles.

Y éste también, pensó ella, observando cómo la observaba.

—Era profesora.

—Un rol diferente. ¿Lamenta haberlo dejado?

A Stephanie le habían enseñado a contestar las preguntas con precisión, y así lo había aprendido.

—Echo de menos el intercambio de ideas. Los libros. Trabajar con los libros.

—No tiene que renunciar a su realización personal. Es una mala costumbre de las mujeres.

—Soy muy feliz.

—No, no lo creo. Percibo una especie de vacío en su interior. Un hábito de abnegación.

Stephanie reaccionó con agresividad.

—Dice usted cosas embarazosas.

—Eso está mejor. Quería una respuesta franca. Algo personal.

—Soy partidaria de los buenos modales, señor Farrar.

—Sí, desde luego, en general estoy de acuerdo. Pero usted y yo vamos a trabajar estrechamente juntos.

—Ya le he dicho que no soy...

—Que no es cristiana. En nuestro mundo secular, Cristo adopta muchas formas de incógnito. No tenemos el deber... ni el derecho, probablemente... de revelarlas.

Stephanie no entendió el comentario. Él la aferró por los hombros cuando volvió a pasar por su lado e hizo que lo mirara.

—¿Amigos, Stephanie?

Ella percibió su voluntad.

—Claro, eso espero —murmuró con ambigüedad.

Los ojos dorados se posaron en su busto abotonado. Gideon le acarició el cabello y la soltó.

Más tarde la desconcertó la irritación que esta conversación corriente le había provocado. No había sido más que una versión grosera de las habituales insinuaciones. Lo que se había declarado era: «Digo que es usted interesante porque me atrae». O: «Porque soy la clase de hombre que se siente atraído por todas o casi todas las mujeres bien parecidas». Gideon había desplegado una combinación de vanidad personal e indiscreción que no es infrecuente entre los clérigos. En algunos casos —no, pensó, en este

caso—, los pastores recurrían a la vanidad y la insistencia para ocultar una timidez básica. Ése era su papel. En Farrar —como en Daniel, de hecho— la energía sexual no era producto de la inseguridad, sino sencillamente de un enorme dinamismo. Se sentía avergonzada por haber reaccionado. Había necesitado que le dijeran que aún era una mujer, y se sentía avergonzada por necesitar que se lo dijeran de esa manera. Y él le había hecho decir lo que le ocurría: que extrañaba sus libros.

(II)

En las semanas que siguieron, Daniel quedó sorprendido e incluso estupefacto al comprobar hasta qué punto echaba de menos al señor Ellenby y sus convicciones. Decía en broma (a Stephanie) que la parroquia había perdido a un rey madero y tenía ahora un rey cigüeña.[55] Pero, mientras permanecía en la iglesia después del oficio religioso, se dio cuenta del cambio producido tanto en él como en el edificio, pues la profunda creencia del señor Ellenby en los misterios de la fe cristiana, en el orden que Dios había prescrito e impuesto en la moralidad y la historia, había sido reemplazada por el énfasis de Gideon en las relaciones personales. Daniel se sentía incómodo con «lo personal»: lo que el señor Ellenby consideraba una intromisión de Daniel en la vida privada de sus feligreses era para Daniel una manera práctica de ordenar las fuentes de ayuda. No pedía afecto, y menos aún amor, a aquellos a quienes ayudaba, sino que ponía en juego una desbordante imaginación y un tenaz esfuerzo para ayudarlos de un modo sensato. A juicio de Daniel, Gideon era un hombre cuyas necesidades religiosas nacían de un acuciante deseo de conseguir y ofrecer afecto, contacto, calor humano. No habría sabido decir si el hecho de que esto le inspirara temor y desconfianza era un defecto por su parte o una virtud.

Cuando estaba solo en la iglesia reflexionaba en lo que ésta significaba para él, un hogar donde nadie vivía, un edificio construido para representar una idea de la naturaleza de las cosas, un lugar donde ciertas frases, ciertos rezos, ciertas confesiones de fe se habían repetido y repetido a lo largo de los siglos, un edificio donde una comunidad había sido más sensible a su vida en común que a las necesidades individuales de hombres y mujeres. La iglesia era pesada, sofocante, cerrada: representaba el orden y la autoridad. En la época del señor Ellenby, para quien la verdad, el orden y la

autoridad eran seres vivos, Daniel se había permitido el lujo de ser rebelde, de cuestionar en el secreto de su mente las fuentes de su religión, de la moralidad humana. En la nueva disposición de cosas, en que las ideas de Gideon parecían inspirarse en una visión casi antropológica de la fuente de moralidad de la vida familiar, Daniel se encontró con que echaba de menos los mandamientos, la autoridad misma. Amaba a su esposa apasionadamente, y a su hijo con un temor que lo volvía protector, y a su madre con un sentido de lazos de sangre y responsabilidad tribal. Esos amores no lo habían conducido al amor universal, si es que existía tal cosa. Su sentimiento de que había que reconfortar a los viejos, aliviar a los enfermos y volver útil al inútil provenía de una necesidad de orden, tan profunda que había requerido la autoridad de las órdenes sagradas, una forma que sancionaba su determinación de consagrar la vida a devolver un poco de orden a la confusión, la debilidad y el miedo que los hombres infunden a todo. La fe del señor Ellenby había bastado para los dos. A menudo se había sentado en aquella iglesia y pensado: En otra sociedad habría podido ser perfectamente sacerdote budista, hindú o musulmán. Lo que él creía, y que afirmaba creer cuando recitaba a diario el credo, era lo que estaba disponible en Sheffield a mediados del siglo veinte y, por lo tanto, lo más justo de creer. Ahora, con Gideon, esta duda conciliable se volvía más peligrosa de lo que nunca había sido. La iglesia parecía vacía; el altar, una simple mesa; las palabras (improvisadas más a menudo, menos repetidas con regularidad), menos acreditadas, más dudosas.

La iglesia de San Bartolomé contaba con el habitual grupo de viejas devotas cuya vida parecía centrada por completo en ella. Nunca habían apreciado demasiado a Daniel, quien, a su juicio, prestaba insuficiente atención a las ferias benéficas y las tertulias matutinas. Luego habían pensado que era subversivo. Chasqueaban la lengua con desaprobación cuando él interrumpía bruscamente sus conversaciones sobre lo que debía y no debía hacerse. Criticaban sus zapatos cubiertos de polvo y la vehemencia de sus prédicas. Ahora, sin embargo, se apiñaban a su alrededor después de la comunión, y, bajo los amenazadores sombreros, las caras expresaban una mezcla de miedo e ira impotentes. Le preguntaban qué era lo que iba a cambiar, en su opinión. Le preguntaban en qué creía realmente Gideon. Le preguntaban qué sería de los que tenían una fe simple y confiaban en la recompensa de la otra vida. Daniel no podría haber afirmado que amaba a esas mujeres, pero las

conocía bien, las había observado, sabía cómo se aferraban a las repeticiones, los rituales, las certezas, los hábitos de la parroquia.

Una o dos veces, Gideon las había llamado arpías. Las veía como parte de aquello en que la iglesia se había transformado, de lo que él quería erradicar, renovar, abrir al mundo. Daniel, observándolas un domingo poco después de su primer ágape, las vio como supervivientes de un culto amenazado, agrupadas en busca de alivio, fantásticamente coronadas con un rojo gorro frigio, una guirnalda de coronas de rey sobre una torrecilla púrpura, un penacho de plumas en un casco de fieltro. Una sonrisa forzada dejaba ver unos dientes falsos, grandes, fuertes y blanquísimos en la cara de piel muy fina. Una boca fruncida temblaba con desaprobación entre las líneas radiales de las arrugas. No eran arpías, ni brujas siquiera: eran viejas. Hablaban a coro con voz lastimera y desagradable, e, imaginando su sensación de pérdida y despojo, Daniel tuvo la fugaz sensación de haber salido de la oscuridad, de un rincón polvoriento, y estar mirando con los ojos entornados la iglesia desembarazada de telarañas y encajes, de vestimentas sacerdotales y de Dios Padre, de los cirios y llamas del Espíritu Santo.

Gerry Burtt esperó a Daniel en un rincón oscuro de la iglesia hasta que incluso esas viejas mujeres se hubieron marchado, y entonces salió furtivamente y le tiró de la manga justo cuando se iba.

—¿Puedo hablar un momento con usted? Como ve, soy Gerry Burtt.

Daniel no lo reconoció. Gerry Burtt hizo un esfuerzo.

—En los periódicos. Hace nueve meses.

Daniel trató de hacer memoria, en vano.

—Me absolvieron. No era cierto. Fue a ella a la que encontraron culpable.

—¡Ah, sí! Barbara Burtt.

—Sí.

Daniel recordó. Había sido un caso que había dado mucho que hablar: una pareja joven, casada en el último minuto, acusada del asesinato de su bebé de seis meses. Gerry y Barbara Burtt. El bebé había recibido golpes y quemaduras, padecido hambre y, por último, había muerto asfixiado. Una multitud de mujeres congregadas frente al juzgado de Calverley habían abucheado a gritos a los padres cuando los habían introducido precipitadamente en el edificio, ciegas siluetas cubiertas con mantas. En la tribuna del

público habían chiflado, estremecidas de ira. Un buen abogado había persuadido a Barbara Burtt para que se confesara culpable de infanticidio. Gerry, quien mantenía que no era responsable de ninguna de las heridas, verdugones y quemaduras del cuerpo de su hija, y a quien su defensor describía como «un tanto torpe», había sido condenado por falta de asistencia a una persona en peligro y acababa de salir de la prisión. Por lo que creía recordar Daniel, a su mujer la habían internado en un hospital psiquiátrico.

—Señor Burtt. Dígame en qué puedo ayudarlo.

—En nada, creo. En nada.

Era un alfeñique, más parecido a un muchacho que a un hombre, con una cara pálida cubierta de lunares, granos y grandes extensiones de pecas, como si el rostro de rasgos ordinarios hubiera sido colonizado por unas manchas animadas y sin duda extrañas. Tenía ojos azul claro y pestañas de un rosado claro, cortas y algo espesas. Se sentó junto a Daniel en la iglesia, en un banco del fondo, y, en media hora o más, pronunció lentamente unas pocas frases.

—Me siento mal. Todo el tiempo. No quiero seguir adelante. No puedo trabajar, no puedo hacer nada, no tengo nada. No puedo hablar, ni en el pub ni con mi familia. Estoy muy mal —con voz apagada e insistente, repitió que estaba mal—. No me gusto. Me pongo enfermo.

Daniel le preguntó por el trabajo. No tenía. Le preguntó por la familia.

—No quieren saber nada. Con razón.

Las fórmulas fáciles se quedaron atascadas en la garganta de Daniel. ¿Cómo podía utilizar palabras como «perdón» o «arrepentimiento»? Dijo:

—Sin duda quiere seguir adelante. Ha venido a la iglesia.

El señor Burtt arañó las baldosas de la iglesia con la puntera metálica de su bota.

—A lo mejor he venido... para renunciar, para rendirme. No lo sé. A lo mejor he venido por ella.

—¿Su mujer?

—Ella. Le digo... Lo que he venido a decirle es... que no soporto. No soporto, si la dejan salir. Si ella vuelve. Si se me acerca. Si tengo que verla otra vez. No sé lo que haré.

—¿Hay probabilidades de que la dejen salir?

—No sé. Ella quiere verme. Piensan que yo... No sé.

—Háble me de ella.

—Era como un animal. No, peor. Los animales cuidan a sus hijos. Era perezosa. No puede imaginarse lo perezosa que era.

Nunca salía de la cama. Nunca se sacaba ese horrible camisón. Nunca cocinaba, ¿sabe?, nunca calentaba nada, ni para ella ni para mí... ni para la cría. Por la habitación no había más que tazas sucias y paquetes de cosas: cereales, pasteles de nata, chocolate, esa clase de cosas, crema de cacahuete que comía del tarro.

—A veces la gente que duerme así está enferma.

—Ella no soportaba a la cría porque no la dejaba dormir. Nunca abría las cortinas. Lo hacía para que la cría estuviera tranquila. La obligaba a estar tranquila.

—¿Trató usted de ayudar a su hija?

—No, no —su rostro ceñudo de mirada fija se contrajo un instante—. Era parte de ella, ¿comprende? El olor que había... la cama sucia, los pañales que apestaban, mugre por todos lados. Todo era parte de ella. La cría estaba en el medio de todo eso. Con el mismo olor, el olor de ella.

—El bebé no se encontraba bien. Sufría.

—Estaba tranquila. Cada vez que yo volvía a casa, estaba tranquila. Era lo mejor. En cuanto se movía, ella se cabreaba y chillaba y daba golpes como una loca. Para cabrearse y chillar sí que tenía energías —hizo una pausa—. La cría tenía una voz muy débil, en el mejor de los casos.

—Tal vez su mujer estaba enferma. Necesitaba ayuda. Les pasa a las mujeres, después de tener un bebé, a la mayoría de las mujeres.

Los ojos lagrimosos se encontraron con los suyos, bajo el camuflaje de las pecas.

—Eso dicen todos. Lo que yo pienso. Lo que pienso es que algunas son malvadas. Simplemente malvadas. Ella era sucia y malvada. He venido... a la iglesia... he venido, porque en la iglesia se puede decir que fue malvado lo que le ocurrió a la cría, lo que ella es, lo que yo hice. O no hice, en realidad.

Había ido para que lo juzgaran. Daniel suspiró.

—¿Cuántos años tiene ella?

—Dieciocho.

—Es una niña.

—¡Oh, no! Nunca fue una niña. Me pone terriblemente enfermo. Va a volver.

Daniel no tenía valor para exhortar a Gerry Burtt a perdonar.

—Señor, he venido a pedirle ayuda. Para mí. Ayuda para mí.

Desprendía un olor acre a desesperación, que emanaba de su boca, sus axilas, sus pantalones.

—Si no puede verla, no tiene que hacerlo —dijo Daniel—. No le haría ningún bien. Tal vez debería marcharse de aquí. Encontrar

trabajo.

—¿Quién va a querer darme trabajo?

—Vamos a tomar una cerveza y pensaremos en este asunto del trabajo.

Seguía necesitando que lo juzgaran, esperándolo.

—Usted sabe que debería haber protegido a la niña —añadió Daniel—. Limpiarla. Llamar a un médico.

—La cría también era horrible. No era... como debía. Estaba cubierta de vómitos, acostada en la mierda.

—Razón de más.

—Me daba miedo.

—Era pequeña e indefensa.

—Ya lo sé —dijo Gerry Burtt. La grasosa piel de debajo de los ojos exudaba gotas de humedad—. Nadie cree que un hombre pueda ser tan poca cosa como yo. Nadie entiende cómo pude dejar que pasara esto. Es posible ser un tonto, un tonto completo, un tonto incapaz de todo, señor.

—Oh, sí —dijo Daniel—. Es posible.

Bebieron una cerveza en el bar The Bag O'Nails, esa noche y otras varias más adelante, cuando Gerry Burtt aparecía de improviso en la iglesia. Daniel se alzaba el cuello del abrigo, para que su presencia tuviera un aire amistoso, no de caridad. (Ésta era una de las costumbres por las que las viejas mujeres lo criticaban y no lo apreciaban.) Pensaba en Barbara Burtt, sobre quien sabía muy poco, y en el bebé muerto, Lorraine, sobre quien sabía aún menos: heridas, hedor, silencio forzoso, ninguna ayuda, ninguna ayuda. Consideró la posibilidad de ponerse en contacto con las autoridades para averiguar qué opinaban sobre el estado de Barbara, si Gerry tenía o no razón en temer que la dejaran salir. No lo hizo porque sabía que Gerry lo necesitaba, que confiaba en él porque él creía en su palabra, porque consideraba su miedo como algo real e importante, y su horror moral como horror moral, no como fruto de la culpa, aunque también era esto. «He venido a pedirle ayuda. Ayuda para mí.» Le encontró un trabajo temporal acarreando escombros del solar donde se iba a construir la sede del nuevo Grupo Juvenil de Gideon. No conseguía imaginar cómo había sido Burtt antes de esto. Todo lo que expresaba ahora era miedo y odio. Y ambos pueden ser contagiosos.

Cuando volvió a su casa después de una de esas conversaciones en The Bag O'Nails, encontró a Stephanie sentada ante la mesa

dando de comer a William, hundido en una sillita portátil. Por toda la casa había ahora desperdigadas posesiones de William, la mayoría de las cuales eran pequeños objetos de plástico de formas geométricas y colores primarios: un disco azul celeste, un cubo amarillo con tapa blanca, una bañera de bebé azul con patas plegables blancas, un vaso rojo, una serie de mordedores redondos, cuadrados y triangulares, que semejaban enormes monedas antiguas o joyas, ensartados en finas cadenas o cintas de seda. Sobre la mesa había diversos cuencos de agua caliente con pequeños botes de sustancias pegajosas que parecían mermelada, que eran de colores tan apagados, tan suaves u opacos como brillantes eran los plásticos. Puré de manzana verde-grisáceo, papilla de guisantes verde-amarillenta, cereales con leche pardo claro, zumo de naranja turbio. William, por su parte, mostraba los mismos contrastes de colores y texturas: su silla era turquesa con franjas blancas, como la lona de las carpas de los circos; su traje, amarillo ranúnculo, y todo estaba manchado y embadurnado con marcas de dedos pringosos, restos de galletas masticadas y salpicaduras de leche. Había un olor a leche, un olor cálido a malta, un olor a pañales y un olor a desinfectante. En ese momento Stephanie le ponía en la boca algo verdoso con una cuchara, y William, que movía sin control la boca y la lengua, chupando y haciendo burbujas, dejó caer la mayor parte de esta sustancia verde. Con una mano pringosa aferraba los rubios cabellos de Stephanie; con la otra intentaba apoderarse de la perseverante cuchara. Stephanie tenía la cara surcada de filamentos levemente brillantes de comida endurecida que se secaba. Daniel retuvo todas estas imágenes en su mente por un instante, el olor rancio de Gerry Burtt, la iglesia vacía, el humo y la cerveza del bar, y los olores contradictorios, opuestos y empalagosos de la vida cotidiana de su hijo, los objetos brillantes, las manchas, regueros, salpicaduras y porquería en medio de los objetos brillantes.

—Ha venido Gideon —dijo Stephanie.

—¿Para qué?

—No lo sé. Quiere que Marcus vaya a una excursión con sus Jóvenes Cristianos.

—No le hará ningún mal.

—Tal vez no quiera ir.

—Le convendría. Le convendría hacer algo.

—Dale de comer a William, que yo prepararé té.

Cuando Stephanie se levantó para alejarse, su hijo clavó en él sus ojos, negros y brillantes, y abrió la boca para protestar. Daniel cogió una cucharada de puré de manzana y la introdujo en el ruido

incipiente. Buena parte salió despedida en gotitas. La redonda lengua se curvó alrededor del resto, como si imitara la forma de una cuchara, y sorbió. Daniel sintió el placer de todo hombre ante la idea de que la manzana se transformaría en bebé, que la fruta iría a parar a la carne, que las regordetas curvas de los puños y los dedos, del cuello y las mejillas se expandían casi de forma visible. Los ojitos negros se cruzaron con los suyos. La boca se abrió como la de un pájaro. Daniel acarició la cabeza caliente, el pelo que era su propio pelo, y hundió la nariz en él. William olía bien bajo toda la mezcla agridulce que le era extraña. Tenía un olor humano, el olor de Stephanie, de Daniel, de sí mismo.

Había veces, cuando Daniel atravesaba Blesford en bicicleta, en que imaginaba su casa como un lugar muy pequeño, con una luz suave y muy brillante, un refugio secreto tras las ventanas cerradas, cálido e íntimo. Dentro de este caparazón grueso y seguro reinaba el orden: su mujer sentada junto al fuego, su hijo lavado y con el pelo limpio, las cosas saludables sobre la mesa, una tetera caliente, tostadas recién hechas, dulce miel sólida, la reluciente limpieza de los platos y vajilla de William, su alegre salvamanteles de hule decorado con todos los personajes de la poesía infantil *La casa que construyó Jack,* resueltamente ocupados en roer, matar, perseguir, lanzar por el aire, ordeñar, besar, casar, despertar, construir.

Y había noches, acostado en su cama, en que escuchaba a su hijo hacer ese terrible sonido, el carraspeo entrecortado y lleno de irritación que precedía al berrido, y, después de semanas de noches interrumpidas, tenía la impresión de que su casa en penumbras era endeble y estaba abarrotada de gente, socavada por veloces ratas, sacudida por los vendavales, que encontraban grietas y abrían hendiduras. En tales ocasiones oía a su madre dar vueltas cada cinco minutos sobre los viejos muelles de su cama, el casi silencioso roce de los pies desnudos de Marcus en sus frecuentes idas nocturnas al cuarto de baño. Su recuerdo del comedor era el del enlucido desconchado, el cielo raso húmedo, la pintura incompleta sobre el empapelado manchado, los pañales y su espesa sustancia dorado-verdosa en el cubo amarillo, la mugre en los cristales de las ventanas, que se cerraban sobre él. Una de esas malas noches, oyendo a todos respirar y a William que arrancaba como si fuera el motor de una motocicleta, le dijo a Stephanie:

—Es como vivir con un dragón, que lanza humo y llamas y ruge a todo pulmón.

—Voy a pasearlo.

—No. Duerme un poco. Lo pasearé yo.

Y fue arriba y abajo por la casa, un hombre robusto en calcetines, con su hijito apretado contra el pecho, un cuerpo humano entero más pequeño que su propio torso firme, desde la suave cabecita a los minúsculos y flexibles pies. Fue arriba y abajo por su reducido espacio, midiendo los límites de la planta baja, desde la puerta al zócalo opuesto y otra vez a la puerta, canturreando himnos, conteniendo los débiles movimientos de los puñitos y los tobillos, ansiando que el bebé se calmara. Anduvo con amor, observando el temblor de los frágiles párpados. Anduvo con furia, frustrado por las paredes que lo limitaban, por el sueño agitado de los habitantes de la casa, por su propio amor.

11. Normas y monstruos - 2

Al principio, cuando Marcus se fue, Winifred se había limitado a cerrar su habitación. Luego, como no volvía, se dedicó a hacer limpieza durante el día: pasar la aspiradora, ordenar las estanterías, desembarazarse de una vez por todas de los juguetes viejos. Más tarde, como seguía sin volver, hizo cosas más radicales: colocar una nueva funda al edredón, coser otras cortinas más sencillas y, por último, aunque debería haberlo hecho en primer lugar, pintar de blanco las paredes, hasta entonces azul-verdosas, e igualmente de blanco la puerta, hasta entonces crema. Dejó la habitación limpia, uniforme y vacía. Durante el día solía sentarse allí, en el escritorio de Marcus, y mirar más allá del jardincito, al campo de rugby donde corrían otros muchachos, o formaban un círculo rodeándose la cintura, se pisoteaban y luchaban, como un enorme cangrejo redondo sin cabeza. Estos muchachos son muchachos normales, pensaba, y se preguntaba: ¿Qué es normal?

Se interrumpía cuando llegaba Bill, y bajaba a preparar la comida. No había mucho que cocinar, para ellos dos solos. La mayor parte del tiempo comían en silencio. Sin duda habría acabado ocurriendo igual, se decía Winifred. La conversación consistía antes en Frederica que proclamaba, presumía, protestaba, recitaba, provocaba, y en Bill que intimidaba, sermoneaba, cuestionaba, discutía. Ahora, durante las ligeras comidas que ella servía, Bill leía. Leía gruesos tomos: novelas del siglo diecinueve y obras de psicoanálisis y psiquiatría. Era muy posible que no viera siquiera lo que ingería. Antes tenía la costumbre de quejarse de lo que comía, pero ya no lo hacía. Winifred repetía cada vez más el menú semanal, chuletas un día, tocino al siguiente, arenque ahumado al otro, dos días de cordero asado, dos de carne de cerdo y de vaca en conserva. Sustituyó las patatas por el pan y la mayor parte de las verduras por alubias en lata. Ya no preparaba más postres: había fruta y tres tipos de queso, que iban mermando poco a poco hasta que los reemplazaba cuando se deshacían en migas. Mientras Bill leía, Winifred pensaba. Permanecía muy tensa y rígida mientras meditaba, por lo que, al final de una comida, a veces le dolían los dedos de tanto aferrar con fuerza el cuchillo, y la mandíbula de tanto apretarla.

Pensaba, con una intensidad que no condecía con su calma, en su vida, su hogar, su marido, sus posesiones.

Las posesiones que atraían en especial su atención en el curso de estas comidas silenciosas eran objetos pequeños con funciones muy limitadas. A diario observaba la mantequera, que contenía exactamente una pastilla de mantequilla corriente de media libra, el cuchillito para la mantequilla con su hoja roma, la base de la tetera, rosa, verde y oro desvaídos, la quesera, con su tapa en forma de cuña adornada con flores colgantes marrones y el mango de cerámica como una cuerda trenzada, los cubrehuevos de fieltro rojo, el tenedor para encurtidos, un tridente en miniatura, los pequeños objetos de plata: hueveras, rejilla para tostadas, tenacillas para el azúcar, cepillo y recogedor para retirar las migas del mantel. A éstos había que pulirlos, y tenían formas tan intrincadas que el proceso de pulido siempre dejaba rastros y vetas iridiscentes en las zonas inaccesibles. Recordaba con amargura cuánto le había complacido adquirir o recibir como obsequio la mayoría de estas cosas. Hacían que su vida pareciera adecuarse a cierta forma ideal y ordenada, a una serie de ceremonias a las que los utensilios apropiados conferían autenticidad y gracia. Alguien en una alfarería había gozado retorciendo el mango de la quesera. Alguien había quedado satisfecho con el delicado arco de la rejilla para tostadas, curvada hacia arriba como el casco de un bote, y no había tenido en cuenta las rebanadas gruesas, o cómo asir la pequeña asa en forma de aro si la rejilla estaba llena.

Uno se hacía una idea de lo que la vida iba a ser, de un hogar, de la maternidad. Ser esposa era más complicado, pues las buenas esposas y las malas variaban; cabían muchas discusiones y redefiniciones. Las malas madres, a diferencia de las malas esposas, eran todas iguales: negligentes, imprevisoras, egoístas, indolentes. Las buenas madres también eran todas iguales: pacientes, protectoras, generosas, estables. Al aceptar ser madre, había supuesto que lo haría sin reservas y de forma apropiada: era su vida, ella era madre. Ser una buena madre implicaba no retener a un hijo cuando llegaba el momento adecuado. Stephanie se había marchado a Cambridge con su anuencia. Había tolerado deliberadamente la trivial cháchara de Frederica sobre el horror de los «hogares». Pero la huida de Marcus la había sumido en el terror. El hogar no era un hogar si la sola idea de volver lo hacía chillar y llorar. ¿Y ella? Recientemente se había dado cuenta de que había algo en el hecho de ser mujer y madre, de estar al final de la fatigadora madurez, que alarmaba e irritaba a los demás de un

modo casi automático. Recordaba que, siendo joven, la habían irritado las mujeres que consideraba maduras o viejas, sin distinguir entre uno u otro carácter. No había pensado mucho en ello, en ese entonces, pero ahora lo hacía. Era muy duro causar miedo y desaliento de forma involuntaria.

Esa quesera y esos cubrehuevos parecían hinchados y grotescos. Los encontraba pesados, y tenía la impresión de que dibujaban en el mantel un contorno absurdo, oscuro y ardiente. Ella misma se veía hinchada y grotesca. La menopausia la asediaba o, para decirlo con mayor propiedad, se infiltraba en ella. Su superficie exterior estaba dolorida, apagada, seca. Por dentro sentía la sangre que fluía sin fuerzas y a sacudidas, los huesos que se volvían quebradizos, la vista que se debilitaba. Tenía una idea de sí misma que no era totalmente exacta, pero que la obsesionaba, la de haber habitado antaño su cuerpo con soltura, sin reparar siquiera en que veía con nitidez, que andaba sin dolor, que giraba con brusquedad la cabeza sin sentir mareos ni náuseas. Si ahora la giraba rápidamente, lo que veía o, peor, el acto de ver empañaba el aire entre ella y los objetos, la dejaba cercada, volvía a éstos problemáticos y amenazadores. Estaban los sofocos. Estaba la paradoja de sentir que todo se adelgazaba, menguaba, se debilitaba, y que no obstante, mientras permanecía sentada y miraba leer a Bill, con la mesa entre ambos, el calor crecía en su interior como si ella estuviera hirviendo, una vieja bruja en el suplicio de la hoguera. El calor no era sólo de la sangre o la grasa en ebullición, era ira, algo a lo que no se hallaba en absoluto habituada, una ira sin causa y sin freno, aunque observaba a Bill, que siempre estaba furioso, y experimentaba un placer secreto y vergonzoso al acusarlo de ello. Así que seguía allí sentada, una mujer guapa, inmóvil, de cabellos dorados y plateados, de aspecto íntegro y juicioso, y en su imaginación se veía como un volcán en erupción desbordante de mentiras y huesos crujientes, cabellos sin vida, ojos apagados, dedos entumecidos, un monstruo.

Un día miró a Bill, juzgándolo como lo juzgaba ahora a diario, con un torrente de palabras mudas, buscando compensación a años de retraimiento, de creer lo inverosímil. Le vino a la mente la imagen de un perro esquelético, famélico, cubierto de magulladuras por los golpes y patadas propinados por el viejo borracho con quien vivía en un cuchitril, y que no obstante se echó a su lado para aullar y dejarse morir, cuando el infame viejo se cayó y se rompió la nuca, y tuvieron que arrancarlo de allí a la fuerza. El perro se había dejado consumir y habían tenido que rematarlo de un tiro, o bien lo

habían alimentado y le habían devuelto la salud, no recordaba cuál de los dos finales había tenido. Debía de haberlo leído en alguna parte, y ahora lo veía con toda claridad: la comida calentada en un bote de hojalata, un techo con agujeros, el perro bregando por unas migajas, cada vez más hambriento, el arrepentimiento del hombre una vez pasadas sus cóleras de borracho. Habían empleado palabras como «fiel» y «cariñoso». Referidas al perro. Winifred sentía desprecio por el perro, y un desprecio más meditado por quienes utilizaban palabras que describían virtudes humanas para caracterizar la conducta de un animal. Era propio de su naturaleza aceptar los golpes, apegarse. No merecía alabanzas ni reproches por tal cosa. ¿Y ella?

Ponía la casa en orden, después de que él se iba. Dejaba la habitación de Marcus nueva, blanca y reluciente. Limpiaba todo rastro de Bill. Sus colillas en los ceniceros mugrientos le producían náuseas. Colocaba en los estantes, de cualquier manera, montones de libros que en otra época habría movido y desempolvado con circunspección. Lavaba su ropa apenas se ensuciaba o incluso antes. Si él se daba cuenta, no decía nada. Fregaba, retorcía y planchaba sus camisas con meticulosidad y repugnancia. Se observaba hacer todo esto como si, aun siendo inesperado, formara parte del manifiesto destino que había elegido. Una vez, una pila de cartas y hojas cayó por accidente en la papelera, y allí las dejó.

Lo oyó revolviendo todo, buscándolas, y no dijo nada.

Muchas veces él decía cosas como éstas:

—Apenas si puedo trabajar. Ya no lo hago bien. No tengo ánimos para enseñar. Aburro a los chicos.

—¿Y yo? —gritó ella para su propia sorpresa—. ¿Y yo? ¿Qué es lo que hago bien? ¿Qué?

Se calmó enseguida.

—Tú —dijo Bill— te ocupas...

—¿De qué? —gritó—. ¿De qué?

—No grites.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Cómo te atreves a decirme eso, justamente tú?

La cara de Bill se arrugó hasta hacerse vieja. Dijo lo que siempre decía.

—Ya sabes que no lo digo en serio. Que me sale así, simplemente.

—Marcus no podía soportar tus gritos.

—¡Ah, querida Winifred! Ya lo sé.

12. Mirad al niño

Se decidió que Stephanie dispondría de algo de tiempo para sí misma, para trabajar. Se decidió, principalmente a instancias de Daniel, que la señora Orton y Marcus se ocuparían de William, mientras ella pasaba una o dos horas en la biblioteca pública de Blesford. Eran las ventajas de la familia extendida, explicó Daniel. Lo cierto es que Marcus se limitó a sentir miedo, y la madre de Daniel dijo que esperaba que Stephanie no tardara demasiado, que volviera a tiempo para la siguiente comida del bebé y que le dijera a Marcus si había que preparar algo para la cena. Stephanie se sintió acusada de deserción por una poderosa representante de la maternidad. De hecho, a la edad de William, la señora Orton tenía por costumbre dejar solo a Daniel durante largo rato, mientras ella visitaba a las vecinas o iba a la tienda cercana. La señora Orton dijo que sin duda Stephanie habría podido leer un libro en la casa, estando todos ellos allí, y Marcus dijo entonces con un hilo de voz que se las arreglarían bien. Stephanie sacó una vieja carpeta, su Wordsworth de Oxford, su mochila de la escuela y salió para la biblioteca.

Siguió un período de gran incomodidad para todos.

Stephanie descubrió que le costaba un terrible esfuerzo físico alejarse pedaleando de la casa. Tenía la impresión de estar sujeta por una larga tira de tela, como habían llevado en las fábricas los niños que trabajaban en las máquinas, que la ataba a la forma de su hijo acurrucada en su capacho, con un puñito junto a la oreja. Le parecía oír, sentir, percibir potentes llamadas, vibraciones en el aire, olores que reclamaban su presencia, que insistían en que volviera. Racionalmente, empujó un pedal tras otro, con dificultad.

Marcus subió la escalera y se encerró en su habitación.

La señora Orton se instaló en su sillón, abrió la revista *El Reino de las Mujeres,* encendió la radio, dormitó...

William oyó la radio, se agitó un poco, se arañó el puente de la nariz con un puño lanzado al aire y dejó escapar un gemido. Su propia voz lo sobresaltó aún más; tomó aire y llamó con voz temblorosa.

Marcus salió de su habitación, dio unos pasos de puntillas, escuchó.

William llamó con menos convicción.

La señora Orton gritó:

—¡Chico, el bebé está llorando!

Marcus no contestó. La señora Orton descargó un golpe en la mesa con un libro que encontró por ahí. Al oír esto, William chilló. Marcus se deslizó hasta lo alto de la escalera.

—Chico, tienes que alzarlo. Ver lo que le pasa.

—Tal vez se vuelva a dormir.

—No lo creo.

Marcus abrió la puerta del cuarto de Stephanie y entró. El tembloroso capacho estaba detrás de la cama con su colcha blanca, junto a la ventana. Los chillidos de William tenían ahora un ritmo infatigable, como si respirar y aullar fueran una misma cosa. Marcus se acercó. El cuerpecito, desembarazado de la manta, se retorcía frenéticamente. La cara era informe y multicolor, desde la palidez de una anémona hasta un rojo encendido. Marcus se inclinó y, tal como le había visto hacer a Stephanie, cogió al niño por debajo de los brazos. Más ligero de lo que parecía, de una fragilidad que asustaba, lo alzó con facilidad. El bebé contuvo la respiración, se puso violeta por un largo y terrible momento, y luego dejó escapar el aire en un agudo lamento. Sosteniéndolo con cautela frente a su pecho, Marcus se dirigió a la escalera.

Se detuvo para acomodar mejor el cuerpecito antes de descender. Sus ojos se cruzaron con los ojos negros y furiosos. El bebé era una persona. Indefenso, iracundo, pero aun así tiránico, no suplicante.

Marcus bajó dos o tres escalones. Y luego otros más.

—Ésa no es manera de sostener a un bebé —dijo la señora Orton desde su sillón.

En la biblioteca, Stephanie desplegó sus libros. Nunca antes había intentado trabajar sin la sanción externa de un trabajo que hacer para la universidad, un examen o una clase que preparar. Había dos mesas de formica con patas metálicas, dispuestas entre las estanterías con obras de ficción, política, economía doméstica, jardinería, puericultura, filosofía.

Los otros ocupantes de la sala de lectura eran todos hombres. Dos vagabundos, uno que leía un periódico, el otro sentado frente a una pila de volúmenes de la *Enciclopedia británica*. Uno con un jersey color barro lleno de carreras, otro con un abrigo negro de enterrador. Un hombre muy bajito, muy viejo, muy pulcro, con una

lupa en una mano temblequeante y un montón de libros que no proporcionaban ningún indicio de su ocupación: *Historia de los árboles ingleses, El origen de las especies, La sociedad abierta y sus enemigos, Cultivo de hierbas en el hogar.* Un joven delgado con aire de estudiante y un libro de matemáticas.

Dos o tres amas de casa —o eso parecían— conversaban, de pie junto a las estanterías de novelas.

Decidió leer la *Oda a la inmortalidad,* sólo por leer, con atención. Tenía el vago propósito de organizar sus ideas a fin de escribir una tesis sobre Wordsworth para la nueva universidad. De pronto sintió pánico. Había conseguido con cierto pesar disponer de ese pequeño espacio y ese breve rato para pensar, y ahora todo pensamiento le parecía imposible. De sus días de estudiante, que ahora veía llenos de sorprendente libertad y tiempo, rememoró el fenómeno del primer día en que se aplicaba a una tarea. Había que liberar la mente de su rosario de preocupaciones: tengo que comprar café, ¿estoy enamorada?, he de llevar el vestido amarillo a la tintorería, Tim no es feliz, ¿qué le pasa a Marcus?, ¿cómo voy a vivir mi vida? Se requería cierto tiempo hasta que la tarea que se tenía entre manos se hacía posible, y algo más de tiempo hasta que se emprendía, y más tiempo aún hasta que se volvía inexcusable y obsesiva. Se necesitaba tiempo antes de pensar, un tiempo de ensoñaciones en que nada ocurría, un tiempo de bostezos, de dejar vagar la mirada y los pasos, de renuencia a hacer lo que al cabo resultaría delicioso y desbordante de energía. Los hilos de pensamientos debían surgir, reunirse y relacionarse con otros hilos de pensamientos más antiguos, provenientes de un depósito de recuerdos sin utilizar. El escaso tiempo de que disponía para despejar así la mente, por no hablar de la necesaria concentración posterior, lo había conseguido arrancándoselo a Marcus y la madre de Daniel y, peor aún, a William, cuya presencia física ocupaba su imaginación y casi toda su memoria inmediata. Se dijo que debía aprender a arreglárselas sin despejar la mente, si es que pretendía sobrevivir. Tenía que aguzar el ingenio. Aprender a pensar de verdad mientras estuviera en las colas del autobús, en el autobús, en el baño, entre las comidas y el lavado de los platos. Era difícil. Estaba cansada. Bostezó. El tiempo pasaba.

Sin decir palabra, Marcus tendió el bebé a la señora Orton, que lo aplastó contra su pecho, con lo que los chillidos se convirtieron en gritos ahogados, y le palmeó el trasero. Marcus no se movió, algo temeroso de que William acabara sofocado. Lo inquietaba tanto la

fragilidad de éste como la corpulencia de la señora Orton. Le repugnaba el brillo de las abultadas sedas artificiales de ésta, las manos carmesí y púrpura que salían de los puños, cerrados con unos botoncitos en forma de globo que semejaban gotas de grasa fundida.

Además de los sonidos ahogados, William producía ahora otro con las encías apretadas, la cara escarlata, bermellón, púrpura, súbitamente pálida, su acolchado trasero estremecido por un ruido explosivo, húmedo.

—Ahora vas a tener que cambiarle los pañales. Después se sentirá mejor, ¿no es así, cariñito?

—No sé hacerlo.

—No esperarás que suba otra vez la escalera con mi reumatismo, ¿no? Vamos. Yo te diré lo que tienes que hacer y tú simplemente harás lo que te diga.

—Pe... pero...

—Fuiste tú el que le dijiste a su madre que nos arreglaríamos. Bien que te oí. Ahora, por una vez, puedes hacer algo. Ve a buscar las cosas. Necesitas pañales limpios, uno de muselina y otro de toalla, algodón, polvos de talco y un jarro de agua tibia. Ve arriba y avísame si no encuentras algo.

Marcus subió la escalera arrastrando los pies. Encontró el hule y la toalla que Stephanie utilizaba para cambiar al bebé y las dejó sobre la cama. Encontró las restantes cosas, bien ordenadas en un barreño de plástico. Volvió a bajar, paso a paso, en busca de William.

Una materia amarillenta se había escapado por debajo del borde elástico de los burdos bombachos azul cielo de William y había dejado un reguero en la seda color cereza.

—Se está saliendo —dijo Marcus con un hilo de voz.

—Tráeme un trozo de algodón. Ponte el delantal de hule. Apresúrate.

Marcus subió. Sacó un puñado blanco del suave cilindro blanco. Se puso el delantal de toalla blanca forrado de hule. Tenía olor a hule, olor a hamamelis, un olor femenino, quizá el de Stephanie. En el espejo del tocador de su hermana vio su propia figura, delgada y asexuada con esa prenda de volantes. Se sintió ridículo, y peor que ridículo. Descendió.

—Pareces un perfecto idiota, debo decir. Coge al bebé, vamos. No es más que leche digerida, no te hará daño. Nunca había visto a alguien tan inútil. Jamás.

La señora Orton le arrancó el algodón de las manos y empezó a

frotarse el costado de su enorme seno, resoplando y mascullando con los labios fruncidos, sin la más mínima intención de abandonar su sillón.

Marcus volvió a alzar a William, manteniéndolo en el aire con los brazos extendidos, lejos de su falda de toalla.

—Se te va a caer. A veces pienso que no deberían haberte dejado salir. No estás en tus cabales. Y ahora hazlo de una vez.

—Estoy en eso.

Stephanie, aún distraída, recordó otras bibliotecas. En especial la de la Universidad de Cambridge, en el verano que precedió a sus exámenes finales. Recordó la sensación de saber, de entender un razonamiento, captar un ejemplo, ver una relación, una conexión, entre esta antigua noción griega y esta otra de la Inglaterra del siglo diecisiete, formulada con otras palabras. El saber conllevaba su propio placer sensual, su propio bienestar intenso, como el buen sexo, como un día de sol radiante en una playa caliente y vacía. Pensó en esos resplandores diversos, el sol de Platón, el cuerpo de Daniel, ese primer momento de la vida independiente de William, ella tomando el sol, y pensó —como no lo hacía desde mucho tiempo atrás— en «su vida», en la forma deseada de «su vida» tal como la había concebido, clara y brillante, en aquella primera biblioteca. Pensó: Esto no marcha. Tengo que pensar en la *Oda a la inmortalidad,* no tengo tiempo, no tengo más tiempo. Y comprendió que en realidad estaba pensando en la *Oda a la inmortalidad,* que el poema trataba de todo eso, el esplendor en la hierba, la necesidad de pensar, la forma de una vida, la luz.

Estaba a punto de ser capaz de pensar. Y, como siempre en ese momento, todas sus percepciones se agudizaron. Vio las grises ventanas de vidrio esmerilado de la biblioteca situada en la Plaza de Abastos, los estantes de metal gris azulado, el guijarroso suelo de hormigón pulido, que desentonaba con la formica de dibujo irregular de la mesa ante la que estaba sentada. Uno de los viejos cortaba trozos de pan y de lo que tal vez era un pedazo de queso, a escondidas debajo de la mesa, y se llevaba pequeños bocados a la boca cuando la bibliotecaria parecía mirar a otra parte. El hombre bajito de la lupa leía ahora el *Leviatán.* Stephanie se dijo que el viejecito le agradaba, todo allí le agradaba. Volvió a su poema.

Marcus depositó al bebé sobre el hule y desabrochó los botones de los bombachos, dificultado en su tarea por algunas patadas lanzadas al aire. Debajo de los bombachos llevaba unas braguitas

transparentes de plástico llenas de una materia blanda amarillenta y, en alguna parte de la entrepierna, un imperdible clavado. Conteniendo las arcadas, Marcus le quitó las braguitas y las dejó caer sobre la moqueta de la habitación, donde dejaron una mancha. El imperdible lo desconcertó durante unos minutos. El cierre de seguridad estaba tapado por excrementos, y el resbaloso alfiler salió con dificultad de los mojados pañales. En el momento en que lo abría, el bebé pataleó otra vez, y, cuando Marcus vio el rollizo muslo agitándose junto al extremo del alfiler, se le llenaron los ojos de lágrimas. No podía hacerlo. No podía hacerlo. Tiró de los pañales —no se había tomado la molestia de observar el truco de alzar al niño cogiéndolo de los tobillos— y dejó un nuevo rastro amarillo en la camiseta de William, el cubrecama, la moqueta. Se dio cuenta entonces de que había extraviado el imperdible, tal vez debajo del bebé, y que tampoco había pensado en cómo transportar el agua tibia desde el tocador sin darle la espalda al niño, quien podría rodar o caerse de la cama. De modo que brincó en vano durante unos instantes, una mano en la barriga del bebé y la otra alargada hacia el agua, hasta que fue y vino precipitadamente, salvó a tiempo al bebé, volcó la mitad del agua en la alfombra y tuvo que repetir la carrera para buscar el algodón.

La fase que siguió fue la peor de todas. Limpió, frotó, tuvo arcadas, restregó y descubrió regueros amarillos en los repliegues del escroto, así como llagas en las nalgas. Dejó un círculo de trozos de algodón usado en la moqueta. Cubierto de transpiración, encontró el alfiler, que apuntaba como una cimitarra a la columna vertebral del bebé. Reemprendió las piruetas para alcanzar los polvos de talco.

No conseguía entender cómo un pañal podía transformarse en una braga sin más ayuda que un imperdible. Plegó, volvió a plegar, metió extremos que sobresalían, clavó el alfiler con desesperación, aguardó los gritos y abrochó los botones, olvidándose de ponerle otra vez las bragas de plástico. Colgaban largas puntas de pañal superfluo por todas partes, pero estaba hecho. Al devolver la atención al otro extremo, se encontró con que el bebé lo estaba mirando. Los bien dibujados labios temblaron, las comisuras de la boca y los ojos se curvaron hacia arriba. Marcus retrocedió, preguntándose si aquello era una verdadera sonrisa intencional, pisó los pañales sucios y alzó su carga, relativamente limpia.

La *Oda a la inmortalidad* es, entre otras cosas, un poema sobre el tiempo y la memoria. Como alumna de instituto, como estudiante

universitaria de dieciocho años, Stephanie había considerado con escepticismo el modo en que Wordsworth evalúa las percepciones de la primera infancia. No creía entonces que los niños pequeños fueran especialmente bienaventurados o especialmente dichosos.

Ahora, que se sentía vieja a los veinticinco años y tenía un hijo, se interesaba más en el carácter distintivo y la alteridad de los niños. Leyó el epígrafe, «El niño es padre del hombre», y pensó en William, la luz que lo había bañado, el hombre que sería. Luego leyó con particular atención los pasajes centrales del poema dedicados al niño, aquellos que, como adolescente apenas salida de la niñez, había leído de forma más superficial, había encontrado más densos y corrientes, menos mágicos, que la paradisíaca visión del arco iris y la rosa, las aguas en una noche estrellada, el árbol único, la flor única.

Había dos estrofas sucesivas referidas al niño. En la primera se describía cómo aprende ceremonias y papeles según su «sueño de la vida humana», cómo representa bodas y funerales, los personajes de las siete edades del hombre según Shakespeare. En esta ocasión, esta estrofa le recordó el sermón sociológico de Gideon. La siguiente, la que Coleridge[56] juzgaba aterradora e insatisfactoria, era una sucesión de metáforas que describían la vida del alma en función de la profundidad y el encierro. Al niño, para preciso disgusto de Coleridge, lo llamaba: «Tú, ojo entre los ciegos / que, sordo y silencioso, captas el profundo abismo eterno». Stephanie advirtió de pronto que los reiterados y variados «profundos» de esta estrofa formaban parte de la visión de Wordsworth de una oscuridad que era vida y pensamiento, una imagen contrastada tan verdadera como lo era, en la estrofa anterior, la de los hábitos y papeles humanos del «tesoro de seis años con tamaño de pigmeo». Ambas imágenes se unían en los versos finales de la segunda estrofa, donde el poeta le asegura al niño que

> *sobre ti la costumbre impondrá un peso*
> *tan sólido como el hielo y profundo casi como la vida.*

El «profundo abismo eterno» de las aguas del Génesis se ha convertido en la profundidad adonde alcanza la raíz, justo más allá de las constricciones, del peso del hielo. Stephanie tenía apenas la edad suficiente para comprender que la costumbre pueda tener tal peso. Los versos la conmovieron, como la había conmovido antes su propia idea: «Estoy sumida en lo biológico». Y, no obstante, su

mente se elevó: había pensado realmente, había visto con claridad la relación entre los papeles desempeñados por el niño-actor, por una parte, y el encierro y la profundidad, por otra. Experimentó un instante de libertad, echó una ojeada a su reloj, vio que ya no tenía tiempo para poner por escrito su idea y completarla. De hecho, mientras miraba el reloj, lo que había parecido una visión de la verdad se transformó en una noción sencilla y trivial.

Marcus bajó la escalera con William. La señora Orton se enderezó en su sillón y separó las gruesas rodillas.

—Ven. Ponlo aquí. Déjame ver qué clase de trabajo has hecho.

—Will está bien. Lo tengo yo. Voy a pasearlo.

—Dámelo.

—No, no es necesario. Quiero pasearlo.

—No tienes la más leve idea de cómo hacer que un bebé esté cómodo. Mírate. Tienes manos de mantequilla. Nunca había visto a alguien tan torpe.

Marcus retrocedió hacia la escalera. No quería que ella cogiera a William. La mujer tenía un enorme broche con rosas de falsa porcelana en medio de la pechera, y el alfiler sobresalía. No quería que ella viera lo que había hecho con el pañal de William. No quería que apretara a William contra ese alfiler.

—Will está bien. Ya se lo he dicho. Está perfectamente bien.

—Sí que eres un mocoso testarudo. Vas por ahí entrometiéndote donde nadie te llama, dándote aires para hacerte el interesante, incordiando a la gente que vive en esta casa y montando un escándalo por un simple pañal sucio. ¿Por qué no vuelves con tu propia madre, pedazo de bobo? Me imagino que es porque ella te obligaría a hacer algo, ésa es la razón. Si ésta fuera mi casa, hace rato que te habría dado el portante, te lo aseguro, y te estarías ganando el pan decentemente. Todo paliducho, delgado y blando, un verdadero blandengue, eso es lo que eres. Y malvado. Ahora dame a ese bebé, antes de que le hagas daño.

—No le he hecho daño arriba. Podría haber ido usted misma a cambiarlo. La he visto subir y bajar la escalera cuando cree que no hay nadie en la casa. Puede hacerlo perfectamente.

—¡Ah! ¡Así que ahora replicas! Ya veo que tendré que ir a cogerlo yo misma.

Para gran horror de Marcus, alzó en efecto su masa del sillón y avanzó anadeando lentamente hacia él. Marcus se quedó inmóvil contra el poste de la escalera, incapaz de apretar a William contra él. La señora Orton llegó a su lado y tiró de los hombros de William

con sus rollizas manos. Marcus aguantó a duras penas. La señora Orton, aún aferrando a William, resbaló en una alfombra y se desplomó en el suelo de baldosas. Otro tanto hizo William, en medio de los dos. Marcus se sentó en la escalera. El bebé yacía a sus pies, sin moverse. La señora Orton se puso a lanzar improperios, agitándose como una ballena varada en la playa.

Stephanie, con la mente ocupada en los aspectos platónicos de la *Oda a la inmortalidad* y el cuerpo extremadamente ansioso por William, franqueó la puerta de entrada.

Hubo un terrible silencio, y luego Stephanie dejó caer los libros y corrió a recoger a William, quien sólo se había quedado sin aliento y entonces rompió a chillar. La señora Orton gritaba que estaba segura de haberse roto otra vez un hueso, le dolía terriblemente, había que llamar al médico, todo era culpa de ese imbécil a quien no deberían haber dejado salir, que pretendía que lo atendieran de la mañana a la noche, el dolor era horrible, que fuera el doctor.

—Marcus, por favor, ayúdala a levantarse.

—No puedo.

—¡Oh, por Dios! Sostén a William, entonces.

—Yo no le confiaría el bebé, no después de lo que ha pasado...

Stephanie apretó las mandíbulas y dijo:

—¿Puede levantarse si le tiro de la mano?

—No, no.

—Traeré un cojín. Y llamaré al médico.

Una vez hechas ambas cosas, Stephanie cogió a William de manos de Marcus y se sentó, manteniéndolo apretado contra ella, estremecida por la conmoción, el miedo, el sentimiento de culpa. Tenía las manos empapadas.

—Tampoco lleva pañal. O casi. ¿Dónde están las braguitas de plástico? ¿Quién lo ha cambiado?

—Yo.

—¡Ay, Dios mío, Marcus!

Stephanie se echó a llorar.

Marcus subió la escalera y se encerró en su habitación.

La señora Orton siguió tendida en el suelo, gimiendo y maldiciendo, hasta que llegó el médico y declaró que tenía algunas magulladuras pero nada roto. Él y Stephanie la ayudaron a subir a su habitación y meterse en la cama. El doctor examinó a William, que se había hecho un raspón en la sien pero, por lo demás, parecía

estar en buena forma y alegre. Stephanie le besó el raspón y lloró. Hay algo especialmente angustiante en la primera herida de una piel nueva.

13. Las momias

—¿Has soñado algo? —le preguntó el psiquiatra a Marcus, como de costumbre.

—Tuve una pesadilla después de que se me cayó el bebé.

—Cuéntamela.

Estaban sentados en círculo, en sillas tapizadas, con las rodillas tocándose. Era un juego de salón; así lo había catalogado su mente, propensa a etiquetar, aunque no tenía claro si era el juego del paquete, el de las sillas o unos de esos entretenimientos repugnantes en que se pasa un objeto con las rodillas o la nariz, o incluso una pelota de tenis entre la oreja y el mentón, sin dejarlo caer. Todos en el sueño parecían rollizos y tiesos, con las rodillas entorpecidas por la falda y el grueso delantal. Las rodillas se tocaban. Él era uno de ellos, y había perdido lo que se pasaban.

Y luego era él el perdido, acurrucado en el medio, y el cerco se cerraba sobre él, mujeres mayores que jugaban a «el granjero en su guarida» y habían llegado al punto de «golpeemos al perro», sólo que se habían arrodillado pesadamente alrededor de él y actuaban de conjunto. Las cabezas no tenían cara, envueltas como estaban por completo en cabellos de algodón blanco, a semejanza de esos cactos recubiertos de suaves filamentos grises.

Las mujeres giraban, y tira tras tira de vendas y fétidas telas se les desenrollaban del cuerpo, y con ellas se despegaba la carne, delicuescente. Y él las llamó las momias. Ellas lo cubrían con lo que iban desovillando de las bobinas achaparradas que eran. Atareadas, muy atareadas.

—Yo estaba en un círculo de personas. Bueno, de mujeres. Y me aplastaban. La ropa se les desprendía. Las llamé momias.

—¿Puede ser que no te guste el concepto de madre?[57]

—Puede ser.

—¿Podrías decirme por qué?

A la semana siguiente, Marcus volvió a su casa. Apareció un día en la cocina de su madre y dijo simplemente, como podría haberlo

hecho en cualquier otro momento: He vuelto. Ella cocinó un pollo en su honor, y Bill le estrechó la mano durante largo rato cuando regresó de la escuela, pero no hubo más comentarios, salvo «Me gusta la pintura blanca, es agradable volver a casa y encontrar la pintura blanca». Stephanie reflexionó con inquietud en el hecho de que su propia dulzura, la paciencia de Daniel, la pericia del doctor Rose y el amor de Winifred parecían ser fuerzas impulsoras de escasa importancia comparadas con la necedad de la señora Orton y un pañal sucio. Se dijo que Marcus había vuelto al mundo, en la medida en que antes estaba en él. Y ahora ¿quién se ocuparía de William, cuando por fin intentara completar sus ideas sobre la *Oda a la inmortalidad*?

14. Figuras retóricas

Era la época de Bloomsbury para Alexander. Trabajaba en el edificio central de la BBC, en Londres, donde, por primera vez en sus treinta y siete años de vida, formaba parte de un organismo no educativo, con despacho, secretaria, sueldo, jerarquía y un caballeroso código de conducta. Tenía el cargo de realizador asociado, pero en realidad no realizaba emisiones culturales ni dramáticas. Se esperaba de él que aportara «ideas». Bebía en The George en compañía de poetas, caballeros y profesores universitarios itinerantes.

Vivía en calidad de inquilino temporal en un piso alquilado en un inmueble residencial por su amigo Thomas Poole, que había dejado su puesto en una escuela de magisterio de Yorkshire para trasladarse al Instituto Crabb Robinson. Los padres de Alexander siempre habían tenido —y aún tenían— un hotel en Weymouth. Él había pasado por una escuela privada de educación primaria, un instituto privado, Oxford y la enseñanza y, cuando volvía por un tiempo al hotel, cualquier habitación vacía era apropiada. Estaba habituado a verse limitado a una habitación en un establecimiento administrado por otro. La vida con los Poole, incluso en los primeros tiempos de las grandes cajas de madera para el té y las cortinas demasiado cortas, era lo más cerca que nunca había estado de la vida familiar corriente.

El inmueble de pisos, ubicado entre Tottenham Court Road y Gower Street, era de ladrillo rojo, con ventanas de guillotina enmarcadas en piedra y puertas de caoba con herrajes de cobre bruñido. Se trataba de un sólido edificio eduardiano, proyectado como residencia en la ciudad para familias con uno o dos sirvientes. Cuando los Poole llegaron, la cocina aún se hallaba equipada con un sistema eléctrico de campanillas y luces para llamar a los criados. Unos discos pequeños oscilaban en una caja de vidrio, encima de las leyendas: salón, dormitorio principal, cuarto de los niños. No estaba claro a qué habitación correspondía cada denominación, y las campanillas ya no funcionaban. Había cuatro grandes estancias y cuatro pequeñas, a cada lado de un largo pasillo oscuro. Las dependencias de servicio —cocina, despensa y minúsculo dormitorio— daban a un patio interior revestido de

azulejos blancos veteados de manchas y salpicado de jardineras, en el que, en los días calurosos, resonaban voces y música. Los Poole ocupaban el último piso, el sexto. Las grandes habitaciones daban a la calle, y desde las ventanas saledizas se divisaban las copas de los plátanos de Londres, bandadas de palomas y, en los últimos años, los desconcertantes discos y cilindros de la torre de Correos, a medida que ésta se iba elevando, piso geométrico tras piso geométrico, sobre los techos que la rodeaban. Alexander disponía de una habitación en el otro extremo del pasillo que conducía a la cocina. Era aireada y tranquila y casi no tenía muebles. Tampoco había muchos objetos personales suyos, porque se encontraba de paso. En las blancas paredes había colgado sus viejas reproducciones, ahora protegidas por un cristal, el *Muchacho con pipa* y los *Saltimbanquis* de Picasso, el anuncio de su obra *Los músicos callejeros* y la *Danaide* de Rodin. A éstas había añadido un cartel de la producción londinense de *Astrea,* el retrato de Darnley enmarcado en rosas Tudor. Tenía asimismo unas copias más bien pequeñas de los girasoles y la silla amarilla de Van Gogh. En Cambridge, Frederica estaba leyendo en *Retorno a Brideshead* cómo Charles Ryder, avergonzado, descolgaba sus girasoles y los ponía de cara a la pared. Alexander se sentía cada día más intrigado y atraído por los girasoles, que durante años había visto sin ver. La reproducción era de color amarillo verdoso, a diferencia del cuadro original. Alexander había comprado en Provenza un cubrecama con un motivo floral geométrico sobre un fondo color clara de huevo intenso, y tanto él como los Poole habían escogido unas cortinas lisas amarillas casi totalmente a juego. Así pues, la habitación era amarilla y blanca, con una alfombra de sisal gris.

Había ido a Londres como lo hacen los escritores de éxito —o los personajes de éxito— al final de esas novelas de exploración que analizan y alaban los valores y virtudes de la clase obrera del norte, cuyos autores y héroes se trasladan lo más rápido posible a la ajetreada capital. También los Poole habían abandonado voluntariamente la provincia para vivir en la metrópoli. Habían dejado atrás casi todo: el tresillo, las alfombras de Wilton, las librerías con frente de cristal, la vajilla de plata de la familia. Elinor Poole le dijo a Alexander que lo emocionante era que el piso no tenía más que una planta, que las habitaciones, una al costado de la otra, eran simples habitaciones. Se podía comer o dormir o trabajar en cualquiera de ellas. Las revistieron con moqueta de sisal plateada y gris, pintura blanca en las paredes y cortinas con motivos geométricos. Un carpintero instaló estanterías y armarios a medida.

Los niños tenían mantas finlandesas de colores vivos, escarlata, azul, amarillo. Pusieron una reproducción de Ben Nicholson, un cartel de Matisse. El conjunto agradaba a Alexander.

Le agradaba también la nueva riqueza y ceremonia de sus comidas. Su primera visión de Gower Street había sido la de la «Glower» Street de Henry James,[58] una ininterrumpida sucesión de casas georgianas adosadas color gris oscuro, bordeadas del tráfico ululante. En su diaria caminata hasta la BBC descubrió las maravillas de la Goodge Street y la Charlotte Street, tiendas italianas de comestibles que olían a queso, toneles de vino y salami, panaderías judías que olían a canela y semillas de amapola, verdulerías chipriotas repletas de verduras imposibles de encontrar en el norte, berenjenas, hinojo, alcachofas, calabacines, lustrosos, brillantes, verdes, púrpura, relucientes de sol. En Schmidt, una tienda de *delicatessen,* se podía comprar chucrut almacenado en barriles de madera, pan integral de centeno, salchichas alemanas cocidas y crudas, enormes profiteroles y tacitas de café negro. En Schmidt, todo se pagaba con pequeños recibos en una *caisse* atendida por una dama bigotuda muy erguida vestida de negro y puntillas. En Belloni, el alto Luigi hablaba un italiano rápido y un *cockney* rápido, y pesaba conos de papel de olivas negras y verdes, bolsitas con retorcidos recortes de macis de aroma penetrante, una *mozzarella* envuelta en un papel frío y húmedo atado con una hebra de paja. Era refinado, era internacional, era —o eso parecía— intemporal. Era también una ciudad, su ciudad.

Se hallaban en los primeros tiempos de Elizabeth David, que enseñaba a ver, oler y degustar a toda una generación de dentadura sana, pero con carencias sensoriales.

Una muestra de amabilidad por parte de Alexander en esa época consistía en discutir en detalle con Elinor Poole las enseñanzas de estos libros de cocina y ponerlas en práctica. Hacía compras para ella, y a la vuelta sacaba de su cartera un paquete de raviolis frescos, una bolsa de suave parmesano, una vaina de vainilla. Cada día había algo nuevo: caballa al hinojo, estofado de sepia, pizza de masa recién hecha. Había algo magnífico en esa vida natural en el medio de una ciudad. En *Notas para la definición de una cultura,* T. S. Eliot había observado con gravedad que un pueblo necesita no sólo comer, sino una cocina propia y particular.

Muy pronto renunció a su propósito de no comer con la familia como una muestra de tacto. Advirtió que los Poole llevaban su vida diaria con cuidado y circunspección porque tenían miedo.

Thomas, como Alexander, había caído bajo las garras del amor,

o del sexo, durante la representación de *Astrea* en Long Royston. Anthea Warburton se había deshecho rápida y discretamente del hijo de Thomas Poole en el verano de 1953. En todo el período que Alexander había pasado con ella en el Mas Cabestainh, jamás la había oído expresar dolor o pesar. Jamás la había oído referirse explícita o implícitamente a Poole. Para cuando Thomas y Alexander empezaron a discutir el proyecto de alojamiento, la fase de sufrimiento manifiesto del propio Poole había quedado atrás. Alexander y él bebieron un par de cervezas en The Little John de Lower Royston, y Thomas señaló que, si Alexander podía considerar la idea de vivir un tiempo con ellos, les haría de hecho un favor; un extraño facilitaría las cosas, de por sí bastante espinosas aun con toda la buena voluntad del mundo. Elinor no se había sobrepuesto de verdad a ese asunto del verano anterior. Alexander no se atrevió a preguntarle a Poole cómo se sentía él: prevaleció el tácito decoro inglés. Hablaron del doctor Leavis y de la búsqueda común de un juicio verdadero, de cómo echarían de menos los páramos de Yorkshire, del posible uso futuro de la televisión en la educación. Fuera como fuese, Poole era lo más cercano a un amigo íntimo que Alexander tenía.

Al principio pensó que la ceremoniosidad era algo establecido por Elinor y en gran parte guardado por ella. De algún modo se podía ver como una forma de apaciguar a su marido, un ofrecimiento diario y conscientemente renovado de ella misma como esposa y ama de casa. Aunque era a Alexander a quien le contaba sus descubrimientos —una mandolina de cocina en la tienda de artículos del hogar de Madame Cadec, en Greek Street, un postre italiano hecho con queso crema, ron y café molido muy fino —, según sus palabras era siempre por Thomas que hacía, compraba o preparaba las cosas. Le mostraba a Alexander el queso Dolcelatte, cremoso pero sin sabor agrio, tal como a Thomas le gustaba. O boquerones extraídos de una oscura cuba húmeda de una tienda griega.

—A mí no me gustan los boquerones, pero a Thomas le encantan.

Alexander comprendió que esta solicitud se podía interpretar como agresión o reproche. Esto se advertía en el modo suave y firme con que Elinor mantenía a los niños apartados de las zonas de la casa donde el padre estaba trabajando o se disponía a hacerlo. Había tres niños, Chris, Jonathan y Lizzie, de ocho, seis y tres años; los chicos, con la frente cuadrada, el pelo rubio y la boca recta de

Thomas; la niña, con un fino cabello rizado e incoloro que hizo pensar a Alexander en el pelaje de un ratón y su indistinta palidez, hasta que recordó que esta palabra, palidez, aplicada a un color, está desprovista de toda connotación animal. Al no poder correr en la calle, los niños también vivían de forma ceremoniosa. Los acompañaban a la escuela y al jardín de infancia, al otro lado de Russell Square. Los acompañaban al parque de Bloomsbury, donde montaban resueltamente en triciclo y recogían hojas caídas. Alexander sabía muy poco de niños para darse cuenta de lo poco que éstos reñían. Viendo sus trabajos artísticos, recordó que Elinor había sido profesora de artes plásticas. Un *collage* que habían hecho —un brillante dragón con carnosos ollares de esparadrapo y un cuerpo sinuoso recubierto de relucientes lentejuelas y abalorios— ocupaba toda la pared de la cocina, con humo de algodón serpenteando por arriba. Las obras que realizaban —un pastel, un delfín de cartón piedra— eran ceremoniosamente sometidas a la aprobación de Thomas. «Mira lo que hemos hecho los cuatro», decía Elinor, excluyéndolo a él de esos «cuatro». Y a Alexander, que era su público y su testigo, le decía en cambio: «Mira lo que hemos hecho».

Las respuestas de Thomas también eran ceremoniosas. Le agradecía a Elinor las buenas comidas y lo hacía con todo cuidado y detalle, de modo que quedara claro que sabía cuánto trabajo se requería para colar la sopa, coordinar el tiempo de cocción de la salsa, aliñar la ensalada. Hablaba con los niños sobre sus trabajos artísticos y les proponía visitas a lugares de Londres, el zoológico, el British Museum y sus relojes, el Museo de la Ciencia y sus cristales. La vida de los niños estaba repleta de cosas atractivas e interesantes, pero sólo de cosas.

Una mañana, durante el desayuno, Alexander se dijo que, en esa casa, la comunicación se centraba en las cosas y se realizaba a través de ellas. No tenía ni idea de lo que Elinor pensaba de Thomas, o de Anthea, o de él mismo, pero sabía con exactitud qué pensaba de las patatas, el café, el vino. Por su parte, él estaba tan habituado a transformar las cosas en lenguaje que le resultaba difícil ver o tocar lo que fuera sin alguna clase de denominación y comparación mental, mediante palabras.

Tenía la vaga sensación de que era posible concebir una situación en que tal proceso incesante de denominación y comparación no se considerara un imperativo biológico, como un hombre irreflexivo podría suponer. Trabajar con palabras sobre un

pintor que también sabía expresarse bien por escrito le había enseñado algo: se pueden ver cosas antes de nombrarlas; de hecho, sin nombrarlas.

El desayuno consistía en muesli con fruta fresca, café recién hecho en una cafetera francesa de filtro, verde oscuro con bordes dorados, *croissants,* mantequilla sin sal, mermelada casera. La fruta cambiaba según la estación: cerezas granate oscuro, ciruelas claudia verde dorado, peras salpicadas de oro ceroso, ciruelas damascenas con un velo morado negruzco. Alexander observaba a Elinor disponer la fruta y luego observaba la fruta. Elinor preparaba yogur casero en un cuenco blanco recubierto con una muselina perlada: era la época en que los ingleses en general no conocían el yogur, y mucho menos tenían el hábito de adquirirlo en esterilizados botes de plástico de colores. Alexander pensó en el yogur como fermentación. Tomaba forma en el cuenco blanco, una masa brillante de un blanco diferente, cuajada, de sabor agrio. Estaba viva, más de lo que lo estaban las ciruelas —que aún no habían comenzado a pudrirse y cuya piel respiraba—, si bien en el interior del hueso aguardaba el germen. La mesa del desayuno era una naturaleza muerta, con la vida sencilla de las frutas y los productos fermentados. Thomas le ofrecía a Elinor la mantequilla amarillo claro; Elinor levantaba la cafetera; Alexander dejaba deslizar el yogur entre las grisáceas semillas y copos de su muesli. Entre las ciruelas había dos limones, para realzar el color.

¿Cómo hallar la palabra exacta para el color de la piel de una ciruela? (Podía plantearse la pregunta adicional de por qué uno querría hacer tal cosa, por qué no bastaba con mirarla, o con comer la ciruela y saborearla, pero Alexander no deseaba reflexionar en eso, no en ese momento. Era un hecho que las ciruelas y los limones, juntos, componían un motivo que él percibía con placer, y el placer era algo tan básicamente humano que exigía que se reparara en él y se lo comprendiera.) Había un problema de determinación exacta, que era en parte un problema de cantidad suficiente de adjetivos. ¿Tenemos suficientes palabras, sinónimos, sinónimos aproximados para «púrpura»? ¿Cómo es ese velo, bruma u opacidad que recubre el brillo púrpura?, ¿grisáceo, o quizá blanco, blancuzco, plateado o ceniciento? ¿Cómo describir la oscura hendidura que va desde la cavidad donde se inserta el tallo hasta el extremo aovado, su sombra profunda? Parcialmente, con adjetivos. Es curioso que, tanto en prosa como en poesía, los adjetivos se perciben como signos de imprecisión y vaguedad, cuando lo cierto es que, bien empleados, son todo lo contrario: un instrumento de

precisión.

Un escritor que se propusiera un estilo directo y sin adornos podría decir «una ciruela, una pera, una manzana», y con estas denominaciones suscitaría en la mente de cada lector la imagen de una ciruela diferente, una ciruela Victoria moteada de verde y rojo tomate, una ciruela esférica amarillo rosado claro, una compacta ciruela damascena morado oscuro. Si pretendiera compartir la visión de una ciruela específica, tendría que excluir y determinar: una ciruela morado oscuro, mate, ovoide, con una hendidura pronunciada.

Se puede usar el término «velo» para referirse a la opacidad de esta ciruela, y ello suscitará en la mente de cualquier lector competente la idea de que la ciruela es brillante y está recubierta con una suave capa mate. Se puede hablar de la firme textura de la carne, y estas palabras —«velo» y «carne»— no serán una metáfora, así como «hendidura» no era sin duda una metáfora, sino la descripción de un hueco formado naturalmente. Pero no se puede evitar que una mente activa, que establece relaciones automáticas, conciba metáforas posibles: la carne humana por la carne de la fruta; el recatado velo de una monja o el tupido velo del olvido para esa capa cenicienta; hendiduras, huecos y surcos humanos para ese simple sustantivo. El color más aproximado que Alexander lograba encontrar, en su búsqueda del término exacto para el púrpura de la ciruela, era de hecho el oscuro centro de una magulladura humana reciente que se expande vigorosamente. Pero la ciruela no estaba magullada, ni era una magulladura, ni era humana. De manera que renunció a emplear palabras de índole humana para describirlo, o trató de no emplearlas.

Por otra parte, se sentía bastante satisfecho con el juego de palabras felizmente hallado para la conjunción de la fermentación del yogur, la mesa de desayuno y sus propias reflexiones sobre T. S. Eliot y Elizabeth David. El lenguaje relacionaba, y luego él relacionaba por un proceso de reflexión: fermentación bacteriana, cultivo biológico, productos humanos de la cultura, la vida de la mente.[59] Pero, a diferencia de los románticos defensores de la metáfora orgánica, no creía que este juego de palabras fuera una profunda intuición del necesario desarrollo de todo ser, bacteria, lenguaje humano, vida. Sin embargo, la analogía era un modo de pensamiento, y sin ella el pensamiento resultaba imposible. Aun así, lo inquietaba la idea de que alguien como Van Gogh, por ejemplo, podía aproximarse más a la vida de las ciruelas de lo que él jamás podría. No eran lo mismo las metáforas y denominaciones en la

pintura que en el lenguaje.

El lenguaje permitía relacionar la ciruela con el cielo nocturno, o con cierto modo de ver un carbón ardiente, o con una suave funda que envuelve la dura pepita de un tesoro. O permitía introducir una abstracción, una reflexión de la mente, no un reflejo. «La sazón lo es todo», podía decir el lenguaje, después de observar: «El hombre ha de sobrellevar su partida de este mundo al igual que su llegada». [60] La pintura también podía hacer estas cosas. Gauguin hizo una mujer con dos peras y un ramo de flores. Magritte hizo pan con piedras y piedras con pan, una analogía capaz de obrar un milagro. La pintura de Van Gogh del segador en el ardiente calor de luz blanca y trigo ondeante dice igualmente: «La sazón lo es todo». Pero la diferencia, la distancia, fascinaba a Alexander. La propia pintura declara ser una fuerza de analogía y relación, una suerte de hacedora de metáforas entre la lisa superficie del pigmento púrpura y el pigmento amarillo y la declaración «Esto es una ciruela», «Esto es un limón», «Esto es una silla», «Esto es una mesa de desayuno». Las pinceladas, la destreza, el sello de una mente que dice «Esto es mi ciruela, mi limón, mi mesa, mi silla» establecían también conexiones, tenues líneas de fuerza, la visión del mundo de un hombre. Es imposible no pensar en la distancia que media entre la pintura y los objetos, entre la pintura y la vida, entre la pintura y el «mundo real» (el cual incluye otras pinturas).

No es imposible, en cambio, sino más bien bastante común, no pensar en la distancia que media entre las palabras y los objetos, entre las palabras y la vida, entre las palabras y la realidad. La pintura de un trampantojo despierta admiración por la destreza con que engaña por imitación. No puede haber un trampantojo en la escritura, ni ninguna otra forma de engaño o atracción por imitación que resulte agradable. El lenguaje recorre, explora, abarca y penetra las cosas conocidas y las cosas imitadas de un modo que la pintura no hace: nadie ha pintado jamás «Pon estas manzanas en la cesta y sírvete». Nadie ha imaginado jamás la casa de Combray, la pensión de Papá Goriot, la casa desolada o la de Fawns[61] con la misma sensación de verlas, pese a no ser reales ni estar presentes, que se experimenta ante *La casa amarilla*, *Las meninas* o la mujer inmóvil de Vermeer bañada en una luz quieta, que lee eternamente cartas eternamente inconclusas. Ni siquiera quienes han compartido el amor por el señor Rochester[62] o la desesperación de Madame Bovary se han representado a estos fantasmas en la imaginación con el mismo entusiasmo con que —de forma independiente— han

imaginado la Saskia de Rembrandt o la Berthe Morisot de Manet. Siempre hemos sabido que estas criaturas están hechas de palabras, como *Los girasoles* están hechos de pintura, pero las palabras son nuestra moneda corriente. Podremos ser incapaces de pintar una manzana, pero sin duda somos capaces de expresar una opinión sobre el porqué de la afición de Elinor por el yogur fresco o de la neurastenia del joven Proust: son menos reales y más inmediatos.

Sabemos que la pintura no es la pulpa de una ciruela. Pero no sabemos con la misma certeza que nuestro lenguaje no coincide simple y miméticamente con nuestro mundo. Cuando los pintores dejaron de interesarse por imitar manzanas y pasaron a describir la naturaleza de la visión, de la pintura, de la tela, sobrevino una conmoción cultural. Pero la náusea experimentada por Jean-Paul Sartre cuando descubrió que no podía describir adecuadamente con palabras la raíz de un castaño es una conmoción de otra clase. (Hay que hacer notar que, si bien fue incapaz de lograr una descripción de índole matemática o compuesta por sustantivos y adjetivos de color, consiguió al menos evocar el objeto con metáforas, piel de foca, serpentino, una raíz de árbol conectada al mundo por un hombre que describe una visión de desconexión.)

Alexander tenía problemas con la disposición de adjetivos de color en su obra.

Intentó contrastar la oscura visión doméstica de *Los comedores de patatas* de los inicios de Van Gogh con las esperanzas domésticas de sus pinturas de la casa amarilla de Arles. El pintor Van Gogh temía lo doméstico y lo rehuía, y también idealizaba y deseaba su orden, sus ceremonias. Pintó *Los comedores de patatas* en la luz negra del norte: los personajes representados «en la misma tierra en que crecieron las patatas» no se miran a los ojos, pero están firmemente unidos mientras parten el pan, beben café en su oscura cabaña, como individuos inmersos en una vida común. El cuadro tiene una intención moralizadora: es un sermón sobre las necesidades básicas de la vida humana, hecho pintura. Alexander lo respetaba, pero acabó por obsesionarse con una pequeña representación de *La mesa del desayuno,* en la que Van Gogh pintó los objetos domésticos que había comprado para su casa de artistas, una paradoja clara y brillante, inmóvil pero viva, mantenida por el contraste y la coherencia del azul y el amarillo. Vincent se lo describió a Theo:

> Una cafetera esmaltada de azul, una taza (a la izquierda) azul marino y oro, un jarro de leche a cuadros azul celeste y

blanco, una taza (a la derecha) blanca con dibujos en azul y naranja sobre un plato de loza amarillo grisáceo, un bote de barbotina o mayólica azul con dibujos en rojo, verde y marrón, y por último dos naranjas y tres limones; la mesa está cubierta con un mantel azul, el fondo es amarillo verdoso. Así pues, seis azules diferentes y cuatro o cinco amarillos y naranja.

En la mente de Alexander, estas palabras sobre colores resonaban como un poema, aunque no como un poema que él habría podido escribir, dentro o fuera de su pieza.

Algunos días trabajaba en su casa, o bien revisando guiones de la BBC, o bien prosiguiendo su propia batalla con las palabras sobre colores. Esos días los otros habitantes del piso tenían un aire tenebroso, intensificado por la disposición de las estancias, dado que su habitación, en la que los girasoles en miniatura resplandecían y la casa amarilla, pálida y evanescente, se recortaba contra el peso del cielo azul cobalto, estaba bien iluminada, mientras que el pasillo principal, sin ventanas, siempre se hallaba a oscuras, aun cuando la penumbra fuera fresca y agradable. Salía de ella en momentos de agitación, parpadeando al dejar la luz, y veía el largo rectángulo casi brumoso. En una de esas salidas oyó a una Elinor irreconocible, que hablaba secamente por teléfono a quien —según dedujo— debía de ser una alumna de Thomas, y le decía que no se encargaba de transmitir mensajes, que prefería que no llamaran a Thomas a la casa, que en el instituto había teléfono y una secretaria cuyo trabajo consistía en responder a tales llamadas, muchas gracias.

En otra ocasión, a primera hora de la tarde, salió y vio, en el otro extremo del pasillo, a una mujer desnuda, pálida y en sombras, con el oscuro cabello suelto, una mujer cuyas redondeces y planos triangulares recibían diferente iluminación a medida que las sucesivas puertas abiertas proyectaban sobre ella haces de luz y luego las sombras volvían a envolverla. Era un cuerpo algo metido en carnes y lleno de aplomo, apoyado con ligereza en pies delicados, de grandes pechos y caderas generosas, pero estrecho y contenido en la cintura, las muñecas y los tobillos. Los pechos, la zona más clara, eran erguidos, con pezones grandes, ovales y oscuros. Tal vez por tener la mente ocupada en las superficies, Alexander vio encantadores óvalos y redondeces repetidos, el reflejo en un hombro, la luz en una rodilla redonda alzada, la curva de la cara interna del muslo. Y los óvalos y círculos brillantes avanzaban,

se fundían, se remodelaban por sus sombras contrarias, la T invertida entre los pechos, de un púrpura oscuro, los ondulados arabescos de las clavículas, el aterciopelado triángulo hundido en la base del cuello, marrón negruzco, el triángulo chato de vello oscuro entre los muslos, que se adelgazaba y ensanchaba con cada paso. Observó el movimiento de subida y bajada de los pies desnudos, los músculos de la pantorrilla y las nalgas, que se contraían y estiraban, el lustroso cabello que oscilaba. No vio realmente que se trataba de Elinor hasta que ésta llegó a la mitad del pasillo.

La mujer fue derecho hasta él y se detuvo muy cerca.

—Lo siento. Iba a darme una ducha, y he olvidado el champú.

—Lo siento.

—¡Oh, no! No pasa nada. No me importa.

De pie frente a él, le sonrió. Parecía ser más —y más variada— de lo que él habría sospechado viéndola con su elegante delantal y el pelo recogido. Le sonreía, quizá con tristeza. Echó a andar hacia el baño y al pasar a su lado, muy cerca, le rozó el brazo con el pecho izquierdo. Alexander extendió la mano sin decir nada y le tocó el seno, ante lo cual ella contuvo la respiración y volvió a detenerse.

—Parecías una visión —dijo él—. Atravesando los rayos de luz al pasar ante cada puerta.

Entonces Elinor dio unos pasos más allá de Alexander, entró en la habitación de éste y se paró una vez cruzado el umbral, en medio de los papeles tirados en el suelo y la luz amarilla de las cortinas y las reproducciones. Él la siguió y cerró la puerta, y luego tocó esas superficies, las redondeces, las líneas de los músculos y tendones, los huesos salientes y acolchados. Pensó fugazmente y de forma no concluyente en Thomas Poole, su amigo, en las ceremonias de esa casa, en su propio interés en el sexo, no demasiado intenso, en el coraje que ella demostraba al quedarse allí, tan digna, tan íntegra, tan positiva. Las reglas de cortesía casi le exigían tomar lo que le ofrecían. Difícilmente podría mirarla otra vez a la cara si no lo hacía. Difícilmente podría seguir viviendo en el piso. Lo que ocurriría si lo hacía era aún más incierto.

—¿Estás segura...?

Ella le tapó la boca con la mano. Alexander se quitó la ropa. Se tendieron juntos bajo el cubrecama amarillo, la cabeza morena junto a las flores geométricas. Con suavidad y muy despacio, él acarició las superficies que se habían iluminado y sumido en las sombras, y con suavidad y muy despacio ella lo acarició, en completo silencio y casi con languidez, casi con aire distraído. De

modo que, cuando Alexander la penetró, fue como si sólo lo hiciera para volver todo más íntimo y confortable, más completo, la carnosa protuberancia definitiva introducida en la suave cavidad definitiva. Era la primera vez en su vida que Alexander sentía que este acto lo hacía biológicamente completo, que dos seres habían encontrado la parte o el espacio que les faltaba y habían devenido uno, moviéndose juntos. Tenía más tendencia de lo normal a considerar ridículo el acto sexual, con los traseros que saltaban, el crujido de los roces de la piel o las inoportunas explosiones del aire al escaparse, pero con esta silenciosa mujer no era más que una cuestión de curvarse y balancearse apaciblemente y sin descanso, hasta que ella se cerró como un torno, se estremeció, otra vez, y otra, y otra, siempre silenciosa y sonriente, con gotas de sudor en el nacimiento del pelo, casi sin dar muestras de que su serenidad se hubiera perturbado. Alexander vio y sintió todo bañado en una luz dorada, y por último lanzó un grito que quebró el silencio, y oyó sollozar a la mujer. Pensó: Es para esto para lo que estoy hecho. Y, con mayor frialdad: Esto no es lo que realmente quiero.

—¿Estás disgustada?

—¡Oh, no!

—Pero estás llorando.

—Es de alegría. Me siento muy feliz. Quedémonos así un rato.

Así que él permaneció tumbado, relajado, con un brazo alrededor de la cabeza morena, el otro tocando el pliegue de su muslo, y dormitaron por unos momentos. Luego ella dijo:

—Muchas gracias.

Y bajó de la cama y salió de la habitación. Alexander la oyó meterse en el cuarto de baño y se sintió tranquilo y satisfecho. Paseó la mirada por su cuarto, por sus papeles y sus reproducciones, y pensó en Vincent van Gogh, que había escrito:

> A veces, así como las olas rompen contra los tristes y desesperados acantilados, siento el tormentoso deseo de abrazar a alguien, a una mujer del estilo de una gallina doméstica. En fin, hay que tomarlo como lo que es: el efecto de una sobreexcitación histérica, más que la visión de una realidad exacta.

Vincent había pintado su habitación de todos los colores.

> Las paredes lila pálido, el suelo de un rojo jaspeado y desvaído, las sillas y la cama amarillo cromo, los cojines y la

ropa de cama verde limón muy claro, las ventanas verdes. Me habría gustado expresar una calma absoluta con todos estos tonos tan diferentes, ¿sabes?

Fueran cuales fuesen sus intenciones, muy pocos han visto en esta pintura la expresión de una calma absoluta. Sin duda, el propósito del pintor era incluir «la totalidad» en ese pequeño espacio, recurriendo a todos los colores del espectro, y, al equilibrarlos así, encerrar los componentes de la luz blanca en su imagen de calma o descanso, que, según él decía, debía enmarcarse en blanco, dado que no había blanco alguno en la pintura. Escribió también que las formas de los muebles debían expresar una calma inquebrantable, pero las deliberadas distorsiones de perspectiva hacen que las paredes y el cielo raso, así como los cuadros colgados, parezcan aplastantes y ominosos. Hay dos cojines en la cama y dos sillas amarillas en la habitación, como si fuera deseable o posible compartir las cosas. Tendido desnudo entre las sábanas arrugadas de su cama, a media tarde (esperando cortésmente a que el baño quedara libre), Alexander paseó la mirada por su vasto cuarto y desplegó su cuerpo individual para ocupar todo el espacio.

Pensó también en la angustia de Vincent, aun disimulada, por el casamiento de su hermano, por el nacimiento de su hijo. Es cierto que Vincent creía, o afirmaba, que la emisión de esperma en el coito debilitaba la fuerza de la pintura, una inocente opinión sobre la relación recíproca entre ambas que Alexander, sin haber reflexionado demasiado, consideraba que no le concernía. Pero le preocupaba el sentido de su propia inhumanidad.

> Ah, cada vez tengo más la impresión de que la gente es la raíz de todo, y, aunque el melancólico sentimiento de no formar parte de la vida real perdure eternamente, en el sentido de que más valdría trabajar en la misma carne que en el color o el yeso, en el sentido de que más valdría hacer niños que hacer cuadros o dedicarse a los negocios, uno se siente vivo no obstante al pensar que tiene amigos entre aquellos que tampoco forman parte de la verdadera vida.

En los días que siguieron pareció al principio que se había decidido que todo continuara como si no hubiera ocurrido nada. Lleno de aprensión durante la cena, Alexander había hablado con Poole sobre la enseñanza, y había alabado a Elinor por sus *oeufs à la florentine,* tal vez con algo más de solemnidad de lo que habría

hecho en otra situación. En los diez o doce días posteriores, advirtió que había sobrevenido un cambio en las ceremonias de la casa. Elinor dejó en buena parte de hacer cosas para complacer a Thomas, o de decir que las hacía con ese fin. De hecho, consultaba más directamente a Alexander sobre sus propios gustos o deseos, pero no con una solicitud preñada de nerviosismo. Poole, por su lado, empezó a sonreír. Le decía a Elinor cosas como «Siempre creíste que yo tendía a involucrarme demasiado en mi tarea de consejero de los estudiantes», lo cual resultaba insólito porque nadie había dicho jamás algo de índole tan personal desde la llegada de Alexander. Éste pasaba horas fuera bebiendo en The Fitzroy en compañía de poetas, y regresaba con dolor de cabeza. Dos días después, cuando volvía de una incursión de aprovisionamiento a la cocina, encontró a Elinor, de nuevo desnuda, sentada en su cama.

—Querida Elinor, no sé... No estoy seguro de que esto sea posible.

—Sí que lo es.

—Estoy contento aquí. No quiero hacer nada que lo estropee.

—No has estropeado nada. Ni lo harás. Has hecho que todo vaya mejor.

Él ya se estaba quitando la ropa. Cuando la tuvo en brazos preguntó:

—¿Qué es lo que he hecho que vaya mejor?

—Todo —fue la evasiva respuesta.

Hicieron el amor. Fue como la primera vez: lento, fácil, armonioso, satisfactorio, en silencio.

—Nunca habría pensado que eras tan hermosa sin ropa.

—¿De verdad pensaste que lo era?

—Quedé muy impresionado. Aún lo estoy. Eres hermosa.

—Tengo que decirte algo. No podía... No podía tocar a Thomas, después de... esa chica, el verano pasado. No porque no lo aceptara, sino porque hizo que me sintiera vieja, horrible e inútil.

—No digas eso.

—Sabía que no querrías que hablara de esto. Sólo que... ya no lo hago. Ya no me siento vieja. Eso es todo.

—Me alegro.

—Te utilicé.

—Todos utilizamos a los demás.

—La primera vez, te utilicé. Hoy he vuelto porque...

—¿Porque qué?

—Fue tan maravilloso que no podía soportar no hacerlo otra vez.

—¡Ah! —dijo Alexander—. ¿Y ahora?

—Espero... Quiero creer... Puedo volver, ¿no?

—Por supuesto —repuso Alexander—. Te lo ruego.

En los meses que siguieron, la vida de Alexander se volvió a la vez muchísimo más placentera y más irreal. Más tarde recordaría esta época en colores primarios claros y muy vivos, pero todos levemente amortiguados o empañados, como si los viera a través de un velo blanco. (Su trabajo también era placentero pero irreal, y también veía sus prácticos colores gris y oliva apagado a través de una pantalla translúcida: humo de cigarrillo, el panel de una puerta de cristal esmerilado, el vidrio de un acuario entre el estudio de la radio y la cabina.) Todo concurría a hacer que cada vez se sintiera más «parte de la familia»: los niños le daban un beso de despedida después de cenar, como si fuera un tercer pariente; lo consultaban y lo invitaban a participar en conversaciones para decidir cosas que, estrictamente, no tenían nada que ver con él, como la elección de un centro de enseñanza secundaria, el nuevo suelo de la cocina o la lista de invitados a una cena. Y, sin embargo, era más consciente que nunca de que no formaba parte de la familia, que era un observador desprovisto de toda intención posesiva u hostil, un espectador de sus vidas, que ellos vivían para él o frente a él con gestos deliberadamente perfectos, como una comedia refinada o un juego de salón de esos que pueden verse en la caja de vidrio del televisor, negra, blanca y, por breves momentos, ahumada. (No había televisión en el piso. Era la época en que un niño aún no se sentía desfavorecido o marginado por no saberlo todo sobre Batman o Muffin la Mula.)

También la habitación de Alexander pasó a formar más parte de la casa. En una ocasión se encontró en ella a la mujer con un jarrón de tigridias, y varias veces con una taza de café. Pero también oía, como no había oído antes, a Elinor y Thomas departiendo con animación detrás de la puerta cerrada de su dormitorio, en una sucesión de risas y palabras ininteligibles.

Lo invitaron a las habitaciones de los niños. Tenían tres, dos dormitorios pequeños pintados con colores vivos y una gran sala de juegos, en el centro del pasillo. Lo iban a buscar para que admirara lo que habían hecho, o para oírlos leer, o para que les leyera. Era sobre todo del cuarto de juegos de donde provenía su recuerdo de los colores vivos, aunque, por supuesto, éstos eran resultado en

parte de los nuevos objetos, aún no descoloridos, cojines, sillas, pintura. El cuarto de juegos tenía persianas y cortinas de grueso algodón blanco, de impecable caída, algo fruncidas, y salpicadas con un diseño sencillo pero agradablemente repetido de pequeños ramilletes de flores inglesas típicas: amapolas púrpura, acianos azules, doradas margaritas de centro oscuro. Muchas de las creaciones de los chicos se conservaban en esa estancia: un caballero con armadura, cota de malla tejida con hilo de plata y casco de papel de aluminio con penacho rojo; un pavo real confeccionado con limpiapipas, seda bordada y brillantes lentejuelas para la cola iridiscente; un enorme bote de caramelos lleno de flores de papel de seda con tallos hechos con tutores verdes, blanco, crema, limón, amarillo, mandarina, caléndula y naranja intenso. Cada niño poseía un caballete, que tenían dispuestos en triángulo en el centro de la habitación, con una colección de vasos de plástico brillante para mezclar las pinturas en polvo y una bandeja de lata escarlata con los botes de pintura. Estaban haciendo su propio friso con las letras del alfabeto para colocar a lo largo de la sala. Lizzie había pintado objetos sencillos: H como Huevo, una gota dorada en un óvalo blanco pegado sobre papel violeta; O como Oliva, rojo bermellón sobre verde, en un papel verde oscuro; C como Carpa dorada, una sólida forma naranja sobre un azul intenso. Chris, el mayor, apasionado de las espadas y las armaduras, había hecho A como Armadura, C como Casco, formas plateadas sobre fondos carmesí; D como Dragón y S como Serpiente, formas curvas en diversos verdes, con boca roja, dientes blancos e imbricadas escamas dibujadas con pluma (su especialidad), sobre campos amarillos. Y Jonathan, el más tranquilo, había pintado animales grises y pardos: H como Halcón, O como Ornitorrinco, C como Cebra, formas suaves hechas en pastel difuminado con el dedo, sobre un fondo ocre amarillento o *beige*. Todo en la habitación estaba etiquetado; sujetas con chinchetas a los distintos objetos, había etiquetas con el nombre en grandes caracteres negros, escritos con esmero por Elinor: espejo, armario de juguetes, pecera, mostaza y berro, caballete de Chris, caballete de Jonathan, caballete de Lizzie.

Alexander tomó por costumbre reunirse con ellos por la tarde en la habitación y leerles poesía. Se sentaban en corro sobre grandes cojines, acompañados por su madre, y escuchaban —eran buenos oyentes—, cuatro rostros serios y soñadores rodeados de palabras y colores, mientras él leía *Cómo llevaron las buenas noticias de Gante a Aix, El flautista de Hamelin,*[63] *Galimatazo*[64] y *Un incidente galés,*

[65] rimas y acertijos. Era como si todo lo que tenía de saludable la habitación y el hechizo de las profusas rimas de estos viejos poemas se complementaran entre sí, tal como el dragón era a la vez espantoso y una obra casera. Un día, cuando todos comían panecillos de leche recién salidos del horno y mermelada de grosella, Chris tenía en su caballete una pintura acabada a medias de una lozana cinta verde y blanca (Elinor no era partidaria de que la invención creativa hiciera descuidar el aspecto imitativo). Alexander pensó que en esa sala se observaba el inicio de aquello que en esos momentos lo obsesionaba: la necesidad humana de crear imágenes. Una reluciente pieza de metal rojo puede inducir a error a un espinoso y hacerlo atacar; la preciosa carpa dorada del acuario de Lizzie, con cola, aletas, escamas, orificios, ojos giratorios, gruesos labios retráctiles y un delgado rastro oscuro de excrementos, sólo puede ver líneas horizontales y verticales, el brillo de otra carpa dorada, el verde de las plantas acuáticas, los círculos que los granos de comida producen en la lisa superficie de su mundo. Los otros peces pueden verlo como un brillo dorado amenazador, o una presencia sexual irresistible, o una presa que perturba una corriente. Nosotros, en cambio, vemos toda la delicadeza de su estructura y nos sentimos impelidos —¿por qué?— a medir los límites y precisión de su visión. Y a pintarlo. C como Carpa dorada. Y a describirlo, también. Alexander pensó en las estilizadas flores de su cubrecama provenzal y en las estilizadas flores de esas cortinas inglesas, en las flores de papel de seda, en las dificultades de Jonathan para reproducir los pliegues de las curvadas hojas verdes y blancas, en *Los girasoles*. F como Flores. ¿Creamos estas imágenes para entender el mundo, para decorarlo o para conectarnos con él? Las flores de las cortinas del cuarto de juegos declaraban ser flores de verano; las de su cubrecama eran dibujos geométricos, pero se reconocían como flores porque éstas tienen una estructura geométrica. *Los girasoles* eran la exacta reproducción de ciertas cabezuelas a punto de marchitarse en 1888, tenían un nombre dentro de los límites de su florero amarillo, Vincent, y eran, como dijo Gauguin, sol sobre sol.

Alexander leyó:

Tras muros de mármol de extrema blancura,
cubierta de un velo muy terso y sedoso,
la sustancia de oro brinda su hermosura.
No hay puertas de acceso a su calmo reposo,

mas cae el tesoro por diestra ruptura.

H como Huevo. F como Flor. S como Serpiente.

Se dio cuenta de que, en cierta forma, pensaba en Elinor como si también ella llevara esmeradas etiquetas según los diferentes entornos: «la mujer» en su habitación, «su madre» en el cuarto de juegos, «Elinor» (como parte de «Thomas y Elinor») en la cocina, durante las comidas. Le proporcionaban sexo como le proporcionaban alimento, luz y color. Empezó a sentir a veces que, como la cáscara intacta del huevo del acertijo, como la bola de seda sin puertas donde viven y crecen las crías de araña, esas envolturas protectoras eran impenetrables. Quizá él mismo lo había elegido así, aunque no habría podido afirmarlo. Se le permitía tocar y, en las situaciones y lugares autorizados, incluso penetrar; pero, en el momento en que le hacía el amor a la mujer, tenía la sensación de que su pene, largo y delgado como él mismo, no era más que un seudópodo que estiraba su pálido velo elástico hasta el fondo de las hendiduras, tendiendo la punta roma para alcanzar la firme barrera y la estrecha ranura del cuello del útero. El interior también era una superficie. Un conducto cerrado y tapizado. Era la suavidad de la superficie y lo mullido aunque definido de la forma lo que le procuraba tanto goce cuando le hacía el amor a esa mujer.

Al pensar en los revestimientos, tuvo un pensamiento fugaz e inapropiado sobre el problema —más prosaico— de la anticoncepción, y lo desechó: ella sabía lo que se hacía. Su largo miembro acarició la oscura abertura interior, que tenía su propia vida y propósitos. En ocasiones se la representaba como un ser independiente. La polla de un solo ojo es un chiste que nada tiene que ver con la poesía. Wordsworth llama al recién nacido «ojo entre los ciegos». En una poesía infantil se podría hablar de la polla de un solo ojo que cruza los muros de mármol sin puertas. O se podría hablar del gameto en busca del gameto, el genotipo tras el genotipo, a fin de que haya un cigoto y un fenotipo. Se podría preguntar, tal como casi se había planteado Alexander con tanta clarividencia en el momento de la eyaculación, para qué está hecho un hombre, qué desea un hombre.

15. Wijnnobel

El azar quiso que una comida oficial de la BBC arrojara una curiosa luz sobre *La mesa del desayuno*. Escribo «el azar». Supongo que en toda vida hay momentos en que la atención concentrada en un problema —humano, abstracto, práctico— parece desencadenar una serie aleatoria de encuentros «afortunados» con gente, libros o ideas relacionados. Tal vez sea un fenómeno vinculado con los arañazos aparentemente circulares del espejo metafórico de George Eliot, que parecen agruparse alrededor de la vela y de la mirada de autocomplacencia del observador egoísta, así como las pinceladas de Van Gogh se agrupan alrededor de los ojos del pintor. Da la impresión, no obstante, de que se trata de lo opuesto del egoísmo, una percepción privilegiada del orden de las cosas, en el que todo se debe experimentar como parte de una totalidad. Puede parecer que es una mágica imposición de la mente sobre la materia, que ordena mediante telequinesis el contenido de una biblioteca, o al menos el propio recorrido por ella. En tal disposición de ánimo, paseando una mirada distraída o vacía por las estanterías e incluso por el catálogo, descubrimos un libro, un argumento o una serie de hechos insospechados totalmente pertinentes para nuestro problema y que, sin embargo, no buscábamos. Una revelación de esta índole le llegó a Alexander gracias a ciertos comentarios fortuitos del profesor Wijnnobel, en cuyo honor se celebraba la comida.

No era por casualidad por lo que Alexander se encontraba hablando con Wijnnobel. La presencia del profesor respondía a dos motivos. Era el autor de varias charlas sobre la representación de la luz en la pintura occidental, notorias por su precisión pero también por su alcance. Era asimismo el rector designado de la nueva Universidad de North Yorkshire. La universidad se estaba trasladando ya a la mansión de Long Royston, en cuya terraza se había interpretado por primera vez *Astrea*. Alexander había leído el texto de las charlas, sin pretender enmendarlo. Una de ellas trataba sobre Leonardo, Rafael y las ideas platónicas de la verdad y el orden matemático, otra sobre Vermeer van Delft, la óptica del siglo diecisiete, la cámara oscura, el telescopio y el microscopio, otra sobre los iconos posimpresionistas y la pintura de la luz, en la que se incluía a Van Gogh. Los directores de la BBC habían considerado

que Alexander era la persona indicada para hablar con el profesor tanto sobre su nuevo cargo como sobre sus intereses estéticos.

Wijnnobel, holandés de nacimiento, formaba parte de los intelectuales europeos que se habían refugiado en las islas británicas durante la guerra y se habían quedado al acabar ésta, por lo que escribía y hablaba en inglés. Estos emigrados —entre los que Wijnnobel constituía un caso aparte, al no ser centroeuropeo ni judío— eran posiblemente los últimos eruditos existentes. Eran también, según se vio más tarde, la última generación que compartía un mismo criterio sobre lo que debía ser la cultura humana, sobre lo que resultaba esencial saber, preservar y transmitir. Wijnnobel dominaba a la vez la gramática y las matemáticas, y de hecho se decía que estaba interesado en una descripción de la cognición y la notación humanas que combinara ambas. Su interés en la pintura tenía algo de esa misma progresión desde las partículas elementales de la visión y la luz hasta las complejidades de la metafísica y las ideas sobre la realidad. Las emisiones se ilustraban con exquisitos detalles que despertaban la admiración de Alexander, quien se estaba volviendo experto en convertir lo tangible y lo visible en el extraño lenguaje incorpóreo de las ondas de radio. Había una descripción de las minúsculas gotas de pintura blanca en las oscuras formas pardas de las barcas de la *Vista de Delft* que era absolutamente memorable.

La voz que se oía por radio, aflautada y clara, hablaba un inglés perfecto, con las consonantes bien articuladas y las vocales un tanto plañideras. Alexander había imaginado a un hombre menudo y delicado, y se sobresaltó al encontrarse cara a cara con un gigante de cerca de dos metros vestido de negro, de largo rostro cuadrado, bigote espeso pero no exagerado, cabellos negros de corte recto, gruesas cejas y oscuros ojos hundidos. Largas arrugas muy marcadas le surcaban la cara, desde la nariz hasta la comisura de la boca y al otro lado de las mejillas. El ambiente que los rodeaba era, como la propia BBC, una mezcla de utilitarismo austero y refinamiento. La estancia, una sala de juntas con ventanas polvorientas que dejaban entrar la luz grisácea de la calle, estaba desnuda, con sillas sobrias y una mesa rectangular. El almuerzo se sirvió con mantelería blanca, copas de cristal tallado, cubertería de plata y ramilletes de flores, en un despliegue incongruente que semejaba esos festines que se aparecen en el desierto a santos y viajeros como tentadoras alucinaciones. Los otros invitados eran el deán de la catedral de Saint Paul, un miembro del grupo de expertos de Oxford y una novelista, de nombre Juliana Belper, que trabajaba para el Consejo

Británico y pasaba buena parte de su tiempo dando conferencias en el extranjero sobre literatura contemporánea. Llevaba un traje sastre negro con blusa de seda rosa, y tenía un rostro largo, delicado y de aire distraído, con algo de Bloomsbury. Comieron paté de cangrejo, filetes de lomo a la Rossini y peras Belle Hélène. El vino de Burdeos y el queso Stilton eran excelentes. La carne estaba dura. Los atendían unas camareras de delantal y gorro blancos almidonados sobre un vestido negro. Si se exceptuaba a Wijnnobel, con su acento extremadamente claro, todo el mundo hablaba con el mismo tono, todos compartían la misma combinación de modestia excesiva y tácita confianza en la existencia de normas de comportamiento morales, tradicionales y de buen gusto. Sabían lo que era todo: la educación, el buen arte, el buen gusto. Wijnnobel explicó la idea de la nueva universidad. La tensión de su rostro y su cuerpo, sumada al áspero tono —con ciertas resonancias militares— con que declaraba los objetivos, producía la impresión de que era un administrador colonial retirado o de baja. Se oponía a la temprana especialización del sistema inglés, dijo. No se podía encerrar el conocimiento en compartimentos estancos. Sus estudiantes tendrían la obligación de adquirir una base de ciencias y matemáticas, y de conocer más de una lengua moderna. La universidad enseñaría también técnica y artes aplicadas: arquitectura, ingeniería, pero asimismo pintura, radiodifusión, cine. Habría conexiones entre las diferentes disciplinas en todos los niveles. Wijnnobel se mostraba cortés y un tanto distraído. Había explicado todo esto antes, muchas veces.

En la década de 1960, tras las batallas campales desatadas en el campus de North Yorkshire, entre otras, tras la sátira y la mofa dirigidas contra la BBC y los preceptos de Reith,[66] tras el cambio que transformó la enseñanza en algo irreconocible, Alexander rememoró con asombro las certezas compartidas durante ese almuerzo, recordó con nostalgia la grisura uniforme que en esa época le provocaba cierta irritación. Recordó también el único momento de violencia de la comida, que, cosa sorprendente, adoptó la forma de un ataque del propio Wijnnobel contra Juliana Belper. La mujer no había escuchado con suficiente atención las declaraciones de Wijnnobel sobre la nueva universidad, había captado al pasar un comentario de éste sobre la necesidad de que un hombre instruido conociera las teorías generales y especiales de la relatividad, y, con palabras que sin duda debía de emplear en sus conferencias, según imaginó Alexander, dijo que ciertamente habían sobrevenido cambios en las artes y las ciencias, que todo era ahora

relativo, que habíamos perdido nuestro sentimiento de certidumbre y nuestros valores absolutos, que percibíamos el mundo como algo cambiante, azaroso y caótico, y que nuestras formas de arte no podían sino reflejar la naturaleza fragmentada y subjetiva de nuestra percepción del mundo...

Wijnnobel se irguió y, con la vista clavada en las botellas de vino reunidas frente a él, dijo:

—Ése es el tipo de razonamiento completamente idiota que me exaspera. Es la clase de tontería simplista que esperaba evitar. «Todo es relativo.» Sólo puede ser relativo respecto a algo. Somos relativos, es verdad. Nuestras mediciones dependen de nuestras condiciones biológicas, de la habilidad de quienes fabrican las herramientas, del origen geográfico y la composición química de sus materiales. Pero incluso usted debe de ser capaz de entender que no habría ninguna teoría de la relatividad sin la idea absoluta e inmutable de la velocidad de la luz, que es invariable en esta teoría. No podemos concebir la idea de sucesos azarosos o condiciones caóticas si simultáneamente o, más bien, previamente no tenemos un concepto de orden, un orden de números, de formas, de leyes.

—Pero la experiencia humana es sin duda caótica —replicó Juliana Belper, a quien no le interesaban los números—. No conocemos nuestra propia naturaleza. Freud nos mostró que no conocemos nuestra vida inconsciente. Recibimos impresiones al azar...

Los grandes ojos de la mujer se velaron tras un mechón de suaves cabellos escapados de su moño deshecho.

—Sigmund Freud, como Johannes Kepler, era un científico y creía en la verdad —dijo Wijnnobel—. Kepler observó que las variaciones aparentemente irregulares del movimiento de los planetas eran consecuencia de la forma de la lente del ojo. Eso no significa que no podamos estudiar los planetas: sólo significa que también debemos estudiar el ojo. Freud creía que hay leyes del comportamiento humano que se pueden observar y comprender con exactitud. Sus resultados son más difíciles de verificar, pero sus intenciones eran precisas y honradas. El confuso concepto que usted expone sobre el caos y la vaguedad depende de la ignorancia y la pobreza intelectual. Ninguna obra de arte valiosa puede tener ese origen.

La tensión de su figura militar convencional se había mudado en rigidez profética, lo que le recordó a Alexander el Moisés de Freud, y dejó a Juliana Belper con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas arreboladas.

—Soy intemperante —dijo Wijnnobel, sin mostrarse contrito.

Era una palabra que se iba a utilizar con frecuencia para referirse a él durante la revolución estudiantil de los sesenta, de la cual no hubo ningún presagio en aquella mesa, donde Wijnnobel se mostraba como la autoridad misma.

Acabado el almuerzo, Alexander condujo a Wijnnobel a su despacho para comentar su última charla, que trataría de Mondrian. El despacho, ubicado en la última planta del edificio de la BBC, recibía luz a través de una claraboya bajo la cual estaba colocado el escritorio. Sobre éste se hallaba la pequeña reproducción de *La mesa del desayuno,* a la que Wijnnobel volvió su atención tras referirse sucintamente a Mondrian. Alexander le habló de su obra de teatro, y dijo que le gustaba esa pintura por su quietud. ¿Cómo se podía dramatizar la quietud? Wijnnobel sacó su enorme pipa y rió.

—Tengo un amigo, un amigo excitable, que convertiría su cuadro en un drama psíquico, señor Wedderburn. Ve al macho en erección en cada botella aislada y a la hembra receptiva en cada cuenco redondo. ¿Qué haremos con la cafetera? Una cafetera francesa azul de dos partes. Mi excitable amigo diría que la porción superior masculina está dentro de la parte esférica femenina, y que los limones yacen a sus pies, como los huevos que Van Gogh pintó en su juventud. ¿Tal vez un símbolo completo de la fertilidad?

—Eso destruye su esencia como objeto.

—Incluso el efecto de luz se ha interpretado de forma erótica. Las mujeres de Vermeer son robustas, lejanas e intocables, y están contenidas en una luz cálida que es una especie de amor, ¿no es así? Sigmund Freud, de quien hablábamos hace un momento, equipara la luz con *eros* en *Más allá del principio del placer*. Es la luz la que hace bullir de vida nuestro mundo pétreo e inorgánico, la que hace aparecer formas complejas y las mantiene unidas. Una obra curiosa, ésta, que empieza con pesadillas y nervios alterados y acaba con una visión de la génesis y el origen de nuestra naturaleza dividida. En el mito de Freud, la paz de lo inanimado es anterior a la lucha por la vida, y la paz del hermafrodita de Aristófanes precede a las creaciones y divisiones celulares de Eros. En la visión de Freud, las cosas se sienten secretamente molestas por el llamado a la vida de la luz; quieren retornar a su estado anterior, pues los instintos son conservadores: «todo organismo desea morir sólo a su propia manera». Tal vez esto explique nuestra fascinación por las naturalezas muertas. Tal vez la vida desprovista de vida de objetos bañados de luz sea otra versión de la edad de oro, un imposible

equilibrio de fuerzas, un mundo sin deseo ni división. He transformado su cafetera en el hermafrodita circular y no caído del diálogo de Platón. ¿Le parece dramático?

—Vincent pensaba que, si practicaba la abstinencia sexual, sus pinturas serían más espermáticas —dijo Alexander.

—Qué palabra más gráfica y desagradable. ¿Es «espermática» su mesa del desayuno? No lo creo. *Nature morte,* señor Wedderburn. *Thanatos*.

Hizo una pausa.

—Pobre Vincent. La persona más desagradable que uno pueda imaginar, según he pensado siempre. Una persona combativa y desmesurada. Un hombre del que nos apartaríamos enseguida, si se sentara a nuestro lado en un café. ¿Ha dramatizado esto, señor Wedderburn?

—Lo he intentado. No consigo incluirlo todo.

Aquella noche tuvo un sueño espantoso y cómico. Avanzaba por el largo y oscuro pasillo del piso, que se extendía hasta el infinito, persiguiendo lo que parecía ser una bola de fuego abrasador que giraba y giraba a toda velocidad con movimientos bruscos e irregulares. Cuando Alexander se aproximó, la ardiente criatura se quedó suspendida en el aire, como para que él la observara bien, y al principio, dado que se asemejaba a un pájaro múltiple envuelto en una cáscara de huevo ígnea, la reconoció como una de las criaturas aladas de Ezequiel, uno de los querubines de fuego, pero luego el ser cambió mientras se alejaba girando y se convirtió casi en una criatura esférica como un erizo, cubierta de pequeños miembros y genitales humanos, el andrógino de Aristófanes, que rodaba como un acróbata apoyándose ora en un pie, ora en otro y en otro, con sus dos caras sobre el cuello cilíndrico, más y más abrasador. Alexander siguió a esta criatura absurda aunque amenazadora, y descubrió que, al acercarse a la distante cocina, experimentaba otra metamorfosis, se transformaba en un objeto negro azulado que rebotaba y se sacudía, alargado en un lado, aún erizado de brazos, piernas, picos, un demonio cafetera. La cosa emitía un ruido siseante, gorgoteante, amenazador, y, siempre bajo la forma de una bola de fuego, cruzó la puerta de la cocina dando tumbos y desapareció.

16. Primeras ideas

La vida intelectual de Frederica fuera de la universidad dependía de la azarosa dirección de los hombres que la invitaban o acompañaban a diversos actos. De este modo, impulsada por Alan y Tony, así como por Owen Griffiths, asistió en una semana a dos debates serios en el King's College, uno sobre la conveniencia de crear una licenciatura en sociología, otro sobre el humanismo de Cambridge. Lo cierto es que no tenía una idea cabal de lo que eran la sociología o el humanismo. Veinte años más tarde le sorprendió advertir hasta qué punto ambos parecían superponerse entonces. Era la época tranquila, olvidada, estática de mediados de los cincuenta, después de la austeridad, antes de la abundancia, antes también de los asuntos de Suez y Hungría, que ocurrirían al año siguiente. Una época en que los expertos en sociología y política afirmaban que ya no había grandes cuestiones por debatir, sólo problemas prácticos de planificación social y económica, ni ideologías, sólo un vasto consenso, ni conflicto de clases, sólo la igualdad de oportunidades al alcance de todos. Una época en que la mayoría de los británicos creía con moderación y sin apasionamientos en que llegarían cosas mejores, tal como ya habían llegado los plátanos, las naranjas, la mantequilla, el Servicio de Sanidad, la ley de educación de 1944, un mayor acceso a la enseñanza superior, los automóviles para los obreros. Era una época demasiado confusa y poco esplendorosa para considerar con espíritu crítico esas grandes palabras que no habían formado parte de la limitada educación de Frederica: liberal, justo, humano, libre, democrático. Todo lo que le habían enseñado a hacer se basaba en la lectura específica y escrupulosa de obras literarias. Sabía apenas lo suficiente para ser cuidadosa con esas grandes palabras, para observar cómo y quiénes las empleaban, merced a un resto de tacto que le quedaba. Le habían enseñado a desconfiar, no como un buen marxista enseñaría ahora a desconfiar de toda ideología que se perpetúa sin ser objeto de crítica, sino de un modo literario puntilloso y meticuloso, desconfianza de una palabra por vez, empleada en una frase.

Para su sorpresa, el debate sobre el humanismo acabó reducido a una intrincada y tortuosa discusión sobre si el humanismo era o

no una religión. ¿Se requería un credo, ceremonias, una jerarquía? A Frederica le parecía obvio que no: ¿acaso no se trataba precisamente de eso? Los humanistas creían que la fuente de valores y la guía de conducta residían en lo humano, según dijeron. Cada individuo de la especie humana y su bienestar eran de suma importancia, y no había mejor sistema para promoverlo que la democracia, donde todos eran iguales y donde la tolerancia se consideraba la máxima virtud social. Todo sonaba muy fácil, muy obvio, muy escurridizo. Los participantes, sin excepción, se mostraron partidarios de la planificación; un muchacho propuso una analogía entre una oficina central de planificación y la corteza cerebral humana. Estaban en el King's College, así que otro citó a G. E. Moore: «Los afectos personales y el goce estético son, con mucho, el mejor bien que podemos imaginar». Nada en la conducta de Frederica de esa época indicaba que no compartiera esa creencia y, no obstante, tampoco podría haber dicho que sí lo hacía. Se lo impedía su actitud respecto al lenguaje. Marius Moczygemba dijo que san Pablo y Cristo habían ordenado a los hombres que se amaran los unos a los otros. ¿Se necesitaba a Dios para que ese mandamiento tuviera sentido? No, no, se apresuraron a responder todos, aunque uno añadió que Forster opinaba que lo máximo que se podía exigir era la tolerancia: el humanismo sólo podía crear una sociedad en que el amor fuera posible para todos.

—Pero sin Dios, o sin un credo como el del marxismo, ¿dónde reside la autoridad que emite tales preceptos morales? —preguntó Alan Melville.

—En la naturaleza humana —dijo uno.

—En el individuo —dijo otro.

—En la razón —acotó un tercero.

—Todos sabemos lo que es justo y decente —concluyó otro, parafraseando a los demás.

—¿De verdad lo sabemos? —replicó Alan Melville—. ¿Y cómo lo sabemos?

Mientras decía esto, Frederica lo miró con afecto. Estaba sentado en el borde de la silla, como si necesitara libertad de movimientos para huir. Su expresión inquisitiva era amable; pero, tras su cortesía y afabilidad, ella detectó cierto desdén por todos los otros. Alan le había hablado un poco de su infancia y juventud: la seguridad que brindaba la banda cuando se reunía en los sitios bombardeados, cuando repetían frases sobre el odio compartido y la gloria física, la virtud que había en hacer girar una cadena, en aferrar con firmeza un cuchillo para cortar hasta el hueso, para desfigurar o peor aún,

para siempre. Él sabía bien que ser humano no era sencillo. ¿Dónde residía la autoridad?

La mayoría de los participantes en el debate sobre sociología ignoraban lo que era la sociología. Suponían que consistía en el estudio del hombre en sociedad, que tenía que ser algo bueno y que, además, conduciría a una planificación eficiente, la cual a su vez conduciría a la virtud y la libertad, es decir, lo mismo que se había esperado del humanismo en el debate precedente. También aquí Frederica observaba a la gente. Le resultaba difícil entender qué significaba «clase», «cultura», «elite» cuando todos se mostraban de acuerdo sobre estos conceptos, pero advertía que había diferencias, por ejemplo, entre Tony Watson y Owen Griffiths cuando hablaban de «cultura obrera». Para Tony, las palabras abstractas representaban fuerzas vivas: la cultura obrera era buena, mientras que la cultura de masas era mala. La cultura obrera incluía objetos artesanales, canciones y cuentos, hábitos de comida, hábitos de cocina, todos sacrosantos porque para eso habían nacido. La cultura de masas era la radio, las canciones pop, la televisión, la comida precocinada, las revistas sensacionalistas. Para Owen, en cambio, la cultura obrera era la fuerza de hombres como su padre, que había organizado a otros hombres en compactos grupos de combate para conseguir una paga y un horario de trabajo mejores, lo que significaba tiempo libre para el ocio y la televisión. Owen decía con frecuencia «mi padre», cosa que Tony no hacía jamás, aunque las palabras abstractas del padre de Tony tenían tanta fuerza en la vida de éste como la tenían en la vida de Owen la ardiente ambición de su padre, su elocuencia exhortatoria, su deseo de poder. Para ambos, «cultura obrera» era de hecho su padre. Pero saltaba a la vista que Tony no veía en Owen —agresivo, ferviente melómano y bromista— la clase obrera de la que él hablaba. Y, sin embargo, ¿en qué otro sitio podía ponerse a Owen? ¿Y qué decir de Frederica?

Bill Potter creía que la fe cristiana producía una visión errónea y nociva del mundo, de los seres humanos, de la sociedad. Frederica, como heredera directa, también lo creía, pero había desarrollado una escéptica desconfianza hacia el excesivo respeto de su padre por los «valores» de F. R. Leavis y la «vida» que exponía D. H. Lawrence. En ciertos aspectos, estas cosas —valores y vida— parecían ser una moral y un dios sin nombre ni autoridad.

Frederica se hallaba en una situación difícil y corriente: los elementos de la cultura a la que sentía que pertenecía le

disgustaban mucho más que aquellos que le parecían opuestos a ella. Se consideraba una persona sagaz, no ligada a una clase, libre del deseo artificial de ascender por una escala ilusoria, o de una romántica identificación con lo que había de bueno en lo que la había precedido. Se rebelaba por naturaleza contra la «autoridad», y no obstante la complacían más las certezas jerárquicas de T. S. Eliot que la utopía de la revista *Scrutiny,* que era su medio natural, así como la complacían más el ingenio y la maldad de *Retorno a Brideshead* que los triviales enojos y las buenas costumbres de *La suerte de Jim,* una obra de la que podría decirse que había dado forma literaria al mundo que ella mejor conocía. Al menos Eliot y Waugh incluían la totalidad de las cosas y lo resolvían a una escala cósmica, aunque fuera de un modo absurdo. Tal como le habían enseñado, le disgustaban los conceptos confusos e imprecisos. Pero no tenía conceptos precisos que le gustaran.

Quedaba el amor, en cuya búsqueda estaba ocupada. Le habían enseñado lo que eran Eros y Agapé, *caritas* y *amour,* amor propio y pérdida de identidad, y simplemente quería «estar enamorada». Seguía sin creer en el amor que le juraban los hombres con quienes se acostaba o discutía, y encontraba cierto placer en la compañía de hombres que se interesaban en algo que no fuera ella, a quienes no se podía incluir rápidamente en la molesta categoría de los rechazados. Estaba Marius, que pretendía ser artista. Y estaba Owen, que tenía una idea clara de su destino.

Marius pintó su retrato, en su habitación del sótano, y el resultado fue una imitación de Modigliani con unos ojos color ciruela que irritaron a Frederica, que no tenía los ojos de ese color. Una vez acabado el cuadro —que más tarde pasó a ser una especie de pintura abstracta al estilo de Jackson Pollock—, se sentó con Frederica en su cama y empezó a acariciarla, y de vez en cuando le preguntaba por qué le permitía hacerlo. Había recibido una educación católica, y esperaba que el sexo fuera triste y peligroso; la práctica Frederica comenzaba a habituarse a esta ambivalencia masculina. Owen Griffiths la llevó a cenar al comedor de la Asociación de Estudiantes, un lugar al que, como mujer, sólo podía asistir en calidad de invitada. Habló sobre el futuro del socialismo, sobre las razones que habían llevado a Attlee[67] al gobierno y las que explicaban el fin de éste, y dijo que lo mejor que podía hacer Frederica era casarse con él, Owen Griffiths. Lo dijo ante un bistec duro y un tomate asado acuoso, como si esto resolviera el asunto.

Como de costumbre, Frederica se negó a aceptar que hablara en serio y, como solía hacer, contestó que estaba segura de que, si Owen reflexionaba un poco, se daría cuenta de que no querría compartir todas las comidas de su vida con alguien tan discutidor como ella. Owen le aseguró que era eso precisamente lo que lo atraía, y le pidió que pensara en el futuro. Presuponía que, al igual que él, Frederica sabía que él tendría un futuro brillante. El único futuro brillante que interesaba a Frederica era el propio, aunque es poco probable que Owen lo advirtiera, como es poco probable que concibiera siquiera la extraordinaria pobreza y vacuidad de lo que pasaban por ser las ideas políticas de Frederica. En ese egocentrismo un tanto obtuso se asemejaban tal vez, como también en su tendencia a hablar en exceso cuando algo los entusiasmaba. Owen Griffiths veía en Frederica a una chica muy inteligente que sería una buena esposa para un hombre ambicioso. Frederica percibía esta ambición y la encontraba amenazadora. Owen era asimismo amenazador en otro aspecto: tenía la costumbre de irrumpir en su habitación para repetir su proposición en horas del día en que no se permitía la entrada de hombres en Newnham, cosa que una vez —que no era la primera ni sería la última— le valió a Frederica una reprimenda de su directora de estudios. Ésta le advirtió que, si no se veía envuelta en una situación más grave, se debía en parte a que se esperaban de ella magníficos logros académicos. Más tarde —no en ese momento, en que tal juicio le pareció muy natural—, estas prioridades causaron extrañeza a Frederica. En ese mismo trimestre se descubrió que una chica morena que ocupaba una habitación en el otro extremo del pasillo y que nunca hablaba con nadie, estudiante de geografía quizá o de teología —Frederica no estaba segura—, se había casado en secreto con el dueño de un restaurante, un sardo que cantaba en el coro de la iglesia y, según se rumoreaba, cocinaba como los ángeles. A esta mujer casada la expulsaron, no por haberse acostado con su marido en su habitación ni por haber pasado una noche fuera, ya que no había hecho ni una cosa ni la otra, sino simplemente por haberse casado (de forma inapropiada). Y, sin embargo, ¿para qué nos están preparando en realidad?, se preguntó Frederica, pensando en su directora de estudios, una mujer temible de lengua acerada y mirada tan crítica como la que el dulce Freddie mostraba para la ropa barata, los guantes de encaje falso, las expresiones incorrectas. No tenían ni idea de lo que era ser mujer. En años posteriores, a la luz del caluroso interés prodigado sin discriminación a todas las actividades femeninas, a todas las afirmaciones del yo femenino, fue

posible considerar una especie de heroínas tanto a Miss Chiswick como a la menuda y morena *signora* Cavelli, Brill de nacimiento, que defendían principios diferentes. Miss Chiswick, al menos, había sacrificado algo a la vida de la mente; a Miss Brill la habían despojado de ello contra su voluntad. En 1955 Frederica sentía por ambas un desprecio entremezclado con miedo. Seguro que era posible lograr algo de la vida y ser a la vez mujer, se decía llevada de una suerte de pánico. Seguro.

17. Estudios sobre el terreno

Quienes no establecen lazos sociales naturales suelen verse atrapados en vínculos artificiales que establecen otros. Marcus se encontró participando en un curso de un largo fin de semana que organizaba Gideon Farrar en el Centro de Observación de la Naturaleza ubicado en los páramos, al sur de Calverley. Marcus pasaba ahora sus días, vestido con una larga bata marrón, empujando carritos llenos de libros a través del hospital general de Calverley, por los estrechos pasillos que separaban las largas hileras de camas, arriba y abajo en el chirriante ascensor de hierro llevando camillas con gente inconsciente que salía del quirófano, o sillas de ruedas de camino a la sala de fisioterapia o de radiografías. Se las ingeniaba para distribuir los libros sin hablar con los receptores. Tampoco hablaba con sus padres, por más que se percataba de que ellos aguardaban con ansiedad a que dijera algo y luego, viendo que no decía nada, a que volviera a su habitación. Fue a donde Gideon le indicó que fuera porque parecía sencillo, y porque eso significaba un fin de semana alejado de la nerviosa amabilidad de Bill. Cuando llegó al centro, pensó que se había equivocado. Era un grupo de cabañas de madera con olor a creosota, alrededor de un edificio central de hormigón encalado. Su primera conmoción fue descubrir que compartiría la habitación con otros tres muchachos, cosa que nunca había hecho.

Esa primera tarde tomaron una tímida merienda, tal vez unos dieciséis chicos y chicas de diversas escuelas e iglesias. Sirvieron té con enormes teteras de aluminio, y había pan, grandes cantidades de margarina y mermelada de fresa coloreada con cochinilla, así como porciones de un pastel cuadrado de panadería. Marcus se sentó entre dos sillas vacías, una de las cuales fue ocupada enseguida por una chica de largas coletas oscuras y gafas algo gruesas, que parecía conocerlo. Ésta advirtió sin inmutarse que él no la reconocía.

—Veo que no te acuerdas de mí. Soy Jacqueline. Nos sentamos juntos en una de las comidas familiares de Gideon. ¿A qué te estás dedicando?

—Empujo un carrito con libros por el hospital.

—Supongo que conocerás a gente interesante.

—La verdad es que no —hizo un esfuerzo—. ¿Qué hace aquí la gente?

—Bueno, estamos aquí para conocernos mutuamente.

Marcus se encorvó sobre su plato.

—Eso es lo que dice Gideon —prosiguió Jacqueline—. Yo vengo porque me gusta el lugar, me gustan los páramos, me gusta el proyecto de trabajo.

—¿Qué proyecto?

—Lo principal es el estudio a largo término de las hormigas. Tenemos varios criaderos, y algunos observamos en el exterior. Christopher Cobb, el que está sentado junto a Gideon en la cabecera de la mesa, es una autoridad mundial. Un tipo fascinante. Tienes que oírlo hablar.

—No sé.

—¿Es que no te gustan las hormigas? Son extraordinarias, te aseguro. Te lo mostraré.

—No sé si me gustan o no. Me gustaría verlas.

Después de la merienda, a la caída del sol, todo el grupo fue a dar un paseo. Cruzaron bulliciosamente un trozo de páramo, bajaron por un sendero del acantilado, corrieron y gritaron por la playa que se extendía frente al Boggle Hole, una estrecha hendidura con forma de chimenea, abierta en el acantilado, por donde corre un arroyo manchado de marrón, color hojas de té y dorado, que brota de la turba y lentamente va a mezclarse con las aguas de la marea creciente, frías y grises, saladas y translúcidas. El lugar es notable por las extrañas formaciones rocosas, aglomeraciones de pedruscos, *cairns* y áreas verdes de fósiles de pesadas piedras casi esféricas, ásperas al tacto o pulidas por el mar, como un alijo de antiguas balas de cañón. Llanas terrazas de rocas verdinegras de brillo mate, atravesadas por una red de grietas y surcos, tapizadas de rosa y pardo amarillento por líquenes y algas, descienden hasta donde el mar las explora con una fina capa de agua, cubriéndolas y descubriéndolas. Marcus balanceó una piedra en la mano y escuchó las olas y el viento. Jacqueline reapareció.

—Mira cómo adquiere vida todo. Mira las anémonas de mar. Hay tantas cosas...

Marcus balanceó la piedra y miró, obediente, la gelatinosa masa marrón oscuro y roja, dorada a veces, adherida por su pie único, un manojo de tentáculos ondulantes alrededor del orificio de la depresión central.

—Mira —dijo Jacqueline—, ahí está Ruth.

Una gaviota lanzó un graznido estridente.

—¿Ruth?

—Sí, Ruth. Estuvo con nosotros en la comida de Gideon.

Marcus observó a los jóvenes cristianos que se paseaban en grupitos. No tenía ni idea de cuál era Ruth, a quien había visto antes. Todos parecían iguales: cazadora y prácticas botas.

—No te fijas mucho, ¿no?

—No —vaciló—. Me cuesta mucho reconocer a la gente. Sobre todo distinguirla dentro de un grupo.

—A mí me fascinan —dijo Jacqueline—. Todos son distintos, eso es lo más extraño. Ruth es la de la larga trenza y los grandes ojos azules. Con chaqueta roja.

Marcus localizó la chaqueta roja —o una de ellas—, pero no consiguió reconocer a Ruth. Jacqueline se quedó con él y le iba señalando cosas, un monedero de sirena, un cangrejo ermitaño. Marcus se preguntó si Gideon le habría encargado la tarea de sacarlo de su ensimismamiento. Fuera como fuese, le gustaba Jacqueline, porque a ella le gustaban las cosas. Se pasó la piedra de una mano a la otra y se preguntó por qué ella encontraba tan apasionante el mundo, mientras que él lo veía a través de una bruma de irrealidad y miedo. En el camino de vuelta, al divisar un pequeño rebaño de ovejas que trotaban en su dirección, balanceándose sobre sus delgadas patas negras, intentó gastarle una broma.

—Y las ovejas ¿qué? ¿Puedes distinguirlas?

—Por supuesto. Ahí hay una vieja; mira los bultos y depresiones del cráneo. Ésa es brava, la más grande que está delante. No hay dos iguales. Ésa te daría un topetazo a la menor oportunidad. Mira qué hermosos ojos tienen.

Tenían ojos amarillos, con una pupila vertical como una línea. Marcus buscó su belleza y advirtió su color ámbar.

—¿Cómo crees que ven, con esas pupilas como rendijas? —le preguntó a Jacqueline.

—No lo sé. Pero un día lo sabré. El cráneo se distingue con mucha mayor nitidez que el nuestro; es interesante —se volvió hacia él—. ¿Puedes imaginar mi cráneo?

Mechones de cabello castaño oscuro sobre una frente despejada; la cálida masa de cabello con una raya al medio, como una cubretetera, y las largas coletas tras las orejas, los graves cristales de las gafas que reflejaban las suyas, la boca sonriente de labios finos.

—No. No puedo, no.

—¿Y el tuyo?

—Cuando tengo asma o fiebre del heno. Cuando me duele. Por sinusitis. Pero sólo desde dentro. Sería incapaz de dibujarlo. Tengo la sensación de que es largo y afilado, de que está inflamado.

Ella le puso una mano en la barbilla y se tocó la suya, evaluando.

—La tuya es más larga que la mía.

Las ovejas se alejaron, con sus grises ancas lanudas oscilando de forma uniforme, dejando un rastro de brezos y lana enredada, sangre seca y aglomeraciones de alquitrán.

—¿Puedes distinguirlas también desde atrás?

—Si me esfuerzo. Es un rebaño. Algunas tienen un trote más irregular. Aquélla está más sucia. Ésa es más nerviosa. Se puede hacer si uno se lo propone.

Marcus trató de establecer el negro patrón de patas entrecruzadas que trotaban, antes de que desaparecieran de la vista.

Después de cenar, Gideon los reunió alrededor de la estufa encendida, una cuba negra provista de una chimenea que despedía un olor acre. Prepararon bebidas calientes con leche y las repartieron. Unas gotas de leche que cayeron en el metal se hincharon como ampollas, tomaron un color de café, ámbar y negro, y dejaron escapar un olor a arroz con leche y luego a quemado. El calor mismo, la mezcla de modorra y de ahogo en los olores, los congregaba. Sentados en corro, casi todos en el suelo, miraban a Gideon. Quien dijo que les proponía un juego que en realidad no era tal, sino un modo de quebrar la capa de timidez y convenciones que separaba a todo hombre de sus vecinos, un juego de la verdad. Cada uno contaría una historia, una historia verdadera, una historia personal que, a su juicio, ayudara a los otros a conocerlo. Él mismo empezaría. La historia que relató era la de una lucha —una lucha que había durado una semana entera, según contó— con su hijo adoptivo Dominic, quien había rechazado la protección de Gideon y huido tres veces; la primera vez lo habían encontrado en la cabaña de un obrero, la segunda bajo un árbol del parque, y la tercera escondido en el cobertizo de una escuela. Gideon explicó cómo en cada ocasión había llevado de vuelta a casa al niño, que pataleaba, chillaba e insultaba a Gideon por no ser su verdadero padre. La esencia del relato era lo difícil que le había resultado a él, Gideon, aceptar el hecho de encontrarse con un odio evidente cuando él había esperado brindar amor, de verse rechazado cuando había deseado que reinara la armonía.

—Al fin, sólo pude responder de forma apropiada cuando reconocí ante mí mismo mis sentimientos —dijo—, dejé de mostrarme amable, me encaré con él con verdadera rabia y le dije: «Te quiero, pero no voy a aguantar esto; siento pena por ti, pero yo también sufro».

La historia tenía un final feliz, porque entonces el chico se había sentido aliviado: era el sentimiento de la omnipotencia y la permanente ecuanimidad de su padre lo que lo agobiaba. Habían vuelto a la casa, Dominic se había sentado en sus rodillas, le había dado unos puñetazos en broma, y de nuevo habían sido una familia.

Algunos de los jóvenes cristianos estaban habituados a los métodos de Gideon. Un muchacho contó una historia bien hilvanada, que no relataba por primera vez, sobre su condición de evacuado durante la guerra, la muerte de su madre en los ataques aéreos, su familia de acogida, que lo apreciaba tan poco como él a ellos pero que se había hecho cargo de él, y cómo él no se lo había agradecido, no sabía quién era, no se sentía bien como un *cockney* en Yorkshire, temía que sólo lo toleraran y no lo quisieran de verdad. Otro chico contó que era el único de su familia que había fracasado en el examen de ingreso a la escuela secundaria, y que sus padres ya no habían querido saber nada más de él, habían perdido todo interés en lo que él hacía. Si había un tema común en estos breves arrebatos bien estructurados era el del fracaso de los padres, su falta de visión, su ausencia. Gideon dirigía las narraciones: formulaba una pregunta —«Y entonces ¿qué sentiste?»—, suscitaba una imagen nítida y conducía el relato hasta que el narrador descubría su verdadera identidad independiente, veía que los fallos de los otros eran inevitables. Convertía las historias en algo apasionante y también aceptable, lleno de significado dramático. Una chica morena y malhumorada contó que su madre vivía en el piso superior de la casa y su padre en la planta baja con otra mujer, y que ella tenía que hacer de intermediaria entre ambos, llevando mensajes escritos, pidiendo dinero, devolviendo las cacerolas tomadas prestadas. Gideon consiguió interpretar la historia como si ella hubiera comprendido la situación con una suerte de ingenio desesperado y como si, a la vez, fuera la única cuerda, el único ser humano de la casa. Lo que había comenzado como una serie de lúgubres declaraciones de una sola frase se convirtió en un alegre relato de réplicas agudas lanzadas desde la mitad de la escalera. Le siguió un muchacho que había visto a su padre agredido y golpeado por unos compañeros de trabajo furiosos por una insignificante delación a los superiores. De nuevo Gideon consiguió transformar

esta historia de un chico aterrado en la del testigo de una tragedia, hasta sugerir, con toda la fuerza de su suave sonrisa y su poderosa atención, que el chico había hecho algo heroico, había adquirido sabiduría. Luego se volvió hacia Marcus y le preguntó si tenía una historia.

—No —dijo Marcus—. No, la verdad es que no. Gracias.

—Tal vez más adelante —dijo Gideon con afabilidad, y se volvió hacia Ruth.

En esta ocasión Marcus se fijó un poco en Ruth. Se mantenía erguida como un niño a quien han llamado la atención en público, con su larga trenza a la espalda y la mirada fija en el frente, en Gideon, con las manos unidas delante, inmóvil. Tenía un rostro sereno de aspecto nórdico, con cejas rubias y rectas y ojos muy azules; la boca era de labios finos y delicados, apacible. Dijo que hablaría de su madre en el hospital y, sin más preámbulos y con voz bastante monocorde, empezó a contar qué difícil había sido para «ellos» aceptar que las cosas no funcionaban en la casa, que todo estaba sucio y las compras sin hacer, cómo no habían podido evitar enfadarse con su madre y cómo ahora sufrían por ello.

—Lo que quiero decir es lo mal que la tratamos durante mucho tiempo. Ella se fue poniendo cada vez más delgada y ya no era la misma. Seguía queriendo hablar con nosotros, nos miraba siempre con una especie de... avidez, pero ella nos daba miedo, no queríamos conocerla, no teníamos nada que decir. Estaba allí tendida en la cama, mientras yo hacía las compras, cocinaba, limpiaba y trataba de estudiar para la escuela y de ocuparme de mi padre. Entonces nos dimos cuenta de que se iba a morir, que no había nada que hacer, y deseamos que ocurriera pronto, que no siguiera así, queríamos que se fuera de una vez si tenía que irse, y ella aún trataba de hablar con nosotros. Se enfadó cuando hice que le cortaran el pelo a Christine, pero era un fastidio terrible, siempre enredado. Y un día fuimos al hospital y nos dijeron que había muerto en paz y nos dieron sus cosas en una bolsa. Yo no sentí nada. Sólo pensaba en lo que había que hacer, limpiar el horno, los armarios de debajo de la escalera, tirar los juguetes rotos, cosas por el estilo. Hasta que un día abrí un cajón y encontré medio jersey.

—Continúa —dijo Gideon.

—Un jersey a rayas que yo había pedido una vez. Ella lo estaba tejiendo, antes de que... Entonces me eché a llorar.

—Y ahora te sientes mal porque te sentiste abandonada y furiosa, lo cual es completamente normal, inevitable —dijo Gideon.

—No, no. No es eso. Es que...

—Sí que lo es. Hiciste que todo siguiera funcionando, y ahora te sientes mal porque tenías miedo, aun siendo muy valiente.

Ruth no dijo nada. Gideon —¿conocería la respuesta?— continuó:

—Y ahora tu padre cuenta contigo, llevas el peso de la casa y de tus buenas notas...

—No, ya no —repuso Ruth—. Se casó con la señora Jessop.

Tomó asiento con calma. Gideon la dejó y pasó al siguiente. Era como si todas las historias conformaran una sola: un padre, una madre, uno o varios hijos, un modelo ideal que resultaba no serlo. Jacqueline soltó una historia sobre un microscopio que le habían regalado a su hermano por favoritismo, y cómo al fin había tenido que comprarse uno ella misma, relato que Gideon trató a la ligera, como si hubiera en él algo de trampa. Marcus dejó de prestar atención: empezaba a temer la hora de acostarse. Nunca había tenido que compartir el dormitorio con otros chicos.

Los compañeros de habitación resultaron ser muy razonables. No se conocían entre sí, y la carga emocional de la atmósfera los había excitado. Gideon había reunido los hilos de las historias y había hablado de la fragilidad de la vida y las relaciones humanas, de la necesidad de contar con algo seguro, estable, invariable, del conocimiento interior de Cristo que todos teníamos. Los chicos se refirieron a Gideon con aprobación.

—Hace que parezca que lo que hacemos es importante —comentó uno de ellos.

Salieron con su neceser para ir a los lavabos y volvieron con la piel reluciente y olor a menta. Marcus estaba sentado en el borde de la cama, con la espalda encorvada. Un muchacho dijo:

—No hablas mucho. ¿Te sientes bien?

—Tengo... asma. Me cuesta respirar. Espero... no... causar molestias.

—No te preocupes —dijo el chico más jovial—. Esa estufa apesta de verdad. Nos hace mal a todos. Espero que se te pase.

Tomó una cápsula de efedrina y se puso media tableta de adrenalina bajo la lengua. Los compañeros de habitación se instalaron. Dos de ellos pelearon brevemente por la posesión de una almohada sobrante, y Marcus, que se apretaba las costillas con los puños cerrados, vio cómo se les abrían los pijamas mientras se bamboleaban, con las manos entrelazadas, empujándose con los hombros y las caderas. Un ombligo oscuro y velludo. Un pene

brevemente expuesto, más cuadrado y grueso que el suyo, levemente alzado por la excitación. Blancos cordones de pijama colgando. ¿Cómo podían tocarse de ese modo? ¿Cómo? Su respiración se hizo sibilante. Avergonzado, observó cómo se metían en la cama, se tapaban con las sábanas y la manta gris, se acurrucaban para dormir. Respiraba superficialmente, intentando no hacer ruido. Le vino a la mente la disparatada idea de que le estaban consumiendo todo el aire. Le dolía sobre todo el pulmón derecho; una inhalación profunda le habría raspado las paredes, ya en carne viva. La imagen de los chicos en la habitación creció: el aliento a menta, la carne juvenil pálida y morena, el olor de los pies tras las carreras lo invadieron todo. Resolló y bajó los pies al suelo de madera. El chico de la cama contigua abrió los ojos y estiró un brazo. Las ventanas de la nariz de Marcus, hiperactivas, siguieron el movimiento de la axila.

—¿Estás mal?

—No puedo respirar. Voy a salir un poco.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Es sólo que no puedo estar acostado. Me duele.

Volvió a resollar.

—Haces un ruido horrible.

—No es tan malo como suena.

Salió de su cabaña y fue hacia el edificio principal, donde aún se veían luces encendidas. El aire de la noche, aunque doloroso para sus pulmones, olía a pinos y brezos. Se oían tenues ruidos: un crujido, un roce, un susurro interrumpido bruscamente. Palpando la pared y controlando la respiración ronca y sibilante, se dirigió a donde suponía que debía de estar la cocina. Llegó en cambio a una de las grandes salas de conferencias, con grandes bancos de laboratorio, un atril, recipientes de vidrio que brillaban en la oscuridad, a lo largo de las paredes.

Alguien habló.

—¿Quién está ahí?

—Soy Marcus Potter.

—¿Qué estás haciendo?

—No puedo dormir. Tengo un ataque de asma.

—Soy yo, Jacquie. Estoy buscando a Ruth. La he oído llorar. Voy a encender la luz.

Cubiertas con pantallas cónicas de metal, las lámparas proyectaban círculos de luz en las mesas, los cuales se reflejaban con otra forma en los ventanales desnudos, desde otro ángulo.

Marcus vio a Jacqueline en el negro aterciopelado y manchado del cristal, bajo lo que parecía ser una sucesión infinita de globos blancos, un fantasma gris con una larga túnica de lana. Se vio también a sí mismo, la espalda encorvada y palpitante bajo el pijama claro, el pelo lacio y claro, las gafas reflejadas que reflejaban minúsculas bolas blancas. Los recipientes de vidrio dispuestos a lo largo de las paredes eran los criaderos de hormigas.

—Tienes un aspecto terrible. Siéntate. ¿Quieres que te vaya a buscar algo de beber? ¿Has visto las hormigas? Voy a encenderles la luz.

Aparecieron unas franjas sombreadas de luz blanca sobre los hormigueros. Las paredes de los recipientes emitían un resplandor dorado, cuyo motivo se explicaba en una etiqueta adherida confeccionada con cuidado.

> Ésta es una colonia de hormigas negras de jardín, *Lasius niger*. El vidrio del nido en observación es rojo amarillento, porque las hormigas no perciben los rayos de esta zona del espectro, aunque son muy sensibles a la gama de colores que se acerca al ultravioleta. A diferencia de las hormigas negro azabache, *Lasius fuliginosus,* que siguen rastros olfativos, las *Lasius niger* se orientan por la vista. Sus grandes ojos compuestos pueden formar imágenes verticales de las cosas en movimiento. Es muy posible que sean ciegas cuando están en reposo, dado que los ojos sin párpados parecen diseñados específicamente para captar los movimientos.

Marcus examinó las hormigas con esa observación lenta y tranquila que resulta de la inmovilidad del asma. Además de producirle en el corazón perceptibles sacudidas irregulares, la adrenalina infundía a sus actos una sensación de urgencia. Las hormigas adquirían importancia. Estaban en una especie de suelo rojizo —o eso parecía, dado que el cristal era rojo amarillento—, en el que se veían desperdigados trozos de frutas —naranjas y manzanas— y mustias hojas de lechuga. Por la superficie pululaban hormigas de diversos tamaños, que corrían con energía, buscaban, daban media vuelta, corrían, regresaban. El costado del recipiente hacía de pared de las capas superpuestas de galerías y cavidades, en dos de las cuales se veían las larvas ovales, pálidas, blancuzcas, no en hileras ordenadas ni amontonadas al azar, sino dispuestas en grupos cuyo criterio de organización resultaba indescifrable para

Marcus. Por las galerías avanzaban tantas hormigas como en la superficie, empujando minúsculos granos de tierra con las finas patas, transportando larvas que mantenían rectas ante ellas como enormes cirios procesionales. Sumido como estaba en el dolor, Marcus tenía la impresión de que no había orden ni concierto en esa agitación. Surgían hormigas de todas partes, luchaban ferozmente con un enredo de antenas en la entrada de un estrecho túnel invisible. Una hormiga que llevaba una carga ovoide mucho más grande que ella la abandonó frente a un terrón de tierra, y muchas otras se precipitaron sobre aquélla, actuando de concierto aunque no sin estorbarse mutuamente, y la transportaron a lo largo de otra galería. Marcus contemplaba su actividad, frenética e incomprensible. Corrían y corrían, se erguían, agitaban las antenas, se comunicaban. Eran incontables. Más y más mientras miraba. No sabía si estaba viendo un caos frenético o un orden ininteligible.

Jacqueline reapareció con dos humeantes tazones de té.

—¿Has encontrado a Ruth? —preguntó Marcus.

—No. Pero lo haré. Espero que esté bien. Estaba muy exaltada. Gideon hace que la gente se exalte. Piensa que una sacudida emocional les viene bien.

En su imaginación, Marcus vio una gruesa vara introduciéndose y hurgando en las galerías llenas de agitación.

—Tal vez no sea así —resolló y bebió—. A ti no te sacude.

—Mi vida personal es muy monótona. No hay nada que contar. Ven, vamos a observar las hormigas.

Una parte de la pared del recipiente era una lente circular de aumento. A través de ella, Marcus vio el enorme ojo ciego de una hormiga obrera —aunque no cruzaron la mirada—, dentro de una cámara tapizada de capullos. El ojo semejaba una gigantesca semilla de manzana. La hormiga en sí tenía tres segmentos de caparazón negro brillante, aguzados y redondeados, y seis miembros de delicadas articulaciones. Dondequiera que mirara, la forma con aspecto de semilla se repetía. Las hormigas acariciaban las envolturas de los capullos.

—¿Dónde está la reina? —preguntó Marcus.

—Por el centro, en medio de la oscuridad. No se la puede ver. Aquí tienes una fotografía de ella.

Allí estaba la reina, en su cámara, ampliada hasta medir como dos manos de Marcus, un descomunal vientre estirado del que sobresalían la débil cabeza y las patas, por el que trepaban para atenderla pequeñas hijas diligentes, como si fuera un dirigible posado en tierra o un barco encallado.

—Es horrible —dijo él—. Horrible.

—No. ¿Por qué? Mira ésas. Son hormigas «depósito». Se cuelgan del techo para hacer de depósitos de miel, y así se pasan toda la vida.

Allí estaban colgadas, también tan grandes como las manos de Marcus, con los hinchados abdómenes manteniendo separadas las placas del esqueleto, jarros y receptáculos vivientes para el néctar de los pulgones vertido por las ajetreadas y móviles obreras.

—¿No es realmente interesante? —preguntó Jacqueline.

—Sí. Pero no me gusta. No me gustan las hormigas.

—Eso es porque las miras como si fueran humanas. Si no, son sencillamente asombrosas.

Marcus contempló la inflada ponedora de huevos y la incesante agitación de las oscuras galerías.

—No entiendo cómo logras... no verlas con respecto a nosotros.

—Es cuestión de intentarlo.

Marcus y Jacqueline volvieron a la cocina con sus tazones, en amigable silencio. Había luz en la cocina y un sonido apagado, los sollozos e hipidos de alguien que lloraba. Jacqueline alzó la mano para que Marcus no hiciera ruido, una advertencia innecesaria, y ambos se acercaron a la puerta de batiente para espiar por el panel de cristal. Vieron a Ruth sentada junto a la mesa, de espaldas a ellos, con el rubio cabello suelto sobre los hombros azules. Gideon se encontraba frente a los fogones, removiendo leche en una cacerola. Observaron cómo preparaba chocolate, observaron cómo le tendía una taza a Ruth, cogía una silla para sentarse a su lado y le pasaba un brazo por los hombros.

—La odio —dijo la voz clara, que relataba su cuento de hadas de la reina muerta y la malvada madrastra y repetía un llanto humano repetido—. Odio a la mujer con la que mi padre se casó. Estábamos muy bien hasta que llegó ella. Éramos limpios, ordenados y felices a nuestro modo. Y ahora somos sucios, desordenados, agresivos unos con otros, y estamos desunidos. La odio. Soy muy desgraciada.

—No, cariño, no —dijo Gideon—. No te pongas así. Vive tu propia vida. Empieza a vivir tu propia vida. Tienes mucho amor y felicidad para ofrecer...

Cogiéndola por la barbilla, le hizo alzar el rostro y la estrechó entre sus brazos, apoyando su sonriente cara en la dorada cabeza cautiva. Marcus se sintió inquieto, enfermo e impresionado de forma desmesurada, no por lo que se decía, sino por la certeza física del alivio de ese gesto. Aun visto a través del cristal de la puerta,

Gideon se mostraba absolutamente seguro de ser la respuesta al llanto, el amor por el que ella lloraba en la oscuridad, la persona a quien volverse. Marcus sintió unos dedos que se deslizaban en los suyos.

—Vámonos —dijo Jacqueline—. Ven. No deberíamos estar aquí.

La mano de ella era seca, cálida y firme. No acariciaba ni apretaba la suya. Marcus la aferró y resolló. Pensó que había visto algo importante y que no había acabado de entenderlo.

Al día siguiente, Christopher Cobb dio una conferencia sobre las hormigas. Era un hombre con una barba espesa, ondulante y redondeada, tan densa y rizada como la lana de las ovejas del sur, de un color vivo e intenso, un castaño de nuez moscada en el que los labios gruesos, rojos como bayas, parecían pequeños, secretos y ocultos como un oscuro órgano sexual. En la cabeza lucía una oscura mata de pelo, de un castaño diferente, el castaño de la piel de un animal salvaje, del flequillo pardo amarillento que hay debajo de las púas del erizo. Era una barba que Edward Lear[68] habría poblado con una colonia de parásitos: un rechoncho zorzal, unas cuantas codornices, un ratón de campo. Se cubría el cuerpo, rollizo y panzón, con un jersey noruego de lana impermeable. Habló de la vida social de las hormigas. A pesar de que advirtió que no se debía considerar a las hormigas según criterios humanos, empleaba un lenguaje teñido de antropomorfismo. Denominamos a las hormigas con categorías nuestras: reina, obrera, soldado, parásito, esclavo. Nos referimos a su comportamiento social con denominaciones que nos pertenecen, y así hablamos de clases y castas. Lo que le interesaba a Cobb era el problema de la inteligencia que guiaba la comunidad. ¿Cómo evalúa ésta, tal como hace, cuántas hembras fecundadas necesita?, preguntó. ¿Cómo elige si un huevo o una larva tiene que convertirse en obrera, soldado o reina? Hay pruebas de que esto depende del legado genético del huevo, pero también de la naturaleza de la alimentación que las obreras proporcionan a la larva en sus primeros días de vida. Hay determinación y elección por parte de la comunidad, pero ¿quién decide? En ocasiones se ha comparado una colonia de hormigas con el conjunto de células que componen un ser humano. ¿Resulta útil esta comparación o sólo distrae nuestra atención? ¿Dónde reside la inteligencia? ¿Es más útil considerar la colonia como una máquina —como una enorme central telefónica, dijo Christopher Cobb en la época anterior a los ordenadores— o, a la manera de Maurice Maeterlinck, como una comunidad de vírgenes cooperadoras que practican un altruismo

extraordinario, dispuestas a morir por el bien mayor de «la república ideal que nunca conoceremos, la república de las madres»? T. H. White[69] había considerado que las hormigas vivían en un campamento de trabajos forzados bajo un régimen totalitario. Hoy en día, en 1984, los biólogos suelen referirse a todos los organismos —hombres, amebas, hormigas, pájaros cantores o pandas gigantes— como «máquinas de supervivencia». Para determinar la probabilidad estadística de que los babuinos o las perdices muestren una conducta altruista, analizan por ordenador el grado de parentesco y la perpetuación de determinados genes. Explican la conciencia de sí mismo como resultado de las imágenes de sí mismo que el cerebro-ordenador de la máquina de supervivencia debe crear para ser eficiente. ¿Puede decirse que un hormiguero es consciente de sí mismo? Christopher Cobb instó a los atentos jóvenes a ser objetivos (una palabra hoy pasada de moda), a mostrar una curiosidad imaginativa sin preconceptos. Como si tal cosa fuera posible.

¿Y qué decir de Christopher Cobb, visto con curiosidad imaginativa? Estaba sinceramente mucho más interesado en las hormigas que en los jóvenes, mujeres y hombres. Era soltero por naturaleza. Un novelista puede hacer esta tajante afirmación, pero otro ser humano animado con la curiosidad propia de otra disciplina, un ser humano posfreudiano, buscaría una razón que explicara la elección que hacía Cobb de un celibato solitario en medio de los páramos, entre recipientes de vidrio con miríadas de criaturas incapaces de comunicarse, y encontraría tal razón en su disciplina. ¿Qué inclinación de su libido explicaba la fascinación de Christopher Cobb por seres vivientes inhumanos y, dentro de este vasto campo, por las hormigas? O, para cambiar de ciencia, ¿qué pauta social lo había predispuesto a elegir ese rol? ¿Por qué Christopher Cobb no se interesaba en las almejas perlíferas, en las ondas de radio, en la gramática transformativa, en la manufactura de agujas finas o en el alivio de la desnutrición proteica?

¡Qué poco sabemos! Marcus sentía interés por Christopher Cobb y fascinación por las hormigas, de un modo que iba a ser significativo en su vida y del que Christopher Cobb nunca sabría nada.

Hicieron una excursión, y Marcus se dio cuenta de que observaba a los jóvenes cristianos tal como había observado en su vigilia nocturna las idas y venidas de las hormigas, inútiles al parecer. Se desperdigaban por los páramos, formaban grupitos, se

separaban para sumarse a otros grupos, corrían, descansaban. Gideon, que andaba a grandes zancadas, daba rodeos y volvía sobre sus pasos, se aparecía de improviso por detrás de dos chicos que avanzaban a un ritmo lento y pausado y les pasaba los brazos por los hombros, estrechaba brevemente la cabeza de una chica contra su pecho. Las hormigas se saludan y se reconocen mediante las vibraciones y roces de sus antenas o, para ser más precisos, a través del sentido del olfato, que reside sobre todo en los últimos siete segmentos del funículo, que es la parte final de la antena. Además, cada segmento reconoce un olor particular. El último reconoce el olor de la colonia. Si una obrera curiosa amputara los segmentos en orden, el desconcierto y desorientación de la hormiga, su súbito enfrentamiento con las confusas hermanas, revelarían que el penúltimo segmento distingue a qué generación pertenece una obrera dentro de una colonia que agrupa a diversas familias de la misma especie; el antepenúltimo reconoce el olor con que la hormiga impregna su propio rastro. Los siguientes segmentos distinguen el olor de la reina madre de la colonia, el olor de la propia especie de la hormiga, que es diferente del olor de la colonia, y el olor materno hereditario, que no siempre es el de la reina de la colonia y que la hormiga conserva desde su estado de larva hasta la muerte. Es difícil decir si los brincos y palmadas del bien parecido clérigo eran un meditado sustituto humano de algunos de tales contactos y comunicaciones de las hormigas. Stephanie, a quien Gideon había presionado con la cadera mientras lavaba los platos, había reconocido, según creía, una forma antigua, burda y adecuada de comunicación corporal humana. Marcus sólo confiaba en evitar que lo tocaran. Alzó el cuello y los hombros de su abrigo por encima de su cuerpo y hundió la cabeza en este caparazón para indicar que no estaba allí. Jacqueline se acercó de todos modos y caminó a su lado, acompañada de Ruth.

Marcus vio la trenza de Ruth, una forma gruesa que se estrechaba entre sus hombros. La vio con la claridad levemente intensificada del asma, la efedrina y la adrenalina. Uno de los efectos que produce la suma de estos tres factores es que los contornos de las figuras quedan definidos con precisión, a la vez que la textura se adelgaza en cierto modo. Samuel Palmer,[70] un asmático, consiguió incluir una hacina de paja, un árbol cargado de frutos, una luna brillante y nubes blancas en una jaula o red de oscuros bordes, y sugerir a la vez que estos objetos sólo consisten en diversos grados de brillo de luz pura, definidos por el ojo al trazar de forma lineal su perímetro. Así pues, Marcus vio el lustroso

cabello de Ruth, sus curvos mechones entrelazados una y otra vez en una trenza brillante que se iba adelgazando. La que la noche anterior se mostraba febril y perturbada tenía ahora un aspecto limpio, ordenado, lustroso. No decía gran cosa; mantenía los ojos bajos con aire sereno. Era Jacqueline la que hablaba. Marcus oía la voz de Jacqueline y veía el balanceo de la trenza de Ruth.

—Mirad —decía Jacqueline— el avance de los helechos... la forma que el viento le ha dado al espino... el zarapito... los excrementos de conejo...

Decía cosas instructivas.

Marcus volvió a su casa, presa tanto del estremecimiento de excitación compartida como de un automático escepticismo, inculcado en todos los Potter, respecto a las prédicas de Gideon. Tendido en la cama, en la seguridad de su dormitorio blanco, pensó en Dios, cosa que no hacía desde que había renunciado a aceptar las mesiánicas y visionarias explicaciones que Lucas Simmonds daba de sus dones. Su cerebro bullía con un patrón, peligroso pero vivo, de formas que se repetían, tal como ocurría en momentos que, en otra época, él había estado tentado de definir como el inicio de la locura. Todo se podía recordar, considerar, como óvalos repetidos, así como se puede dividir el mundo si se mira a través de los hoyos regulares en forma de gota de lluvia de ciertos cristales del cuarto de baño. Las blancas larvas de hormiga apiladas en capas, las ancas de las ovejas que trotaban, los lustrosos mechones entrelazados de la trenza de Ruth, tórax y abdomen, las pálidas caras alzadas hacia el brillo de Gideon al resplandor del fuego. Palpó con un dedo el óvalo de su propia mejilla y, por la ventana, vio la forma irregular de la luna casi llena. Había un Dios, comprendió de pronto, un Dios del orden y la complejidad extendidos por doquier, de óvalos y hormigas. Vio dos dioses, lado a lado: el Dios de Gideon, que era como Gideon, un hombre dorado que abría los brazos ofreciendo alivio, y un Dios de finas cerdas en galerías oscuras, de segmentos, hilos entrecruzados y formas, de la fuerza que tomaba forma, innumerables formas. Lucas había estado loco al creer que podía establecerse algún tipo de comunicación con este Dios. Éste estaba dentro y fuera de Marcus y del mundo. Era peligroso. Pero tal había sido su función. Pensó en la curiosidad de Jacqueline y en la belleza de la trenza de Ruth. La adrenalina —la propia, no la de la media tableta— empezó a circular.

18. Hic ille Raphael

Durante su segundo año en Cambridge, Frederica adquirió fama —una fama más bien mala— por sus aficiones ornitológicas. La idea se le ocurrió mientras hablaba con Edmund Wilkie sobre experimentos con palomas, en el curso de una fiesta dada por el dulce Freddie en la que aprendió la palabra «taxonomía», momento este —el del aprendizaje— que iba a conservar con nitidez en el recuerdo mucho después de que las caras y el mobiliario que habían rodeado tal aprendizaje se hubieran desvanecido en un mosaico de indistinguibles fiestas de Cambridge. Wilkie explicaba con entusiasmo una serie de experimentos sobre la migración de las aves. Se creía, dijo, que podían seguir campos magnéticos. Wilkie hablaba del gran cuidado con que había que considerar las variaciones existentes entre una paloma y otra, y en la mente de Frederica se formó una imagen de ruidosas bandadas de aves iguales, que volaban siguiendo una misma dirección, con plumajes diferentes y a diferentes velocidades. Igual que los hombres de Cambridge, que querían una cosa, si es que querían algo más, que eran generosos, nerviosos, afectados, inhibidos, inteligentes, brillantes, manipuladores, pero se ocultaban tras colores de protección. La ornitología, habitualmente presente en las bromas de los estudiantes, se refinó en manos de Frederica merced a una fría exactitud para reconocer posturas y estratagemas amatorias: camaleón, impostor, retórico, Jim el afortunado. Marius Moczygemba ilustraba estos retratos, que Tony y Alan publicaban con ánimo cordial en su revista, acompañados de una serie de dibujos a pluma tan bien hechos como vagas e inciertas eran las pinturas al óleo de Marius. Esto fue antes del auge de lo que en los sesenta dio en llamarse «sátira». Lo mejor que puede decirse de la taxonomía de Frederica es que evitaba las típicas bromas de las revistas de colegiales; de hecho, carecía singularmente de todo intento de complicidad con los lectores. Fue sólo mucho más tarde cuando Frederica, releyendo varios de estos retratos en un momento de ocio, se dijo que lo que ella recordaba haber escrito con una mezcla de amor exasperado y entusiasmo estético, o gracias a su capacidad de percibir tantas cosas, se podía interpretar, visto con frialdad, como odio contenido. No había sido ésa su intención, pero

se podría haber interpretado así. El otro aspecto extraño era que, si bien parte del ímpetu ornitológico había surgido como réplica a la clasificación de tetas y muslos que hacían los hombres en los bares y salas comunes, hasta casi acabada la publicación de la serie no cayó en la cuenta de que los muchachos solían referirse a las chicas como pollitas. Cuando le comunicó su descubrimiento a Marius, éste contestó:

—Pues yo creía que de eso se trataba.

Frederica dijo con sinceridad que había pensado en la ornitología a raíz de las palomas de Wilkie, y Marius exclamó «¡Menudo cuento!» y dibujó con dos trazos un remolino de grasientos cabellos.

—Me gustan los hombres —aseguró Frederica.

—Sí, se ve que te gustan los hombres —repuso Marius, impasible.

En el otoño de 1955 Frederica conoció al poeta Hugh Pink, lo acompañó a la biblioteca de la universidad, un lugar que rara vez visitaba, y se enamoró. Pese a todos sus experimentos sexuales, a todas sus astutas evasivas, acabó enamorándose —de forma bastante pueril— de una cara y una idea.

Hugh Pink había llamado a su puerta con un manojo de revistas de poesía tituladas *Fine*. Era un muchacho flaco y un tanto encorvado, con ojos azul claro y un pelo dorado rojizo ondulado, con unas crestas y depresiones tan marcadas que a primera vista parecían fruto de una permanente de los años treinta que hubiera salido mal, y que después se reconocían inexorablemente como lo que eran: un cabello que crecía así, sin otra forma posible. Frederica compró una revista, le ofreció un café, le preguntó por el título. Se llamaba *Fine,* dijo él, como una especie de juego de palabras. El objetivo de la revista era centrarse en una poesía de imágenes precisas, nítidas y cuidadas, y mostrar una orientación que no fuera exclusivamente inglesa, de modo que *Fine* podía leerse también como la palabra italiana que significaba «final». En ese ejemplar había un poema suyo sobre un cuadro de Fantin-Latour del Museo Fitzwilliam, que reproducía una taza y un platillo blancos. Se lo mostró a Frederica, y a ella le gustó. Estaba escrito en versos cortos, no en los pentámetros de estilo lírico-coloquial que ya eran comunes entonces. Describía la descripción que hacía Fantin-Latour de una taza. En ese número de *Fine* se incluía también una traducción de *Ses purs ongles,* de Mallarmé, firmada por Raphael Faber, de la que Frederica no entendió una palabra. Pero encontró

simpático a Hugh Pink, que bebió su Nescafé y se ganó su voluntad al comentar con ironía, con la boca llena, que «Pink» —rosa— era un apellido totalmente inadecuado para un poeta, en especial para un poeta que tenía mejillas llenas y sonrosadas, como sabía que era su caso.

—Creo que es un obstáculo que debo superar. Creo que el apellido es algo que viene dado y a lo que hay que adaptarse, ¿no te parece? Si al menos tuviera más iniciales, mejoraría un poco. Podría firmar un poema como «H. R. F. Pink», y sería mejor que dos monosílabos. Pero mis padres optaron por lo simple: un solo nombre, menos complicaciones en los bancos.

—Nunca pensé que «Potter» sonara bien.

—Puedes casarte y cambiarlo. Incluso podrías llegar a ser Frederica Pink.

—No. Quiero un nombre como Bowen, Sackville o Middleton, eufónico pero sencillo.

—«Pink» no es eufónico. Tuve una novia que me llamaba Rosy. Tampoco era eufónico.

—Tienes que convertirlo en un nombre reputado.

—Mi padre es un cirujano reputado.

—Reputado en literatura. Para que la gente ya no piense en colores, flores o mejillas, sino en Yeats, Eliot y Pink.

—Pero Pink siempre será Pink.

—Si lo repites varias veces no es más que una simple palabra que acaba en ka, como tantas otras.

—Ni siquiera es un color que me agrade.

—A mí sí que me agrada. Me encantaba cuando era niña, hasta que me dijeron que no les sienta bien a las pelirrojas.

—Te agradaba porque el rosa es un color para niñas. Pero yo tengo pelo rojo, o rojizo, y no pertenezco al sexo adecuado.

—Me gusta tu poema gris y blanco, Pink.

Hugh Pink escribió una frívola balada dedicada a Frederica, *Canción para una mujer pelirroja*. La convidó con carne al curry y pollo con arroz, y la llevó a la biblioteca de la universidad. Mostraba signos de estar enamorándose, que Frederica fingía no ver, y, queriendo compartir algo valioso con ella, le ofreció una visión.

La cafetería del subsuelo de la biblioteca es un lugar agradable, que huele a pasteles recién salidos del horno. Se sentaron entre una pared de cristal y una puerta, la cual daba a un patio de muros de ladrillo tan altos que empequeñecían el cuadrado que encerraban.

Junto a la magnolia —por entonces un arbusto bajo—, en medio del césped, había dos hombres con toga de profesor, con las manos cruzadas a la espalda.

—Ahí está el hombre más inteligente que conozco —dijo Hugh Pink.

—¿Cuál?

—El moreno. Raphael Faber. El de Mallarmé.

—No lo conozco.

Los dos hombres echaron a andar lentamente alrededor del cuadrado de césped.

—Es miembro de la dirección del Saint Michael. Absolutamente brillante. Un profesor maravilloso. Y poeta. Un poeta de verdad. Organiza veladas de poesía en sus habitaciones sólo para unos pocos. Es muy difícil conseguir invitación. Fundamos *Fine* a causa de sus ideas, porque queremos escribir a su manera...

El rodeo de los dos hombres los había llevado justo enfrente de la pared de cristal que los separaba de Frederica. A uno de ellos, bajo y bastante calvo, Frederica lo reconoció como Vincent Hodgkiss, el filósofo del día de playa en la distante Camargue, que había hablado de la teoría de los colores de Wittgenstein. El otro tenía una cara que había acosado sus sueños y ensoñaciones desde la infancia, hasta que había acabado reemplazada por la de Alexander Wedderburn, o bien fundida con ésta. Es difícil no definir este rostro con lugares comunes, dado que fue con lugares comunes como Frederica lo descubrió, inventó, fantaseó, elaboró, como leyó y escribió sobre él, es decir: ascético, saturnino, un tanto severo, melancólico, cejas negras bajo fino cabello negro sobre ojos negros. También era un hombre real y desconocido.

—¡Dios mío! —dijo Frederica.

Hugh Pink se levantó a medias de su silla cuando los dos hombres entraron. Le tembló la voz de respeto.

—Raphael...

—Hugh —dijo el doctor Faber—. Buenos días.

Era una voz clara, no del todo inglesa.

—Ésta es Frederica Potter.

Raphael Faber no prestó atención a Frederica Potter. Siguió de largo, con la cabeza vuelta hacia su compañero.

—¿En qué has dicho que trabaja? ¿De qué trata su clase? ¿Cuándo es?

Según la ornitología, un halcón.

—En Mallarmé. De los simbolistas de Mill Lane. El martes a las once.

—¿Cómo se consigue una invitación a sus veladas de poesía?

—Hay que escribir un poema que le guste. Al menos, eso fue lo que yo hice. ¿A qué viene todo esto?

—Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

—Se supone que no tendrías que decir cosas así.

—Lo diría, si fuéramos dos hombres y él fuera una chica.

—Pero no somos dos hombres, y creía que a las mujeres no les importaba el aspecto físico. Lo que cuenta de Raphael no es la belleza, sino la calidad de su mente. No te voy a presentar a él otra vez.

—Entonces tendré que encontrar otra manera —dijo Frederica, sin poder contenerse.

—No servirá de nada.

—Probablemente no —repuso Frederica, recuperando su ecuanimidad y haciendo acopio de su considerable fuerza de voluntad.

La asistencia a la clase de Raphael era apropiada, aunque un tanto escasa, limitada a las dos primeras filas de un gran anfiteatro de suelo inclinado. Las únicas dos personas que Frederica conocía de ese auditorio inusitadamente atento eran Alan Melville, el camaleón, y Hugh Pink, quien a todas luces dudó en hacerle sitio a su lado, cosa que al fin hizo.

Frederica asistía a pocas clases. Prefería los libros a las charlas, y, en todo caso, la mayoría de las clases de la universidad ya eran libros o lo serían pronto. Había visto algunas actuaciones: la del doctor Henn con la cabeza en el atril, llorando la suerte de Lear; la del doctor Leavis cogiendo un ejemplar de *Early Victorian novelists*[71] con dos dedos y aire desdeñoso y arrojándolo a la papelera, a la vez que exhortaba a los alumnos a imitarlo. Raphael Faber no actuaba, aunque un observador objetivo podría haber pensado que hacía un uso deliberado de la improvisación, la atenuación retórica, las frases incompletas. Dijo que se ocuparía de las palabras y los nombres. Hablaría de un poeta que creía que el mundo existía para ser resumido en un libro, un poeta que refería todo a un libro ideal definitivo aún no escrito y que, a juicio de Raphael Faber, nunca debería escribirse. Si el poeta era Adán en el Edén, ¿qué lenguaje hablaba?

Su belleza física era tan sobrecogedora como Frederica recordaba, una belleza que habría resistido una sucesión de gestos teatrales o recitaciones apasionadas, nada de lo cual él se permitía. Mientras hablaba, recorría el estrado de un lado a otro con pasos

regulares y los ojos fijos no en el público, sino en el vacío, debatiendo consigo mismo con apasionamiento y serenidad, como si estuviera solo en la sala. Tal conducta podría haber resultado peligrosa, pero no lo era: sus oyentes estaban cautivados.

Hubo una época, dijo, en que se consideraba el lenguaje como una denominación adámica, y las palabras como parte de las cosas que denominaban: la palabra «rosa» florecía en cierto modo en la rosa como ésta florecía en el tallo. Más tarde —dio ejemplos, en un relato claro y brillante sobre palabras que dejaban de adecuarse a los objetos— los hombres adquirieron más conciencia del lenguaje, lo vieron como un producto desgajado del mundo, una red que tejemos para cubrir cosas que sólo podemos evocar o sugerir de forma parcial. Y la metáfora, nuestra percepción de la semejanza, que se parece a la comprensión, podía ser sencillamente una malla elaborada en nuestro intento de encontrar sentido. Nos hallábamos muy lejos de Platón y su jerarquía entre la flor pintada, la flor real y la idea de la flor. Citó a Mallarmé, quien nombra en una estrofa la rosa y el lirio, para evocarlas luego poéticamente en otra sin nombrarlas, como metáforas, *pourpre ivre, grand calice clair,* cuyas palabras designan con mayor precisión un área de imprecisión, de ausencia, de silencio. Daba la impresión de que estuviera celebrando o llorando la pérdida de un jardín antaño lleno de flores, colores, luces y solidez imaginados, poblado ahora por los fantasmas de todo ello. Frederica sintió verdadero temor, como si aquello que más la atraía fuera a desvanecerse de pronto de la forma más tierna y maravillosa posible. Escribió unas líneas en su bloc de notas para su vecino de asiento, Hugh Pink: «Si dulces son las melodías oídas, las no oídas / lo son más».[72]

—Cállate —dijo Hugh Pink, aunque Frederica no había hecho casi ruido ni dicho una palabra.

Raphael Faber avanzó hasta el frente del estrado y por un instante pareció verlos. Citó:

—*«Je dis: une fleur! et hors de l'oubli où ma voix relègue aucun contour, en tant que quelque chose d'autre que les calices sus, musicalement se lève, idée même et suave l'absente de tous bouquets.»*

Se permitió este único momento de retórica, un mago haciendo aparecer por ensalmo en el vacío lo que no estaba allí, una palabra, un objeto, desaparecido de todos los ramilletes. Frederica iba a descubrir que él siempre se permitía ese último momento, y que, invariablemente, las palabras que decía entonces no eran suyas. Raphael Faber hizo una ligera reverencia, se envolvió en su toga y desapareció con discreción.

—Ha sido hermoso —le dijo Frederica a Hugh Pink, quien parecía desdichado.

—Creía que nunca venías a las clases —dijo Alan Melville.

—Quería saber cómo era Faber.

—¿Y por qué motivo?

—Simple curiosidad. ¿Y cómo es que has venido tú?

—Por el bien de mi licenciatura. Y porque el hombre es un buen orador. Apasionado. Cosa que respeto.

Durante un tiempo Frederica fue incapaz de hallar un modo de «conocer» a Raphael Faber. Intuyó que Hugh Pink se arrepentía de haber atraído su atención sobre el profesor. Volvió a la biblioteca de la universidad, donde se llevó en préstamo sus obras, dos volúmenes pequeños de poesía, *Ejercicios* e *Invernadero,* y una novela corta, *Partes extrañas*. Descubrió que Faber solía trabajar largas horas en la sala Anderson, y empezó a hacer lo mismo, de modo que se sentaba con circunspección dos mesas más allá, desde donde gozaba de una buena vista de su espalda y su cabeza, tersa y morena. Los poemas, y de hecho también la novela, tenían un aire de lo que podría llamarse gran pureza de diseño: unas pocas palabras, por lo general no muy largas y en su mayoría sustantivos, rodeadas por generosos márgenes blancos. *Ejercicios* consistía en una serie de imágenes breves: una mesa después de una comida, una mancha de aceite en una carretera principal, un ruidoso elevador de granos, el compresor de un coche viejo; algunas poesías no excedían en extensión a un *haiku,*[73] otras estaban reunidas en dos sobrias estrofas de cuatro versos. El *Invernadero,* para ser obra de un escritor tan austero, resultaba tórrido. Contenía una serie de poemas interrelacionados sobre el sistema de calefacción, sobre la propagación, crecimiento y muerte de las plantas en un invernadero. Frederica concluyó que ambas colecciones eran más lúgubres y amenazadoras de lo necesario. (Sin duda el poeta habría desaprobado unos términos tan «sugerentes» como «lúgubre» o «amenazador», pero se trataba de las palabras de Frederica.) Comprendió de dónde provenía el breve poema objetivo de Hugh Pink sobre la taza de té. La fuerza —que estaba presente— residía en el empleo de un vocabulario preciso y en un sentido del ritmo que Frederica percibía, aunque ella misma no lo poseyera. (He aquí otro misterio sobre nuestra capacidad innata y nuestra facultad de aprender: ¿de dónde proviene el buen sentido de la prosodia?, ¿se nace con él o se adquiere?)

Partes extrañas le gustó menos. Su protagonista y único personaje era un explorador sin nombre que atravesaba paisajes

captados a medias y sometidos a violentos cambios atmosféricos, alternados con rítmicas declaraciones de que debía encontrar la fuente, de que debía seguir adelante. Después de leerlo dos veces, Frederica llegó a la conclusión de que el título escondía un juego de palabras tan vulgar que se resistía a asociarlo con el escrupuloso Faber. El macrocosmos era un microcosmos, ese hombre (o esa mujer, porque cabían ambas interpretaciones) constituía su propia isla, jamás traspasaba los límites de su cuerpo. Los mejores pasajes eran los que trataban de fronteras indefinibles: límites de la visión, percepciones y percepciones compuestas, ecos, lejanía, interior de la cabeza, el aire sobre la piel. «No hay aquí nada tan ingenioso como el verso de Marvell "mi propio precipicio recorro"»,[74] advirtió Frederica tras la segunda lectura. El amor, o lo que ella denominaba con tristeza amor, no ofuscaba su facultad crítica, más bien la exacerbaba. Abordó a Faber después de una clase sobre Herodías y el narcisismo.

—¿Me permite entrevistarlo para *Cambridge Notes*? Me encantan sus clases. Querría...

—No me agradan las entrevistas —contestó Raphael Faber—. Hasta ahora siempre he lamentado haberlas concedido. Perdóneme.

Frederica le escribió. Explicó que deseaba redactar una tesis sobre la metáfora y que tenía particular interés por la relación entre lo que él había dicho respecto a las imágenes visionarias de Mallarmé y las suyas propias en *Invernadero,* en especial las de las flores. Dijo que había leído todos sus libros varias veces y le habían causado gran impresión. Él le respondió. Aceptaba la entrevista.

> Estimada señorita Potter:
>
> Le agradezco su interés por mi obra. Los días de semana estoy disponible en mis habitaciones entre las 18 y las 18.30, si desea pasar a verme.

Frederica fue a la peluquería y leyó varios artículos publicados por Faber sobre la metáfora a finales de siglo. Estaba entusiasmada y asustada.

He escrito que Frederica se enamoró de una cara y una idea. Así fue como ella se lo dijo a sí misma. Luego trató de descubrir qué quería significar con ello. Parte de la alegría de enamorarse —para los seres inteligentes, los observadores, los juiciosos— es el

delicioso permiso para colocar algo por encima de la necesidad de pensar con claridad, el placer de dejarse arrastrar, gobernar, arrollar. A pesar de sus torpes arrebatos de apasionamiento indiscreto, Frederica estaba condenada a ser inteligente, juiciosa, una observadora, y, puesto que reconocía ese destino, deseaba en la misma proporción librarse de él, sentir de verdad y de forma incontrovertible. Hay momentos de equivocación biológica entre dos personas cuando se dan cuenta de que no pueden estar separados uno del otro, que son incapaces, al menos temporalmente, de tocar, oler, gustar, oír si no es respecto al otro, momentos que también son amor, también inmediatos y también incontrovertibles. Frederica no había sentido jamás tal terror o tal desenfreno, y la verdad era que, en cierto sentido, sus cuidadosos experimentos carnales reducían cada vez más la probabilidad de que algún día conociera o provocara tal cosa. No obstante, se enamoró de Raphael Faber. ¿Cómo? ¿Por qué?

Había muchas razones y muchas clases de razones. Un buen sociólogo habría advertido que él satisfacía muchos de los criterios abstractos de Frederica respecto a la pareja. Les había dicho a Alan y Tony que tenía la intención de casarse con un profesor de la universidad. Estaba predispuesta a enamorarse de cualquiera a quien Hugh Pink considerara «el hombre más inteligente» que conocía. Una parte de ella, aunque sólo una parte, quería tener la vida de Raphael Faber, la biblioteca, la soledad en la torre del Renacimiento, la vida de las ideas.

Había un punto de vista psicoanalítico. El hombre era mayor que ella y profesor, un buen profesor, en una posición de autoridad. El padre de Frederica era profesor y un buen profesor. Ella siempre había amado a Alexander, que trabajaba con su padre y a quien veía como una autoridad a la que podía subvertir o seducir. Ella era una buena alumna.

A primera vista, Raphael Faber era tan «buen partido» como cualquiera de los solteros de Jane Austen con una buena posición económica y casa solariega en el campo, además de contar con el añadido del matiz paternal del protector señor Knightley.[75]

Si todo esto es demasiado razonable, está la cuestión de la cara. Alexander había sido muy guapo; lo era aún, de hecho, pero estaba muy ocupado con Van Gogh y con las particularidades del deseo satisfecho en Bloomsbury. Esto tenía un valor social, al margen de toda compulsión sexual que cualquiera de las partes pudiera o no sentir. Frederica empleaba la palabra «hermoso» tanto para

Alexander como para Raphael, sin nada de la ironía con que se refería al «hermoso Freddie», a quien, por lo que sabía, se podía catalogar con más exactitud como bonito. ¿Cómo elegimos una cara? Hay rostros en la historia que han suscitado una suerte de adoración desmesurada. Los que lanzan a las estrellas de cine conocen bien el poder de una disposición geométrica: la separación entre los ojos, la proporción entre largo y ancho, la forma de un hueso firme bajo la carne suave. La cara de Helena de Troya, la de Maud Gonne,[76] la de Marilyn Monroe. Los biólogos afirman que elegimos a nuestra pareja por gran cantidad de pequeñas congruencias: Dios los cría y ellos se juntan. Elegimos a alguien cuyas articulaciones de los dedos, vértebras, tamaño de la boca, timbre de voz, altura, olor —casi con certeza— se semejan más a los nuestros, mucho más, de lo que pueden semejarse los de un cuerpo humano escogido al azar. Pero no son totalmente semejantes: el narcisismo y el incesto están estrechamente relacionados, y las hembras sensatas de los pájaros cantores escogen compañeros cuya secuencia de notas se parece a la de su progenitor, salvo una variación o cambio de altura.

Bill Potter tenía un hermoso cabello rojo. Frederica había heredado su hermoso cabello rojo. Frederica era incapaz de encontrar aceptable en un hombre un hermoso cabello rojo. No le habría gustado que Hugh Pink la tocara, no porque fuera tan inmaduro e inseguro como un cachorro, si bien lo era, sino porque lo que había en él de rojo y de rosado, el color de su piel y sus ojos azules, caía dentro de los límites de un tabú del que sólo más tarde se haría consciente. Pero, debido a una identificación subliminal con Pink, tendía a dar por bueno su juicio sobre los méritos de ese hombre moreno de piel algo aceitunada, hermoso y brillante, que era Raphael Faber.

¿Fue atracción sexual lo que sintió al «reconocer» ese rostro junto a la magnolia de la biblioteca, al estudiar su nerviosa altivez desde el banco del anfiteatro? Tenía fantasías con Raphael Faber. Eran ensoñaciones lentas, ensoñaciones dilatorias, situaciones complicadas en que la proximidad se conseguía muy despacio, apenas se apreciaba, en que él podía rozarla en la estrecha escalera que bajaba a la cafetería, podía verla sentada en la biblioteca y acercarse a su silla, y entonces sentir, darse cuenta de... (Había ensoñaciones vertiginosas —rodar sobre la hierba bajo el sol, nadar desnudos, aparearse en la cama— cuyo protagonista había sido antaño Alexander y algunos desconocidos —Moczygemba durante una extraña semana de excitación sexual—, pero nunca Raphael

Faber.)

Además de lo sociológico, lo psicológico y lo estético, estaba lo mítico.

De niña se dormía por las noches contándose una historia sin fin, viviendo un mito. En este mito, ella andaba sola sin descanso por un bosque agreste, acompañada de animales: leones, panteras, leopardos, caballos salvajes, gacelas. Los animales eran su pueblo. En el mito, era ella la que controlaba los incendios del monte y encontraba agua, resolvía disputas, curaba heridas, corría a la cabeza de la ágil manada saltarina a través de los claros salpicados de sol. Llevaba siempre un ondeante vestido rosa con un velo blanco y rosas, cuyo original descubrió, impresionada, a los treinta y cinco años, en una fuente pintada a mano que constituía una de las pocas reliquias de familia de Winifred y que representaba a una ninfa rubia de pechos voluminosos encaramada a una roca, con una mano posada en un reducido arbusto y, tras ella, el cielo azul con nubes huidizas. Esto le permitió datar muy temprano la época de los animales, cuando tenía tres o cuatro años, cuando nadie le había dicho aún que las pelirrojas no deben vestirse de rosa. Más tarde, quizá a los ocho o nueve años, apareció la figura masculina en el bosque, dotada de la belleza morena de Raphael y de una serie de rasgos incompatibles, extraídos del señor Rochester, el triste y culpable Lanzarote del Lago, el lúgubre mosquetero Athos, y otros inocentes libertinos ficticios. El caballero era hermoso pero falible, y a menudo necesitaba socorro. Una vez socorrido (como Lanzarote, socorrido por la doncella Elaine de Astolat; como Artegall, socorrido por Britomart),[77] volvía a ser fuerte, un tanto cruel, interesado sólo en sus propios propósitos. La dama se acongojaba, el caballero caía en una emboscada tendida por el hada Morgana, por campesinos irlandeses, por hechiceros, y de nuevo necesitaba socorro desesperadamente. Más aún que el libertino de su adolescencia, mitad renacentista, mitad georgiano, el heterogéneo caballero de los primeros mitos de Frederica tenía el rostro de Raphael Faber. ¿Cómo lo había evocado o creado? ¿Se trataba de la versión masculina de su temprano ser solipsista, igual y no obstante diferente? Creo que no. Creo que lo había elaborado a partir de tópicos culturales imperantes. Era un rostro moreno y delgado porque dichas cualidades iban asociadas a una deliciosa maldad, tenían tintes de Satanás y Byron. Era asimismo «sensible». Todo lo contrario de una cara cuadrada y rubia, imagen de la buena salud, el honor, la constancia, que no tenían cabida en los dramas femeninos de Frederica. Cuando nos detenemos a analizar la

variedad, las intrincadas diferencias, las predilecciones secretas y las historias emocionales que se ocultan tras los semblantes individuales, resulta sorprendente que una cultura pueda atribuir con tanta persistencia cierta fisionomía a determinado hábito mental o moral. Pero lo hemos hecho y lo hacemos, y esto afecta a los inocentes dueños y poseedores de rostros arquetípicos. ¿Qué habría ocurrido si Hugh Pink hubiera tenido la estructura ósea de Raphael Faber? Y esta reflexión ¿es sobre el azar o sobre el disparatado determinismo?

Con el corazón deliciosamente desbocado, Frederica llamó a la puerta de la habitación de Raphael Faber. Él abrió, pareció tentado de retroceder y cerrarle la puerta en las narices, pero entonces recordó quién era ella y a qué iba, y le sonrió.

—Pase, pase, señorita Potter. Por favor, tome asiento. Siéntese aquí, en el sofá. ¿Le apetecería una copa de jerez?

—Me encantaría.

Desde la habitación se veía la pálida luz acuosa extendida sobre el río; se divisaba asimismo la cuidada zona agreste donde pacía la vaca filosófica. Era una estancia impecable, sin una mota de polvo, desprovista de color, con excepción de un *collage* cubista de tonos claros colgado sobre la chimenea: una botella azul celeste, un violín de papel de periódico, una escarapela de hilos escarlata pegados y sujetos con alfileres a lo largo de delgadas líneas trazadas con tinta. Las paredes estaban cubiertas de libros que tenían un infrecuente aire de nitidez y coherencia geométrica, en parte, pero sólo en parte, debido a los hábitos uniformes de las editoriales francesas. Había sillones cuadrados tapizados de tela cruda. El escritorio estaba vacío e impoluto. Había unas fresias en un jarrón de cristal ahumado, sobre la mesa en la que Raphael Faber se disponía a servir el jerez en unas copas de pie liso. No había nada rojo, amarillo, verde o azul; todo era gris, pardo claro, marrón, negro y blanco níveo, incluso las cortinas de lino. Frederica se alisó la falda antes de sentarse. Raphael Faber le llevó la copa de jerez y, para su sorpresa, un trozo de pastel oscuro, esponjoso y con aroma a especias, en un plato de porcelana blanca. Frederica observó cómo cerraba con cuidado el recipiente del pastel y limpiaba unas migas de la mesa. Luego él se sentó en la silla de su escritorio, entre Frederica y la luz, y esperó. Clavó primero la vista en el suelo, luego más allá de la ventana y al fin, fugazmente, para apartarla enseguida, en Frederica, quien fue consciente de pronto del alfiler que sujetaba un tirante de su sujetador, de que la costura de sus

medias estaba tal vez torcida y que le ardía el cuello. Él aguardaba, cortés y distante, sin ayudarla.

Era la primera entrevista que Frederica hacía, y rápidamente sintió una solidaridad retrospectiva por la desacertada versión que Alan y Tony habían ofrecido de ella. Le preguntó si suponía para él una tensión el hecho de escribir, leer y ser profesor. ¿Era Cambridge un lugar adecuado para ser escritor?

—¿Por qué no? No veo la dificultad que usted sugiere. Los buenos escritores tienen que ser buenos lectores. Escribir es una actividad civilizada. Cambridge es un lugar civilizado.

Frederica insistió.

—He advertido que a mucha gente de mi generación le resulta difícil escribir aquí. Tal vez por un exceso de crítica en la atmósfera. Se quedan en blanco.

—Quizá no son verdaderos escritores, o no lo son todavía.

Era muy amable, pero había algo un tanto ¿hostil?, ¿mordaz?, ¿destructivo? en sus respuestas, que siempre contenían una velada sugerencia de que la idea en que se inspiraba la pregunta era ante todo tonta. Frederica sintió miedo de él. Su hermosa cara le alborotaba las entrañas, provocándole agudos estremecimientos que la distraían. Con cierta desesperación, le preguntó por las influencias en su obra.

—Confío en que mis gustos sean lo bastante universales como para no tener una influencia arrolladora. Admiro a algunos escritores franceses modernos. Y a algunos norteamericanos subestimados. Como William Carlos Williams.

Lo dijo como si considerara imposible que ella hubiera leído a William Carlos Williams o lo hubiera oído nombrar siquiera. Cuando Frederica le preguntó sobre sus primeras lecturas, dijo que durante su infancia había leído sobre todo en alemán y que ya no lo hacía. Miró por la ventana.

—Soy un refugiado y un exiliado. He olvidado el alemán. Soy un hombre sin lengua materna.

Esta última declaración, pero no su tono, intrigó a Frederica, quien intuyó que él repetía cosas que siempre decía, cosas que había concretado en frases precisas para sacarse de encima a los curiosos, sin que necesitara ya sentirlas cuando las decía. Un instinto periodístico que Frederica ignoraba poseer se mezcló con la ira femenina de la mujer en quien no se repara. Había que detenerlo: Faber se aburría y se estaba escurriendo.

—Los poemas de *Ejercicios* —dijo— tratan sobre cosas que son

extensiones del cuerpo humano. Instrumentos, máquinas en las que entramos, de las que salimos. Lo que no acabo de entender es cómo resultan tan amenazadores cuando parecen tan exactos.

—Según dijo un crítico, estos poemas expresan la aversión moderna por la civilización industrial.

—No, no. No es algo tan burdo. Tratan de la extensión de nuestro cuerpo en estos objetos: calibradores, empuñaduras, objetivos de una cámara... Tratan de límites. Como *Partes extrañas,* sólo que de otra forma.

—Puede ser —se enderezó en su silla—. ¿Quiere otra copa de jerez? También tratan de la devastación de Europa, por obra de las fábricas y de la guerra.

—El poema que me gusta, el que me parece central, es el que habla de la mancha de aceite en el pavimento.

—¿Cómo es eso?

Frederica dijo un montón de cosas que no sabía que había pensado.

—Porque es el de lenguaje más fluido. Y más metafórico. Describe el aceite con imágenes... los colores del arco iris, el cielo reflejado... y cuando habla de la oscuridad y humedad de la mancha me hace pensar en sangre derramada, no sé por qué. ¿Me equivoco?

—No, no. Tiene toda la razón —sirvió más jerez y se volvió hacia ella, con el rostro transfigurado por una sonrisa—. Ninguno de los críticos ha mencionado este poema. Es el que más me agrada.

—Es absolutamente preciso, pero significa mucho más de lo que dice...

—Exacto. Eso intenté hacer en *Invernadero,* pero, a mi juicio, ninguno de esos poemas lo logra tan bien. ¿Qué cree usted?

Frederica se sorprendió por la viva alegría que se apoderó de Raphael Faber cuando ella alabó su meditado poema sobre el aceite vertido, aunque tal vez no debería haberse asombrado. Su carrera posterior le iba a proporcionar múltiples ocasiones para apreciar el desmesurado acaloramiento, el súbito estallido de agitación de quienes ven que algo complicado u oscuro que han pensado o hecho ha sido al fin advertido y comprendido. En ese momento le preocupaban más sus propias emociones de índole social. Hay algo a la vez gratificante y humillante en el hecho de que un hombre que nos ha tomado por una clásica mujer tonta empiece a tomarnos en serio, pensó Frederica. Era una situación que conocía bien; su vida social era una lucha continua para dejar establecido en la mente de

los demás que ella era inteligente, capaz de una conversación inteligente. Retomó las riendas de la entrevista, dijo que las máquinas de *Ejercicios* guardaban relación con el entorno mecánico de *Invernadero.* Raphael Faber abandonó su posición reposada —o su pose— en la silla. Se puso a andar mientras hablaba con locuacidad, vivacidad y excitación sobre bombas, calderas, calentadores, cristales, cabinas telefónicas, coches, plumas estilográficas. Le contó a Frederica la historia de las metáforas del injerto y la propagación, dijo que tenía la intención de escribir un ensayo sobre el corazón del hombre como una bomba, literal y metafóricamente. Le sirvió más jerez. Hubo un momento de tensión cuando él montó en súbita cólera ante la sugerencia de que *Invernadero* y *Partes extrañas* eran microcosmos relacionados.

En este punto, Frederica tropezó con otro inconveniente de las entrevistas literarias, más arcano e interesante. Tenía que ver con las raíces. Era la misteriosa prominencia de las raíces lo que le había hecho relacionar las imágenes corporales de *Partes extrañas* con los organismos atrapados en los libros anteriores. Una planta del *Invernadero* de Raphael tenía raíces aéreas, horribles a la vista, que se alzaban, buscando ciegamente su sustento. Algunas de las disposiciones de palabras, una parte de la descripción del depósito de la pluma estilográfica de *Ejercicios,* que consumía aire y tinta con un ruido rasposo, la habían llevado a aventurar la idea de que existía una conexión entre pluma y raíces. Lo más desagradable de *Partes extrañas,* y también el objeto central, era un gigantesco mangle que emitía más y más retoños, los cuales formaban enmarañados arcos, un árbol escondite que se extendía sin cesar en una serie de trampas, redes y lazos orgánicos. El viajero se había visto atraído dentro de sus múltiples cavidades y sucumbido a la pereza de la posición del loto. No era agradable. Sentada en su sillón, Frederica escuchaba cómo Raphael hablaba sin tapujos y con refinado placer sobre las complejidades de su obra, y sintió que, con su interpretación de las raíces, poseía un conocimiento que tal vez él no sabía que tenía, o no deseaba que tuviera. O que quizá ni siquiera él poseía. Estaba mucho menos segura que antes de que él fuera consciente de todo lo que ocurría. No parecía la clase de hombre que acogiera bien en la práctica la idea de que en su obra hubiese cosas importantes de las que no tenía conciencia, por mucho que pudiera reconocerlo en teoría.

Las revoluciones intelectuales requieren bastante tiempo para llegar a afectarnos, y nunca hacen su trabajo en calma. Es indiscutible que Freud nos mostró algo nuevo, liberador y

alarmante sobre la relación entre las fuentes de energía y nuestra irredimible sexualidad. («Irredimible» es un término que viene de una revolución intelectual muy diferente, y mucho más antigua, que ahora reconocemos u obedecemos sólo muy de tiempo en tiempo.) En nuestra época está de moda entre los intelectuales escribir sobre el deseo y el otro, sobre el deseo de un texto por sí mismo o por otro, del lenguaje para un referente inasequible. Cuando Stella Gibbons escribió *Cold comfort farm,*[78] el pobre señor Mybug[79] veía un falo en cada nube, cada arbusto, cada abeja, y un seno o un monte de Venus en cada redondez de la tierra. El profesor Wijnnobel había atormentado o irritado a Alexander Wedderburn con sus fálicas o maternales botellas, jarros y cafeteras. Cuando Frederica era estudiante, el pensamiento —el pensamiento común y corriente— se ocupaba de las «imágenes». Y las imágenes eran interpretadas según la teoría freudiana por hombres y mujeres que nunca habían leído a Freud, pero que sabían que plumas estilográficas, sombreros y llaves eran símbolos del pene provenientes de sueños vieneses de finales de siglo, pero también universales, así como eran universales las muñecas de paja y las ramas doradas provenientes de Frazer.[80] La lanza de Longinus que atraviesa el costado de Jesús y el grial lleno de sangre eran símbolos de la fertilidad, uno masculino y el otro femenino, y esto se sabía, mientras que ya no se sabía qué se había redimido y qué era irredimible. También lo eran las raíces. «Agita / perezosas raíces con lluvias primaverales.»[81] Frederica no sabía casi nada sobre Raphael Faber, pero sabía qué pensar de las raíces. Así pues, al considerar la espesura del mangle de *Partes extrañas,* la interpretó como una maraña de órganos sexuales, que el propio autor había calificado de gruesa e hinchada, impenetrable y peligrosa. (Cosa que resultaba muy sorprendente en alguien que, como él, apenas utilizaba adjetivos.) Había momentos en que Frederica quería ver plumas en las plumas, sombreros en los sombreros, llaves en las llaves. Cierta vez en que estaba tejiendo con dos ovillos, según la nueva moda, clavando y sacando rítmicamente la gruesa aguja roma en la hilera de mallas entrelazadas, pensó en el sexo y se sintió resentida, limitada sin necesidad. Pero no lo conseguía: pensaba en analogías literarias. Evocó los ejemplares de órgano masculino, concretos y variados, con los que había estado en contacto. Finos, blancos y fláccidos, rígidos y surcados de venas, romos, oscuros y cilíndricos, rosados y respingones, brillantes, carmesí y violeta, alzados y furiosos, universales concretos. ¿Acaso esta evocación le hizo imaginar el ejemplar particular encerrado en

los elegantes pantalones de franela de Raphael Faber? No, porque le hizo advertir la maraña de maleza con su olor a putrefacción y las hojas muertas caídas alrededor del mangle, le hizo percibir el miedo y la repugnancia del escritor, cosa sobre la cual no tenía derecho a saber nada ni a hacer conjeturas.

—El mangle —le dijo a Raphael Faber— es particularmente impresionante.

—Es el árbol del error del *Paraíso perdido* —contestó Faber, para sorpresa de Frederica—. No es el árbol de la vida, ni el del conocimiento del bien y del mal, sino la higuera india con cuyas hojas Adán y Eva se cubrieron el cuerpo. Está asociado con la higuera estéril maldecida por Cristo. «La higuera, no la que por su fruto es renombrada...» Continúe.

Frederica continuó:

> ... sino la conocida hoy entre los indios,
> que en Malabar o Decán despliega sus ramas
> en fronda tan vasta y extendida, que en el suelo
> los curvados vástagos echan raíces, y crecen hijas
> en torno al árbol madre, una penumbra de pilares
> con altas bóvedas y muros en los que el eco resuena. [82]

—Es el error porque es un árbol múltiple. La verdad es una, como el árbol de la vida. Éste, en cambio, genera sus propias hijas, como el pecado y las jaurías infernales.

—En la clase sobre Mallarmé usted dijo que no podemos reproducir *le bois intrinsèque et dense d'arbres*.

—Está también el árbol de Sartre en *La nausée,* que no se puede nombrar ni describir, horriblemente otro y excesivo.

—No he leído *La nausée.* Estoy leyendo a Mallarmé.

—Le prestaré *La nausée*. ¿Quiere comer algo? Suelo almorzar queso y rábanos en mi habitación, y un vaso de vino. ¿Le parece bien?

Le parecía bien. Raphael Faber sacó todas esas cosas y, relajado ahora, habló con ánimo alegre y mordaz sobre la insularidad y estrechez de los ingleses. Frederica picoteó un poco de queso y convino con ánimo alegre que eran realmente estrechos; adujo la excesiva admiración por el decoro inglés, cosa que le molestaba de *La suerte de Jim*. Raphael no había leído *La suerte de Jim*. Le sirvió vino a Frederica y dijo:

—Sin embargo, los ingleses no tienen un sentimiento de sus

raíces.

—Yo sí. Tengo un profundo sentimiento de mis raíces.

—Ah, pero usted es judía, supongo.

Frederica lo miró de hito en hito. Por un fugaz momento, vio su pelo rojo y su rostro afilado cubierto de pecas, su avidez intelectual, tal como debía de verlos él. Sus miradas se cruzaron, y ambos se sonrojaron.

—¡Oh, no! Soy anglosajona pura, inglesa genuina, por lo que sé. Norteña, ¿sabe? En el norte somos muy conscientes de nuestras raíces. Norteña de clase media. Inconformista.

Todas las etiquetas de las que había pretendido desembarazarse. Él parecía desconcertado y perplejo, como si tales cosas fueran inconcebibles.

—Qué extraño. Qué error más curioso por mi parte. No suelo cometer este error... esta clase de error. Me pregunto por qué habré supuesto que era usted judía.

Ella no respondió a esto. Raphael Faber frunció el entrecejo. No le agradaba equivocarse.

—Su sentimiento de las raíces debe de ser muy diferente —dijo Frederica.

—Nací en Lübeck, la ciudad de Thomas Mann. ¿Conoce a Thomas Mann?

—Leímos *Tonio Kröger* en el curso de alemán del bachillerato.

—Entonces conoce las raíces alemanas, un poco. No tuve una educación muy judía, porque mis padres no eran religiosos, pero éramos judíos. Llegué a Inglaterra en 1939. Sin nada. Una organización de caridad cuáquera me envió a un colegio privado de Suffolk.

—¿Vino solo?

—Tengo madre. Y algunas hermanas. A mi padre... y a todos los otros hombres... mi abuelo, mis tíos, mi hermano mayor... los mataron en Belsen.

Había un cierto desafío en esta última declaración. Tal vez Frederica se equivocaba, pero percibió también algo hostil, no exactamente como si la acusara a ella, pero sí acusador, y se sintió culpable, con sus ignorantes raíces inconformistas del norte, aunque no habría sabido decir cómo ni por qué.

—¿Y su madre y sus hermanas?

—Ahora viven en el condado de Cambridge. En una casa de campo —meditó por un momento—. Los ingleses del este tienen fama de ser reacios a aceptar extranjeros.

Ella tuvo una nítida visión de una reina morena y triste

acompañada por un cortejo de princesas morenas y tristes con delantal blanco y cofia de encaje. Cuidando el jardín de una casa de campo, en suelo extranjero. Quería decirle «cuénteme, cuénteme», pero la experiencia de Raphael Faber era tan lejana, tan extraña, que fue incapaz de encontrar una pregunta apropiada. Con gran precisión y tono inexpresivo, él le contó algo de lo que Frederica había leído sobre otros lugares y otras personas, el aterrorizado niño escondido en un armario mientras reunían y se llevaban a los restantes habitantes de la casa, un viaje a pie, ocultándose en carretas bajo mantas de caballos, durmiendo en graneros, hasta abordar junto con otros una barca pesquera que había atravesado el oscuro mar en una noche fría.

—La gente era increíblemente amable e increíblemente cruel, y yo siempre tenía miedo, siempre —dijo él.

Frederica sabía que no lo estaba imaginando de forma correcta, pero trató de representárselo, elaboró una suerte de tópicos de película de serie B, si bien no consiguió siquiera rozar el miedo. Él le preguntó por sus raíces, y de pronto ella ya no pudo concebirlas; todos los insignificantes detalles de las casitas de Yorkshire, la fastidiosa rectitud, la fuerza impulsora de la ambición se desvanecieron y no pudo hablar de ellos. El abismo que separaba a Bill Potter y sus arrebatos de furia de lo sucedido en Belsen era infranqueable. Con vacilación, Frederica dijo unas pocas cosas mientras lo observaba con intensidad, comprendiendo que él ni siquiera podía definir la clase media, que jamás sabría hasta qué punto un acento basto o refinado llegaba a modelar una vida. Con cierta desesperación, dijo:

—Es como D. H. Lawrence. Tengo raíces como D. H. Lawrence. Mi familia se ha superado un poco, como las mujeres ambiciosas de Lawrence.

—No soporto a D. H. Lawrence. Me disgusta su tono amedrentador. Y sus personajes no me parecen creíbles. Sin duda el arte no puede seguir consistiendo en inventar personajes a quienes se les da un nombre y un entorno social, y en acumular descripciones de vestimentas, casas, dinero y fiestas. Eso ya está acabado.

Estaba furioso de verdad. Odiaba a Lawrence. También eso era nuevo para Frederica, quien le preguntó dócilmente qué pensaba que debía leer, ahora que las luces se apagaban una tras otra, Tolstoi, George Eliot, Jane Austen, simples fruslerías. Libros llenos de gente que ella conocía y amaba hasta el mínimo detalle: el príncipe Andrei, con su mujercita, su deber y sus dudas; Dorothea,

que en teoría elegía a un hombre soso por razones morales; Henry Tilney, que correspondía un amor por el solo motivo de que le gustaba ser amado.[83] Fue extraña, esta primera conversación con Raphael Faber. Él mostraba una meticulosa consideración por los sentimientos de ella y, con nerviosa determinación, le ofreció breves fragmentos de información, cosas sobre sí mismo que Frederica ni siquiera estaba en condiciones de imaginar tal como imaginaba a Birkin o Pierre. El humor de Faber cambiaba de una frase a otra; se inflamaba de teórica cólera contra las historias con personajes, contra la fantasía, contra la insularidad, contra la pereza verbal, y luego se calmaba de pronto. Debería haber sido una de esas primeras conversaciones entre dos amantes en que éstos intercambian la historia de su vida, o al menos tenía elementos para serlo. (Él no volvería jamás a mostrar ante ella una franqueza tan natural y deliberada a propósito de sí mismo.) Y Frederica sintió que el lenguaje se volvía burdo en su boca. Faber no tenía lengua materna. Por su parte, ella nunca había cuestionado la eficacia de la suya hasta que había conocido las enseñanzas de él: sólo había dudado de su propia habilidad para manejarla. Pero sus palabras no significaban nada para él, quien despreciaba por principio la clase de historias que ella amaba.

Él le prestó unos libros para que se los llevara. *La nausée, Murphy*. Así como una copia en papel carbón de una poesía mecanografiada.

—Me gustaría conocer su opinión sobre esto. Se llama *Campanas de Lübeck,* y tiene que ver con las campanas de la Marienkirche de Lübeck. Volví en 1950 para ver mi lugar de origen. El bombardeo allí fue terrible. Habían enterrado el tesoro de la iglesia bajo el campanario, para protegerlo lo más posible, y las campanas cayeron y se hundieron en el pavimento, toneladas de metal retorcido como cortadores de masa desechados. Las han conservado así y están construyendo una capilla alrededor de los restos. Quería escribir sobre la historia de Europa. Aún no está acabada.

Frederica no supo si este último comentario se refería a la poesía o a la historia.

Emprendió despacio el camino de vuelta a través del claro y gris Cambridge. Él le había provocado dolor de cabeza. Le había prestado libros, y eso era un principio: prestar libros era un signo universal del comienzo de algo. Entregar en préstamo implicaba una devolución. En cuanto ya no estuvo en presencia de él, el amor la llenó otra vez como un alivio del dolor. Recordó cómo se habían encontrado sus ojos cuando ella le explicó que no era judía. Eran

ojos extranjeros. Amaba a un extranjero. El mundo era más vasto de lo que había sido hasta entonces.

Frederica eligió con gran cuidado el momento de la devolución de *La nausée* y *Murphy*. No le devolvió el poema porque no quería agotar todos sus motivos para volver, y porque no lo entendía. El único verso que estaba segura de haber entendido era el de Ophelia: «como el dulce tañido de las campanas, desafinado y estridente». Las palabras de la poesía estaban agrupadas en pequeños fragmentos sin puntuación, dispuestos en la página según un diseño de rectángulos y escalones, como un código visual o un test de inteligencia que era incapaz de descifrar. Había nombres alemanes, y otros que parecían hebreos; distancias, en millas y kilómetros. Había juegos de parónimos: *Grimm, grim, grimmig,*[84] *grimoire;* esta última palabra la había buscado cuando luchaba con la *Prose pour des Esseintes* de Mallarmé. Significaba «libro de hechizos», «libro de magia negra», «galimatías». Había semillas grises de umbelíferas descritas como leve ceniza, una metáfora reconocible, pero estaba segura de que la ceniza era siniestra. Había más parónimos como *Mann, man, many, manly*. Reconoció a Fausto y a Adam Kadmon.[85] Entendió que el poema trataba de las cámaras de gas y los bombardeos, las iglesias y los campos de concentración, pero fue incapaz de encontrar el principio de organización. Aburrida, volvió a las novelas, llamó a su puerta.

Él le abrió y la miró con la genuina mirada vacía de quien no reconoce a alguien.

—He venido a devolverle sus libros —dijo Frederica.

—Gracias —dijo Raphael Faber, tendiendo la mano.

—No entiendo el canto al final de *La nausée*... —empezó Frederica, citando algo que en realidad había comprendido y de lo que podía seguir hablando, si era necesario.

—Por favor, discúlpeme. Tengo un invitado.

Permanecía de pie frente a la puerta, impidiéndole el paso. En la blanca habitación, repantigado en el sillón, estaba el filósofo de la Camargue, Vincent Hodgkiss.

—Lo siento. Ya me voy.

—Tal vez en otro momento —dijo Raphael con estudiada imprecisión, retrocediendo un paso.

—Aún tengo el poema.

—¿El poema?

—Es difícil de leer.

Él sonrió, burlón, distante.

—Le vendrá bien —dijo, y añadió—: Ahora tiene que disculparme.

Y cerró la puerta.

El amor es terrible. Frederica analizó una y otra vez estas corteses frases de retirada. ¿Había sido sincero con lo de «en otro momento»? ¿La intención de «ahora tiene que disculparme» era herirla como la había herido? La explicación más sencilla, la de que Raphael Faber prefería hablar con Vincent Hodgkiss, no satisfacía el ardiente deseo de Frederica de saber qué pensaba de ella. No se le cruzaba siquiera por la cabeza la idea de que hubiera hombres que también sufrían analizando las embarazosas razones, altivas y confusas, por las que ella faltaba a una cita o llenaba con otros hombres las habitaciones donde habían esperado estar a solas con ella.

Una semana más tarde, probó suerte con el poema. De nuevo, él se quedó en el umbral. Ella se mostró valiente.

—Vengo a devolverle el poema que tuvo la gentileza de prestarme. Hay muchas cosas que no logro entender, y le agradecería mucho si...

—¿Qué poema?

—*Campanas de Lübeck*.

—Yo no le presté tal cosa.

—Fue después de almorzar, cuando me contó que era originario de Lübeck... después de nuestra conversación...

—No sé por qué lo hice —parecía irritado y afligido—. Por favor, devuélvamelo. Está sin acabar y todavía es algo privado.

—Por supuesto.

Él se lo arrancó casi de las manos y echó una ojeada al papel.

—Lo siento —dijo Frederica—. Me entusiasmó mucho. No consigo seguir todas las referencias, pero...

—La culpa es mía. No entiendo cómo pude prestárselo. De ninguna manera está listo para que lo lean. Me alegro de haberlo recuperado. Lamento haberla molestado con esto.

—No, no. Me...

—Gracias por devolvérmelo en buen estado.

—De verdad me gustaría hablarle de él.

—Claro. Ahora no. En otro momento. ¿Cómo va su artículo?

—Saldrá la semana que viene.

—Estoy impaciente por leerlo.

—Yo...

—Buenas tardes, y gracias.

Discutió este episodio con Alan Melville. Alan no pareció sorprenderse por el hecho de que Raphael Faber hubiera negado su propio gesto. Un paso hacia adelante y dos hacia atrás, ése es Raphael Faber, dijo con conocimiento de causa.

—Le debes de haber dado un buen susto —añadió.

—No seas idiota.

—No tiene sentido amar a Raphael Faber, a menos que tengas un interés personal en la pasión no correspondida.

—Tal vez lo tenga —repuso Frederica, viendo con tristeza que ése podía ser el caso, y consciente a medias de la importancia de esto.

La entrevista se publicó tal como estaba previsto: *Poeta y profesor,* un retrato de Raphael Faber, catedrático de Saint Michael, por Frederica Potter. Frederica le había dedicado largas horas. Luego Tony y Alan habían suprimido párrafos enteros y comprimido los comentarios críticos y la descripción personal. Frederica alababa los poemas; comparaba la flor del lenguaje de la mente de Mallarmé con las flores antropomórficas y de gran significado sexual de D. H. Lawrence, y hablaba de la impresión de conversar con alguien que no posee una lengua materna, a quien han despojado de sus raíces culturales. (Esta última metáfora le había producido un ligero temblor. Cambió la palabra «raíces» por «vínculos».) Describía también el estilo de sus clases y su austera habitación; es lo que se hace en las entrevistas.

Recibió otra carta.

> Estimada señorita Potter:
>
> Me veo en la obligación de escribirle para comunicarle que estoy sumamente disgustado por las referencias que hace a mi vida personal en su artículo de *Cambridge Notes*. Si hubiera sabido que tenía usted la intención de adoptar tal estilo, habría limitado mis observaciones a cuestiones de técnica poética, en las que muestra usted mucho mayor tacto.
>
> Raphael Faber

Frederica les mostró la carta a Alan y Tony. Estaba indignada.

—No he puesto nada que no sea de conocimiento general. No

conozco nada que no lo sea. Escribí todo eso porque lo admiro de verdad.

—La gente cuenta cosas —dijo Tony—. Cuenta cosas, y luego se horroriza al verlas publicadas.

—¿Qué puedo hacer?

—Esperar —dijo Alan.

—¿Esperar qué? Me odia.

—Por lo menos sabe quién eres.

Frederica siguió frecuentando la sala Anderson. Lo observaba trabajar, y leía un buen número de cosas por su parte. Aunque su actitud no la sorprendió, se sentía terriblemente herida cuando él pasaba a su lado, para ir a tomar un café o a almorzar, y no contestaba a su sonrisa, no daba señal alguna de reconocerla. Una vez, cuando juzgó que él no volvería antes de un cuarto de hora, se levantó y fue hasta su mesa para ver qué estaba leyendo. No fue de gran ayuda: había libros en hebreo, otros en griego, la correspondencia de Mallarmé, la correspondencia de Rilke, las *Elegías de Duino* de Rilke (un ejemplar que no pertenecía a la biblioteca). Sus notas se parecían a sus poemas impresos, negras, delicadas, breves y claras en medio del blanco espacio de la página. Algunas de las líneas negras estaban en griego y otras en hebreo. El rasgo humano era una serie de dibujos realizados al pie de una hoja: ánforas, jarras, botellas, vasijas, gruesas, altas, con pico, con pitorro, achaparradas. Y, por encima de éstos, enmarcadas en un recuadro negro, las palabras «universal concreto». La letra de Raphael era mágica para Frederica: vista en un sobre, la sobresaltaba. Allí estaba, línea tras línea, trazada con toda naturalidad. Raphael apareció a su espalda sin hacer ruido y, en un helado susurro, le preguntó si podía ayudarla en algo. Ella apartó la mano de las blancas hojas como si le hubieran clavado un aguijón.

—Le ruego que me perdone. De pronto quise saber lo que estaba leyendo. Quisiera saber... Pensaba en sus poemas, y de pronto quise saber... No sabe cómo lo siento.

—Leer y escribir son asuntos privados, señorita Potter. O eso he creído siempre.

—Por favor, perdóneme.

—¿Sacó algo en claro de sus investigaciones?

—No entiendo el griego ni el hebreo. Y no sé qué es un universal concreto.

—Entonces debería averiguarlo, ¿no cree? —tomó asiento—. Hágamelo saber cuando lo haya hecho.

—Acerca de la entrevista, doctor Faber... La escribí llevada por una gran... admiración...

—Se ruega guardar silencio —dijo Raphael, citando el aviso que había en la mesa, y volvió a sus libros—. No piense más en ello, señorita Potter.

19. Veladas de poesía

Para su gran sorpresa, recibió otra carta.

Estimada señorita Potter:

Quisiera saber si le agradaría asistir a las pequeñas reuniones que se celebran en mis habitaciones todos los jueves por la noche para leer poesía y hablar sobre ella. Comenzamos a las ocho y media en punto.

Atentamente

Raphael Faber

Pensó en hablar con Hugh o con Alan Melville sobre la invitación, y al cabo decidió no hacerlo. Simplemente iría. Nada la detendría. El jueves a las ocho y media llamó a la puerta de Raphael Faber, y le abrió Hugh, cuyo rubor natural se intensificó al verla.

—Estoy invitada —se apresuró a decir Frederica rotundamente.

Por si acaso, llevaba la invitación en el bolsillo.

—Entonces entra.

Añadió su toga a la pila que había en una silla de respaldo recto, justo al lado de la puerta. Dentro debía de haber quince o veinte personas, sentadas en sillas, en la alfombra con la espalda contra las estanterías, lado a lado educadamente en el sofá de la universidad. Aparte de ella, había una sola mujer, una posgraduada a quien conocía de forma vaga. Los muchachos pertenecían más al género elegante que al de los pantalones abolsados. Frederica tuvo la fugaz sensación de encontrarse con una sucesión de pares de ojos evasivos, claros y almendrados, como si la estancia estuviera llena de gatos siameses. Raphael Faber servía vino de una alta jarra de cristal sacada del refrigerador. En el escritorio había una sencilla bandeja de plata con copas de pie verde. La iluminación, que provenía sobre todo de lámparas del cielo raso, era intensa y desagradable. Se percibía un incongruente olor perfumado, cuyo origen rastreó Frederica hasta tres platos de porcelana blanca con sendos pasteles redondos recubiertos con crujiente azúcar glasé. Raphael avanzó entre los jóvenes mitad sentados en el suelo, mitad

recostados, para recibir a Frederica y conducirla a un sillón de alto respaldo. Le entregó una copa de vino y le ofreció un trozo de pastel que, al probarlo, resultó ser esponjoso, seco y con mucho sabor a especias.

—Mi madre y mis hermanas no dejan de enviarme pasteles. Supongo que creen que en esta universidad estoy siempre desnutrido.

No fue una velada cómoda. Varios muchachos leyeron poemas, uno sobre las anémonas de Pafos, otro sobre una ruptura amorosa, un tercero sobre su vieja niñera confinada en un geriátrico. El debate fue más incisivo y profundo que los propios poemas: en el ejercicio crítico de los presentes se manifestaba una suerte de júbilo salvaje del que sus versos carecían. Daban vueltas y más vueltas a las imágenes de los demás, examinándolas a fondo. A nadie le agradó la metáfora empleada por el amante abandonado, de una venda arrancada de una herida, y desplegaron un enorme ingenio para explicar por qué no era apropiada.

Frederica fue incapaz de apreciar la relevancia del poema de Hugh Pink, el cual —según éste dijo en actitud defensiva— trataba sobre una piel de serpiente que poseía de pequeño, «una piel de víbora entera y hueca».

El impulso inicial que había llevado a Hugh a escribir este poema había sido la semejanza visual entre la media de Frederica, marrón, transparente y arrugada, con costura oscura, talón bordado y enrollada a la pata de su silla como una parodia de vida o agonía, y el tegumento transparente y fino como un papel desechado por la serpiente. Pero no había tenido el coraje o —como él lo habría expresado— el mal gusto de mencionar la media. No era un hombre ingenioso, y no habría podido titular su poema *A la media que ella dejó vacía.* Había notado que lo que tenían en común la media y la piel de serpiente era un desaliño total. Había escrito sobre la piel de serpiente dejando a un lado la media, y con ello había privado a su poema del elemento objetivo de correlación sobre el que tanto se hablaba en los análisis estilísticos de aquella época. Como compensación, había incluido referencias a la piel de serpiente de *Sueño de una noche de verano,* así como a *Lamia,* de Keats, y sus cambiantes lunas plateadas, con sus manchas y sus franjas. Había intentado incluir el brillo, el color, el lustre, pero luego lo había suprimido, para dejar algo «pardusco, quebradizo y rígido, abandonado». Raphael Faber comentó, con razón, que las referencias a Keats sobrecargaban el poema. Pink era incapaz de

decir que aquello era lo más que podía acercarse a su contenido sexual, algo de lo que en realidad era consciente a medias.

—¿Es nostalgia por la infancia? —preguntó uno—. ¿Los placeres de la niñez?

—¿Cómo iba a serlo? —replicó otro—. Trata de una serpiente. Las serpientes son malas.

—No en el bolsillo de un chico —dijo alguien ingenioso, sentado a los pies de Faber—. Tal vez se refiere a la masturbación.

—No, en absoluto —contestó Hugh con vehemencia, sonrojándose hasta la roja raíz del pelo.

La discusión derivó hacia las denotaciones y connotaciones de las serpientes, o lo que ellos denominaban siempre la «imaginería de la serpiente». Hugh declaró que la serpiente era su propia serpiente, y el ingenioso retrucó que eso era muy inocente y que, inconscientemente, el poema trataba de la masturbación. Alan Melville afirmó que trataba de la ausencia.

—Se puede argüir que todas las poesías tratan de poesía, tanto como se puede afirmar que todas tratan del sexo. Ésta habla de la ausencia de Keats y de Shakespeare. Por eso al doctor Faber le incomoda la presencia de éstos. Es una opinión.

—¿Es tu opinión? —inquirió Faber.

—Nunca sé si tengo una opinión —dijo el camaleón de Frederica —. Sólo sé que es una opinión posible.

Le pidieron a Alan que leyera su propio poema. Lo presentó de un modo ingenioso y amanerado.

—Es un poema sobre espejos. Hay muchísimos poemas sobre espejos. Éste empieza en parte inspirado en la magnífica clase del doctor Faber sobre Mallarmé, Herodías y sus espejos, y el narcisismo. Me sirvo de dos imágenes. Una de ellas la tomé del espejo de George Eliot en *Middlemarch*. La otra la tomé de un libro de poesía china. Al parecer, hay una creencia china de que existe un mundo detrás de los espejos, que un día podría atravesarlos: misteriosos guerreros, dragones, peces gigantescos. Pensé en llamar *Narciso* al poema, y luego llegué a la conclusión de que sonaba demasiado bonito, floral y mítico. Así que lo llamé *Narcisista,* que tampoco acaba de gustarme: es un poco brutal. Quería incluir el espejo de Narciso, pero sin nombrarlo. Eso es todo.

Qué inteligente es, pensó Frederica. Se anticipaba con gran maestría, se protegía, imponía el ámbito de discusión de sus ideas, cosa que Hugh Pink no había tenido la sagacidad de hacer. Se ceñirían a las categorías de Alan como carneros ceñidos con pieles

de lobo.

El poema consistía en una serie de nítidas imágenes visuales: un espejo con marco sobre una cómoda en una habitación oscura con ventanas sin cortinas, unos cristales por los que se veía el cielo nocturno, la luz de unas velas reflejada; manchas plateadas en el espejo que se transformaban en manchas plateadas sobre una peligrosa bestia acuática cuando el espejo se transformaba en una extensión de agua. La cara y la oscura forma de la bestia, que se alzaban de la materia que era vidrio o agua enmarcados. Los círculos. Un verso curioso cuando la bestia salía a la superficie: «porque todos eran concéntricos respecto a su hocico». Mientras leía esto, la voz de Alan adquirió un acento claramente escocés, con gracia, como alguien que pone fin a una historia de Hallowe'en, lo cual fue tal vez lo que impulsó a Raphael Faber a decir que sin duda el poema debía tanto a la tradición gótica como a Mallarmé, aunque no quedó claro si lo decía a modo de aprobación o con melindroso desagrado. Alguien hizo una trivial objeción sobre la diferencia entre los círculos concéntricos de los arañazos de Eliot y el pez que surgía del agua. Otro dijo que la palabra «hocico» era rotunda y fea; otro, como era de esperar, dijo que de eso se trataba precisamente. Raphael Faber formuló una serie de preguntas sobre la escansión y la falsa prosodia que, según admitió Alan con docilidad, tenían fundamento. Faber dijo también que no le gustaba el título en ninguna de sus dos formas. Para entonces Frederica había localizado el eco que la perturbaba, e interrumpió una de las melodiosas declaraciones de Raphael.

—Es John Donne, eso es lo que es. *El crecimiento del amor*.

Alan esbozó su lúcida sonrisa.

—Exacto. Háblanos de ello.

Se trataba del mismo poema cuya hermosa imagen de «raíz», con su clara referencia obscena, la había acosado mientras meditaba sobre el mangle. «Dulces actos de amor, cual flores en un tallo, / de la despierta raíz del amor despuntan.» La siguiente metáfora era la de los círculos. Frederica la recitó:

Si, como en el agua agitada, nuevos círculos
se originan de uno, el amor tales añadidos asume
y éstos, aun siendo muchas esferas, un solo cielo forman
pues concéntricos se despliegan en torno a ti.

Nadie podía extraer todo esto del poema en cuestión, dijo uno,

expresando la objeción que siempre se expresa ante un texto inédito que aún no es canónico, y Alan Melville respondió de la forma habitual: la gente puede percibir, puede sentir aquello que está allí para ser objeto de meditación, aun no teniendo conciencia de ello. Sólo si el poema está bien logrado, acotó Raphael. Tengo que seguir trabajándolo, dijo Alan. Frederica se preguntó otra vez: ¿de quién está enamorado?

Después del café, Raphael leyó trozos de *Campanas de Lübeck*. Como Alan y con una necesidad mayor, preludió la lectura con suficiente información para guiar la respuesta del auditorio. Habló sobre las campanas y su lugar de nacimiento. Las desconcertantes cifras eran retazos incoherentes de información: el número estimado de muertos en Belsen, de víctimas de las bombas en Lübeck, de kilómetros entre ambos... Los nombres pertenecían a eruditos, rabinos, muertos desconocidos. Había tomado algo de Thomas Mann: una descripción de una estancia burguesa de *Los Buddenbrook,* una frase sobre la insoportable música de Adrian Leverkühn;[86] había también trozos del *Fausto* y de los hermanos Grimm, reflexiones sobre las raíces de la lengua y el folclore alemanes, así como extractos de los discursos de Hitler. Aunque esto no lo dijo, había escrito en forma de fragmentos inconexos porque tales cosas se captaban como fragmentos inconexos. Leyó sus breves versos y ecos con voz monótona que recordaba el claro tañido de una campana. Esta vez Frederica reparó en la repetida referencia a las piedrecillas blancas o migas de pan que señalaban el camino al hogar, lo cual, asociado con la palabra «horno», la hizo pensar en Hansel y Gretel. Era un arte de referencias materiales, más que de evocativas sugerencias. Provisto con la «no guía» de Faber, uno podía recrear en la mente actos civilizados y monstruosidades, la vida cotidiana y la muerte cotidiana, órdenes del lenguaje y ceremonias humanas, todos dolorosamente excluidos del poema. Lo que, en una primera lectura, había parecido impenetrable parecía ahora impalpable. Otra vez la ausencia. Lo privado y lo público, lo animal y lo cultural, expresado de forma tan fugaz y evanescente que su orden no quedaba establecido. Otra melodía no oída. Frederica estaba alerta y temerosa. Por supuesto, prefería la plenitud, el exceso de John Keats en el poema de Hugh Pink sobre la serpiente. Este arte se asemejaba a esas imágenes que, en su infancia, aparecían en un papel basto, como una incoherente aglomeración de cifras: «Coge un lápiz y une todos los números del 1 al 89, y descubrirás qué es lo que asustó a John y Susan en la playa / en la comida campestre / en la cueva». Un pulpo, un toro,

un enorme murciélago. Una infancia perdida, un fragmento de la guerra, un horror, una campana deformada en un campanario bombardeado. No estaba allí, era espantoso, era hermoso. Los muchachos alzaron sus ojos de gato. Cuando Raphael terminó su lectura, lanzó una mirada directa a Frederica, una mirada privada en un lugar público, precavida, vacilante, esperanzada. ¿Era verdad? Él sí estaba allí, en carne y hueso, un hombre real en Cambridge, sonriente. Frederica le devolvió la sonrisa.

Cuando ella se marchaba, él dijo:

—Vendrá otra vez, espero.

—No sé escribir poesía.

—No tiene importancia.

—Hugh dijo que sí.

—Ah, Hugh. Le tiene mucho cariño a usted.

—No, la verdad es que no. Espero que no... Yo...

Aquello era demasiado.

—Está bien.

—Su poema... su poema es maravilloso.

—Gracias —la lectura lo había dejado excitado—. Aprecio su juicio.

—No fue eso lo que me pareció.

—Me porté como un zafio. Tiene que perdonarme. No me gusta desprenderme de él. No soporto que esté lejos de mí. No entiendo qué me llevó a prestárselo. O quizá sí —retrocedió un paso—. Nada disculpa mi grosería. Nada.

—No importa. No tiene ninguna importancia. Me...

—Tiene que volver. Cuento con usted.

Hugh la alcanzó en las calles oscuras, y luego Alan. Pedalearon peligrosamente, uno al lado del otro, a lo largo de Silver Street y cruzaron el río.

—¿Qué te ha parecido, Frederica? —dijo Alan.

—Es horrible el modo en que gozamos de la crítica —repuso Frederica—. Para eso somos inteligentes, brutales, confiados en nosotros mismos. Pero algunos de los poemas eran verdaderos poemas. Los vuestros lo eran.

—Me siento halagado —dijo Alan.

—Era un poema de amor —observó Hugh—. Aunque no incluía el punto principal.

—Es horrible el modo en que gozamos del amor —dijo Alan—. Reinaba en toda la habitación. Todo el mundo ama a Raphael.

Frederica hizo un viraje brusco y enderezó la bicicleta.

—A veces me pregunto a quién amas tú —dijo.

—No voy a decírtelo precisamente a ti, Frederica Potter. El amor es un asunto terrible.

Esta vez fue Hugh quien hizo un viraje brusco. Los tres chocaron entre sí, destrabaron las bicicletas y continuaron pedaleando.

20. Cultivos y crías

William creció, se alargó, cambió de forma. Esto pareció ocurrir en un abrir y cerrar de ojos y con la voluptuosa lentitud con que él mismo contemplaba el avance de una oruga. Las débiles manos que asían se transformaron en dedos cuadrados y pegajosos que exploraban, capaces de recoger la migaja más pequeña. Las pataleantes piernas curvadas se llenaron de pliegues y luego, con el uso, se volvieron musculosas. Stephanie observaba cómo se le expandían las vértebras. Él se sentaba en el suelo y golpeaba contra éste una bola, un vaso azul. Pasó semanas tendido en el suelo sobre su panza de Buda, y luego un día se irguió con resolución y, como el Nabucodonosor de Blake, se balanceó precariamente sobre las manos y las rodillas de piel suave e intacta. Fue rápidamente hacia atrás, concentrado en la carbonera, se golpeó contra una estantería en el otro extremo de la habitación. Se puso de pie, con las rodillas dobladas, y agitó las manos. Anduvo de la falda a la silla, moviéndose despacio alrededor de la sala, aferrándose y resoplando, alzando en el aire su regordete pie antes de plantarlo en el suelo. Stephanie pensó que nunca olvidaría ninguno de esos momentos, esos puntos de desarrollo, esos hitos en el tiempo, y los olvidó todos cuando el estadio siguiente pareció ser William y eterno.

Era un niño que fruncía el entrecejo, con cambiantes pliegues de piel sobre un cráneo suave que crecía más lentamente. Fruncía el ceño en un gesto de concentración, mientras intentaba formar una pinza con el pulgar y el índice para coger un disco de plástico amarillo, y se parecía a Daniel, si se consideraba el modo y los medios. Las cejas negras, los grandes ojos oscuros, las pestañas firmes hacían que su ceño se semejara al de Daniel. Pero había otro ceño, un fruncimiento creciente que precedía a un aullido de rabia o frustración, que iba acompañado por los más sorprendentes cambios de coloración de la piel, desde un mármol cremoso, pasando por un rosa sonrojado y un rojo sanguíneo, hasta un violeta congestionado, y este ceño se parecía al de Bill cuando montaba un número, Bill frustrado, Bill entregado a la ira. Los colores menguaban y se desvanecían con la misma rapidez con que habían surgido, y volvían a dejar como antes la cara sin forma que no

obstante era la cara de William y no ninguna otra. Tenía también un ceño pensativo y atento que apenas le plegaba la piel por encima de la nariz. Sentado en la falda de ella le miraba el rostro, palpaba su contorno con dedos que, en un primer tiempo y evaluando distancias, se clavaban en un ojo brillante o arañaban la comisura de los labios, pero que pronto adquirieron la habilidad de acariciar, tocarle las mejillas, enredarse en su pelo. Stephanie se reconocía en él: su rostro pensativo era el de ella. Ambos se miraban a los ojos, y ella veía su propio reflejo, una luz en lo alto, una luna amante, ¿una parte de él? La carne de William era la carne de ella, pero la mirada de William no era la suya.

Él se servía de su nueva voz, disponía la boca y los labios para pronunciar una retahíla de sílabas primitivas, *ba, ga, da, ma, pa, ta,* variándolas y conectándolas en cadenas de motivos repetidos de forma diferente, *bagabaga, abababa, pamatamaga,* una combinación de elementos, galimatías, semillas del lenguaje. Una vez, en el silencio de las primeras horas de la mañana, Stephanie oyó su voz reflexiva que emitía una larga y compleja sentencia con entonaciones de afirmación e interrogación, una lección, un sermón, elaborada con sucesiones de sílabas ascendentes y descendentes. Esos ritmos le recordaron el extraño hecho de que, cuando ella quería evocar poemas recordados a medias, no lo hacía mediante sustantivos, como cabría esperar, sino gracias a la sintaxis y el ritmo, pues recordaba conjunciones, preposiciones, terminaciones verbales antes de que pudiera rememorar los sustantivos o incluso el verbo principal. Pero, si bien él murmuraba formas de frases, recordaba palabras. Cuando lloraba, ella lo alzaba ante la ventana o ante una lámpara y le decía: «Mira, Will, mira la luz». Y, siendo aún muy pequeño, él repetía «uz, uz». Le enseñó, también siendo muy pequeño, «libro», «gato», «flor», y él extendía el uso de estos términos: «ibo» para todos los dibujos y periódicos, «cato» para todos los animales, y «lor» para todas las plantas, árboles, plumas y, en una ocasión, la pechera de encaje de su abuela, que adornaba el escote de su vestido. Sentado con aire regio en las rodillas de Stephanie, nombraba los dibujos de animales domésticos y salvajes: *vaca, abaio, pero, alina, ceba, efante, rafa, baena*. Son cosas bastante triviales, y es difícil describir la admiración de una mujer que, con un espíritu alejado de lo cotidiano y lo material, oye una voz que habla donde antes no ha habido más que vagidos, resoplidos, llantos, murmullos de sílabas. La voz de Will era una voz nueva, que pronunciaba palabras pronunciadas generación tras generación. Mira la luz. Te quiero.

Cultivar cosas se transformó para ella en una obsesión. La casita tenía un lodoso jardín trasero, dos cuadrados de césped del tamaño de un mantel que flanqueaban un camino de asfalto, y dos horribles postes de cemento para sujetar la cuerda de tender la ropa. En la primavera y el verano de 1955, cuando Will tenía un año, Stephanie intentó que en este barrizal crecieran flores de vivos colores que él pudiera ver, verduras y hierbas aromáticas que pudiera comer. Plantó zanahorias y rábanos, lechuga e hileras de guisantes y judías. Will se sentaba en el césped o gateaba detrás de su madre, mientras ella rastrillaba, cavaba, removía el suelo y dejaba caer las minúsculas semillas. De vez en cuando él cogía puñados de tierra y se los metía en la boca. «¡No, no, sucio!», decía Stephanie, que había estado pensando en la extraordinaria riqueza de la tierra ordinaria, en el sorprendente crecimiento de verdes hojas plumosas y de largas y dulces raíces naranja a partir de esos corpúsculos marrones. Will gritaba «no» con furia y luego, mientras ella le limpiaba la boca, repetía con tristeza «No, sucio».

Los rábanos crecieron —algunos de forma monstruosa—, y fueron servidos en la merienda de Daniel, rojos y blancos, de sabor picante, fríos en contacto con los dientes. Las zanahorias quedaron diezmadas y atrofiadas por la mosca de la zanahoria, y los guisantes y judías crecieron sin orden ni concierto. A Stephanie le costaba mucho ser despiadada. Le costaba mucho matar los bichos que serpenteaban y corrían por la tierra, y más todavía entresacar como debía sus plántulas, arrancar algunas para que las otras pudieran vivir.

Su mayor éxito fueron las capuchinas trepadoras. Plantó en mantillo las pequeñas semillas —redondas, tripartitas, con crestas —, en bandejas de madera; la cocina quedó atestada de ellas. A su debido tiempo, brotaron las romas cabezuelas y las hojas dobles semejantes a sombrillas, delicadas y surcadas de venas. Su primera bandeja, que no había aclarado de forma apropiada, produjo largos tallos filiformes enredados como espaguetis, que se marchitaron y murieron. La segunda, con una buena entresaca, dio numerosas plántulas que plantó a lo largo de los muros de la casa y alrededor de la base de los postes de cemento, tras lo cual pegó coloridas imágenes de capuchinas en tutores de madera para indicar dónde estaban. Will avanzaba tambaleándose tras ella, arrancando los indicadores, desgarrando el papel, murmurando «lor». También destrozó algunas plantitas. Pero crecieron unas cuantas. Ese verano, el muro del fondo de la casa quedó decorado con discos verdes, cilíndricos tallos trepadores y trompetas de seda fruncida, escarlata

y naranja, marfil y rojo caoba, cromo oscuro y gamuza, con líneas negras que indicaban a las mariposas el camino a los oscuros y polvorientos estambres que temblaban en los cálices.

Stephanie los observaba alzarse a la luz de la mañana, replegarse en fláccidos triángulos por la noche, y le venía a la mente el cuento de *Jack y las judías mágicas,* la prosaica y malhumorada madre a quien le habían dado un puñado de semillas a cambio de una vaca y se había encontrado al pie de una brillante escalera que ascendía hasta el cielo.

Marcus, que iba a visitarla de cuando en cuando, a veces con Ruth y Jacqueline, llevó la gata. Según dijo Jacqueline, la habían encontrado en la cuneta delante de su instituto, después de que un coche la atropellara. La Sociedad Protectora de Animales estaba dispuesta a sacrificarla para poner fin a su sufrimiento. La madre de Jacqueline, con cuya buena voluntad habían contado, había dicho que la gata estaba preñada y que la solución de la Sociedad Protectora era la mejor. Jacqueline había llevado el animal hasta el hospital, donde había conseguido ver a Marcus, quien, poco habituado a que se acudiera a él en busca de ayuda, había dicho que Stephanie sabría qué hacer. La gata se encogía de dolor, gemía y escupía. Era una gata atigrada, de mirada torva.

—No quiero una gata —dijo Stephanie, limpiando el aceite del pelaje del animal con algodón y la loción de bebé de William—. Daniel no querrá tenerla.

—No se puede tener un gato en la casa con el niño —gritó la señora Orton desde su sillón—. Nos hará tropezar y nos romperemos el cuello.

Cuando Daniel entró, oyó un aullido ululante y encontró a su mujer arrodillada junto a un cesto de ropa, donde yacía la gata en medio de su sangre, mirando con ferocidad a un bulto oscuro y lustroso que se agitaba.

—Vamos —dijo Stephanie—. Vamos, ayúdalo.

Y la gata bajó sus ojos amarillos, desgarró el amnios con los dientes y lamió esa especie de pez de cabeza roma y patas como muñones, que chilló y se movió ciegamente hacia su madre, mientras ésta se ponía a ronronear suavemente.

—Stephanie —dijo Daniel—, ¿es que tienes que...?

—No puedo dejarla morir.

—La primera vez que te vi, estabas tratando de salvar a todos esos gatitos.

—Así es.

—Me enamoré de ti cuando te vi tan empeñada en salvarlos.

—Murieron.

—Ya sé.

—Éstos no van a morir. Esta gata colabora. Hace lo que debe. Mira.

Y, en medio de sangrientos aullidos y primitivos ronroneos, cinco bultos más fueron lanzados al mundo y, salvo uno, blanco y húmedo, reanimados a lengüetazos. Dos gatitos negros, dos rayados, uno blanco con manchas rayadas y uno pálido de aspecto inacabado, el último en nacer, que avanzó con energía y chilló durante unos minutos, alzando su hocico ensangrentado y su cabeza sin orejas por encima de las ajetreadas ancas de sus hermanos, hasta que la gata le hizo sitio. El cuello del gatito blanco estaba totalmente retorcido, como una bolsa de papel, y los rosados párpados cerrados. Stephanie, súbitamente aprensiva, le rogó a Daniel que hiciera algo. Él recogió el cuerpecito con una hoja de periódico y lo llevó fuera, dejando a Stephanie arrodillada junto al cesto, con los ojos brillantes. Detrás de ella, Marcus y Jacqueline seguían mirando.

—Mira cómo respiran —dijo Jacqueline.

Y Marcus, que podría haberse sentido asqueado, que en una época anterior se habría sentido asqueado, dijo que se alegraba de que estuvieran bien.

Los gatos, como las capuchinas, prosperaron con los cuidados de Stephanie. Mimó a la madre con restos de pescado y trozos de pollo; más tarde, dispuso a los temblorosos y deambulantes pequeños en torno a un plato de leche tibia, les hundió el hocico en la leche y los observó escupir, mojarse y lamer. Si William crecía rápido, estas criaturas se expandían cada día, desde embriones sin ojos, como hipopótamos en miniatura, a unas cositas suaves que trepaban, corrían y tropezaban, con orejas puntiagudas, bigotes como rayos, pequeñas almohadillas frías y rosadas bajo los pies del tamaño de una moneda. Observando crecer a los gatitos, Stephanie pensaba en el aprendizaje. William se entrenaba en recoger migas, llevarse una cuchara a la boca, volver a depositarla en el plato, meter objetos pequeños en grandes recipientes, intentar meter objetos grandes en recipientes pequeños, mientras lloraba por el empeño frustrado. Un día, ninguno de los gatos salía de la caja. Al día siguiente, uno de los negros podía saltar, y no sólo saltar sino colgarse, y no sólo colgarse sino pasar sobre el borde y caer de pie al otro lado. Al otro día, eran tres los que sabían hacerlo, y al día siguiente lo hacían

todos. Los que el lunes avanzaban tambaleándose, el sábado corrían, brincaban y trepaban por las cortinas. Stephanie casi llora de alegría un día cuando vio al gatito blanco lavarse como siempre se han lavado los gatos, lamiéndose una garra delantera doblada, curvando una pata trasera en forma de pata de jamón, su nueva piel rosa más sonrosada bajo el espeso pelo del vientre, blanco, corto y suave. En el interior de sus blancas orejas nuevas, la piel desnuda era fría y rosa, como las conchas de volutas atlánticas que se encuentran diseminadas por la playa de Filey cuando baja la marea. En comparación, los movimientos de Will eran torpes y azarosos. No sabía ni correr ni saltar. Y, sin embargo, tenía el habla. Stephanie se sentaba en el césped, en medio de los gatitos que retozaban, y lo observaba avanzar hacia ella, tres pasos y una pesada caída sobre el trasero, tres pasos, las regordetas manos moviéndose como las de los acróbatas, con los brazos extendidos.

—*Lor* —decía—. *Cato*. *Quere. Wiquere.*

—Will quiere el gato —interpretaba ella.

—*Ti* —confirmaba él—. *Wiquerecato.*

Cuando conseguía atrapar alguno, cosa que ocurría a menudo, dado que los animalitos reptaban hacia él como avispas en torno a un pote de miel, lo aferraba con fuerza. El gatito se quedaba fláccido, y Will se lo llevaba a la boca con aire pensativo, un gigante que aplastaba carne y huesos, un infante que exploraba todo oralmente, y la madre se paseaba de un lado a otro, maullando, hasta que Stephanie dejaba en libertad al gatito y besaba a su hijo. La señora Orton afirmaba que no eran higiénicos. Stephanie le decía a Daniel:

—Mira qué vivos están.

Daniel puso un anuncio en el pórtico de la iglesia: «Gatitos saludables buscan un hogar».

Vegetal, animal, humano. Poco a poco Stephanie fue acogiendo en la casa a una variopinta colección de desamparados, los más indefensos y pasivos de los inadaptados de Daniel, vagabundos viejos o débiles que acudían y permanecían horas sentados ante la mesa de la cocina o en los sillones, donde eran blanco de los gruñidos de la madre de Daniel y, a veces, de las miradas ceñudas del propio Daniel. Stephanie les daba una taza de té y pequeñas tareas para hacer, un escurridor lleno de judías para limpiar, guisantes para pelar, lentejas para separar. Clasificaban la ropa usada y etiquetaban las mermeladas, ponían el precio con dedos temblorosos a chaquetas de punto infantiles, manoplas, botas de lana. Había dos o tres que acudían con regularidad. Una era la

pálida y llorosa Nellie, hasta entonces al cuidado de su hermana mayor, la cual acababa de morir. Nellie tenía cuarenta años y la mente de un niño mayor que William, pero una mente tan limitada que era incapaz de hacer cosas que él haría con toda facilidad al cabo de pocos meses o años. La hermana de Nellie, Marion, había considerado a Nellie una cruz, una carga y un bebé. Había hecho todo por ella: abrocharle la ropa, alimentarla, cocinar, hacer las compras. Fue Daniel quien organizó una cadena de colaboradores para evitar que encerraran a Nellie en un hospital. Fue Stephanie quien le enseñó cosas que ella aprendió, a medias agradecida y a medias temerosa, como si aprender pudiera en cierta forma alejarla por completo del mundo humano, alejarla de esas manos que ahora la tocaban al menos para abrocharle el sostén, colocarle una chaqueta, anudarle los zapatos. Otro era Morris, que perdía a ratos la memoria a consecuencia de una herida en la cabeza recibida en Dunquerque, el cual era incapaz de conservar un empleo y había intentado suicidarse dos veces. Y estaba también Gerry Burtt.

Gerry también tenía problemas para conservar un trabajo, cuando le encontraban alguno. Durante un tiempo había ido cada vez con mayor frecuencia a la iglesia en busca de Daniel, a quien le repetía la historia de la muerte de su hija, siempre con la misma mezcla de rabia descarnada, deseo de ser juzgado y horror a Barbara, como si repitiendo la historia pudiera liberarse de ella. Un día se presentó en la casa, sin invitación, y encontró a Stephanie, Will y los gatos jugando en el jardín. Se quedó de pie en el camino, observándolos. Stephanie alzó la vista por encima de una guirlanda de margaritas y le preguntó qué deseaba.

—Buscaba al pastor. Bueno, al señor Orton, en realidad.

—No está aquí. Volverá a la hora de cenar. ¿Lo ha buscado en la iglesia?

—Sí, vengo de allí.

—¿Tiene algún problema? ¿Puedo ayudarlo?

—Soy Gerry Burtt —dijo, con la misma solemnidad con que se había presentado a Daniel.

A diferencia de Daniel, Stephanie reconoció su nombre por haberlo leído en los periódicos, que ahora leía con una sensación apremiante pues había pasado a vivir en el mundo que éstos describían, un mundo de sucesos humanos, nacimientos, accidentes, bodas, muertes. Había llorado por la hija de Gerry como había llorado por la mujer cuyos dos hijos habían muerto ahogados en una cantera inundada, la cual, de la noche a la mañana y en cinco líneas impresas, se había transformado de una mujer corriente con

dos hijos en una mujer cuyo pasado apuntaba a este terrible presente, cuyo futuro era una supervivencia después de ese golpe definitivo del destino.

—Venga a tomar una taza de té —le ofreció a Gerry Burtt, alzando a William del suelo—. Estaba por prepararme una.

—No me vendría mal —dijo él con prudencia.

No se puede vivir con la suposición de que la desgracia, o algo peor, es contagiosa, aunque hay un instinto humano muy profundo que predispone a ello. Stephanie sentía repulsión física por Gerry Burtt, a quien no obstante ofreció té, bollos, una silla y le habló con serenidad y calma sobre el tiempo, el jardín. Él interrumpió de pronto uno de estos tópicos.

—Tiene usted un niño precioso, señora Orton. Realmente precioso.

Ella percibió la emoción del hombre, violenta y desesperada.

—Lo sé —repuso—. Soy muy afortunada. Tan afortunada que a veces me da miedo.

William arrojó un cisne de plástico desde su sillita alta, y Gerry Burtt lo recogió y se lo devolvió con cuidado. Will golpeó con fuerza el juguete contra la bandeja de la silla, chilló y lo lanzó por los aires. Gerry lo recogió. Stephanie observaba.

—Usted le gusta —dijo, con falso tono amistoso.

—Toma, bebé —dijo Gerry Burtt con vehemencia.

Y Will volvió a coger el cisne con ademán majestuoso y lo enarboló mientras gritaba: «Da, da, da, da, da».

Un día en que estaban todos presentes, Nellie, Morris, Gerry y la sempiterna señora Orton, Stephanie puso a Will con naturalidad y determinación en las rodillas de Gerry para ir a tostar unos bollos de pasas. Daniel llegó de improviso y los encontró en esa posición, Gerry con una sonrisa de temor en el rostro y Will con una mirada de duda en el suyo, no demasiado aquiescente. Resistió la tentación de arrancarle a su hijo del regazo, pero esa noche, cuando estuvieron a solas, le dijo a Stephanie que no tenía que permitir que Burtt entrara así en la casa. Ni tampoco Nellie o Morris, que podían ser desequilibrados y amenazadores. Ella contestó con calma:

—Hago lo que puedo. Hay una gran parte de tu trabajo en que no puedo ayudarte. Pero puedo tolerar a estas personas y ayudar un poco. No me molestan. Hago lo que puedo.

Su respuesta no era por completo sincera. En parte, al menos, permitía que estos desamparados se sentaran en su casa a fin de neutralizar a la madre de Daniel, que así se convertía en una más

entre ellos. Los desamparados constituían un claro ejemplo de lo erróneo de la teoría según la cual el lenguaje es ante todo comunicación. Cuando hablaban, lo hacían en cerrados monólogos. La pobre Nellie, que sentía que en el interior de la cabeza tenía una especie de cubierta gruesa y suave a través de la cual veía y oía de forma tenue y apagada, y que a veces intentaba expresarlo, usaba el lenguaje para describir lo que estaba haciendo y empleaba una tercera persona que recordaba a una orden repetida.

—Ahora coge los guisantes, coge los guisantes. Ahora aprieta con el pulgar, ahora sale, aquí están, cuántas, seis, una buena cantidad, seis es una buena cantidad, no hay gusanos.

Morris, en sus buenos momentos, hablaba de prisa y con grandilocuencia, acribillando el aire con palabras abstractas sobre la injusticia de la vida, la mala fortuna que nos toca, a algunos peor que a otros, sin ton ni son. En los malos momentos se repetía, explicaba el terror de los obuses, el agua de mar, el estruendo, la sangre. La señora Orton describía comida consumida largo tiempo atrás. Gerry Burtt le hablaba a Will en media lengua, y no sonaba muy distinto de Nellie.

—Rica banana, ponemos azúcar moreno, leche, qué bien, ¿eh?

Repetición, recapitulación, una suerte de búsqueda estática de un modo de librarse de las voces de la habitación, amortiguadas, dolorosas, intolerables. Y, en medio de ellas, Will gritaba y entonaba sus sílabas y palabras en ritmos cada vez más complejos, al parecer, para su propia satisfacción estética. Jugaban a un juego en el que Stephanie lo ponía de pie sobre sus rodillas y lo hacía saltar al azar, y él reía con una risa profunda y sorprendentemente grave: «Ja. Ja. Jajá. Ja. Ja. Jajá. Jajá. Jajá». Una vez ella salió al jardín y oyó que, sentado en su cochecito, él gritaba con aire trágico «Oh, Dios». Y luego, en un *crescendo,* «Oh, Dios. Odiosodiosodiosodios oh, Dios». Y luego un estallido de carcajadas, como un caballo en medio de los trompetistas: «Jajá, jajá, jajá».

Daniel estaba descontento, y se avergonzaba de ello. Sentía que había perdido cosas, para cuya pérdida tendría que haber estado preparado: su soledad, su dedicación absoluta a su tarea y, en cierta forma, a su esposa. Con su fuerza de voluntad había provocado una situación en la que ahora, según percibía, no había cabida para esa voluntad. La desbordante energía de Gideon lo deprimía. Gideon, como Daniel, creaba vínculos sociales y responsabilidades donde antes no existían. Pero, mientras que Daniel operaba en el reino de lo práctico —alimentación y lavado de la ropa, transporte y

compañía—, Gideon lo hacía en la vida emocional de la gente. Inspiraba a los jóvenes. Animaba a los tristes. Los feligreses por los que se sentía atraído eran los que buscaban algo, los angustiados, los hambrientos de afecto. Los reunía en grupos y «los provocaba», haciéndolos reaccionar unos contra otros, contra él mismo. Daniel creía que buena parte de esto era peligroso y erróneo, lo cual lo llevaba a cuestionarse sus propias intenciones, el uso que hacía de su energía. Recordaba que había deseado renunciar a su vida, cambiarla por completo, canalizarla. No estaba dispuesto a dedicarla a ventas de beneficencia, cafés matutinos, excursiones con niños exploradores y celebraciones de bodas. También para él las costumbres eran una pesada carga. Quería que sucedieran cosas. De pequeño, le decía a su madre: «¿Por qué no pasa algo de una vez?». Y ella invariablemente le contestaba: «Déjanos en paz; no me molestes cuando todo es agradable y tranquilo». La presencia de ella en su actual situación agradable y tranquila exacerbaba aún más su impaciencia.

La placidez física de Stephanie lo irritaba. En un principio, lo había atraído e irritado al mismo tiempo. Percibía la fuerza de ella, temía su inercia, quería hacerla reaccionar. Él había hecho que se casaran. Él había hecho que ella lo amara. Había confiado en su propio furor sexual porque éste era único en su experiencia. Se había sumido en la pasión y había despertado una pasión recíproca. En su inocencia, no estaba preparado para la falta de interés o de energía consecutiva al parto. Atribuyó la tendencia de su mujer a apartarse de él en la cama, a volverse de costado y doblar las rodillas hasta el mentón, a una variedad de causas. La falta de intimidad: los ronquidos de su madre, el deambular de Marcus, los bramidos de su hijo. Fatiga. En las primeras semanas, las pérdidas de sangre y el dolor. No tenía en cuenta los altibajos de las hormonas, aunque, a un nivel animal, era consciente de que los intereses sensuales de su mujer se disipaban por acción de una variedad de asuntos: la alimentación, la limpieza, la tierra y el riego, el pelo de gato y los pétalos de las flores, la nueva piel de su hijo, su olor a leche, su cabello malteado. Ver a Burtt sosteniendo todo esto era una violación de su territorio que le erizaba un vello imaginario a lo largo de la columna.

Cuando fue a la cama esa noche, encontró a Stephanie acostada dándole la espalda, leyendo *Buenas recetas de Inglaterra*. Se quedó mirándola un momento, y luego se puso un jersey sobre su camisa de clérigo y la trenca por encima de esto, y salió de la casa, sin golpear la puerta, para ir a dar una vuelta. Anduvo por las

callejuelas de las casas obreras con sus ventanas sin luz y sintió el olor frío de las lumbres de carbón apagadas, atravesó el cementerio de su iglesia y sintió el olor a tierra fría, a boj y tejo, bajó por la oscura calle principal con los escaparates de las tiendas de un negro brillante, y bordeó el canal. Sintió el olor a plantas podridas, al gas atrapado entre las hierbas ondulantes, a más carbón frío. Anduvo, y mientras andaba rezaba al Dios que lo guiaba, para que le diera paciencia ante la inactividad, un nuevo orden, un sueño tranquilo, con lo cual quería significar —y era consciente de ello— una respuesta por parte de su esposa. Rezar no era pedir; rezar era deshacer esos nudos de preocupación para que fluyera una oscura corriente de energía entre Ello y él, de forma que las cosas se desprendieran de él y su solución corriera por cuenta de Ello. Siguió andando. Respiraba mejor. Volvió con las mejillas frías y las manos frías, llevando consigo el olor a carbón.

Stephanie no dormía.

—¿Te ha mandado llamar alguien?

—No.

Daniel se desvistió.

—¿Pasa algo?

—No. Salí a dar una vuelta. Para tomar aire. Para pensar.

—Algo te pasa.

—Nada en particular.

Detestaba ese tono de ella. Ese tono infantil. Con un deje conyugal.

—Ven a la cama.

Estaba de cara a él, al menos. Se metió en la cama, un montón de carne fría que se tumbaba de golpe. Ella tendió los brazos.

—¿Es por Gerry Burtt?

—No me gusta que se acerque a Will.

—No hace daño. Es un hombre triste.

—Dejó que mataran a su hija.

—No va a lastimar a Will.

—Estuve con la asistente social, una tal señorita Mason. Para hablar de su mujer. Están pensando en dejarla salir. Dentro de poco. No sé qué hará él si...

—¿Cómo es Barbara Burtt?

—No la vi. Él habla siempre de ella. Le tiene muchísimo miedo. No es de sorprender. Él me pone los pelos de punta. Entiendo mejor a la gente que pierde los estribos, que a alguien incapaz de molestarse en mantener a una cría con vida... Creo que él perdería su confianza en mí, si yo la viera. Por eso no lo he hecho. No hables

de ella, no aquí en casa.

—Alguien tiene que ocuparse de esa mujer...

—Ya lo hace la señorita Mason. Mucho. Deja de hablar de ella.

—Daniel...

—¿Qué?

—¿Quieres que ponga fin a sus visitas?

—No, no es eso. No te preocupes.

—¿Qué es entonces?

—No hay vida en las cosas.

Stephanie pensó en las cosas: la casa, el jardín, la iglesia, Gideon, Will. Lo abrazó.

—No digas eso. Tú nunca dices cosas así.

Él había dado vida a las cosas, para ella.

—Ésa no es la función de las cosas —dijo él.

Pero su carne se despertaba. Stephanie lo tenía apretado contra ella, con el holgado camisón subido hasta las axilas. Ambos se excitaron.

—Ha vuelto, Daniel, ha vuelto —dijo ella, con tal sorpresa en la voz que él se echó a reír.

—Así es.

Y, a lo largo de ese pistón de carne incómodamente duro y protuberante que hacía de puente, los gametos se vertieron por miríadas, subieron, se precipitaron y nadaron hacia su extinción o muerte en un entorno ácido y poco hospitalario, hacia una breve supervivencia mediante su conexión con células protectoras que los hospedaran, hacia caminos sin salida, hacia el cuello del útero, con la ciega cabeza buscando, la cola flagelada ondeando y agitándose, todos perdidos, todos menos uno que, horas más tarde, se incrustaría en la pared de la célula femenina, para atravesarla, nutrirse, unirse, dividirse, transformarse, especializarse. Daniel, súbitamente aliviado, besó a su mujer en los ojos y la boca y se sintió más benévolo hacia Gerry Burtt. Stephanie, lánguidamente caliente y húmeda, tocó el cabello de Daniel, le acarició el muslo húmedo, pensó que las cosas iban a ir mejor, que después de todo eran libres, se amaban, podían dar cabida al bienestar de unos meses de intimidad y comunicación. Tenía tanto un marido como un hijo. Su mente hacía planes con ánimo apacible, reorganizaba prioridades. Al parecer, Charles Darwin se había esforzado por no personificar la fuerza que elige el óvulo y el espermatozoide, el embrión y la descendencia, el compañero y la víctima, no utilizar para ello verbos que implican una intención consciente, tal como yo acabo de utilizar «elige» para no escribir «selecciona». El lenguaje

está en contra de nosotros. La novela clásica habría conducido a la mujer y el hombre hasta la ceremonia del casamiento o —por ejemplo, en *Las aventuras de Roderick Random,*[87] que Frederica leyó entre piojos del papel y cigarras en el surco de un viñedo provenzal— hasta el momento en que se alza la sedosa camisa de dormir y se atraviesan las cortinas del lecho. Pero en nuestros días vamos mucho más allá, tanto novelistas como moralistas. Pero ¿en qué punto dejamos de pensar en azar y elección, fuerza y libertad? No necesitamos de la madre Naturaleza para concluir si fue la presencia del óvulo en las sinuosidades de la trompa de Falopio, más que Gerry Burtt, o la pereza, o la voluntad personal, lo que dictó los movimientos de Daniel, los movimientos de Stephanie, el grado de calidez, acidez, suavidad, energía en esos oscuros lugares. Podemos resistirnos a personificar el espermatozoide o la fuerza compulsiva, a contrapelo del lenguaje de que disponemos. Pero no podemos resistirnos al hábito mental de relacionar y comparar.

Estos hechos microscópicos se han filmado ahora desde el interior. Podemos verlos en la pantalla del televisor, en persona, en una escala accesible a nuestro aparato de percepción, al sentido que poseemos de nuestro espacio en el mundo, ver el crecimiento de las partículas seminales en los testículos, la súbita constricción y explosión del orgasmo, las primitivas semicélulas precipitándose hacia el óvulo en forma de flor, las frondas de algas que detienen, que atrapan, que guían, que seleccionan, que nutren. Hay termografías de la sangre que endurece el pene hasta volverlo una Sudáfrica invertida con ardientes desiertos y verdes oasis. ¿Qué concepciones habrían tenido Donne y Marvell a partir de esta visión?, ¿o del avance de los espermatozoides, filmados sobre un fondo azul verdoso claro, en dirección al útero rojo oscuro y su flora humana, invisible, irreconocible pero familiar? En la filmación, la cabeza del espermatozoide descansa en el círculo de la pared del óvulo como la cabeza de Daniel descansaba en el pecho de su mujer. Los biólogos han conjeturado que las formas masculinas reproducen las formas masculinas como las femeninas reproducen las femeninas. Como el espermatozoide es móvil e invasor, también lo es el órgano que lo deposita; como el óvulo es grande (relativamente), inmóvil y receptivo, también lo son las cavidades internas que lo nutren y contienen. El contenedor contiene al contenedor, el invasor emite invasores. Emanuel Swedenborg pensaba que todas las partes del cuerpo humano y del mundo estaban formadas por unidades más pequeñas de igual naturaleza —la lengua, por miríadas de lengüecitas; el hígado, por

pequeños hígados—, porque el mundo era equivalente y ordenado. Goethe descubrió que las diferentes partes de una planta, estambres, sépalos, óvulos, pistilo, son modificaciones de una forma primaria de hoja, la forma original o *Urform*. Una teoría actual sostiene que la función sexual es una aberración del hermafroditismo partenogenético, el producto de un «ADN parásito» que despliega un filamento, una «jeringuilla genética» que, a semejanza de un cuclillo, deposita un factor propio en el ácido nucleico de otro organismo. Mientras Daniel y Stephanie dormían con las cabezas juntas sobre la almohada, las células se dividían y se multiplicaban, bullían y se proyectaban, disponían genes, cromosomas, proteínas, planes, modelos, otra vida, la misma vida con otra forma. Y, según dicen, mientras la vida inmortal del genotipo se transmite, el fenotipo, el cuerpo individual, se vuelve redundante, prescindible: lo más económico para él es envejecer, dejar de funcionar, morir.

El germen de esta novela fue un hecho que también era una metáfora: una mujer joven, con un niño, que miraba una bandeja de tierra donde unas plántulas no entresacadas, con pálidos tallos decolorados, morían en su lucha por sobrevivir. Sostenía en la mano la imagen de una flor, el paquete de semillas con su brillante dibujo: capuchinas gigantes, trepadoras, mezcladas.

Will estaba sentado en la hierba, mientras los pulgones se apiñaban bajo el cuello de las capuchinas, una pegajosa banda negra de cuerpos minúsculos, y dentro de Stephanie las células se apresuraban y se daban forma unas a otras. Will había descubierto que, si volvía la cabeza de un lado a otro con rapidez y luego se detenía bruscamente, el mundo se movía, atravesado por brillantes franjas rojo caoba, escarlata, rojo rosáceo, naranja, dorado, crema, verde y negro, nada de lo cual sabía nombrar, por supuesto, pero le fascinaban las coloridas cintas de movimiento que zumbaban y temblaban, y que se disipaban lentamente, como ondas en el agua, cuando él dejaba de sacudir la cabeza. Las coloridas cintas de sus movimientos de cabeza tenían largas colas ondulantes, en el rabillo de sus ojos. Si alzaba la cabeza y la bajaba era más difícil conseguir este vértigo deslumbrante. La cognición humana ha recibido el nombre de «orden surgido del ruido»; o, por el contrario, podría ser el diseño del mundo según un mapa elaborado, cristalizado en los genes, la repetición de leyes que ya conforman la mente en crecimiento. Will creaba una confusión y dejaba que recuperara su

forma. Podía nombrar la rosa, el lirio, el girasol, la tigridia, la margarita, aunque todas con una única palabra, *lor*. Más tarde, cuando empezó a dibujar, dibujaba cinco arcos chatos alrededor de un centro más o menos circular, hasta que conoció el placer de trazar arcos superpuestos con el compás, que, a su modo, conformaban una flor cartesiana, ¿platónica, tal vez?

21. Un árbol único entre muchos

De vez en cuando, Marcus se sorprendía al advertir que se sentía feliz. Este sentimiento lo asustaba: no estaba habituado a él. Era feliz cuando se hallaba en compañía de las dos chicas, Jacqueline y Ruth. Jacqueline tendía a formular preguntas de índole personal e insistir para conseguir una respuesta —«¿Qué es lo que piensas hacer?»—, a la vez que le hacía entrever lo que significaba trabajar en lo que a uno le gustaba, con entusiasmo. Jacqueline era normal. De hecho, era la primera persona normal con quien él había hablado largo y tendido. Ella le mostraba cosas, diapositivas de secciones de hojas, diagramas de células vegetales, la respiración a través de los estomas, los cloroplastos. Y le pedía ayuda en matemáticas. En cuanto a Ruth, casi nunca la veía sola; acudía a veces con Jacqueline. En ocasiones pensaba que formaban la clásica pareja de líder innovador y discípulo devoto. Jacqueline velaba por la felicidad de Ruth. Ruth se mostraba de acuerdo con Jacqueline, en términos generales. A veces, los plácidos silencios de Ruth le recordaban su propia estrategia de reticencia y silencio; reconocía en ella una política análoga de no involucrarse, miedo incluso. No obstante, también era consciente de que tanto él como Jacqueline observaban a Ruth como si lo que importara fuera lo que ella sentía, como si las cosas valieran si ella las aprobaba. Había algo un tanto autocrático en su manera de ser. Marcus recordaba sobre todo unas palabras que le había dirigido directamente a él. Jacqueline solía exhortarlo a no desperdiciar su inteligencia. Ruth no habló de su inteligencia, pero le dijo que intentara ser normal y corriente.

—No haces suficientes cosas corrientes, Marcus. No te gusta el cine, ni pasear en bicicleta, ni el pescado con patatas fritas, ni...

—Ni el chismorreo —añadió Jacqueline.

—Exacto. Es imposible imaginarlo chismorreando.

—No me percato de las cosas como vosotras.

—Eres humano, Marcus Potter. Si no haces cosas corrientes por naturaleza, tienes que aprender con la práctica. Yo sé de eso.

—¿Ah, sí?

—Cuando mi madre murió... nada me interesaba. Pero tuve que ocuparme de la casa por mi padre y los niños, y eran cosas corrientes: hacer las compras, lavar la ropa... Descubrí que eso era

humano. Entonces llegó ella y se hizo cargo de todo, pero yo ya había aprendido.

—Cosas corrientes —repitió Marcus—. No soy bueno en...

—Ya nos hemos dado cuenta. Puedes practicar con nosotras.

Además, Marcus la encontraba atractiva. Le agradaba pensar en ella cuando no estaba allí, las ondas de su trenza, la cara ovalada, los párpados entrecerrados, la pequeña boca, carnosa y cerrada, las articulaciones en reposo, la distancia entre hombros y pechos, pechos y cintura. Pero, casi siempre, era la imagen de esa gruesa y lustrosa trenza que serpenteaba entre sus omóplatos. Deseaba tocarla. Le habría gustado deshacerla, trenzado tras trenzado, y soltarle el cabello, tal como lo había visto a través del cristal de la puerta de la cocina, aquella noche.

No había hecho nada respecto a su visión del Dios de las hormigas en el Centro de Observación de la Naturaleza; ¿qué podría haber hecho? Sólo había empujado su carrito a lo largo de los pasillos. Entonces, un día de verano en que recorría en bicicleta el largo camino a Blesford, pasó ante Long Royston, donde Frederica había interpretado a Isabel dos veranos atrás, donde los *bulldozers* despejaban el prado para construir la nueva Universidad de North Yorkshire. Junto al borde de los pastos, el perejil de monte esparcía un polvo blanco verdoso desde sus umbelas de encaje; había margaritas, conejitos silvestres amarillo limón, escabiosas azul lavanda grisáceo, así como la seda escarlata de las amapolas, fina y rígida. Marcus tuvo lo que, gracias a una experiencia anterior, reconoció como una peligrosa sensación de bienestar físico, la cual provocaba y refrenaba al mismo tiempo una creciente sensibilidad de sus fosas nasales, garganta y pulmones ante el polen en suspensión. Experimentó la habitual agudeza visual: captó la equilibrada disposición de las piedras secas del largo muro gris; vio hilos que conectaban en triángulos y arcos el rojo, el rojo amapola y las amapolas, entre la bruma de azul, blanco y verde. Sentía que la cavidad posterior a los huesos de su nariz se volvía más grande y más vacía, más oxigenada y más irritable, lista para hormiguear, inflamarse, picar como un sabañón o un manto de aguijones apiñados. Se desvió por un camino que cruzaba el campo y subió por la ladera de una colina en medio del trigo verde, con sus espigas verde botella y sus delicadas barbas. En la cima del altozano había un bosquecillo de olmos, siete quizá, uno viejo y varios más jóvenes, que se alzaban de la áspera hierba en una confusión de copas brumosas y ramas retorcidas. Se sentó al pie de uno de ellos y

se tapó la boca y la nariz con el pañuelo. Se sentía feliz, y eso, a su modo, era tan peligroso como el bienestar físico: ambas sensaciones se le aparecían en la imaginación como claros de luz brillante, bordeados por iridiscentes llamaradas de color y peligro. Intentando mantener la calma, se puso a observar el árbol.

Éste tenía una densa y desordenada masa de ramas y renuevos alrededor de la base del tronco y, entre éstos —y, de hecho, por debajo, ya que muchos nacían por encima del suelo—, los gruesos bultos rígidos de las raíces se aferraban a la tierra y la penetraban. Alzó la vista al tronco, que se elevaba en el aire, nudoso, cuarteado y cubierto de cicatrices, pero aun así básicamente recto, un tronco que se dividía y se subdividía en sucesivos troncos que se alargaban hacia lo alto. Esta fuente sólida tenía muchas copas de gruesas ramas secundarias, que se dividían en ramas largas, ramillas finas, hojas, hojuelas y yemas. La historia del árbol se desplegaba con él, plasmada en el tronco inmóvil, las heridas curadas, la corteza hendida, las ramas quebradas, los nuevos ángulos y curvas.

Tocó la gruesa piel del olmo, que no tenía la calidez de la carne ni el frío de la piedra. La mayor parte de la forma de un árbol la constituyen células muertas, contenidas en una delgada funda de células vivas y acuosas que se subdividen por debajo de la corteza, mientras las pujantes células exploradoras cambian de forma en el extremo de las ramas y raíces. Las hojas estaban vivas; arrancó una de un renuevo, verde dorado claro, con una red de nervios, borde aserrado, superficie rugosa pero brillante, asimétrica en la base. La nervadura le agradaba. Miró otra vez la copa. En un primer momento la había encontrado amorfa, a una escala enorme; pero, mientras la observaba, se le reveló un orden en las espesas matas, las ramas extendidas y las capas superpuestas de hojas verdes. Sabía que existía una geometría interna —Jacqueline le había enseñado dibujos del estrato del cámbium—, pero empezaba a ver una geometría externa.

Examinado con atención por un ojo provisto de visión geométrica, el crecimiento de las hojas en las ramillas, de las ramillas en las ramas, de las ramas en el tronco, mostraba una persistente regularidad en toda su nudosa idiosincrasia. Las hojas brotaban de las ramillas en filas alternadas, a ciento ochenta grados una de otra, y también las ramillas —habida cuenta de los extremos quebrados, las cicatrices, los diferentes grosores, las manchas— revelaban un diseño de crecimiento según una espiral regular con un ángulo constante. Marcus observó y cartografió, observó y cartografió, aprendiendo el árbol. Sacó un bloc de notas y trazó un

esquema del principio de la espiral; este esquema lineal y abstracto de un árbol le produjo un intenso placer. Hasta entonces, Marcus siempre había considerado la geometría como algo que su mente extendía sobre la amenazadora e informe confusión del mundo, a fin de reducirla a su orden personal.

Volvió a mirar las hojas. Por un instante, su ojo confundió figura y fondo, por lo que vio un mosaico de verde sobre azul, una tracería de azul intenso sobre verde. Donde estos colores se encontraban, se desplegaban líneas doradas, como si cada hoja o fragmento de cielo estuviera perfilado por luz amarilla, a la inversa de la unificadora red oscura de plomo de una vidriera.

Cuando había caído enfermo, había vivido un momento de terror en un campo de luz torrencial, había tenido la sensación de ser una suerte de embudo a través del cual debía fluir la luz, y de tener por ojos un vidrio ardiente. Había concebido una especie de esquema geométrico para poder pensar sin peligro en el fenómeno, dos conos entrecruzados en cuyo centro, casi por accidente, se hallaban su ojo y su mente. Apoyó la mano contra la corteza del árbol e imaginó que estaba de vuelta en el mismo lugar, visto de forma diferente. Sólo que esta vez no tenía miedo. Lo que era más, no tenía miedo por dos razones precisas. Una era que el árbol, el árbol en sí, era la intersección —los conos entrecruzados— de la luz y la tierra. (La expresión «toma de tierra» le vino a la mente con una especie de coherencia estúpida.) La otra era que ahora estaba dotado —aunque de forma imperfecta— para pensar en todo esto, para cartografiar su orden.

El árbol visto era una sólida muestra de geometría, de luz que confluía. El árbol pensado era fuerza y energía contenidas y móviles, estables pero cambiantes, que consumían sin consumirse. Sus hojas estaban diseñadas, manto tras manto, para volver el haz hacia la luz, para torcerse y hacer sitio a otras a fin de que todas se impregnaran de luz. Bebían y digerían luz. Exhalaban agua e inhalaban aire y luz. El agua subía sin interrupción desde las oscuras raíces hasta el verde danzante. Jacqueline había dicho que cada manzano absorbía quince litros de agua por hora. El agua subía, no por succión ni por presión, sino porque era una columna compacta ininterrumpida que se alzaba desde la base a la cima. Por un momento, Marcus vio la geométrica fuente de agua ascendente, una cuerda retorcida y ramificada, la figura interior —no, «una» figura interior, puesto que había muchas— de la vida y la forma del árbol.

La luz viajaba desde el Sol a trescientos mil kilómetros por

segundo, y lo verde que él veía era luz refractada, pues la clorofila absorbía las ondas rojas y azul-violeta del Sol. El verde era la luz que el árbol no consumía. Vio en la imaginación el drama del árbol, la luz indiferenciada que se derramaba, a una terrible velocidad, para encontrarse con la sólida columna de agua en el interior de la forma del árbol, viva y muerta.

Él mismo no se encontraba allí en vano. Eran sus ojos, sus conos y bastoncillos, los que volvían verde pálido la clorofila de las hojas del olmo. Eran sus ojos los que, a través de un prisma de gotas de agua y partículas de polvo, percibían el azul en el aire vacío que había sobre su cabeza. Las hormigas veían azules inimaginables, pero eran ciegas a los rojos y amarillos. Lo mismo ocurre, según dicen, con las abejas, para las cuales un diente de león es morado, para las cuales existe un mundo de esquemas y signos florales al que nosotros somos ciegos. ¿Qué habría hecho de este conocimiento Vincent van Gogh, para quien el pigmento amarillo equivalía al arremolinado círculo del Sol, a los pétalos, las semillas y la forma solar de los girasoles, quien veía en los colores complementarios, amarillo y violeta, el firme principio de la unión de los opuestos, quien sembraba de verdes semillas de luz su campo violeta arado bajo un cielo color oro? Marcus miró los brotes pardo rosado de los renuevos, la mezcla de bronce y rosa oscuro, y sintió que había hallado su lugar, que formaba parte de algo.

Era capaz de ver la geometría. Conocía el agua, las propiedades de la luz. Tenía que aprender más. La simple curiosidad es más sencilla y más precisa que el deseo, y está más cercana a la vida. Los psicólogos han establecido paralelos entre todos los deseos humanos y su satisfacción. La apetencia crea tensión, tanto en materia de comidas como de sexo o de conocimiento. El ser humano siente que se relaja la tensión no cuando alcanza el objetivo final —alimentación, fertilización, verdad—, sino cuando el organismo experimenta, estéticamente, una liberación. Saciedad, orgasmo o lo que con acierto se ha llamado la «experiencia del ajá», cuando una estructura que parecía defectuosa o incompleta se percibe de pronto como completa y armoniosa. Una paz de esta naturaleza se apoderó de Marcus mientras contemplaba la hermosa forma del árbol a la luz del sol.

Un bosquecillo de olmos tiene otras cualidades de paz deseadas. Un bosquecillo inglés de olmos es un ente individual que se reproduce por renuevos. Es cierto que el árbol tiene flores, llamadas hermafroditas por poseer ambos sexos, con los masculinos

estambres sobresaliendo por encima del femenino pistilo, de tal modo que, cuando las flores se abren, muy temprano, tal vez en febrero, las células de polen de las anteras son lanzadas al viento para fertilizar otros árboles. Pero el olmo inglés se propaga bajo tierra, y es probable que lo hayan introducido tribus de la Edad de Piedra que valoraban su capacidad de producir renuevos, para utilizarlo en cercos. Puede considerarse un árbol particularmente feliz, un árbol autosuficiente, una especie de eternidad singular. No obstante, la falta de variedad entre los clones los hace especialmente sensibles a la misma enfermedad. Pero, en 1955, el olmo era un elemento esencial y constante de nuestro paisaje inglés.

22. Nombres

El invierno de 1955 y la primavera de 1956 fueron muy crudos. Incluso en Provenza, las flores se ennegrecieron, la lavanda no prosperó, las viñas se marchitaron. Stephanie, más pesada esta vez, pedaleaba más lentamente en dirección al hospital, con la cabeza cargada de horas, pesos, medidas, precauciones, vitaminas, análisis de sangre, comidas de Will, levadura, pastelitos para la asociación de madres. Tradiciones y heladas, heladas y tradiciones. Hizo otra vez los preparativos de Navidad, desempolvó los poliedros de Marcus, sacó brillo a las copas guardadas. Frederica, de vuelta de Cambridge, hablaba de proezas dramáticas, de humanismo, de gente. Stephanie pensó que hablaba de forma apresurada y con voz estridente para persuadirse de que tales cosas eran reales en el helado Norte. Decía con frecuencia «Raphael dice...». Stephanie se esforzaba por recordar, por comprender, por oír. Pero sentía escalofríos, como si lo que espantara a Frederica fuera ella, su casa, lo bueno y lo malo, tanto las coloridas flores y los tibios pasteles horneados como las quejas y las responsabilidades. No siempre respondía a las preguntas de índole literaria de Frederica.

Marcus, por su parte, había vuelto a Blesford Ride, lo que resultaba alentador, y estaba estudiando matemáticas, biología y química, en lugar de sus anteriores materias de humanidades. Aún veía al señor Rose, aunque Stephanie ignoraba por completo qué se decían. Veía a Jacqueline y Ruth y, de vez en cuando, a otros jóvenes cristianos. Hacía esfuerzos con Bill; le comunicaba sus notas semanales, que eran buenas, sin temblar e incluso —según reflexionaba a veces Stephanie— con una amabilidad deliberada casi insultante. Practicaba la normalidad; hacía comentarios sobre el tiempo, el servicio de autobuses, el proyecto de ampliación de la piscina de la escuela, con algo de la misma amabilidad atenta y sorprendente con que le ofrecía a Bill el informe de sus progresos. Le preguntó a Stephanie si quería niño o niña y cómo lo llamarían. Stephanie sólo era capaz de imaginarse un niño y había convenido con Daniel en ponerle Jonathan. Para una niña estaban menos seguros. A ella le gustaban los nombres clásicos —Camilla, Antonia, Laura—, que a él le desagradaban. Una vez se pusieron de acuerdo en llamarla Rachel, pero de forma un tanto vaga. Fuera niño o niña,

lo esperaba para el Día de San Valentín. Frederica comentó que Valentine serviría en cualquiera de los dos casos. La señora Orton dijo que era un nombre remilgado e, interrogada por Frederica sobre cómo se llamaba ella, dijo que Enid. Stephanie se sentó a tejer y meditó sobre el nombre de Enid, que asociaba con camareras y con la pequeña burguesía eduardiana y, en un segundo plano, con la pálida belleza artúrica de la Enid de Geraint,[88] la Enid de Tennyson, la Enid galesa. Era en realidad una palabra bonita, pero como nombre estaba revestida de asociaciones desagradables, como esos tarros de galletas cubiertos con conchas barnizadas, recuerdos típicos de Scarborough, Brighton o Llandudno.

También esperaban un niño en el piso de Bloomsbury. Los debates sobre el nombre se centraban en Saskia, deseado por Elinor.

—Quiero que sea feliz, que sea «alguien», feliz como un gato satisfecho, como la Saskia de Rembrandt —declaraba.

Thomas decía que con un nombre así la niña sentiría que era extraña y que llamaba la atención en la escuela. Elinor dijo que siempre se podía añadir Jane, Mary o Ann. Le preguntó a Alexander cómo era su nombre completo. Él lo recitó, Alexander Miles Michael, y agregó, como siempre hacía, que eran muy militares, incluido el arcángel guerrero. Thomas era partidario de Mark o David. Elinor trató en vano de pensar en un equivalente masculino de Saskia que no saliera de Georgette Heyer ni de *La saga de los Forsyte*.[89] Podía ser Gerard, dijo Alexander. Había conocido a un holandés que se llamaba Gerard Wijnnobel. Thomas dijo que le recordaba al general Gerard, y reiteró que le gustaban los nombres simples.

—Mark, Simon o David.

—Todo el mundo se llama David —replicó Elinor.

—Eso hará que tu David te pertenezca más —contestó Thomas —. Saskia será siempre de Rembrandt.

El hijo de Elinor nació, sin problemas, el 12 de enero de 1956, en el hospital universitario. Nació a las seis de la mañana. Thomas estaba presente en el hospital, pero no en la sala de partos. Alexander quedó a cargo de Chris, Jonathan y Lizzie, al menos durante el desayuno. Más tarde iría a ayudar alguien de Tías Universales.[90] Se puso un delantal y les sirvió yogur, muesli, fruta, sintiéndose una insustancial «tía universal».

—Ha nacido el bebé —les comunicó a los tres—. Un niño, un niño grande y fuerte. El bebé y vuestra mamá están bien.

Los chicos se pusieron a parlotear y preguntaron cuándo lo verían. Alexander dijo que no lo sabía. Lizzie se le subió a las rodillas y prosiguió con su inexorable interrogatorio. ¿Dónde dormiría el bebé? ¿Haría mucho ruido? ¿Querría el vaso de bebé que le pertenecía a ella? Alexander dijo que confiaba en que no habría demasiado ruido, y escapó a la BBC en cuanto volvió Thomas, en el mismo momento en que la enviada de Tías Universales llamaba a la puerta. Thomas dijo que Elinor quería verlo. Alexander repuso que más adelante, cuando ella estuviera recuperada. Tenía la intención de ir al cabo de uno o dos días, detrás de un gran ramo de flores, en compañía de Thomas o de Chris y Jonathan.

El teléfono de su despacho sonó aquella tarde. Estaba hablando con Martina Sutherland, una temible colega licenciada en filosofía y letras, con una mente penetrante, un rostro escultural y un impresionante historial como productora. Tenía fama de exigir en exceso a sus subordinados y de hostigarlos, y mostraba a sus iguales una fría cordialidad que tanto atraía como alarmaba a Alexander. Levantó el auricular.

—Alexander Wedderburn.

—Alexander, soy Elinor. Necesito hablar contigo.

—Me alegro mucho de que todo haya ido bien.

—Me las he ingeniado para conseguir uno de esos carritos con teléfono. Tenía que hablar contigo. Quiero que vengas a ver al niño.

—Por supuesto. Pensaba ir con Thomas. ¿Mañana por la tarde te parece bien? Puede ser hoy, si estás en condiciones.

Una pausa.

—Alexander, ¿puedes venir ahora, tú solo? Quiero que lo veas.

—¿Cómo es? —preguntó Alexander como un tonto, evitando responder.

—Perfecto. Único. No se parece a nadie en absoluto. Un individuo perfecto —su voz prosiguió—: Es tan hermoso que me hace llorar.

—Haré lo posible. Ahora tengo una visita.

—¡Oh, cariño, perdóname! Te ruego que vengas. ¿Vendrás?

—Sí, claro.

—Mi casera —le explicó a Martina Sutherland—. Acaba de tener un bebé y está muy excitada.

—Qué interesante —dijo Martina con voz inexpresiva—. Bueno, ¿no crees que este guión es demasiado denso, una sucesión

ininterrumpida de nombres de filósofos, uno detrás del otro...?

—¿Querrías venir a cenar conmigo? —se oyó decir Alexander—. ¿Mañana, quizá? ¿Para celebrar el fin... bueno, casi el fin de mi obra?

—Me encantaría.

De modo que fue a ver al niño el día de su nacimiento. Estaba muy agitado. Elinor no parecía la misma por teléfono, como si estuviera crispada y con una felicidad precaria. Fue el tono de su voz lo que lo indujo a ir solo, antes de que lo hiciera Thomas con los niños. Compró un gran ramo de flores primaverales surtidas, narcisos como sombrillas cerradas, espigas de lirios, rechonchos capullos de tulipán de pétalos verdes y bordes llameantes, envueltas en crujiente celofán. No sabía nada de bebés. El único al que conocía bien era el infortunado Thomas Parry, de Blesford, a quien no le había gustado, y con razón. Tuvo estúpidas visiones de su propio rostro, pequeño como el de un tití. Era una sala pequeña y clara, con cuatro mujeres. La atravesó. Elinor, con un camisón floreado, alzó una cara fatigada y lustrosa, bajo un cabello sin brillo, para que la besara. Olía a leche, a leche agria. Él trató de darle las flores y una enorme caja de chocolatinas con menta, y ella trató de dirigir su atención a la cuna, de lona y armazón metálico, con un bulto rígidamente envuelto en franela de algodón, tieso como un lápiz, boca y ojos fruncidos, piel carmesí con manchas de eccema. La cabeza tenía unos pocos cabellos rubios.

Elinor se inclinó sobre él y lo alzó.

—Toma, cógelo.

—¡Oh, no!

—Son extraordinariamente resistentes.

—Me aterrorizan.

—Quiero verte con él en brazos.

Crispada, insistente.

—No, no puedo. Simplemente no puedo. No tengo ni idea de cómo hacerlo. Está mejor contigo.

—Mira, ha abierto los ojos. ¿No es precioso?

Alexander observó que el niño tenía una larga cabeza puntiaguda y una amplia frente. Los ojos eran de color oscuro e indeterminado. Carecía de formas definidas, incluso en los huesos. Debía de ser el inimaginable proceso de expulsión a través de ese estrecho agujero lo que los aplastaba o moldeaba, ¿no? La boca era todo frunces y retortijones. Parecía penosamente pequeño. Casi todo podía lastimarlo. Apenas si estaba allí. Alexander extendió un

dedo y tocó la mejilla, suave y fría.

—Elinor, hablemos con franqueza por una vez. ¿Estás tratando de decirme que es hijo mío?

La pregunta la hizo en un sordo susurro de conspirador. Elinor contestó del mismo modo.

—Sinceramente no lo sé —lanzó una risita. Luego se inclinó por encima del bebé y le dijo a Alexander al oído—: Me aseguré... siempre me he asegurado de que fuera imposible saber... saber de quién... si por casualidad... Pensé que podría decirlo al verlo. O al verla. Estaba convencida de que sería una niña, Saskia.

—No creo que se parezca a nadie en particular.

—Bueno, mira al bebé de al lado y verás qué diferentes son. Es un mito que todos son semejantes y que se parecen a Winston Churchill. Mira al bebé de la señora Kogan.

El bebé de la señora Kogan tenía una mata de pelo negro, mejillas llenas, ojos enormes, redondeces. La señora Kogan hizo un gesto de saludo y sonrió a Alexander, que volvió a sus susurros.

—Chris y Jonathan no se diferencian mucho de mí.

—Y tampoco Thomas, si vamos al caso. Frente amplia, expresión pensativa, pelo castaño claro, boca recta. Tú eres más alto. ¿De quién crees que es el bebé?

—La verdad... —dijo Alexander, a quien el niño sólo inspiraba miedo y temblores.

—La única manera de saberlo sería con un análisis de sangre.

—No —contestó Alexander sin pensar, alzando la voz.

Además de sentir temor físico ante el bebé, esta nueva Elinor, indiscreta y agitada, lo llenaba de aprensión.

—No lo decía en serio, cariño... Me siento muy mareada. Quizá es por el gas anestésico. Y por la tensión de los últimos meses.

—La tensión —repitió él tontamente.

Las puertas de la sala se abrieron con estruendo. Irrumpieron Lizzie, Jonathan y Chris, con cajas de bombones y bolsas de fruta.

—Me voy —dijo Alexander.

—No, por favor.

—Me voy. Necesito reflexionar.

—No hay nada en que reflexionar. ¿Vendrás mañana?

—Tengo una cita para cenar con una persona del trabajo. Intentaré pasar. ¿Cómo estás, Thomas? Estaba por marcharme.

—Es precioso y muy pequeño, ¿no? —dijo Lizzie—. Me ha cogido el dedo.

—Sí, es precioso y muy pequeño —asintió Alexander, acariciando el descolorido cabello de la niña con los largos dedos

que habían excitado a su madre—. Sois una familia hermosa.

Sentado en su habitación blanca y amarilla, meditó en lo que ahora veía como una frenética actividad mental de Elinor durante el año anterior. Hasta que ella había empleado la palabra «tensión», él ni siquiera había tratado de imaginar sus nueve meses de incertidumbre respecto a la paternidad del niño que crecía en su seno, de alarma por un posible parecido innegable, de alarma por la reacción de él, que a la hora de la verdad había distado de ser gentil. Imaginó que si ella había estado tan segura de que sería Saskia, una niña, era porque de ese modo sería ante todo hija de ella, se semejaría a ella. Elinor lo había utilizado. Él siempre había sabido que lo utilizaba para afrontar el asunto de Thomas y Anthea Warburton, el miedo a envejecer, la indiferencia, la invisibilidad maternal. Pero ahora tenía la impresión de que ella había intentado concebir un hijo en sus silenciosos y civilizados actos sexuales. ¿Por qué? ¿Para castigar a Thomas? ¿O era como ese actor que conocía, que necesitaba imperiosamente un hijo de cada nueva relación amorosa? Una necesidad muy costosa, para una mujer. ¿Habría malinterpretado todo? ¿Lo amaba ella, como le había pasado con otras mujeres? Debería habérmelo dicho, pensó sin poder evitarlo. Se reprochó su acceso de mal humor y cambió el rumbo de sus pensamientos.

Thomas. ¿Qué sabía Thomas, o adivinaba, o pensaba, o sentía? Su amigo era Thomas, no la mujer, era a Thomas a quien quería, respetaba y necesitaba. Tal vez, por el solo hecho de ser ingleses, todo acabaría por disiparse en silencio, porque alzar la voz o hacer comentarios fuera de tono era moralmente de mal gusto. El bebé era de Thomas y seguiría siéndolo. Sin duda Elinor se calmaría. Por supuesto, él se marcharía del apartamento lo más pronto posible. Esto planteaba problemas para la conclusión —inminente ahora— de *La silla amarilla*. Pensó en Vincent van Gogh y sólo logró evocar sus conocidos retratos, una cara morena de mirada furiosa bajo un sombrero de paja, una cara pálida frunciendo el ceño de forma enigmática entre torbellinos verde mar y lunas y estrellas doradas. Le vino a la memoria un vívido recuerdo de Frederica Potter en los días de su obra sobre Isabel, su tieso cabello rojo desordenado por sus gesticulantes manos mientras le explicaba la métrica de Racine y le declaraba su amor.

Thomas lo llevó al Marlborough, de camino al hospital universitario. De hecho, de camino para Thomas, dado que

Alexander iba a encontrarse con Martina en L'Escargot Bienvenu. Cuando le dijo a Thomas que no iría al hospital, Thomas repuso con calma que era una lástima, que su presencia significaba mucho para Elinor pero que, por supuesto, ella lo entendería. Alexander observó el rostro de su amigo, desprovisto de expresión y de sonrisa, y sintió ira —más de la que nunca había sentido— contra la mujer. Lo expresó a su modo.

—Tal vez debería mudarme enseguida. Necesitaréis la habitación.

—Ya lo has dicho. A Elinor le gusta que estés en casa. De verdad.

—¿Y a ti, Thomas?

Thomas respondió con cautela:

—Te estoy muy agradecido. Sin ti, ella me habría marginado por completo.

—¿Y ahora?

—Creo que tienes que hacer lo que mejor te parezca. Quizá te estamos utilizando.

Alexander, estupefacto por el uso en plural que Thomas había hecho del término con que él había tildado la estratagema de Elinor, vació su vaso en silencio.

—En todo caso, confío en que serás un buen padrino para el niño. Elinor está muy decidida en esto, también.

—No puedo. No soy cristiano.

—Serás un padrino laico. Ella es partidaria de las ceremonias. Habrá una ceremonia no confesional en la iglesia de la universidad.

—Pero...

—Piénsalo.

—Lo haré. ¿Habéis decidido cómo llamarlo?

—Sí, claro. Simon Vincent Poole.

—¿Vincent?

—Por él. Por tu pieza. Por Vincent van Gogh.

—Qué curioso —dijo Alexander.

El trabajo de parto de Stephanie comenzó puntualmente el Día de San Valentín. Eso fue lo único puntual. Stephanie, disciplinada y valiente, se había preparado mentalmente para las molestias y sufrimientos que se avecinaban. Gracias a ello, soportó mejor las primeras etapas: el tirón frío y húmedo de la maquinilla de afeitar, la indignidad del enema. Incluso se las arregló para quedarse con un libro, en previsión del momento en que la dejarían sola con las oleadas de dolor y el consuetudinario malhumor de las enfermeras.

El libro era *Nuestro común amigo,*[91] del que leyó muy poco, pero con esa curiosa atención torturada del dolor que amalgama las imágenes, de modo que la lenta pesadilla de un trabajo de parto dificultoso, un cordón retorcido, contracciones arrítmicas, sofoco, agotamiento y por último el uso del fórceps, se entrelazaba en su mente con la lumbre de carbón de Lizzie Hexam,[92] con el perezoso Támesis y su carga de cadáveres, con anclas, cabos, faroles y murmullos nocturnos. No tenía en absoluto la sensación de una fuerza con la que pudiera cooperar y trabajar en conjunto; cada contracción iba seguida de su contracorriente de negación, mientras un ardor intenso le recorría la columna vertebral y en la imaginación se representaba de forma intermitente el agua negra y agitada bajo el puente de Londres cuando cambiaba la marea. Cuando oyó el llanto del bebé, al cabo de veintitrés horas, ya de madrugada, pensó que lloraba de dolor. Ella misma se sentía como un saco entumecido de músculos contraídos, desgarrados y debilitados que le causarían dolor cuando se reanimaran.

—Es una niña —le dijeron, con bastante amabilidad—. Está muy bien.

—¿Puedo verla?

—Más tarde. Está exhausta, y usted también. Más tarde.

Se la llevaron en una camilla para suturarla. Stephanie pensó que no debían de ser conscientes de la crueldad que significaba alzarle las gruesas piernas separadas y sujetarlas con sus ganchos de carnicero y sus correas. La llamaban mamá. «Inspire ahora, mamá.» «¿Le duele aquí, mamá?» La condujeron de vuelta en la camilla. Allí estaba Daniel, con profundas ojeras, en una antesala entre la carnicería y el dormitorio común.

—Es una niña. ¿La has visto?

—No. Dicen que está muy bien. De veras.

—Entonces todo va bien.

—Tienes un aspecto terrible, mi amor.

—Me pondré bien, Daniel.

—Tienes que hacerlo.

—¿Cómo está Will?

—Ha llorado llamándote. Vino tu madre. La mía no sirve para nada. La tuya dice que tal vez sea mejor que se lo lleve a su casa.

—No puedo pensar. Will se asustará. Decide tú.

La felicidad, cuando llegó, no fue la luz que había acompañado el nacimiento de Will, ni la claridad, ni el conocimiento, sino el alivio, el calor y la irrealidad de una inyección de petidina. Medio

verso de un poema repiqueteaba en su debilitada conciencia: «La calma tras el dolor... nos place enormemente». La calma y el sueño menguaron mientras ella se esforzaba por recordar el resto; gimió y trató en vano de encontrar una postura cómoda para dormir.

Cuando le llevaron el bebé, casi pudo oler la aprensión de las enfermeras.

—Le traemos a su hijita, señora Orton. Es una niña preciosa y muy sana; está bastante dormida, pero eso es porque el parto fue un poco duro, y...

—¿Y qué?

—Tiene una mancha en la cara. El doctor dice que es un hematoma, una especie de ampolla de sangre que casi con seguridad se irá con el tiempo, probablemente por completo. Sólo que el aspecto...

—Quiero verla.

Quiero verla, pensó, pero me gustaría que no fuera bajo la mirada curiosa de estas dos mujeres de guardianes de la prisión, una inquieta jovencita casada con prisas y la metomentodo de la señora Wilks.

—Ahora mismo se la traemos.

Se la llevaron. Envuelta de pies a cabeza en una sábana de algodón sujeta con un imperdible. El rostro en sombras... El ojo izquierdo, cerrado, con una ceja pálida y casi imperceptible. La boca curvada hacia arriba como el arco de un Cupido rococó. El ojo derecho, con una mancha que empezaba en la comisura externa. Stephanie recibió el bulto y apartó con calma la sábana. Gelatinosa, hinchada, roja y morada, la cosa se adhería como una sanguijuela, cubría la mitad de la minúscula frente y la coronilla y caía hacia el ojo. Había marcas en los costados del pequeño cráneo, donde había hecho presión el fórceps. El bebé no se movía. Stephanie sintió piedad, no reconocimiento, como había sentido con Will, ni asombro maravillado, sino piedad e instinto de protección. Se aferró a la niña. Tenía dos largos mechones finos de pelo junto a las delicadas orejas, aún pegados a la cabeza por un poco de cera, pero se veía el color.

—Es pelirroja.

—La verdad es que no puede decirse.

—Es pelirroja —y luego añadió—: Está bien, ¿no? Aparte de esto, ¿está bien?

—Es una niñita preciosa y muy sana.

Stephanie mantuvo al bebé junto a su pecho, con la mancha

contra su propia piel, habituándose a sus piernecitas, a los frágiles hombros.

—Yo cuidaré de ti —le dijo—. Te lo prometo.

El bebé siguió durmiendo.

A la hora de las visitas llegó Daniel, con Winifred y Will.

Stephanie le tendió el bebé a su madre, quien dijo que les habían asegurado que la mancha desaparecería. Will, gruñón y perentorio, trepó a la cama de Stephanie y la abrazó con fuerza. En la colcha verde quedó un rastro de barro. Daniel cogió a su hija de manos de Winifred y, como Stephanie, volvió la parte dañada contra su propio cuerpo.

—Tiene un rostro dulce —dijo, y no hablaba por hablar sino con gran seriedad.

El bebé abrió uno de los ojos cerrados y pareció mirar al sombrío Daniel.

—Se parece mucho a ti —añadió Daniel.

—Más bien a Frederica. Es pelirroja, ¿no ves?

—Nadie diría que Frederica es dulce. Se parece a ti —la observó con gran atención—. Se llama Mary.

No era uno de los nombres de los que habían discutido.

—¿Por qué? —dijo Stephanie—. Ya hablaremos de eso. Aún me gusta la idea de Valentine.

—Es que tiene cara de llamarse Mary.

Y de algún modo se aceptó, sin discutir, que el bebé tenía cara de llamarse Mary.

Despegaron a Will de su madre y le mostraron a su hermanita. Él apoyó un dedo regordete casi en el hematoma y preguntó con voz estridente:

—¿Por qué tiene una babosa en la cabeza? ¿Por qué?

—No es una babosa. Es una mancha.

—No me gusta el bebé. No me gusta. No quiero...

Se puso a gritar, con un chillido penetrante y persistente. Winifred se lo llevó de allí.

El modelo genético es biológico, es químico, es historia humana. El nombre es una cuestión cultural, también historia, otro modelo. Tanto Simon Vincent Poole como Mary Valentine Orton fueron acogidos en su cultura con la ceremonia heredada del bautismo infantil, aunque Daniel dudaba de la eficacia de los votos hechos en nombre de otro, y Thomas, Elinor y Alexander tenían también dudas, como mínimo, de la renuncia al mundo, a la carne y al

diablo. Pero los ritos eran necesarios. Mary fue bautizada en San Bartolomé por Gideon Farrar, en ausencia de su abuelo, fiel a sus principios, y en presencia de las dos abuelas conmovidas. No lloró: era una niña anormalmente «buena», que dormía durante horas y se alimentaba rápido y bien, pese a los continuos merodeos de Will durante sus comidas, pese a las interrupciones causadas por la súbita necesidad de Will de vaciar la vejiga o el vientre justo cuando ella mamaba en calma. A veces Stephanie pensaba que la placidez del bebé podía ser una letargia provocada por un daño cerebral perinatal. Esto pareció menos verosímil cuando Mary empezó a sonreír, con una sonrisa dulce y luminosa bajo la oscura nube rojiza que le recubría la frente inclinada. La bautizaron con un gorrito bordado, cosido por Stephanie para tapar y disimular su defecto. Las abuelas y Clemency Farrar declararon que era un gorro muy «mono». La niña no lloró, como he dicho, pero Will sí, mientras golpeaba a su madre en las clavículas con el puño y retorcía sin cesar la cadena de reloj del padre de Bill que ella llevaba a modo de collar, como una especie de presencia Potter, hasta casi estrangularla. El señor Ellenby fue el padrino; la señora Thone y Clemency, las madrinas. (En el caso de Daniel, la creencia en el sacramento era un requisito indispensable para los padrinos.) Después hubo pastel glaseado, hecho por Clemency, y jerez seco. Will se puso enfermo. Bill se presentó a la hora del pastel y el jerez e hizo comentarios sobre los nombres de William y Mary.

—Como el Orange de *1066 y todo lo demás.*[93]

—No digas tonterías —replicó Stephanie—. ¿Por qué no William y Mary Wordsworth?

—Mejor la esposa que la hermana, si hay que creer en las teorías modernas. Mejor que llamarla Dorothy.[94]

—Fue idea de Daniel ponerle Mary.

—Claro. ¿Por la Virgen María o por la administradora del precioso ungüento?

—No se lo pregunté.

Daniel, que estaba lo bastante cerca para alcanzar a oírlo, dijo con calma:

—No fue por nadie en especial. Simplemente me pareció el nombre apropiado para una mujer. Tenía el aspecto de una mujercita. Me sorprendió mucho. Después de Will.

—Mary es un buen nombre —dijo el nuevo Bill conciliador.

La iglesia de la Universidad de Bloomsbury se había edificado durante el apogeo del fervor religioso victoriano, un bonito ejemplo

amarillo del gótico victoriano, obra de los discípulos del carismático predicador Henry Irving, fundador de la Iglesia Apostólica Católica, la cual dependía de la imposición de manos. Por desgracia, no hubo al parecer suficientes imposiciones de manos, pues hoy en día sus seguidores constituyen un grupo disperso y anticuado. La iglesia, ubicada en Tavistock Square, era utilizada por la universidad. Un capellán dinámico y práctico —todo para todos, una frase atribuida a san Pablo pero que Frederica, aplicándosela, creía erróneamente que era un verso de la Cleopatra de Shakespeare— roció a Simon Vincent, que berreaba furioso, con agua tibia de un cuenco de latón artesanal. Nadie le pidió a Alexander que pronunciara votos. Hubo una agradable reunión de profesores y catedráticos, y suficientes parientes de los Poole y los Morton como para que Alexander se sintiera tal como quería ser, marginal. Tuvo una civilizada conversación sobre la continuidad con el capellán, y una grata charla con una profesora de arte dramático del Instituto Crabb Robinson, que conocía *Astrea* casi de memoria. Elinor estaba elegante y sonriente: había recuperado sus buenos modales.

Vincent van Gogh sintió cierta ansiedad cuando su sobrino, el hijo de Theo, recibió el nombre de Vincent van Gogh. Le escribió a su propia madre: «Habría preferido que Theo le hubiera dado a su hijo el nombre de papá, en quien he estado pensando mucho estos días, en lugar del mío. Pero, dado que así son las cosas, me puse enseguida a hacer un cuadro para él, para colgar en su dormitorio: unas gruesas ramas floridas de almendro blanco contra un cielo azul». Este gesto de amor no le había reportado ningún bien a su autor. «El trabajo iba perfecto. La última tela de las ramas en flor, como verás, es quizá lo que he hecho mejor y con más paciencia, pintada con gran calma y mayor seguridad de trazo. Y al día siguiente, molido como una bestia de carga [...]. Caí enfermo justo cuando estaba pintando las flores de almendro.»

¿Existían de verdad los nombres nefastos?, se preguntó Alexander. ¿Y quién se atrevería a afirmar que «Vincent» era nefasto, cuando las costosas flores de almendro persistían aún en todo su esplendor? Alexander obsequió a Simon Vincent Poole con un sencillo plato de plata con su nombre grabado, y se marchó para ir a cenar otra vez con Martina Sutherland.

Alexander escribió las palabras finales de su obra dos semanas después del bautizo de Simon Vincent, cuyos llantos atravesaban las sólidas paredes y la puerta en tanto él escribía.

Había adecuado el lenguaje lo mejor que había podido. Mientras

ordenaba y contaba las páginas, pensó que el modo en que una obra teatral tomaba forma y adquiría vida no podía compararse en absoluto con el nacimiento de un niño. Ésta había tomado forma a la manera de un rompecabezas, de un *patchwork,* con una plantilla como guía, no a la manera de una célula germinal. Los componentes eran una sucesión de añadidos, como los adornos del traje de un Pearly King;[95] no habían crecido como las escamas de un pez ni las plumas de un ave. Estaba hecha de lenguaje, que todavía se podía depurar, adaptar, reordenar. Estaba «hecha», ésa era la cuestión, su crecimiento era metafórico. ¿O no?

En cualquier caso, la había terminado.

23. Comus

—«Impostor —dijo Frederica al espejo—. No acuses a la muy inocente Naturaleza / de desear que sus hijos derrochen / sus abundantes dones».[96]

Tenía un aire amenazador, pero no parecía lo bastante ofendida. Interpretaba el papel de la Dama en una producción de *Comus* que tendría lugar durante las fiestas de mayo, en los jardines del colegio universitario de Saint Michael and All Angels. El director de la producción era un norteamericano estudiante de posgrado, de nombre Harvey Organ, que estaba fascinado con Cambridge y determinado a dominar sus cambiantes formas y modas, decidido a dejar huella en él. Acudía a las veladas de poesía de Raphael Faber, donde leía poemas que mostraban una competencia técnica muy superior a la de cualquiera de los asistentes habituales, y suscitaba risas con su empleo de largas palabras críticas. «Es sólo que no puedo conceptualizar una imagen» era una muletilla suya que repetían Alan, Hugh Pink y Frederica imitando su acento, ninguno de los cuales tenía la más mínima idea de que esta dificultad podía representar un serio problema, y que distaba de ser una tontería. También lo consideraban «insincero», porque sus poemas no trataban de cosas que pudiera conocer o haber experimentado en persona (el desierto de Gobi, las regatas, la cría de ratas). Tenía un cuello de toro, usaba gafas y carecía de la altura necesaria para mover con gracia sus músculos.

Por otra parte, Comus poseía una belleza salvaje y desmesurada, y más color en la carne y el pelo de lo que Frederica había visto jamás en un hombre. La piel era pardo olivácea, el pelo negro y brillante como el plumaje de ala de cuervo del mirlo con el que, si alguna vez hubiera recordado sus líneas, habría comparado la oscuridad aliviada por la casta e irreal voz cantarina de Frederica. Sus labios eran rojos. Hasta que Frederica vio a Harold Manchester, ignoraba por completo, según concluyó, que los labios pudieran tener un rojo tan subido sin la ayuda de carmín, maquillaje o lápiz de labios. Si la nariz era griega, la boca era oriental, al igual que el cabello, largo para la época. Y tenía mejillas rojas, también, con un color encarnado que se ensombrecía a lo largo de unos huesos perfectos. Estudiaba abogacía con muy poca constancia, formaba

parte del equipo de *lacrosse* de la universidad y del equipo de tenis de su colegio universitario.

Por desgracia, era incapaz de aprender sus líneas.

Harvey Organ no se preocupaba por eso tanto como habría debido, pues le daba la oportunidad de recitar él mismo los versos inmortales con su acento transatlántico.

¿Por qué ha vertido sus dones la Naturaleza
con mano tan colmada y generosa,
cubriendo la tierra de aromas, frutos y rebaños,
llenando el mar de incontables frezas,
sino para complacer y saciar el gusto curioso?

Harvey sonaba como un pedante sensual; Harold Manchester, como un alumno de instituto de vida saludable y tan inconsciente de la abrumadora riqueza del lenguaje como de su propia belleza fuera de lo común. Alan Melville, que hacía de Espíritu Tutelar, cambiaba de acento de forma magnífica, pasando de la claridad estilo Gielgud[97] de un espíritu en persona, a un falso pastor muy escocés y a un organizador casi militar del último golpe de efecto de la obra. Frederica no aparecía en escena con Alan, así que sus ensayos eran con Harvey y Harold, un Tentador esquizofrénico, tanto de voz como de cuerpo. Esto le importaba bien poco: su única preocupación era llegar a ver a Raphael, que por las tardes paseaba por el jardín, arrastrando su toga, departiendo con otros compañeros profesores.

Las representaciones —tres en total— no fueron precisamente un éxito. El vestido de Frederica —que guardaba escasa semejanza con el bonito e impreciso bosquejo correspondiente— resultaba muy poco favorecedor. Se suponía que debía parecer el traje de una mascarada de la época de Jacobo I, y de hecho recordaba un vestido de fiesta infantil de los años cuarenta: rayón azul celeste que caía sin gracia, una guirlanda a lo largo del dobladillo, cintura y escote orlados de mustias flores de rayón rosa y blanco. Frederica se vio obligada a recitar su parte y a continuación la de Harold Manchester, quien entonces repetía tras ella.

El día de la última función, cuando Frederica, angustiada y perdida en un oscuro bosque, deambulaba en medio de la cálida noche entre las hileras de sillas en dirección al escenario, ubicado ante el muro del río, advirtió poco a poco y con alarma que las dos

o tres primeras filas estaban ocupadas por sus amigos, amantes y conocidos cercanos. Allí, junto a Tony, Owen, Marius y Hugh, y aunque le costara creerlo, se encontraban el estudiante de medicina Martin, Colin, del Club de Teatro Aficionado, y los amigos de la facultad de letras a los que más adelante recordaría como «la pandilla». Algo más atrás se hallaba el dulce Freddie Ravenscar con un grupo de amigos suyos de clase alta y, luciendo una amplia sonrisa, Edmund Wilkie acompañado de Caroline, y detrás de todos estos, sin duda por azar y sentado muy derecho, Raphael Faber con Vincent Hodgkiss. A Frederica le tembló la voz. Cuando acabó un párrafo, esta inverosímil claque aplaudió e hizo comentarios. Cuando invocó «la inmaculada forma de la castidad», hubo un estallido de risas masculinas.

Aunque habría sido de esperar que para entonces Comus supiera sus líneas, Frederica no se hacía ilusiones al respecto. El tipo tenía una memoria tan deficiente que ella se preguntaba con aspereza cómo pensaría licenciarse algún día. La noche anterior lo habían detenido por conducir en estado de ebriedad por King's Parade y, según se decía, a ciento sesenta kilómetros por hora, después de haberse subido a la acera y haberse llevado por delante dos bicicletas. Esto le había resultado divertido, y el recuerdo lo distraía: sonreía de vez en cuando y respondía de forma más servil que nunca a las entradas o pistas que le proporcionaba Frederica. Ésta se dijo con enfado que se podría replantear toda la maldita cosa como una fantasía mental de la Dama, un moderno drama esquizofrénico sobre el eco y el desdoblamiento de personalidad. Susurraba las líneas de él y declamaba las propias, y las risas masculinas crecían y se multiplicaban. El público se agitaba y gritaba, alborozado. Frederica vio a Harvey Organ con la cabeza entre las manos, al guapo Freddie riendo con disimulo junto a un hombre de tez oscura y expresión perpleja a quien no conocía, y más atrás a Raphael Faber, riendo a carcajada limpia como nunca lo había visto reír. Pensó en convertir toda la actuación en una parodia, ridiculizando su papel de virtuosa indignada y buscando provocar risa, pero desechó la idea, movida por una tonta lealtad hacia el fallecido John Milton, «la dama de Christ's»,[98] que había escrito la obra en versos yámbicos inigualables para persuadir a otra época estúpida de la importancia de otras virtudes. Lanzó miradas furiosas a los que se burlaban, al público desmandado, al enemigo colectivo, y se preguntó quién sería el culpable. Supo la respuesta al instante: Tony Watson, farsante y periodista, falso amigo que la había arrojado a los leones. ¿Lo había hecho porque

Alan le había contado lo cómica que estaba resultando la obra? Ni por un momento pensó que hubiera acarreado a todos esos hombres con el fin de que le dieran muestras de apoyo o admiración. «Lo mataré por esto», pensó, mientras murmuraba las imprecaciones de Comus para que éste las repitiera, y expresaba en voz alta y triste su paciencia e indignación. Acabada la representación, las llamadas a escena fueron largas y estentóreas. Le lanzaron flores a Frederica, quien fulminó con la mirada a Watson y las recogió.

A la recepción que siguió al espectáculo acudió un sorprendente número de espectadores.

Harvey departía con Edmund Wilkie y Vincent Hodgkiss.

—Chica valiente —dijo Edmund.

—Qué carnicería —dijo Harvey.

—Debería interpretar a Circe —opinó Hodgkiss—. La han desperdiciado en ese papel de mojigata ingrata.

—Tal como yo lo veo, la castidad aquí es integridad personal —replicó Frederica—. Ése es el tema.

—*Integer vitae*.

—¿Sabías que Vincent Hodgkiss se va para tu región? —preguntó Wilkie.

—¿Mi región?

—He aceptado la cátedra de filosofía en North Yorkshire. Me gusta la idea de la enseñanza interdisciplinaria.

—Yo también estoy pensando en ir —dijo Wilkie—. Me han ofrecido un laboratorio y algo de dinero para trabajar en la percepción y la estructura cerebral. Me gusta ese lugar. El aire es vigorizante. La inauguración es en septiembre.

Raphael Faber se acercó en silencio por detrás de Frederica. Por primera vez, su voz fue cálida e íntima.

—La admiro muchísimo por haber continuado. Su coraje me abruma. Yo me habría acobardado y salido huyendo. Habría sido incapaz de quedarme en escena y seguir...

—¿Qué otra cosa podía hacer? Por cierto, vi cómo se reía usted.

—¡Es que era tan ridículo! Perdóneme. Entiendo que fue terriblemente humillante. Es usted una mujer muy valiente.

—Más bien una mujer furiosa. Fue una broma estúpida, de un amigo.

—¿Cómo, una broma? No comprendo.

Frederica no quería que comprendiera.

—No tiene importancia. No era más que una broma.

Los amigos de Freddie Ravenscar dijeron que había sido

tremendamente cómico, que Frederica había mostrado un gran espíritu deportivo, y que la trama parecía un tanto idiota, falta de animación. Freddie le presentó a Frederica el joven moreno.

—Nigel Reiver. Un viejo compañero de escuela. Vino para las fiestas de mayo, y, cuando recibí esa nota de que querías que viniéramos para apoyar el espectáculo, lo traje para que aplaudiera.

—Lo he pasado muy bien —dijo Nigel Reiver.

—Así que recibiste una nota —dijo Frederica—. Yo no escribí ninguna nota...

—No era tu letra, pero pensé...

—Fue una broma malvada de Tony Watson.

—Me gustó el modo en que manejabas a Manchester —comentó Nigel Reiver, que no había estado escuchando—. Es un as del volante cuando está sobrio, pero no da la talla para un asunto como éste.

—Tiene el físico para el papel —dijo Frederica—. Es desmesuradamente hermoso.

—Desmesuradamente hermoso —repitió Nigel Reiver, saboreando la frase—. ¿De verdad lo crees?

—Sí, claro. No es mi tipo, pero sin duda es hermoso.

—¿Y cuál es tu tipo?

Frederica paseó la vista por la habitación, por Freddie, Wilkie, Hugh, Marius, Tony y Alan, Raphael Faber, que departía con gran seriedad con Ann Lewis, y la posó de nuevo en su interlocutor.

—Lo sé cuando lo conozco. Soy ecléctica.

—Ecléctica —saboreó también esta palabra—. Pero sabrás lo que te gusta, ¿no?

—¿No lo sabemos todos?

Estaba un poco borracha.

—A veces uno se lleva una sorpresa.

No la miraba a ella; como tantos hombres en tantas reuniones, pero con más indolencia y menos nerviosismo, inspeccionaba a los presentes en busca de algo interesante, peligroso, atractivo. Era fornido y no muy alto, moreno y de expresión un tanto hosca, con mejillas llenas y amoratadas. De pronto volvió la cabeza y la miró a los ojos.

—A veces uno se lleva una sorpresa. Siempre hay que tener en cuenta que uno puede recibir una sorpresa total en cualquier momento.

Frederica desvió la mirada.

—Lo haré. Estoy segura de que siempre lo hago. Lo tendré en cuenta.

—Muy bien.

Fue Alan quien la acompañó de vuelta a Newnham. Una vez allí, le dijo:

—Eso no fue muy amable por parte de Tony.

—Sólo habría sido realmente repugnante si yo llevara mi vida de forma furtiva, pero no es el caso. Pero fue bastante horrible. Me sentí como un objeto, como si me hubieran convertido en un objeto.

—A veces te comportas como si fueras el único sujeto.

—Todos lo hacemos.

—Tú lo haces de forma demasiado evidente.

—¡Ay, Alan! Quiero participar en las cosas. Como mujer, siempre me excluyen.

—Estás en el centro. De un modo en que la mayoría de los hombres no pueden estar.

—Sí, pero ellos están juntos y yo estoy sola.

—Newnham está lleno de mujeres.

—Las mujeres no viven felices en grupo.

—Tonterías. Lo harían si fueran libres para elegirlo. No llores, Frederica, tú no lloras.

—Sí que lloro. Me siento humillada.

—Tonterías. ¿Vienes a las fiestas de mayo conmigo? Pasaremos una noche agradable.

—Sin duda. Voy a ir al Trinity, con Freddie.

—Será un baile muy elegante. Nos divertiremos.

—Alan, tú sí que eres un amigo, para siempre, un amigo de verdad.

—No llores más. Sí, soy tu amigo. No soy una persona enteramente recomendable, pero soy tu amigo. Ahora entra, acuéstate y sueña con...

Soñó que estaba acorralada, perseguida y acosada por bestias con cara de hombre, leopardos y panteras, Tony y Alan, Harvey y Nigel Reiver. Intentaba encontrar a Raphael Faber en el sombrío bosque, y los árboles se convertían en hombres, y los hombres se convertían en felinos y coches deportivos, pero Raphael Faber era inalcanzable.

Frederica acudió a los dos bailes de mayo con el mismo vestido. Disponía de un vestido de fiesta y un traje largo por año. El de 1956 lo confeccionó una amiga que colaboraba en el vestuario del Club de Teatro Aficionado, siguiendo las indicaciones de Frederica. La

tela era de algodón, una tela nueva por entonces para los vestidos de fiesta. Tenía color de grafito con un ligero brillo, como un lago hecho con lápiz blando en papel de dibujo. En cuanto Frederica vio la tela, supo al instante que era la adecuada. No pensó que le sentaría bien, ni que no desentonaría con su piel y su pelo de pelirroja pálida, sino que era la adecuada. Tenía una textura firme, pero no tan rígida como el tafetán o la popelina: podía ondear. Frederica había sacado provecho de múltiples lecciones, incluidos los puntos de vista de Martin, el estudiante de medicina, sobre las chicas que no tenían en cuenta su propia figura. Adaptó la parte superior del vestido a su delgadez, con un sencillo escote redondo, no demasiado pronunciado pero ancho, con sencillos hombros de camisa de buen corte. La cintura era un tanto baja, de manera que su largo torso parecía tan recto y plateado como un lápiz, y, desde allí, la falda, cortada al bies, ondeaba sobre un tul de malla apretada. Era la época del canesú con ballenas, de modo que Frederica podía a la vez suavizar la línea del talle y las caderas y alzar sus pequeños pechos en dos decorosos conos bajo el tornasol grisáceo, dejando apenas visible el surco pecoso entre ellos. De Freddie había aprendido a no llevar guantes tres cuartos de imitación de encaje, de modo que se puso unos cortos de algodón blanco. De Marius había aprendido que a su boca le convenía un lápiz de labios claro, y de los actores, cómo prolongar las cejas, pintarse un triángulo en la comisura de los ojos, disponer el pelo sobre una falsa rosca para hacerse un moño equilibrado. Antes de salir para el baile del Trinity, vio en el espejo de Newnham el bonito tinte que había adquirido su pelo rojo por contraste con el grafito, y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Guardó una boquilla negra en un bolso de mano negro y se calzó sandalias negras. Fue el mejor momento del baile.

Durante las horas sin propósito que siguieron, advirtió con más y más frecuencia que estaba pensando en los bailes de Jane Austen, catorce parejas y un programa de animadas danzas preestablecidas que hacían que todos constituyeran un grupo. Freddie bailaba de un modo nervioso y se sentía nervioso por su aspecto, lo cual era la raíz de sus críticas a los demás. Formaban parte de un grupo de siete u ocho personas sentadas ante una mesa de juego en una carpa calurosa, y que consumían salmón ahumado y champán, fresas y nata. Hablaban casi exclusivamente de conocidos comunes a quienes Frederica no conocía.

—¿Fuiste a la estrafalaria fiesta de Hep?

—¿Sabías que Madelaine está colada por Derek, para desgracia

de Julian y de Debbie?

Hablaban de ropa y dónde comprarla; llevaban vestidos sin tirantes con canesú plisado; ninguna de las otras mujeres era estudiante. Alguien llamado Roland la pisó y le hizo una carrera en las medias. Alguien llamado Paul contó una historia extrañísima sobre una ruidosa cisterna de váter en un hotel de las afueras adonde alguien había ido a pasar un fin de semana de lujuria. Los bailes podían estar bien para quien se encontrara en un estado inicial de obsesión absoluta con el cuerpo de su amado (ella había observado algunos casos así, radiantes parejas pegadas como lapas, moviéndose a la deriva entre los brincos y saltos de los demás). O para quien fuera bailarín profesional, aunque el tamaño de la sala no resultara propicio para las florituras. O para aquella clase de escritores que tienen oído para las repeticiones limitadas de frases limitadas, que no era su caso ni le interesaba que lo fuera. A mitad de la velada, un extraño le tocó de pronto el brazo y dijo:

—¿Me concedes este baile?

Freddie hablaba con su vecino de mesa.

—No sé —repuso Frederica.

—Dile a Freddie que es sólo este baile.

Vio que se trataba de Nigel Reiver, muy elegante en su traje de etiqueta, que no sonreía. Freddie se volvió hacia ellos y sonrió, y Frederica se puso de pie.

Nigel sabía bailar. Sabía hacer que Frederica, poco natural pero no por ello torpe, bailara también. La guiaba.

—Dos pasitos, deslízate, ven dentro de mis brazos, gira, atención con la esquina, perfecto. Me sigues muy bien, para ser una mujer independiente.

La pelvis de Nigel presionaba la suya. La mano apoyada en su espalda era fría, ligera y firme.

—Cuidado —dijo, apartándose de una esquina—, una vuelta completa en tu sitio, ahora yo, perfecto, y volvemos a empezar.

—¿Cómo sabes que soy una mujer independiente?

—Lo eres, ¿no? Además, hice mis averiguaciones. Eres todo un personaje.

—¿Y tú? ¿Qué eres?

—Bueno, yo tengo una casa. En el campo. Trabajo mucho en la casa. La familia se dedica a la navegación. Ayudo a mi tío con los barcos. Sigue el ritmo, no te adelantes hasta que lo haga yo... Ahora deslízate, un paso, otro... Me pregunto quién habrá inventado el baile.

—Los seres humanos han bailado desde siempre, seguro.

—Y apuesto a que los ingleses lo convirtieron en algo embarazoso y poco natural —esto no concordaba con su carácter, tal como Frederica lo había interpretado—. Yo prefiero las danzas folclóricas griegas. Eso que pisas es mi pie. Te vendrían muy bien unas lecciones. Me alegro de que no hagas todo perfecto.

—Te aseguro que lo único que sé hacer es exámenes.

—No, no. No reconozco a la gente que sabe hacer exámenes, eso no es lo mío. Pero sí reconozco a la gente que sabe.

—¿Que sabe qué?

—No importa. Esperaré para ver si tengo razón.

Y la pelvis dura y abultada, completamente íntima y educadamente distante, golpeó contra la de ella, quien sintió un estremecimiento de excitación, que notó y reprimió enseguida.

—Te llevo de vuelta con Freddie —dijo Nigel—. Ya nos veremos.

La pelvis de Freddie parecía tan fláccida como una vieja almohada de plumas. La mano de Freddie estaba pegajosa, por muy bien cortado que tuviera el cabello, por bien lustrados que llevara los zapatos. Las flores que adornaban las mesas, entre los cuencos plateados de ponche, se marchitaban y mermaban por los robos y accidentes. La larga noche transcurría despacio, interrumpida por idas al lavabo, donde, en la quinta visita, distinguió el amanecer gris por una ventana alta. Luego, muy tarde, abatidos, atravesaron ritualmente los jardines traseros de Cambridge, vieron los sauces a la temprana luz rosa y dorada de la mañana y volvieron a la habitación de Freddie, donde, entre bostezos, su saludable juventud hizo honor a un verdadero desayuno, consistente en riñones, huevos revueltos, panceta, setas, café y tostadas, el segundo placer sensual de esa larga noche de placer, pensó Frederica con aire sombrío; por supuesto, el primero había sido la satisfactoria imagen de sí misma enfundada en su vestido gris reflejada en el espejo.

Tenía veinticuatro horas para recuperarse antes del baile de Saint Michael and All Angels, y Frederica durmió doce de ellas, como un gato, antes de advertir, llena de pánico, que tenía que airear y planchar su único vestido. Si la imagen del espejo la complació menos —tenía oscuras ojeras que hacían juego con el pizarroso algodón—, el baile fue mejor.

La carpa del Trinity era verde y blanca. La del Saint Michael, rosa intenso; la gente que comía en su interior tenía un aire cálido y sensual. En la gran sala gris la iluminación era también rosa, lo que

acentuaba el pardo de la carpintería y llenaba de luz cálida las grises nervaduras en abanico de las columnas y bóvedas. Bailar con Alan Melville era una cuestión de roce cortés y vacilante con la punta de los dedos, de armoniosos movimientos paralelos sin tocarse, de apacibles giros aislados y solitarios. Bailar con él era como hacerlo con la bóveda de nervaduras en abanico, o con un frío esqueleto recubierto de aire y luz. Su contacto era seco, cálido y mínimo.

Se sentaron en la carpa y comieron pollo ahumado.

—¿Raphael Faber viene a los bailes de mayo?

—Lo dudo. ¿Te lo imaginas bailando?

—Sí. Lo haría de una manera exquisita. Si quisiera.

—Pero nunca lo querría. Probablemente se habrá marchado. En busca de paz y calma. La mayoría de los profesores lo hacen.

—¿Adónde iría?

—A casa de su madre y sus hermanas.

—¿Y si vamos a ver si está?

—¿Para qué otra cosa hemos venido?

Saint Michael era un colegio universitario pequeño y cerrado. Las habitaciones de Raphael estaban en lo alto de un edificio que daba a un patio adoquinado, por un lado, y a los jardines traseros, por el otro. Así pues, tanto desde el patio y la inclinada extensión de césped como desde el jardín tapiado se veía el marco iluminado de su ventana cuando él se encontraba allí. Durante los ensayos, cuando Frederica visitaba a Hugh, Alan o Harvey Organ, siempre alzaba la vista para contemplar ese rectángulo de luz. Aquella noche, ahí estaba, amarillo en blanco sobre gris. La lámpara del erudito. El interior que ella observaba desde el exterior.

—Subamos.

—¿No le molestará?

—En ese caso, lo dirá.

Era imposible saber si la intención de Raphael había sido desplegar su valla de roble, la pesada puerta exterior cuya civilizada presencia preservaba la intimidad, ya que ésta estaba ligeramente abierta. Alan la abrió del todo y llamó a la puerta interior. No hubo respuesta. Volvió a llamar y, al oír dentro algo que fue inaudible para Frederica, entró. Raphael se encontraba solo, tendido en el sofá, con un jersey de cuello alto y pantalones grises. Dijo con tono irritado:

—¿Quién está ahí?

—Alan y Frederica. Nos hemos cansado de tanta diversión y hemos venido a visitarlo. Puede echarnos, si está trabajando.

Del patio subían oleadas de música, una confusión de bullicio y melodías.

—¿Cómo voy a trabajar con este estruendo? ¿Quieren un té o un café? Intentaba leer a Pascal. En vano.

Se marchó a la cocina. Frederica fue a mirarse al espejo colocado sobre la chimenea y puso en su sitio unos mechones escapados del moño. Alan se acercó y se quedó de pie junto a ella. Raphael volvió de la cocina, se puso entre ambos y les pasó un brazo por los hombros, negros los masculinos, desnudos los femeninos con sus tirantes plateados. Allí estaban las tres caras: la de Alan, triangular, algo pícara, sobre la pajarita ladeada; la de ella, blanca, ansiosa y ávida, sobre el amplio escote y los pechos que asomaban, y, detrás, la morena de Raphael, con los ojos clavados en los de su imagen. En el espejo, la mirada de reojo de Alan se cruzó con la de Frederica, y ambos sonrieron ante la intensa mirada con que Raphael se contemplaba. Era la primera vez que él la tocaba: el brazo cubierto de lana era ligero sobre su piel, los finos dedos le rozaron por un brevísimo instante el brazo, se crisparon en una caricia, se apartaron con un aleteo. Se sentaron y hablaron, sobre todo de Pascal. No había premura alguna en la charla, el café era bueno y, como siempre, había pastel con especias. Era la quintaesencia de Cambridge, música, baile, recintos cerrados y, en lo alto, una civilizada conversación sobre Pascal. Cuando se despedían, Raphael la tocó otra vez, fugazmente, de un modo más evidente.

—Vuelva cuando quiera. Aquí siempre es bienvenida —y añadió —: Espero que se quede en Cambridge durante las vacaciones de verano.

Y Frederica contestó al instante:

—Sí, por supuesto.

Frederica viajó de regreso a Blesford en compañía de Edmund Wilkie, quien tenía asuntos que resolver en la nueva universidad y, con gran gentileza, la transportó en un carrito de maletas por toda la estación de Calverley cuando ella se vio acometida por náuseas y mareos. El médico de cabecera diagnosticó rubeola.

—Es una gran cosa, jovencita, que se inmunice contra esto antes de que quiera casarse y tener hijos.

Frederica sacudió de un lado a otro la cara, roja e inflamada, y

no dijo que una parte de ella no tenía ningún deseo de hacer tales cosas. Stephanie y su familia no la visitaron por miedo al contagio. Una parte de Frederica se alegró: Will y Mary la ponían nerviosa. No quería hacerlos saltar sobre sus rodillas, aunque el hecho de que estuvieran allí, vivos, le procuraba un placer primitivo. La rubeola causaba daños al embrión. Reflexionó en la confusión de semen y gel anticonceptivo que había entrado y salido de ella, y consideró muy poco probable un embrión. Creía en su propia «suerte». La suerte consistía en no engendrar embriones.

Winifred le subía platos ligeros, sopa de pollo y caldo de carne, y, por la noche, pan mojado en leche tibia y espolvoreado de azúcar, un típico plato para enfermos durante la niñez de Frederica. Winifred no le preguntaba nada sobre Cambridge, y ella no le contaba nada. Sí que le preguntaba si estaba cómoda, y le ahuecaba las almohadas. Frederica consideraba su presencia como una continuidad tolerada: Winifred, una buena cuidadora, hacía lo que siempre había hecho. Frederica no descubrió, ni entonces ni nunca, que la silenciosa figura femenina que acarreaba platos y una servilleta ardía por dentro. Winifred detestaba el espectáculo del cuerpo joven de largas piernas, tumbado con su camisón empapado donde antaño había estado su niña. Permanecía en la cocina, mientras en su interior crecía ese fuego seco e incruento, y se obligaba a atender a la menos necesitada de sus hijos, sólo por orgullo. Sus días como cuidadora de sus hijos se habían acabado, su cuerpo ya no podía engendrar ninguno más. Y allí estaba aquella criatura, con unas piernas tan largas que eran casi insultantes, aceptando que la atendiera durante un breve período. Soy como una rama seca, se dijo Winifred. Deberían dejarme en paz. Sabía tan bien como su hija que aquello no era un regreso al hogar.

Bill también iba a verla, afligido por ella e incómodo por su agitación, roja y caliente. La felicitó por su sobresaliente en el primer ciclo, pero lo hizo de forma casi mecánica, como si no hubiera esperado menos de ella, y le preguntó cómo lo había conseguido. Ella le contó con enfado que había aprendido muchísimas cosas de memoria y no las había apuntado, y que ahora cada día recordaba menos y menos. Páginas y páginas: *Cuento de un tonel, Pedro el labriego, Una muerte en el desierto, Empédocles en el Etna.*[99] ¿Con qué fin? Esto interesó a Bill. Una buena memoria era un don inestimable, dijo, una parte esencial de la cultura humana. Él mismo olvidaba cada vez más los nombres, le confesó a su febril hija.

—¿Por qué los nombres es lo primero que se pierde? Ayer estuve varios minutos buscando el de Leslie Stephen,[100] sentí pánico, perdí también el de Virginia Woolf, y el *Diccionario bibliográfico nacional,* y acabé refiriéndome estúpidamente al «distinguido padre de la autora de *Al faro*». Absurdo. Tú has heredado de mí una buena memoria. Los tres la habéis heredado. Cuídala. Ejercítala. Es nuestro lazo con nuestra especie.

Frederica pensó que la había heredado en la forma más semejante a la que tomaba en él. De él había heredado la avidez por aprender, una avidez por el conocimiento y la información, con la misma seguridad con que había heredado su pelo rojo, su agudeza mental y algo que, recurriendo a un eufemismo, podía llamarse impaciencia. Dónde acababan los rasgos heredados y empezaban los adquiridos era algo que iba a preguntarse más tarde. La vida de la literatura inglesa vivía en ella como los genes del pelo rojo y los movimientos de irritación de las manos y la boca. De Bill había aprendido a estudiar poesía, a elaborar un razonamiento, a reconocer formas de pensamiento. ¿Dónde está el límite entre naturaleza y cultura? Gerard Wijnnobel creía que la red neuronal del propio cerebro debía de proporcionar sin duda las uniones y conexiones materiales que permitían a todos los seres humanos reconocer ciertas estructuras gramaticales, tal como nacían con la capacidad geométrica de organizar las percepciones en planos horizontales y verticales, en formas curvas y rectas. ¿Era posible heredar un oído para el lenguaje como quien hereda un oído musical absoluto o una intuición matemática? ¿Y tenía esto alguna relación con heredar el vocabulario y los ritmos de Shakespeare, la belicosidad de Lawrence, el ingenio y el aplomo de Milton?

También habló de Marcus con Bill.

—Parece estar progresando —dijo Bill—. Creo que sólo progresa si yo no muestro ningún interés.

—Creo que exageras. Tiene que seguir su propio camino. Es normal.

—Contrariamente a lo que todos creéis, sé muy bien que uno no trae hijos al mundo para que hagan lo que uno no consiguió hacer. Pero me preocupa la continuidad, el traspaso de valores.

—No estoy muy convencida. Tú eres tu presente y tu futuro. Y yo los míos. Como Napoleón, que era su propia dinastía.

Quería que Bill dijera «Tú eres la que es igual a mí, la que continuará», aunque, si lo hubiera dicho, al instante se lo habría discutido. Pero ella había tenido el cuidado de hacer que esa frase le resultara imposible. Y él estaba descorazonado por el

retraimiento de Marcus y por la retirada de Stephanie de la carrera.

—Te irá muy bien —dijo, en cambio, no con su antiguo ardor rebosante de confianza en sí mismo, sino con una firmeza plena de aprensión, como si por el hecho de decírselo aumentaran las probabilidades de que no se cumpliera.

La miró con aire pensativo, tal vez porque en su cara infestada de manchas rosa oscuro en espiral, en su piel ardiente cubierta de granos, veía un inaceptable reflejo de sí mismo. Frederica suponía —y sufría a ratos por ello— que, a su modo castrador, apasionado y pedante, Bill se preocupaba más por Stephanie y Marcus que por ella. Una parte de él reaccionaba ante la femineidad aquiescente de Stephanie tal como lo hacía —imaginaba Frederica— ante su silenciosa mujer. A Marcus había intentado manejarlo como se manejaba a sí mismo. Como si la inmortalidad del cuerpo pasara por la hija y la vida de la mente por el hijo. Y ella, Frederica, que sin duda se le parecía mucho más —¿sin duda?— le causaba menos impresión como mujer y como mente.

La mente le jugó malas pasadas durante su enfermedad. Saboreaba el pan con leche y azúcar y se preguntaba si sería una versión particular de Yorkshire de las magdalenas de Proust. Tenía lo que ella siempre había llamado «un gusto blanco», los diferentes blancos del pan tierno, el azúcar brillante, la leche cremosa. Se recordaba de niña, tragando con esfuerzo a causa de la garganta inflamada, en las noches de apagones durante la guerra, mientras Winifred la mimaba para que recuperara las fuerzas después de la tos ferina. Pero no tuvo revelación alguna, en parte porque, como sin lugar a dudas habría dicho Proust, ansiaba de forma demasiado consciente tener una, y en parte porque no le interesaba su breve pasado sino su desconocido futuro, que pesaba en ella tal como pesaba en su sentido de la forma la vasta extensión no leída de *À la recherche,* una obra acometida a instancias de Raphael. En los peores días de su enfermedad no leyó a Proust ni a ningún otro. Delirante de fiebre, separada de sí misma, pensaba con toda claridad que en la habitación había alguien calenturiento, empapado, que sufría. Desde la distancia, se oía recitar una y otra vez el *Comus* entero, salmodiar todas las palabras de forma rítmica e inexpresiva, sin cambio en el tiempo ni énfasis alguno entre tentación y respuesta, entre la exhibición de excesos y la defensa de la templanza. Todo se le agolpaba en la mente. La suave caricia de Raphael, el baile apartado de Alan, el fervor sonrosado de Hugh Pink, el grupo de pretendientes en su hilera de sillas, la Dama de

Christ's, Marcel Proust y el orden de la gramática italiana aprendido a medias, mezclados con la dualidad de sus sentimientos hacia Cambridge, su deseo de ser admitida en sus recintos cerrados, su sensación de que ese recluido sitio de dicha era tan peligroso como las estructuras mágicas de Comus. Febrilmente, recitaba y pensaba en los hombres jóvenes, los hermosos, los alegres, los resueltos, los escrupulosos, los tiernos, los jactanciosos, los cachondos, los insistentes que jadeaban y vertían su semilla. (No nombró a los enamorados, los heridos, los temerosos, aunque podría haberlo hecho.) La retórica del demasiado, propia de los falsos seductores, se relacionaba con el Cambridge de demasiados hombres, atestaba de innumerables frezas los mares...

Vio hombres jóvenes a lo largo de las desnudas paredes de su habitación, como los frisos de figuras danzantes, unidos por las manos y los tobillos, que recortaba de niña o, más pálidos aún, como una danza de sátiros en un jarrón griego. El lenguaje la aprisionaba y la impelía.

> *Si en un rapto de templanza*
> *el mundo entero se alimentara de legumbres,*
> *bebiera de los arroyos y se cubriera con burda lana frisada,*
> *no habría agradecimiento para quien todo lo da.*[101]

La palabra «frisada» le había sugerido tal vez el friso de jóvenes bailarines sobre los que su imaginación sujetó o pintó las diversas pollas o penes que, gracias a su intuición de un universal concreto, había detectado en los mangles de Raphael. De algún modo, el polen de Marcus y el jardín femenino de Proust, *les jeunes filles en fleur,* se añadían a esta visión, y los hombres jóvenes bailaban en los jardines del Christ's College entre corolas rosas y altas espigas azules. El polvo dorado, excesivo, se posaba en las criaturas aladas que pasaban. Éstas no hacían sombra: brillaban. A la luz de los hombres jóvenes en flor. ¿Cuál era la palabra apropiada en francés? *Lumière, brilliance, luisance*... La tierra atestada, y el aire lleno de alas y oscurecido por las plumas... Que estaría completamente sobrecargada con el peso de ella... Y sofocada con su fertilidad desperdiciada...

24. Dos hombres

La mayoría de los amigos de Frederica abandonaban Cambridge durante las vacaciones de verano. Se marchaban a Stratford y las Órcadas, Basingstoke y Atenas, Dublín, Bayreuth y Perpiñán. Raphael, con quien se encontró en la biblioteca de la universidad, expresó su aprobación al saber que ella estaba aprendiendo italiano para poder leer a Dante, y, de forma irregular y con diversos grados de cordialidad, la invitó varias veces a tomar el té. Frederica no tenía la impresión de que su relación prosperara, pero tampoco de que fuera una situación absurda y desprovista por entero de esperanza. Él comentaba los progresos de Frederica con Proust y le recomendaba que leyera ciertas cosas, y ella las leía. Y un día Nigel Reiver la sorprendió apareciendo de pronto e invitándola a dar un paseo por el campo.

—Tenía la intención de trabajar.

—Es un día precioso. Tengo un coche nuevo. Podríamos tomar el té en ese lugar adonde va todo el mundo. O en cualquier otro sitio.

Aceptó, porque la atraía la idea de salir de Cambridge, de alejarse de sus leyes e inquebrantables prioridades. Nigel tenía un coche deportivo negro descapotable. Frederica se sentó a su lado, a merced del viento, y no lo miró. Con la mano en la palanca de cambios, él forzaba y apretaba a fondo acelerador, freno y embrague. Tomaba las curvas a toda velocidad, de una forma tan cerrada que cada vez sobresaltaba a Frederica, quien tenía que aferrarse y recuperar el equilibrio. Él no se disculpó por tales inconvenientes. Tomaron el té, no en Grantchester, atiborrado de turistas, sino en Ely, a la sombra de la catedral. Nigel le hizo corteses preguntas sobre Cambridge, sobre sus planes para las vacaciones. Al cabo de un rato, Frederica le preguntó por qué la había invitado a salir. Él contestó que le gustaba una chica que tenía en la cabeza algo más que ropa y atrapar al macho más disponible. Frederica tuvo la impresión de que él no ponía toda su atención en esta conversación, pero sí en ella, aunque lo hacía de un modo imposible de evaluar que le impedía toda reacción. Nigel reveló un poco más sobre sí mismo. Su padre, ya fallecido, había sido coronel del ejército. Su madre vivía en Hereford. Tenía dos

hermanas. Había heredado una vivienda protegida por su valor histórico, una vieja mansión ubicada en el sudoeste, de estilo Tudor y posterior. La describió, y en ello puso toda su atención: el pequeño vestíbulo, la sala, las escaleras de caracol, la galería, la vaquería, el jardín de flores, el jardín de hierbas aromáticas, el huerto; enumeró las variedades de manzanos y ciruelos.

—Y hay un foso —añadió—. Un buen foso. No tenía agua, sólo cieno verdoso y terrones de tierra. Pero ya me ocupé de eso.

Frederica imaginó un Long Royston a menor escala, una historia de generaciones de vidas privadas. También había sido necesario dedicar mucho trabajo a las caballerizas, dijo Nigel, pero ahora estaban impecables. ¿Sabía montar a caballo? No, dijo Frederica. No había tenido oportunidad. Nigel Reiver declaró que estaba seguro de que lo haría muy bien, si lo intentaba. Lo dijo con seriedad, sin rastro alguno de burla, y de nuevo ella reparó en la desproporción de su cara, la leve tosquedad de la morena mandíbula inferior, la rapidez de la mano y el ojo, la atención reservada a alguna otra cosa.

Pasearon alrededor de la catedral de Ely, donde él reveló rasgos inesperados, si bien más tarde Frederica se reprochó con aspereza el empleo de esta palabra, preguntándose cómo podía haber algo «inesperado» en alguien de quien no sabía casi nada. Como turista, él era un profundo observador de los más minuciosos detalles: estudiaba las misericordias del coro con la vista y el tacto, reía ante el tallado de una mujer que golpeaba un zorro, comentaba la combinación de rigidez y naturalidad de un búho con un ratón, pasaba un dedo por el gañido de un demonio torturado o alrededor de una oronda bellota, sin añadir con ello ninguna información histórica o estética, limitándose a mirar la representación y disfrutar de ella. Frederica recordó a Alexander Wedderburn dibujando con el dedo los hombros y caderas de la *Danaide* de Rodin. Ella no habría acariciado madera y piedra de aquella manera; su sensualidad consistía en encontrar una palabra adecuada para la forma: «oronda» era una palabra suya, y también «gañido». Lo que Nigel decía era «Mira esto, qué bien está, ¿no?», pero tanto su dedo como su mueca instintiva reconocían la habilidad del artista medieval para plasmar el espasmo de los labios y la garganta durante el suplicio.

La llevó a ver *Los siete samuráis* en el Cine de las Artes, en una versión sin cortes. Frederica empezó mirando la película con un espíritu propio de Cambridge, atendiendo a la estructura, los

motivos recurrentes, la forma moral. A su lado, Nigel estaba inmóvil, absorto. Al cabo de cierto tiempo, Frederica experimentó algo extraño y, tratándose de ella, lo observó sin oponer resistencia. Comenzó a creer en la historia, a sufrir con sus personajes, a sentir miedo, esperanza, amor y odio como no había sentido desde la infancia, desde *Robin Hood* y *David Copperfield, Redgauntlet* e *Ivanhoe*. Es quizá para prolongar ese momento de voluntaria suspensión del descreimiento por lo que personas como ella se dedican al estudio de la literatura. Al acabar, Nigel habló de la película recordando con exactitud todos los detalles y tal como habría hablado si los hombres que habían visto hubieran sido soldados reales, no actores, no sombras en celuloide de actores dispuestos en cuadro, desplegados en un marco narrativo.

—Ése fue el momento de mayor tensión —dijo—. Y se veía cada brizna de hierba con toda claridad. Es curioso que pase esto en momentos así.

O:

—Uno sentía que el hombre podría haber herido a quien fuera y haberlo encontrado natural.

Y Frederica, aturdida de fe poética, deslumbrada por la claridad con que percibía la inocencia perdida a causa del estudio, juzgó que el lenguaje de él era el más apropiado que podía emplearse, directo, sensato, entusiasta.

La llevó a cenar fuera de Cambridge, a un restaurante del que ella había oído hablar pero en el que nunca había estado, y le ofreció manjares exquisitos con el mismo placer preciso y juicioso que había mostrado ante el ratón tallado o en la descripción de los árboles de su huerto.

—Déjame ordenar por ti —dijo—. Conozco bien el menú.

Y le hizo conocer a Frederica la trucha ahumada a la crema, el pastel hojaldrado de carne, las *crêpes* de manzana, ninguno de los cuales ella habría escogido por sí sola, todos los cuales saboreó y recordó.

Le habló asimismo de una expedición a las fuentes del Nilo, en la que había participado junto con cinco antiguos compañeros de regimiento. No era un excelente relator. Frederica no logró formarse una imagen clara de ninguno de sus camaradas, un cabrón a su modo, un tipo bastante decente, otro obstinadamente temerario, un masoquista, ni comprendió los detalles de cómo se montaban y desmontaban los botes inflables. Tampoco vio a través de sus ojos los cielos claros salpicados de puntos brillantes sobre la blanca arena, ni la oscura vegetación.

—Las estrellas estaban muy cercanas, muy nítidas; así son allí —dijo Nigel.

Tampoco sintió el tórax a punto de estallar, la deshidratación, las piernas pesadas y el desbordante bienestar de los hombres en buena salud que gozaban de un merecido descanso después de haber luchado contra rápidos burbujeantes o largas y calurosas escaladas.

—Todo estaba bien allí —dijo él—. Era perfectamente real, uno tenía conciencia de lo que era.

Y ella percibió que le confiaba una verdad, aun sin saber cuál. Nigel le gustó cuando le relataba esta trillada historia sobre peripecias en tierras extrañas. Le gustó menos cuando le contó una aventura de su época de colegial, sobre un pobre desgraciado al que habían encerrado en la pista de balonmano durante toda la noche, con un frío glacial, para castigarlo por alguna vestimenta o conducta inapropiada.

—Eso no estuvo nada bien —dijo Frederica.

—No, supongo que no, visto en retrospectiva —admitió Nigel Reiver—. Pero fue increíblemente divertido en su momento oírlo bramar y chillar pidiendo ayuda, te aseguro, increíblemente divertido.

Echó la cabeza hacia atrás y rió, feliz y solo.

La dejó frente a Newnham, en medio de la oscuridad. Ella le ofreció la cara en retribución, por curiosidad, por hábito. Él le tocó la mejilla tal como había tocado al demonio aullante, le rozó el puente de la nariz y el pómulo con los labios, secos y cálidos, y le dijo «Todavía no», obedeciendo a un código que ella desconocía y que, casi con seguridad, no venía al caso.

La siguiente vez que fue a tomar el té a las habitaciones de Raphael, Vincent Hodgkiss estaba allí. Lo encontraba allí con frecuencia, y por lo común se marchaba al llegar ella. A pesar de haber hablado con él después del desastre de *Comus,* Frederica no tenía la certeza de que el filósofo recordara con exactitud quién era ella, o las circunstancias en que se habían conocido en aquel lejano almuerzo al sol en Les Saintes-Maries-de-la-Mer. En esta ocasión, se dirigió directamente a ella, dejando claro que sabía muy bien quién era y cómo se habían conocido.

—Imagino que la veremos en North Yorkshire en las fiestas de inauguración, ¿no es así? Crowe me ha dicho que espera reunir a todo el reparto de la obra de Alexander. Una excelente idea. Justamente estaba tratando de persuadir a Raphael para que se

interesara en el proyecto. Es una gran oportunidad para cambiar la fisonomía de la enseñanza universitaria. A la nueva universidad le iría muy bien un poeta que habla varias lenguas y que es un esteta de primer orden. Pero temo que he fracasado. Creo que Raphael no soporta alejarse de Cambridge, alejarse de este hermoso colegio universitario, por la razón que sea, cuando sea.

—Eso no es verdad —replicó Raphael—. No estoy irremisiblemente ligado a este lugar. Soy de la opinión de que no hay que amar en exceso el propio entorno.

—Entonces abandónalo. Ven al norte y aplica tu imaginación al hormigón, las vigas y un vestíbulo isabelino de enorme belleza. Te reto a que vengas. Ven a estirar las piernas en los páramos. Es vigorizante, ¿no es así, Frederica?

—Es verdad, es...

—Me gustaría mucho hacerlo. Mucho.

—Pero no lo harás —dijo Hodgkiss con demasiada aspereza—, ¿no? En el último momento surgirá una razón y no vendrás...

Los dos hombres se miraron. Frederica percibió una lucha de voluntades cuya raíz y forma se le escapaban. Esperó pacientemente.

—Crowe te dará alojamiento.

—Te ruego que se lo preguntes.

—Tal vez lo haga —dijo Hodgkiss con un tono que sonó amenazador, para luego volverse hacia Frederica—. Cuento con usted —le dijo.

Pero no quedó claro si contaba con ella para que persuadiera a Raphael o para que acudiera a la inauguración.

Una vez que Hodgkiss se marchó, Raphael se mostró nervioso. Paseaba arriba y abajo, le hizo algunas preguntas a Frederica sobre el norte y dio la impresión de que no atendía a sus respuestas.

—¿Cree usted que Cambridge lo incapacita a uno para el mundo? —inquirió.

—Claro que sí. Es más real... y menos real.

—Mallarmé estuvo aquí. Escribió un ensayo sobre los claustros. Dijo que la idea repugnaba al demócrata que había en él, los privilegios, las altas torres aisladas, el pasado... Y luego dijo que estas viejas instituciones eran quizá una imagen de un futuro ideal... Vio las torres como flechas que se elevaban hacia esta época, pero lo cierto era que no le gustaba. Dijo que lo único que necesitaban el pensamiento y el acto de escribir era la soledad. En *Campanas de Lübeck* intenté citar sus palabras sobre las torres y el silencio, pero no lo conseguí. No lograba relacionar este retraimiento con aquello

por lo que hemos pasado en Europa, con lo que la gente ha pasado. El país de las hadas. Vincent sabe... sabe que no puedo... No debería...

—Respecto a Cambridge, creo que o bien uno está encerrado dentro, o bien está excluido fuera...

—Yo tengo que estar encerrado dentro. Soy totalmente incapaz de llevar cualquier otra vida que no sea ésta.

Frederica extendió una mano.

—Debe haber hombres como usted en el mundo...

Y Raphael le aferró la mano y, sujetándola, de pie junto a ella y con la mirada perdida a lo lejos, en el jardín y el río, dijo:

—Vincent tiene razón: temo al mundo exterior. También al mundo interior, y a todo, pero de forma diferente que al exterior. Incluso podría decir... que está en lo cierto al pensar que tengo un miedo casi fóbico a ir a la estación y coger un tren hasta esa nueva universidad...

—¡Ah, no! —exclamó Frederica—. Usted no puede ser así, no debe ser así. Escuche, el norte es hermoso, al menos lo es mi región, es real de un modo distinto. No soporto la idea de que no lo conozca. Tiene que venir como sea...

Y le puso las manos en los hombros.

—Ah, te preocupas por mí —dijo Raphael.

Y lentamente, increíblemente, inclinó la cabeza, alargó los brazos, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Frederica no fue Marcel Proust, que diluye el beso de Albertine en páginas de referencias entrecruzadas de psicología, estética, autoanálisis y comparaciones con otros besos. Ella respiró hondo y asimiló la situación. Alzó una mano para tocar los oscuros cabellos y descubrió que eran más ásperos de lo que había imaginado. En cuanto al beso, lo juzgó «flojo»: dado con nerviosismo e interrumpido enseguida, como el picoteo de un pájaro. Frederica dijo «Oh, por favor» y estrechó el delgado cuerpo de Raphael entre los brazos; otra sorpresa en este punto, la fragilidad, la debilidad de los huesos sin firmeza y las manos frías e inseguras. La cabeza de pájaro se inclinó de nuevo, con los ojos cerrados como los de un santo sufriente, y de nuevo la boca delgada y nerviosa rozó la suya, por aquí y por allá, sin determinación. Frederica pensó en decirle «Te quiero», pero al momento pensó que esto sería sin duda demasiado para él y lo haría apartarse, así que dijo su nombre, Raphael, Raphael, y su propia voz le resonó en los oídos.

—Es inútil —dijo él—. No puedo...

¿No podía amar? ¿No podía involucrarse? ¿No sabía cómo hacer

el amor? ¿No le gustaban las mujeres? (Una clara posibilidad.)

—Por favor —rogó ella—, por favor, no se vaya.

—Frederica... —dijo él.

Y la condujo —o se dejó conducir, ya que no quedó claro quién inició el tambaleante desplazamiento— hasta el sofá, donde se sentaron lado a lado, cogidos de la mano. Raphael reflexionó.

—Estabas preciosa con tu traje de noche, con Alan. No eres una mujer hermosa, claro, pero cuando te vi...

Mientras que tú sí eres hermoso, quería decir Frederica. Te quiero. Tal franqueza habría sido como un golpe para él. Acarició la pasiva mano encerrada entre las suyas. Una mujer mayor que ella o más sabia o con menos interés ¿podría liberarlo de esa aprensión que lo embotaba y lo paralizaba? Nunca había sabido qué hacer con los hombres que no sabían qué hacer. Recordó que en la pista de baile alguien le había dicho «Me sigues muy bien», y la contrarió recordar que había sido Nigel Reiver. Pensó que debía marcharse. Se volvió hacia Raphael y besó su rostro sufriente, en la comisura de los ojos, en la comisura de la boca, que se crispó ¿de qué? ¿De definitiva repugnancia? ¿De placer pasivo? Se puso de pie.

—Tengo que irme. ¿Puedo volver?

—Debes volver. Debes hacerlo —mantenía los ojos cerrados—. Lo siento mucho. Algo me ha alterado.

—Por favor, no se disculpe. Es lo último que... Mire, lo que me importa es usted...

—Gracias.

No se movía.

Frederica casi salió huyendo.

25. Cultura

La inauguración de la nueva universidad tuvo lugar en septiembre, durante la semana en que se convocó al Parlamento para debatir el recrudecimiento de la crisis del canal de Suez, se constituyó la Asociación de Usuarios del Canal de Suez y el presidente Eisenhower anunció al mundo que Estados Unidos no intervendría en una guerra en el Oriente Medio. En ese momento la nueva universidad constaba de tres edificios acabados y un patio, levantados en medio de los páramos y a cierta distancia de la mansión de Long Royston, a los que se accedía por una carretera pavimentada, a medias definitiva y a medias temporal, que discurría sobre el barro revuelto y entre campos arados. Había varias vías de acceso, por donde pasaban con gran estruendo camiones y hormigoneras, cubiertos de polvo, salpicando un lodo turboso. Había media docena de construcciones prefabricadas donde los estudiantes recibirían instrucción y, básicamente, alimento. Los tres edificios eran sólidas torres de base hexagonal, hechas con placas de cemento oscuras, y rodeaban el único patio, pavimentado con ladrillos industriales de color azulado. Dos de las torres compartían una pared, la otra se alzaba separada. Se pretendía que recordaran —y recordaban— a los torreones y la arenisca silícea del norte, más antiguos que la bonita fachada de Long Royston, larga y baja, a la vez que más burdos y más nuevos. A primera vista su iluminación parecía extraña, al menos desde el exterior. Enormes extensiones de ventanas vidriadas, que dejaban entrever escaleras de caracol y grandes espacios tan anchos como la torre, alternaban con estrechas troneras, cerradas y secretas. El arquitecto, Stanley Murren, nativo de Yorkshire, había dicho que los grandes ventanales se inspiraban en el monumento de Bess of Hardwick, la famosa mansión de Hardwick, con más cristal que paredes. Stephanie y Frederica fueron hasta Long Royston por caminos rurales, empujando las sillitas de paseo de Will y Mary, y se asomaron a los oscuros pozos llenos de agua o escudriñaron por entre las tablas del cerco de protección. Desde un sendero inferior tuvieron una buena vista de la más alta de las torres acabadas, que parecía alzarse sola en una cresta de los páramos, casi sin ventanas, rematada en una cúpula de bronce. En la biblioteca pública de

Calverley y en la mansión de Long Royston estaban expuestos los planos del proyecto: grupos de torres hexagonales de distintas alturas esparcidas en el paisaje, unidas por pasarelas cerradas, que ocultaban patios hexagonales a modo de claustros. Un laberinto, el modelo de una molécula compleja. A Frederica le gustó. Stephanie dudaba del efecto que tendría sobre Long Royston, al que empequeñecía, o sobre los páramos, a los que devoraba.

La ceremonia tuvo lugar en el teatro, situado lo bastante alto en la torre aislada como para que su única iluminación proviniera de arriba, a través de un techo de vidrio que dejaba penetrar la luz del sol o podía cerrarse con unas planchas curvas como la cúpula de un observatorio. El escenario estaba cercado casi por completo por hileras de butacas tapizadas de morado oscuro, dispuestas en círculo sobre gradas de hormigón. Las paredes de cemento no tenían ventanas ni decoración alguna. En un estrado elevado en el escenario elevado había dos ostentosos sillones relucientes, tapizados en cuero muy claro repujado con el escudo de la flamante universidad. Sonó una música —una aguda fanfarria de trompetas —, y el rector avanzó hacia los asientos, junto con los nuevos profesores, para recibir a la princesa, que había acudido para hacerles entrega de la cédula real. Hubo un agradable susurro casi medieval de sedas y capuchas de terciopelo entre los profesores, escarlata, cerúleo, armiño. Su alteza iba ataviada con un conjunto perfecto de abrigo color oro viejo y sombrero de plumas de aire alegre. La acompañaba una dama de honor vestida de marrón negruzco y crema. Los bolsos de ambas relucían a la luz del sol que penetraba en el oscuro cilindro vertical. En el centro del claro de luz se hallaba el nuevo rector, de seda oscura con capucha violeta y forro violeta, sobrio y magnífico. Era la primera vez que Frederica veía a Gerard Wijnnobel. Juzgó que había algo un tanto desconcertante en el espectáculo de un hombre inusitadamente alto de figura imponente en hábito de catedrático, como si éste tuviera que haber sucumbido a los riesgos y achaques de su profesión, una espalda encorvada, un paso vacilante, o bien haber encontrado otro uso para tanto físico como opuesto a la mente. El pelo era oscuro y bien cortado, con hebras plateadas en las sienes. Se quitó el bonete con borla, se colocó unas gafas cuadradas de montura plateada y dio un experto tirón al micrófono plateado, el cual emitió una tos mecánica que recorrió el interior de la torre. La idea de lo que debía ser una universidad, dijo, era un tema que siempre había ocupado a los estudiosos y siempre los ocuparía. Quería hablar brevemente de

la idea de los fundadores, y la suya propia, sobre esa nueva universidad en ese antiguo lugar. Su acento no era exactamente inglés, y mucho menos norteamericano. No tenía la límpida claridad del inglés sin matices de Raphael Faber, como agua en un vaso. La de él era una sustancia más espesa, como esas gelatinas donde pueden crecer los cristales. Sin sonidos guturales, ni explosivos, ni incorrectos siquiera; sólo allí donde Raphael elidía alguno apropiadamente, Wijnnobel pronunciaba todo, incluso lo que los propios ingleses omitían.

Habló sobre la educación del hombre completo. De romper los rígidos moldes del estudio o la especialidad. El proyecto arquitectónico encarnaba la idea de esta universidad. Los edificios se dispondrían en grupos semejantes pero no idénticos, distribuidos en forma radial a lo largo de caminos que los unirían de forma repetida y variada, en recuerdo tanto de la historia de la cultura humana, de la vida humana en edificios, como del orden de la ciencia, con repetidos modelos funcionales.

Lo primordial eran los vínculos. En el siglo diecinueve, la historia había sido la principal fuerza de unión: la actividad mental se centraba sobre todo en la búsqueda de los orígenes de la especie, de las lenguas, de las sociedades, de las creencias. En el reordenamiento moderno del antiguo sistema de estudio, la historia constituía un punto de contacto sencillo e inevitable. Pero había otros medios. En el Renacimiento, tanto artistas como sabios investigaban las leyes que regían el mundo. Leonardo creía que el artista percibía de un modo directo el orden de las cosas, inmutable aunque activo e infinitamente variado. Kepler había descubierto las leyes del movimiento planetario y expresado un profundo deleite estético ante su belleza, así como su creencia en la correspondencia entre aquél y la música de las esferas platónica y pitagórica. «Hermoso» e «ingenioso»[102] son adjetivos muy utilizados por los matemáticos para caracterizar una prueba y su valor relativo. El propio Einstein afirmó que la avidez humana de leyes es análoga en un artista, un científico, un filósofo y un amante. «La naturaleza humana siempre ha tratado de elaborar una imagen simple y resumida del mundo que la rodea, para su propio uso —dijo—. Todas estas actividades se concilian mediante actos de simbolización».

Simbolización. Las formas de pensamiento. Como gramático, dijo Wijnnobel, entusiasmado con su tema, él estudiaba uno de los más poderosos sistemas humanos de símbolos. Se estaban llevando a cabo investigaciones sobre la relación entre los lenguajes

naturales y los creados por el hombre, por una parte, y entre las formas de actividad cerebral y el desarrollo de la percepción, por otra. Podía proseguirse dicho estudio meditando en el hecho de que nuestra capacidad cognitiva parece concordar con la verdad o la realidad sólo en determinadas áreas, en especial las relativas a números y formas espaciales. En muchos campos, la investigación humana fracasa notablemente en alcanzar cierta profundidad intelectual. Él mismo podía citar como ejemplo nuestra evidente incapacidad para formular una teoría científica que explicara el uso normal del lenguaje o la adquisición de formas lingüísticas. Parecía existir también alguna clase de barrera entre la estructura biológica del hombre y todo estudio riguroso o complejo del funcionamiento de su memoria.

La formación de imágenes parece ser crucial. El físico Max Planck creía que era imposible llevar a cabo su investigación sin un concepto del mundo real, un mundo que nunca conoceremos pero que perpetuamente debemos esforzarnos por representar y descubrir. Hablaba con frecuencia de la «imagen del mundo», y describía lo que denominaba «la continua reducción del carácter intuitivo y la facilidad de aplicación de la imagen del mundo». «Las impresiones sensoriales experimentadas de forma inmediata, fuente primordial de la actividad científica —decía—, se han apartado por completo de la imagen del mundo, en la que la vista, el oído y el tacto ya no desempeñan ningún papel».

Tal vez seamos incapaces de imaginar nuestra manera de crear imágenes. Pese a todas nuestras ventanas, apenas lograremos entrever el mundo real. Creo, como Planck —declaró Wijnnobel—, que éste es real, que existe, que nuestra obligación, nuestra necesidad y nuestro placer es formarnos una imagen de él. No contestaremos a la pregunta de qué es el hombre, ni a la más difícil pregunta de qué es real, qué es verdad. Pero nuestra pluralidad de ventanas nos protegerá sin duda de la desesperación solipsista, en lugar de conducirnos a ella. Los árboles crecen en el patio, los observemos o no, las flores se abren y las manzanas caen: ésa es mi fe. Una muchacha cruza el patio con un vestido amarillo y es posible verla, de forma óptica, afectiva, médica, sociológica. Es un sistema de masa y energía, deambula mientras sus células crecen y mueren, es un motivo en una pintura holandesa o en un análisis moderno del color y la visión, es una hablante nativa de holandés o inglés, es una estudiante de ingeniería, es miembro de determinada clase social, es un individuo irreemplazable, es un alma inmortal. Lo que Kepler descubrió sobre óptica, Vermeer lo aplicó y

ejemplificó en la luz y el color de la *Vista de Delft*. Y, de este cuadro, Marcel Proust escogió un trozo de muro amarillo y lo asoció hasta el fin de los tiempos —o hasta el fin de los tiempos imaginables— con una visión exacta e irreductible de la verdad, el orden y la semejanza. La gran intuición —en todos los ámbitos— percibe orden y semejanza en las diferencias y en los innumerables movimientos del universo. Las intuiciones del orden fallan y son reemplazadas por otras, pero persistimos en la búsqueda. Una universidad es o debería ser un universo modelo con múltiples órdenes e intuiciones. Nuestras diferentes facultades configuran un solo hombre, un solo hombre imposible pero imaginable.

Un donante anónimo había cedido a la universidad dos grandes esculturas de Henry Moore. La gente del lugar se preguntaba si el anonimato ocultaría a Matthew Crowe. En esa primera etapa, el regalo tenía sus inconvenientes, pues los tractores y *bulldozers* revolvían lo que serían terrazas y patios. Stephanie y Frederica fueron a ver las esculturas en su emplazamiento provisional, acompañadas por Will, un taciturno muchachito de dos años que trotaba por todas partes, y Mary, en una silla plegable de paseo. Detrás de una de las dos torres, atravesaron el patio y avanzaron por unos tablones hasta una accidentada terraza que daba a los páramos. Habían incorporado las figuras a una especie de decorado de teatro conformado por un trozo curvo de muro y un tramo de escalera que lindaba con los brezos y algodoncillos.

Las figuras eran las de un hombre y una mujer. La femenina, enormemente voluminosa, de base amplia, tobillos y muñecas delgados, estaba depositada sobre los escalones, en un equilibrio un tanto precario. Su centro de gravedad era la base de la columna vertebral, en medio de capas de ropa que ampliaban la pelvis y las caderas. La cabeza pequeña tenía ojos redondos, como una fornida muñeca de mirada fija, o incluso un pájaro instalado en su nido. De rodilla a rodilla se extendían los pliegues de piedra de su vestido, paradójicamente delicados, como las líneas que deja la marea en la arena al retirarse. Detrás de ella se erguía el hombre, como una pieza de ajedrez, construido en parte con cubos equilibrados que sugerían un peto de armadura o un escudo cuadrado. La cabeza hendida se alzaba hacia el cielo: un yelmo, un pájaro alerta y vigilante, con la cresta rígida, uno de esos reptiles de donde descienden los pájaros, con la abertura de la boca o la cresta partida vuelta hacia el cielo.

Will, en cuatro patas, subía y bajaba los escalones, metiéndose

entre las esculturas o rodeándolas, recogía un guijarro, una concha de caracol, una pluma. Las dos mujeres se sintieron impelidas a menospreciar la figura femenina. Stephanie dijo que le recordaba el ensanchamiento de sus caderas después de haber dado a luz. Frederica dijo que una diosa de la tierra con cerebro de pájaro difícilmente serviría de inspiración a generaciones de estudiantes mujeres. Will se arrojó cuan largo era sobre un escalón y aferró una rodilla de piedra, tal como hacía en su casa, en la cocina, para gran peligro propio y de su madre, cuando se colgaba de las piernas de Stephanie mientras ella freía o sacaba el asado del horno.

—Él sabe lo que es la mujer —dijo Stephanie—. Estabilidad.

—Ojalá las mujeres fueran por una vez fuego y aire —le dijo Frederica a su hermana.

—No hasta que mueran, si eso es lo que citas —repuso con calma Stephanie—. Somos tierra y agua, y parece lo adecuado —meditó un instante—. En cualquier caso, me gusta la tierra. Rocas, piedras y árboles, me gusta la tierra.

Mientras Frederica impedía a Will trepar al enorme y receptivo regazo de piedra, pensó en la Naturaleza, que ocultaba en su seno los minerales preciosos para engalanar a sus hijos. Desde lo alto las saludó una voz. Todo el grupo de Long Royston descendía la ladera: Matthew Crowe, Alexander Wedderburn, Edmund Wilkie, Vincent Hodgkiss, Thomas Poole.

—Un regalo espléndido —dijo Crowe, señalando con un gesto las esculturas—. Buenos días, señoras.

Frederica lidiaba con Will. Alexander le preguntó a Stephanie qué le parecía la obra. Poderosa, dijo Stephanie, y Frederica gritó desde lo alto que la mujer les parecía amenazadora.

—El hombre tiene aspiraciones —dijo Wilkie—. Alza la masa de piedra en una ingeniosa espiral ascendente. No se siente satisfecho como la mujer.

Thomas Poole admiró al bebé. Dijo que él tenía uno, un varón, más o menos del mismo tamaño. Una edad preciosa, se daban cuenta de todo. Mary abrió los brazos y torció las rollizas muñecas para hacer girar las manitas, como si filtrara y aferrara el aire. Una ligera brisa de los páramos agitó la seda roja que le cubría el cráneo; ella murmuró unas sílabas, *ba, ma, da.* La manecita de Will, firmemente sujeta en la de Frederica, estaba seca y caliente. El niño aún sacudía el cuerpo con torpeza, resistiéndose.

Alexander se ofreció a empujar el cochecito de Mary. Thomas dijo que su amigo tenía mucha práctica. Alexander se inclinó hacia Mary para ocultar el rostro y vio por primera vez la mancha roja en

el de la niña, que ya no estaba inflamada ni tenía aspecto gelatinoso, sino que parecía casi pintada sobre la invisible ceja rubia, un rosado rojizo moteado de marrón dorado.

—Dicen que se irá —dijo Stephanie.

Mary frunció la cara con desconfianza a Alexander, quien la tocó con mucha suavidad, y Frederica observó cómo el bebé sopesaba la situación y decidía no berrear. Regresaron juntos, mientras Crowe describía los edificios aún por construir. Allí, donde la arena y las vigas lodosas susurraban en un foso húmedo, se alzaría la Torre del Lenguaje. Allí, detrás de una valla gris cerrada con candado y con un cartel de «Peligro», estaría la Torre de la Evolución.

—¿Y los manzanos del profesor Wijnnobel? —preguntó Frederica.

La acosaban las imágenes concretas de su discurso inaugural, las ventanas, amplias y estrechas, que miraban hacia afuera y hacia adentro, la muchacha del vestido amarillo bajo los manzanos, la paradójica imagen del mundo de Max Planck de una realidad medida, no por los sentidos del oído, la vista y el tacto, sino por instrumentos que ella era incapaz de imaginar.

—Aún tengo mi huerto —dijo Crowe—. Mis manzanas rojas y mis naranjas Ellison, mis Reinettes y mis Laxtons. No sé dónde proyecta plantar sus árboles el rector. Tendrá su propia residencia, con un jardín, pero por ahora se aloja en las habitaciones de huéspedes del ala oeste. Esta noche lo he invitado a cenar en mi anticuada torrecilla. Espero que os reunáis con nosotros a la hora del café y los licores. No faltéis.

Frederica fue, y escuchó conversaciones sobre el futuro, así como cotilleos sobre cátedras y disputas. Raphael no estaba. Se había visto obligada a preguntarle a Hodgkiss por él, en la torre del teatro, y éste había contestado:

—No pudo decidirse a venir. Yo sabía que no podría. Va y viene entre Saint Michael y la biblioteca. Una vida ideal, espantosa por su monotonía.

Stephanie tampoco estaba. Para su sorpresa, la idea de una velada de charla en el invernadero de Crowe la atemorizaba profundamente. Se había habituado a los murmullos de sus protegidos, los relatos biográficos de la madre de Daniel, la media lengua de Will, los balbuceos de Mary. Se habría sorprendido mucho de haber sabido que Alexander advirtió y lamentó su ausencia. Éste había pensado, de forma fugaz y muy vaga, que ella podía ser la persona indicada para hablarle de Simon Vincent Poole;

era sensata, entendía las cosas, no rechazaba nada. Pero no estaba allí, y Frederica sí. Habló con Frederica de Vincent van Gogh.

26. Historia

El último año de Frederica en Cambridge empezó con la crisis de Suez y contó con otras intromisiones del mundo exterior, otras salidas al mundo. Más tarde consideró este año de forma emblemática como una imagen del aislamiento de esta ciudad pantanosa ubicada en el camino a ninguna parte, con sus blancos colegios universitarios esculpidos y sus campos de césped inmaculados bajo un cielo tan amenazador como el que se cierne sobre el Toledo de El Greco, o sobre el diminuto Aníbal de Turner cruzando los Alpes, una batalla cósmica entre la luz y la oscuridad. Alguien le había dicho que no había tierras elevadas entre los vientos de Siberia y esa zona llana de Inglaterra, sólo el frío mar del Norte. En el año de Suez, que fue también el de Hungría, el mundo exterior irrumpió no como telegramas y cólera, sino como movimiento de tropas, barcos hundidos, hombres abatidos a tiros, una súbita necesidad imperiosa de reflexionar sobre la identidad nacional, el temor a la violencia, la responsabilidad. Por supuesto, nada de esto era nuevo, pero Frederica, como muchos de sus contemporáneos políticamente tranquilos, no estaba al tanto de las revueltas de Berlín Oriental ni de los disturbios de Polonia. La revolución húngara, como la crisis de Suez, fue una noticia y una novedad. Los estudiantes de Cambridge pertenecían —pertenecíamos— a una generación que se caracterizaba por haber atravesado sin saberlo ni quererlo un período de la historia convulsivo y extenuante (generación de la que hay que excluir, por supuesto, a Raphael Faber y Marius Moczygemba). La mayoría había experimentado un creciente terror a la naturaleza humana cuando se habían visto confrontados con las imágenes y documentos de Belsen y Auschwitz, Hiroshima y Nagasaki, de los que algunos padres habían intentado proteger a sus hijos y a los que otros padres habían juzgado necesario exponerlos. Frederica había relacionado estas terribles imágenes con un conocimiento no vivido, adquirido a través de la literatura, para dar forma a la creencia de que la naturaleza humana era peligrosa e inestable. *El rey Lear* extiende el rencor mezquino, el habitual resentimiento filial ante la dominadora locura de los padres, hasta convertirlo en un universo de crueldad absurda y siniestra desesperanza. El coraje y el valor

presentes en *La Orestíada* tropiezan con la pasión y el odio ciegos y provocan un caos de horror. El compañerismo de los hombres en las trincheras que relata Owen[103] acaba en pulmones espumantes y miembros mutilados. Hago constar estas imágenes habituales de lo indecible a fin de preguntarme qué clase de conocimiento representaban para Frederica: ¿profundo, de segunda mano, innegable? Porque es un hecho que las creencias derivadas de este conocimiento coexistían en ella con la irreflexiva certeza, a medias burguesa, a medias fruto de la decepción, de que tanto en privado como en público prevalecerían la comodidad al estilo de Prufrock[104] y el tedioso sentido común. (Cuando escribo «burguesa» empleo la palabra en el sentido con que Frederica había aprendido a considerarla a partir de la lectura de *La náusea,* esto es, como un término de oprobio.) El aburrimiento, para decirlo con crudeza, el aburrimiento, la suficiencia y el embrutecimiento eran los enemigos actuales contra los que había que combatir, no la locura y la crueldad a gran escala. «El aburrimiento, el horror y la gloria», había escrito Eliot. No era por casualidad por lo que Cambridge discutía el pecado de la apatía, un concepto presente en la correspondencia literaria de interminables estudiantes, junto con «mala fe», «pertinencia» (¿respecto a qué, en esos días apolíticos?) y otras preocupaciones difusas. Cuando, en diciembre, llegaron a la universidad los primeros húngaros con sus historias de luchas en las calles, de tanques y de la única voz valiente de la radio reducida al silencio, el mundo exterior penetró en Cambridge como un ejército invasor. Varios de estos jóvenes se llamaban Atila, y también había Ildicos,[105] que parecían haber irrumpido montados en esos vientos violentos e incesantes. (Los conocimientos geográficos de Frederica eran confusos.)

Ésta fue la primera experiencia que tuvo Frederica de un vehemente sentimiento popular. Los amigos se dividieron acerca de Suez, a menudo de forma inesperada, entre los que creían que los británicos eran un pueblo «responsable» y temían las consecuencias de mantener la paz a costa de someterse, y los que consideraban la «acción» como un cínico oportunismo o el producto de una anacrónica visión de la gloria imperial. Owen Griffiths, Tony Watson, Alan Melville recibieron, con diversos grados de desdén e inquietud, notificaciones del ejército en que se les comunicaba que estuvieran preparados para ser llamados a filas. Otros, como Freddie, se presentaron como voluntarios. Esto podría sugerir que las acciones del gobierno suscitaban apoyo o indignación según una línea de división entre las clases sociales, lo cual no es por completo

cierto. La idea del honor nacional, la xenofobia moderada o furiosa, las opiniones pragmáticas sobre las ventajas económicas existen en clara oposición en todos los sectores de la sociedad inglesa. En años posteriores Frederica iba a reflexionar largamente en cómo asuntos tales como la violación de principios, el atentado a la libertad, la vida, la muerte, la financiación de la presa de Asuán, la supervivencia de Israel y la perpetuación del Estado satélite unipartidario de Hungría habían acabado por quedar en Gran Bretaña inextricablemente ligados a asuntos de índole cultural. Sus propios juicios sobre los sucesos de Suez fueron tanto estilísticos como morales. Había aprendido de *Pasaje a la India* que el imperio británico, aunque justo de forma local y circunscrita, era insensible, arrogante y cruel por falta de imaginación y visión. Había aprendido que la Primera Guerra Mundial fue el producto de caballerosos ideales de honor, coraje y patriotismo, y de la realidad de los grandes cañones, el lodo y la masacre de reclutas. Sea lo que sea que pensemos hoy, en ese entonces se sabía que Kipling era un artista mediocre por la estrechez de miras que significaban su patrioterismo y su infantilismo. Había que mofarse de los campos de deportes de Eton, no idealizarlos. (Frederica odiaba el deporte.) Tales aprendizajes llevaban a considerar la intervención anglofrancesa en los asuntos egipcios como una arrogancia pueril, y así la consideró Frederica. Los mayores que ella, guiados por otros modelos, veían al coronel Nasser, demagogo y nacionalista, como otro Hitler, que fácilmente podía acabar sometiendo a sus vecinos. Frederica y los que eran como ella lo veían como un rebelde intrépido alzado contra la autoridad exclusiva y la suficiencia del celador.

Pero incluso entonces, y mucho más cuando lo analizó en retrospectiva, a Frederica le disgustaba estar en el mismo bando que otros igualmente infantiles, como Jimmy Porter y Jim Dixon con sus quejas y reclamaciones. Imitadores de éstos querían acabar con la tradición, el orden establecido y sus pretensiones culturales, los celadores, y lo hicieron —en el arte— con una mezcla de brutalidad burlona y de apropiación viril de las complacientes mujeres de los celadores. (Es verdad que un político polaco juzgó que los extravagantes gestos del protagonista de *La suerte de Jim* se semejaban mucho a los gestos impotentes a que se veían forzados sus jóvenes e inteligentes compatriotas.) No era fácil para Frederica estar de acuerdo con estas variadas afirmaciones de la masculinidad británica.

La Asociación de Estudiantes de Cambridge, en la que no se

admitían mujeres, organizó un debate urgente. Owen Griffiths asistió y, en párrafos galeses bien construidos, despotricó con furia contra el patriotismo de banderitas cuando lo que se necesitaba era aire puro y oportunidades de educación. Tony Watson acudió y más tarde contó con regocijo a Alan y Frederica su experiencia de una suerte de melé de *rugby* de exaltados ex oficiales con trenca que proferían nerviosas órdenes a las que nadie prestaba atención, puesto que no había subalternos. En Newnham, según le constaba a Frederica, la única defensa apasionada de algo se había limitado a la de la evangélica Asociación Cristiana Universitaria, cuyos miembros abordaban con valentía a las extrañas a la hora del café tras el almuerzo, y a la de las tenaces defensoras de la idea culturalmente exclusiva del doctor Leavis sobre el inglés y la universidad. No obstante, fue testigo de una disputa a gritos entre dos mujeres con toga, subidas a sendas mesas en la sala, y vio en esto —de nuevo en retrospectiva— su primer estudio directo de un choque real entre visiones políticas opuestas. Más tarde fue incapaz de recordar qué habían argumentado ni quién gritaba en cada bando. Sólo palabras —«ingenuo», «megalomanía», «irresponsabilidad criminal», «patriotismo pueril»— cruzaban el aire con una estridencia inusitada por encima de las cabezas de un apasionado pero vacilante auditorio de mujeres de las que cabía suponer —acertadamente— que su principal preocupación era el amor y el matrimonio, la fundación de un hogar y, tal vez, de forma muy vaga, su carrera.

Frederica tuvo también una breve conversación con una elegante prima del dulce Freddie que había acabado formando parte de un comité que se reunía a la hora del té en The Blue Boar, con el objetivo de resolver el futuro y el alojamiento de los refugiados húngaros. Esta joven, una tal Belinda experta en porcelana, nunca le había dirigido la palabra a Frederica, salvo para hacer un comentario sobre la ensalada en las fiestas de mayo. Ahora le solicitaba su apoyo en esta nueva tarea, con el rostro algo arrebatado, inclinándose hacia adelante en su entusiasmo.

—Esto ha cambiado mi vida, me ha dado una razón para vivir —le aseguró.

Tenía lágrimas en los ojos. Frederica se quedó perpleja y conmovida. Estaba habituada a los jóvenes hastiados de todo, pero Belinda siempre había parecido muy segura de que el mundo de las fiestas y el mercado matrimonial eran cosas importantes y sutiles, plenas de vida y valor. Es muy fácil asociar cierto sonido vocálico agudo y una sonrisa forzada con la suficiencia. Al mismo tiempo, si

se pensaba en Bill, en Alexander, en Raphael Faber, en Daniel Orton, daba la impresión de que era un tanto absurdo necesitar el estallido de una revolución en Europa central para descubrir un propósito en la vida. En cuanto a ella, su problema era la existencia de demasiados propósitos contradictorios.

Sería una tontería sugerir que la vida o la conciencia de Frederica se vieron profundamente alteradas este año por los sucesos de Suez o de Hungría. Se preocupaba por la tensión entre Cambridge y el mundo exterior en la medida en que la afectaba a ella. Y estaba enamorada de Raphael. Había renunciado a muchas otras cosas, incluyendo el teatro y las aventuras sexuales, aunque era difícil decir si se debía a Raphael, al miedo a quedar embarazada, o a una rudimentaria conciencia de estar haciendo sufrir a otros, a los hombres.

Había dos hipotéticas Fredericas futuras: una encerrada en la biblioteca de la universidad, escribiendo algo ingenioso y sutil sobre la utilización de la metáfora en las narraciones religiosas del siglo diecisiete, y otra en Londres, más indefinida, escribiendo cosas muy distintas, periodismo crítico inteligente, tal vez incluso una nueva novela urbana al estilo de las de Iris Murdoch. El problema residía en que las dos Fredericas eran en realidad indisolublemente una, pensaba a veces. La doctora en literatura inglesa se habría muerto de inanidad y vértigo espiritual, si no hubiera contado con el impulso de la mundana; la mundana se habría sentido como un caparazón rechinante y barnizado, si no hubiera tenido una vida interior rica. En el mundo del futuro hipotético y ficticio las dos podían coexistir, y Frederica tomó medidas para promover la carrera de ambas. Presentó una solicitud de inscripción en el doctorado. Y, a sugerencia de Alan Melville, participó en enero de 1957 en el concurso de jóvenes talentos del *Vogue,* con una autobiografía de ochocientas palabras y dos textos más breves.

Uno de éstos era el relato de su estancia en Provenza, los paisajes de Van Gogh, el alioli, las bochas, el mistral, Sara lê Kali. (A Frederica le agradaba esta identificación mítica no corroborada.) El otro era una lista de cosas buenas y malas del año 1956, en la que incluyó a Iris Murdoch, *Esperando a Godot,* la diversidad de zapatos en colores brillantes y las nuevas voces de los húngaros, como cosas buenas, y la rudeza estilo Jimmy Porter, los titulares de los periódicos sobre Suez, las faldas plisadas que se arrugaban y el debate sobre lo que es distinguido y lo que no lo es, como cosas malas.

—Siento como si estuviera haciendo listas al estilo de Eliot en las *Notas para la definición de una cultura* —le dijo a Alan Melville—, remolachas y galgos, Elgar y la col en rodajas. ¿Qué tienen las listas que las hace tan irresistibles?

—La suya es una lista muy mediocre de extranjero —dijo Alan, el escocés cosmopolita—. Ve lo que se impone por sí solo. La col hervida no significa gran cosa, en fin de cuentas, salvo que tiene un gusto horrible.

—Quizá signifique que a los ingleses no les importa el gusto.

—Aparte de la ambigüedad de la palabra «gusto» en este contexto, no tiene mucha utilidad, ¿no? —dijo Melville—. No como la tendría si dijera por qué hacemos cola con tanta paciencia esperando un autobús sin enfadarnos y en cambio nos liamos a trompazos en los estadios de fútbol, o por qué suponemos que los policías son buenas personas cuando sé de primera mano por mi niñez malgastada que pueden arrancarte las orejas y hacerte vomitar el desayuno, si es que uno tiene algo en el vientre, igual que un matón cualquiera.

Frederica consultó a Raphael Faber sobre su pedido de inscripción en el doctorado, que presentó esa misma semana, la semana en que Raphael Faber tuvo una larga y agitada conversación con Vincent Hodgkiss sobre la ambivalencia que sentía hacia Israel, el sentimiento que tenía de que debía estar allí, con otros supervivientes como él, luchando por la supervivencia, y el miedo que le infundía ese sentido de comunidad, la necesidad primordial de permanecer donde estaba y de pensar como lo hacía, como europeo, internacional, intelectual. Dicha conversación no forma parte del material de esta novela, y Frederica no supo nada de su contenido, ni supo siquiera que había ocurrido, tal como no sabía nada de la historia de la fundación de Israel, de las vilezas y triunfos, pues sólo contaba con un sucinto relato bíblico y un mapa simplificado de esa tierra indefendible (desde el punto de vista militar), ofrecidos por un entusiasta profesor de historia sagrada del Instituto Blesford para mujeres.

Frederica no le contó a Raphael lo de *Vogue*. Estaba convencida de que él tendría opiniones muy precisas y puntillosas sobre la futilidad de ese tipo de vida. Utilizó el adjetivo «puntilloso» y no «puritano», porque Raphael era judío. También era minucioso, pero esta palabra no tenía suficiente fuerza.

Como muchos otros proyectos de esa época, la hipotética tesis de Frederica se basaba en una sentencia de T. S. Eliot, en este caso la que se refería a la disociación de sensibilidad que se había producido entre Shakespeare y Donne, por una parte, quienes percibían su pensamiento con la misma inmediatez que el olor de una rosa, y Milton, por la otra, quien no lo hacía. En 1956 era tan difícil no creer en este cataclismo, afín a la era glacial y el consumo de la manzana fatal, como no creer en el inconsciente freudiano, por mucho que uno intentara practicar un sano escepticismo, por mucho que uno hubiera sido educado —como Frederica por Bill— para abordar tales aseveraciones con obstinado espíritu crítico. Tan poderoso era el mito de este divorcio entre el nombre y las cosas que resultaba casi imposible no ver los versos de Shakespeare cualitativamente diferentes de los de Keats a este respecto, no leer a Tennyson como si no consiguiera ser Donne. Frederica había tenido múltiples experiencias auténticas de la inmediatez sensorial del pensamiento mientras leía a Donne, y nunca leyendo a Tennyson. (Según mi experiencia, esto no se aplica a los estudiantes modernos, quienes consideran a Donne un criptógrafo, un filósofo del deseo o un narrador de ficciones, quienes no imaginan «un brazalete de lustrosos cabellos en torno al hueso», ni el aire brillante que viste a los ángeles, ni el «oro batido tan tenue como el aire», quienes no se estremecen con la capacidad de la mente de evocar el sol en una cámara, una estrella en una tumba.)

No obstante, sentada junto a Raphael en el sofá de su habitación, a la clara luz húmeda de Cambridge, Frederica le dijo que no estaba segura de que la afirmación de Eliot fuera cierta. Sobre todo en el caso de Milton. En este siglo se le reservaba el papel de villano, pero antes había sido el gran maestro. Ahora era lo que la gente rechazaba, y la gente siempre tendía a exagerar cuando rechazaba a alguien o algo.

Raphael sujetó el formulario de Frederica entre sus delicadas manos y alisó los pliegues. Era un tema muy vasto, dijo. ¿Cómo lo limitaría?

Frederica dijo que había dos clases de metáforas. Las comparaciones entre cosas materiales —como la maravillosa bestia marina de Wordsworth y su piedra en el sol— y las que comparan una abstracción humana con una experiencia sensorial: la aflicción con un cuchillo sin filo, el amor con una brújula, el deseo con un grano de polvo estirado desde el cielo al infierno. El siglo diecisiete

tuvo problemas con esta segunda clase porque el mundo sensorial era el mundo de la caída, y aun así había que elaborar metáforas de dulzura y claridad para describir la virtud y el cielo, por corruptas que fueran. Por aquí había que buscar la verdadera diferencia entre las metáforas de Milton y las de Marvell. Asimismo, había un problema con la Encarnación. «La inmensidad en tu amada tumba enclaustrada.»[106] O *El paraíso recobrado,*[107] donde Cristo era un verdadero personaje, donde, según sospechaba ella, el mundo entero se concebía imaginando una aprensión infinita atrapada en la carne, corruptible y limitada. El Cristo de Milton era la sensibilidad disociada y vuelta a asociar. Quizá. Tendría que estudiarlo.

Raphael dijo que estaba hablando de una tarea de una complejidad teórica incalculable, el trabajo de toda una vida, y que sólo se habían otorgado nueve doctorados en literatura inglesa desde la guerra. Frederica replicó, no con total sinceridad, que lo que ella quería precisamente era un trabajo de toda una vida, equivalente al de Raphael, y que algún día tenían que otorgar el décimo doctorado, ¿no? Añadió que confiaba en que Raphael pudiera supervisar su investigación.

—No lo creo —dijo Raphael.

Se puso de pie, se acercó a la chimenea, con las manos detrás de la espalda, y le sonrió. Tenía la costumbre de sonreír —para sí mismo— cuando se veía en la necesidad de hablar con dureza. No era una sonrisa nerviosa, sino la sonrisa de alguien que se dispone a lanzar un dardo con toda precisión. Frederica pensaba en ella como la sonrisa angelical de Raphael, en parte porque se parecía a una expresión que ella creía recordar en el rostro del monumental san Miguel vencedor del dragón, en el Boulevard Saint Michel de París.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Bueno, en primer lugar, no está dentro de mi especialidad ni mi período. Lo que necesitas es un teólogo.

—He aprendido más de usted que de cualquier otro profesor.

—Puede ser. Pero eso no afecta a mi competencia profesional. En segundo lugar, habría un choque de temperamentos.

—¡Oh, no!

—Eres una joven muy porfiada. No aceptarías con facilidad directivas ni correcciones. Mientras que a mí me gusta dirigir el trabajo de los posgraduados de manera muy precisa. El respeto inglés por los aficionados que se las arreglan como pueden es una de las razones principales de los pocos éxitos que ha habido.

—Necesito dirección, realmente la necesito.

Raphael sonrió de nuevo y dijo:

—No tienes ni idea de lo que es la dirección.

—Lo admiro. Puedo aprender, de gente a la que admiro.

—Tienes sentimientos muy fuertes hacia mí. No tengo el deseo ni la pretensión de experimentar una transferencia fuera de un psicoanálisis.

La palabra ofendió e hirió a Frederica. Buscó una respuesta. «No es en absoluto una transferencia» carecía de fuerza. Defender su independencia de espíritu podía ser catalogado de porfiado. «Porfiado» era una de las palabras habituales de Raphael, siempre con un sentido despectivo, que surgía en situaciones sorprendentes en que Frederica sólo veía un simple ejercicio de la libre elección. Recordó que otra mujer había dicho «Por supuesto, las mujeres siempre le hacen insinuaciones intelectuales», y se vio ofreciéndole su formulario como si se hubiera tendido en el sofá con las piernas desnudas, o meneado las caderas como las vendedoras de cigarrillos de las películas, con la bandeja colgada al cuello entre los pechos prominentes y el coño. Raphael se alisó el cuello de la chaqueta.

—En tercer lugar, o quizá en primer lugar, encuentro antipático el tema.

—¿Por qué?

—Soy judío. Un judío cuya formación lo ha predispuesto tanto a favor como en contra de Milton. Aprendí inglés de un erudito luterano que consideraba aceptable su teología y abrumadora su poesía, y me hacía aprender larguísimos pasajes cuando yo era demasiado joven para entenderlos. No obstante, en parte admiro la ambición. *Tout existe pour aboutir à un livre.*[108] Tuvo el descaro de tratar de reescribir el Libro original. Pero luego es tan torpe, tan pomposo, tan absurdo... Todo lo que no debería estar, Dios y los coros angélicos, lo convierte en algo horriblemente concreto y trivial.

—Creía que él se oponía a volver concretas las cosas. De *Comus* a *El paraíso recobrado* hay un gran trecho. De un mundo pletórico de cosas a una austera visión de... de imágenes del desierto.

—Claro, sabía lo que correspondía. «No harás ídolo alguno.»[109] Los puritanos eran iconoclastas, destruían las hermosas imágenes que abarrotaban la antigua Iglesia, la Virgen, los santos y los ángeles. Pero, tal como yo lo veo, la religión cristiana es en sí una presuntuosa y definitiva fabricación de imágenes. Creo que la Encarnación es absurda. No niego que no hayáis conseguido algo respecto a la dificultad metafórica de

convertir en un «personaje» a Cristo encarnado. Pero no podéis esperar que no sienta cierta repulsión. Desde mi punto de vista, no es más que un ídolo definitivo.

Frederica experimentó una oleada de comprensión: en esta prohibición vio la razón de no inventar ni denominar personajes; en este miedo a las imágenes concretas, la pasión por las evanescentes flores de la mente de Mallarmé.

—Nunca creí en eso ni por un momento.

—Sin embargo, la aceptes o la rechaces, es tu tradición. No la mía.

Estaba hablando de sí mismo. Sus conversaciones —las buenas— tomaban a veces esta forma. Primero, el desaire, luego el resquicio para una frase personal, desde una distancia segura. Luego, a veces, una tímida cordialidad. Él odiaba que le hicieran preguntas directas sobre su persona, según creía Frederica. (Aunque, por supuesto, desde la entrevista ella ya no se atrevía a hacerlas.) Pero de tiempo en tiempo le confiaba cosas que ella atesoraba y memorizaba al detalle. Que una vez había pasado las vacaciones en Gales. Que sus hermanas leían cada palabra que él escribía. Que de niño había temido la oscuridad y las botellas sin abrir. Que tal vez esto tenía algo que ver con los genios. (El genio.) ¿Era él quien había dicho esto, o lo había glosado ella? Que trabajaba —cuando escribía— desde el amanecer hasta las diez de la mañana. Que no le gustaba nada George Eliot. Que tampoco le gustaba la sidra Merrydown. Piezas diminutas de un rompecabezas. Y, además de esta variopinta colección de pequeñas particularidades y florituras, la rutilante y colorida sucesión de clases sobre Mallarmé, ordenadas, intrincadas, deslumbrantes, controladas. ¿Qué es un hombre? ¿Cómo lo sabemos?

—Podría enseñarme a examinar la teología.

—No puedo enseñarte cómo la veo yo. Se lleva en la sangre.

—Pero podemos hablar sobre la metáfora, una charla civilizada. Vivimos en el mismo mundo.

Él sonrió, una sonrisa serena y benévola.

—Desde luego que podemos hablar sobre las metáforas. Lo hacemos.

—Hay metáforas del Antiguo Testamento que forman parte de lo que quiero estudiar. El Cantar de los Cantares.

—Ah —dijo Raphael.

—A usted no le gusta crear imágenes de las cosas —dijo Frederica con valentía—, nombrar a gente irreal, no le gusta la Encarnación, pero esto... Éstas son muy concretas.

—Así es —repuso Raphael—. «Tu ombligo es un cántaro, donde no falta el vino aromático. Tu vientre, un haz de trigo, bordeado de lirios. Tus pechos son como dos ciervos jóvenes, mellizos de una gacela.»[110] Símiles, no metáforas.

Su voz, mientras recitaba, tenía un deje musical, preciso, no afectado, pero meticuloso y distante. En la cara mostraba todavía su sonrisa angelical.

—O el hombre —añadió—. «Sus manos, brazaletes de oro, adornados con piedras de Tarsis. Su vientre, un bloque de marfil, todo incrustado de zafiros. Sus piernas, columnas de alabastro, asentadas sobre bases de oro puro. Su aspecto es como el Líbano, esbelto como los cedros.»[111]

Qué extrañas, pensó Frederica, atemorizada, qué extrañas son estas comparaciones con una fría riqueza. «Un brazalete de lustrosos cabellos en torno al hueso» la hacía estremecer; esto también, pero con temor a una sensibilidad sobre la que no tenía conocimiento alguno.

—Me gustan los versos sencillos entre las cosas concretas y suntuosas. «Qué bellos son tus pies en las sandalias.» Y «Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor, ni los ríos anegarlo. Si alguien ofreciera toda su fortuna a cambio del amor, tan sólo conseguiría desprecio».[112] Raphael, ¿es de veras un poema religioso? Durante mucho tiempo estuve convencida de que era simplemente erótico, pero ahora pienso...

—Claro que es religioso. Se refiere a la inimaginable satisfacción que está más allá de los sentidos. Te encontrarás con esto en el centro de tu tesis.

Las palabras flotaban en la habitación, el brillante vientre de marfil resplandecía de un modo absurdo y peligroso junto al penemangle y los muchachos en flor. Estoy enferma de amor —pensó Frederica— y, al mismo tiempo, la imaginación no tiene cabida entre todos estos minerales y prolíficos animales, dientes como ovejas recién bañadas que han tenido mellizos.[113] Miró a Raphael y rió.

—Es exótico, sensual y muy frío, todo a la vez, para mi sensibilidad —dijo.

—Y para la mía —dijo Raphael, tal vez con tristeza—. Me gustan más los espectros de esto que aparecen en los sueños y espejos de Mallarmé...

—Raphael, no estaba preguntando... No tenía la intención... Sólo quería...

—Ya lo sé.

Se acercó, rodeado por un remolino de mármol y oro, mirra y pechos, sedas y dulces criaturas jóvenes, un hombre delgado y moreno con una chaqueta de pana muy limpia y reluciente. Le puso una mano en el hombro.

—Ya lo sé. Sólo quieres todo. Eres una muchacha temible, Frederica.

—Pero al menos hablará conmigo sobre mi tesis.

Él se relajó de improviso.

—Dudo de que tenga mucha elección, ¿no te parece? Nos sentaremos amigablemente y en silencio en la sala Anderson, año tras año, y de vez en cuando discutiremos de teología y estética...

—Siempre podrá echarme con cajas destempladas cuando yo lo aburra.

—No lo haces —le rozó la frente con los labios—. Aburrimiento es la última emoción que inspiras. Soy... tú lo sabes... una criatura muy tímida. Fuera de mi pequeño hábitat.

—Entonces déjeme entrar en él.

—¿Y dónde estás, si no? Sentada en mi sofá, bebiendo mi vino, discutiendo mis ideas. Toma otra copa y luego vete. Los dos tenemos trabajo que hacer.

Nigel Reiver, como los húngaros, llegó envuelto en la atmósfera del mundo exterior como si fuera una capa de visibilidad extra. Llegó un día en que Frederica estaba en cama con los dolores de la regla, ovillada bajo una pila de mantas para protegerse, vestida con un jersey turquesa por encima de la cintura, y bragas y compresa por debajo. Un latigazo de dolor como el tajo de una espada le recorría la ingle hasta el dolorido hueso púbico, y nudos de un dolor más lancinante le atenazaban los ganglios lumbares y cerebrales. Como de costumbre, por toda la habitación había un desorden de ropa usada, libros abiertos y vajilla sucia esparcidos por todas partes. Intentaba leer, un poco de Proust, un poco de Racine, un poco de Platón, y las líneas de palabras se veían atraídas por las ondas de dolor tal como las cintas se adhieren a los paños de tela mediante los diminutos ganchos de nailon de los cierres de velcro. Había descubierto que en tales circunstancias podían sobrevenir breves accesos de concentración. Los propios párrafos establecían entonces entre sí fortuitas relaciones: la Berma de Proust interpretaba *Phèdre* en una cueva verdemar, mientras Frederica leía el monólogo de Fedra sobre el fuego del sol presente en su sangre y la luz maculada, y luego volvía al mito de Platón del fuego en la caverna. Su propia estufa de gas hervía y borboteaba a

ratos; podía sentir las ardientes gotas de sangre que manaban de su interior. Frente a la ventana, sobre el escritorio, las formas geométricas de peces hechas por Marius Moczygemba bailaban y giraban en el extremo de sus finos hilos. Nigel llamó a la puerta y entró.

—Esta habitación parece un invernadero.

—Estoy enferma. Me gusta estar en un horno cuando estoy enferma, me calma. No te esperaba.

—¿Cómo ibas a esperarme? Estaba en Tánger. Acabo de volver, así que he venido a verte. Sin saber si te encontraría, claro.

—Tendría que estar en un control. Me siento fatal. Sólo me encuentras porque me estoy muriendo.

—¿De qué?

—De hemorragia —dijo Frederica, que era partidaria de llamar a las cosas por su nombre.

—Es algo natural, no debería doler.

—¿Qué demonios sabes tú de eso? A veces duele y a veces no. Esta vez me duele una barbaridad.

—¿Dónde? —dijo Nigel, avanzando por la habitación.

Llevaba un abrigo holgado y bastante serio, de pelo de camello, de una clase que los hombres de Cambridge nunca usaban. Eso le daba un fugaz aire vulgar, aunque el abrigo era caro y sencillo. Frederica estaba desconcertada. A Alan, Tony, Marius o incluso Hugh Pink los habría invitado a sentarse en su cama para consolarla, a prepararse un café o a considerarse echados. Pero no creía conocer de verdad a Nigel Reiver, y no tenía ni idea de lo que él pensaba de su relación. En su tercer año en Cambridge había descubierto que el sexo femenino no era el único que se dejaba llevar por intensas fantasías. Los hombres soñaban —o creían— que gozaban de una relación especial, un entendimiento mutuo, una intimidad, basándose en la más frágil de las razones: una confidencia intelectual que podría haberse hecho a cualquiera que hubiera estado cerca, un beso amistoso fruto de la ebriedad y ofrecido en agradecimiento por haber acompañado a una chica después de una fiesta, un infantil intercambio de notas durante una clase sobre Mallarmé. Pero ignoraba por qué reglas se regían los hombres como Nigel Reiver. Si es que había otros hombres como él. Tal vez había lugares que ella no conocía y en los que apenas pensaba, como los condados que rodeaban Londres y los del centro y el sur de Inglaterra, en los que abundaban los hombres como Nigel; profesiones como la carrera militar o sitios como la City podían darles cabida en gran número. Pero los hombres que

Frederica conocía —incluso los desdichados, incluso los inadaptados— eran todos hombres de Cambridge.

—¿Dónde te duele? —repitió él con paciencia, aproximándose más.

—Por todas partes. Aquí abajo, en el vientre, a lo largo de la espalda, hasta el cuello. Me siento fatal. Yo que tú me iría.

—¿Después de haber hecho tanto camino para verte? No. Sé detener toda clase de dolores. Tengo buenas manos. Déjame intentarlo.

Se despojó del abrigo y lo colgó con mucho cuidado en un gancho de la puerta. Debajo llevaba un jersey escarlata de cuello cisne y pantalones de *tweed* negro y blanco. Era musculoso, fornido y de espaldas anchas. Extendió las manos.

—Vamos.

—No.

Frederica tenía miedo. No quería que él se acercara al olor dulzón de la sangre, a las sábanas revueltas, al pelo desgreñado ni a la almohada caliente. Se sentía vulnerable, como una sirena, así vestida a medias, con las piernas desnudas y frías bajo su cálida envoltura de mantas.

—¡Oh, no!

Él sonrió y avanzó. Mostraba una sonrisita forzada y algo desdeñosa, como si el «no» de ella fuera un gesto inútil del que más le habría valido abstenerse. Se abrió camino entre el desorden sin tocar nada, retiró el Proust y el Racine de la almohada y se sentó en la cabecera de la cama.

—Ahora ponte boca abajo.

—No...

—Vamos. Tranquila, tranquila.

Como si ella fuera un caballo o una oveja parturienta. Frederica se puso boca abajo. La sangre manó. Cerró los ojos por un momento. Nigel abrió las manos, con las muñecas juntas y los dedos separados, y las hundió en sus hombros, como un mago que las sumerge en agua para hacer sus profecías.

—No te crispes así. Mira este nudo enorme. Estás haciendo que crezca. Vamos a deshacerlo.

Era cierto que tenía buenas manos. Frederica nunca había experimentado nada parecido. Era como si él hubiera cogido toda la compleja red de músculos y nervios que mantenían unida su estrecha espalda, los hubiera palpado y alisado uno a uno, y los hubiera devuelto a su sitio en una cálida funda, de tal modo que ella sentía su disposición y conexiones en medio de un agradable

calor.

—No puedes estar leyendo todos esos libros a la vez.

—Sí que puedo. Tengo los exámenes de licenciatura dentro de pocos meses. Soy buena. Me irá bien.

—¿Y después qué?

Los dedos exploraban las vértebras de su cuello, una cálida fricción constante. Frederica pensó que el tono de Nigel era impersonal, y enseguida se preguntó: ¿es así? Cerró los ojos.

—No lo sé. A veces pienso que me quedaré aquí. Y haré un doctorado. Tengo un tema. He presentado la solicitud. Y también participé en el concurso de jóvenes talentos de *Vogue,* sólo por diversión.

—¿Y qué esperas hacer por último?

—No lo sé.

No quería pronunciar la palabra «casamiento» y no quería —o no podía— pensar en un futuro convincente sin matrimonio.

—Es maravilloso lo que haces —dijo Frederica—. No sabía que era posible...

—¿Que era posible qué?

—Hacer desaparecer el dolor de esta forma.

—Tendría que seguir con la espalda.

—No.

—Vamos.

—No.

—¿Por qué no?

—Está todo sucio. No estoy vestida. No...

—No serás la primera mujer que vea. Lo único que me interesa es tu espalda. Por ahora. Aprendí muchísimo de un herrador que conozco —bajó las sábanas—. Sabía tratar el lomo de un caballo para aflojar las vértebras, daba un golpe en la columna con el canto de la mano —hizo un gesto de demostración, sin tocarla—, y el alivio del jamelgo era visible. Clic, clic, liberación. Vamos. Déjame.

—Está todo sucio.

—No me molesta.

Nigel se aplicó a su tarea. Frederica se relajó, sumida en una sensación de bienestar que abarcaba la piel, la carne y los huesos.

—Yo no me quedaría aquí, si estuviera en tu lugar —dijo Nigel —. Me parecería que ya tuve bastante. ¿Qué quieres hacer por último? Querrás casarte.

—No lo sé.

—Serías muy rara si no lo hicieras.

—Es cosa mía. Podría casarme con un catedrático y quedarme

aquí.

—¿Y qué me dices del mundo real?

—Esto es real. Tan real como cualquier otra cosa.

Nigel tenía ahora las manos secas y calientes.

—Estuve con mi tío en Tánger —empezó a contarle—. Él sabía que iba a ocurrir todo esto de Suez. Tiene amigos en Israel y también en Persia, Omán y Egipto. Fue muy listo. Sabía que Nasser cerraría el canal, así que vendió una flotilla entera de barcos pequeños que dependían del comercio en el golfo e hizo su agosto en la Bolsa. Es un viejo pirata a su modo, el tío Hubert. Vive a cuerpo de rey en Tánger. Mi padre lo dejó a cargo de nuestro dinero, de mis hermanas y mío, y él se ocupa de nosotros, a su extraña manera. Pero la casa es mía. Voy a necesitar una esposa, para que cuide de mi casa.

—Quizá a ella no le agrade haberse casado por el bien de una casa.

—No voy a casarme por el bien de la casa, sino por el mío. Sé bien lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

La larga hilera de huesos prominentes, relajada y estirada, estaba flexible y palpitante.

—Sobre todo quiero a alguien que no sea aburrida. Atractiva, por supuesto, cariñosa y amable, pero muchas mujeres lo son. El problema es que la mayoría son terriblemente aburridas.

—Puede que ellas te encuentren aburrido a ti.

—Es posible. Pero ésa no es la cuestión. No sé si entiendes de qué hablo. Tú no te aburres ni aburres a los demás. Supongo que sabrías entretenerte donde fuera, ¿no?

No en Blesford.

—Sí. Sabría. Por principio.

—Lo sabía.

Frederica quería decirle: «No me casaré contigo, ni contigo ni con tu casa, no lo sueñes». Pero él no se lo había pedido, y la manera en que hablaba de su hipotética falta de aburrimiento dejaba bien en claro que sólo se trataba de una cuestión hipotética. No le estaba pidiendo que se casara con él. Tampoco le explicó por qué había estado tanto tiempo alejado sin comunicarse, ni por qué ahora había vuelto con la seguridad de que sería bien recibido.

—Ahora te sientes mejor —dijo Nigel.

Y ella asintió con bastante docilidad, ya que era verdad. Él le propuso que se levantara y que dieran un paseo fuera de

Cambridge, y también a esto asintió, sobre todo por el coche, por la velocidad, por cruzar esa valla invisible que separaba el jardín de la universidad del mundo. Se sentía protegida de él por la regla, y cerca de él por el calor de sus dedos.

De nuevo se dirigieron a Ely, en el mundo real, que en esta zona consistía en un entramado de estrechas carreteras rectas que discurrían por la cima de terraplenes, levantados con la negrísima tierra de esa región pantanosa y bordeados por el agua, brillante y oscura, de las zanjas de drenaje. Era una realidad serena y simple, idéntica a lo largo de kilómetros y a través de pueblos de casitas empobrecidas, con cruces a nivel y caminos de acceso de hormigón que parecían en desuso. Estos pueblos tenían nombres como Stripwillow, nombres mucho más bonitos y verdes de lo que aquéllos eran.

Cuando la loma de Ely apareció a la vista a la distancia, Nigel —que por lo general conducía en silencio— habló de pronto de Hereward.

—Todo parece más pequeño de lo que me imaginaba cuando era niño, cuando leía *Hereward the Wake.*[114] Yo vivía realmente la historia. Era fenomenal. Hereward el Berserker,[115] el que partía cráneos, el bandido de tierras y mares.

Detuvo el coche. Acababa de caer la noche; miraron la carretera gris, el terraplén marrón de helechos y zarzas, la secreta agua oscura. Frederica pensó que Nigel trataría de besarla, pero él se limitó a decir:

—Mira.

Un enorme pájaro blanco, grueso y suave, corpulento, ligero y silencioso en su vuelo, planeaba sobre el terraplén.

—Espera —dijo Nigel.

Se oyó un ruido sordo seguido de una especie de grito ahogado, y un segundo pájaro, de color crema en la luz agonizante, giró en dirección al primero.

—Lechuzas —dijo él—. Me encanta la rabadilla gruesa que tienen y la manera en que giran esa cabeza enorme. Gilbert White[116] dice lo flexibles y suaves que son las plumas de sus alas, para que no ofrezcan resistencia cuando se abalanzan sobre una presa. Ése sí que es un gran escritor. Lo leí en nuestra biblioteca. Y Parson Kilvert. Y W. H. Hudson.[117] Esos libros sí que tienen sentido para mí. Hacen que uno comprenda mejor las cosas. ¿Conoces a Hudson?

—No.

—Pues deberías. Conozco un excelente hotel en Huntingdon. ¿Quieres cenar conmigo?

—Me encantaría.

—Hacen un pato asado muy bueno, nada grasoso y bien crujiente. Y pastel de carne de venado. Si tienes hambre.

—Se suponía que tenía que ir a una fiesta en el Caius College.

—Estabas enferma. Si yo no te hubiera curado, te habrías sentido demasiado mal para ir.

—Eso es muy cierto.

El hotel era tan bueno como Nigel había dicho; mientras Frederica bebía coñac tras una variada y apetitosa cena inglesa, frente a un fuego de leña en una habitación revestida de madera, sintió una cálida simpatía por Nigel Reiver, que le había brindado un día en el mundo exterior, aliviado sus dolores, enseñado una lechuza, recordado sus lecturas infantiles. Tuvo una vívida imagen de un niño absorto en una biblioteca con paredes recubiertas de madera y asientos junto a las ventanas, que daban a una gran extensión de césped con un foso detrás, un niño imaginativo, reservado, misterioso.

—¿Qué libro te gustaba más? —le preguntó—. De tu biblioteca.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. ¿Por qué?

—Sonabas un poco paternalista. Demasiado gentil. No me gusta.

—Ésa no era mi intención. Simplemente recordaba las cosas que yo leía a esa edad: sir Lanzarote, *Puck de la colina de Pook,*[118] los cómics de *Tales of Asgard*...

—¿Has leído a Tolkien? —preguntó Nigel—. Tolkien es un genio, en mi opinión.

Frederica no había leído a Tolkien. Raphael había tildado su prosa de «repugnante» y Tony había dicho que sus concepciones sociales eran ideas wagnerianas simplistas del bien y el mal, razas superiores y razas inferiores y una estúpida adoración de la Inglaterra bucólica y de un inexistente campesinado feliz. Nigel Reiver se reclinó en el sillón, con la luz de las llamas de Huntingdon bailando en su moreno rostro, y dijo que, a su juicio, los libros de Tolkien estaban vivos como el de *Puck* porque contaban una historia real, porque simplemente trataban del bien y del mal, porque había montones de batallas y paisajes, sin máquinas, ni política, ni sexo.

—Hacen que uno se sienta limpio —dijo—. Ahora ríete.

—¿Por qué iba a reírme?

—Le dije a una chica de Oxford que creía que Tolkien era maravilloso, y se partió de risa. Dijo que yo era un caso perdido. Allí mismo me puso de patitas en la calle.

—Te topaste con la chica equivocada de Oxford —dijo Frederica —. A casi toda la gente de ahí le gusta Tolkien. Él es de Oxford.

Le intrigaba la chica de Oxford. ¿Cuántas chicas habían cenado con él en cuántos hoteles y hablado de *Puck de la colina de Pook*? Llegó a la conclusión de que el resumen que Nigel había hecho de Tolkien era perspicaz y nada inocente. Era perfectamente posible sentirse refrescado con una historia que tuviera un montón de peleas, sin política, ni máquinas, ni sexo. Estudió a Nigel con disimulo y descubrió que éste la observaba con mirada risueña y calculadora. Había en él algo muy semejante a Puck: el pelo oscuro, la espalda ancha y el cuerpo fornido, las orejas grandes, un toque astuto, humorístico y evasivo en su sentido práctico inglés. En el viaje de vuelta a Cambridge pensó en su nombre, Nigel. No le gustaba: era un nombre de niños formales, nacidos en hogares respetables donde ella no caía bien, y cuyas hermanas se llamaban Patricia, Gillian y Jill. Ahora lo vio de pronto de forma diferente, como un nombre de sir Walter Scott, el nombre de un pirata o de un bandido de la frontera escocesa. ¿Wordsworth no iba a llamar *The Reivers* a su drama *Los fronterizos*?

—¿Tu tío también se llama Reiver? —preguntó con voz adormilada a causa del coñac.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Dices que es un pirata a su modo. Me ha hecho pensar en Hereward.

—No entiendo a qué te refieres —dijo Nigel.

Sentado a su lado, tenía un aire amenazador con su grueso abrigo de pelo de camello, y las manos que aferraban con firmeza el volante enfundadas en guantes de cuero. Cuando llegaron a Newnham, se detuvo a la luz del farol, se volvió hacia ella y dijo:

—¿Y bien?

Frederica no salió del coche. De repente sentía un poco de miedo. Él extendió la mano hacia ella, confiado y firme. El olor de su piel era cálido, seco y, en cierto modo, familiar; un buen olor que no se parecía al de ella, pero que podía aceptar como tal.

—Por lo general no me gustan los besos húmedos —dijo Nigel—. Pero tú...

Cuando la besó, creció el miedo de Frederica, sin que supiera la razón. De hecho, se debía a que, en el curso de sus aventuras, no

había sentido un deseo específico sino una necesidad general de sexo, y a veces había confundido ésta con algo más particular o se había engañado a sí misma. Con manos y rodillas temblorosas, pensó que lo mejor que podía hacer era irse, y luego, que quería que él la mantuviera abrazada, aun contra el inadecuado abrigo. Sentado bastante tieso, él repitió:

—¿Y bien?

—¿Qué quieres decir con «y bien»?

—Quiero decir: ¿qué es lo que quieres?

—¿Qué es lo que quiero yo?

—Algo quieres, ¿no?

—No sé a qué te refieres.

—¿No sería mejor que entraras? —dijo él de forma exasperante.

Llevada por el instinto de conservación, Frederica bajó del coche. Cuando lo rodeaba por delante, él la llamó.

—Ven.

Ella fue.

—No pongas mala cara. Hemos pasado un buen día.

—Así es.

—Acércate. Vendré a verte pronto.

No quiso preguntarle cuándo.

—Dame un beso de despedida.

Frederica no pudo soportar no volver a tocarlo. Se besaron a través de la ventanilla del coche, de forma un tanto envarada, ella de pie, él recostado en el asiento del conductor.

—Vendré a verte pronto —dijo Nigel otra vez.

Ella se encaminó de vuelta a Newnham, muy rígida, atenazada por toda clase de dolores contradictorios.

Los personajes son ficticios e hipotéticos. También lo es el manojo de tarjetas de invitaciones que descansa en la repisa de cualquier chimenea de Cambridge, las cuales van desde el futuro, que es una ficción —el sábado próximo, el viernes de la semana que viene, el miércoles a las ocho—, hasta el pasado, o lo que podría haber sido, como en el caso de la fiesta de cumpleaños celebrada en Caius —de Jeremy Laud, veintiún años— de la que Frederica estuvo ausente y lo estaría para siempre, dado que había ido a Ely y Huntingdon con Nigel Reiver, o de una seria reunión en las habitaciones de Harvey Organ para discutir sobre *Seven types of ambiguity*[119] bajo los auspicios del Club de Crítica, a la que había dejado de asistir para hablar con Raphael Faber sobre su inscripción al doctorado, o una tarjeta decorada con pinceladas azul claro que

representaban a una figura encorvada con impermeable, un gallardo poeta de pelo largo, un desgarbado periodista con gafas, en la que se invitaba a Frederica a una velada musical con los tres estudiantes ingleses a quienes ahora llamaba *la petite bande*. Mientras revolvía las tarjetas y colocaba el pasado perdido —*paradis perdu*— detrás del futuro, esperanzador o temible, se preguntó qué se habría perdido: otra conversación con Harvey sobre la palabra «imagen», canciones con guitarra, una resaca, un nuevo amigo. Fue por la más fortuita de las casualidades, nos dice Forster a propósito de la visión que tiene Ricky del abrazo entre Agnes y su amante,[120] que aquél no se sintió escandalizado. Pero nunca iba a saberlo. Es Forster quien supervisa la casualidad, quien propone, dispone y juzga. Fue por azar que Frederica no se encontró con Ralph Tempest en la fiesta de gala de Jeremy Laud, en el debate de Harvey, en la conversación con Mike, Tony y Jolyon en medio del humo de una habitación con las paredes cubiertas de lemas. ¿Quién era Ralph Tempest? Un muchacho tímido e inteligente. Hablaba poco, pero cuando lo hacía tenía mucho que decir. Tampoco él acababa de decidir si permanecer en la universidad o vivir en el mundo, e iba a encontrar su propio modo de aunar ambas cosas, enseñando y viajando para hacer investigaciones. Era un antropólogo con el don de la síntesis, que leía poesía por placer. Tenía una boca que se volvería tierna con unos pocos años de seguridad, y una mente lúcida que en 1957 era por entero privada, compartida sólo con un antiguo compañero de escuela con quien mantenía una voluminosa correspondencia. (Había estudiado tanto en Eton como en el instituto de enseñanza secundaria de Manchester, debido a los caprichos de las becas y a la extraña carrera de su padre, quien había pasado por el ejército, la publicidad y, últimamente, la Iglesia.) Sabía muy poco del sexo y no se habría atrevido a tocar a Frederica —era demasiado joven para ella, como veréis—, pero iba a aprender muchísimo de la llorosa mujer de un profesor de antropología de Trípoli, a quien amaría de forma breve, tierna y desesperanzada. Habría hecho feliz a Frederica y le habría dado libertad. Ralph Tempest, que asistió a la reunión de Harvey Organ; que, en la fiesta de cumpleaños de Jeremy Laud, bailó con torpe gracia con Belinda, la hermosa prima de Freddie obsesionada con los húngaros; que, sentado en la cama de Mike Oakley en el Christ's College, pasó un brazo por la cintura de una chica de incipiente papada y vestido de brocado turquesa, una chica que, como Frederica, escribía un ensayo sobre la sangre y la luz en *Phèdre* pero no había leído a Proust (tampoco lo había leído Ralph Tempest) y

que tenía sus razones para no considerar la posibilidad de un doctorado en Cambridge.

27. Nombres de gramíneas

A principios del verano de 1957, Marcus hizo sus exámenes finales del bachillerato, de matemáticas, matemáticas avanzadas, química y botánica. (Esta elección tan particular fue dictada en parte por su renuencia a hacer disecciones de animales. Las autoridades de la escuela, complacidas de verlo al fin haciendo algo, deseosas de tranquilizar al padre y de devolver al hijo a una conducta humana normal, habían conseguido, con ciertas dificultades y con un suplemento de botánica, que pudiera asistir al Instituto Blesford para mujeres, donde estaba en la misma clase que Jacqueline, pero no con Ruth.) Ese mismo verano Frederica tuvo los últimos exámenes de su licenciatura en Cambridge, y escribió ordenados cuadernillos, repletos de citas y referencias cruzadas, sobre la tragedia, la crítica literaria, Dante y los moralistas ingleses, que en esa época incluían a Platón, Aristóteles, san Agustín y pequeñas porciones de Kant. Stephanie observó que la mancha de la frente de Mary era definitivamente más pálida y menos notoria. Will, de tres años, tenía pasión por los libros. Sabía el alfabeto y, desde el autobús o el sillín de la bicicleta, reconocía letras en las vallas publicitarias, que decía en voz alta: Mi W, la S de mamá, la D de papá, la M de Mary. Stephanie le leía cuentos de los Grimm, viejos relatos ingleses de hadas, baladas y hechizos. No había televisión, ni mulas que hicieran cabriolas, ni hombres maceta. Había un duende de Anglia del Este placenteramente odioso y de nombre Yallery Brown y un monstruo marino escocés sin piel llamado Nuckelavee que lo atraían de forma especial, tal vez por el ritmo de sus nombres. Lo que le gustaba, y lo que impacientaba a Daniel, eran las repeticiones, las virtuosas acciones de la Gallinita Roja, el cortejo sin fin de compañeros crédulos de Chicken-Licken, los tres cerditos o los tres príncipes que galopaban por tres caminos sobre tres gentiles animales para enfrentarse a tres gigantes en tres castillos y rescatar a tres novias de diversa belleza y virtud, de diversa capacidad también para tejer una seda lo bastante fina para pasar por un anillo de oro, o para hilar paja y convertirla en oro.

Cuando Marcus estaba haciendo su examen final de botánica, advirtió que por primera vez en su vida se sentía satisfecho. Había escrito una exhaustiva respuesta sobre varios aspectos de la

sexualidad de las plantas y abordaba ahora su tema opcional de especialización, las gramíneas. La gran variedad de conductas y formas sexuales del mundo de las plantas hizo más, a su modo, para apartar la atención de Marcus de la idea de que «debía de ser» homosexual que todo lo que el psiquiatra le decía u obtenía de él. (Esto no fue porque Marcus considerara las plantas de una manera antropomórfica, sino sólo porque le interesaban, y cualquier interés profundo por algo, sea lo que sea, contribuye a la serenidad moral.) Escribió con calma sobre las familias de árboles monoicos y dioicos y sobre la extraordinaria capacidad mimética de la flor de la abeja.

Escribió sobre las flores hermafroditas, catalogándolas según los complejos diseños con que impiden la autopolinización, que sólo es aceptable como último recurso (mejor la propia semilla que ninguna). En este contexto describió la conducta de la cobea, una planta que nunca había visto, por lo general polinizada por los murciélagos, que se fertiliza a sí misma con un movimiento convulsivo final de los estambres, justo antes de que caiga la corola. Describió también, con ayuda de diagramas tenues y claros, el mecanismo de la cleistogamia, la autopolinización de flores que nunca se abren, pero que «se casan cerradas». En Inglaterra, las violetas y las acederas se fertilizan de este modo si se desarrollan demasiado tardíamente en los bosques como para que la luz del sol y los polinizadores lleguen hasta ellas.

Nombrar y distinguir las gramíneas le proporcionaba un placer que complementaba el que le procuraban las matemáticas. Además, tanto las gramíneas como la denominación de las plantas eran cosas que se remontaban a su infancia. Su madre le había enseñado el nombre de las flores silvestres; las semillas voladoras de las gramíneas le habían irritado las mucosas de la nariz y la garganta; la inflamación de su carne ante la intrusión le había producido lágrimas, temblores y picores. No obstante, ahora podía catalogarlas, nombrarlas, verlas con claridad. Las gramíneas tenían «flores provistas tanto de estambres como de pistilos, o bien sólo de estambres o de pistilos, o bien, en ocasiones, asexuadas, es decir, sin estambres ni pistilos, envueltas en uno, dos o más pares de escamas o valvas llamadas glumas. El conjunto de las flores forma una espiguilla». «El tallo de las gramíneas suele recibir el nombre de caña; es cilíndrico o casi cilíndrico (nunca de base triangular), hueco y nudoso...»

¿De dónde proviene la intensa satisfacción que se experimenta al escribir tales cosas, o simplemente al hacer listas y dibujos, como en

el caso de Marcus?

Alopecurus: rabo de zorra
Phalaris: alpiste
Phleum: fleo
Lagurus: cola de conejo, o lágrimas de la Virgen
Milium: mijo
Gastridium: cañota
Polypogon: flecos de lana, o rabo de cordero
Aira: heno bravo
Arrhenatherum: hierba triguera
Hierochloe: hierba de la Virgen
Panicum: pasto aguja
Poa: hierba azulada
Briza: cedacillo, o tembladera
Cynosurus: cola de perro
Triticum: trigo candeal
Lolium: ballico
Anthoxanthum: grama de olor

Ese verano Marcus tuvo una visión del mundo en que éste aparecía como un globo, caracterizado no sólo por bandas de agua en movimiento y enormes redes de raíces, arenas movedizas y altísimos peñascos, sino por una suerte de amor humano que no se apoderaba de las cosas ni las consumía, ni intentaba siquiera humanizarlas, sino que se limitaba a denominar la vastedad de lo visible, a fin de distinguirlo con mayor claridad. Acostado en la cama por las noches, contemplaba este globo salpicado de los infinitos puntos brillantes de los nombres, y se contemplaba a sí mismo avanzando por un campo de heno en pleno verano, al que ya no veía como una horrorosa extensión de luz indiferenciada, ni como un lugar en el que podría persuadir a Ruth para que se acostara a su lado, ni tampoco como un obstáculo que debía atravesar, sino tal como era, con los tallos huecos de las gramíneas denominadas reluciendo con todas sus particularidades, *poa, panicum, arrhenatherum, anthoxanthum, phalaris.* En ese entonces habría sido incapaz de entender el terror existencial de Jean-Paul Sartre ante la informe alteridad de la raíz de un castaño, y, dados su humor y su edad, tampoco habría entendido la sensación de Sartre de que la materia escapa a nuestra denominación, crece más allá de ésta, amenaza con devorarla, de tal modo que carece de sentido decir que el cielo es azul, o contar los castaños y diferenciarlos de

los plátanos. La geometría le parecía ahora parte constituyente de las cosas: estaba en su mente, en el tallo de las gramíneas (cilíndrico, nunca de base triangular). Había habido una época en que, para protegerse precariamente del terror al barro revuelto del Campo Lejano, que asociaba con los mortales campos lodosos de Passchendaele,[121] recurría a una geometría de mapas compuestos de líneas blancas y porterías. Ahora advirtió que las amapolas florecían en exceso en los campos de Flandes, porque el suelo despedazado por los obuses dejaba expuestas las semillas a una luz más intensa.

Cuando empecé esta novela, pensaba que sería una novela de denominaciones y exactitud. Quería hacerla tal como William Carlos Williams dice que se debe hacer un poema: sin más ideas que las que hay en las cosas. Incluso pensé en tratar de escribir sin figuras retóricas, pero tuve que renunciar muy pronto a este proyecto. Sería posible nombrar algo sin metáforas, describir de forma simple y clara, clasificar y distinguir un espécimen de otro, *arrhenatherum, les jeunes gens en fleurs*. En este libro hipotético se resaltaría la importancia de los nombres, de la denominación, y también —sospecho— de los adjetivos, esos clasificadores pasados de moda. Mientras Marcus hacía sus exámenes finales de bachillerato, se hallaba en un estado en que eran las ideas claras y definidas lo que lo entusiasmaba, no la fusión de visiones. Le gustaba caracterizar los especímenes, es decir, los ejemplares representativos de su especie. En el mundo en que Frederica hacía los últimos exámenes de su licenciatura, explayándose sobre la idea de T. S. Eliot del poeta como catalizador de la fusión pseudoquímica de imágenes, sobre la idea de Coleridge del símbolo (como reflejo de lo general en lo particular, lo especial en lo general y lo universal en lo especial), sobre las metáforas de Platón del fuego y la caverna, o sobre los tropos de Racine sobre la sangre culpable y el sol oscurecido de Fedra, de más está decir que elaborar imágenes comparativas representaba gozar de un gran poder, ser un pequeño dios que creaba nuevos conjuntos. Los amigos de Frederica se habrían abalanzado sobre la historia de Marcus y la flor cleistógama, y habrían creído que entendían algo por haber visto allí una analogía. Cuando lo cierto es que parte de tal visión instantánea impide otras maneras de ver.

Adán en el Edén dio nombre a plantas y animales (y, según es de presuponer, a rocas y piedras, y quizá también a átomos y moléculas, protones y electrones). Pero incluso en el acto de denominar creamos metáforas. Consideremos las gramíneas, tan

cuidadosamente distinguidas una de otra. Son en sí pequeñas figuras retóricas. *Glastridium:* cañota, de *gastridion,* una hinchazón leve. *Aira:* heno bravo, de *airo,* destruir (es una hierba destructora). *Panicum,* o pasto aguja, de *panis,* pan, porque las semillas de esta gramínea se pueden moler y comer. *Arrhenatherum,* hierba triguera, viene de *arrhen,* macho, y *ather,* barbas. ¿Era la hierba que yo podía elegir de forma natural para incluirla en una frase con la sombra de *les jeunes gens en fleurs*? Y luego la grama de olor, *Anthoxanthum —anthos,* flor, *xanthos,* amarillo—, junto al alpiste, *Phalaris —phalos,* brillante—, y ¿qué teníamos de pronto?, ¿una descripción o una evocación de los campos de luz?

En el Renacimiento existía la creencia de que el lenguaje era un sistema de símbolos dado por Dios, que describía o nombraba objetos que a su vez eran un lenguaje —como los jeroglíficos— escrito por Dios en la superficie de las cosas, de modo que las flores, el topinambo o girasol tuberculoso, el heliotropo, por ejemplo, representaban la verdad espiritual del alma que se volvía hacia la Fuente de luz y vida. Correspondencias fortuitas, correspondencias que dependían de la estrechez de nuestra visión o de su carácter obsesivo, correspondencias exploradas por los científicos en busca de las leyes del crecimiento, la luz, el movimiento, la gravedad; todas formaban parte del lenguaje divino, esto es, del Verbo que animaba la materia sin forma. Las pequeñas figuras retóricas de la denominación de las gramíneas no son de esta naturaleza; es evidente que responden a la abrumadora necesidad humana de establecer conexiones y comparaciones (rabo de zorra, cola de conejo, rabo de cordero, cola de perro), aun cuando sean también material poético (lágrimas, tembladera). Como dijo Vincent van Gogh, en nuestro mundo los olivos pueden representar olivos, deban tal vez representar olivos, y lo mismo puede decirse de los cipreses, los girasoles, el trigo, la carne humana. (Sin embargo, Van Gogh no pudo despojar a ninguna de estas cosas de las metáforas culturales, tan próximas e intrínsecas como su propia sombra, que reemplazan —como él casi dijo— la antigua aureola.)

Marcus tampoco veía esto. Pero estaba interesado en la semejanza, en algo que él llamaba imitación, sin saber si había una voluntad de imitar ni dónde podía residir ésta. Consideremos la flor de la abeja, esa trampa en forma de abeja hembra que invita al inquieto macho a aferrarse, penetrar, sacudirse sobre la flor, la cual lo encierra entonces en una prisión vegetal donde tiene que girar, para fertilizarla, hasta que la flor se marchita. Marcus, como la mayoría de los seres humanos, se veía impelido a ver en esto una

obra de la inteligencia y no del puro azar. Si, con el correr de los milenios, la flor se ha acercado más y más a la engañosa forma de la abeja, y si el mecanismo viviente se ha perfeccionado, nuestra inteligencia es incapaz de concebir que esto haya ocurrido sin inteligencia. El ciego azar es mucho más difícil de imaginar y guarda poca relación con lo que solemos llamar azar, el fortuito golpe de suerte, la caída de una moneda de una cara u otra, el lanzamiento de las bolas de billar hacia uno u otro lado. Durante siglos hemos creído que nuestra mente reflejaba el orden de las cosas y que, por tanto, podía aprehenderlas. La flor no tiene ojos para ver la exactitud de su parodia. La manera en que sabe que es exacta —si es que lo sabe— es algo que excede nuestra comprensión. A causa de la flor de la abeja, a causa de este perturbador tropo sobre su perfecta exactitud (como el melocotón de mármol de Coleridge, la flor es en cierto sentido una copia, no una imagen), Marcus había llegado a extender su concepto del dios de las hormigas hasta hacer de él una inteligencia dominante y organizadora. Aún creía que ésta no tenía nada que ver con él. Se esforzaba por no decir «Esta flor se creó para que pareciera una abeja hembra», pero era casi imposible no creer en un Creador.

Marcus llevó a Jacqueline y Ruth a que vieran sus olmos. No les habló de la luz ni del diseño, si bien les mostró la regularidad con que las ramas y ramillas se alzaban en espiral de una manera característica. Tumbados los tres en la hierba, al pie del árbol, comieron manzanas y charlaron sobre sus hipotéticos futuros. Ruth estaba determinada a ser enfermera. Jacqueline y Marcus habían solicitado ingresar en la Universidad de North Yorkshire; Marcus, porque allí podría estudiar tanto matemáticas como botánica; Jacqueline, porque estaba muy apegada a North Yorkshire. A ello se sumaba que Marcus era reacio a asumir compromisos que pudieran alejarlo demasiado del hogar que encontraba tan opresivo. Jacqueline pasó los brazos por los hombros de Marcus y de Ruth y los atrajo hacia ella. Ruth la rechazó —bien por broma, bien por un deseo de que no la tocaran, Marcus no habría sabido decirlo—, y los tres rodaron por la hierba llena de pinchos, las piernas enredadas, palma contra palma, los alientos cercanos. Durante esta agradable refriega Marcus pudo pasar la mano a lo largo de la brillante trenza, y advirtió cómo, bajo ella, la columna se ondulaba y se estremecía ¿de qué? ¿De placer? ¿De irritación? Jacqueline tenía las manos, cálidas y morenas, en sus hombros y el rostro muy cerca del suyo, y Marcus extendió otra vez la mano para tocar el espeso cabello, frío

aun bajo el sol. Ruth rodó hacia un costado, se sentó y se arregló la falda. Jacqueline permaneció por un momento acurrucada contra el insustancial Marcus, y luego también ella se sentó y rió. Que Marcus recordara, era la primera vez que sentía el placer de tocar. Estaban a gusto, los tres.

Will tenía un tren de juguete, regalo de Winifred, que consistía en una gran figura de ocho de vías de plástico azul claro interconectadas, con agujas, una placa giratoria y juntas para ensamblar. Por estos raíles rodaban una locomotora escarlata, dos vagones amarillos, un vagón cisterna verde y un furgón azul oscuro. A veces las gatas (se habían quedado con la gata así como con la gatita blanca manchada, convertida ahora en una gata bailarina, delgada y nerviosa) golpeaban los vagones con la pata mientras Will los hacía dar vueltas. El tren se volcaba, y Will se enfurecía y les lanzaba cubos y otros juguetes a las gatas. Mary también se acercaba con paso tambaleante y se dejaba caer pesadamente sobre las vías con su braga de plástico y toalla, o se apoderaba de la locomotora y gorjeaba de placer. Stephanie estaba de parte de Will: también ella había sido una hermana mayor que se veía despojada de sus cosas por una resuelta hermana menor. Pero la atemorizaba el alcance e intensidad de la furia desencadenada por estas interferencias. La cara de Will se ponía roja, le rechinaban los dientes, la frente se le arrugaba y casi le ocultaba los ojos. Su ira era total. Destrozaba su propio tren y arrojaba las piezas por la habitación, mordía, no sólo el regordete hombro de Mary, sino también la mano de su madre, que intentaba ayudarlo, y a veces la suya propia. O se golpeaba la frente contra el último peldaño de la escalera hasta que se llenaba de cardenales e hilos de sangre. Esto era demasiado para Stephanie. Ella sabía cantarle a un niño enfermo para hacerlo dormir, o leer un cuento por vigésima vez de forma tan expresiva como la primera, pero la furia la amedrentaba. Reaccionaba ante su hijo como hacía ante su padre, con apatía y pasividad: recogía sus proyectiles, ponía a Mary fuera de su alcance, sin castigarlo ni ofrecerle un consuelo que él no buscaba ni habría aceptado. Un día Will lanzó la locomotora a la cara de Mary en el momento en que la madre de Daniel bajaba la escalera, volviendo del lavabo. La abuela puso un pie gordo y deforme encima de la locomotora, que salió despedida; el cuerpo se le torció y cayó con las piernas abiertas, acompañada por un ruido de enaguas desgarradas y un aullido de dolor. Con la cara crispada y amoratada vociferó «¡Ya está, lo has conseguido!» y «¡Ninguna consideración!»

y se puso a jadear. Stephanie corrió hacia ella y se vio rechazada por unas manos llenas de furia.

—No sirve de nada. Me he roto la cadera. Lo sé. Me la he vuelto a romper en el mismo sitio. No me toques, el dolor es horroroso. Pide ayuda, no te quedes ahí plantada.

Todo eran gritos y lloros; Mary gritaba de miedo, la abuela de dolor, Will de profunda culpa y furia. Stephanie llamó a la ambulancia. La madre de Daniel, resoplando y con la cara mojada, fue acomodada en una camilla, tapada con una manta escarlata y conducida fuera. Stephanie, con Mary a horcajadas en la cadera y Will cogido del otro brazo, salió a la acera. Los ojitos hundidos entre pliegues de grasa le lanzaron una malévola mirada de soslayo.

—Bueno —dijo la madre de Daniel—. Ahora estarás contenta —jadeó y recuperó el aliento—. Has conseguido lo que querías. No te lamentarás por haberte librado de mí.

—¡Oh, por favor! —dijo Stephanie.

Mientras la introducían en la ambulancia, la cara de su suegra parecía brillar con la energía del rencor.

—No creas que no sé lo que sientes, chica. Eres muy educada, pero no sabes qué hacer conmigo, soy una cruz para ti, una carga de la que es mejor deshacerte. No has tenido ni una palabra desagradable conmigo desde que llegué, pero tampoco una palabra de verdadera cordialidad o humanidad, ni una, no te preocupa cómo estoy, mientras cumplas con tus tareas, fría como un témpano. ¡Hacerme sentar en medio de todos esos lunáticos! No tienes ni idea de lo que he sufrido en esta casa, ni idea tienes...

—Vamos, señora —dijeron los hombres de la ambulancia—. Es la conmoción —le dijeron a Stephanie, cerrando las puertas blancas —. No le haga caso.

Pero le hizo caso. Era verdad. Había soportado con paciencia a la madre de Daniel y no había hecho nada por conocerla. Mary lloraba. Will le tiró de la mano.

—¿Van a «reparar» a la abuela? ¿Vas a reparar mi tren? Mary lo cogió. La abuela lo pisó. Está muy «dañado».

Era bueno con las palabras.

—Se puede reparar el tren, ¿no?

Así pues, por primera vez desde que Marcus había ido a vivir con ellos, Stephanie cenó a solas con su esposo. Comieron tarde, ya que Daniel había ido a ver a su madre y a varias otras personas. Vestido con su lustrosa ropa negra y su alzacuellos, el espeso cabello desgreñado, la cara oscurecida por la barba crecida,

ataviado a la vez con exceso y desaliño, desaseado, Daniel guardaba silencio. Stephanie lo miraba con imparcialidad, como si mirara a una persona cualquiera, y no sabía qué decirle. No quería empezar como de costumbre mencionando a Will o Mary, a Marcus o a la abuela; tampoco quería recurrir al dinero de los impuestos o de las ventas de caridad, a los protegidos o los Farrar. Estaba casada con ese hombre grueso que masticaba con el entrecejo fruncido. Era su esposa. Se apoderó de ella una locura que era a medias una inadmisible euforia por la ausencia de la vieja mujer, a medias la sensación de que su desatendido ser volvía dolorosamente a la vida como una extremidad entumecida. Como de costumbre, esto asumió en ella la forma de una especie de rabia.

—¿Por qué no me hablas? Tenemos tan pocos momentos para nosotros...

—¿De qué quieres que te hable? No estoy habituado a hablar. Hoy he tenido un mal día.

—Ya lo sé. Pero nunca hablamos.

—¿Hay más verduras? Las alubias están muy buenas.

—He estado pensando. Me pone mal tener que usar un vocabulario limitado. Todo el tiempo. ¿Cuántas palabras calculas que tiene un vocabulario promedio? ¿Mil? ¿Dos mil? Will aún no tiene tantas, y Mary menos aún. Y la gente con la que hablo, en las tiendas...

—Y mi pobre madre.

—Y tu pobre madre —repitió con firmeza—, y la mayor parte de la gente de la parroquia no entenderían la mayoría de las palabras que me interesan, si las dijera de buenas a primeras, de improviso. Así que las palabras se convierten en espectros. Y me acosan.

—Tal vez yo tampoco las entendería —dijo Daniel con aspereza —. Mi propio vocabulario se ha deteriorado desde mis días de estudiante. O desde nuestro noviazgo.

—Exactamente. Aquí tienes más alubias —la comida mejoraba el humor—. Aprendemos a pensar y luego no podemos utilizar las palabras con que pensamos...

—¿Como cuáles?

—Bueno —dijo ella con frivolidad, desesperada—. Discursivo. El pensamiento discursivo. Sofístico. Ideal... en el sentido platónico. Catalizador. Anacoluto. Mendaz. Realismo. Lo peor son las palabras que tienen sentido en el reducido vocabulario que uso, como «real» e «ideal», porque han perdido la mitad de sus connotaciones... ¿Entiendes lo que quiero decir, Daniel?

—Entiendo —dijo él, empujando su plato—. No debería haber

hecho que te casaras conmigo. Creí que era algo bien real, ¡que Dios me perdone!

—Y lo era —se apresuró a decir ella.

—Sí. Y tus gruesos volúmenes de vocabulario que no abres jamás también son reales.

—Daniel, puedo enseñárselo a Will y a Mary.

Tenía miedo de lo que había hecho. Había tenido la intención de decir algo cariñoso, de ella hacia él. ¿Quién era él? ¿Qué cosas le interesaban? Era un hombre bueno y práctico. Ella lo amaba. Sin duda.

—No entiendo —dijo Daniel—. Esto no era lo que yo tenía en mente —señaló con un gesto la pequeña estancia confortable, donde los juguetes de Will, incluida la locomotora, estaban apilados en un cesto de ropa, donde los pañales de Mary colgaban de una cuerda frente a la chimenea. Se echó a reír—. No encuentro la palabra apropiada. Todo se ha... amortiguado.

—«Amortiguado» es una buena palabra.

—No seas amable conmigo, Steph. Nada de paternalismo. No lo soporto.

—Daniel, yo te quiero.

—Eso creo. Pero fue una tontería de tu parte. De verdad.

—Uno no elige, en el amor.

—¿Eso crees? Pues quizá sería mejor hacerlo. Nunca pensé que fuera importante, hasta que... Últimamente odio hablar. Gideon es un gran orador, organiza charlas, grupos de discusión y demás, pero no... No era eso lo que yo quería hacer...

—Tenías muy claro lo que querías hacer. Antes de casarte conmigo. Tú también has perdido algo. Tan considerable como mi vocabulario.

—Sí —dijo él, con la mirada clavada en la mesa.

Stephanie pensó que lo mejor para ella, para su alma solitaria, sería seguir conversando, obligar a Daniel a hablarle, pero temía demasiado el fracaso y se había deshabituado demasiado a las palabras, para atreverse. De modo que hizo lo que convenía en segunda instancia: se arrodilló junto a la silla de Daniel, lo cogió de la mano y apoyó la radiante cabeza en sus rodillas.

—Te quiero. Ahora estamos realmente solos.

Él le acarició el pelo, abrió a ciegas los brazos, y se estrecharon con fuerza. En silencio se pusieron de pie, subieron la escalera y se sumieron en la nueva libertad del dormitorio. En la cama eran felices, se conocían, se amaban. Y las palabras erraban sin rumbo, inutilizadas. Peripecia. Angustia. Morfología. Una capacidad

infinita. La facultad de comprensión de un dios. Los hombres han muerto y los gusanos los han devorado, pero no de amor, no aún por restricción de vocabulario. Se durmió bajo el peso del brazo de Daniel.

28. La silla amarilla

Wilkie le tendió a Frederica el *Manchester Guardian.* Estaban tomando un café en Friar's House, donde la cafetera exprés era más nueva que la de The Alexandra y el café tenía un sabor más fresco y acre bajo la espuma blanca y los copos de canela y chocolate amargo, no ese gusto rancio y lavado que adquiere al pasar por un poso viejo.

> Una nueva obra teatral en verso de Alexander Wedderburn. El equipo que logró el triunfo de *Astrea* el año de la coronación, el dramaturgo Alexander Wedderburn y el director Benjamin Lodge, ponen en escena una obra muy diferente en el teatro Dolphin, *La silla amarilla,* un drama intenso y claustrofóbico sobre los tormentosos y trágicos sucesos de los últimos años de Van Gogh. El pintor, un papel exigente por su intensidad lírica y su violencia temperamental, es interpretado por Paul Greenaway, a quien se recordará por su convincente representación de D. H. Lawrence en televisión, en *Mira, lo hemos logrado,* del prometedor «iracundo» Jim Cobb. Gauguin es interpretado por Harold Bomberg, a quien pudo verse hace poco como Laertes en el *Hamlet* de Stratford y que ahora se toma un respiro de Shakespeare. Michael Witter, que acaba de filmar *Hornblower en el Báltico,* hace de Theo van Gogh. La nueva estrella de la escena londinense, Debbi Moon, interpreta varios papeles, entre ellos el de la prostituta, Rachel, a quien Van Gogh regaló su oreja cortada. Wedderburn dice que el tema «se le apareció» durante unas vacaciones en Provenza, donde se encontró inmerso en las «electrizantes discusiones» de los dos pintores. Benjamin Lodge afirma que la obra es un magnífico vehículo para un actor versátil y que Greenaway tiene la talla para salir triunfante del desafío.

Había una fotografía de Greenaway, con mirada feroz y barba a lo Lawrence, junto a una reproducción en gris y blanco del último autorretrato de Vincent, color verdemar, con mirada feroz y labios apretados, contra un fondo característico de espirales ascendentes, imprecisas aquí por el velo de puntos del periódico.

—Hacen que parezca bastante corriente —dijo Frederica.

—Tienes que lanzarte al periodismo crítico —repuso Wilkie, que compartía el secreto del proyecto de *Vogue*— y salvarlo. Cuando tenga mi hueco de arte en televisión, podrás venir a mi programa y pronunciarte sobre la integridad artística de Alexander sin emplear ni una vez las palabras «intenso», «brillante» o «vehículo» ni el nombre de Christopher Fry.[122] ¿Qué te parece si vamos a ver *La silla amarilla*? Podríamos alquilar un autobús y reunir a un grupo de Cambridge para ir a ovacionarlo la noche del estreno. ¿Te acuerdas de lo anonadada que te quedaste aquella cálida noche estrellada en Aviñón, cuando nos viste bajar de las almenas, a él y a mí, como ángeles caídos? ¿Aún conservas una llamita por él en el corazón? Nunca supe con exactitud cómo acabaron las cosas entre vosotros.

Frederica hizo caso omiso de la parte personal de sus comentarios.

—Eso es, alquilemos un autobús. ¿Conoces a Raphael Faber? ¿Crees que podrías persuadirlo para que venga?

—Sí, lo conozco, y sí, podría persuadirlo. Lo vieron en la representación de *Esperando a Godot,* de modo que es obvio que no le resulta imposible ir a Londres. Pero es una causa perdida, como sabrás.

—Las causas perdidas pueden ser muy agradables. No acaparan tanta parte de la vida.

—Tendrías que haberte quedado conmigo, para eso. Yo habría acaparado muy poquito y de forma muy placentera.

—No, gracias.

—Toda esa sangre —dijo Wilkie—. ¡Dios mío, toda esa sangre! Aunque es mejor que haya sido yo y no el gentil Hugh Pink, ¿no crees? Yo tengo más recursos.

—No me acuesto con Hugh Pink.

—¿Por qué no?

—Porque lo afectaría mucho.

—Qué chica más decente que eres, vaya.

—¡Claro que lo soy! —gritó Frederica, con verdadera indignación.

Wilkie se rió.

La materialización de una idea teatral es también siempre la muerte de una idea mayor, como Alexander ya había descubierto. No obstante, había un momento maravilloso: la prueba de luces con los decorados acabados. El Dolphin era un pequeño teatro

restaurado de la City, cerca del río y lejos del barrio de los teatros, que acogía nuevas obras experimentales, las cuales se trasladaban luego a salas más amplias y permanentes, si agradaban al público. El escenógrafo de Alexander, responsable también de la iluminación y de varios efectos visuales, era un hombre joven llamado Charles Koninck, que enseñaba en la Escuela Slade y había entendido lo que Alexander había querido decir al explicarle que deseaba el escenario lleno de luz. Había tres actos, y en cada uno el escenario parecía una caja cerrada hundida hacia atrás cuyo telón de fondo, merced a diversos dispositivos, daba la impresión de ser pequeño, brillante y lejano. En el escenario había tres objetos: la silla amarilla de Vincent, de sólida madera y mimbre, la butaca curva de Gauguin, más opulenta, con asiento verde y pintada de marrón rojizo con reflejos violeta, y un caballete en el que, de rato en rato, se proyectaban diapositivas ampliadas de diversas pinturas, la enorme Biblia negra pintada del padre de Vincent, la pila de novelas amarillas sobre un brillante fondo rosa y blanco, hecha en París, *La mesa del desayuno.*

La obra constaba de tres actos. Durante el primero, todo era blanco y negro con reflejos luminosos en la oscuridad, flamenco, invernal, tenebroso. El telón de fondo tenía los colores de *Los comedores de patatas,* con sus tonos terrosos y negruzcos, su luz oscura, su claustrofobia. Los bastidores, deformados geométricamente para que pareciera que se achicaban y retrocedían en ese espacio reducido, se habían diseñado según dibujos de la juventud de Van Gogh, con hileras de sauces bordeando los canales, marañas de raíces de árboles desmochados, ramas heladas de donde pendían encajes de hielo en el jardín de Nuenen. Árboles y raíces se alzaban como los barrotes de una jaula, hermosos y aprisionadores. En el segundo acto, el color lo inundaba todo. En el fondo del escenario estaba *El sembrador,* dorado y púrpura; en el bastidor de la izquierda, *Los girasoles,* más grandes que el paisaje, brillantes círculos de oro sobre el azul; en el bastidor derecho, los *Lirios,* pintados en Saint Rémy, «el otro ramo violeta (que llega hasta el carmín y el azul de Prusia puro) destaca sobre un fondo amarillo limón chillón». Vincent calificaba esta pintura de «terrible» y decía que le producía temor. Koninck, un joven meticuloso de calvicie incipiente y gafas de montura de acero, había ideado un medio para intensificar esta imagen, que consistía en proyectar una segunda diapositiva del cuadro sobre la primera, o en inundarlo de luz dorada o violeta, de manera que se convertía en oro radiante u ondeaba como un mar púrpura.

En el tercer acto se mantenían las imágenes de las flores, pero *El sembrador* se reemplazaba por *El segador,* con el oscuro sol dorado junto al pálido oro blancuzco de las ardientes gavillas. Van Gogh lo había visto a través de los barrotes de su celda en el manicomio, y Koninck había hecho que, de tiempo en tiempo, se proyectaran los barrotes sobre la luminosa escena en que *El segador* se interna alejándose de nosotros, como *El sembrador* se aleja del sol avanzando hacia nosotros.

> Vi entonces en este segador —una vaga figura que lucha como un demonio en el intenso calor, para acabar su tarea—, vi entonces la imagen de la muerte, en el sentido de que la humanidad sería el trigo que se siega. Así pues, si te parece, es lo opuesto de ese sembrador que intenté representar antes. Pero en esta muerte no hay nada triste, ocurre a plena luz con un sol que inunda todo de una luz de oro puro.
>
> Querido hermano —siempre te escribo en los intervalos entre pintura y pintura—, estoy trabajando como un verdadero poseso, me domina más que nunca un sordo furor de trabajo...
>
> Es todo amarillo, salvo una línea de colinas violeta, de un amarillo claro y rubio. Me extraña haberlo visto así a través de los barrotes de hierro de una celda.

—¿Está satisfecho? —le preguntó Koninck a Alexander—. Espero que sí. Yo lo estoy. Mucho.

—Estoy maravillado —dijo Alexander con sinceridad—. Tan sombrío y tan luminoso...

—Presenta algunos problemas interesantes —comentó Koninck —. Voy a probar uno o dos trucos en la iluminación de los actores, a semejanza de lo que se hace en el ballet. Si se ilumina el escenario con un foco rojo y un foco blanco y hay dos figuras, cada una de las cuales interrumpe la luz de un foco, podría suponerse que se verá una sombra roja y una sombra blanca sobre un fondo rosa. Pero el ojo se adapta y ve la luz rosa como blanca, de manera que la luz roja interrumpida se percibe como luz blanca sin el rojo, es decir, como azul verdoso. Se puede conseguir un bonito baile de sombras rojas y turquesa sobre blanco. Intenté captar algo de los colores complementarios de Van Gogh para seguirlos a él y a Gauguin, o para arrojar dos sombras de Van Gogh en diferentes pantallas. Los terribles tonos rojos y verdes de las pasiones humanas se obtienen con los colores primarios de la luz. Los violeta y los oro son más difíciles, pero he puesto haces entrecruzados. Y podemos lograr un

gran dramatismo iluminando medio escenario alrededor de las dos sillas, que resplandecerán literalmente de electricidad. Podemos unir los colores complementarios en una sola imagen blanca. Podemos crear aureolas. Podemos cambiar el color de su ropa y del telón de fondo, como Van Gogh hizo en sus autorretratos. No hay mucha acción en su pieza, más bien diálogo, así que lo resolveremos con la luz. Creo que será interesante.

—Eso espero —dijo Alexander—. Aunque podría ser muy irritante, como él dice.

—Irritante y armonioso por turnos —dijo Koninck y, para gran placer de Alexander, añadió—: Había olvidado hasta qué punto Van Gogh era un gran hombre. Creo que nos hemos acostumbrado demasiado a él. Al tener que hacer esas imágenes tridimensionales, uno lo ve con nuevos ojos. ¿Sabía que hoy en día los pintores aprenden su arte mediante los colores de diapositivas, no de la pintura al óleo? Vivimos en un mundo de luz proyectada. Aquí tenemos concentrado todo el arte moderno de la iluminación. A raudales. Es un sueño.

El público de la noche de estreno, como todos los públicos de un estreno, estaba a la vez inusitadamente bien predispuesto y preparado para ser malévolo o despectivo. Alexander, sentado aparte junto a Martina Sutherland, al costado del patio de butacas, sonrió distraído a Thomas y Elinor Poole y vio de repente, en el centro de la primera fila, los cabellos rojos y la cara afilada de Frederica Potter, sentada entre Wilkie y un hombre moreno y delgado a quien no conocía. De hecho, toda la primera fila estaba ocupada por el grupo del autobús de Wilkie, que de hecho habían viajado en tren, en compartimientos reservados, con botellas de vino blanco y emparedados de salmón ahumado. Estaba la Caroline de Wilkie y Ann Lewis, Alan Melville y Tony Watson, Marius Moczygemba y Hugh Pink, y, al otro lado del hombre moreno, Vincent Hodgkiss, a quien Alexander reconoció de pronto y sonrió con nerviosismo. Prefería un público anónimo. Frederica le hizo un gesto de saludo, y él se lo devolvió. Se alzó el telón.

La crítica iba a tildarla de obra estática y, paradójicamente, la compararía en su perjuicio con *Esperando a Godot,* donde no pasaba nada, mientras que en *La silla amarilla* había locura, destrucción y muerte. Greenaway permanecía en el escenario de principio a fin, entre las pantallas, entre los bastidores con su jaula de sauces o su decoración de girasoles y lirios. Permanecía en la deslumbrante

claridad de la intensa luz, o en el centro de la oscura bruma de la luz negra de su juventud en Holanda. También Michael Witter —que hacía de Theo van Gogh— estaba todo el tiempo en escena, aunque fuera de la estructura de pantallas y bastidores, casi siempre solo, en el proscenio, en bastidores, y, hacia el final, acompañado de su joven esposa, Johanna van Gogh-Bonger, con su hijo en brazos, el recién bautizado Vincent van Gogh, una familia. En el transcurso de la obra, Theo entraba dos veces en la caja de luz, una en el segundo acto, tras la única escena violenta en que Van Gogh, de pie junto a la cama de Gauguin, lo amenazaba en silencio con su navaja y luego huía, intimidado, para rebanarse la oreja. Al final del tercer acto, después del último acto de violencia, se reunía con su hermano agonizante, mejilla contra mejilla en la almohada del moribundo. «Me gustaría irme así», decía Vincent, en la vida, en el escenario, y moría. Otros personajes silenciosos —el cartero barbudo, Roulin, los dos médicos, Rey y Gachet, una serie de mujeres, todas, como Johanna Bonger, interpretadas por Debbi Moon— aparecían casi como fantasmas entre las pantallas y fuera de los límites de las pinturas, en medio de una niebla, destacados por la atención de Vincent y los focos de Charles Koninck.

Alexander se fijó sobre todo en lo que Lodge había hecho con su obra. Había realizado varios cambios, algunos sutiles y otros no, para sugerir una explicación sexual de los trastornos mentales de Van Gogh. En la secuencia holandesa hizo permanecer a la silenciosa prostituta «rescatada» (de nuevo Debbi Moon), desnuda, en cuclillas y semioculta tras una pantalla, tal como Vincent la había dibujado en *Sorrow* [Aflicción], durante mucho más tiempo de lo que Alexander había previsto, de tal modo que todo lo que Vincent decía del amor y la soledad se dirigía a esta muda figura.

Había introducido una coreografía de ballet en el segundo acto, cuando Van Gogh y Gauguin cohabitaban y reñían. Alexander había incluido una mujer silenciosa para que recibiera la oreja ensangrentada. Lodge había poblado un fantasmal café nocturno con prostitutas de Toulouse-Lautrec, a las que Gauguin, con guantes verde-azulados, mostraba el arte de la esgrima, mientras Vincent jugaba morbosamente con una navaja de afeitar en la casa, sentado en «su» mitad del escenario, en la silla amarilla. De hecho, Vincent había escrito que él era un buey y Gauguin un toro.

Lodge había tenido dificultades para persuadir a Greenaway de que hiciera a Vincent tan desagradable como éste debía de haber sido en sociedad. Alexander había citado a Wijnnobel: «La persona más desagradable que uno pueda imaginar. Un hombre del que nos

apartaríamos enseguida, si se sentara a nuestro lado en un café». Greenaway había hallado un excelente modo de intimidar o sermonear a Gauguin desde muy cerca, y hablaba pegado a su cara, invadiendo su espacio corporal. Escupía palabras —Delacroix, Getsemaní—, que se posaban en forma de saliva en la ropa de Bomberg, donde brillaban fugazmente. Lodge le había proporcionado la comparación que el propio Van Gogh establecía entre su pintura y la interpretación de un actor: «Trabajo y frío cálculo, en el que uno tiene la mente extremadamente tensa, como un actor en el escenario con un papel difícil, en el que hay que pensar en mil cosas a la vez en sólo media hora».

Ni Greenaway ni los versos de Alexander expresaban eso que era esencial, el trabajo, el frío cálculo, la tensión. Si Alexander hubiera pensado menos en la inteligencia de Van Gogh, habría podido mostrar con más eficacia el aspecto mugriento y poco atractivo del pintor. El interés de Alexander se centraba en el aislamiento de la mente. El de Lodge, en el fracaso de la comunicación. Era este fracaso lo que Greenaway expresaba. Greenaway mascullaba los versos de Alexander siguiendo el método Stanislavsky de dejarse llevar por los propios sentimientos, pero sus nerviosos manoseos de Gauguin y de Theo, sus bruscos retrocesos para evitar el contacto físico, resultaban impresionantes y memorables. Alexander juzgó que estaba bien, pero que se había perdido algo, sentimiento que le era habitual. Wilkie, que con gran diligencia se precipitó entre bastidores para saludar a Lodge y acorralar a Alexander, se las ingenió para conseguir que invitaran a todo el grupo de Cambridge a la cena prevista para los actores y el personal del teatro, que se celebraba en una sala del primer piso de Bertorelli, en Charlotte Street. Frederica fue hacia allí en un taxi con Raphael, quien no dijo palabra de la obra, sino que se mostró muy inquieto por la inconveniencia de presentarse en una reunión a la que en realidad no lo habían invitado, e hizo varios intentos de desviar el taxi hacia la estación de la calle Liverpool o de bajarse y dejar que Frederica siguiera sola. Frederica dijo que era imperioso que conociera a Alexander, que ella soñaba con ese encuentro. Alexander era el autor de *Astrea,* en que ella había interpretado el papel de Isabel. Raphael no había oído hablar de *Astrea* y parecía presuponer que no tenía por qué interesarse en la obra. Manifestó un frío regocijo ante la idea de que Frederica hubiera hecho de Isabel, y preguntó si había habido alguna experiencia tan horrible como la de la Dama en *Comus.*

—En esa época yo estaba terriblemente enamorada de Alexander

—dijo Frederica.

—¿Lo sabía él? —inquirió Raphael, dejando traslucir la creencia de que el estado normal del amor era que éste no se expresara ni se percibiera.

—Me aseguré de que lo supiera.

—Claro. Me imagino.

—No ocurrió nada —se apresuró a decir Frederica—. O, más bien, ocurrió algo horrible de lo que no quiero hablar.

—No, no lo hagas —dijo Raphael—. Estoy convencido de que no deberíamos ir a esa reunión.

Habían reservado una sala con cuatro largas mesas colocadas a lo largo de las paredes. En términos generales, los actores se instalaron en un extremo, y el grupo de Cambridge y amigos del autor en el otro, aunque Elinor Poole había conseguido sentarse junto a Paul Greenaway, quien no dejaba de acariciarle la mano sobre el mantel. Frederica, que llegó un poco tarde por culpa del problema de Raphael, acabó sentada junto a él en el círculo interior de las mesas, más o menos enfrente de Alexander, que se había instalado en una esquina y parecía fatigado. Frederica los presentó.

—Alexander, éste es Raphael Faber, profesor del Saint Michael. Voy a sus clases sobre Mallarmé. Es poeta.

Alexander presentó a Martina Sutherland, ubicada a su lado. Unas camareras morenas con vestido negro y delantal blanco llevaron *moules marinières,* aguacates con gambas, anguilas ahumadas y paté, y todos se pusieron a comer. Frederica trató de decirle a Alexander cuánto la había emocionado la iluminación. Alexander dijo poco y Raphael nada, hasta que Martina se inclinó hacia él sobre sus gambas, bajo una suave luz rosa, dejando al descubierto la curva oscura de dos pechos cubiertos de pecas dentro de un escote negro pronunciado.

—Y usted, doctor Faber, ¿qué piensa de la obra?

Con la vista clavada en el plato, Raphael separaba la carne del pescado con cuchillo y tenedor. Habló con voz un tanto estrangulada y sin levantar los ojos.

—No tengo mucha estima por Vincent van Gogh —dijo.

—Eso no tiene por qué importar. Aun así puede admirar la obra teatral. ¿Por qué no le gusta Van Gogh?

La profesión de Martina consistía en obtener opiniones. Alexander sabía que escucharía con un oído profesional los giros y cadencias de la respuesta de Raphael, juzgaría si se expresaba con concisión, si tenía algo nuevo que decir, si vacilaba o si era un

posible polemista radiofónico. Para entonces Alexander estaba en camino de desarrollar un oído semejante, y en un principio prestó más atención al modo en que Raphael hacía sus comentarios que a lo que estaba diciendo.

Raphael, con los ojos aún bajos, dejó los cubiertos en el plato.

—No creo que se cuente entre los más grandes artistas, tal vez a causa de una especie de testarudez, de una manera ostentosa de interesarse por sí mismo, de personalidad, digamos, que por supuesto resulta atractiva para un dramaturgo. Rilke observó una vez que esa cualidad hipnótica que hace tan interesantes sus cartas acaba siendo perjudicial para él y para su arte. Estaba siempre excesivamente preocupado por justificar su conducta, su obra, como si ésta no valiera por sí misma. Estaba siempre esforzándose por probar algo. Rilke señala que, comparado con Cézanne, que es un artista mucho mayor, Van Gogh es un hombre poseído por una teoría. Descubrió las relaciones entre los colores complementarios, pero tuvo que crear un esquema dogmático, un esquema metafísico, a partir de ahí, con testarudez. Y su deseo de pintar cuadros que fueran «reconfortantes», como él los llamaba, es también testarudez, un refrito de su viejo interés de predicador, de su obsesión religiosa. Habla de reflejar «ese algo eterno que se solía simbolizar con un halo». Es un romántico poscristiano en un mundo al que nunca consiguió adaptarse. Y él se entromete todo el tiempo —el bien dibujado labio superior de Raphael se curvó en una mueca de desprecio—. Tiene uno de los estilos más «personales» que se han visto en un arte mayor. Carece de esa claridad y desinterés finales. Rilke saca otra vez el tema cuando habla de Cézanne. Cuando compara a Cézanne con Van Gogh, alaba a Cézanne porque su pintura no es «Amo esto» sino «Aquí está esto». Van Gogh no alcanzó jamás tal penetración. La obra teatral deja esto perfectamente claro, incluso de un modo desagradable.

Frederica fue incapaz de decir nada. Martina fue más valiente. Todavía observando a Faber con ojo profesional como posible polemista, dijo:

—Incluso aceptando este punto de vista, no se puede esperar que Alexander escriba una obra sobre «Aquí está esto» o sobre el anonimato del gran arte. Las obras tratan de la personalidad, los esfuerzos, los conflictos. ¿Qué le pareció la obra de teatro?

Raphael expresó sus pensamientos con concisión y crudeza, sin ninguna consideración por los hombres y mujeres a quienes se dirigía. Una fría sentencia conducía a otra. En su habitación del Saint Michael, Frederica apreciaba esta serena integridad de un

hombre que meditaba. En Bertorelli, entre copas de vino, grasosos restos de paté y conchas vacías y apiladas de mejillones, era algo muy distinto.

—Creo que la obra vulgariza lo que Van Gogh tiene de interesante. Es artificiosamente freudiana. Todo se retrotrae a la madre, el hermano Vincent muerto, la simbiótica relación con Theo. Mucha gente comparte esos problemas y no crea grandes obras de arte. Se desaprovechan muchísimas oportunidades. Heidegger escribió cosas excelentes sobre la esencia y el significado de las botas de Van Gogh; Artaud hizo unas reflexiones brillantes sobre su locura como producto de la incomprensión de la sociedad respecto al arte. Pero aquí no hay ninguna muestra de los grandes movimientos de pensamiento o de cultura, sólo relaciones personales e iluminación del escenario. Lamentablemente, es una obra muy "inglesa". Hay... ¿cómo podría decirlo?... una especie de oscuro misticismo inglés de la naturaleza que, tal vez por no ser yo inglés, no comparto en absoluto. Siempre os ha resultado muy fácil apoderaros de Van Gogh e integrarlo en esta tradición. Pienso, en pintura, en la escuela que se inspira en las obras de Blake y Samuel Palmer, y, en literatura, en novelistas que considero casi insoportables, como John Cowper Powys y, por supuesto, Lawrence. Van Gogh conocía a Rembrandt y entendía el impresionismo: no era inglés. No hay nada más fácil para un inglés que entusiasmarse profundamente con el trigo y las flores, sin visión alguna de horizontes más amplios. Es un arte provinciano.

»Y luego está la cuestión de los propios versos. Yo habría jurado que en esta época era casi imposible escribir bien en versos basados en el pentámetro yámbico, habría jurado que, casi inevitablemente, habría sido imposible evitar las rapsodias pseudorrománticas de los poetas georgianos. No creo que el significado de Van Gogh tenga nada que ver con esta clase de éxtasis bucólico. Tal vez me equivoque.

—Bueno... —dijo Martina con voz entrecortada, y luego añadió con sequedad—: Sin duda ha expresado su opinión con mucha elocuencia.

Raphael alzó entonces la mirada con nerviosismo, y se lo vio apartarse el pelo de la frente y tensar los hombros como si adquiriera cierta conciencia del entorno. Por un momento pareció un niño asustado cogido en una travesura, y enseguida asumió otra vez la expresión pensativa y severa con que había hecho sus declaraciones. Frederica observó todo esto y volvió su atención a Alexander, que sostenía la mirada nerviosa e irritable de Raphael

con una suerte de paciencia y cansancio.

—Tal vez tenga usted razón —dijo Alexander—. A estas alturas, no puedo opinar de la obra. No era mi intención hacer eso... todos los gestos ingleses que usted señala..., pero bien puede ser que lo haya hecho. El aspecto freudiano fue resaltado por la puesta en escena, en cierto sentido. Pero sin duda se destaca demasiado. Lo que yo quería... —no pudo acabar la frase—. No tiene importancia —concluyó.

Martina puso la mano sobre la suya en el mantel, en un gesto de afecto, y la apretó.

Frederica necesitó varias semanas para entender su reacción ante este ataque de un bienamado por otro. En ningún momento se vio en el centro de este enfrentamiento, cosa que habla a su favor. Lo primero, lo más inmediato, fue un temor por Raphael, temor de lo que éste pudiera sentir cuando cayera en la cuenta de cómo había quebrantado las reglas de hospitalidad sobre las que tan preocupado se había mostrado en el taxi. Luego sintió puros celos cuando reparó en el movimiento posesivo de la mano de Martina Sutherland. Miró a Raphael, a quien siempre había manifestado una sumisión que no había existido en su relación con Alexander, y trató de contrapesar su sentimiento protector por la metedura de pata de Raphael con un fuerte deseo de abofetearlo, arañarlo o hacerle daño. En cuanto a Alexander... Creía ciegamente en su obra, que testimoniaba una dura batalla con la luz y la tierra.

—Raphael, si uno es como Van Gogh, forzosamente tiene que partir de «Amo esto» o «Tengo esto» para llegar a «Aquí está esto» —dijo—. Nadie tiene derecho a criticarlo por no haber llegado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Raphael—. La gente común no debe abstenerse de pensar y juzgar ante un genio, como bien sabes.

—Lo sé en parte por la obra. De manera que funciona, para mí.

—Eres generosa por naturaleza —dijo Raphael.

Fue esta última frase, irreflexiva y poco amable, lo que hizo que Frederica dirigiera la vista hacia Alexander, quien sonrió. Sin reservas, sin rabia, con cansancio y cordialidad, sonrió. Frederica quería gritar «Te quiero, Alexander», pero la mano de él estaba dentro de la de Martina, y no inerte, sino que le acariciaba los dedos.

Más tarde, en Cambridge, cuando salieron las reseñas, Frederica meditó en ello más a fondo. Las reseñas —las serias— se mostraron en general críticas con Alexander, pero más amables con Lodge y Greenaway. Estaban los partidarios de una nueva conmoción social

como la que se detectaría en *The entertainer,*[123] dispuestos por tanto a censurar a Alexander por escribir sobre el arte, el pasado e incluso lo individual. Van Gogh era el pintor para los hombres y mujeres corrientes. Tony Watson escribió un largo y elocuente artículo del mismo estilo para el *Cambridge Review,* en el que utilizaba hábilmente —tras haberlos comprobado— los comentarios sobre las opiniones de Artaud y Heidegger hechos al pasar por Raphael Faber.

Frederica reflexionó en las ideas de Faber. «No "Amo esto" sino "Aquí está esto"», había citado él, y había aquí algo correcto y sabio, y una parte de Raphael que ella amaba. Pero algo había cambiado: al acercarse el final de su último año, cada vez era más frecuente que considerara a Raphael sin amor. Él había juzgado a Alexander sin verlo de verdad, y Frederica, que lo había querido sin juzgarlo, como una enamorada, dispuesta a estar siempre interesada y encantada, le retiró esta tolerancia. Para sus adentros, citó con mordacidad sentencias del Nuevo Testamento que él no admitía en su canon, como «No juzgues si no quieres ser juzgado», o la breve parábola sobre la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio. Había menospreciado a Van Gogh por estar bajo el dominio de una teoría ¿y qué otra cosa hacía él? Había censurado la pintura y los escritos «personales», y, en secreto, escribía de la forma más personal e íntima. Y así sucesivamente. El juicio, una vez puesto en marcha, prosigue y prosigue sin piedad. Uno de sus efectos fue que, cuando llegó una carta de *Vogue* en que la invitaban a una comida que se celebraría en el hotel Hyde Park para las doce finalistas, aceptó con entusiasmo.

Durante dos o tres semanas después de *La silla amarilla* estuvo enamorada de Alexander como en viejas épocas. Lo sobrellevó como si fuera un dolor menstrual, o un ataque de mareo en un viaje, un castigo fuera de su control. Recordaba los dedos entrelazados sobre el mantel. Cuando llegó la invitación de *Vogue* pensó en escribirle, en pedirle que se vieran, y tal vez lo habría hecho si Nigel Reiver no hubiera vuelto a aparecer en el momento preciso y le hubiera propuesto pasar un día en Londres, puesto que ella viajaba hasta allí. Frederica hizo arreglos para dormir en casa de una amiga la noche anterior al almuerzo y tomó el tren, preocupada por la compra de un sombrero que creía imprescindible para la comida, y llena de aprensión hacia Nigel Reiver. Alexander se fundió otra vez con parte de lo que ella era y sabía, perdió su carácter de necesidad urgente, salvo como punto de referencia.

29. Londres

Londres entusiasmó a Frederica. La conocía poco, y no era capaz de conectar mentalmente las partes conocidas en un mapa coherente. Lo que le gustó, siendo como era joven, fuerte, curiosa y ávida, fue el anonimato y la variedad de sus posibles desplazamientos de zona en zona. Le gustaba moverse a toda velocidad dentro de un cubo brillante por entre un sinfín de extraños, desde Camden Town a Oxford Circus, desde Liverpool Street a Leicester Square o, tras el almuerzo de *Vogue,* desde Hyde Park a Saint Paul para encontrarse con Nigel Reiver en la City. Las diferencias le encantaban. Pasó la noche con Caroline, la novia de Wilkie, en un apartamento de Camden Town que fue la base de operaciones de éste durante sus negociaciones con la BBC. Este apartamento era el resultado de la desproporcionada división del primer piso de una casa adosada de mediados de la época victoriana, con delgados y altos tabiques que limitaban una cocina y un cuarto de baño del tamaño de un armario en un rincón de lo que habían sido amplios dormitorios, lo que dejaba como habitaciones unos cubículos altos, lúgubres y sucios donde los muebles bajos, de sólo un octavo de la altura total, estaban alegrados con coloridas mantas escandinavas colocadas al azar y alfombrillas indias tejidas. Las amigas de Caroline se paseaban silenciosamente en ajustados pantalones elásticos y zapatillas de ballet. Frederica se puso su vestido de almuerzos, de popelina azul marino, con la falda demasiado fruncida para resultar adusto y sin adornos de piqué blanco, que a su juicio le daba un aire de secretaria. Fue hasta Oxford Street y compró en John Lewis's un sombrero sencillo con ala, de estilo colegiala y de un tono pardo claro que no era exactamente lo que quería, pero los sombreros azules no armonizaban con el tono del vestido, y los grises se parecían demasiado al azul marino, por lo que ambos colores parecían sombríos. El que eligió era pardo amarillento. Le quitó la cinta con ayuda de la tijera de uñas y cosió otra azul marino que no pegaba. Sabía que tenía aspecto de estudiante (el vestido lo había hecho la amiga del grupo de teatro que hacía trabajos de costura), pero era un aspecto pulcro, esbelto, de una persona dueña de sí misma. Tendría que bastar.

El almuerzo fue un mundo aparte. Las doce finalistas tomaron asiento entre el personal de *Vogue* en una sala inmensa con ventanas de vidrio cilindrado y pesadas arañas de salón de baile, agrupadas de a cuatro alrededor de acogedoras mesas con gruesos manteles rosa y ramilletes de claveles blancos y rosados. Las otras concursantes eran muy variadas, desde mujeres seguras de sí mismas y bien vestidas a mujeres francamente desaliñadas, para sorpresa de Frederica. Les sirvieron salmón y fresas, y el personal de la revista fue de mesa en mesa, con sus ropas caras y sus agradables perfumes, para evaluarlas tal como había visto que Martina Sutherland evaluaba a Raphael, atentas al talento, las ideas, la originalidad, amables y rigurosas, con modales excelentes y un punto de firmeza que agradó a Frederica. Ella habló. Habló sobre *La silla amarilla.* Habló sobre lo que hay que saber de una obra de teatro o una película, sobre por qué una reseña mordaz es casi siempre más entretenida que una entusiasta, sobre las maneras de salvar este obstáculo. Aún pensaba en sí misma como autora potencial de un ensayo definitivo sobre la metáfora religiosa en el Renacimiento; memorizaba los sombreros y la manera de hablar de las otras finalistas para transmitírselo a Alan y Tony. Las dispusieron en forma de pirámide, como en las fotos escolares, como un cuenco de frutas, y las fotografiaron para la ocasión.

—Si venís con nosotras —dijo una mujer con un sombrero de plumas y un traje sastre de lino color crema que Frederica no habría podido conservar limpio ni veinte minutos—, os haremos empezar en el departamento de corrección y edición de nuestras crónicas, supongo.

Frederica dijo que le gustaría y bebió unos sorbos de vino blanco frío. Todo aquello era irreal, agudo y acariciador, muy placentero. Anunciaron a las vencedoras. Frederica no fue la ganadora, pero obtuvo un honorable segundo puesto. Las directoras fueron a hablar con ella y le dijeron que esperaban, que esperaban con gran interés, que trabajara con ellas durante un año: tenía un buen futuro en el periodismo. Frederica vio el severo rostro de Raphael y el fatigado de Alexander, la imagen del pueblo blanco en medio de las tierras pantanosas de Norfolk, la imagen del bullicio y el resplandor de todas esas calles diferentes de Londres.

—Tengo que pensarlo —dijo—. Suena maravilloso. Tengo que pensarlo.

Quería vivir, dejar de pensar, tener algo inmediato. Allí, todo podía suceder.

Nigel la esperaba en Saint Paul. Parecía diferente con su traje oscuro: aún más fornido, más temible, extraño. Había estado recogiendo información sobre transportes en barco para su tío, le dijo; le hablaba desde una especie de distancia educada, inclinándose con cortesía, cogiéndola por el codo, guiándola. Ella había visto Saint Paul, pero no había prestado verdadera atención a la City, y se quedó sorprendida, intrigada —porque estaba predispuesta a ello— y entusiasmada ante la diferencia de la gente que transitaba por esas calles más oscuras y abarrotadas. Nadie se entretenía. La mayoría, en especial los jóvenes, de los que había muchos, hombres con traje oscuro y mujeres con falda oscura y blusa sencilla y elegante, se apresuraban para llegar a alguna parte. Frederica pensó que no tenía la más remota idea de adónde iban, cómo vivían o qué hacían, y observaba a cada hombre joven que se dirigía hacia ella como si así pudiera tener alguna noción de sus hábitos, de su manera de pensar. De lo único que logró percatarse fue de que un traje barato hace arrugas y pliegues en cada curva del cuerpo humano, y que, a su lado, Nigel Reiver tenía un aspecto impecable en el suyo. Él quería mostrarle la vieja ciudad, la City de Londres, que ya existía antes que Shakespeare y antes que Dick Whittington,[124] incendiada y reformada, la ciudad de los gremios y los prestamistas, del orgullo cívico y las luchas a cuchillo. La condujo por estrechas callejuelas abovedadas y pasajes casi secretos que atravesaban o bordeaban edificios, a través de patios y por delante de iglesias bombardeadas en el pasado e iglesias aún en pie, muchísimas iglesias. Pasaron por Saint Giles Cripplegate, donde se había casado Cromwell y donde yace enterrado John Milton. En aquella época, el Barbican Centre[125] era sólo un proyecto, una utopía en la mente de los esperanzados arquitectos y urbanistas. Caminaron sobre los escombros dejados por los bombardeos, salpicados por el púrpura rosado de las adelfas, por el amarillo mostaza de la tenaz hierba cana. Los edificios desmoronados alternaban con las puertas de cristal de gruesos pomos y las placas doradas.

Nigel la llevó hacia el río. La hizo pasar por entre los almacenes y le mostró los fardos de pieles y cueros apilados, al otro lado de ventanas negras de suciedad.

—Mira —le dijo—. ¿Hueles eso?

Se detuvieron lado a lado y, de alguna parte, por encima del olor a barro y pescado del río, por encima del polvo y la gasolina de la calle que habían dejado atrás, les llegó un aroma a especias, de madera vieja impregnada de especias, un aroma intenso y

penetrante, acre y fuerte, canela, casia, nuez moscada, clavo de olor. Llegaba en oleadas. Nigel olfateó el aire y lo aspiró. Frederica iba a asociar para siempre este olor a pieles y especias, a extraño misterio, con su cuerpo fornido y su ropa oscura.

—Me encantan los barcos —dijo él—. Los cargamentos que vienen de todos los rincones del mundo. Me gusta ver trabajar a los comerciantes de materias primas. Té y café, pimienta y cacao. ¿Alguna vez probaste cacao puro, Frederica? ¿Mordiste una semilla? Es suave y amarga, un gusto negro en la lengua, muy intenso, pero también muy puro y ligero...

Llegaron a un sitio donde una angosta callejuela desembocaba en el río, junto a un muro ennegrecido y un desembarcadero donde había amarrada una barcaza cubierta con una lona alquitranada. Nigel se sentó en el parapeto del río y ella lo imitó, una pareja incongruente, si hubiera habido alguien para verlos, él casi como una foca, con el cuerpo y el pelo negros, ella sujetándose el sombrero, conteniendo el revuelo de la falda agitada por la brisa. Unos pocos años más tarde, Anthony Armstrong-Jones iba a fotografiar a hermosas mujeres con vaporosos vestidos, sentadas en frágiles sillas a medias plantadas en esa agua espesa de Rotherhithe. Frederica observó cómo ésta lamía los viscosos muros, los pilares y anillas de hierro, golpeaba contra los costados de la barcaza, formaba pequeños remolinos lodosos río adentro.

—La marea está cambiando —dijo Nigel—. Me gusta este lugar. Aquí ha habido un vado desde la época de los romanos. Los mercaderes cruzaron por aquí durante siglos; a lo largo de toda la Edad Media la gente no dejó de venir, traía cosas, se llevaba cosas. Amo este río.

Frederica jamás se había encontrado sumida en tal torbellino de olores contrarios: efluvios de especias, vegetales podridos, lodo puro, lodo con impurezas, un tufillo a cuero recién curtido, la sal marina de la marea que subía y, más cerca y más sutil, el olor de Nigel Reiver, donde se mezclaban el del paño de lana al sol, un levísimo aroma a Old Spice, una pizca de sudor, el calor de una piel agradable. Había olvidado todo esto, y en ese momento comprendió que Nigel quería que se fijara en él y lo recordara.

—Suelo venir aquí solo —dijo Nigel Reiver—. Para reflexionar.

—Y ahora conmigo —dijo Frederica.

—Y ahora contigo —repuso Nigel—. Me gusta estar aquí contigo.

Él la besó, y ella se sujetó el sombrero. Él hundió una rodilla

cubierta de tela negra en la popelina que se agitaba y la abrazó. Luego le enderezó el cuello y le arregló el sombrero, y la condujo de vuelta a través del aire con especias y los polvorientos fardos de pieles, para buscar un taxi. Frederica pensó: «Es un filibustero». La palabra le produjo un estremecimiento de placer romántico.

Nigel disponía de una habitación en un piso lleno de jóvenes abogados y corredores de Bolsa, en un edificio que, desde fuera, parecía una elegante casa familiar de Kensington con grandes ventanales y paredes pintadas de blanco. En el momento en que entraban, salían dos muchachos con traje y el pelo bien cepillado, que hicieron repiquetear al compás sus zapatos bien lustrados mientras bajaban los escalones de entrada. Saludaron a Nigel con unas palabras amables y una sonrisa de complicidad. No parecieron reparar en Frederica.

—Mala suerte —dijo Nigel—. Por lo general no hay nadie por aquí a estas horas. Voy a echar una ojeada en la cocina, a ver si puedo prepararte un bocadillo. Espérame aquí —fue y volvió—. No hay moros en la costa.

Frederica lo siguió a la cocina, un tanto ofendida por la aparente necesidad de Nigel de ser tan furtivo respecto a ella. La cocina la sorprendió por su gran tamaño, lo bien equipada que estaba y la suciedad reinante. El fregadero rebosaba de cacerolas quemadas, y en el vinilo del suelo había salpicaduras de café o sopa. Encima de la nevera, un calendario mostraba a una rubia sentada sobre lo que parecía ser una piel de cabra, vestida con una camisa negra transparente que de ningún modo alcanzaba a cubrir las curvas brillantes y sombrías de sus pechos y caderas, el canal entre los senos y el monte de Venus rasurado. Había notas fijadas a la nevera y las puertas de los armarios con cinta adhesiva o chinchetas: «Que el cabrón que cogió todo el azúcar de andy haga el favor de reponerlo enseguida», «no vaciar la mantequera hasta estar seguro de que hay otro paquete», «Toddy le debe a Vic medio bote de nescafé y un poco de leche», «¿Quién ha cogido mis mantecados?». Frederica decidió bruscamente no ofrecer ninguna ayuda con todo esto, y observó a Nigel, que, con más torpeza de la mostrada hasta el momento en cualquier otra cosa, cortaba gruesas rebanadas de pan y lonchas de un queso blanco que se desmenuzaba.

—Alguien debe de tener una manzana. ¿Quieres una manzana?

—Si estás seguro de que podemos...

—Alguien me afanó las tres cuartas partes de mi botella de coñac la última vez que estuve aquí. Tengo derecho a coger un par

de manzanas. Vamos, subamos.

Su habitación era una estancia polvorienta, con los muebles típicos de una pensión, una mesa de alas abatibles, un endeble armario pintado, una lámpara con pantalla de papel vitela, una cama sin hacer, totalmente revuelta, y ropa masculina colgando de cada saliente, por todo el perímetro del armario, sobre el respaldo del único sillón. Había zapatos masculinos alineados a lo largo de casi todo el zócalo, y toallas colgadas sobre la cama. Nigel retiró de la mesa dos viejas sillas de comedor, alzó un ala abatible, y se sentaron lado a lado para comer los emparedados y beber el vino tinto que Nigel sacó del armario. Sus rodillas se tocaban. Frederica sabía lo que iba a pasar y, por su parte, se sentía nerviosa. Estaba nerviosa por dos razones. La primera era que no tenía ni idea de lo que Nigel pensaba que pasaba o pasaría. ¿Simple diversión? ¿El ligue de una noche? ¿Los prolegómenos de una invitación para ser la señora de su casa solariega con foso? La manera en que los dos muchachos no le habían prestado atención sugería que Nigel —igual que todos ellos, tal vez— tenía la costumbre de llegar a cualquier hora del día con mujeres impresentables. La segunda era que físicamente tenía miedo. Todo aquello podía ser «demasiado», pensaba con una angustia difusa. Nigel le preguntó si quería ir al lavabo. Le aconsejó que cogiera una toalla.

—No se pueden dejar por ahí: las afanan para lustrar zapatos o limpiar el suelo.

El cuarto de baño también estaba lujosamente equipado y cubierto de mugre y manchas. El lavabo tenía un cerco de espuma seca y restos de pelos de barba. En la bañera había un montón de ropa que, según concluyó Frederica tras observarla desde el asiento del retrete, era una mezcla de camisas blancas y camisas azules en agua turbia. Era evidente que alguien había frotado a medias el cuello de una de éstas; había un cepillo de uñas cubierto de espuma, y la prenda colgaba del toallero de la bañera. Frederica cayó en la cuenta de pronto de por qué el olor de la casa le resultaba familiar. Olía como los vestuarios de la escuela de Blesford Ride, un olor a sudor masculino, orina masculina, espuma seca de jabón.

Cuando volvió a subir a la habitación, Nigel había hecho la cama, con sorprendente maestría considerando su torpeza con los emparedados, y estaba sentado encima. Se desvistieron en silencio y se metieron dentro. Al cabo de un rato, el olor a sexo, salado como el mar, tapó todos los otros olores. Al cabo de un rato, Nigel echó de la ocupada mente de Frederica todo el resto: Alexander, S. T.

Coleridge, las elegantes e inteligentes damas de *Vogue,* John Milton, Raphael Faber, el resplandor de Cambridge, el enigma de la sensibilidad no disociada. Había tenido razón en sentir miedo. Su último pensamiento antes de hundirse en un profundo sueño, con la cabeza apoyada en ese pecho extraño, fue que hasta entonces no había sabido que el calor podía fluir a lo largo de dos espinas dorsales para fusionarse delante, en los dos triángulos tensos y relajados. «Deja de luchar», había dicho él, una y otra vez, sin agresividad, sin reproche, sino con una ternura práctica de la mano, la cadera, el pene. La pobre Frederica creía que era una mujer sin la capacidad de abandonarse por completo, y varias veces, durante esta ardiente y paciente batalla, dejó escapar afectados gemidos y estremecimientos de placer a los que el hombre desconocido no prestó atención alguna, inexorablemente ocupado en explorarla, manipularla, poseerla.

—No, todavía no —dijo él, mientras ella luchaba, se ponía rígida y se apartaba—, todavía no, ahora no, espera, sé buena chica, espera.

Y, cuando finalmente ella perdió todo control de sí misma, de la Frederica autónoma, y se alzó para unirse a él, se echó hacia atrás para abrirse a él, gritó y se oyó gritar, él dijo «Así» y «Ahora», volvió el rostro, se tensó, se desplomó. Frederica durmió como un leño, sin saber quién era ni dónde estaba, y se despertó aterrada contra una piel desconocida, oyendo bajo su oreja los latidos regulares de una sangre desconocida de un corazón desconocido.

Un momento antes de que Nigel la atrajera otra vez hacia sí, tan ávida ella ahora como él, Frederica sintió «¡Ay, me muero!» y comprendió una de las más antiguas metáforas.

Horas más tarde, sentados de nuevo a la polvorienta mesa ante una comida improvisada, Frederica le contó lo de *Vogue.*

—Hoy he conseguido un trabajo —dijo—, un año en *Vogue,* si quiero.

Sentía escozores por todo el cuerpo, calor y hormigueos en sitios extraños, el pliegue de la ingle, las axilas, los músculos del pecho.

—Felicítame.

Le dolían todas las articulaciones; no sólo las previsibles, rodillas y tobillos, sino también las muñecas, la pelvis, el cuello.

—De acuerdo. Te felicito.

Sonreía. Frederica apenas si lo había visto sonreír alguna vez. Sonreía, pero no la miraba a los ojos. Como si mirara a lo lejos,

bastante satisfecho, a través de una pared con dibujos de hojas y de un espejo rayado.

—No sé qué hacer. Si quedarme en Cambridge, o marcharme y venir a Londres. No estoy segura de tener madera de periodista.

—Ven a Londres. Lo pasaremos bien.

—Pasarlo bien no es el factor primordial.

—No es el factor primordial —dijo él, repitiendo su frase como ya había hecho antes—. Quizá no. Pero es un factor, ¿no te parece?

Suspiró con satisfacción, seguro de sí mismo. Frederica alzó el vaso de vino con dedos entumecidos, y lo derramó. Nigel lo limpió con un pañuelo blanco tan impecable como polvorienta estaba la mesa.

30. *Unus passerum* [126]

Hubo un sábado antes de Navidad que fue un día muy largo. Como de costumbre, Stephanie estaba tratando de reunir el vestuario de los pequeños actores del auto de Navidad, sentada entre cajas de cartón llenas de felpa y arpillera, rayón y tafetán. Encontró el turbante oriental que había confeccionado con la vieja estola de su vestido del baile de mayo, azul verdoso con reflejos amarillo limón, sujeto con un broche adornado con un diamante artificial. Ahora estaba cubierto de polvo, y las plumas que había clavado entre los pliegues, torcidas y ajadas. Las quitó, dio unas puntadas aquí y allá, donde la tela se había descosido, y colocó la espiral de tela en la cabeza de su hijo Will. Los ojos negros del niño le sonrieron, serio bajo su tocado. Espera, dijo ella, que quería encontrar también la capa. Se la sujetó sobre los hombros, y él se alejó para trepar por la escalera y mirarse en el espejo. Mary le tironeó de la falda y dijo «yo *también,* yo *también*». Un minuto, dijo Stephanie mientras cosía.

Era el día del Grupo Juvenil de Gideon, que había crecido en número e ímpetu desde su fundación. Se reunía en la sacristía de la iglesia, y había bailes y sidra así como intensos debates sobre los problemas de la vida moderna. El grupo tenía proyectos —pintar los pisos de la gente mayor— y retiros —fines de semana dedicados a debatir sobre la vida moderna y la dificultad de las relaciones en el mundo secular, por lo general organizados en el Centro de Observación de la Naturaleza—. Para sorpresa de Stephanie, Marcus, que ahora era alumno de la nueva universidad y vivía en uno de los antiguos desvanes de pino de los sirvientes de la vieja mansión de Long Royston, asistía a ellos con regularidad. También acudía a la iglesia los domingos, donde se sentaba entre Jacqueline y Ruth, en medio de un grupo de Jóvenes Cristianos. En la época de su «enfermedad» había ido a la iglesia en compañía de Lucas Simmonds. Ahora tomaba asiento entre las chicas. Stephanie no tenía ni idea de lo que pensaba o creía su hermano. Veía a Marcus hablar con la sensata y vivaz Jacqueline, que también estudiaba en Long Royston (el nombre persistía en la conciencia colectiva). ¿Estaría enamorado? No había razón alguna para que no lo estuviera; la verdad era que no sabía por qué había llegado a la

conclusión de que Marcus nunca sería capaz de sentir una pasión común. ¿Tal vez enamorado de Jacqueline? Estaba casi segura de que no acudía a causa del innegable poder carismático de Gideon Farrar, aunque, como siempre, él no le había hablado de esto. En realidad, desde que ya no vivía en su casa ni bajo su dependencia, se mantenía a distancia, lo cual parecía natural. La independencia de Marcus era precaria, y ella formaba parte de aquello de lo que él quería escapar, de aquello que temía.

Daniel volvió a casa por la mañana, acompañado por una joven con la cara picada de viruelas y el pelo grasoso, a quien en un primer momento no presentó. Estaba furioso; Stephanie percibía la furia como un calor invisible que vibrara en el extremo rojo del espectro. Él le preguntó si había visto a Gideon. Dijo que Gideon se había esfumado otra vez, dejando sin resolver varias cuestiones sobre los oficios y reuniones de Navidad. El hombre de las reuniones era Gideon, pero nunca estaba donde lo necesitaban. Él, Daniel, hacía lo que Gideon tendría que haber hecho ayer, lo cual le llevaba el doble de tiempo dado que, para empezar, Gideon no lo había organizado de forma eficiente, y nadie se lo agradecía. El pequeño Will se plantó con su capa y su turbante de seda ante las piernas de Daniel y dijo «Mírame». Daniel contestó «Quítate» y a Stephanie le dijo «¿Puedes hacernos un poco de café? Ésta es Angela Mason», y empujó con brusquedad a su hijo, que gritó, se agarró al sólido pilar de la pierna de su padre y le propinó repetidos cabezazos, hasta deshacer el turbante. Stephanie se levantó para ir a hacer café y le dijo a Daniel:

—No trates así a Will. No ha hecho nada malo. Sólo quería mostrarte el disfraz.

Le temblaba la voz. Daniel entrechocó los puños: sabía cómo afectaba la ira a su mujer, cuánto temía una voz exaltada, los golpes sin propósito y asestados al azar. Alzó a Will, quien le pidió malhumorado que lo bajara, alzó entonces a Mary, que lo besó, y presentó a Angela Mason.

—Angela es la asistente social que está a cargo de Barbara Burtt. La mujer ha desaparecido de la residencia. No me extrañaría que haya ido en busca de tu Gerry Burtt. Pensé que tú podrías tener alguna idea de cómo comunicarnos con él.

Stephanie respondió desde la cocina:

—Envió una postal, hace unos meses. Lo único que decía era: «La cripta de Saint Bennet es un buen lugar con buena gente. Me encontraréis aquí si alguna vez venís a Londres». Ah, y mandó besos para Will y Mary.

Daniel recibió esta información en un silencio bastante sombrío. Angela Mason dijo que tal vez el clérigo de Saint Bennet podría ponerla en contacto con Gerry Burtt, para ver si su mujer se había puesto en contacto con él o si él ahora estaría dispuesto a verla. Stephanie dijo que estaba segura de que se había marchado a Londres justamente para no verla, y que era mejor dejar las cosas así. Angela bebió su Nescafé a pequeños sorbos y jugueteó distraída con los dedos en dirección a Mary, quien escondió la cara, con su mancha roja cada vez más esfumada, en el pecho de Stephanie.

—Creo sinceramente que no debemos ser derrotistas en este asunto. Barbara ha estado muy, muy enferma y ahora está desesperada por tener un contacto humano normal, por volver a la vida corriente. Ansía ver a su esposo y explicarle que estaba enferma, que no era responsable de sus actos, que no era ella misma. Es una persona muy débil, muy inestable, que depende mucho de la opinión de los demás. Intenté que sus padres la ayudaran (aún viven), pero no quieren cooperar. La madre vino una vez.

—¿Y qué pasó? —preguntó Stephanie.

Angela Mason retomó su tono profesional.

—Barbara intentó establecer contacto, pero la madre no lo pudo soportar y empezó a llenarla de insultos, por desgracia. Barbara se vino abajo. No fue capaz de decir nada al verse rechazada. Siente que no tiene nada para ofrecer. Se desespera con facilidad.

—Gerry no querrá ayudar —afirmó Stephanie.

—Me gustaría hablar con él para decidirlo por mí misma —repuso Angela Mason—. Alguna vez debe de haber sentido algo por ella.

Convinieron en que la señorita Mason escribiera al clérigo de Saint Bennet. Daniel se marchó y dejó a la asistente social con Stephanie, quien preparó más café y escuchó durante otra media hora una admirable descripción de la soledad y los miedos de Barbara Burtt. Pese a los relatos de Gerry, a las exhaustivas conversaciones telefónicas mantenidas con el hospital antes de que le dieran el alta y al informe psicológico que ahora le hacía Angela Mason sobre traumas y creencias —«Cuando vi a la madre comprendí que a Barbara nunca le habían dado la oportunidad de verse como una mujer independiente, señora Orton, había recibido camisones con volantes pero no tenía respeto por sí misma»—, pese a todo ello, Stephanie no lograba hacerse una idea de Barbara Burtt. Tenía la vaga impresión de que, si un día la conociera, tampoco ella podría evitar representarse en la imaginación el horror

inhumanamente humano de dolores, miedos, refutaciones y oleadas de pánico físico que había conducido a la muerte de Lorraine Burtt en su inmunda cuna. De hecho, tenía pesadillas con Barbara, que se le aparecía en sueños como una figura de encendidos cabellos rojos sueltos y salto de cama transparente con volantes, un cruce entre el iracundo Bill y la primera mujer del señor Rochester, que se inclinaba sobre la cuna de Will o de Mary, apartaba las mantas para dejar expuestos los cuerpecillos helados y arrugados, blandía una linterna encendida. Sabía que era cobardía moral, pero no quería tener que imaginar a Barbara Burtt. Le daba lo mismo, por irritante que fuera, que Angela Mason se expresara con las frases precisas y los términos sencillos de su profesión: nunca podría suscitar en su mente a una mujer real que contrarrestara el objeto de pánico de Gerry y sus propias pesadillas, surgidas por contagio de éste. Apretó a Mary contra su cuerpo, en busca de alivio, y Mary restregó contra su vestido un puñado de galletas Marie masticadas, no por primera vez.

Después de que Angela Mason se hubo marchado, llegó Clemency Farrar, para ofrecer ayuda con los vestuarios del auto de Navidad. El hijo mulato de Clemency, Dominic, había hecho de Baltasar el año anterior con el turbante y la capa de seda (era el último de los hijos de los Farrar en dejar la escuela primaria para pasar a la secundaria). Los profesores de la escuela que eran también miembros de la parroquia le habían contado a Stephanie que Dominic, grande para su edad, tenía fama de acosar a los pequeños del Saint Luke, el colegio religioso al que ahora asistían tanto él como Jeremy Farrar. (Jeremy, aunque mucho más menudo, tenía dos años más que Dominic.) Los profesores habían consultado con Stephanie si debían o no informar a Gideon y Clemency sobre estos rumores (se sentían en parte inhibidos por la condición de adoptado y mulato de Dominic). Al parecer, no lo habían hecho, pues Clemency comenzó su charla de ese día comentando cuánto apreciaban en el Saint Luke las dotes actorales de Dominic, que estaba interpretando al león cobarde en una ambiciosa producción de *El mago de Oz*.

—Se mete de lleno en sus papeles, Stephanie. De verdad creí que era el rey negro, cuando lo interpretó el año pasado. Tanta presencia, tanta dignidad... ¿No opinas lo mismo?

Stephanie se mostró de acuerdo, y aguardó a oír el relato de los logros de Daisy, Tania y Jeremy. Hizo más café y se puso a ordenar los halos para los variopintos ángeles.

—¿Has visto a Gideon? —preguntó Clemency.

—No. Daniel también lo estaba buscando. ¿Esta tarde no tiene la reunión con el Grupo Juvenil?

Clemency hizo un gesto de asentimiento. Enhebró una aguja con hilo dorado, y empezó a enrollar y desenrollar una cinta amarilla alrededor de una diadema de plástico.

—Tu hermano va a las reuniones del grupo, ¿no? Marcus.

—Sí. Parece gustarle.

—Ah.

Will tendió una mano al bulto de telas, y Clemency se la apartó.

—Stephanie, cariño, ¿puedo hablarte en confianza?

—Por supuesto.

—¿Tú has oído algo?

—¿Algo?

—Sobre el Grupo Juvenil. Sobre Gideon.

—No.

Pero he visto algo, pensó, y no quise decirlo.

—No sé cómo decirte esto —prosiguió Clemency—. He recibido... quejas, quejas de una tal señora Bainbridge.

—La madre de Tom Bainbridge.

—La madre de Milly Bainbridge. Milly va a las reuniones del grupo, de vez en cuando. La señora Bainbridge afirma que Gideon... que Gideon la ha manoseado.

—La señora Bainbridge es una mujer muy desagradable —dijo Stephanie, sincera y rápidamente.

—Pero ésa no es la cuestión, ¿no? —repuso Clemency.

Stephanie recordó. Había ido a la sacristía a buscar algo que Daniel había olvidado —¿un libro, una partitura?— y había entrado en silencio en la pequeña oficina ubicada en una esquina de la sacristía. Todas las luces estaban apagadas, tanto en el edificio en sí como en la oficina, pero alguien se había dejado la estufa de butano encendida, pensó en un primer momento, un terrible derroche. Vio su cúpula incandescente de gasa, de luz blanca, roja, verde-azulada, y luego vio los dos cuerpos en la silla del escritorio, detrás de la estufa, Gideon Farrar con la camisa abierta hasta la cintura, y la chica, también con la camisa abierta y los hombros al descubierto. Sólo que no era Milly Bainbridge, una agresiva alumna de cabello castaño rojizo del último año del Instituto Blesford para mujeres; era una de las amigas de Marcus, la de la trenza rubia, la que hablaba poco y tenía aire sereno, la que estudiaba para enfermera.

—¿Le crees? —le preguntó a Clemency, para ganar tiempo.

—Supongo que sí —dijo Clemency—. Quiero decir que no sería la primera vez. Veo que no pareces muy horrorizada ni sorprendida. La mujer podría armar un escándalo terrible.

Miró a Stephanie con aire desafiante, como si fuera Stephanie la que pudiera armar el escándalo terrible. Stephanie recordó la primera época después de la llegada de Gideon, la mano experta que le buscaba la cintura, el brazo sobre los hombros, la mirada clavada en su escote. Aquella noche, en la sacristía, había cerrado la puerta, se había marchado y no había dicho nada más. Desde entonces, Gideon la evitaba. Clemency podía haberlo notado y extraído una conclusión errónea, o tal vez una conclusión acertada.

—Gideon es un hombre muy expresivo —dijo Stephanie con cautela—. Ya lo he advertido. Le gusta bailar, tocar a la gente de forma amistosa, establecer contacto. Es parte de su éxito.

—Es sexo y lujuria.

—La energía es sexo, en muchos sentidos, buenos y malos —dijo Stephanie, recurriendo con muy poco tacto a uno de sus lugares comunes—. Clemency, ¿crees que le ha hecho... daño de verdad... a Milly Bainbridge, o a cualquier otra?

La bonita cara de Clemency se endureció.

—Probablemente no, no a esas estúpidas chicas. Ellas lo deben de haber buscado. No creo que les haya hecho de lejos ni la mitad del daño que se haría a sí mismo si esto se difundiera. Pero a mí sí, a mí sí. Me da asco.

Hundió la cara en las tenues telas y estalló en sollozos, secos y ahogados pero sin control, mientras decía cosas de las que sin duda se arrepentiría, pensó Stephanie, considerando el amor propio de la mujer, su refinamiento.

—Es un hombre lascivo. Siempre lo he sabido. Después de Jeremy. Siempre acosándome. Es mi culpa. Ya no sirvo... para nada... desde que nació Jeremy. Al principio me alegraba en parte con lo de las chicas, porque así me dejaba en paz, no estaba siempre pavoneándose, toqueteándome, «apoyándose» contra mí... No puedes entender de lo que te hablo. Tú eres feliz. Os he observado, a ti y a Daniel. Sois felices. Entre nosotros nada va bien. Bueno, eso no es cierto. La carrera de Gideon sí que va bien, si él mismo no la destruye...

—Tus hijos...

—Se odian. Se unen en contra del pobre Jeremy. Dominic incluso... incluso agita su... su miembro frente a él y dice que a

Jeremy le pasa algo porque lo tiene diminuto, y Gideon ¡se ríe! He descuidado a Jeremy a causa de las carencias de los otros, y ahora él me odia, realmente me odia, odia a todo el mundo, moja la cama y no puede seguir el ritmo de la clase... mi niño... Lo siento, te estoy agobiando.

Stephanie trató de ser práctica.

—Tienes que hablar con Gideon. Advertirle lo que ocurre. Si es que puedes. ¿O prefieres que se lo pida a Daniel?

—Gideon tiene miedo de Daniel. Piensa que Daniel lo juzga todo el tiempo. Por eso se hace el payaso con él. Es mejor que le hables tú.

—¿Que le hable yo?

—Tú no lo asustas. Te escuchará. Habla también con la señora Bainbridge, por favor.

Cuando uno se casa con un hombre, se casa también con su trabajo. En este trabajo más que en casi cualquier otro, pensó Stephanie. Aun así...

Fue en este momento cuando la gata blanca entró con el gorrión. Nunca había sido una gran cazadora. En otras épocas volvía del jardín con bichos reptantes y los soltaba en la alfombrilla puesta frente a la chimenea, una hilera de gusanos rosados y húmedos, un puñado de babosas marrón lechoso, dos negras y enormes, gibosas y moteadas. Will los devolvía fuera amorosamente: los depositaba entre las capuchinas, dejaba a los más pequeños haciendo equilibrio sobre las hojas de los girasoles.

—Aquí —decía—. Buena tierra, hojas bonitas. ¿Está bien?

Era muy probable que aquella tarde la gata llevara lo mismo.

El gorrión colgaba inerte de la suave boca blanca, y de pronto aleteó con energía.

—¡Oh, pobre bicho! —exclamó Clemency Farrar—. No puedo soportarlo.

—Un pajarito, un pajarito —dijo Will—. Cógelo, mamá.

Stephanie avanzó hacia la gata, que la miró con sus ojos verde claro y huyó a refugiarse bajo el sillón de la señora Orton. Stephanie metió la mano debajo y aferró miembros extraños: una pata trasera, una cola fustigante. Recibió un arañazo en la mano, y se oyeron unos gruñidos y píos apagados.

—Suéltalo —dijo Stephanie, agitando el sillón.

—Suéltalo —dijo Will, vanamente imperioso en su disfraz de seda.

La gata y el gorrión salieron por el costado más alejado del sillón, cada uno por su lado, el pájaro dando saltitos, a ras del suelo,

temblando.

—Vete de aquí —dijo Stephanie, lanzando un puntapié a la gata y agitando los brazos—. Fuera, fuera, vete.

—Gata mala —dijo Will, que avanzó hacia el animal.

—Cuidado, te va a arañar —advirtió Clemency.

La gata tomó una súbita decisión y se zambulló por la gatera, como un tigre irritado que atraviesa un aro. Stephanie puso el cubo de carbón frente a la gatera. Will extendió los brazos hacia el pájaro, que de repente volvió a la vida y voló hasta lo alto de la estantería.

—Déjalo un minuto —dijo Stephanie, sin aliento—. Si abrimos las ventanas, seguro que saldrá volando en cuanto pueda.

—¿Por qué no nos quedamos con él? —sugirió Will.

—No, no le gustará. Es un pájaro que vive al aire libre, quiere estar al aire libre.

—Es mejor que me vaya —dijo Clemency, que durante la batalla había recuperado el control de sí misma y sus modales de mujer de párroco—. ¿Podrás...? ¿Hablarás con Gideon?

—¿No puedes hacerlo tú?

—No me atrevo. No me atrevo. Y no me escucharía. En absoluto. Incluso podría... Yo lo exaspero, así empeoraría las cosas.

—¿Puedo hablar con Daniel de esto?

—Si es necesario. Preferiría que no, pero si es necesario...

Daniel no apareció. Fueron algunas madres del auto de Navidad y cosieron un poco. Daniel llamó para decir que no iría a cenar, y Stephanie, que había preparado macarrones gratinados, les dio de comer a Will y a Mary, los bañó, le leyó a Will *Hansel y Gretel* y los metió en la cama. Will tendió dos veces los brazos y dijo:

—¿El pajarito va a estar bien, mamá?

El pájaro seguía aún sobre la estantería. Unas horas antes, cediendo a la insistencia de Will, Stephanie se había subido a una silla inestable y había tratado de agarrarlo. El animalito había volado en círculos, rozando las lámparas y los rieles de las cortinas, y, con un grito de desafío, se había posado por un momento en los fogones de la cocina. Desde allí había volado otra vez a la estantería. La habitación estaba fría, porque ella había abierto la ventana de par en par.

—Papá lo ayudará a salir —dijo Stephanie—. Ahora duérmete.

—No está herido, ¿no?

—No podría volar así si estuviera herido.

—La gata no es mala, ¿no?

—No. Caza por instinto. Los gatos comen pájaros. Pero no en nuestra casa, si podemos evitarlo, ¿entiendes, Will? Mañana por la mañana el pájaro estará en el jardín. Y, ahora, a dormir.

Daniel seguía sin volver, pero Marcus apareció alrededor de las once de la noche, después de la reunión del Grupo Juvenil de Gideon. Mientras Stephanie le servía café, se preguntó si podría obtener de él alguna información sobre la extensión o gravedad de las fechorías de Gideon. Tenía la impresión de que su hermano estaba inquieto y preocupado. Marcus se sentó en el sillón de Daniel y contempló el fuego con aire sombrío.

—¿Qué tal estuvo la reunión?

—Muy bien, la verdad.

—No pareces muy entusiasmado.

—Hablamos del amor. Las diferentes clases de amor. Eros y Agapé. La caridad. El amor familiar. Cosas de las que ya habíamos hablado.

—¿Había mucha gente?

—Unos cuantos, sí. Unos cuantos.

—¿Todos hablaron?

—Bueno, ya sabes cómo es eso. A él... a Gideon le gusta hacernos compartir nuestras experiencias. Así que las compartimos. La gente contó sus experiencias sobre el amor. Gideon piensa que somos una sociedad sin comunicación. Que no compartimos las cosas. Así que las compartimos.

—Suena horrible. Es decir, haces que suene horrible, Marcus. ¿Lo fue?

—No sé. Tú lo conoces. Tiene el don de hacer que todo parezca... importante.

—¿Tú hablaste?

—¡Dios mío, no! —Marcus parecía espantado—. No habría podido. Es lo último que haría. El amor es algo privado. Al menos, eso creo.

—Entonces, ¿por qué vas a las reuniones?

—Bueno, mis amigas van. Ya sabes. Jacqueline. Ruth.

—¿Ellas hablan?

—A veces.

Marcus había deseado contarle a alguien, a alguien de fuera, lo que Ruth había dicho sobre el amor, en respuesta a Gideon, y ahora de pronto ya no deseaba hacerlo. Los hacía parecer tontos, a él, a Ruth. Quizá incluso a Gideon, cuya sonrisa de aliento, un tanto demoníaca, seguía grabada en su mente, animando a Ruth a seguir. Y seguir. Fuera se oyó un estrépito y un aullido. La gata intentaba

entrar. Preocupado por el amor, Marcus no se había dado cuenta de la presencia del pájaro sobre la estantería ni de la corriente de aire dentro de la casa. Stephanie lo señaló entonces y dijo:

—Tenemos que hacerlo salir. Puede volar. Lo he visto.

—Subiré a una silla.

El pájaro se elevó hacia el techo y se alejó volando, no hacia la ventana abierta, sino más adentro de la casa, hacia la cocina. Stephanie corrió tras él y lo espantó de los fogones. Vete, tonto, vete. El ave levantó el vuelo de improviso, se golpeó contra el cielo raso, cayó y aleteó desesperado por el suelo hasta refugiarse bajo la nevera.

Mientras Marcus se quedaba torpemente plantado en la puerta, detrás de Stephanie, ella tiró de la nevera para apartarla de la pared. Ningún ruido, ningún movimiento. Se puso de rodillas y escudriñó por debajo de la parte trasera de la máquina. La placa que cubría el motor se curvaba hacia adentro en la parte inferior, formando un reborde de un par de centímetros de ancho. Sobre éste, temblando en un rincón, estaba posado el pájaro. Stephanie se tumbó en el suelo de la cocina, se subió la manga y estiró el brazo por debajo de la placa, tratando de coger el cuerpo menudo, cuyos ojitos brillaban en la oscuridad.

Y entonces el refrigerador lanzó la descarga. En el instante en que el dolor la recorrió, en que el brazo, pegado contra el metal, se abrasó, en que la cabeza se le llenó, ella pensó «Es esto» y luego, con una fugaz visión de las cabezas en las almohadas, «¡Ah! ¿Qué va a ser de los niños?». Y la palabra «altruismo», y la sorpresa ante ésta. Y luego el oscuro dolor, y más dolor.

Marcus reaccionó con lentitud. Más tarde iba a pensar que, si Daniel hubiera estado presente, habría desconectado el aparato, en lugar de quedarse inmóvil, oliendo la carne quemada, observando las incomprensibles sacudidas rígidas de su hermana, oyendo los jadeos y luego el horrendo silencio, lleno de olor a quemado. Fue hasta la puerta, la abrió y dijo sin voz «Socorro», con la garganta seca. Volvió a entrar, porque el olor a quemado iba en aumento; y, a causa de éste, pero demasiado tarde, desenchufó la nevera. Incapaz de tocar o mirar a su hermana, perdió penosamente el tiempo yendo y viniendo de la cocina a la entrada, hasta que al fin pensó en el teléfono y consiguió llamar a la ambulancia. Mientras la esperaba, observó la pierna de Stephanie, atravesada sobre el dintel de la cocina y con el zapato medio caído. Recordó a los niños, que dormían en el piso superior, y lo invadió el terror de que se

despertaran, de que oyeran o vieran u olieran... de que le pidieran a él que hiciera... que fuera... Tenía que encontrar a Daniel. Sólo pudo pensar en llamar a Gideon Farrar para preguntarle por Daniel, y se obligó a buscar el número en el tablón de la cocina de Stephanie.

Contestó Clemency. Marcus tosió. No le salió ningún sonido.

—¿Quién habla?

—Soy Marcus Potter. ¿Está Daniel?

—No, no está. Voy a preguntarle a Gideon.

Un silencio.

—Gideon no sabe dónde está. ¿Pasa algo?

—Ha habido... Ha habido un accidente. Creo. Stephanie...

—¿Estás bien, Marcus?

—No. Creo que está muerta.

Y entonces, al otro lado de la línea, Clemency compartió la conmoción.

—¿Hay alguien contigo?

—No. He llamado a la ambulancia. Daniel...

—Vamos para allá. Aguanta.

La casita se llenó de gente. Los hombres de la ambulancia dieron vuelta a Stephanie —Marcus no miró— e intentaron la respiración artificial. Gideon Farrar había llevado una botella de coñac y le sirvió una ración a Marcus en una taza. Es inútil, dijeron los de la ambulancia. Iban a llevarla al hospital, pero era inútil. Se oyó una llave en la puerta de calle, y entró Daniel, que frunció el entrecejo con sorpresa, sospecha e irritación al ver a Gideon y Marcus, por encima de cuyas cabezas pasó volando de pronto un gorrión que se hundió en la noche.

31. Daniel

Daniel se despertó a la mañana siguiente en una habitación inundada de luz. Pensó en las cosas que tenía que hacer, la sagrada comunión, el oficio matinal, y luego la luz le pareció terrible, algo que no debía existir, dadas las circunstancias. Sin embargo, no cerró las cortinas, mientras la luz entraba a raudales, sino que la miró con resolución, se vistió y fue a despertar a sus hijos. La noche anterior, Clemency Farrar había tratado de llevarse a los niños a su casa o, en todo caso, de quedarse con él, pero Daniel había rechazado ambos ofrecimientos.

Recordó. Era la primera vez que tenía que recordar y, por lo tanto, la más cruda y viva, como la indiferente luz del sol.

La recordó en el suelo, con el brazo quemado, la boca abierta y rígida de dolor. Recordó el suave brillo de los cabellos claros, esparcidos sobre el cuerpo, y una mancha lechosa en la parte delantera de su vestido amarillo, la galleta Marie frotada por Mary, aunque él no lo sabía. Supo y expresó de inmediato lo que había ocurrido: «Está muerta». La conmoción no lo debilitó, sino todo lo contrario, le produjo una especie de acceso de claridad mental y energía física, una descarga de adrenalina, como en un hombre que se dispone a emprender una larga carrera, cosa que, en cierto sentido, era el caso, según comprendió. Durante un largo momento sintió toda su fuerza reunida, como la séptima ola —la más poderosa— a punto de romper contra el muro del puerto, y tuvo la premonición de que esta fuerza sería la fuente de su dolor, que le llevaría mucho tiempo reconocer esto y sufrirlo, que pensaría, recordaría e imaginaría y que no habría modo de abreviar el proceso. El tiempo que tenía por delante sería el tiempo después de esto. Se agachó y le tocó el cabello, fugazmente, la mano cálida y helada, no esa cara.

Era un hombre práctico. Mientras se la llevaban, pensó en lo que había que hacer: lo cierto es que tenía que dar salida a toda esa atroz energía nerviosa e intempestiva. Hay que avisar a la familia, dijo, y sin titubear descolgó el auricular para hablar con Bill y

Winifred. En parte lo impulsaba el apremiante sentimiento de que, desde el momento en que era verdad que Stephanie estaba muerta, sería intolerable para cualquiera encontrarse en el estado de ilusión ignorante en que él se hallaba cuando había ido andando hasta su casa desde el pub, atravesado el jardín y girado la llave en la cerradura. Uno de los aspectos más desagradables de su trabajo era el de consolar a los deudos de un difunto que se negaban a aceptar la realidad de la muerte. «Debe de haber un error», solían decir los más sensatos y más serios. O bien las viudas: «Aún espero que vuelva a casa después del trabajo». Era imperioso hacer que esto fuera cierto para él, sin piedad, sin mentiras, sin fantasías de consuelo. Bill contestó al teléfono.

—¿Sí?

—Soy Daniel.

Fue incapaz de encontrar siquiera una frase de preámbulo para mitigar el golpe; no soportaba decir medias verdades que le hubieran permitido a Bill intuir la posibilidad de la muerte antes de conocer su realidad.

—Llamo para decirle que Stephanie ha tenido un accidente y ha muerto. En la cocina. La nevera no tenía toma de tierra.

Escuchó el silencio al otro lado de la línea, atentamente, evaluando la fuerza del otro hombre. Bill dijo, con voz bastante inexpresiva:

—¿Stephanie ha muerto?

—Sí —¿cómo habría podido decir «Lo siento»? Era absurdo—. No quería que no lo supieran.

—Claro. Has hecho bien. ¿Me permites un momento... para que lo asimile?

¿Circulaba la adrenalina por las venas de Bill, más viejas que las suyas? Escuchó el silencio en el auricular. Luego la vocecita áspera dijo, con un leve temblor:

—Se lo he dicho a Winifred. Ella... quiere saber si hay algo que podamos hacer. Ahora mismo. Por ti y los niños.

—No, gracias. Me arreglaré.

Escucharon mutuamente su silencio.

—Creo que no puedo seguir hablando —dijo Daniel.

—Claro —dijo Bill—. Buenas noches, Daniel.

Estuvo un buen rato tratando de telefonear a Frederica, que ahora vivía en un pequeño apartamento en Kennington, pero no obtuvo respuesta. Debía de haber salido, a una fiesta, con un hombre. Miró a su alrededor, por la sala, a las caras informes y

asustadas de los Farrar y de Marcus. Fue entonces cuando Clemency propuso llevarse a los niños y él se negó.

—¿Estás seguro, Daniel? —dijo Gideon—. Se necesita tiempo para... para darse cuenta de que ha pasado algo como esto. No podemos dejarte solo.

—Sé perfectamente lo que ha pasado. También sé que después me sentiré peor. Pero aun así prefiero estar solo.

Paseó la mirada por la habitación y vio el trabajo sin terminar de Stephanie, los trajes para el auto de Navidad.

—Llevaos todo esto, por favor.

Miró a Marcus, que bebía el coñac a pequeños sorbos. Quería que también Marcus se fuera de su casa. Marcus tembló.

—Tendría... tendría que haberlo desconectado. No me di cuenta de lo que pasaba. Tendría que haber desenchufado.

—Ella tendría que haber sabido que no había toma de tierra. Yo también. Los accidentes ocurren. No es culpa de nadie, pero nos va a costar mucho aceptarlo. Nos dan miedo las cosas que escapan a nuestro control.

—¿Quieres venir con nosotros, Marcus? —ofreció Clemency.

Marcus miró a Daniel, que sacudió la cabeza como un toro atormentado.

—Quiero volver a mi apartamento —dijo Marcus.

Por la mañana, Daniel atravesó el pasillo hasta donde dormían sus hijos, Mary en una cuna grande, Will en su cama. Mary estaba de pie, asomada sobre la barandilla. La alzó, olió su olor nocturno de talco y amoníaco, y se inclinó hacia Will. También a Will quería decirle la verdad de forma concisa y exacta, sin preámbulos. Siempre iba a recordar el fugaz momento en que el adormilado niño sonrió y rebulló, ignorante, dispuesto a empezar un día corriente, y él lo miró desde la prisión de su conocimiento. Pensó que tenía que hacer levantar a Will, darle algo de comer, decirle algo agradable —¿qué?—, no asustarlo.

—¿Dónde está mamá? —dijo Will.

—Mamá ha tenido un accidente. Está en el hospital.

—La van a curar, como a la abuela. ¿Podemos ir a verla?

—No, Will. Fue un accidente muy grave. Mamá está muerta.

Mary estaba mojada contra la camisa de Daniel. Los oscuros ojos de Will se cruzaron con los suyos, la respiración de Will se detuvo durante mucho, mucho rato.

—No —dijo.

—Vamos a necesitar tiempo para aceptarlo.

—No —dijo Will, que se tumbó boca abajo y se tapó la cabeza con las sábanas—. No. No. No.

Fue un mal día. Finalmente persuadió a Will, que no dijo una palabra más, para que bajara a tomar el desayuno. Mary comió un poco y tiró al suelo otro poco, nerviosa e inquieta. Llegó gente, mucha gente, Bill y Winifred, los Farrar, los protegidos, capilleros, esposas. Se encontró ofreciendo una especie de merienda perpetua (en la que él no tomaba parte) a personas que o bien permanecían sentadas en silencio o bien hablaban con animación de otras cosas, el auto de Navidad, Nochebuena, la receta del pastel de jengibre (alguien había llevado uno). Winifred se encargó de Will y Mary mientras él iba al oficio matutino, cosa que fue un error, porque Gideon subió al púlpito y dijo:

—Tengo demasiado pesar en el corazón para hablaros esta mañana del tema que había preparado. La mayoría de vosotros sabe ya que la esposa de Daniel Orton, Stephanie, murió inesperadamente anoche en un accidente. Era una mujer hermosa y llena de talento y, no obstante, modesta y caritativa con todo aquel que se cruzaba en su camino. Todos la queríamos y debemos dar apoyo a los suyos, su marido, sus hijos, sus padres, en este terrible momento de dolor.

Hubo más: palabras corrientes, como piedras, que convertían a la Stephanie viva en la Stephanie recordada, palabras bienintencionadas que la alejaban. Daniel las tomó como otra lección de verdad. Ella «era», «era». Se alejaba. Era cierto. Él no había empezado aún a reconocer que ella no volvería, pero su mente se empeñaba en la tarea de repetir esta frase sin descanso hasta que él la aceptara como un hecho. Fue todavía peor cuando Gideon contó anécdotas de los servicios de Stephanie a la parroquia. En este momento, y por primera vez, Daniel se permitió recordar la queja de Stephanie sobre el vocabulario reducido, a la que él había puesto fin con sexo, un recuerdo que cortó en seco por pura fuerza de voluntad.

Se puso a mover cosas con ese enérgico frenesí característico de tales momentos. Vació los cajones y armarios de Stephanie con extraordinaria eficiencia, y empacó la ropa en grandes cajas de cartón para el Ejército de Salvación. Sintió que perdía un poco la cabeza al manipular su ropa interior, sus camisones, y sintió algo más, una asfixia que reprimió en pro del orden, cuando se encontró con el vestido de popelina rosa que ella llevaba el primer día que la

había amado, en la cálida habitación de Felicity Wells, en la vieja casa del párroco. Sólo advirtió hasta qué punto había reprimido violentos sentimientos durante toda esta actividad cuando abrió el cesto de la ropa del cuarto de baño, una semana más tarde, y encontró un sostén, unas bragas y una enagua enrollados en el fondo como serpientes listas para atacar. Tomado por sorpresa, fue la primera vez que se le llenaron los ojos de lágrimas. Aúlla entonces, se dijo, de pie en medio del baño con esos espectros de su presencia corporal entre los dedos, vamos, aúlla. No pudo hacerlo.

En Londres, al atravesar Russell Square, Alexander Wedderburn se dio de bruces con una mujer temblorosa y tambaleante que en un primer momento tomó por una borracha y enseguida vio que era Frederica Potter, con el rostro rojo y morado de llanto, que siguió corriendo hecha un mar de lágrimas.

—¡Stephanie ha muerto! —gritó Frederica en Russell Square, tan alto que las palomas alzaron el vuelo y unos transeúntes indiferentes volvieron la cabeza—. ¡Oh, Alexander, Stephanie ha muerto!

Él la llevó a su casa de Great Ormond Street, le hizo tomar un café, la envolvió en una manta y le extrajo la información de que en ese momento ella estaba fuera «de juerga», durmiendo «con alguien».

—Siento que debería haberlo sentido, haberlo sabido... —dijo Frederica gimiendo.

Y dejó que Alexander la consolara, que le dijera —como ella ya sabía— que no podía haberlo previsto, que no tenía la culpa, que había sido un accidente. Alexander añadió que, si le parecía bien, iría con ella al norte, para el funeral.

Alexander recordó a Stephanie tal como estaba el día de su boda, de pie con su traje blanco y sus líneas redondeadas en la sala de su casa, mientras él subía y bajaba la escalera en busca de pequeños alfileres dorados. Le escribió a Daniel, impulsado por el dolor que esta imagen le causaba pero sin evocarla, imaginando con razón que, si él, más distante, apenas podía soportar la idea de ella viva, Daniel no podría soportarla en absoluto. Le escribió una carta breve de una austeridad que no era habitual en él, en la que le decía que no sabía cómo podía uno resignarse a algo así, pero que los hombres lo habían hecho, lo hacían, y que Daniel era fuerte, él lo sabía. Esta carta, de índole más abstracta e indirecta, llegó a

Daniel más que otras, más afectuosas, que evocaban a la mujer, la esposa, la madre. Ésta la conservó, a diferencia de las demás, que contestó a toda prisa antes de deshacerse de ellas.

Daniel le dijo a Gideon que se ocuparía él mismo del servicio fúnebre. Gideon expresó sus dudas al respecto: Daniel lo estaba tomando de forma increíble, pero ¿no creía que asumía demasiadas cargas, los hijos, la casa, el entierro? ¿No podía aceptar consuelo o ayuda de otros? Daniel lo fulminó con la mirada. Entre otras cosas, no podía soportar que Gideon la tocara otra vez con sus estúpidas palabras, que pretendiera decir lo que fuera sobre ella, su propia mujer, Stephanie. También le resultaba difícil pronunciar su nombre, para sus adentros o en voz alta. Decía «ella» o «mi mujer». «Mi mujer» tenía que ver con él, Daniel, con la necesidad de reconocer la pérdida y de seguir adelante. Se veía obligado a decir «Mi mujer ha muerto», porque había gente que debía saberlo. Pero su nombre le pertenecía a ella, y pronunciarlo equivalía a asomarse al abismo de la necesidad y la imposibilidad de reconocer que ella había estado viva y ahora estaba muerta, que había tenido miedo y... Le dijo a Gideon que se sentía mejor si se mantenía ocupado, que no se encontraba enfermo y necesitaba hacer cosas.

Decretó también, para sobresalto de Winifred, que Will asistiría al funeral. Recordaba los días de irrealidad después de la muerte de su padre —en cierto modo, una fuerza ciega lo impulsaba a revivirlos—, cuando lo habían aislado, apartado de lo que ocurría, enviado a «jugar». Will no debía jugar, no debía sentirse confuso, tenía que saber que su madre había muerto. Winifred echó una mirada a la casa desnuda, consciente de hasta qué punto habían borrado la presencia de su hija de los sitios en que había vivido —sus fotografías retiradas, su escritorio ordenado y vacío, hasta su cesta de jardinería desaparecida—, dijo que Will tendría miedo, era muy aterrador a su edad pensar en los cuerpos bajo tierra, lo sabía por sí misma, y no era más que un niño pequeño. Daniel le lanzó una ceñuda mirada de furia, diferente de la cólera salvaje de Bill, y fue evidente que se forzaba a recordar que Winifred había perdido a una hija.

—Cuando murió mi padre —dijo Daniel— me mantuvieron aparte. Nadie me dijo nada. No me afligí por su muerte. Eso me causó mucho daño. La gente acaba bajo tierra y no vuelve. En otra época se permitía que los niños lo supieran. Will lo sabe. Una de las chicas del Grupo Juvenil de Gideon se ocupará de Mary. Mary no lo

sabe, no del mismo modo. Will tiene que vivir esta experiencia.

—No le hagas las cosas demasiado difíciles —pidió Winifred.

—Will habla muy poco —dijo Daniel, que por un momento pareció vacilar, y luego añadió—: Preguntó si el pájaro estaba bien. Le preocupaba el pájaro.

—Si puedo ayudar en algo con Will... —dijo Winifred.

—Me gustaría mucho que se sentara con usted, entonces —dijo Daniel.

La mayoría de las personas que acudieron al funeral recordaban a Daniel en su boda, dinámico en su grueso cuerpo, sonriendo a un lado y a otro, a su iglesia y su gente. La mayoría de ellas se sintieron desconcertadas por el modo en que pronunció las palabras del oficio. Ya estaba de pie en el presbiterio, junto al ataúd, negro y silencioso, cuando la puerta de la iglesia se abrió y un último feligrés entró con sigilo y se quedó en el fondo. Bill Potter había sido incapaz de asistir a la boda de su hija con un pastor cuyas creencias despreciaba y a quien no aceptaba como hijo. Ahora los dos hombres se miraron por encima de la cabeza de la gente: Frederica y Alexander, Gideon y Clemency, Marcus y la señora Thone, Winifred y el pequeño Will, aferrado al borde del banco. Daniel habló casi despiadadamente.

—Llegamos a este mundo sin nada, y nada podemos llevarnos de él. «El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!»[127]

Las palabras eran una escasa defensa entre él y la fosa. Eran un acto habitual y redentor, no porque creyera ya en ninguna de las palabras más consoladoras, sino porque las más terribles proclamaban una parte de la verdad de las cosas. «Porque mil años son ante tus ojos como el día de ayer, que ya pasó, como una vigilia de la noche. Tú los arrebatas, y son como un sueño, como la hierba que brota de mañana: por la mañana brota y florece, y por la tarde se seca y se marchita.»[128]

«Si por motivos humanos luché en Éfeso contra las bestias, ¿qué provecho saqué, si los muertos no resucitan?»[129]

«No toda carne es igual, sino que una es la carne de los hombres, otra la de los animales, otra la de las aves, otra la de los peces. Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero uno es el resplandor de los cuerpos celestes y otro el de los cuerpos terrestres. [...] El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo viene del

cielo.»[130]

¿Qué había imaginado que pasaría? ¿Que las palabras lo consolarían como él había consolado a otros con ellas? ¿Que la resurrección, el cambio en un abrir y cerrar de ojos, el resplandeciente trigo inmortal le parecerían reales, aunque sólo fuera vagamente? Avanzó junto a su cuerpo encerrado en el ataúd hasta el borde de la fosa, y su agitada mente le dijo que no creía en nada de eso, nada de eso, que tal vez nunca había creído. Como ella le había dicho una vez riendo, él era de la tierra, terreno.

«El hombre, nacido de mujer, tiene una vida breve y cargada de tormentos: como una flor, brota y se marchita; huye sin detenerse, como una sombra.»[131]

Miró la tierra, las ridículas láminas de césped artificial que había olvidado avisar que no llevaran. Miró las coronas de flores, crisantemos de otoño combinados con tempranas flores primaverales forzadas a nacer en invierno, como ocurre en esa época del año, círculos blancos de perpetuidad artificial. Siguió hablando hasta el final del servicio fúnebre, con la mirada clavada en ese espacio estrecho, y pensó, y trató de no pensar. Acabadas las palabras, se quedó allí de pie, mirando la tierra con aire torpe y razonable, mientras los demás se alejaban en tacones altos por el sendero de guijarros o dejaban sus huellas en el suelo arcilloso.

Fue Bill quien lo cogió por el codo y dijo:

—Vamos, Daniel. Vamos.

Bajo el tejo, Winifred y Frederica intentaban atrapar a un niñito asustado y furioso que daba vueltas, gritaba y mordía.

Siempre había dicho que un funeral era una congregación de los vivos, un rito para los vivos. Había exhortado a los feligreses a desprenderse, a dejar que los muertos fueran lo que eran. Mientras caminaba junto a Bill, que mantenía la vista clavada en los adoquines como si los estuviera estudiando, pensó que no había entendido nada. ¿Cómo podía él congregarse con esa gente? Su sitio estaba en otra parte, en la oscuridad, en la humedad, en el frío. Vio los árboles invernales, las lápidas, el costado de la iglesia a través de una especie de velo hollinoso en el que danzaban unos puntitos de luz que, en una suerte de vértigo, reconoció como las palabras que acababa de decir.

Bill habló.

—¿Te has fijado en que las viejas lápidas dicen «morir» y las nuevas dicen «cerrar los ojos» o incluso «descansar»? Estamos muy mal preparados para esto, ¿no crees?

—Yo creía estarlo.

—En Oriente Medio se cubren la cabeza de ceniza, se desgarran la ropa, gritan y lloran. Nosotros caminamos razonablemente lado a lado. Podría decirte que me gustaría haberme comportado de forma distinta contigo, pero de nada sirve para lo que ha pasado ahora, ¿no?

—No —contestó Daniel con sequedad, y siguió andando en la oscuridad.

No advirtió que Bill se quedaba atrás y se reunía con los otros.

32. Desapariciones

El equilibrio de una novela exige, en general, no dar tiempo al pesar del duelo. En las historias de detectives, en que las muertes abundan y se suceden con tal rapidez que caen en el texto como las hojas en Vallombrosa, nadie queda incapacitado por la pena, nadie cambia de conducta, el texto avanza hasta la siguiente muerte, si uno está en medio de la trama, o, si se está cerca del fin, hasta lo que constituye el propósito intelectual: la revelación de quién es el culpable. Las historias de detectives, como la creencia en el pecado original, consuelan a los hombres de la muerte, porque siempre hay alguien responsable de haberla traído al mundo (de la novela) y toda nuestra aflicción se disipa con el justo castigo o la expiación. Uno de los muchos aspectos dolorosos del duelo es la necesidad de sentirse responsable o culpable; así pues, la pena de Marcus por su hermana se centraba, en parte, en su estúpida conducta respecto al enchufe y, en parte, sin razón alguna, en su deseo de hablarle de su amor por Ruth. Tuvo una desagradable sorpresa al llegar a la casa de los Farrar, donde se serviría comida y vino a los asistentes al funeral, y se encontró con que Ruth ya estaba allí, repartiendo vasos y llevando en brazos a la pequeña Mary, que se aferraba a la trenza dorada con una mano y sujetaba un bocadillo de pollo en la otra. Daniel también se sentía responsable y culpable, aunque su razón luchaba contra esto y, tal como él le había dicho a otros, se repetía que la vida de su mujer había sido de ella, que no tenía que desposeerla de su manera de vivirla ni de su propia responsabilidad. No obstante, más tarde iba a pasar mucho tiempo pensando en que ella se había visto reducida al silencio respecto a Wordsworth y Shakespeare al casarse con él, que él había sido incapaz de volver una hora antes a su casa, que esa mañana había empujado a Will, envuelto en los restos del brillante vestido de fiesta de ella. Los primeros días se sentía culpable por el solo hecho de haber sobrevivido. Fue en una segunda fase, después del primer instante de... ¿podemos llamarlo alegría?, cuando reconoció que era un superviviente, y más tarde también tuvo que luchar para no sentirse vanamente culpable por esto.

Resulta tentador pasar a toda prisa por la vida inmediata de

todas estas personas, sobre todo de Daniel. Es en cierta forma un sentimiento de discreción: es muy inglés y tranquilizador a la vez apartarse por un tiempo y retomar la narración cuando haya algo que relatar. En otra época las novelas terminaban con el casamiento; ahora hacemos las cosas mejor y nos internamos en las arenas movedizas y las ciénagas de la vida matrimonial sin llegar a ninguna conclusión, acabamos con un interrogante, una incerteza, una bifurcación de posibilidades que permiten al lector continuar la historia con la proyección que él prefiera. La muerte es más conclusiva que el casamiento. Las tragedias acaban con una muerte. Ante el espectáculo del fin del ciego Edipo, de los repetidos «nunca» del viejo Lear ante el tormento, sentimos, como acertadamente dice Aristóteles, algo semejante al alivio, un debilitamiento de la apremiante compasión y de la tensión del terror, un espacio para que entre a raudales la brillante luz, quizá. Pero la luz hiere los ojos que se despiertan del duelo. Tennyson lo sabía: «En la calle desnuda despunta el día vacío».[132] Mientras escribo, se me ocurre que Shakespeare consiguió incluir en la conclusión de la tragedia el dolor del duelo. El peor sufrimiento de *Lear* sobreviene al final, el accidente después de la conclusión, lo inaceptable: «¿Por qué un perro, un caballo, un ratón viven y tú, en cambio, no alientas?».[133] Si nos representamos a Cordelia y no sólo a Lear, la muerte de Cordelia vuelve esta pieza demasiado perturbadora para el alivio del que habla Aristóteles. Podemos dejar partir a Lear, de buena gana y con dignidad, pero no a Cordelia, si nos la hemos imaginado. «No volverás más.» Daniel había leído *Lear,* aguijoneado por el desprecio mostrado por Bill hacia su educación. Se había hecho el propósito de leer mucho más para poder hablar con su mujer tal como ella era, y no lo había cumplido, a causa de los niños y los habitantes de su casa, a causa del trabajo, a causa del miedo a que la mente de Stephanie la apartase de él. También *Hamlet* incluye un duelo en la tragedia; la lentitud de ésta, el prolongado sufrimiento pasivo y fútil pueden atribuirse tanto a la acción del duelo en Hamlet como a su inconfesado sentimiento de miedo y deseo respecto a la madre, más habitual y no incompatible con aquél. Hamlet nace sorprendentemente a la vida cuando entra en el mundo de la muerte. No en vano los retratos de actores del siglo diecinueve lo muestran siempre con la calavera de Yorick, junto a la tumba en la que saltará y de donde saldrá con una identidad. «Soy yo, Hamlet el danés.» Y falta menos de un acto.

Sobrevivir, en este sentido, es exactamente lo contrario de una

conclusión. En el curso de las siguientes semanas, Daniel se contó otra vez su propia historia, remontándose hacia atrás desde ese momento preciso, proyectándose hacia un futuro cuyo origen era ese momento. El resto de su vida sería vida después de esta muerte. Y lo que había ocurrido antes se volvió atormentador, morboso e impensable justamente en la medida en que había sido radiante, significativo o sencillamente feliz. Los recuerdos eran como un sol espectral, dolorosos para los ojos heridos. Habían caminado a lo largo de la playa de Filey, en medio del bramido del mar y el viento. Se habían aferrado uno al otro en busca de calor en su pequeña habitación de la casa parroquial. Sentada en la cama del hospital, junto a los lirios que él le había regalado, ella había sostenido a Will en el círculo de luz que proyectaba una alta lámpara de cabecera. Todas estas imágenes quedaban contaminadas por esa otra que se superponía, el labio retraído, los dientes húmedos, el cabello suelto, el vestido manchado, el brazo quemado. Era un hombre que había creído que tendría una vida solitaria consagrada a ayudar a los demás y que una vez, sólo una vez, había amado una mirada dulce, unos pechos redondos, unas caderas anchas y un movimiento animado y apacible. Casi podía soportar el recuerdo de estos aspectos fragmentarios, pero evocar a la mujer viva en su totalidad, tratar de alcanzarla, nombrarla representaba un peligro intolerable. Su mente trabajaba sin descanso, forjando ingeniosas estratagemas y planes de supervivencia para reconocer y no reconocer a la vez qué era lo que había desaparecido. («Quién» había desaparecido. Hasta el pronombre formaba parte de la necesaria reducción.) No podía borrar sencillamente el pasado, o eso creía, de manera que tenía que examinarlo trozo a trozo, verlo por completo a esta nueva luz cruel, como algo que conducía a esto y sólo a esto. Pero nunca debía dejar de aferrarse a la verdad, nunca debía permitirse imaginar o desear la presencia de ella ni por un momento. Tal deseo, pensaba, le haría perder el control del duro núcleo de voluntad y continuidad biológica que era su ser. Debía continuar levantándose, alimentando a sus hijos, trabajando.

Se dijo que ni siquiera soñaría con el regreso de ella. Es posible —arguyen los críticos— que Lear muriera con la ilusión de que Cordelia había vuelto, «mirad sus labios, mirad aquí», que el corazón del viejo rey, como el de Gloucester, estallara de alegría con la ilusión de su regreso. Daniel se sentía acosado por el miedo a tal ilusión, alimentada por la semejanza de mujeres que pasaban por el otro extremo de la calle, con el cabello rubio escapando por

debajo de un sombrero o un gorro de lluvia, o por una alucinación en que una toalla se convertía en su camisón, colgado en la puerta del cuarto de baño. Pensaba que, tras soñar con su presencia o su regreso, no podría despertar y sobrevivir. Así que no soñaba. Su voluntad penetraba las sombras y espantaba los sueños. O, si soñaba, era en tal oscuridad que los sueños no llegaban a la luz de la mañana.

No obstante, por la mañana había otros problemas, además de la luz invasora. Un momento peligroso era el de la semiconciencia del despertar, cuando día tras día, cumpliendo sus propias órdenes, recordaba que había algo terrible que debía saber pero no rememorar en detalle, que no debía despertarse con indolencia, confusión, ni esperanza. Si por algún azar lo olvidaba, toda la secuencia de aquella noche desfilaba por su mente, imagen tras imagen, sus pasos en el camino de entrada, su llave en la puerta, la imprevista presencia de Gideon y Marcus, y luego aquello que también debía recordar, los finos cabellos, el brazo quemado, el zapato caído, el vestido manchado, esa cara.

Una de las cosas que había aprendido en su profesión, que había tenido que aprender, era que el resto de la gente desconoce la lentitud del duelo, la creciente dificultad de la supervivencia. Al principio, cuando él no era más que embotamiento y la voluntad de reconocer y atravesar aquello, iban a menudo a llevarle flores o comida, a ofrecerse para cuidar de los niños, a rogarle que fuera a cenar con ellos, cosa que rechazaba. Más tarde, cuando empezó a pensar en su cuerpo —todavía no en ella, sólo en su cuerpo— y había momentos en que no soportaba el encierro entre las paredes de su casa, iban con menos frecuencia, creyendo al parecer que él había vuelto a su estado normal. Otra vez acudían a él con sus problemas, problemas de sexo, amor, soledad y dinero, y él les decía lo mismo que les habría dicho si realmente se hubiera implicado en lo que le contaban, en lugar de sentir desprecio en su oscuro interior por la similitud de todo aquello, por su trivialidad, por el inevitable fin que tendría.

Los ingleses dejan de hablar del duelo demasiado pronto, pensaba con rudeza, aun sabiendo cuánto le habían molestado las palabras inadecuadas que le habían dicho, y a veces mucho peor que inadecuadas. Una diaconisa había manifestado que tal vez el Señor había llamado a su lado a Stephanie, tan joven y feliz, porque

quería que Daniel conociera el camino de una vida sin ese amor. Cordelia recibía muerte, argüían algunos críticos cristianos, para reconciliar a Lear con el cielo, para redimirlo. Por un terrible momento, Daniel pensó en Stephanie pedaleando en dirección a la clínica de prenatal con su voluminoso Wordsworth en el cesto de la bicicleta. Ella había tenido su propia vida. ¿Quién podía creer en un Dios que mataba esa vida para enseñarle a Daniel una lección sobre el sufrimiento? Shakespeare mató a Cordelia para mostrar que en nuestro mundo hay cosas peores que la culpa y la expiación de una culpa, que la sabiduría de Lear, penosamente adquirida y no muy profunda, importaba muy poco en comparación con ese grito: «¿Por qué un perro, un caballo, un ratón...?». Incluso esto era egocéntrico, pensó Daniel, tras haber puesto fin con brusquedad a los argumentos de la diaconisa. Había veces en que se quedaba perplejo de que una cosa cualquiera estuviera viva, un pulgón o un temprano narciso que alguien le llevaba, cuando él temía por su vida verde, sedosa y leve como temía por sus hijos. Los hijos serán un gran consuelo para ti, le decían, insistían en decirle. Era por los niños por lo que estaba ahí. Eso al menos lo tenía claro. Lavaba, vestía y daba de comer a los niños; le leía a Will; buscaba chicas para que se quedaran con ellos o, con poca frecuencia, los llevaba a casa de Winifred cuando el trabajo lo obligaba a ausentarse. Tal vez él mismo había supuesto que representarían un consuelo. En lugar de ello, eran una fuente de miedo. Tenía miedo por ellos, y tenía miedo de ellos.

En la cocina era lento, limitado y carente de imaginación. Comían montones de tocino y huevos, muchas salchichas, lata tras lata de judías en salsa de tomate. Llegaría un día en que aprendería a cocinar, pero no aún. Ni siquiera le gustaba trajinar en los fogones, en «sus» fogones. Pronto dejó de preguntarse qué pensaban sus hijos cuando lo veían lidiar preparando la comida. El hígado quedaba duro y amargo; las chuletas, quemadas. Apartaban el plato de comida que Daniel les hacía comer, cuando lo conseguía. Nadie se daba cuenta de que él mismo no comía, de que subsistía sólo a base de tazas de té y trozos de tostadas.

Tenía miedo por ellos como tenía miedo por las moscas y las criaturas pequeñas, sólo que peor, mucho peor. Los había considerado seres independientes en crecimiento, Will con su complejo lenguaje, Mary con sus manos siempre dispuestas a acariciar, ambos parecidos a él y a Stephanie, pero

maravillosamente distintos. Ahora le parecían ante todo monstruosamente vulnerables. No permitía que Will abriera la puerta al cartero ni trepara a la verja del jardín; le pegó una vez cuando Will quiso llevar una jarra de agua caliente del fregadero a la mesa del comedor. Mary había estado muy pegada a su madre, y ahora él se encogía un poco antes de cogerla en brazos, pues recordaba las manos de Stephanie, su hombro con la cabecita de Mary apoyada en él, su pelo manoseado por los deditos pegajosos. Mary, muy plácida hasta entonces, no quería que la cogieran en brazos y lo rechazaba con energía empujándolo con las palmas mientras lanzaba penetrantes alaridos. Nada de esto era tan terrible como la mirada escrutadora de Will desde el otro lado de la mesa, una familia que no era una familia. Hasta la luz eléctrica parecía más oscura y lúgubre. La negra mirada de Will era una acusación.

—¿Adónde se ha ido mamá?

—Está en paz. Con Dios. Dios cuida de ella.

—En un cajón. ¿Va a salir del cajón?

—El cuerpo se queda ahí. Pero ella es libre y está con Dios, Will.

—¿Dios es bueno con ella?

—Dios cuida de todos. Nos ama a todos.

—A nosotros no. A nosotros no nos ama.

La mirada fija.

—Will, come tus cereales.

—No me gustan. Tienen un sabor raro. No están buenos.

—No hay otra cosa. Cómelos.

—¿Y si mamá quiere salir del cajón?

—No puede.

Trató de decirle lo que le había dicho a su grey, que lo que estaba allí no era ella, no era Stephanie, no era mamá; pero, como él mismo no lo creía, no pudo hacer salir las palabras.

—Deja de preocuparte, Will. Come.

—A lo mejor quiere volver con nosotros, de verdad, y puede.

—No, Will. No puede. Los muertos no pueden. Es así.

Arrojando al suelo sin proponérselo el plato de comida que no había tocado, Will dijo:

—Pero yo quiero que venga. ¡Quiero que venga!

—Me tienes a mí. Yo trataré... trataré de...

—¡Quiero que vuelva mamá!

No, los hijos no eran un consuelo. Tenía que darles de comer, y lo hacía. Leía *Hansel y Gretel* una y otra vez, y, como era incapaz de brindar consuelo, hacía caso omiso de las reiteradas afirmaciones de

Will de que no les había pasado nada malo a Hansel y Gretel aunque su papá y su mamá los habían abandonado en un bosque salvaje, en manos de una bruja que quería comerlos; se habían escapado y vuelto a su casa y todo se había arreglado, no les había pasado nada, ¿no es cierto? ¿No es cierto, papá? No les había pasado nada, decía Daniel con voz algo ahogada, intentando arropar a Will, que lo rechazaba golpeando con los puños su pecho de hombre vestido de negro.

También a él lo preocupaba el ataúd. No era una preocupación que pudiera compartir con Will, ni tampoco mencionar a cualquier otro. No era una persona imaginativa, y siempre había apreciado el modo en que el oficio fúnebre tenía en cuenta la corrupción de la carne y la contraponía a la luz eterna. Sólo cuando se trató de esta carne —que recordaba por partes, la imagen de su columna vertebral cuando se alejaba andando, de sus tobillos cuando montaba en bicicleta, de su cabello, su cabello en la almohada— descubrió que su mente no podía apartarse de la idea del frío y la oscuridad, la delicuescencia, el ablandamiento y el desprendimiento, el estado líquido, aunque «después de que los gusanos, tras devorar mi piel, destruyan este cuerpo, con mi propia carne veré a Dios».[134] Amaba a su hijo Will, carne de su carne, carne de la carne de ella, y sentía que tanto sus imaginaciones como él mismo eran detestables y peligrosos para Will, quien aún podía, tal vez, defenderse contra la naturaleza infecta y corrupta de la apariencia de las cosas mediante los espantosos cuentos de los Grimm, donde los jóvenes llenos de esperanza regresaban de castillos y cavernas, siempre regresaban, con el anillo de oro, la tela de seda, la novia sapo que se metamorfoseaba en una hermosa princesa. En cuanto a Daniel, toda cabeza cortada, todo monstruo derribado, así como los escarabajos aplastados, los gorriones caídos, los triángulos de hígado quemados de su plato, le repugnaban y lo perturbaban. No soñaba con Stephanie, pero tenía un sueño espeluznante con la cabeza del caballo Fallada,[135] viva y sangrante encima de la puerta del castillo, cálida al tacto, demasiado blanda, demasiado hinchada... Trató de leer a Enid Blyton, y su hijo Will lo censuró diciendo:

—A mamá no le gusta ese libro, no leemos eso. Éste es el que leemos.

¿Cuándo se dio cuenta de que, después de todo, quizá no sobreviviera del modo en que había dado por sentado que

sobreviviría? Había mirado hacia adelante a la luz de ese primer día terrible y había imaginado una época «después» de que todo empeorara, cuando de nuevo tendría que empezar a vivir su vida, a hacer razonablemente las cosas habituales, a pensar en el mundo exterior. Dada la fuerza normal de su enérgica existencia, se había asignado un tiempo indefinido para sufrir, casi para indignarse, con esa parte propia que aún tenía la muerte ante sí, que aún organizaba su trabajo, la interrupción de su vocación. Luego, mientras forzaba al pasado a reducirse a ese presente nulo, se dijo que su misma fuerza prolongaba el aprendizaje del dolor, tal como una constitución fuerte prolonga una enfermedad mortal. Al principio, llevado por el desconcierto, vivió momentos de olvido en el pasado inalterado, momentos de determinación obstinada respecto al futuro imaginado más allá del conocimiento de esto. Luego llegó a verse como un nadador que luchaba por respirar en un túnel oscuro sin aire, iluminado con los fantasmagóricos destellos que antes había percibido en el barro como las palabras del oficio fúnebre, y el túnel era estrecho, y él avanzaba como un topo, atascándose, pero era fuerte, se abría paso sin meta alguna, ni siquiera la de descansar en un camino sin salida.

Tendría que haber intentado agotarse; tendría que haber intentado perdonarse. En momentos de tensión con su esposa, en momentos anteriores de desaliento o falta de propósito, había andado, sobre todo de noche, para apaciguarse con el ritmo de sus pasos. En las largas noches que pasaba sentado solo, mientras los niños dormían, llegó a sentir que su casa, que antes veía como una endeble cabaña en medio de la tormenta, se había vuelto más sólida y opresiva, pesaba sobre él como la tierra en aquella estrecha abertura. Paseaba la vista de la silla a la mesa, de ésta a la puerta de la cocina y al suelo embaldosado de la cocina, donde ella se había agachado, se había tumbado y había estirado la mano para coger al pájaro, y no podía seguir allí tranquilo sin... sin un inimaginable estallido de gritos o violencia del que debía proteger a sus hijos. Entonces salía, corría un instante hasta la iglesia, el cementerio, el canal, siempre trabado por la pesada cadena de su miedo por los niños, que crecía con cada paso.

En la iglesia se esforzaba por rezar. No a Cristo, sino al antiguo Dios, impenetrable e indiferenciado, que mantenía unidas las piedras de ese edificio, que vivía como electricidad en ese aire cargado, cuya presencia sentía muy rara vez pero que lo había

guiado. «Tú reduces a los mortales al polvo, y les dices: “Volved, hijos de Adán”.»[136] Tú no volverás. No era que la iglesia estuviera desierta: algo bullía dentro, como siempre había hecho, algo que había incorporado en sí y anulado las vocecitas humanas que sonaban y suspiraban en su interior. En el mundo, y fuera del mundo, había algo más que los hombres y sus pequeñas preocupaciones; Daniel lo oía, oía la vida más allá del sordo retumbo de su propio corazón, del susurro de su respiración. ¡Y pensar que había gente que se había arrodillado allí y rezado para que Él la aliviara de la vergüenza del acné, para que una chica del coro sonriera en su dirección, para aprobar un examen para el que no se habían preparado debidamente, para que el pastor se fijara en su nuevo sombrero, ahora, ahora, ahora! Había leyes para estas pequeñeces: la electricidad sin toma de tierra atravesaba la carne, la húmeda sangre, los huesos, hasta el suelo embaldosado. Pero él no podía erguirse y gritarle que lo golpeara allí mismo, ni tampoco que deshiciera lo hecho, que volviera atrás. Lo único que podía pedirle era lo que él mismo podía y debía conseguir: sobrevivir de un modo útil. No era exactamente que no creyera en Él. Era Dios quien no creía en él de manera particular. Tenía leyes para él. Cristo había dicho que el Padre se preocupaba por la caída de un gorrión; pero, si bien era evidente que Cristo se había preocupado, no lo era en absoluto que también lo hicieran los poderes. El poder golpeaba, de acuerdo con la ley. Los hombres tenían un cráneo frágil, el corazón bombeaba con eficiencia, delicadeza y vigor, y una burbuja de aire podía detenerlo. La imagen de la figura clavada en la cruz era un grito humano para que las cosas fueran diferentes, para que el sufrimiento humano constituyera el centro, para que el hombre pudiera ser responsable de su destino y que los muertos regresaran, que regresaran como la hierba, como el trigo de san Pablo sembrado en la corrupción. «Si por motivos humanos luché en Éfeso contra las bestias, ¿qué provecho saqué, si los muertos no resucitan?»

Daniel pensó que los muertos no resucitaban. Como el miedo había alcanzado un grado insoportable, atravesó tambaleante el frío aire de la noche hasta su casa, pensando en la vulnerabilidad de los pequeños cráneos, el ahogo de los pequeños pulmones, el labio retraído, el brazo quemado, el suave cabello muerto.

Gideon y Clemency se presentaron en su casa. Daniel no les ofreció ni un café, pero no se marcharon, y Clemency, sin pedir

permiso, fue a la cocina como si se tratara de la suya y preparó café para todos. Había llevado galletas caseras y le dijo a Daniel que parecía demacrado y mal alimentado. Puso las galletas en un plato sobre la mesa polvorienta; Daniel las rechazó mediante el simple procedimiento de no coger ninguna. Will se acercó y se sirvió tres, una tras otra, que se metió en la boca como si estuviera muerto de hambre. Clemency le ofreció una a Mary. Se sentó en la silla de Stephanie y animó a Mary a que fuera a coger una bonita galleta con una violeta de azúcar encima. Mary fue, chupó la galleta, apoyó una mejilla sonrosada en la falda de lino amarillo de Clemency y la manchó. Clemency limpió la mancha de forma metódica con un pañuelito. La ira se apoderó de Daniel a tal punto que la habitación osciló un poco y vio dos marcos de ventana que se agitaban tras la cabeza de Clemency. Gideon dijo que todo el mundo se sentía preocupado por él, que lo estaba llevando de un modo maravilloso, por supuesto, pero que tanta tensión tenía un precio. ¿Qué le parecían unas vacaciones? ¿Les gustaría a los niños ir a pasar un tiempo con su numerosa familia? Se preguntaba también si no le convendría hablar con un psicólogo, alguien con experiencia en el tratamiento del duelo...

—No —dijo Daniel.

—Sé que te resulta muy difícil hablar de la querida Stephanie —dijo Gideon—, pero creo que te haría bien. Todos nos apresuramos demasiado a poner a los muertos en su sitio, a excluirlos de nuestro corazón y nuestra mente. Creo que tal vez ayudaría si, así sentados como estamos alrededor de la mesa, evocamos algo de la maravilla de su existencia, damos gracias por su vida, por estos dos pequeños, por la felicidad que aportó a tantas personas.

—El mismo día de su muerte —dijo Clemency casi sin titubear— consulté con ella un problema personal, un asunto delicado, y ella mostró tal sensatez, tanta dulzura y paciencia con... con algo bastante desagradable...

¿Fue entonces cuando Daniel sintió que la supervivencia aflojaba su presa? Un viento bramó en sus oídos, ante sus ojos aparecieron unas barras oscuras, iluminadas por el fuego, que dividieron extrañamente el afable rostro de Gideon en secciones ardientes, aquí un ojo, allí la mitad de una cara con barba rubia.

—Stephanie nos pertenecía a todos —dijo Gideon—, todos la lloramos y queremos llorarla contigo. Recemos. Amado Padre, que comprendes el pesar de los hombres porque diste a Tu hijo por amor a nosotros...

—Fuera —ordenó Daniel.

Se puso de pie y le hizo un gesto a Clemency, que había visto a Stephanie después que él, que había empleado palabras que tal vez ella había...

—Creo que de verdad necesitas ayuda —dijo Gideon.

Daniel lo golpeó. Algo se apoderó de Daniel, su pesada mano se estrelló contra la cara de Gideon y se apartó ensangrentada. Por un instante se sintió en paz. Y luego la furia se encendió otra vez.

—Fuera —le dijo a Clemency—. Fuera de aquí. Marchaos.

—Debería llevarme a los niños —dijo Clemency, con su falda manchada.

—Marchaos ahora mismo —dijo Daniel.

Mary lloraba detrás del sillón de la señora Orton. Will estaba en la cocina, aplastado contra la pared, la mejilla contra el frío costado blanco de la nevera, la carita completamente pálida.

33. Tres escenas

Otra vez tomaban el té en familia en la casita del barrio de los maestros. La gran tetera marrón brillaba suavemente sobre un mantel azul a cuadros. Había tostadas en la rejilla de la tostadora y rebanadas de pan con mantequilla apiladas en una fuente de estilo chino. Winifred había sacado de nuevo el viejo plato de Marcus de borde ancho, en cuyo centro un Christopher Robin desvaído observaba el cambio de guardia con Alicia. Lo usaba Mary, y Will tenía la taza, el platillo y la huevera de Peter Rabbit de Frederica. Winifred le cortaba a Will tiras de tostadas para que las mojara en el huevo pasado por agua. Había galletas de jengibre con forma de hombrecitos. Winifred había sostenido a Mary ante la mesa para que pusiera ojos de pasas en las figuras desplegadas que Will había amasado y cortado, que sonreían con boquitas de cáscara confitada. Había vuelto a encender la chimenea de carbón, donde antes ella y Bill permanecían sentados en un silencio helado ante la estufa eléctrica encendida al mínimo. La luz de la lumbre se reflejaba en las pulidas cucharas y en la madera, cálida aunque desgastada. Había flores sobre la mesa, extrañas esferas compuestas por segmentos de crisantemos dorados y rojizos que se alzaban como llamas y que Mary intentaba coger, cosa que su abuela le impedía cariñosamente. Winifred no podría haber dicho que era feliz. ¿Cómo podía ser feliz? Pero tenía un propósito, y eso le había devuelto la vida.

Tres meses antes había contestado el teléfono una noche. Él había hablado con tono rápido y cortante.

—Quiero que venga enseguida a recoger a los niños. Quiero que los tenga con usted y que los cuide. Tiene que venir ahora mismo, ¿comprende? Tengo que contar con usted.

—¿Qué vas a...?

—Oh, ninguna tontería, tengo mis principios. Pero no puedo seguir así. Acabaré haciéndole daño a alguien. Tiene usted que aceptar.

—Sí, pero los niños...

—Estarán mejor con usted. Yo me voy. Simplemente me voy. ¿Vendrá?

—Por supuesto.

—Ahora. Prométamelo.

—Lo prometo.

—Me mantendré en contacto.

Winifred tomó un taxi. Cuando llegó a la casa, los niños estaban en la cama. Metió sus cosas en una maleta y se los llevó. Sabía que tenía que hacerlo, pero no había adivinado hasta qué punto eso la cambiaría.

De vez en cuando recibían una postal. No volvió a haber llamadas telefónicas. Al parecer, Daniel se dirigía al sur. Haworth, Nottingham, la región de la loza, catedrales, vistas de los páramos y las tierras bajas de Norfolk, insignificantes centros de ciudades con faroles de hormigón. Besos a Will y Mary.

Winifred tampoco había imaginado qué efecto tendría sobre Bill. Había sido una madre paciente que no despegaba los labios; era una abuela dulce, cariñosa e indulgente. Él, como padre, bramaba, censuraba, imponía sus expectativas. Ahora jugaba. Es cierto que había intentado jugar con Marcus a juegos «creativos», contar cubos, relatar las heroicas historias de Beowulf, Sigfrido o Aquiles, ofrecerle al niño su cultura, y se había visto rechazado. Will amaba las historias. Y Bill había perdido su aire decidido e imperioso. Los primeros días Mary se había mostrado tranquila y fácil de contentar, mientras que Will tenía un humor sombrío. Pero había permitido que Bill le leyera, incluso poesías, había reaccionado bien a *El flautista de Hamelin* y *La grajilla de Reims,* había hecho que Bill repitiera y repitiera la historia del leal Thomas avanzando en medio de la sangre que le llegaba a la rodilla. Los cuatro se sentaban a merendar a la luz del fuego y mantenían alejadas las tinieblas.

Marcus iba de visita de vez en cuando; se sentaba en un rincón de la habitación, silencioso pero presente, y observaba con cierto temor a los niños, a Will en particular, ya fuera que se entregaran a una batalla de cojines o que estallaran en sollozos incontrolados ante un súbito portazo.

La muerte de su hermana había cambiado las cosas entre él, Ruth y Jacqueline. Marcus había entrado en el mundo de Ruth, o lo que ella consideraba su mundo, al parecer, donde lo principal era la capacidad de soportar una pérdida, la paciencia y una dulzura deliberada. Jacqueline tenía ahora miedo de él. Ruth iba a verlo a su desván de estudiante en Long Royston, lo envolvía con sus brazos

frescos y permanecía tendida a su lado en la cama —él no pedía más—, mientras le acariciaba el pelo y le decía que ya pasaría, que todo pasaba. Eso debe de decirle a sus pacientes, pensaba él, y para algunos sería verdad y para otros no, o al menos no como ella imaginaba. No podía decirle a nadie, ni a la propia Ruth, ni a Jacqueline, ni a Winifred ni al señor Rose, el psiquiatra, que aquella noche había ido a ver a Stephanie para hablarle de Ruth, Gideon y el amor. Se sentía paralizado y demasiado pequeño, como si el violento dolor de Daniel lo hubiera despojado de todo derecho o voluntad de manifestar pesar o culpa.

Iba a su casa porque el espectáculo de Bill y Winifred jugando con los niños como no habían jugado con él le causaba tanto placer como pena. Will se sentaba en las rodillas de Bill, acurrucado en el hueco de ese brazo nervudo como Marcus jamás había estado, la cabecita erguida y la mirada atenta bajo la puntiaguda barbilla de Bill.

Bill recitó, sobre todo a Winifred, un poema de Thomas Hardy que había encontrado mientras buscaba cosas para recitarle a Will.

—Era un novelista mediocre, pero un verdadero poeta —dijo Bill —, a pesar de su chocante propensión a emplear un lenguaje trillado y frases muy manidas.

Soy el aire de familia.
La carne muere, yo perduro
proyectando trazas y facciones
de un tiempo al tiempo siguiente,
saltando de un lugar a otro
por encima del olvido.

Rasgos legados por los años
que, en una curva, una voz, un ojo,
desdeñan la humana duración
del encarcelamiento; eso soy yo:
lo que hay de eterno en el hombre
y que a la muerte desoye.

Convirtió la lectura en una pequeña ceremonia, reuniéndolos a todos, sosteniéndoles la mirada.

—Magro consuelo —dijo—. Pero es algo, ¿no?

El poema conmovió a Winifred. A Marcus no.

Frederica estaba sentada en la pequeña biblioteca que había imaginado, en una banqueta recubierta con un largo cojín de tela raída, junto a la ventana, contemplando, más allá del césped bien cortado y azotado por la lluvia primaveral, un puentecito de ladrillo que atravesaba el foso, lleno de agua. La estancia era hermosa y extraña, decorada en verde, oro apagado y rosa, con caoba vieja muy apreciada, jarrones chinos con flores secas aromáticas, y los libros, la biblioteca sin abrir de un caballero fallecido, el epistolario de lord Chesterfield, Gibbon, el doctor Johnson, Macaulay, Scott, Kingsley y *Lais de la antigua Roma,*[137] en los que el niño Nigel Reiver se había sumergido los días de lluvia, como los de la primera visita de Frederica. Las dos hermanas de Nigel, Olive y Rosalind, que no participan en esta historia ni sabían nada de lo sucedido, habían presidido el té, cuyos restos estaban frente a ellos, en una mesa baja. Una tetera georgiana de plata, que reflejaba la luz de la lumbre y la neblinosa luz del exterior, delicadas tazas de porcelana, una fuente de sándwiches de finas rebanadas, medio pastel desmigajado de chocolate, sobre un mantel de damasco ligeramente almidonado, sobre una gran bandeja oscura. Había un jarrito de plata con crema y un platillo con rodajas de limón partidas, brillantes y ácidas. Las dos hermanas, vestidas con falda de *tweed* moteada de diversos colores y jersey de cachemira, se parecían a Nigel, morenas, bruscas, un tanto hurañas y llenas de vitalidad.

Frederica no sabía a ciencia cierta por qué Nigel la había invitado, justo en ese momento, ni por qué ella había aceptado. Nigel era la única persona capaz de animarla a gritar o a llenarlo de golpes. Pero ése no era su sitio. El primer día, el tamaño de aquello la había sorprendido. A diferencia de Long Royston, Bran House era una casa corriente, de modo que sus vaquerías e invernaderos, sus dependencias y caballerizas, parecían interminables, cosa que no ocurría con los de Crowe, más ostentosos y palaciegos. Había atravesado los campos con Nigel en dirección a la granja de la finca, asombrada de que un hombre pudiera poseer tantos árboles que crecían en libertad, tanta hierba silvestre, parte de la tierra. No había manifestado su asombro. Se había detenido ante un corral de faisanes, unas aves resplandecientes que se pavoneaban en total desorden detrás de la alambrada, ridículas en su encierro, había visto sartas de grajos colgando y topos muertos secándose sobre un poste.

Tenía una bonita habitación, con una cama de columnas adornadas con cortinas blancas, y cojines de algodón tejido al ganchillo, todos blancos. Parecía extraída de un libro. Por las noches iba Nigel, descalzo y silencioso, poderoso de principio a fin. Ella había envidiado a Stephanie la certeza de su deseo por Daniel, quien, por improbable que pareciera, era lo que Stephanie realmente deseaba, de un modo en que ella, Frederica, había conseguido no desear a nadie. De forma un tanto confusa, pensó que quizá había confiado en que Stephanie hiciera por las dos lo que ella temía hacer, lo que tal vez era incapaz de hacer. Déjame entrar, déjame entrar, solía pedir Nigel, y a veces ella no podía decir, de verdad, dónde empezaba él y dónde terminaba ella, como si en cierto modo estuvieran fundidos. ¿Era a esto a lo que Stephanie se había referido, esto lo que había tenido? El recuerdo de su hermana era siempre monstruoso, porque siempre estaba muriendo. Si recordaba alguna cosa buena, pedalear lado a lado, tomar el té en Wallish && Jones, una discusión sobre *Cuento de invierno,* que Stephanie amaba y Frederica no podía soportar, la Stephanie imaginada se volvía rígida y horrible, y ella, cubierta de sudor, se echaba a llorar. No había tenido el coraje de verla en su ataúd antes de que lo cerraran. Se consideraba una persona valiente, capaz de arrojarse sobre las cosas, pero esto no había podido hacerlo. Nigel era la única persona a quien se lo había confesado, y él lo había entendido, como entendía, según creía ella, los ciegos momentos de terror o pasión. Volvió a pensar en esto aquella noche, en medio de las prolongadas embestidas de Nigel, y se echó a llorar; trataba de hacerlo en silencio, mientras él la mantenía estrechamente abrazada, protegiéndola de la oscuridad. Nigel estaba lleno de vida. Su casa y sus vigilantes hermanas eran extrañas, pero él estaba lleno de vida. Por la noche, Frederica se aferraba a él, y durante el día se paseaban bajo la lluvia por su finca siguiendo antiguos senderos, atentos a los signos de vida, un susurro de alas verdes, una liebre sobresaltada, el estremecimiento de un halcón.

Algún tiempo después de estas dos escenas llamaron a la puerta de Alexander, en Great Ormond Street, y éste tuvo que bajar un tramo de escalones hasta la puerta de entrada, donde su visitante seguía haciendo sonar el estridente timbre. En el umbral había una figura negra y sucia, barbuda y desaliñada, con una vieja gabardina y botas rugosas y desgastadas. Alexander retrocedió un paso y reconoció a Daniel, que había perdido mucho peso, cuya ropa negra

le colgaba bajo el impermeable.

—¿Me permite entrar un momento? Necesito un lugar caliente. Y afeitarme. Y un teléfono. Pensé en usted. Usted me escribió una buena carta, es sobre todo por eso. ¿Puedo entrar?

Alexander lo hizo entrar, le proporcionó un baño y le ofreció comida. Le habría ofrecido ropa, pero no le habría cabido, ni siquiera ahora. Preparó un plato rebosante de jamón y huevos, pan negro, champiñones y tomates, todo lo cual Daniel devoró, sentado ante una mesa baja frente a la chimenea de Alexander. Se había dejado crecer una barba grande y enmarañada, que se recortó en el cuarto de baño sin quitársela. Habló entre bocado y bocado, en breves ráfagas. El piso era claro y tranquilo, paja, oro y madera amarilla ocre; a través de las altas ventanas georgianas de finos marcos entraba muchísima luz. Alexander se aplicaba a los quehaceres domésticos de forma mínima pero meticulosa. Preparaba yogur tal como había hecho Elinor, y había colocado un jarrón con lirios en su escritorio, cerca de su pequeña reproducción de *La mesa del desayuno.*

—He estado andando —dijo Daniel—. Hice a pie casi todo el camino. A veces cogía un autobús. Dormía a la intemperie, a veces, otras en fondas de la carretera y lugares así. No voy a aburrirlo con todo esto. La verdad es que no sabía adónde iba. La idea era hacerme polvo, extenuarme, en cierta forma... aniquilarme.

¿Cómo expresarlo? Había luchado contra su carne, la había castigado, sin hablar con nadie durante semanas y semanas, caminando pesadamente de suelo a suelo, asfalto, hierba, arena, brezales, con total indiferencia, comprendiendo lo que significaba «vagabundo». Recordaba que sus pies se movían, y que la regularidad del movimiento se llevaba la vida de su mente, de él mismo, de lo que había sucedido.

—Casi acabo conmigo. A fuerza de andar. Y de no comer. Llegué hasta Saint Bennet. Ya conoce a esa gente: reciben a todo el mundo, mendigos, vagabundos, suicidas, borrachos. Yo conocía a un hombre que había ido allí. Para cuando llegué, estaba en un estado penoso: mugriento, con pulmonía, incapaz de hablar, bien podría haber tenido la mandíbula paralizada por el tétanos. El segundo día me guardé el alzacuellos en el bolsillo. Es curioso que haya salido con el alzacuellos puesto, pero lo hice; para empezar, era como

llevar un aviso colgado: esto es lo que soy, una ruina. Me llevaron al hospital. He estado echando una mano. Despilfarro de fondos públicos. Ahora ayudo allí. Pero es hora de volver a la vida.

En las paredes, Alexander tenía grandes reproducciones de *El sembrador* y *El segador,* hechas para él por Charles Koninck, más grandes que el tamaño real, o que la tela, hormigueantes de luz amarilla y violeta. Sabía bien que un visitante ocasional, que la mayoría de los visitantes, vería probablemente en ellos la habitual animación burguesa. Sabía también que el pintor había querido hacer imágenes que cualquiera pudiera colgar en su habitación para alegrarse. La mirada de Daniel pasó sobre los cuadros con total indiferencia. Alexander vivía con ellos para vivir con la idea de las cosas extremas que no conocía o que tal vez no quería conocer. Miró a Daniel y comprendió que tampoco lo conocía, no conocía lo que lo impulsaba, lo que había estado a punto de aniquilarlo.

—¿Qué va a hacer?

—No puedo volver a ocuparme de la casa. Antes quise hacerlo, ahora no sé. Espero poder seguir trabajando en Saint Bennet, hasta que aparezca algo. Con los indigentes. Pero primero debo poner en orden las cosas con el obispo. En Saint Bennet no saben quién soy. Pensé que tenía que ponerme a prueba con usted, que poner a prueba mi verdadero ser, para ver si se aguantaba.

—¿Y se aguanta?

—Creo que sí.

—Me alegro de que viniera.

Alexander apartó los restos de la copiosa comida de Daniel y le sirvió café de una cafetera polaca azul esmaltada, en una taza de desayuno de loza de Vallauris dorada.

—Café. Para devolverle la vida.

Daniel hacía girar algo entre los dedos. Era el alzacuellos.

—Gracias.

Agradecimientos

Este libro ha contado con la ayuda de una beca concedida por el Consejo de las Artes, por lo cual estoy muy agradecida. Estoy igualmente agradecida con Monica Dickens por ciertos detalles de la trama que ella conoce. No me habría sido posible escribir esta novela sin el auxilio de la Biblioteca de Londres y de su bibliotecario, Douglas Matthews. Mi editorial, Chatto && Windus, me ha ayudado y animado más allá de lo que el contrato o la amabilidad requerían. Doy las gracias a Will Vaughan y John House por sus charlas sobre pintura; a Jacquie Brown, por la eficacia y la insuperable celeridad con que mecanografió el texto, y a Michael Worton, por sus oportunas sugerencias sobre el francés y, en especial, por su sentido estético y su constante apoyo.

Agradezco a la editorial Thames && Hudson que me permitiera citar trozos de *The complete letters of Vincent van Gogh.*

Notas

[1] Tartarín es un héroe legendario creado por Alphonse Daudet, a modo de sátira del tipo psicológico del sudeste francés. Daumier (1808-1879) fue un pintor y escultor francés nacido en Marsella, célebre caricaturista. *(N. de la T.)*

[2] David Friedrich Strauss (1808-1874), teólogo alemán. Ernest Renan (1823-1892), filósofo francés. *(N. de la T.)*

[3] Novela de George Eliot (1819-1880). *(N. de la T.)*

[4] George Eliot era el seudónimo de una mujer, Mary Ann Evans. *(N. de la T.)*

[5] Personajes de *El molino del Floss*. *(N. de la T.)*

[6] Monte bajo propio del Mediterráneo. *(N. de la T.)*

[7] La Sociedad Fabiana es una organización fundada en 1883 en Gran Bretaña, que tiene como objetivo lograr la evolución gradual de la sociedad hacia el socialismo. *(N. de la T.)*

[8] Pierna de cordero. *(N. de la T.)*

[9] Personajes de la novela *Grandes esperanzas,* de Charles Dickens. *(N. de la T.)*

[10] Ópera de Charles Gounod. *(N. de la T.)*

[11] En castellano en el original. *(N. de la T.)*

[12] Tobias Smollett (1721-1771), escritor escocés famoso por sus novelas picarescas. *(N. de la T.)*

[13] Además de habitar en la región, Wordsworth publicó en 1810 una *Guía de la región de los lagos, en el norte de Inglaterra* que ayudó a hacerla famosa. *(N. de la T.)*

[14] Van der Meer: nombre dado a Vermeer en su época. *(N. de la T.)*

[15] Término provenzal con que se denomina a las casas de campo en el sur de Francia. *(N. de la T.)*

[16] Perdóneme, señora. Es un amigo, un amigo de mi país... *(N. de la T.)*

[17] Señor Grimaud. Señora. Edmund Wilkie. Un amigo, estudiante de psicología, actor. *(N. de la T.)*

[18] Los ángeles siguen irradiando su luz, aunque el más radiante haya caído. *(N. de la T.)*

[19] Ella debería haber muerto después. Habría llegado el momento para esta palabra. *(N. de la T.)*

[20] Todo nuestro ayer no ha hecho más que alumbrar, para los tontos, un camino hacia la polvorienta Muerte. *(N. de la T.)*

[21] Señor Grimaud. Señora. El señor Alexander Wedderburn, un escritor inglés... que ha escrito piezas hermosas... muy célebres, un amigo... de mi padre. *(N. de la T.)*

[22] Personaje de *Fedra,* otra obra de Racine. *(N. de la T.)*

[23] Rupert Brooke (1887-1915), poeta inglés famoso por sus *Sonetos de guerra,* escritos durante la Primera Guerra Mundial, en la que pereció. *(N. de la T.)*

[24] Referencia a una antigua superstición que dice que, si uno se coloca un ranúnculo bajo el mentón y se le refleja una luz amarilla en el rostro, es que uno ama la mantequilla. *(N. de la T.)*

[25] Virginia Woolf y su esposo Leonard. *(N. de la T.)*

[26] Verso de un poema de William Blake (1757-1827). *(N. de la T.)*

[27] Novelista, poeta, crítico y editor inglés (1873-1939). *(N. de la T.)*

[28] Henri Gaudier-Brzeska (1891-1915), escultor francés que trabajó principalmente en Londres y murió en la Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

[29] Ciudad de los Países Bajos donde Van Gogh residió entre 1883 y 1885. Acusado el pintor de haber dejado preñada a una de sus jóvenes paisanas modelos, el pastor prohibió a los feligreses que posaran para él. *(N. de la T.)*

[30] Las dos últimas son novelas de la escritora inglesa Georgette Heyer (1902-1974). *(N. de la T.)*

[31] Famoso poema de William Wordsworth. *(N. de la T.)*

[32] Al resplandor de los jóvenes en flor. *(N. de la T.)*

[33] Frank Raymond Leavis (1895-1978), influyente crítico literario británico. *(N. de la T.)*

[34] Monumento de estilo neogótico mandado erigir por la reina Victoria en el parque Kensington de Londres, en memoria de su esposo, el príncipe Alberto. *(N. de la T.)*

[35] Novela de E. M. Forster (1879-1970); Ansell es uno de sus personajes. *(N. de la T.)*

[36] *Dusty answer* [Respuesta evasiva] es la primera novela de la escritora inglesa Rosamond Lehmann (1901-1990). *(N. de la T.)*

[37] Párrafo de *El más largo viaje*. *(N. de la T.)*

[38] Famoso grupo de escritores, artistas y pensadores de la primera mitad del siglo XX, entre los que se contaban los novelistas Virginia Woolf y E. M. Forster, el economista John M. Keynes, los pintores Duncan Grant, Vanessa Bell y Roger Fry, los críticos Leonard Woolf y Clive Bell, etcétera. *(N. de la T.)*

[39] Lewis Grassic Gibbon (1901-1935) y James Hogg (1770-1835) son dos conocidos escritores escoceses. *(N. de la T.)*

[40] Obra del dramaturgo inglés John Webster (1580?-1634). *(N. de la T.)*

[41] Título inglés de *La guerra de Troya no tendrá lugar,* del dramaturgo francés Jean Giraudoux (1882-1944). *(N. de la T.)*

[42] Referencia a la novela *Retorno a Brideshead,* de Evelyn Waugh (1903-1966). *(N. de la T.)*

[43] Denominación con que el periodismo empezó a llamar a partir de la década de 1950 a un heterogéneo grupo de dramaturgos y novelistas británicos, entre los que se contaban John Osborne y Kingsley Amis. *(N. de la T.)*

[44] El protagonista principal de *La suerte de Jim*. *(N. de la T.)*

[45] Referencia a *The power house* [La casa del poder], obra del escritor inglés Alexander Comfort (1920-2000). *(N. de la T.)*

[46] Personajes de *Retorno a Brideshead*. *(N. de la T.)*

[47] Henry Fielding (1707-1754), famoso novelista y dramaturgo inglés autor de *Tom Jones*. *(N. de la T.)*

[48] Novela de Jane Austen (1775-1817). *(N. de la T.)*

[49] Matthew Arnold (1822-1888), poeta y crítico inglés, juzgaba las obras literarias según que tuvieran o no una «profunda seriedad» y una «profunda verdad». *(N. de la T.)*

[50] Cita de John Milton. *(N. de la T.)*

[51] Personaje de *Mujeres enamoradas*, de D. H. Lawrence (1885-1930). *(N. de la T.)*

[52] Verso de un famoso poema del poeta inglés Richard Crashaw (1613-1649). *(N. de la T.)*

[53] Protagonista de *Villette,* la novela de Charlotte Brontë. *(N. de la T.)*

[54] Juego de palabras intraducible al castellano: *confinement* tiene en inglés el doble sentido de «encierro» y «parto». *(N. de la T.)*

[55] Alusión a una fábula de Esopo en que las ranas, por no contentarse con un madero por rey, acaban devoradas por el nuevo rey que les envía Zeus: una cigüeña. *(N. de la T.)*

[56] Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), poeta y crítico inglés que, junto con su amigo William Wordsworth, inició el movimiento romántico en Inglaterra. *(N. de la T.)*

[57]*Mummy* en inglés es tanto «momia» como «mamá». *(N. de la T.)*

[58] Referencia a la novela de Henry James *Lo que Maisie sabía,* donde el personaje llama Glower a la calle Gower. *(N. de la T.)*

[59] Relaciones que sólo tienen sentido en inglés, donde el término *culture* es a la vez 'cultura', 'cultivo' y 'fermentación'. *(N. de la T.)*

[60] Verso de Shakespeare en *El rey Lear* (acto V, escena II). *(N. de la T.)*

[61] La casa de Combray: lugar donde transcurre buena parte de *En busca del tiempo perdido,* de Marcel Proust; *Papá Goriot,* novela de Honoré de Balzac; *Casa desolada,* obra de Charles Dickens; la casa de Fawns, escenario de *La copa dorada,* de Henry James. *(N. de la T.)*

[62] Personaje de *Jane Eyre*. *(N. de la T.)*

[63] Dos poemas del poeta inglés Robert Browning (1812-1889). *(N. de la T.)*

[64] Poesía de *Alicia a través del espejo,* de Lewis Carroll, hecha con palabras inventadas. *(N. de la T.)*

[65] Poema del poeta inglés Robert Graves (1895-1985), autor del famoso *Yo, Claudio*. *(N. de la T.)*

[66] Primer director de la BBC, que sentó los principios por los que ésta se rige. *(N. de la T.)*

[67] Clement Attlee (1883-1967), miembro del Partido Laborista y primer ministro británico de 1945 a 1951. *(N. de la T.)*

[68] Edward Lear (1812-1888), pintor, ilustrador y escritor inglés. *(N. de la T.)*

[69] T. H. White (1906-1964), escritor y naturalista inglés. *(N. de la T.)*

[70] Samuel Palmer (1805-1881), uno de los principales pintores del romanticismo inglés. *(N. de la T.)*

[71] «Novelistas del comienzo de la era victoriana», obra de lord David Cecil (1902-1986), profesor de literatura inglesa de la Universidad de Oxford. *(N. de la T.)*

[72] Versos de *Oda a una urna griega*, famoso poema de John Keats. *(N. de la T.)*

[73] Composición poética japonesa que consta de tres versos de cinco, siete y cinco sílabas. *(N. de la T.)*

[74] Verso del poema de Andrew Marvell *Diálogo entre el alma y el cuerpo*. *(N. de la T.)*

[75] El protagonista de *Emma*. *(N. de la T.)*

[76] Revolucionaria y feminista irlandesa (1865-1953), famosa por su belleza, a quien Yeats amó y dedicó muchos de sus poemas. *(N. de la T.)*

[77] Personajes de *La reina de las hadas,* del poeta inglés Edmund Spenser (1552-1599). *(N. de la T.)*

[78]*Cold comfort farm* [La granja del frío consuelo] fue la primera novela de la escritora británica Stella Gibbons (1902-1989), llevada al cine en 1995 como *La hija de Robert Poste,* del director John Schlesinger. *(N. de la T.)*

[79] 'Mybug' (literalmente, 'mi chinche') es el sobrenombre que la protagonista de la novela, Flora Poste, da al insistente señor Meyerburg. *(N. de la T.)*

[80] James George Frazer (1854-1941), antropólogo escocés famoso por su obra *La rama dorada*. *(N. de la T.)*

[81] Versos de *Tierra baldía,* de T. S. Eliot. *(N. de la T.)*

[82] Versos de *El paraíso perdido*, de John Milton. *(N. de la T.)*

[83] El príncipe Andrei, personaje de *Guerra y paz,* de Tolstoi; Dorothea, personaje de *Middlemarch,* de George Eliot; Henry Tilney, personaje de *La abadía de Northanger,* de Jane Austen. *(N. de la T.)*

[84]*Grimm:* furia (alemán) y el apellido Grimm; *grim:* lúgubre (inglés); *grimmig:* furioso (alemán). *(N. de la T.)*

[85] Adam Kadmon: hombre primordial de la Cábala. *(N. de la T.)*

[86] Personaje principal de *Doctor Faustus*. *(N. de la T.)*

[87] Novela picaresca del escocés Tobias Smollett (1721-1771). *(N. de la T.)*

[88] Uno de los caballeros de la Mesa Redonda. *(N. de la T.)*

[89] La obra más famosa del escritor británico John Galsworthy (1867-1933). *(N. de la T.)*

[90] Tías Universales es una asociación británica, fundada en 1921, que ofrece todo tipo de ayudas y asistencias, desde el cuidado de niños hasta alguien para completar una partida de *bridge*. *(N. de la T.)*

[91] Última obra de Charles Dickens. *(N. de la T.)*

[92] Personaje de *Nuestro común amigo*. *(N. de la T.)*

[93] Obra paródica de W. C. Sellar y R. J. Yeatman sobre la historia de Inglaterra, donde el príncipe Guillermo de Orange, casado con la hija de Jacobo I, Mary, gracias a la cual llegó a ser rey de Inglaterra, es denominado «Williamanmary», es decir, «Williamimary». *(N. de la T.)*

[94] Mary era la esposa de William Wordsworth; Dorothy era su hermana, con quien estuvo siempre muy unido. *(N. de la T.)*

[95] Vendedor ambulante de Londres que se viste con un traje tradicional cubierto por entero de botones de nácar que forman diversos diseños. *(N. de la T.)*

[96] Versos de *Comus,* pieza teatral de John Milton. *(N. de la T.)*

[97] Se refiere al actor británico John Gielgud (1904-2000), famoso por sus interpretaciones de Shakespeare. *(N. de la T.)*

[98] Apodo con que se conocía a John Milton, estudiante del Christ's College de Cambridge, por su largo cabello y sus maneras delicadas. *(N. de la T.)*

[99] *Cuento de un tonel,* de Jonathan Swift; *Pedro el labriego,* famoso poema narrativo del siglo XIV atribuido a William Langland; *Una muerte en el desierto,* poema de Robert Browning; *Empédocles en el Etna,* poema de Matthew Arnold. *(N. de la T.)*

[100]Leslie Stephen (1832-1904), autor y crítico, fue el padre de Virginia Woolf. *(N. de la T.)*

[101] Versos de *Comus*. *(N. de la T.)*

[102] La autora emplea el término *elegant,* que significa a la vez 'elegante' e 'ingenioso'; de allí su relación con la estética, que en castellano no existe. *(N. de la T.)*

[103] Wilfred Owen (1893-1918), uno de los principales poetas británicos de la Primera Guerra Mundial, muerto en acción una semana antes de acabar ésta. *(N. de la T.)*

[104] Referencia a un famoso poema de T. S. Eliot, *La canción de amor de J. Alfred Prufrock*. *(N. de la T.)*

[105] Ildico fue una de las esposas de Atila. *(N. de la T.)*

[106] Verso de un poema de John Donne. *(N. de la T.)*

[107] Obra de John Milton. *(N. de la T.)*

[108] Frase de Mallarmé: «Todo existe para acabar en un libro». *(N. de la T.)*

[109] Deuteronomio (5, 8) de la Biblia protestante. *(N. de la T.)*

[110] Cantar de los Cantares, 7, 3-4. *(N. de la T.)*

[111] Cantar de los Cantares, 5, 14-15. *(N. de la T.)*

[112] Cantar de los Cantares, 7, 2; 8, 7. *(N. de la T.)*

[113] Referencia al Cantar de los Cantares, 4, 2. *(N. de la T.)*

[114] «Hereward el vigilante», novela de Charles Kingsley (1819-1875) sobre un legendario héroe anglosajón del siglo XI que se resistió a la invasión normanda y cuya base de operaciones estaba en los alrededores de Ely. *(N. de la T.)*

[115] Los Berserkers eran guerreros legendarios de las sagas nórdicas. *(N. de la T.)*

[116] Naturalista y ornitólogo británico (1720-1793). *(N. de la T.)*

[117] Parson Kilvert (1840-1879), autor inglés conocido sobre todo por sus diarios sobre la vida rural de su época; W. H. Hudson (1841-1922), naturalista y ornitólogo nacido en Argentina (donde se lo conoce como Guillermo Enrique Hudson) y afincado más tarde en Inglaterra. *(N. de la T.)*

[118] Libro de cuentos de Rudyard Kipling (1865-1936). *(N. de la T.)*

[119] «Siete clases de ambigüedad», famosa obra del poeta y crítico inglés William Empson (1906-1984). *(N. de la T.)*

[120] Personajes de *El más largo viaje,* de E. M. Forster. *(N. de la T.)*

[121] Pueblo de Bélgica en cuyos alrededores se libró una de las peores batallas de la Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

[122] Famoso dramaturgo inglés (1907-2005), autor de obras cómicas en verso. *(N. de la T.)*

[123]*The entertainer* [El animador] es una famosa obra de teatro del dramaturgo inglés John Osborne (1929-1994), estrenada en 1957. *(N. de la T.)*

[124] Dick Whittington es el protagonista de una famosa pantomima inglesa, basado en el histórico Richard Whittington (*ca.* 1350-1423), un mercader medieval que llegó a ser cuatro veces alcalde de Londres. *(N. de la T.)*

[125] El Barbican Centre es uno de los mayores centros de arte de Europa, dotado con una gran sala de conciertos, teatros, cines, galerías de arte, salas de conferencias, etcétera. *(N. de la T.)*

[126] «Un gorrión.» *(N. de la T.)*

[127] Job, 1, 21. *(N. de la T.)*

[128] Salmos, 90, 4-5. *(N. de la T.)*

[129] 1 Corintios, 15, 32. *(N. de la T.)*

[130] 1 Corintios, 15, 39-40; 47. *(N. de la T.)*

[131] Job, 14, 1-2. *(N. de la T.)*

[132] Verso de *In memoriam* de Alfred Tennyson (1809-1892). *(N. de la T.)*

[133]*El rey Lear,* última escena. *(N. de la T.)*

[134] Job, 19, 26. *(N. de la T.)*

[135] Personaje del cuento *La doncella y los gansos,* de los hermanos Grimm. *(N. de la T.)*

[136] Salmos, 90, 3. *(N. de la T.)*

[137] Libro de poemas del poeta, historiador y político Thomas Babington Macaulay (1800-1859). *(N. de la T.)*

Biografía

A. S. Byatt (Shefield, Inglaterra, 1936) alcanzó un notable éxito mundial con su novela *Posesión*, que obtuvo el Premio Booker en 1993, y fue llevada al cine, al igual que *Ángeles e insectos*. En Alfaguara ha publicado *El libro negro de los cuentos* (2007) y *La virgen en el jardín* (2008), primera novela de la tetralogía que tiene como protagonista a Frederica Potter, y que comprende, además de *Naturaleza muerta*, *La torre de Babel* y *La mujer que silba*. Su última novela, *El libro de los niños*, fue finalista del premio Booker 2009.

Título original: Still Life
© De la traducción: Susana Rodríguez-Vida
© 1985, A. S. Byatt
© De esta edición:
2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-84-204-0772-2
© Imagen de cubierta: Paul Knight / Trevillion Images
Diseño de interiores realizado por Santillana Ediciones Generales,
basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: Víctor Igual, S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Citas
Posimpresionismo: Academia Real de las Artes, Londres - 1980
1. Prenatal: diciembre de 1953
2. En el hogar
3. Navidad
4. El Mediodía
5. Mas Rose y Mas Cabestainh
6. Paisaje marino
7. Un nacimiento
8. À l'éclat des jeunes gens en fleurs - 1
9. À l'éclat des jeunes gens en fleurs - 2
10. Normas y monstruos - 1
11. Normas y monstruos - 2
12. Mirad al niño
13. Las momias
14. Figuras retóricas
15. Wijnnobel
16. Primeras ideas
17. Estudios sobre el terreno
18. Hic ille Raphael
19. Veladas de poesía
20. Cultivos y crías
21. Un árbol único entre muchos
22. Nombres
23. Comus
24. Dos hombres
25. Cultura
26. Historia
27. Nombres de gramíneas
28. La silla amarilla
29. Londres
30. Unus passerum
31. Daniel
32. Desapariciones
33. Tres escenas
Agradecimientos
Notas

Biografía
Créditos
Grupo Santillana